ATENEO

4495

ATENEO

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

TOMO UNDÉCIMO

1911
ENERO-JUNIO





Redacción y Administración:
27, CALLE DE SERRANO, 27
Teléfono núm. 2.297
MADRID

"BUBIS„ Y "PAMUES„ [1]

Apuntes de un viaje á la isla de Fernando Póo y á las posesiones españolas de la costa occidental de África.

Desde el día 2 al día 7 de julio de 1909 permaneció la Comisión en Moka, en la casa del potrero de la Trasatlántica, á 1.000 metros, aproximadamente, sobre el nivel del mar, en la parte meridional de la cadena central de la isla de Fernando Póo. Por desgracia, tuvimos en aquellos días lluvias continuas y torrenciales, que nos impidieron realizar gran parte de nuestro programa. A pesar de ello, no nos fué difícil darnos cuenta de las excepcionales condiciones que reúne el llamado valle de Moka para la vida del europeo, para el desarrollo de la agricultura, para la cría del ganado vacuno y caballar. Trátase de una extensa planicie, abrigada hacia el Occidente y hacia el Norte por los contrafuertes de las altas cumbres en que se asientan los dos lagos de Moka y de Loreto, respectivamente, á 1.800 y á 1.262 metros de altitud. Al Sur corre un arroyo cuyas aguas rompen entre rocas al fondo de un barranco pintoresco. Allí, en el verde húmedo de las estrechas orillas, han sido plantados los árboles frutales—manzanos, perales, melocotoneros, cerezos—, promesa de futuras delicias para el paladar de los europeos de la colonia. Hacia el Oriente la meseta va declinando poco á poco, y cae á lo lejos, por despeñaderos y desmontes, en otros valles más quebrados y estrechos.

El camino sube desde el mar en áspera y fatigosa pendiente en sus postrimerías hasta el altiplano de Moka, y asoma enfrente de la casa del potrero y de la valla que rodea los terrenos de la Trasatlántica. Al desembocar en lo alto de la planicie, todos los sentidos parecen gozar de consuno por la impresión de fragancia, de frescura, de tranquilo y apacible silencio, de suaves aromas silvestres, que recuerdan los del tomillo y de la menta.

En Moka hemos encontrado, en la misma casa y en los establos, algunos mosquitos comunes del género *Culex,* pero no anofelinos. Esta observación, aun cuando merecería quizás comprobación detenida y definitiva, es de grandísima importancia.

Añádase este dato—*que hace improbable la infección palúdica local*—á las circunstancias antes apuntadas, y se verá que el valle de Moka está llamado á ser lugar de saneamiento y de descanso, estación de convalecientes, oasis casi europeo en el ambiente tropical, que agobia, que agota, que destruye precozmente las energías orgánicas y espirituales.

La Administración central y el Gobierno colonial deberían pensar seriamente, de una vez, en aprovechar como sanatorio ideal este rincón montaño-

(1) Estas páginas formarán parte de un libro de próxima publicación, esto es, del *Informe* de la Comisión que dirigió el Dr. Pittaluga para el estudio de la enfermedad del sueño en la colonia del golfo de Guinea.

so. Allí debería existir una casa para los empleados coloniales. Y, sobre todo y ante todo, debería transformarse en cómoda carretera, ó, cuando menos, en camino asequible á los vehículos, lo que hoy día es, entre la playa de Concepción y el altiplano de Moka, en muchos trozos, senda apenas practicable, apenas visible en la intrincada espesura del bosque.

***

En las cercanías de Moka puede sorprenderse en toda su virginidad la vida de los «bubis». Agrupadas pocas familias en pequeños poblados ó «besé»,



Fig. 1.ª—Mujeres «bubis» de Belelipa bañándose.

(Fot. de D. J. Pantoja.)

generalmente alejados los unos de los otros, dedícanse al pacífico cultivo de sus plantaciones de *ñame,* á la recolección del *topé,* su predilecta bebida, que la Naturaleza les ofrece con la abundante savia de las palmeras. En los márgenes de las sendas, en el bosque, encuéntranse con frecuencia, colgando de los árboles, ciertos singulares recipientes, especie de calabazas vaciadas, en que recogen los naturales el licor que mana de las incisiones de la corteza. Es éste el *topé,* que someten luego á diferentes grados de fermentación alcohólica. Dejan los «bubis» esos recipientes durante mucho tiempo en los sitios elegidos, á veces muy lejos de sus viviendas, y al cabo de algunas semanas acuden á recogerlos llenos y á sustituirlos con otros vacíos.

El *ñame* es el tubérculo de un pequeño arbusto que cuidadosamente culti-

van en regulares alineaciones. Constituye la alimentación principal del «bubi», en particular del rico, de los botukos y de sus familiares. Y es, efectivamente, de sabor exquisito, de pulpa delicada, parecida á la de la batata. De mayores dimensiones, no tiene de la batata el gusto dulce; ya cocido y en varios modos condimentado, ya en puré, representa también para el europeo un alimento agradable. Menos fina que el *ñame* es la *malanga,* otro tubérculo más duro,



Fig. 2.ª—Mujeres de Belelipa bañándose. (Algunas cubiertas de espuma, producida por una mezcla que emplean como jabón, compuesta de aceites vegetales y ceniza.)

(Fot. de D. J. Pantoja.)

menos sabroso, de que se nutren, por ende, los «bubis» de las clases inferiores, los pobres (1).

Igualmente cultivan los «bubis» en sus huertas pimientos picantes, que llaman comúnmente *tocolo,* y que emplean, ya como condimento en las comidas, ya para chupar y masticar durante el día; y, por fin, un arbusto ó alta hierba que llaman *ndola,* cuyas hojas son entre ellos sumamente preciadas como medicinales, y que aprovechan triturándolas y mezclándolas con ceniza y con aceite de palma. La medicina así compuesta indican con el nombre de *ndole-ndole,* y con ella se untan y embadurnan, y á veces píntanse todo el cuerpo, particularmente las mujeres.

Los indígenas de Fernando Póo no deben considerarse como una raza autóctona, sino oriunda de las vecinas costas del continente, retoño de alguna

(1) Apresurémonos á decir que en Moka los encargados de la Compañía Trasatlántica han obtenido excelentes patatas, cuya producción, limitada por ahora, irá. sin duda alguna, aumentando, y llegará á ser de gran provecho y rendimiento para los europeos de la colonia.

tribu que en remotos tiempos, siglos atrás, vino á ocupar la isla. La voz «bubi» significa, sencillamente, pueblo, población humana, hombre.

Al decir del padre superior de la Misión católica de Musola, la población «bubi» de Fernando Póo no pasa en la actualidad de 7.000 individuos.

Cifras poco superiores á ésta arrojan las observaciones é inducciones de otros europeos conocedores de la isla y de sus habitantes (1). Los cuales, si



Fig. 3.ª—Grupo de muchachos «bubis» del interior.

(Fot. de D. J. Pantoja.)

bien con evidentes diferencias entre los del interior y los de las playas, constituyen, sin embargo, en su conjunto, una raza degenerada, sumamente suspicaz y temerosa de los blancos, poco amiga de comerciar y traficar, y alejada en lo posible, á pesar de los esfuerzos hechos en estos últimos años por propietarios, factores, finqueros y autoridades, de todo trato y dependencia con los europeos. Las diferencias entre los «bubis» del interior y los de la costa, á que hacíamos referencia hace poco, fueron puestas justamente de relieve por el comisario regio Sr. Saavedra (2). En realidad, los del interior conservan as-

(1) El Rvdo. P. Juanola, conocedor como pocos de aquellos territorios, asegurábanos también que la población indígena debe considerarse reducida hoy día á menos de 10.000 individuos, reunidos en pequeñas agrupaciones, que casi nunca superan las treinta ó cuarenta chozas. Beltrán y Rózpide, en su *Guinea Española*—Manuales Soler, XVII—, calcula (pág. 52) que los «bubis» «... son de 20.000 á 30.000». Y el ex comisario regio Sr. Saavedra, en su Memoria, ya citada, afirma que son poco numerosos, y no cree que superen la cifra de 15.000.

(2) Véanse las páginas 20-21 de la Memoria citada: «... He podido observar gran diferencia entre el «bubi» del litoral, próximo á poblados, factorías y fincas, y el «bubi» del interior de la isla: el primero, anémico, pobre de carnes y más pobre de entendimiento; en general, con los síntomas del alcoholismo en la idiotez de su mirada; el segundo, más fuerte, más alto, con recia musculatura y mirar penetrante...»

La impresión recibida en nuestra rápida excursión por la isla confirma del todo este juicio.

pecto de vigor físico, vivacidad intelectual suficiente, perspicacia y hábitos de trabajo agrícola, que los de la playa, sometidos desde hace años á crónico envenenamiento por los alcoholes de toda clase importados por los especuladores, han ido perdiendo poco á poco.

Los «bubis», exceptuados los que nacen y se educan en las cercanías de las Misiones de Concepción, de Musola, de Batete ó de San Carlos, y los de las



Fig. 4.ª—Mujer «bubi» del interior.

(Fot. de D. J. Pantoja.)

inmediaciones de Santa Isabel, presentan en la cara especiales cicatrices lineales que ocupan principalmente las mejillas y se dirigen transversalmente de las sienes á la barba. Trátase de verdaderas y profundas incisiones—de seis á ocho por cada lado—con que los padres taracean la cara de los niños á los pocos meses de edad, y que persisten indelebles durante toda la vida. Estos signos característicos de los «bubis», como los tatuajes de otras gentes de la costa continental de la Guinea, tuvieron origen en la conveniencia de distinguir los indígenas procedentes de unas y de otras tribus al tiempo de los negreros, á principios del siglo XVIII, cuando acontecieron las grandes exportaciones de negros desde el continente africano é islas adyacentes al continente americano.

Como se ha dicho, las nuevas generaciones que crecen bajo la influencia de la civilización en los poblados próximos á las Misiones ó á los centros europeos, abandonan poco á poco esta costumbre.

Existen entre los «bubis» dos categorías de dignidades, que ejercen cierta autoridad sobre los pueblos. Son, por un lado, los jefes—*botukos* ó *muchu-*

kos—, que constituyen familias en las cuales son el cargo y la potestad hereditarios; por otro lado, los sacerdotes—*abba*—, presididos por un *Abba Motte,* ó Gran Sacerdote, según los datos y referencias recogidos en Moka y en Musola. No sabemos si estos sacerdotes constituyen una casta en que las cualidades inherentes al sacerdocio se heredan, ó no. Probablemente, á diferencia de cuanto ocurre con los botukos, son escogidos por cada pueblo para que man-



Fig. 5.ª — Mujer «bubi» del interior preparándose para el baño.

(Fot. de D. J. Pantoja.)

tengan las relaciones de bienandanza con el mal espíritu de *Moo,* continuamente en acecho para acarrear daños y penas á los hombres, ó se erigen ellos mismos por vocación ó conveniencia en espontáneos intermediarios con la divinidad, acatados luego por la muchedumbre.

Los botukos ó muchukos, jefes de pueblos, ejercen, en realidad, una jurisdicción limitadísima. Su predominio es más bien consecuencia de la facilidad con que, por ser los ricos de cada poblado ó comarca, pueden comprar abundante ganado ó poseer buen número de mujeres, y, por ende, procrear hijos numerosos, que, á su vez, constituyen el capital más preciado, el capital humano, con que se trabaja en las plantaciones, con que se entablan cambios y cesiones de mujeres, con que se acarrea la madera necesaria para la construcción de las casas, con que se cazan los preciados antílopes.

El ejercicio de la autoridad del botuko se limita, en general, á la imposición de ciertas prestaciones personales á los habitantes del pueblo. Los signos exteriores de la autoridad del botuko consisten esencialmente en un bastón exornado con calavera de antílope y con plumas de ave, y, al propio

tiempo, en un singular sombrero de piel de cabra con plumas y con dos cuernos. Llevan también brazaletes y pulseras de pequeños caracoles terrícolas.

Aun cuando no existe, desde el punto de vista político, unidad alguna en el pueblo «bubi», y los varios botukos de los villorrios esparcidos en el interior mantienen entre sí relaciones superficiales é independencia, sin embargo, era considerado como jefe supremo, hasta hace pocos años, el gran botuko Moka (1). Este murió en marzo de 1899. Un hermano suyo, Esasi, falleció poco tiempo después en Santa Isabel, adonde por primera vez acudía con él una representación de los botukos del interior á rendir homenaje al Gobierno de España. Otro hermano, por fin, Malabo, es el que actualmente ejerce, como sucesor de Moka, el resto de menguada autoridad inherente al cargo y propia de la familia.



Fig. 6.ª - Rebaño de cabras en un pueblo «pamue» del interior del bosque, en el alto Utamboni.

(Fot. del Sr. Núñez.)

En los días de nuestra permanencia en el potrero de Moka, el jefe Malabo se hallaba enfermo. Le vimos luego, al salir con dirección á Musola, en su mismo pueblo, á media hora de distancia del potrero de la Trasatlántica; padecía de un flemón voluminoso por caries dentaria.

En cambio, acudió á vernos al potrero un último hermano de Malabo, hombre joven, alrededor del cual se ha forjado y extendido por toda la isla, y particularmente en las inmediaciones de Concepción, de Moka y de Musola, una leyenda de crueldad, de misteriosos envenenamientos, de secreta é irreductible lucha contra los blancos, y de amenazadores propósitos para el porvenir, que encierra, sin duda, con su parte de exageración, una pequeña parte de verdad. Se llama Vioko. Es un hombre fuerte, de treinta y cinco ó cuarenta años, de facciones regulares, de aspecto avieso y duro, de expresión astuta y mefistofélica; no muy alto ni de contextura esquelética muy desarrollada, pero sí de musculatura recia y elásticos tendones, con actitudes felinas características.

---

(1) Adviértase que Moka, en este caso, no es título, sino nombre propio, contrariamente á lo que han indicado algunos autores, y lo demuestra bien á las claras el hecho de que el actual sucesor de Moka, que se llama Malabo, nunca es indicado por las gentes del interior, según hemos podido apreciar, más que con su nombre ó con el título de botuko; pero jamás se le atribuye una dignidad de «Moka», que no existe.

Como acontece generalmente, indícase luego con el mismo nombre propio el sitio ó lugar—Moka—en que estableció su residencia el gran botuko.

Cuentan que en sus ocultos manejos, preparándose la sucesión del viejo Malabo, con grandes esfuerzos intente aunar nuevamente, y con más firme autoridad, en sus manos, las jurisdicciones de mando de los botukos de toda la isla, particularmente de los distritos del Sur, en que se hallan reducidos los más hostiles á la dominación de los blancos. Su influencia debe ser, efectivamente, grande, pues yo recuerdo haber oído referir sus hazañas y las pruebas de su intencionada sagacidad á los capataces indígenas de los braceros de Concepción, á algunos «bubis» de la Misión, al reverendo padre Horrit y al hermano Puig, de la misma Misión de Concepción, conocedores de muchas intimidades y pormenores de la vida de los «bubis».



Fig. 7.ª—La «tumba» y el «ikulu» en un «balele» de los «pamues». *(Fot. del Dr. Pittaluga.)*

En Moka, hombres y mujeres de aquellos contornos nos ofrecieron el espectáculo singular del «balele», ó baile popular. Nada podría mejor evocar —ni volveré á evocar jamás con tal evidencia y resalte—en nuestro espíritu la figura del fauno antiguo, que aquel indígena tocando la flauta y acompañando el ritmo con las cadencias monótonas de los pies y con las lentas contorsiones del baile «bubi». Al compás de este único instrumento, hombres y mujeres modulan un cantar lento, interrumpido con frecuencia por largos períodos de un aullido, un ulular alto y fuerte, á boca cerrada, y acompañado por un pisar rítmico, uniforme, violento á veces, como si el golpe con la planta del pie tuviese que excitar ó provocar extrañas resonancias en las profundidades de la madre tierra.

Apresurémonos á decir que la indumentaria primitiva de los indígenas—limitada á una estrecha tira de piel ó de rudimentario tejido vegetal, apenas suficiente para cubrir los órganos sexuales—va desapareciendo por la influencia de los misioneros, que distribuyen modestos trajes entre los muchachos, y batas con las cuales se abrigan las mujeres, algunas veces con ventaja y otras con perjuicio evidente de la estética.

Los habitantes de los poblados del interior, alejados de la directa influencia de las Misiones, andan, sin embargo, todavía completamente desnudos, exceptuadas las escasas prendas ya indicadas y los adornos—collares, brazaletes, pulseras, cintas y cinturones de abalorios, de caracoles, de piedrecitas, de dientes—con que pretenden embellecerse, particularmente las mujeres.

Ya se ha dicho que el pueblo del botuko Malabo se encuentra á media hora de camino hacia el Occidente desde la casa del potrero de Moka. Es una re-

unión de chozas bastante numerosas, estrechamente apiñadas en singular agrupación. Desde el camino es muy difícil apreciar la existencia del poblado. Sus viviendas se hallan escondidas, con previsora medida, tras espesa arboleda, y dispuestas en ligera hondonada, que las oculta á los ojos del extraño. Sólo guiándose por ciertos signos exteriores sería posible sospechar que allí se han reunido y tienen su aposento seres humanos: un trozo de valla, formada de



Fig. 8.ª—«Pamues» de la tribu «itemvu», del interior del bosque (alto Utamboni), delante de la puerta de una de sus casas.

(Fot. del Sr. Núñez.)

palos y troncos, que asoma tras las altas hierbas; algunas cabras y gallinas, y más allá la plantación de *ñame,* indicio cierto de la proximidad de sus cultivadores.

Al entrar en las primeras callejuelas, todo aparece silencioso y desierto. Luego asoma la cabeza algún curioso, alguna mujer sale á la puerta de su tugurio, y detrás de ella los niños. Más adelante, al doblar una esquina, aparece un obstáculo, se levanta un cercado, una nueva valla separa y aisla, dentro del poblado, parte de sus viviendas. Son las habitadas por la familia del gran botuko. A ellas da acceso una especie de escalinata hecha con recios troncos de árboles, que por un lado sube hasta lo alto de la valla, por el otro vuelve á bajar, ya en el recinto reservado, hasta el nivel del terreno. Y á los pocos

pasos, nuevo obstáculo, nuevos escalones. A la derecha aparece un pequeño huerto, de pocos metros cuadrados, con plantas medicinales y pimientos. Y á la izquierda, la casa del jefe, con una pequeña explanada delante de la puerta; en lo demás, igual á cualquier tugurio de sus súbditos.

El interior de estas chozas es sombrío y lúgubre. Más que la luz del día —que penetra escasamente por la portezuela baja, á flor de tierra—, rompe la



Fig. 9.ª—Mujeres «bujebas» de las cercanías de Bata, al salir del baño.

(Fot. del Dr. Pittaluga.)

obscuridad el resplandor rojizo del fuego, que nunca apagan. Hay, pues, en el ambiente negro y triste un calor húmedo, sofocante, y un olor ingrato, que el amontonamiento de los cuerpos humanos mantiene y fomenta.

En la casa de Malabo había entonces cuatro mujeres; de ellas, tres, jóvenes, daban el pecho á sus pequeños. Feas de cara, no lo eran así de cuerpo, sino, al contrario, muy apuestas y bien hechas; y los grandes ojos y la expresión de temor y de dulzura ponían algo agradable y simpático en las facciones de aquellas primitivas.

Permanecen durante largas horas, aun en pleno día, echadas en sus lechos, preparados, sencillamente, con seis ú ocho troncos ó ramas de árboles, longitudinalmente dispuestos sobre dos piedras, una á la cabeza, otra á los pies, y levantados así veinte ó treinta centímetros del suelo. Y acostumbran, cuando sufren de algún dolor ó se hallan enfermos—hombres y mujeres—, calentar gruesas piedras y acostarse con éstas al lado, disponiéndolas cerca de la parte dolorida.

Malabo se levantó con dificultad y salió á sentarse fuera de la puerta de su vivienda para enseñarnos su cara hinchada y saniosa. Por aplicación de algún medicamento, de alguna de sus hierbas, el flemón se había abierto, la intensa supuración había encontrado desahogo al exterior. El pobre botuko sufría, y el proceso no tenía visos de acabar muy pronto. En tal estado, nuestra intervención se limitó á los consejos de antisepsia y á proporcionarle algunos de los elementos indispensables para ello.

***

Bien distinta de la impresión recibida en Moka entre los «bubis» fué la que nos dejó el «balele» de los «pamues» organizado por la gente de un pueblo inmediato á la factoría de Wermakogo, en la orilla del río Utamboni, en el continente.

Tomó parte en la danza una de las más afamadas cantadoras y bailarinas de aquellos contornos. El ritmo y las muy escasas variaciones melódicas compatibles con tan primitivos medios musicales eran dados por dos instrumentos tocados por hombres de la familia de la bailarina, que la acompañan en estas exhibiciones artísticas por los pueblos de la tribu. Uno de estos instrumentos es la *tumba,* especie de tambor construído con una piel de cabra fuertemente tendida sobre un tronco de árbol excavado, alto cerca de un metro, historiado con rudas incisiones y dibujos.

La «tumba», inseparable compañera de la gente «pamue», sirve al propio tiempo de entretenimiento en los «baleles» y de medio de comunicación á distancia, á través del bosque, entre uno y otro grupo de casas. Con ella se transmiten las noticias graves ó urgentes; con ella dan aviso á los villorrios próximos, y así de unos á otros, hasta á los más lejanos de la tribu, de la llegada de los blancos, de la presencia del extranjero. Con ella se hablan de cerro á cerro, de monte á monte, á través de los valles, de un lado á otro de los ríos, y se llaman y se reúnen, ó se alejan y se dispersan, según las indicaciones, á sus oídos familiares, de los sonidos despertados con la sabia percusión del singular instrumento.

En el «balele», la «tumba» da los tonos bajos, los sonidos graves. Los agudos son producidos, en cambio, por el otro instrumento—*ikulu*—. Á diferencia de la «tumba», que tocan directamente con los dedos ó con la palma de la mano en pleno, tocan el «ikulu» por medio de dos pequeños palos, con rapidez asombrosa, á veces vertiginosa, en los momentos en que el furor de la danza y del canto exige mayor celeridad en el ritmo y mayor vigor en los sonidos. Trátase de un instrumento que se apoya horizontalmente en el suelo, y que se halla constituído, sencillamente, por un tronco de árbol de dimensiones reducidas—sesenta á ochenta centímetros de largo—, excavado en toda su extensión, con una abertura longitudinal superior. Percutiendo con los dos palos en los bordes de esta abertura, obtienen una gama de sonidos no muy extensa, sobre la cual se desenvuelven libremente las modulaciones del canto.

La danza y el canto se integran, se acompañan, se comentan, si fuera posible decirlo así, y progresivamente van participando á ellos todos los asistentes, á medida que la intensidad pasional del cuento se acentúa, y con ella aumenta la vivacidad de los gestos, de los movimientos, de las contorsiones, de la mímica, de los saltos. Comienza el baile con un balanceo lento y dulce, acompañado por el rítmico palmoteo de los circunstantes. La danzadora subraya con las ondulaciones elegantes de su cuerpo el sentido de las palabras, el significado de la historia que va cantando en voz alta y clara. Luego ella se anima, se excita; busca asentimiento; recibe la clamorosa contestación del público; insiste; se acerca invitando, provocando; huye perseguida por un galán; entabla con él una lucha de gritos, de saltos, de brincos, de frenética emulación en los movimientos de la danza; y ésta conviértese, por fin, en una vertiginosa vibración de músculos, en una trepidación tumultuosa, á veces elegante, á veces monstruosa y feroz, á la cual todos participan, como si el contagio de una corea se hubiese transmitido á todo aquel grey humano, hombres y mujeres, viejas y niños, hasta el punto en que la «tumba» resuena de los últimos golpes, rápidos, duros, rabiosos, y el delirio de aquellas carnes en sobresalto se apaga en una calma anhelante de pocos minutos. La historia del cuento empieza de nuevo; vuelven el canto, las palmas, las oscilaciones lascivas, la embriaguez y la fiebre, provocadas por la fascinación de la poetisa bailadora; el torbellino y el vértigo final. Así dura el «balele» horas y horas.



Fig. 10.—Casa de la Guardia colonial en el promontorio de Punta M'Bonda.

(Fot. de D. J. Pantoja.)

En los intervalos, apenas acabada la danza, era de ver cómo aquellos hombres tiraban en ofrenda á los pies de la bailarina, y reunían en una especie de bandeja, todos los pequeños objetos de que podían echar mano: sus brazaletes, sus adornos, sus utensilios, su tabaco; homenaje primitivo, bien elocuente por cierto, del espíritu humano á quien despierta en él las emociones primeras del Arte.

Se consumen en estos bailes grandes cantidades de vino y de aguardiente. De este último, como es por todos sabido, son amantísimos los negros. A los cuales la avaricia de ciertos importadores europeos suele proporcionar como tal aguardiente cualquier líquido alcohólico procedente de la destilación de toda clase de productos, desde el maíz y la patata hasta la madera, y sometido á muy dudosas operaciones de rectificación. Los mismos alcoholes desnatura-

lizados han sido aprovechados para ello. No creemos ir descaminados al considerar como una de las causas inmediatas de la decadencia física de las tribus indígenas de la costa este culpable abuso.

***

A lo largo de la costa de la Guinea continental española, desde Cabo San Juan hasta Punta M'Bonda, se hallan esparcidos pueblos y villorrios habita-



Fig. 11.—Nuestros cargadores al salir de Punta M'Bonda.

(Fot. del Dr. Pittaluga.)

dos por gente de cuatro tribus distintas: los «cumbes», desde largo tiempo establecidos en la orilla del mar, distribuídos sin verdadera continuidad desde antes de Río Benito, confinando con los poblados de los «bapukos» al sur, mezclados con «balengues» y «bujebas» al norte.

Los «cumbes» constituyen una tribu eminentemente pacífica, dada á la pesca y á los pequeños menesteres del comercio más que á la agricultura.

Muy sagaces y relativamente limpios, habitan casas cuidadosamente construídas con cañas de bambú, y á veces sostenidas sobre pilares para aislarlas del suelo. Son gentes de talla pequeña y no muy fuertes; las mujeres, bajitas y gordas; las facciones no muy regulares, con prognatismo bastante pronunciado; mas los ojos tienen expresión de dulzura. Un carácter típico de esta tribu, que no he visto consignado por ninguno de los viajeros que han recorrido este territorio, consiste en el tono del color de su piel, mucho más obs-

curo que el de las demás tribus rechazadas por los «pamues» hacia el mar, ó de los mismos «pamues», y más cercano, por tanto, al negro de los senegaleses. Este carácter, en mi entender, merecía ser puesto de relieve. Quizás esta tribu, que desde larga fecha ha tomado carta de naturaleza en esta parte de la costa, proceda del Norte, del *hinterland* de la Nigeria.

Aun cuando es tan vivo entre los «cumbes» cuanto en las demás tribus de la costa el odio y el terror hacia el «pamue», no se mantiene, sin embargo,



Fig. 12.—Salida de nuestros cargadores de Punta M'Bonda (4 de septiembre).

(Fot. del Dr. Pittaluga.)

tan vivo y, al parecer, tan reciente como en los «bujebas» el recuerdo de sus ataques y de su crueldad.

Rechazados hacia la costa desde hace poco tiempo por el ímpetu guerrero de las tribus «pamues» propiamente dichas, los «bujebas» se hallan en un estado de evidente inferioridad, sobre todo en comparación con los «bengas», los «bapukos» y los «cumbes». Han perdido ya el vigor físico y los caracteres guerreros de los «pamues», y no han adquirido todavía las tendencias, las aptitudes, las cualidades propias de las tribus en contacto desde hace tiempo con la civilización europea. Y es singular el hecho que estos «bujebas»—«pamues» degenerados, en el fondo—temen y odian al «pamue» sobre toda ponderación.

Es común entre ellos el tatuaje (que, en cambio, no existe apenas entre los «bengas» y los «bapukos»); mas no ofrece manifestaciones artísticas. Se limita al trazado de gruesas rayas azuladas sobre la nariz, en la frente, ó de

flechas y pequeños objetos en los brazos y en los pechos, mientras que el «pamue» del bosque ostenta magníficos y complicados dibujos, que considera como signos de dignidad.

Entre los «bujebas» no es infrecuente encontrar ejemplos de albinismo total, aparte los muy comunes de albinismo parcial, limitado á ciertas partes del cuerpo, las piernas principalmente: de ello se encuentran casos en toda la costa y en todas las tribus (1). Los casos de albinismo total producen singular impresión por el aspecto extraño de estos individuos, con facciones primi-



Fig. 13.—Mujer «pamue» de las cercanías de Punta M'Bonda.

(Fot. de D. J. Pantoja.)

tivas y salvajes, á veces con los cuatro incisivos cortados y limados, puntiagudos como dientes de fieras, según costumbre de los «pamues», que los «bujebas» todavía conservan ó imitan en parte; y, sin embargo, con la piel blanca, de un tono ligeramente amarillento-rojizo, que apenas se distingue de la de ciertos europeos.

Algunos exploradores han afirmado que los casos de albinismo son acompañados siempre por especiales creencias y supersticiones locales. En una reciente monografía acerca de los indígenas de la región comprendida—á lo largo del río Congo—entre Leopoldville y las Cascadas de Stanley *(Stanley's Fall)*, Frederick Starr refiere á este propósito (2) las observaciones del coronel Ellis

(1) Una buena lámina (con cuatro fotografías) y breves consideraciones sobre el albinismo parcial y su origen se encuentran en la Memoria de A. Plehn *Die tropischen Hautkrankheiten*, en el *Tratado de enfermedades tropicales*, de Mense (Leipzig, 1905; I, páginas 1-2).

(2) *Ethnographic notes from the Congo Free State: an african miscellany*, by Frederick Starr.—*(Proceeding*

y de Miss Kincsley, que se remontan al año 1886. Según ellos, los albinos son «considerados por el pueblo como intérpretes de la Divinidad; sus opiniones, respetadas; sus indicaciones, obedecidas».

Debo declarar desde luego que nada de esto hemos observado entre las tribus de la costa á propósito de los casos de albinismo. Un albino formó parte de la caravana de nuestros cargadores y nos acompañó en el viaje al interior, por la cuenca del río Campo, desde Punta M'Bonda hasta Ngoambang, y viceversa. Se trataba de un «bujeba», de la edad aproximada de diez y ocho á



Fig. 14.—Grupo de mujeres «pamues» en la playa, cerca de Río Campo.

(Fot. de D. J. Pantoja.)

veinte años, completamente albino, tatuado con signos lineales azules en la frente. Ninguna creencia especial ni práctica supersticiosa en relación con este albino parecía existir entre los indígenas de su misma tribu ni de otras que vivían juntos con él. De este caso, y de los albinos en general, recuerdo haber hablado repetidas veces con nuestro inteligente criado indígena, de raza benga, de Corisco, Dionisio Bilisi, sin que nos comunicara creencia alguna de su pueblo relacionada con el fenómeno, bastante frecuente, del albinismo.

Nuestro albino «bujeba», reclutado en Bata para la expedición con otros

---

of the Davenport Academy of Sciences, May, 1909; vol. XII, pág. 96, con numerosas láminas).—Página 110: «Albinos are at Moree sacred to *Ayinfwa* and on arriving at puberty, become her priests priestesses. They are regarded by the people as the mouthpiece of the goddess; their directions are implicitly obeyed, and in former days an albino had only to indicate a man or woman as one whos death *Ayinfwa* desired and inmediate immolation of the victim ensued.»

ochenta cargadores, no demostró durante el viaje al interior inferioridad alguna con relación á los demás, ni en resistencia física ni en inteligencia; al contrario, fué uno de los más resistentes á las fatigas de la marcha y de la carga; nunca se quejó, como acontecía frecuentemente con otros, del excesivo



Fig. 15.—Grupo de mujeres «pamues» en la playa, cerca de Río Campo.

(Fot. de D. J. Pantoja.)

peso; y en los puntos de parada participaba con vivacidad á los bailes. El tono de su piel era amarillento, con zonas de mayor pigmentación; las pestañas, de un color rubio sumamente pálido (1).

*
* *

La expedición pasó la noche del 30 al 31 de agosto en un pueblo de «bapukos» situado á poca distancia de la desembocadura del río Utonde. En la casa del jefe «bapuko»—buena casa, con excelentes camas bien acondicionadas—fueron capturados ejemplares de *Pyretophorus costalis.*

Salida de Utonde, á las siete de la mañana del 31. Al pasar el río, uno de

(1) Starr refiere detalladamente cuatro casos por él observados, de albinos, en Bumba, en Ikoko y en otros puntos del Congo; además, comunica datos referentes á otros casos; en conjunto, catorce, de los cuales nueve varones y cinco hembras. La preponderancia de albinos del sexo masculino no puede, sin embargo, afirmarse por estas cifras, evidentemente escasas. Por su parte, Starr asegura que—como nosotros hemos comprobado en la costa de la Guinea española—ninguna superstición ni creencia especial acompaña la presencia de los albinos en las tribus del Congo.

En esta región se indican los albinos, generalmente, con la palabra «toka-toka», que significa pálido.

Datos muy interesantes comunica Starr acerca de las formas de cortarse los dientes, especialmente los incisivos, y publica láminas con la reproducción gráfica de los procedimientos y de la forma propia de cada tribu.

los cayucos, con ocho cajas de nuestra carga, volcó, afortunadamente, cuando no había llegado al centro de la corriente. Las cajas fueron recuperadas, aunque en mal estado; una de ellas contenía, por desgracia, material bacteriológico.

Nueve horas de marcha por la playa, de arena fina, suave, sólo rota acá y acullá por el asomar de piedras y escollos. Grandes troncos de árboles atraviesan á veces el camino; la caravana entonces titubea, da media vuelta, entra en el mar ó sube por estrechas veredas á campo traviesa; reaparece

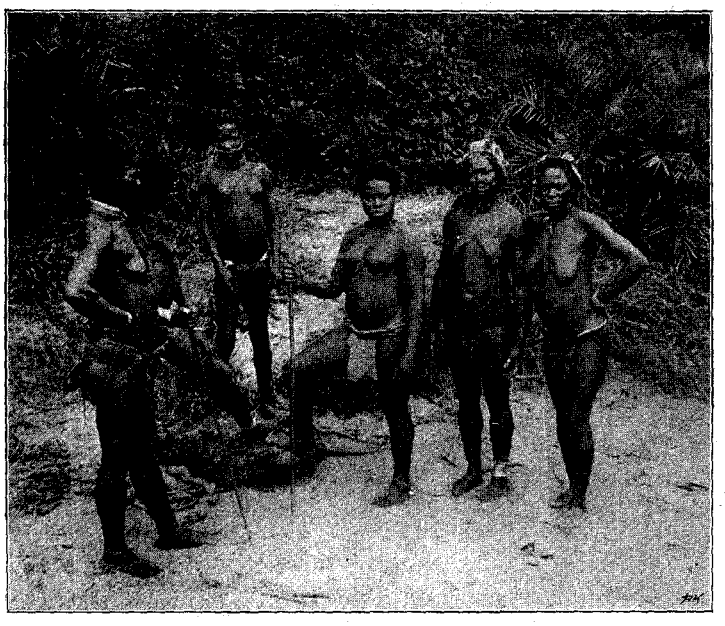


Fig. 16.—Grupo de mujeres «pamues» del pueblo de N'Koo.

(Fot. de D. J. Pantoja.)

más allá, á lo lejos. Manadas de cangrejos surgen de la tierra, corren, huyen, se pierden en el mar incesantemente. A las cuatro de la tarde llegamos á Punta M'Bonda.

Aquí vive una tribu de «pamues uvumis», gente apuesta y perspicaz, abierta á las enseñanzas de la civilización. Casas limpias, bien construídas, algunas de dos pisos, rodeadas de plátanos, de palmeras y de pequeñas plantaciones de cacao. A espaldas del pueblo y á sus lados se extiende una espléndida huerta. El pueblo, dispuesto en parte sobre el promontorio, en parte en una contigua ensenada, recibe en pleno las brisas marinas. Sus aguas corren por pronunciadas vertientes, y, por ende, raras veces se estancan. Considero este sitio como uno de los menos malos de la costa, uno de los que se hallan en mejores condiciones de salubridad.

Gustavo Pittaluga.

(Concluirá.)

LAS NUEVAS CORRIENTES LITERARIAS

y su influencia en las letras hispanoamericanas [1]

Cuando tiempo atrás—¡demasiado tiempo!—levantaba yo en América, con un ilustre poeta, la bandera de la revolución literaria, bien lejos estaba de pensar que, andando los años, habría de brindárseme en España una ocasión inapreciable para decir el epílogo de aquellas luchas generosas y para responder á esta pregunta de la crítica novísima:

La insurrección literaria que estalló en 1885 en la Ciudad-luz, ¿ha tenido alguna influencia en la literatura moderna? ¿Ha dejado siquiera huellas en América, en la América latina, la legión de los innovadores?

El Maestro quería que se dejara á los muertos enterrar á sus muertos. La historia del pensamiento tiene una página más. En esa página nada hay glorioso más que el esfuerzo; nada grande más que la sinceridad: la obra ha caído, y los artífices se han dispersado.

Salváronse del gran naufragio algunas vigorosas individualidades que habrían bastado por sí solas para infundir nueva savia en el viejo tronco. Salváronse con ellas algunos libros que han enriquecido todas las literaturas. No podían ir más lejos, porque habían elegido la más ardua, la más difícil de todas las vías. Diríase una selva áspera y densa, donde fuera preciso abrirse paso á golpes de hacha.

De aquella cruzada de las letras sólo repercutieron en América algunos ecos. Los innovadores europeos fueron conocidos por ciertos libros de crítica rápida y apasionada, generalmente impresionista, más artística que profunda, ó por violentas diatribas cuya destemplanza no llegaba á ocultarse bajo la capa científica con que se quería envolverla.

Si fué la influencia del medio ambiente, si lo fué la de la raza, ó las exigencias de la sonora y luminosa lengua castellana, cuestión es ésta que esclarecerá la crítica del porvenir; pero es innegable que la innovación no llegó entre nosotros, ni con mucho, hasta donde llegó en su país de origen. Así, los que juzgan esa tendencia de las letras por las obras de los escritores españoles ó americanos, conocen apenas algunas fases de la tentativa evolucionista, tal vez las únicas dignas de estudio, las únicas que pueden ser consideradas como conquistas permanentes de una noble y ardorosa campaña.

La obra no llegó en Francia á la altura del propósito. La ejecución resultó muy inferior al plan, y las divergencias que estallaron desde el primer momento entre los hombres de letras que figuraban al frente de los reformadores, descubrieron el falso de la armadura y quitaron al movimiento que se iniciaba la fuerza y el vigor que los románticos de 1830 encontraron en la defensa de un ideal común.

---

(1) De la conferencia dada en el Ateneo de Madrid el 6 de enero último.

Lo que se reveló muy en breve fué la aspiración firme y resuelta hacia la afirmación de la propia individualidad. No era la introducción de una escuela nueva: era la caída de todas las escuelas. Ni el viejo eclecticismo, ese refugio final de los espíritus serenos y tranquilos, pudo salvarse del formidable ataque de los revolucionarios.

Y hubo tantas banderas como soldados: los libros se sucedían sin interrupción; eran, en su mayor parte, confusos, abigarrados, incoherentes. La muchedumbre no los comprendía; el público los rechazaba; los profesionales de las letras sonreían á su aparición.

Uno ó dos ilustres escritores, uno ó dos artistas de genio se impusieron al desdén, á la indiferencia ó al hábito; pero ¿dónde estaban esa trinidad de Hugo-Padre, Musset-Hijo y Lamartine-Espíritu Santo? ¿Dónde esa admirable legión en la que eran legionarios Vigny, Teófilo Gautier y Jorge Sand?

(¡Oh Verlaine!... ¡Oh pobre alma, hecha de dolor, de genio y de pecado! ¡Alma de niño, alma rebelde, alma de monje, en la que se hubiera deslizado furtivamente un impuro rayo sádico! ¡Oh alma de Verlaine!)

Sobre esa obra desorientada y jadeante de los primeros lustros de la lucha simbolista ha empezado á caer un justo y piadoso olvido; pero ese olvido no sería ni justo ni piadoso si alcanzara también á las aspiraciones, á las tendencias estéticas y á las doctrinas que les dieron nacimiento.

***

En la América latina no hay un solo poeta que se haya atrevido á llevar tan lejos como el menos revolucionario de los poetas franceses de aquel tiempo su desdén por los moldes conocidos del arte. Ese singular estado de alma que se revela en las obras de estos últimos, y que ha sido estudiado como el efecto de una degeneración patológica, ó, simplemente, como un disfraz del anhelo inmoderado de originalidad, apenas ha producido entre nosotros algún caso incipiente, en el que muchas veces un talento poderoso ha facilitado el gran salto de lo ridículo á lo sublime.

Todos los sectarios de la nueva estética—y no tomo en cuenta á los imitadores burlescos ni á los ineptos—han evitado la extravagancia y se han detenido en la frontera del extravío. No lo piensa así la crítica académica ni el gran rebaño; pero en ningún tiempo pudo obtenerse que una y otro dieran voluntariamente carta de naturaleza á los que llegaban, en nombre de nuevos ideales, á destruir viejos preceptos. Es la leyenda de todos los reformadores: así los reformadores religiosos como los reformadores sociales; así los reformadores literarios.

Si las letras francesas dejaran perderse por completo el esfuerzo de 1885, habrían desdeñado un pequeño tesoro que se les ofrece. Su forma lírica, por lo menos, esa forma dura, monótona y amartillada, que necesita completar la evolución que iniciaron los románticos, podría serle deudora de su perfeccionamiento.

Para la literatura de la lengua española las ventajas son otras, y á fin de poder apreciarlas, es necesario determinar hasta dónde llegaban las aspiraciones de los nuevos estetas.

***

Apenas habrá error más generalizado que el que implica la acusación de frivolidad y ligereza lanzada contra ellos. Créese hallar su secreto en la elección del vocablo y en la música de la frase, méritos superficiales que desdeñan los que aman las ideas vigorosas expresadas en claro y puro lenguaje; pero tal vez se confunde el medio con el fin, el procedimiento con el propósito. No limitan así su vuelo los que pretenden audazmente desentrañar los misterios de todas las cosas y hallar el alma oculta de todos los seres. Pero no quieren guardar vino nuevo en viejos odres; no quieren tan sólo expresar sus sensaciones y sus sentimientos, sino también hacerlos nacer en el que los escucha; crearle un estado moral idéntico, capaz de aceptar la impresión y reflejarla inmediatamente; y para obtener este resultado, apelan, no á la frase que explica, sino á la frase que dibuja el cuadro, esculpe la figura ó vierte exactamente el pensamiento. De ahí esa necesidad que sienten de un nuevo vocabulario, de una nueva sintaxis, y aun, en ocasiones, de una nueva prosodia.

La forma obedece entonces á todas las vibraciones de la idea, y el poder de expresión de la palabra puede llegar á ser tal, que evoque imágenes no conocidas, de una diafanidad y pureza maravillosas; que despierte impresiones inesperadas; que llegue, en fin, *á crear ideas,* después de haber sido creada por ellas.

No se trata de hacer simples combinaciones armoniosas con los vocablos, sino de combinarlos de tal modo, que su sonido, su significado, el valor de todas sus sílabas, los matices que sean capaces de producir, su estructura, la caída del acento, todo, en fin, contribuya poderosamente á formar en el espíritu un ambiente especial, donde puedan después moverse y agitarse las ideas más extraordinarias y más nebulosas sin exotismo ni confusión.

El amor á la forma no es, pues, en este caso, otra cosa que una derivación del amor al pensamiento; pero sus grandes peligros son la obscuridad y el énfasis. Con la obscuridad se destruye toda la obra, se desploma todo el edificio con tanto esfuerzo levantado. ¿Qué pensamiento puede penetrar en el espíritu del lector, qué impresión puede producirle si lucha por comprender una frase, por seguir las ondulaciones de un giro, ó por desentrañar el significado de una palabra? La exageración ó el rebuscamiento conducen á tal escollo, que no han salvado, más aún, que no han tratado de salvar los mejores escritores, y en el que fracasan irremisiblemente los ingenios de segundo orden.

Planteado este problema, ¿cómo pintar una situación especial del ánimo, es decir, cómo crear en el ánimo de los demás una situación especial que sea la misma en que se encuentra el del autor? Se resuelve así: preparándole len-

tamente, formando en él el claroobscuro del que han de brotar las figuras ó en el que han de vibrar las sensaciones intensas, verdaderas y profundas. Tal es la obra del arte, auxiliado por la inspiración, el color, la armonía y la línea al servicio del pensamiento.

Una vez que la música de una palabra, su situación en la frase y su sentido son precisos (la precisión, en este caso, depende del propósito); cuando el período, así formado, semeja un cuerpo cuyos miembros todos, ejerciendo funciones análogas, coadyuvan á un mismo fin, se puede seguir los vuelos del pensamiento del poeta, ver sombras y siluetas, comprender la vaguedad de los sentimientos más poderosos y las profundidades y los misterios de las cosas más vulgares. Así es posible *sugerir las cosas* y no decirlas. El símbolo arranca de la forma pesada de los seres la verdad espiritual, y la fija como si hubiera descubierto su esencia.

La primera impresión que produce este procedimiento es un malestar especial: se teme al desequilibrado, al neurótico; se encuentra todo raro, excéntrico, fuera de la vida normal; después, la sucesión de los colores, de las medias tintas, de las penumbras, de las tinieblas, domina y se apodera del espíritu, que empieza su noctambulismo: la vida física penetra en la vida espiritual. Pero no debe creerse ni falsa ni artificiosa esta tendencia: precisamente tiene por base la sinceridad; de su carácter personal y contemplativo se desprende un extraño encanto. Desde luego no crea una literatura vigorosa y enérgica, ni aspira á ello; no acepta el golpe del color ni la claridad hiriente del rayo de sol: sólo tiene matices y luz de luna, y la renovación de las impresiones y de los estados de alma se produce sin esfuerzo ni violencia; desprende naturalmente las ideas como representaciones de los hechos más extraordinarios, que parecen simples y vulgares, como son simples y vulgares el dolor, la desesperación, la alegría de la vida, el amor ó la muerte.

Su ideal, se ha dicho, sería que el espíritu viera las cosas espirituales con tanta claridad como los ojos ven las cosas corporales.

Al mismo tiempo que esta inclinación marcada hacia las medias tintas, á las suavidades tenues y á las vaguedades del concepto, su poesía busca la música de la frase y la música de la palabra. Todo puede decirse en verso, con tal de que sea armoniosa y poéticamente, y dicho en forma tal, que no haya otra expresión posible de la misma idea, esto es, que forma y fondo, como alma y cuerpo, sólo puedan corresponder la una al otro.

***

Los que hayan seguido con atención el desenvolvimiento literario de los últimos años, podrán decir si tales aspiraciones fueron realizadas.

Los reformadores románticos habían hecho por la Edad Media la misma labor que el Renacimiento realizó por la antigüedad; pero el mundo medieval, descubierto por esos soberanos poetas de principios de la última centuria, ofrecía un nuevo y vasto campo para los reformadores finiseculares. Y no fue-

ron ya solamente los varones de armadura de hierro, de brazo de hierro y de corazón de hierro: fueron los ensueños brumosos é indecisos del largo sueño medieval; fué el mundo vasto y maravilloso de la leyenda, el misterio y el prodigio.

Porque ese alarido de espanto que llenó los diez siglos de la Edad Media no ha resonado bastante todavía en nuestros oídos; sus éxtasis y sus adoraciones no han penetrado bastante todavía en nuestros espíritus; no hemos visitado todas sus selvas, pobladas de seres misteriosos y terribles; no hemos visto levantarse junto á las columnas de sus catedrales góticas á todos sus mártires, que enseñan con un gesto de gozo infinito sus heridas sangrientas; no hemos asistido á la transfiguración de todos sus santos; no hemos visto á los ángeles celebrando todos los desposorios místicos de sus vírgenes; no hemos sentido el paso cauteloso y la risa ahogada de todos sus malos espíritus triunfantes.

Ese extraño mundo del Norte, que balbuceaba sus Ilíadas y sus Biblias en los Eddas y en los Nibelungos; la vasta atmósfera de poesía que desde el país de Gales se extendió hasta la vieja Armórica, protegiendo el florecimiento de los ciclos de Arturo, de Carlos y de los caballeros del Santo Graal; los ecos de Roncesvalles y de las hazañas de Mudarra y de Rui Díaz; el islam español, caballeresco y voluptuoso; todo se levanta aún como un inmenso Pentélico para los artistas de todos los tiempos y de todos los países.

Si la vuelta de los espíritus hacia la Edad Media implicaba un resurgimiento de la fe, nada hubo en ese resurgimiento que se apartara de la pura concepción estética. Su misticismo fué, simplemente, un misticismo artístico. Estaba en la obra, y no en el artífice.

Véase la época en que aparecieron los innovadores. Triunfaba en la prosa el naturalismo, y el parnasianismo en la poesía. Significaba uno y otro una reacción contra los extravíos románticos. Los naturalistas, exagerando el método balzaniano, llevaban el arte á los anfiteatros y á los hospitales, lo convertían en el reflector de todas las miserias, preconizaban la observación con el ojo del genio, y se elevaban por el examen de los detalles á las grandes síntesis: la facultad de crear quedaba eclipsada ante la facultad de reproducir. Los parnasianos se dejaban seducir por los prestigios de la forma. Esculpían sus versos, pero no los sentían. Sobre sus obras admirables de orfebre, la pasión no ha batido nunca sus alas.

Si los reaccionarios de 1885 se hubieran limitado á dejar á la observación su rango de cualidad de segundo orden, á cubrir con indulgentes velos todo lo que tiene de brutal y de mezquino la pobre naturaleza humana, á devolver al arte su vieja misión de creador de bellezas, á poner un alma en los marmóreos versos de los artistas impasibles, á penetrar en el mundo del ensueño y de la visión, á reivindicar para la palabra la potencia emocional de la música y la fuerza evocadora del dibujo y del colorido, su labor habría sido, no solamente respetable, sino también respetada, porque habría depurado á las letras de una seudociencia cuyo principal mérito reside en la preparación me-

ticulosa, habría abierto nuevos rumbos á la producción artística, habría añadido algunas cuerdas á la lira, y habría devuelto sus alas á la psique.

Ni la Pléyade francesa, ni Góngora ni Marini (dos admirables poetas extraviados en la persecución de la belleza formal), pretendieron jamás una renovación tan completa de la lírica; porque, en su reacción contra lo familiar y lo pedestre, se detuvieron en la pompa del estilo, la cultura del lenguaje, la extrañeza de las imágenes, el recargo de los adornos y la disposición laberíutica de los pensamientos. Y no obstante sus defectos y la limitación de su vuelo, la innovación culterana dejó una huella profunda en la literatura europea, porque había aparecido en un momento propicio y porque entregaba de nuevo al arte un tesoro injustamente olvidado.

La literatura del porvenir no rechazará tal vez ninguno de los elementos que le ofrezca la evolución del pensamiento humano, ni fulminará con un desdén poco filosófico ninguna de las tendencias en que se ha dividido alternativamente el imperio de los espíritus. La obra integral ha de levantarse sobre ese terreno sedimentario formado por los siglos.

Todo lo que tiene de odioso y de estrecho la historia literaria, está representado por un exclusivismo. Cuando la crítica ha sido ejercida en nombre de un principio ó de un código cualquiera, su influencia ha resultado invariablemente maléfica. Á la luz de la retórica, de la tradición, de la moral, del nacionalismo, no puede juzgarse una obra de arte sin partir de una base de injusticia. Así lo han comprendido esos críticos modernos que se limitan á consignar sus propias impresiones y á ofrecer élementos de juicio por medio de artísticas síntesis y de investigaciones sagaces.

Y lo que pasa con la crítica, pasa también con la creación literaria. Desde el momento en que un autor se pone en abierta contradicción con los gustos y teorías preexistentes, su obra está condenada á la impopularidad ó al desdén, salvo que la fuerza del genio ó alguna circunstancia ajena á la obra misma lo exceptúen de la ley común.

Toda literatura verdaderamente grande abarca, por lo menos, una raza, es decir, una civilización. La literatura de Francia no es francesa, es latina; la literatura de Alemania no es alemana, es germánica; la literatura de Rusia no es rusa, es eslava.

El exotismo empieza donde una civilización termina. La influencia de los maestros escandinavos ó eslavos sobre las letras latinas no puede ser ni eficaz ni permanente.

Sus críticos hacen viajes en barco de descubridores, y nos hablan de narraciones extrañas en las que hay trineos arrastrados por perros, y *mujiks* cubiertos de pieles, y largos meses de invierno en que la nieve azota perpetuamente las ventanas durante interminables noches. Ni Ibsen, ni Tolstoi, ni Bjornson, ni Dostoyewski pueden ser modelos literarios para los meridionales; sus imitadores se limitarán á producir obras exóticas ó á seguir su moral ó su filosofía, es decir, lo que tienen de universales.

No se entienda lo que queda dicho como una censura al exotismo, que

estoy muy lejos de lanzar. Sostengo solamente que el espíritu y el método de los escritores de la Europa septentrional no llegarán jamás á sernos familiares, y ya es mucho que alcancemos á comprender y á apreciar su obra sin que en ello sea parte lo que se llama en filosofía el criterio de autoridad.

Al exotismo literario se ha opuesto frecuentemente el regionalismo, que, aun cuando es el extremo contrario, produce en último término los mismos efectos. Para ser poeta ó escritor regional, es necesario aislar los elementos peculiares de un país, etnológicos ó sociales, y caracterizar con ellos la obra, que resulta así no menos exótica que si fuera japonesa ó india, excepto para un número limitadísimo de personas.

Literatura nacional es una frase vacía de sentido. Sería vano pretender que las fronteras políticas llegaran á ser también fronteras literarias; la mixtificación del patriotismo aplicado al arte se encuentra al fin de ese camino.

Si así se denomina el conjunto de producciones de autores nacidos en un mismo pueblo, tal designación será extraña por completo al arte mismo, pues la obra quedará supeditada al autor, y su asunto, su género, sus tendencias, su carácter y su estilo carecerán de significación y de importancia. Los límites de la literatura nacional serán fijados por las cancillerías al ajustar tratados de posesión territorial, ó por los conquistadores al anexar provincias ó ciudades. La historia literaria tendrá á la historia política por principal colaborador, y ventilará largamente el grave problema de la nacionalidad de origen y la nacionalidad de nacimiento, que preocupa á los estadistas de ambos mundos.

La lengua sola no basta para caracterizar la literatura nacional, pues las lenguas salvan los límites políticos, y no es francés un autor belga ó suizo más que alemán un autor austriaco ó español un autor argentino.

Si es la obra misma, es decir, su ambiente, su espíritu, su asunto lo que determina su nacionalidad, será necesario rehacer la historia literaria para adjudicar á España la mitad de Corneille y de Lesage, Flaubert á Cartago y Hugo á todos los países.

No fué más griego el ateniense Sócrates que el escita Anacarsis ó el sirio Luciano, ni fueron más romanos Cicerón ó Lucrecio que Quintiliano ó Séneca, ni más español Moreto que Juan Ruiz de Alarcón, ni más francés Voltaire que Juan Jacobo Rousseau.

La literatura griega comprende á todos los autores que escribieron en la lengua de la Hélade, como la literatura latina á todos los que escribieron en la lengua del Lacio. El tiempo ha suprimido las fronteras arbitrarias que dividen los Estados, y ha agrupado las producciones de la inteligencia humana teniendo en cuenta solamente el idioma en que aparecieron y la civilización que les dió origen. La aspiración moderna á crear literaturas nacionales no puede llevarnos á otra cosa que al regionalismo estrecho y sin horizontes, al exotismo dentro de las mismas fronteras, pues todo lo que haya de verdaderamente nacional en una obra, será siempre una manifestación aislada, ó será patrimonio de toda una civilización.

Examínese la obra americanista de todos los escritores americanos—me refiero únicamente á las letras puras—: se encontrará indianismo, ó regionalismo, ó *folk-lore*. Nuestra civilización actual es completamente europea, y el ambiente artístico no puede ser modificado por las Cartas constitucionales.

No se censure á los países de ese continente porque no sean otra cosa que provincias de la gran república literaria que comprende á toda la raza. Nuestros tiempos prehistóricos son los asiáticos y los europeos, no los anteriores á las dinastías incaicas; nuestra antigüedad es la antigüedad de Asia, de Grecia y de Roma, no la época del dominio de los hijos del Sol; nuestra Edad Media es el feudalismo, las Cruzadas y las luchas del Pontificado y del Imperio, y nuestra edad contemporánea comienza en la Revolución francesa. Nuestros antepasados no tuvieron la tez roja ó cobriza, y ni en literatura ni en política puede hablarse ya de autoctonismo, ni pensar en devolver su trono á los incas, como los utopistas de la revolución de América.

En la doctrina contraria se funda, sin embargo, la acusación que se lanza contra los hombres de letras que se incorporan en América al movimiento intelectual europeo, y en ella se apoyó la acusación primera lanzada contra los que abrazaron las teorías estéticas de 1885.

Toda la literatura americana se encuentra en las mismas condiciones; la diferencia sólo está en la fecha de la importación. Lo mismo significa escribir como los clásicos españoles del siglo de oro que como los clásicos franceses del siglo de Luis XIV, como los naturalistas que como los románticos, como los lakistas de Inglaterra que como los simbolistas de París, si no se puede exhibir un género literario propio, á la manera con que se exhibe un ejemplar exclusivo de nuestra fauna ó de nuestra flora.

***

Y, en verdad, esa división de géneros y de escuelas, grata á los espíritus que viven de las clasificaciones metódicas, tiene una importancia tan secundaria para los verdaderos artistas, que empieza á convertirse en patrimonio de la crítica dogmática, perseguidora de caracteres comunes en obras ó autores, para encontrar en ellos la explicación de las evoluciones literarias.

Si mi voz resonara desde una cumbre tan alta como la cumbre en que resonó la voz de Hugo, ó como la cumbre en que resonaba no ha mucho tiempo la voz de Tolstoi, diría yo á los jóvenes de todos los países: Ni Aristóteles, ni Horacio, ni Quintiliano, ni Boileau han levantado el velo que cubre el rostro de Isis; no han encerrado en sus preceptos el secreto del genio, ni son los legisladores del Parnaso. No encontraréis el camino del corazón ó del espíritu humano siguiendo las huellas de Homero, de Platón, de Tácito, de Dante, de Shakespeare, de Camoens ó de Cervantes. Volved los ojos á la Naturaleza, hundíos en vosotros mismos como en un lago profundo, y la obra saldrá después de vuestras manos saturada de verdad y de vida...

Ego sum via et veritas et vita.

La vuelta á la Naturaleza ha sido siempre la aspiración de todos los espíritus en la fatiga de las civilizaciones angustiosas; pero la simplicidad sola no es belleza. El arte no vive de enunciaciones ni de reproducciones incesantemente renovadas. Para que la obra no sea tan efímera como la vida, es necesario que sea tan intensa y tan complicada como la vida. Los primitivos, los creadores, pudieron lanzar sus velas en mares vírgenes. Los dioses y los héroes, el firmamento y la tierra, el misterio de todas las cosas y las intuiciones secretas de las almas, la vida exterior y los sentimientos comunes á todos los seres podían inspirar al vate legislador, al vate profeta, al vate primitivo, en fin, así fuera éste Moises ó Valmiki, Homero ó San Juan el apóstol. Las infancias de la sociedad son sencillas y enormes como montañas: el océano tiene un solo tono en las cuerdas de su salterio gigantesco.

No es ésa la tarea que nos está reservada á nosotros, productos de una época compleja y multiforme. La vuelta á la Naturaleza no puede llevarnos á los ríos sagrados de poesía de las literaturas orientales, ni á la sencillez heroica del mundo homérico, ni á la simplicidad infantil y ferviente de los historiadores, los hagiógrafos y los poetas del medievo. La Naturaleza es una sola; pero los brazos que nos tiende no son los mismos brazos que tendió á nuestros antepasados.

Todo lo que puede pedirse á los artistas es sinceridad. Lo falso y lo ficticio son la negación del arte; pero sinceridad y sencillez no son sinónimos. «Soy hombre—decía el poeta latino—, y nada de lo que es humano me es extraño.» Tal vez podría encontrarse en estas palabras una completa profesión de fe literaria.

Ricardo Jaimes Freire.

LA DICHA DE VIVIR

Para el sabio catedrático de la Central D. Adolfo Bonilla y San Martín.

Así como existen voluminosas producciones que por la frivolidad de su contenido revelan el esfuerzo y fatiga del autor, obligado á llenar cuartillas y cuartillas para decir lo que en cuatro palabras pudiera ser suficientemente expresado, existen otras que por la magnitud y grandeza del tema que desarrollan y por su elasticidad jamás se hacen pesadas, y nunca parece llegado el momento oportuno en que su autor debe darlas fin; de modo que cuando éste lo hace, obligado por naturales exigencias de espacio y tiempo, corre el riesgo de que otro más descansado y animoso se crea en el deber de continuarlas y darles la justa extensión que requieren. Por eso es hasta cierto punto excusable la temeraria audacia de los muchos autores que osaron nada menos que alterar con intrusa pluma las nómadas andanzas del hidalgo manchego, que falsificaron sus estupendas aventuras, atribuyéndole otras de que jamás fué protagonista, y que hasta falsearon el móvil altruista y verdadero que las guiaba, comprometiendo así el prestigio y fama que le hicieron inmortal; circunstancia que obligó á Cervantes á dar á su héroe cristiana muerte una vez concluído el relato de sus hazañas, á fin de evitar que nadie en lo sucesivo se atreviese á seguir imputándole hechos inciertos y caprichosos. Mas esta hábil medida, al parecer definitiva y concluyente, no ha sido todo lo eficaz que el autor creyera. Cide Hamete Benengeli, Avellaneda, Guillén de Castro, Gómez Labrador, Meléndez Valdés, todos pusieron sus pecadoras plumas en la historia del famélico caballero. Aunque quien plenamente ha hecho fracasar el lógico propósito del inmortal manco es Juan Montalvo con su muy bien escrita obra *Capítulos que se le olvidaron á Cervantes,* y quien, para llevar su empresa á cabo, supone que el *Quijote* se halla incompleto, y que adolece de ciertos olvidos y omisiones que él trata de llenar. Bien puede ser que Montalvo creyese en la integridad de la obra que tan afortunadamente imita tanto como el mejor informado, y que sus *Capítulos* obedezcan no más que al deseo tentador de escribir sobre un tema inagotable y eterno, á cuyos llamativos encantos no supo sustraerse. Y creo esto, al par que le disculpo, porque á mí me ocurre una cosa análoga respecto á otro libro, si no tan sublime como el mencionado, lo suficientemente bello y seductor para incitarme á proseguirlo. Mas como esto sería en mí tarea harto atrevida, y teniendo en cuenta lo deficiente de mis aptitudes, reduzco mi propósito, limitándome tan sólo á decir de él cuatro palabras y á exponer alguna de las muchas consideraciones que me ha sugerido su lectura.

***

Me refiero á *La dicha de vivir,* de la que es autor el ilustre naturalista inglés John Lubbock.

Leí por primera vez esta obra en el campo, donde me hallaba por prescripción facultativa y con objeto de acelerar una pesada convalecencia. No pude elegir lugar ni circunstancias más á propósito para su lectura. Hay estudios que requieren, como la representación de las obras teatrales, un ambiente especial, á más de cierta relativa oportunidad. Job no será comprendido sino por los tristes, y sólo en la penumbra incierta de un húmedo calabozo; Kempis tiene doble encanto para los pecadores que para los justos; Lubbock seduce más á los enfermos que á los sanos. El misticismo requiere para sentirse el obscuro ángulo de un templo saturado de aromas de incienso y mirra; en cambio, para poder apreciar en toda su desnudez idílica la belleza de *El Cantar de los Cantares,* hay que saborearlo bajo un manzano en flor. También, para sentir y comprender en toda su grandeza la moral de *La dicha de vivir,* hay que leerla con luz del día; hay que repasar sus páginas á *plein air,* sentado en la otoñal alfombra de amarillas y secas hojas ó en el verde y fresco césped de los prados; junto al arroyo que ríe ó á la fuente que canta; en las márgenes sinuosas del remanso, en las que elévanse gentiles los blancos álamos, ó en los pinares perfumados, donde las brisas riman de continuo anacreónticas estrofas y salmos litúrgicos. Sin embargo, no esperéis que Lubbock os hable con preferencia de estos puros y verdaderos goces del campo. Si alguna vez los cita, es muy á la ligera, de un modo superficial. Quien al hablar de la dicha de vivir dedica un capítulo respectivo á los amigos, á los viajes, á los libros y al hogar, es muy injusto no dedicando al campo dos de ellos, por lo menos. Este olvido es, á mi juicio, el defecto capital de la obra. ¿Qué valen los demás goces, comparados con los que puede ofrecernos la Naturaleza? ¿Acaso no constituyen éstos, por sí solos, la dicha de vivir?

Para apreciar su inmenso valor es preciso hallarse en trance de muerte. Os juro que cuando en el período crítico de una grave enfermedad creí mi fin cercano, apenas me inmutó la idea de perder mis joyas, libros y placeres; en cambio, me estremecí de terror al pensar que las tintas crepusculares se borrarían ante mis ojos para siempre; que el murmullo del arroyo, y el rumor del río, y el bramido del huracán, y el susurro de la brisa, y el retumbar del trueno, y el golpeteo cadencioso de la lluvia, en fin, no halagarían jamás mi oído.

De incurrir en igual delito de osadía que Montalvo, podría justificarme mejor que él, aun dando á mi obra un título semejante al de la suya.

A Cervantes no se le olvidó ningún capítulo.

Lubbock tiene, en cambio, imperdonables omisiones.

*
* *

A nadie sorprende que el pueblo helénico amase á Dios como hombre y á la Naturaleza como lugar de bienaventuranza. ¿Qué de extraño tiene que Grecia, donde la vida se muestra tan bella y sugestiva, fuese la cuna de *la más*

humana raza de la Humanidad? Lo extraño, lo inexplicable es que Shakespeare, el más humano de los hombres, viniese á nacer en un país de constantes brumas, y que Lubbock haya concebido su obra bajo un cielo empañado.

***

Ante todo, Lubbock trata de convencernos del deber de la dicha.

Afortunado el poeta que solaza y el filósofo que enseña; pero más afortunado aún el poeta ó filósofo que alienta y estimula. Nada tiene que ver la intención con el resultado. Lubbock predica la felicidad, aunque no acierta á indicarnos los medios verdaderos que á ella conducen. La grandeza del propósito hace olvidar la deficiencia del sistema.

«La alegría y el bienestar—nos dice—es la primera obligación del hombre.» Y esto, que á primera vista parece ocioso é inútil recomendar, no deja de ser, según su teoría, uno de los más transcendentales puntos de que trata; pues si bien es verdad que el egoísmo y el propio instinto son suficientes para impulsarnos á buscar la dicha por todos los caminos á nuestro alcance, también es cierto que muy pocos dan con ella; no porque ésta no exista en la presente vida, según afirma el vulgo en un desconsolador rasgo de pesimismo, sino porque la pretendemos por medios opuestos é incompatibles con su alcance. Y es que el ser feliz es, de todos, el arte más difícil y complicado.

No aspirar, no querer, no sentir, no inmutarse por nada... He aquí el secreto de la dicha, según Lubbock. Pero la dicha, según esto, tiene, á mi ver, mucha semejanza con la idiotez y aun con la muerte. Suprimir estos fenómenos psíquicos, en caso de que fuera posible, equivaldría á hacerse desgraciado. Epicteto, el digno esclavo griego á quien el autor en cuestión cita muy á menudo, recomienda *no anhelar que las cosas ocurran conforme á nuestro deseo, sino desear que éstas sucedan tal cual son, para que nuestra vida se deslice tranquila.* Y ¿qué felicidad—cabe preguntarse—puede gozar un espíritu sin voluntad, que á todo se resigna y lo sufre todo?

La resignación—porque no es otra cosa lo que Epicteto aconseja, so pena de desconocer en absoluto la naturaleza humana—no es muy segura garantía de la dicha, puesto que implica impotencia de la voluntad, acatamiento forzoso de lo fatal, sumisión humillante del deseo ante la fuerza, pequeñez de espíritu, esclavitud del ánimo, en una palabra, carencia absoluta de libertad; y la libertad, según nos enseña la Historia, es el don más codiciado de la grey humana, lo que constituye el objeto de sus luchas, el fin de sus evoluciones, el factor más indispensable para el bienestar de los individuos y los pueblos.

¿Quién es el hombre que no aspira, que no ambiciona? Preguntad al más modesto de ellos si desearía poseer cinco céntimos más de los que tiene, y de fijo os contestará afirmativamente.

Los hombres más grandes de la Humanidad fueron, sin duda alguna, los más ambiciosos y descontentos. De sus obras magnas y sublimes quizás fueran móviles primeros el ansia de fama y riquezas. No cabe duda que la am-

bición, bien dirigida, es una virtud. Alejandro, César, Colón, Hernán Cortés, Napoleón, fueron sublimes ambiciosos. Buda, Confucio, Jesús, Mahoma, Lutero, sublimes rebeldes. Don Quijote, Fausto, Hamlet, Segismundo, las más humanas creaciones del Genio, viven en constante hostilidad con el medio, contra el cual luchan hasta el heroísmo. La sumisión es contraria á la inteligencia, á la actividad y al progreso. Recomendar, pues, al hombre tan arbitraria conformidad, es un atentado contra la razón humana, siempre descontenta, díscola, curiosa, aventurera, activa, infatigable, nómada, cuyas veloces alas jamás detendrá valla alguna en su viaje eterno en pos del *más allá*.

«Nuestra dicha y nuestra desdicha—exclama Lubbock en otra parte—están en nuestro poder.» Y esta temeraria afirmación también merece discutirse. Si el hombre viviese desligado de sus semejantes, podríase conceder alguna más razón á estas palabras; pero naciendo sujeto á leyes y obligaciones, de cuyos compromisos y molestias no puede eludirse, la voluntad humana resulta impotente para sobreponerse á las circunstancias de su época, que, por convencionales que sean en la historia de los tiempos, forzoso es considerarlas como verdades actuales é inmediatas. Nada tan inexacto como estas frases del citado Epicteto: «Si un hombre es desgraciado, es culpa suya; porque Dios hizo á todos los mortales para ser felices.» Tal teoría se halla en pugna con las desigualdades sociales de nuestra época. ¿Cómo un miserable pordiosero, á quien todo se le niega, incluso la dignidad del semejante, podrá participar de la dicha de vivir como un patricio potentado, para el que no hay capricho ni deseo irrealizables?

Mucho más acierto hay en el capítulo consagrado á la dicha del deber. En efecto; la más pura y noble de las satisfacciones es la del deber cumplido, que nos hace dormir con la sonrisa en los labios. Así lo entendía Plinio cuando rogaba á los dioses inmortales que le deparasen para su vejez *una conciencia tranquila junto á un hogar lleno de lumbre*. No cabe concepto más exacto y hermoso de la felicidad.

En los restantes capítulos que integran la obra trátase separadamente de los diversos goces y placeres que, en el actual estado de civilización, pueden hacernos la vida amable. En ellos se nos habla del moderno placer de los viajes, del encanto de experimentar en el menor tiempo posible el mayor número también posible de emociones. Se nos habla del goce espiritual de la lectura; de la plácida y exquisita sensación que produce el hojeo de los más disparejos autores, muertos y vivos, que nos ofrecen con generosidad fecunda sus opiniones respetables y sus consejos sabios. Por último, el autor entona un himno entusiasta al hogar, donde la esposa vela solícita por su amante compañero y la traviesa prole; donde aguarda la mesa repleta de suculentos manjares que incitan á la gula, y el tibio lecho brindando quietud y reposo.

Efectivamente que la vida es una dicha para los afortunados que pueden saborear estos placeres. Hizo mal Lubbock en citarlos, puesto que su goce no es común á todos los mortales.

Todo cuanto consuelan y fortalecen los dos primeros capítulos, abaten y

desmayan algunos de los restantes, en los que el autor parece cambiar de moral de un modo brusco é inesperado. Unos parecen escritos por un hombre enamorado de la vida y en un rasgo de generoso agradecimiento al Creador; otros lo parecen por un estómago satisfecho y durante una digestión feliz.

Lubbock, á quien antes consideré como un médico del espíritu, ha agotado inútilmente en mi curación el corto repertorio de su ciencia. Cuando no puedo emprender viajes de recreo, cuando los libros no bastan á resolver mis dudas, cuando no tengo hogar, en fin, se confiesa ineficaz, no sabe qué recetarme para hacerme amable la existencia, á no ser esa mentida virtud que se llama resignación. Por eso esta obra debiera titularse con más propiedad *La dicha de ser rico*. Sin embargo, yo creo que la vida es un inapreciable don del cielo, y que no es dado á los hombres trocar esta gracia en castigo.

Existe una dicha universal de la que todos pueden participar por igual, sin que convencionalismo alguno pueda desequilibrar tan sabia proporción. Y son diferentes aspectos de esta dicha común, entre otros, la luz, los colores, los sonidos, la Belleza en general, el Bien, la Verdad, la Libertad, la Justicia, el Amor...

Si yo fuese partidario de las teorías de Rousseau, os aconsejaría con él que rompieseis el arbitrario pacto social y marchaseis á poblar los bosques; mas creo que una lucha empeñada en la persecución de un fin ignoto, ó acaso con miras egoístas, os obliga á vivir en comunidad. Lucha cruenta y ruda, que transforma á los hombres en animales mal intencionados, según la mordaz expresión de Federico de Prusia; pero tened entendido que aquello que tan afanosamente perseguís, y que constituye la trama de vuestra existencia, es quizás, de la vida, lo menos digno de ser vivido. Cuántas vidas no cuesta la lucha por la fama y las riquezas, y, sin embargo, todas las glorias y tesoros del mundo no valen juntos una vida. Yo sólo sé deciros, no sin antes advertir que tengo poco de misántropo, que no he sido feliz sino en la soledad de la Naturaleza, alejado del mundanal ruido, en alta mar sobre mi frágil barca ó en pleno campo en mi pobre choza; allí donde, libre del ajetreo de la liza, he podido por primera vez levantar la vista al cielo, y me he enterado de que hay un sol de oro sin otra misión que iluminar mi ruta, un cielo azul no más que para cobijarme, y un astro de plata y unas lentejuelas luminosas para hacer menos lóbregas mis noches; donde me he enterado también que existe un mar de olas melodiosas para arrullar mi sueño, y una tierra pródiga y feraz que me ofrece aromas, frutos y colores; donde he dilatado mi vista hasta el infinito y me he visto grande en la grandeza, porque el hombre, tan pequeño entre sus semejantes, se destaca en la inmensidad de las llanuras, cielos y océanos.

¡Hombres, vivid la verdadera vida: la de la Naturaleza y la del Arte! Una y otra son vidas de Amor y Libertad, y el Amor y la Libertad es lo único que vale la pena de vivir.

Mas me asalta una duda horrible. Los grandes y eternos ideales de la Humanidad, que han costado tanta sangre, y alrededor de los cuales gira la His-

toria con sumisión de satélite, ¿no pueden ser aspiraciones ilusas y sueños quiméricos, puesto que hasta hoy no pasan de la categoría de esperanzas?

Y si el Amor y la Libertad, únicos alicientes de la diaria lucha, únicos factores de la universal felicidad, fueran bellas y poéticas mentiras y absurdos irrealizables entre seres asociados...

¡Oh, no, perdonad!

***

Cuando me atormentan en el campo, durante la melancolía crepuscular, estos presentimientos angustiosos, siento incontrarrestables impulsos de cegar los hormigueros y apedrear las colmenas.

Juan Guardiola.

ROSINA DE NOREÑA

(LEYENDA ASTURIANA)

I

A mediados del siglo pasado, hacia el año 1832, habitaba en la villa de Noreña, población que conserva vestigios de un antiguo castillo feudal, y señorío del prelado de la diócesis, un honrado menestral, de oficio zapatero, y padre de una niña encantadora, llamada Rosa.

Era Rosina bella, inocente y púdica como una heroína de novela romántica. Ni los galanteos la fascinaban, ni los piropos y adulaciones de los mozos del lugar consiguieron volverla el juicio.

Requebrábanla todos los galanes del concejo y aun de los limítrofes, porque ha de decirse, para satisfacción de la verdad histórica, que era Rosina la más lozana flor de la Quintana. Rubia como los oros de las mieses, y colorada como las manzanas de reineta, su cuerpo espigado y esbeltísimo era un prodigio de escultura.

Atraído por la fama de su hermosura, comenzó á rondar la casa de la doncella un mozo apuesto y decidor, hijo de un mayorazgo de una aldea cercana y estudiante en la Universidad de Oviedo, donde aprendió más la ciencia del libertinaje que la Jurisprudencia.

II

Rosina tenía un corazón, como todas las mujeres, y un corazón que no era de bronce y peña, sino blando como la manteca del país, y pronto á iniciarse en el dulce ejercicio del amor. Las serenatas y los obsequios del estudiante —que todas las tardes venía á ofrecerle un ramo de flores con una rosa lozana descollando en medio—ablandaron del todo aquel corazón virginal, que, exento de malicia y rebosante de candor, en nadie sospechaba intenciones dañinas. Acabó por enamorarse perdidamente del escolar libertino y por corresponder al fingido afecto que él la manifestaba.

Fué una breve temporada venturosa y llena de alegrías para Rosina. El estudiante saboreaba también los goces del amor correspondido, aunque algo le amargaban los remordimientos de conciencia, turbada por el dolor anticipado de los daños que iba á causar. Rosina era mimosa, como todas las asturianas, y se dejaba vencer por las apasionadas frases de Ramonín, ducho en artes de enamoramiento. ¡Había amado él á tantas mujeres en la capital! ¡Era tan dicharachero y tan pillo como todo estudiante que anda corriendo la tuna y engañando mujeres para no casarse con ninguna!...

III

El padre de Rosina andaba cariacontecido y receloso, vigilando con sumo cuidado á su hija, flor preciosa que un tunante no habría de deshojar mientras á él le quedaran sangre en las venas y brío en el corazón. Temiendo una asechanza del estudiante, listo y truhán como pocos, y presagiando un rapto ó una fuga aceptada por la tierna Rosina, procuró anticiparse y, á este efecto, llamó á capítulo al estudiante. Hízole ver que su hija era una honrada muchacha, inferior á él en clase, y que, por tanto, no pretendería seducirla, pues antes avisaría á su padre, honrado caballero que no podría hacerse cómplice de una felonía de su hijo. El buen menestral procuró disuadir de sus propósitos al muchacho, dándole á entender que «Rosina no podría ser para él»... La desigualdad de clases ponía entre ambos una valla infranqueable.

El estudiante se arrojó á los pies del zapatero y, con lágrimas en los ojos, le pidió la mano de su hija, sin la cual no podía ser feliz. Con reiterados juramentos le convenció de que él no pretendía otra cosa sino poseer á Rosa por los medios santos y legítimos del matrimonio, si bien era verdad que éste no podría verificarse públicamente hasta la muerte de su padre. También le pidió autorización para celebrarlo en forma clandestina, aunque legal. Él era gran amigo del obispo de la diócesis, dueño del señorío de aquel concejo y titulado conde de Noreña, y por su amistad obtendría dispensa de proclamar y licencia para efectuar la boda.

IV

A los pocos días, un anochecer presentóse el estudiante en casa de Rosina acompañado de un eclesiástico y un criado de confianza que había de servir de testigo en la boda. El estudiante presentó al futuro suegro, que no sabía leer, todas las licencias y documentos prometidos, y en seguida, á puerta cerrada, se verificó la ceremonia con arreglo al ritual romano. Vivieron algunos meses ambos esposos en la mejor armonía, viéndose con precaución para que no se trasluciera nada del clandestino enlace.

A los pocos meses Rosina quedó encinta, y el falso esposo empezó á enfriarse y á escasear las visitas, ausentándose del concejo por largas temporadas. Un día la pobre niña de Noreña recibió una carta que decía: «Querida Rosina: Me arrepiento del mal que te hice; pero ya no tiene remedio. Tú y yo no estamos casados; aquella ceremonia fué una farsa para embaucar á tu padre; el cura era uno de mis camaradas, disfrazado de clérigo, y el testigo, un criado mío, compinche de aventuras. Mi padre está decidido á casarme con la señorita X, y yo quiero complacerle, no por afecto que tenga á ella, sino por aprovechar las ventajas que me ofrece ese enlace. Salgo hoy para París y Lon-

dres, donde siempre conservará un agradable recuerdo de ti tu afectísimo, *Ramonín.—P. D.* El dador te entregará la escritura de donación de una casería con sus bienes adyacentes, para atender con ella á tu subsistencia y á la del fruto venidero de nuestros amores.»

Pocos días después de haber recibido esa carta, en que todas sus ilusiones caían por tierra, Rosina dió á luz un hijo, hermoso y robusto como todos los hijos del amor ilegal. El pobre inocente pagó la culpa de su padre, pues á poco tiempo fué conducido al Hospicio de Oviedo, donde la caridad oficial le recogió en sus brazos.

El cólera morbo de 1833, que azotó á España, sólo descargó su bíblico castigo sobre Oviedo y Noreña, los dos únicos pueblos de Asturias que padecieron la epidemia asiática. Rosina y su padre murieron á consecuencia de la terrible enfermedad, y Ramonín pereció en Londres, víctima de un desafío por un amor malsano.

Andrés González-Blanco.

«IN UMBRA»

Palidece del espíritu
la claridad bienhechora,
y un crepúsculo angustioso
su tibio fulgor arroja.
En lontananza se esfuman
los recuerdos y las cosas,
que el insaciable misterio
con negras fauces devora.
De los páramos del alma
la luz huye presurosa,
sumiéndola en los abismos
de la sombra.

En los lindes del olvido
se obscurecen y se borran
prados de florido césped,
arboledas rumorosas,
cielos de azul transparencia,
mares de risueña costa,
ilusiones que murieron,
placeres que se desploman;
y en caótico desorden,
que causa miedo y zozobra,
todo aparece cubierto
por la sombra.

En su base de granito
vaciló la ingente roca,
que soportar parecía
las conmociones más hondas.
Por la desigual ladera
descendió vertiginosa,
destruyendo en su caída
flores, plantas, huertos, chozas,
hasta que, al llegar al valle,
donde las aguas reposan,
oculta quedó é inmóvil
en la sombra.

En el campo de batalla,
donde riñen lucha sorda

esperanzas que se pierden,
deseos que se malogran
é ideales que al impulso
mueren de mano traidora,
no se oyen gritos de guerra
ni canciones de victoria.
Sobre los muertos tan sólo
un crespón de niebla flota,
que se junta y se confunde
con la sombra.

Ocultos en la penumbra
y en perspectiva remota,
realidades y quimeras
visten inauditas formas.
La imagen que se alzó un día
entre brillante aureola,
hoy, como temible Anteo,
se yergue amenazadora;
su gigantesca figura
graves peligros evoca,
cual fantasma que avanzase
por la sombra.

¡El crepúsculo! Ya mueren
las imágenes hermosas
que á los dinteles del alma
en horas de luz se agolpan;
visiones de oro y topacio
que nacieron con la aurora,
y en profusión de colores
bañaron la vida toda...
Como seres que á la nada
por sortilegio retornan,
poco á poco se disipan
en la sombra.

Narciso Alonso Cortés.

Á LA CONDESA...

Para Antonio Sáenz Sáenz.

¡Dios te valga, condesa de los ojos azules;
la que finge un encaje sobre la áurea pestaña;
la que en el viejo códice del armorial de España
tiene un lunel dorado sobre un campo de gules!
En clausura y misterio tus palideces pules,
laborando en la rueca, que es tu sola compaña;
y parece la tuya la labor de la araña
cuando teje, suicida, un sudario de tules.
Yo bien sé que tu conde te dejó cierto día
de indeleble memoria, de dolosa falsía,
en que huyó entre una turba de piafantes corceles;
pero sé que hay un bardo que te brinda promesas;
¡y no es mucho que cambien las gentiles condesas,
por poetas amantes, á sus condes infieles!

Ramón A. Urbano.

PUERIL DESEO

Al caer de las tardes de verano,
allá en la plaza de la humilde aldea,
la turba de chiquillos se recrea
con alegre clamor, pelota en mano.
Uno corre, otro grita, el más ufano
el que los tantos que ganó vocea;
más torpes ó acertados en su idea,
muéstrase en todos el abril lozano;
y al ver tal regocijo y travesura
y tanta gallardía sin aliño,
aquel que halló su vida acerba y dura,
huérfana ya del maternal cariño,
podrá exclamar conmigo en su amargura:
¡Quién volviera otra vez á ser hoy niño!

José María Matheu.

INFORMACIONES

Extranjera

El Mensaje inaugural del gobierno del Dr. Sáenz Peña

Lleno de nuevas ideas, el Mensaje ha producido buena impresión en la opinión pública argentina.

He aquí la parte esencial de dicho documento:

«He llegado hasta esta cumbre por ajenos y múltiples esfuerzos, y me dispongo á ocuparla como obligación perfecta de la ciudadanía, correlativa de un honor insigne que agradezco sin limitaciones. Y si las aspiraciones no perturbaron mi mente, hallé, en cambio, claridades y sucesos que confirmaron más tarde mi convencimiento. No; no era un error. La elección de senador, de presidente y vice de la República excedió en la capital la mayor asistencia de votantes que haya presenciado esta ciudad; y no excluyo de mi afirmación el magno esfuerzo de aquellos cinco partidos que en la elección de 1906 dió el triunfo á la coalición, mediante el voto de 30.000 electores. Son pocos, lo reconozco, pero nunca se vieron más ciudadanos. Y en este mismo recinto se han sentado los hombres más eminentes de todos los partidos con una proporción mucho menor. Ello en la capital.

La situación

»En cuanto á la disposición de las provincias, bástame observar que las agrupaciones gobernantes como las opositoras solicitaron mi nombre y consagráronme con su sufragio. Habéis, pues, de penetraros de mi gran dificultad para descubrir esas mayorías legítimas que, no estando en los Gobiernos ni votando en las oposiciones, me permitieran justificar ante el país mi negativa y la vuelta á mi retiro.

»Excusad estas observaciones que he necesitado hacer para fundar mi autoridad de gobernante, autoridad que procede de esa fuente democrática de imperfección universal, discutida eternamente bajo todos los sistemas representativos, pero sin agravantes regionales ni de actualidad, y también sin impurezas que acusen un retroceso en la constitución de este Gobierno. Considérome asentido por la mayoría de mis conciudadanos; y si no me animara tal convicción, mi palabra no hubiera pronunciado el juramento que acabáis de recibirme como presidente constitucional de la nación.

»Extraño os parecerá, señores senadores y diputados, que insista y vuelva sobre hechos que el país no ignora y que todos vosotros conocéis. No lo hago por vosotros, no lo hago para el país: lo afirmo ante las naciones, ante ese

mundo exterior que nos observa, entre severidades y cariños, con votos de simpatía y con férvidos anhelos por nuestra probidad institucional.

»Debemos la verdad al Extranjero; y cuando nos llegan de él versiones dolorosísimas para el amor nacional, será justo recordar que si el ataque y el agravio regresan agrandados por la distancia, las palabras pesimistas han partido de nosotros mismos. No nos disminuyamos; procedamos con sentido y espíritu nacional. Reunámonos por el esfuerzo argentino, á cambio de dividirnos por el reproche infecundo. Acatemos la decisión de las urnas, é imperfectas como son, sea nuestro empeño su mejora, en lugar de su descrédito por la protesta ó la abstención. Ayudadme á ejecutar este voto sincero del patriotismo; que las mayorías no abusen de la victoria; que las minorías no abusen de la disculpa.

Política internacional

»No ha de causaros sorpresa que en la función inicial de mi período muestre la preocupación por el concepto inspirado á las naciones, dada la gravitación espiritual que naturalmente ejercen sobre nuestra vida orgánica. Ello valdrá, cuando menos, una doble garantía de la mesura de mis procederes, sometidos, como los contemplo, al necesario contralor del país y á la aguda observación del exterior. No vacilo en reconocer ni he de olvidar que voy á hacer mi camino entre dos jueces.

»Mi política internacional vosotros la conocéis. Ella será de amistad para la Europa y de fraternidad para la América. Participo del concepto panamericano, en cuanto ello significa el respeto inatacable de las soberanías, la concordia y la amistad entre todos los Estados del continente, sin excluir los recíprocos concursos que consulten nuestros desarrollos económicos. A la política argentina no le conviene ser ni privativamente americana ni exclusivamente europea, ni habremos de dividir en dos porciones geográficas la convivencia universal, que nos demanda armonías cooperativas más que acciones y reacciones defensivas.

»La conquista de nuestra notoriedad presentábase á mi espíritu como uno de los muchos objetivos de mi administración. Yo había meditado largamente los sistemas conducentes á esa finalidad, y al reintegrarme á la Patria, me ha sorprendido con su realización aquel prospecto que calentaba mi mente como una lejanía. Tan cierto es que caminamos aprisa, y tan sensible es el vértigo de nuestra actividad, que cuando la concepción individual no es seguida de cerca por la ejecución, cobran vida los ideales y se realizan los ensueños. Por obra del Centenario de Mayo, la República Argentina, que yo me proponía exteriorizar, es conocida en esta hora por todas las potencias como cualquier Estado del Viejo Mundo; y es conocida con ventaja, porque despierta afectos, y no recelos, y porque ha creado intereses que habrán de gravitar eternamente en la economía mundial con su producción y su trabajo. Más que un título de halago para nuestra vanidad, hemos creado una situación internacio-

nal ante la Europa, incorporándonos á su mentalidad para coexistir en sus preocupaciones, deliberando en venturosa comunión sobre el destino solitario de la gran familia humana. Creo tener la visión justa del momento histórico, y habré de desenvolverlo con vuestro concurso, sin que perturben mi marcha razones de partidismo, ni afecciones, ni prejuicios que puedan reducir nuestro volumen, en plena ascensión expansiva.

La confraternidad internacional

»Dentro de este pensamiento, he mirado con viva satisfacción los actos de efusiva amistad de que ha sido objeto la República dentro y fuera de su suelo. Representante de su Gobierno, primero, y su Presidente electo, más tarde, me ha sido dado sentirla en Italia, en España, en Portugal, en Suiza, en Francia, en el Brasil y en el Uruguay.

»Más como un aliento cordial y caluroso que como un homenaje protocolar, os traigo los saludos de los Gobiernos amigos que fuí invitado á visitar. Con los mismos sentimientos me ha regocijado íntimamente la excepcional adhesión de la República al Centenario de Chile, teatro de esfuerzos y de glorias comunes. Las hemos conmemorado tal como las obtuvimos, en la misma é idéntica fraternidad, llevando al pueblo chileno, como él nos lo trajera, la asistencia del jefe del Estado y los votos jubilosos de toda la nación.

»Congratúlome, señores, de estas y de tantas otras obras duraderas realizadas bajo la presidencia que termina, cuyas labores intensas y fecundas pueden confiar en la serena justicia de los hombres y de los tiempos.

»Señores senadores, señores diputados: Voy á volver á la política interna.

»Establecidos los hechos de naturaleza electoral, cúmpleme manifestaros que la imperfección tradicional del sufragio, que acabo de reconocer, no es un problema exclusivo de nuestra democracia, como no es un rasgo étnico de nuestras multitudes. Él preocupa el pensamiento de Briand y Luzzatti, culminaciones cerebrales de Francia y de Italia; se agita en Alemania, en el Reino Unido y en España; sólo vive despreocupada la Suiza, porque sus instituciones y costumbres, si no han llegado hasta el ideal, se aproximan en mucho á la perfección. En todas partes se observa, sin embargo, la misma tendencia abstencionista, con la que debemos luchar y á la que debemos vencer incorporados al esfuerzo de la civilización.

El voto obligatorio

»Mi programa, menos que un sistema, propuso una medida al anunciar como ensayo el precepto del voto obligatorio, que arraiga en la naturaleza de la función y en el derecho perfecto de la sociedad para imponerlo. Los órganos de publicidad, cuya palabra escucho con interés cuando no la perturba

la pasión política, acogieron con disfavor el pensamiento, sin que su refutación haya logrado convencerme.

»Si no he de anticipar en esta hora soluciones de detalle, debo expresar en lineamientos generales mis anhelos y propósitos sobre el grave problema que nos ocupa. La opinión tiene derecho á exigirlo, y reconozco el deber de satisfacerla. Yo aspiro, señores senadores y señores diputados, á que las minorías estén representadas y ampliamente garantidas en la integridad de sus derechos. Es indudable que las mayorías deben gobernar; pero no es menos exacto que las minorías deben ser escuchadas, colaborando con su pensamiento y con su acción en la evolución ascendente del país. Yo me obligo ante vosotros, ante mis conciudadanos y ante los partidos á promover el ejercicio del voto por los medios que me acuerda la Constitución; porque, como tengo dicho, no basta garantizar el sufragio: necesitamos crear y mover al sufragante. Confío para mi propósito en los progresos de la razón pública, en el convencimiento de los partidos y en las revelaciones del civismo argentino, á que acabamos de asistir con legítimo orgullo nacional. Hemos inaugurado la segunda centuria entre los deslumbramientos y esplendores del pueblo de Mayo, que ha sabido acreditar ante el mundo la potencia de la raza, la unidad de sus vigorías complejas, y, más que todo y sobre todo, las vibraciones sensibles del alma nacional, que se ha revelado, que se ha impuesto con el atavismo ingénito de sus orígenes gloriosos. Perseveremos en aquel estado de alma, que no debe ser efímero, y que no sólo ha de mirar al pasado para honrarlo, sino también al porvenir, para llenarlo con deberes, derechos y abnegaciones.

»De otra manera, habríamos acreditado capacidades conmemorativas realizando una política ancestral; pero no habríamos cumplido con los deberes del presente ni con las generaciones á venir sin trabajar una democracia fuerte por sus organismos permanentes, amplia por la totalidad de los esfuerzos, y libre por la emancipación de las ideas que vienen rompiendo el molde de los personalismos.

La acción de los partidos

»Percibo en los partidos la voluntad de ejercer sus derechos, presiento los movimientos reparadores de la inercia, y, anticipándome á este suceso feliz para nuestra existencia republicana, opino que debemos levantar un nuevo padrón electoral para llamar á la acción á todos los ciudadanos, procurando que todos los partidos fiscalicen la legalidad de la inscripción. El padrón existente lo juzgo legal; pero no satisface á los partidos ni guarda proporciones con la población. Me será grato proponer al honorable Congreso el proyecto que contenga la nueva inscripción y la reforma de la ley Electoral.

»Recibo la presidencia bajo los auspicios de la paz, beneficio supremo que haré duradero y que queda consagrado por mi antecesor al transmitirme las insignias en plena tranquilidad. Lo estimo en su real valía, y garantizo á na-

cionales y extranjeros que la paz pública no ha de ser alterada en mi gobierno, ni por actos abusivos que de él emanen, ni por debilidades que me impidan sustentarla con todo el poder de la nación. La rebelión ha concluído por impositivo de los tiempos y por obra de nuestra grandeza. A las revoluciones las mata el ambiente. A las conspiraciones las vence el honor.

»Señores senadores, señores diputados:

»He dicho que la cuestión social no tiene razón de ser donde no existen las clases privilegiadas, donde la fortuna es fácil como transitoria la pobreza, y donde ninguna ley, ninguna preocupación, sino las capacidades del trabajo, limitan ó agigantan la riqueza privada. Esta afirmación no excluye la mejora del obrero y el propósito de abaratar los consumos de primera necesidad, para lo cual el impuesto ha de recaer de preferencia sobre quien tenga mayor capacidad contributiva. Simpatizo con el impuesto progresivo á las herencias y á los latifundios. La ley de los Accidentes del trabajo es una necesidad que recomiendo con empeño á vuestra resolución. Simpatizo vivamente con el proyecto que facilita la construcción de habitaciones para empleados públicos; pero doy más transcendencia á las viviendas para obreros, asunto que juzgo premioso, y trataré de solucionarlo en mi administración. Sostengo que la ley de Residencia es un derecho de la soberanía que no se ejercita nunca contra los hombres de bien, y sí con los que perturban el orden social, que debe ser defendido activa y enérgicamente toda vez que el Gobierno lo viere atacado.

Los gastos públicos

»Respecto de los gastos públicos, opino que debemos conformarlos á las capacidades de la renta. El ejercicio moderado del crédito es tónico que vigoriza el organismo y acelera su franco crecimiento; pero el uso excesivo del empréstito afecta el crédito mismo y grava inconsultamente las generaciones á venir. Esta función delicada de la soberanía se ha de dosar en balanzas muy sensibles á la economía nacional. Recordad que no tenemos el gobierno de las lluvias, y que, consiguientemente, nuestra producción no tiene póliza ni asegurador. El concurso de la caridad oficial, ejercido de una manera dispersa en forma de pensiones y de subsidios, requiere ser restringido y sistemado; y debemos también inspeccionarlo para contrastar, no sólo sus beneficios, sino la realidad de sus aplicaciones. Traigo á la administración propósitos de economía, y no he de proponeros el uso del crédito sino para inversiones reproductivas ó para necesidades vitales é impostergables. Como la economía ha de ser mi norte, el presupuesto ha de ser mi ley.

Instrucción pública

»La instrucción pública será una preocupación de mi gobierno, y en particular del ramo de la enseñanza primaria, donde se bebe la noción elemental de la Patria, donde comienzan los primeros amores colectivos, nace el altruís-

mo, el carácter, el ciudadano y la raza en que tallamos la nación. Tenemos 1.551 escuelas; pero aún nos faltan 4.000. Yo contemplo las estadísticas de los analfabetos como verdaderas tablas de mortalidad, porque, en efecto, registran otras tantas defunciones del entendimiento y del espíritu que Dios ha dado á los niños para que los hombres los cultiven y la sociedad los ilumine. El aula, la conscripción y el voto público son para mí las tres columnas en que habremos de apoyar técnicamente el edificio sólido de nuestro futuro.

»Esta capital absorbe con demasía la vitalidad de la República, y debemos preocuparnos de difundir la población con una cierta tendencia distributiva; de otra manera, no podremos triunfar, ni de la despoblación en las provincias, ni tampoco del desierto de los territorios federales. Estos últimos se aproximan á una mitad de nuestra extensión geográfica, son presagios de futura riqueza, y habré de proseguir el alto empeño de mi predecesor para llevarles el riel, la escuela, la población y la justicia, que representa su seguridad. Volviendo á la política distributiva, procuraré fomentar las líneas de navegación directa entre el Viejo Continente y nuestro gran puerto del Sur; pero necesitamos un Hotel de Inmigrantes en Bahía Blanca, acoplado á una oficina de trabajo y á otra de tierra, para que el inmigrante pueda adquirir allí, con la orientación de su destino, la pequeña propiedad á pagar con su trabajo. No resisto las empresas colonizadoras que nos aportan capitales efectivos; pero sí el sistema que no excluye la división parcelaria de la tierra, que ha de ser el patrimonio del pobre cultivador.

Desde la cumbre

»Voy á ejercer el gobierno del país para el país. La crítica tendrá que excusarme si no practico una política de contemplación personalista ni con los hombres ni con los partidos, dominante como siento la visión de conjunto y de armonía, que me traza deberes inexcusables. Sea esta resolución el homenaje más caro y el sacrificio más duro que ofrezco á mi Patria: el de mi temperamento agradecido, el de la amistad que guardo y el reconocimiento que solicita mi espíritu con imperio de naturaleza. El deber me preceptúa colocarme en un punto elevado de observación, contemplando serena y lealmente el choque saludable de los partidos, con sus ideales y sus esperanzas, sus decepciones y sus triunfos, sus pasiones y sus banderas de lucha desplegadas á los vientos de la legalidad. Lejos de la acción política durante un lustro, y traído á esta posición por ciudadanos de todo color partidista, no me animan prevenciones colectivas ni inquinas individuales. He auscultado legalmente mi corazón, y no ha sabido responderme con el recuerdo de ningún agravio, con la voz de ninguna enemistad, lo que me permite ser el presidente de todos los argentinos sin disidencias pasadas, que omito y olvido, para recordar tan sólo la evolución que nos demanda la grandeza argentina.

»La división de los Poderes no es la división de los hombres; es, por el contrario, su solidaridad, su vínculo, su consideración y su respeto. Habré, pues, de cultivar con empeñoso cuidado la relación de los Poderes dentro de la facultad de cada uno y de la armonía de todos, porque la independencia de la función es la altivez del mandatario, y el celo de cada Poder, la virtud superior y colectiva del Estado.

»Quedan expresados mis propósitos de gobernante y mis anhelos de ciudadano, mi concepto de las exigencias de actualidad nacional y de las previsiones debidas al porvenir. Queda también lealmente confesada la intimidad de mis sentimientos, mi noción de las graves responsabilidades que asumo, mi confianza en vuestro precioso concurso, mi profunda fe en el patriotismo del pueblo argentino y en la eficacia de su esfuerzo vencedor, que con la labor de todos va cumpliendo la profecía de los próceres y haciendo la gran nación que tenemos prometida al mundo.

»Quiera la divina Providencia velar por la nación argentina é iluminar la ruta á quien desde hoy toca la ardua misión dirigente.»

Comercial

Comercio entre España y Méjico

No es la más grande, superficialmente considerada; pero es, sin duda alguna, la de mayor población de todas las Repúblicas hispanoamericanas. Mas no se vaya á creer por eso que tenga poca extensión, y que la población sea muy considerable.

Méjico tiene una extensión superficial que es, aproximadamente, cuatro veces mayor que España, pues mientras ésta tiene 500.000 kilómetros cuadrados, la República mejicana tiene 1.987.000. Y cuando decimos que es la de mayor número de habitantes de todas las naciones hispanoamericanas, ha de entenderse que lo decimos de la población absoluta, que efectivamente es mayor que la de las otras, pero no de la relativa, ó sea, de la proporción de habitantes por kilómetro cuadrado, ya que en ésta hay alguna que le supera. Al comenzar el siglo tenía Méjico 13.600.000 habitantes; de manera que en la actualidad no bajará su población de 15 millones de almas.

Vivía esta República aferrada á su antigua manera de ser; continuaba rutinariamente los procedimientos arcaicos, tanto en el cultivo de la tierra

como en la explotación de los ricos veneros que encierra el subsuelo; la industria estaba en un período rudimentario; las vías de comunicación estaban todas por hacer, y las pasiones políticas turbaban con frecuencia la vida tranquila de los mejicanos.

Pero en un cuarto de siglo todo ha cambiado radicalmente, debiéndose este resurgimiento maravilloso á un solo hombre, y á los cooperadores que supo elegir para que secundaran sus propósitos y le ayudaran á la realización de su colosal empresa. Claro está que esto no hubiera podido suceder si el pueblo mejicano no se hubiera compenetrado con el eximio gobernante, si no hubiese tenido la intuición de que había encontrado el único hombre á propósito para la transformación de la vida social, política y económica del país, y si no le hubiese elegido una y otra vez para la primera magistratura de la República, con porfiada y rara insistencia en la historia de los pueblos.

Porfirio Díaz ha tenido la difícil facilidad de encarnar el alma de su país, de sentir sus mismas aspiraciones, de condensar en una las ansias de mejoramiento y progreso; de ser el propulsor más eficaz del adelantamiento de todas las fuentes de la riqueza pública, desde la agricultura y la minería hasta la industria y el comercio; de iniciar y realizar la construcción de vías de comunicación para poner en movimiento las riquezas del suelo y del subsuelo, y dar facilidades á la importación de las primeras materias y á la salida de los productos manufacturados.

Esta es la meritoria labor desarrollada por D. Porfirio, como allí se le llama por todos familiarmente, en las diversas etapas de su vida presidencial, que vienen sucediéndose sin interrupción hace veinticuatro años, sin que su espíritu decaiga, sin perder nada de su austera sencillez, sin ensoberbecerse porque lo crean insustituíble, y sin enriquecerse como han hecho tantos presidentes americanos en menos tiempo, y siempre con el beneplácito de su pueblo, que, con rarísima unanimidad, lo elige y lo reelige sin titubear.

A juzgar por lo que ha escrito la prensa, por lo que cuentan los españoles allí residentes, y, sobre todo, por los hechos mismos, el ilustre D. Porfirio ha tenido siempre marcada predilección por todo lo español, dispensando á nuestra colonia toda clase de atenciones, alentando á los compatriotas en todas sus empresas agrícolas, industriales y comerciales, y procurando, en cuanto él podía hacerlo, la inmigración española y el consumo de los productos peninsulares.

Cuanto á nuestras relaciones comerciales con la República mejicana durante el primer decenio de este siglo, preciso es confesar que han tenido bruscas alternativas, tanto en sentido ascendente como descendente; observándose desde luego que la importación mejicana avanza paulatinamente, pero con relativa firmeza, mientras que la importación española á dicha República ha experimentado notables alteraciones en su marcha y valor.

Marchamos viento en popa hasta el año 1906, en que llegamos al máximum de exportación, alcanzando la cifra de 31 millones; pero sobrevino después la tremenda crisis de los Estados Unidos, que reaccionó sobre todos los merca-

dos mundiales, y muy especialmente sobre Méjico, por razón de su proximidad y por los considerables capitales norteamericanos que allí están colocados, y dimos un bajón tal en la exportación, que en 1908 quedamos reducidos á la tercera parte.

Por si se quiere conocer el proceso de nuestro intercambio con la República mejicana durante el último quinquenio estadístico, vamos á dar las cifras globales del mismo, y como dato previo consignaremos las del primer año del siglo. En 1901 Méjico mandó á España mercancías por valor de 2.015.292 pesetas, á cambio de otras mercancías salidas de aquí para allá que se valoraron en 8.768.882, resultando para nosotros una balanza favorable en más de 6.700.000 pesetas; siendo, por consiguiente, el volumen total del tráfico hispanomejicano de 10.784.274 pesetas.

Tres años más tarde, ó sea en 1904, primero del quinquenio, nuestro comercio con Méjico había subido á 17.374.984, de los cuales correspondía á la importación 3.443.224, y á la exportación los 13.931.760 restantes, con balanza, siempre favorable á nosotros, de 10.488.536 pesetas. El movimiento ascensional entre este año y el que le sucedió fué mucho más marcado, tanto en las entradas como en las salidas, pues de allí vinieron mercancías valoradas en 4.723.696 pesetas, y salieron de aquí por valor de 17.462.313, dando un total general de 22.196.009, con beneficio para nuestra balanza de 12.738.617 pesetas.

En el año siguiente, 1906, adquirió nuevos bríos el intercambio entre los dos países, y llegó á su máximum de desarrollo conocido, ya que las importaciones ascendieron á 6.025.031 pesetas, mientras que las exportaciones saltaron á 31.030.222, que dan la suma de 37.054.253 pesetas, con un margen diferencial beneficioso para España de más de 25 millones. A partir de este año viene el retroceso en la totalidad y en la exportación peninsular, perdiendo aquélla cinco millones y ésta más de trece, mejorando, en cambio, la importación mejicana en unos dos millones y medio. Así puede verse en las cifras siguientes: volumen total, 26.778.989 pesetas, que se descomponen en pesetas 8.413.571 para la importación y 18.354.418 para la exportación española, con un beneficio para ésta de 9.951.847 pesetas.

No se detuvo el descenso en el año siguiente, que fué el más crítico del período de la crisis económica y financiera universal originada por la de los Estados Unidos. En este año, 1908, último á que alcanza la estadística, todo acusa pronunciada baja: la importación decae hasta 5.821.247 pesetas; la exportación da un tumbo y queda reducida á 10.910.319, acusando un tráfico total de 16.731.606 pesetas, con balanza de 5.089.112 en favor nuestro.

Respecto al año de 1909 nada podemos decir, porque todavía no se han publicado las estadísticas oficiales correspondientes, ni hemos visto tampoco las de Méjico; si bien debemos advertir, al que no lo sepa, que dichas estadísticas no coinciden, pues sabido es que las nuestras se forman por años naturales, al paso que las mejicanas se atienen todavía á los económicos, que comprenden el último semestre de un año y el primero del siguiente.

Claro está que tampoco podemos decir nada del año pasado; pero vamos á dar una nota satisfactoria para neutralizar la mala impresión que hemos dejado. Pocos días ha recibimos el resumen oficial de la importación y de la exportación correspondiente á julio de 1910, y en él encontramos cifras que indican marcada tendencia á reconquistar el terreno perdido. Las importaciones de procedencia española ascendieron en dicho mes á 480.836 pesos, con un aumento, respecto á su correlativo del año precedente, de 138.194, siendo también notable el aumento del valor de las mercancías mejicanas enviadas á España, pues si en 1909 fué de 306.839 pesos, en el mismo mes del año pasado subió á 519.459, ó sea, una diferencia en más de 216.620. Resulta, por consiguiente, que solamente en el mes de julio pasado aumentó el tráfico hispanomejicano en 349.814 pesos.

Como no faltarán curiosos que deseen saber cuáles son los productos que importamos de Méjico, habremos de decirles que están reducidos á una media docena de ellos.

Más de cuatro se asombrarán al saber que, á pesar de ser ésta la tierra de los garbanzos, recibimos ya de aquella República cantidades muy considerables de dicho grano; tanto, que en 1908 se descargaron en nuestros puertos nada menos que 10.365.283 kilos, valorados en 5.184 642 pesetas.

A pesar de que el café del sur de Méjico es casi igual que el de Puerto Rico, y no obstante tener la tarifa 3.ª, que protege el café que viene directamente de América, es muy corta la cantidad que importamos de allí, pues no son más que 89.866 kilos, por valor de 161.759 pesetas. También podrían importarse más pieles y cueros sin curtir, protegidos asimismo por la citada tarifa 3.ª Y son susceptibles de aumentar mucho más, tanto la madera fina, de la que vinieron 391.685 kilos, por valor de 109.672 pesetas, como el abacá, henequén, yute, etc., de los cuales se recibieron 166.215 kilos, valorados en 83.108 pesetas. Estos son los principales artículos, más 87.681 sacos de envase, pues las demás son cantidades pequeñas, cuyo valor total no pasó de 77.895 pesetas.

Bastante más numerosos son los artículos que de España se mandan á la República mejicana, que, como hemos dicho, importaron en dicho año pesetas 10.910.359. Vamos á indicar algunos por el orden de importancia.

Figura en primer término el papel para fumar, por valor de 926.526 pesetas; van en segundo lugar las armas cortas (revólveres y pistolas), por 861.628, y las largas, por 239.750; á continuación siguen los tejidos de algodón teñidos y estampados, por 837.333, y detrás vienen los vinos ordinarios, por 785.747; los libros é impresos, por 709.623; las sardinas en conserva, por 603.626; los vinos jerezanos, por 600.969; las conservas de otros pescados, por 458.098; la almendra en pepita, por 379.399; el calzado, por 413.648; la pipería, 329.137; algodón hilado, 247.815; máquinas, 221.437; tejidos de algodón blancos, 197.387; vidrio hueco, 175 736; conservas de hortalizas, 173.497; productos farmacéuticos, 162.864; vinos generosos, 138.744; pañería, 115.240; papeles no expresados, 101.475; paraguas y sombrillas, 100.375; aguardiente anisado, 97.345;

vinos en botellas, 96.058; espíritu de vino, 89.698; aceite de oliva, 82.893; y otros muchos en menores cantidades. Pero tanto éstos como los otros son susceptibles de considerable aumento, y debe procurarse llegar y sobrepasar á los 31 millones á que llegamos en 1906.

S. Muguerza.

—o—

Literaria

"Amadeo I„

Serie final de los «Episodios Nacionales», por B. Pérez Galdós.

En el concierto de alabanzas que ha resonado en torno de la última novela del insigne maestro voy á ser una nota discordante. A muchos parecerá irreverencia esta crítica mía. No puedo contravenir á la ley de mi naturaleza. No me fué concedido el don de la veneración, y no le tributo ni siquiera á las glorias democráticas á cuyos pies nos manda la opinión tirana que nos postremos en pasmo reverente.

Era inevitable lo que está ocurriendo, y el mal se acrecentará en los episodios nacionales que faltan. Pérez Galdós, que empezó la serie en *Trafalgar* y en *La Corte de Carlos IV* con absoluto desinterés, *con plena objetividad,* como dicen los intelectuales de ahora, y produjo unas encantadoras narraciones, ha ido arrimando cada vez más el ascua á su sardina; se acuerda de que pertenece á la minoría de Unión republicano-socialista, y al historiar en forma novelesca sucesos próximos, más nos parece un periodista brillante que el maestro que fundó su fama en obras harto mejores.

Además, ha tenido la desgracia de no enfocar en el breve reinado de Amadeo lo más característico, y que muchos sabemos por sabrosas conversaciones con personas que en aquella época intervinieron activamente en la política y en la vida social.

El Rey saboyano se nos muestra como perfecto caballero y un si es no es enamoradizo; pero no se trasluce la impresión penosa que causó en los que le rodeaban por sus cortísimos alcances. Romero Robledo contaba á todo el que quería oirle que en Italia se convencieron todos los comisionados encargados de traerlo á España de que el Rey era tonto perdido. Como era imposible anular la votación de los 191, se juramentaron para guardar el secreto; pero el principal interesado, como no podía menos de ser, se encargó de revelarlo en su daño. Entre los remotos recuerdos de mi infancia están algunas conversaciones familiares en los primeros años de la Restauración, en que deudos míos comentaban con algazara y risa que el buen D. Amadeo hubiera pregun-

tado á algunos comisionados «si hacía calor en Cuba y si Piedrahita era puerto de mar». También parece que en una recepción de Palacio se entretuvo con un obscuro diputado provincial sólo porque su apellido tenía una desinencia italiana, y desconoció á D. Laureano Figuerola, que era á la sazón presidente del Senado. Testigos de la época afirman que D. Amadeo era una especialidad para olvidarse de las caras y de los nombres, careciendo, de tal suerte, de la más útil habilidad de los Reyes, que han poseído en grado eminente los Borbones.

Menos todavía penetra Galdós en los salones de la época, de vida intensa como en pocos períodos de nuestra historia, donde muy reflexivamente se iban acumulando las energías que hicieron en su día inevitable la Restauración, término del desenfreno democrático. Algo nos dice, pero no mucho más de lo que pudiera vislumbrar un lacayo de los que se enteran apenas de las gentes cuyos nombres anuncian. Cien veces sabe más de estas cosas el P. Coloma, y eso que hubo salones muy superiores al de Curra Albornoz, donde brilló el soberano ingenio de Cánovas del Castillo, personaje de más cuenta que el marqués de Butrón. Y en cuanto á lo político y parlamentario, no habrá persona de mediano gusto que no ponga sobre las descoloridas páginas de Galdós los *Recuerdos* que está publicando en *La España Moderna* D. José Echegaray, y en los que sólo advierto el defecto de que se nos sirven en dosis verdaderamente homeopáticas.

Y estoy por decir que es preferible á leer á Galdós, tomar café una tarde en el Casino de Madrid con D. José Alvarez Mariño, diputado en las Cortes amadeístas, el cual conserva feliz memoria de los sucesos de la época, y amenidad para contarlos, que yo deseo cordialmente que le duren muchos años.

Hay además en la narración galdosiana, y es achaque del maestro, personajes fantásticos y simbólicos que parecen presentados de intento para marear al lector incauto.

El protagonista, que responde por Tito, después de enterarnos de su intrincada ascendencia, se define con delicado aticismo como un *queso de múltiples y variadas leches*. Disfruta del envidiable privilegio de ser invisible á ratos, que le vale para colarse en el comedor de Palacio y presenciar una comida regia entre los pies de los invitados, y para asistir á una aventura amorosa de D. Amadeo. Pero donde más luce el ingenio de Galdós es en la creación de Mariclío ó de la Tía Clío, desmedrada musa de la Historia, cuyos atavíos cambian á medida de los sucesos. En chancletas y mal trajeada suele presentarse; pero al fin de la novela se transfigura *de vieja caduca en matrona gallarda, de rostro helénico y figura escultórica*. Pronuncia además este *imperativo llamamiento*: «*Ha llegado mi hora. Saca del arcón mi clámide más hermosa. Tráeme la diadema y el coturno. Mis borceguíes de tacones de oro.*»

En la cola de la procesión que despide á D. Amadeo después de su abdicación parécese Mariclío *tan grande, que no habia techo de suficiente alteza para su figura majestuosa. Vestia la clámide griega, calzaba el coturno, y ce-*

ñía su frente la diadema, cuyos reflejos iluminaban el Espacio y el Tiempo. Su rostro clásico, sus labios mudos y sus ojos divinos decían: «Al fin encontré la página hermosa. Ahora soy quien soy.»

Y todo esto es á cuenta de que se había proclamado la República en España; aquella República que empezó *por pasarse cuatro señores de ministros de D. Amadeo á ministros de la República con la corta pausa de un trámite parlamentario,* como dice el mismo Galdós—con la gentil desvergüenza, añado por mi cuenta, tan propia de los políticos, y en que tanto descuellan los españoles—; aquella República que no tuvo la vulgar precaución de poner su presidencia á salvo de las peleas parlamentarias; aquella República que malvivió despreciada por los Gobiernos europeos; aquella República que mostró el 3 de enero la misma cobardía que la Monarquía portuguesa el 4 del pasado octubre. Para solemnizar tales vergüenzas se pone tan maja Mariclío. El próximo episodio, anunciado para la primavera del corriente año, se lo brinda, seguramente, D. Benito á la minoría republicano-socialista.

Le deseo larga vida, por el respeto y el afecto á su persona debidos, para que en sucesivos episodios nos cuente la historia contemporánea, hasta llegar, por lo menos, hasta los éxitos oratorios de Merino y Arias de Miranda, y los diplomáticos del elegante marqués de Alhucemas.

"A. M. D. G.—La vida en los colegios de jesuítas„

Novela, por D. Ramón Pérez de Ayala.

Con gran autoridad se nos presenta esta novela, debida á la bien cortada pluma de uno de los jóvenes que más honran á la generación militante. En la dedicatoria á D. Benito Pérez Galdós dice el autor: «Considero que si hay algo digno de estimación en mi libro, no es sino pretendido reflejo de aquella admirable serenidad, decoro y nobleza con que, en obras de linaje semejante al de la presente, vistió usted de carne artística y de hermosura inmarcesible el austero principio de la justicia: *suum cuique tribuere.*»

En el número de *El Imparcial* correspondiente al 27 del pasado diciembre comparece D. Mariano de Cavia colmando de elogios á Pérez de Ayala, de quien se llama condiscípulo «á través del tiempo y del espacio». Afirma que su libro es *todo personal,* y que el protagonista, Bertuco, y el autor son la misma persona.

En *El Imparcial,* igualmente, Ortega Gasset asevera que Ayala y él han sido discípulos de los *benditos padres,* y que ambos fueron *emperadores* en sendos colegios de la Compañía. Añade que *ya no sabe distinguir entre lo que las páginas de la novela le dicen y lo que le recuerdan;* que el libro de Ayala *es en todo lo importante de una gran exactitud,* y recomienda á los padres de familia que lo lean *antes de elegir educación para sus hijos;* tardío consejo en lo que se refiere al propio Ortega Gasset, y que no tuvo en cuenta el autor

de sus días, Ortega Munilla, que, como buen progresista, desmintió sus palabras con sus hechos, confiando su lucido retoño á los ignacianos.

En gran aflicción me ponen tales afirmaciones, porque en la novela se muestran los jesuítas sobrado rijosos, especialmente en las páginas 168, 172, 173, 201 y 259, y no es bien que el autor y sus amigos confiesen que han estado expuestos á sufrir ciertos menoscabos en una edad y en unas condiciones que casi en absoluto imposibilitaban la defensa. Pero aquí del latín, no para mayor claridad, como diría don Hermógenes, sino precisamente para todo lo contrario, para mayor honesta obscuridad. Cuenta el Génesis en el capítulo XIX que á cierta ciudad vecina al mar Muerto llegaron unos lindos angelitos y encontraron á las puertas á Lot, patriarca de bonísima pasta, que los adoró, les dió de comer y los alojó en su casa; y prosigue el sagrado texto: *Prius autem quam irent cubitum, viri civitatis vallaverunt domum a puero usque ad senem omnis populus simul. Vocaberunt Lot, et dixerunt ei: Ubi sunt viri qui introierunt ad te nocte? Educ illos huc, ut cognoscamus eos.* Prosigue la Vulgata que Lot intentó disuadir á sus paisanos de tan feo intento, ofreciéndoles una razonable compensación en los siguientes términos: *Habeo duas filias, quae necdum cognoverunt virum: educam eas ad vos, et abutimini eis sicut vobis placuerit dummodo viris istis nihil mali faciatis, quia ingressi sunt sub umbra culminis mei.*

En igual disposición se presentan los jesuítas en la novela de Ayala, y no se cuenta que Dios interviniera milagrosamente cegándolos como cegó á los habitantes de la ciudad aludida para salvar á los tres angelitos. ¡Dios de Israel! ¿Acertaron á escapar de tan horrendo peligro el autor de la novela y sus ilustres amigos? Preciso es confesar que la duda es de calidad para inquietar al lector curioso.

Aparte la resolución de este problema, que enteramente corresponde á los arriba citados, paréceme que en la novela se trata á los padres de San Ignacio con una saña que desmiente el propósito de la dedicatoria. No es posible admitir que sea la enseñanza tan bestial y tan contraria á los adelantos de la ciencia como allí se pinta, cuando es público y notorio que los jesuítas cuentan en España con edificios magníficos, en que han instalado laboratorios modernos totalmente ausentes de los misérrimos Institutos oficiales de segunda enseñanza.

Por odioso, repugnante y contrario á la naturaleza humana, debe rechazarse como calumnia, harto poco ingeniosa, que en ningún colegio de la Compañía haya existido un padre Mur capaz de mezclar alevosamente con la comida de un alumno *cierto purgante violentísimo,* para ocasionarle durante la noche *subitáneas torsiones intestinales* seguidas de las naturales consecuencias, á fin de gozarse después, no sólo en el *sufrimiento físico,* sino en *la afrenta pública de un escandaloso castigo.*

Paréceme que el Sr. Pérez de Ayala ha olvidado la tan conocida máxima de buen sentido según la cual se debilita siempre aquello que se exagera.

En cuanto á los ignacianos, creo sinceramente que hacen muy mal en con-

testar con desdeñoso silencio á las procacidades de su antiguo discípulo, corroboradas por Cavia y Ortega Gasset, escritores que hoy alcanzan grande y merecido crédito en las letras españolas.

No los deja muy bien parados como educadores de la infancia la obra de su correligionario el P. Coloma, á pesar de la bondad de sus intenciones. En *Pequeñeces* vemos en el estudio del colegio de Guichón á Alfonsito Téllez Ponce, alias *Tapón,* cazando moscas y realizando con ellas sucias operaciones. «*Tapón,* inexorable, resolvió convertirla en ministro de sus venganzas. Cogió un fino papel de seda, escribió en él: «¡Muera el padre Bonnet!», y, retorciéndole muy bien una puntita, clavólo por detrás á la prisionera. Abrió luego la mano, y la mosca echó á volar, arrastrando la larga cola á modo de ave del paraíso. El gozo de *Tapón* fué imponderable: había realizado la teoría de las palomas mensajeras.»

Nada menos que doce moscas volaron en tal guisa por el estudio de Guichón con letreros que decían: «¡Viva la libertad!» y «¡Abajo los jesuítas!», y alguno en que, como vulgarmente se dice, se mentaba la madre á un condiscípulo; lo cual no habla muy alto en favor de la eficacia educativa de los reverendos.

La broma que dió un periódico publicando que la leche servida en un café de larga y gloriosa historia se empleaba primero en el baño que para conservar la frescura del cutis tomaba diariamente una lozanísima marquesa, ahuyentó á la gente del establecimiento, que á poco tuvo que cerrar sus puertas. En la duda, los parroquianos se abstuvieron.

Con el silencio corren los jesuítas el riesgo de que los prudentes papás, escamados por lo que cuenta Pérez de Ayala y lo que refiere Coloma, lleven los niños á otras casas de educación.

Eugenio Silvela.

Madrid, 9 de enero de 1911.

Académica

Academia de la Poesía Española

Concurso del primer libro

La Academia de la Poesía Española ha abierto un concurso entre los poetas inéditos para la publicación de un tomo de versos, aproximadamente, de unas doscientas páginas en octavo.

Son condiciones de este concurso las que á continuación se expresan:

1.ª Se otorgará un premio de *quinientas pesetas* al poeta inédito que, á

juicio del Jurado, presente el mejor libro de versos castellanos; entendiéndose por inédito, á los efectos de este concurso, el que no tenga un libro de versos publicado.

2.ª Los originales, precedidos de un título general, escritos en letra clara, firmados con el nombre y apellidos del autor, é indicando el domicilio de éste, deberán entregarse ó remitirse al secretario de la Academia de la Poesía Española, D. Mariano Miguel de Val (Serrano, 27, Madrid), quien, para que sirva de resguardo, extenderá un recibo haciendo constar la fecha de la entrega, el título de la obra y el nombre del autor.

3.ª El plazo de admisión de originales quedará cerrado á las diez de la noche del día 28 de febrero de 1911.

4.ª Al siguiente día se publicarán los títulos de los originales recibidos y los nombres de las personas que han de constituir el Jurado, el cual dictará su fallo antes de fin de marzo.

5.ª La Academia editará en seguida lujosamente la obra elegida, y entregará á su autor, á más del premio en metálico y el correspondiente diploma, 100 ejemplares del libro.

Concurso del cantar patriótico

En la sesión celebrada por esta Academia el día 2 del corriente quedó resuelto el concurso del mejor cantar, abierto á principios del mes anterior.

El secretario dió cuenta de haberse recibido para el concurso 359 cantares, á pesar del corto plazo para su admisión. El Jurado, compuesto por los Sres. Villaespesa, Machado (A. y M.) y De Val, había separado 25, de los cuales quedaron elegidos el 240 y el 327.

Procedióse á la votación, y resultó premiado con el premio de 100 pesetas, de la Srta. Luteslawska, el 327, cuyo autor es D. Federico Ruiz Morcuende, de Madrid, y que dice como sigue:

Si entre mi madre y mi Patria
me pusieran á elegir,
¡madrecita de mi alma,
te ibas á quedar sin mí!

Siendo bastantes los votos obtenidos también por el 240, el Sr. Ortega Morejón propuso que se creara un segundo premio de 50 pesetas, y, aprobado esto, las entregó de su bolsillo particular.

La copla que ha obtenido el segundo premio lleva la firma de D. Andrés Gay Sangrés, periodista zaragozano, redactor del *Heraldo de Aragón,* y dice así:

Si me matan de un balazo
por defender la bandera,
que no me cierren los ojos
para no dejar de verla.

Se espera que al concurso del primer libro se presenten muy importantes obras, y seguramente será un gran éxito, á juzgar por los que ya han anunciado su propósito de concurrir á disputarse el premio de la Academia.

—o—

Bibliográfica

Crónica artillera de la campaña del Rif.

Tenemos á la vista la obra en la que el Cuerpo de Artillería relata al país lo que ha hecho en Melilla, así como también sus esfuerzos por subsanar la falta de reservas indispensables, fruto amargo de escasos y mal repartidos presupuestos.

Nadie ignora que es en plena paz, dictando órdenes y acumulando elementos, como se ganan las batallas. Falte á los ejércitos el organizador de la victoria, depáreles en su lugar la mala fortuna un atrevido capaz de asegurar que no falta ni un botón en la polaina de un soldado cuando la organización sea defectuosa y batallones mal armados se hacinen famélicos en fortalezas desmanteladas, y la derrota y el desastre vendrán, fatales y sombríos, á aniquilar todos los arranques y esterilizar todas las abnegaciones.

Ninguno, ciertamente, se atreve á desmentir estas verdades; pero es el caso que, acuciados, á no dudar, por necesidades apremiantes de todo género, nuestros reorganizadores se ven precisados á demorar año tras año el esfuerzo salvador que nos ponga á cubierto de eventualidades lastimosas.

Es innegable que allá, en el fondo, la guerra se aparece, aun á los más previsores, como inesperada contingencia, de la cual puede librarnos en todo caso una moderación sanchopancesca, que no dejará de hallar partidarios entre los que gritaban: «¡Muera Don Quijote!»

Lógico es, por tanto, que nos sorprendan siempre ayunos de cuanto supone preparación paciente y precavida las crisis históricas que demuestran de tiempo en tiempo cuán falso es el refrán que asegura que dos no riñen cuando uno de ellos no quiere reñir.

Surge, eso sí, cuando el caso llega, indignada lamentación ante el abandono en que yacen los más altos intereses, que son aquellos que á la seguridad y al honor de la Patria atañen, sin que á nadie se le ocurra imaginar que tal abandono es consecuencia lógica de la indiferencia con que todos miramos en la bonanza cuanto á la guerra se relaciona; pero cuando la paz brilla de nuevo, más ó menos entenebrecida por desencantos y tristezas, decretamos unánimes un total olvido de toda lección, por provechosa y dura que ella sea.

Y es que, aturdidos por los clamores que de tantas miserias brotan, nuestros gobernantes se ciñen al estrecho vivir, que apenas consigue librar al organismo de inanición mortal. Cuando en la crisis vecina los gobernados les pregunten con la misma indignación candorosa: «¿Qué habéis hecho?», podrán responder, como el abate Sieyes, salvado por obscuridad voluntaria de los peligros del Terror: «¡Hemos vivido!...»

Sí; en vivir al día se cifra hasta ahora el ansia nacional; vano es que sueñen en edificar algo permanente y duradero los que gastan sus esfuerzos en tapar con chapuzas y remiendos las grietas de cada día y las goteras que descubre el más ligero chaparrón.

Por eso cuando la guerra estalla, inesperada siempre, el problema primero que tiene que afrontar nuestro Ejército es el de atender con redoblamiento de esfuerzos desesperados é improvisaciones difíciles y costosas á cubrir las deficiencias que llevan consigo presupuestos indotados.

Se agotaría desde los primeros momentos la provisión de cartuchos y proyectiles, si por medio de una sobreproducción cuyos coste y peligro saltan á la vista de todos no se lograse cubrir con labor presurosa la pe-

nuria de prudentes reservas y aun de dotaciones insuficientes.

Casi siempre nuestra Artillería ha ensayado al frente del enemigo un nuevo material, cuya adquisición ha dilatado largos años la falta de créditos: los cañones Krupp y Plasencia se estrenaron tirando contra los carlistas; el de montaña Krupp hizo sus pruebas en los maniguales cubanos. Si bien el cañón Schneider de campaña había sido en el caso actual perfectamente ensayado por los que lo manejaban, en cambio, la tardanza imputable al eterno aplazamiento ha impedido que tomen una parte eficacísima en tal contienda los cañones de montaña del mismo fabricante, los cuales giraban en los tornos ó se ajustaban en los talleres cuando hubieran podido economizar tantas vidas de hallarse dispuestos para tronar en la campaña.

De estas y otras mil detalladas circunstancias, que pudieran y debieran ser lecciones provechosas, podrá enterarse quien lea con interés la obra que señalamos á la atención de nuestros lectores. Enumerarlas todas, fuera labor impropia de esta publicación. Pero sería omisión imperdonable pasar por alto los elogios que merecen en la *Crónica artillera* méritos indiscutibles; la modesta sobriedad, avara de encomios; el franco decir, en el cual los respetos de la disciplina no encubren la honrada crítica allí donde los fueros de la verdad la reclaman; un ambiente de sinceridad cordial no reñida con elegancias de la frase, que hacen grata la lectura de páginas cuya primera belleza es la claridad siempre hermanada con la concisión.

Nunca el tecnicismo enojoso deja incierto el sentido de la limpia frase; jamás el comentario, que rara vez subraya la narración escueta y grave, aparece á los lectores exagerado ó trivial.

Pero al difícil mérito de rehuir sugestiones de la vanagloria colectiva supera el espíritu de sana confraternidad entre todos los Cuerpos y Armas que integran esa unidad que llamamos Ejército; falange cuya fuerza reside en la sólida unión de sus estrechas filas.

No resistimos á la tentación de copiar los últimos renglones de esta obra, merecedora, por todos conceptos, de la acogida simpática que la opinión unánime le tributa. Dicen así:

«Bien haya el espíritu de Cuerpo, que estimula y acrece la honrada emulación, madre de tantas proezas; bien haya, sí, mientras no degenere en particularismo pernicioso, ni desparrame por divergentes senderos á los que deben marchar siempre juntos por el áspero camino que conduce á la victoria.

»Uno es el Ejército, y comunes á cuantos lo integran serán en todo tiempo sus glorias y sus desdichas.

»Uno es el Ejército: para que sea grande y fuerte, deben todas sus partes desarrollarse con equilibrado crecimiento, así como cada una de ellas ha de señalar por norte á sus afanes la máxima eficiencia del conjunto. Si tal no hicieran, el gigante sería deforme, y su labor estéril. Nuestro patriotismo de españoles y soldados sabrá vencer ese peligro mortal.

»La campaña de Melilla ha puesto de relieve que las neblinas de los días tranquilos se disipan entre los huracanes de la guerra, que junta en fraternal concierto á cuantos visten el uniforme, comparten idénticos peligros, se enorgullecen con iguales éxitos y templan su constancia en los mismos desastres.»

Unimos nuestra felicitación calurosa á las muchas que por trabajo tan importante habrán recibido nuestros artilleros.

***

Agenda de bufete para 1911.

Se acaba de poner á la venta esta utilísima obra de anotación y consulta.

Lo muy conocida que es la *Agenda de bufete* en el comercio, la industria y en los despachos de particulares nos releva de hacer de ella descripción alguna, limitándonos á recomendar á nuestros lectores su pronta adquisición, pues con su uso, á más de poder llevar una contabilidad clara y sencilla, tendrán un verdadero guía de cuanto deseen saber sobre Ministerios, Aranceles, Correos, Telégrafos, Ferrocarriles, cambios, pagarés, letras, etc., etc.

Su precio varía de una á cuatro pesetas en Madrid, aumentando en provincias 50 céntimos para gastos de correo.

De venta en todas las buenas librerías y en la de su editor, Sr. Bailly-Baillière, plaza de Santa Ana, 10, Madrid.

***

Agenda de bolsillo para 1911.

Todo el mundo debe usar este precioso libro de notas diarias, provisto de lápiz y elegantemente encuadernado, con bolsillo interior para que pueda servir de cartera.

La *Agenda de bolsillo,* á más del espacio en blanco, de excelente papel cuadriculado, para las anotaciones diarias, con el calendario, contiene interesantes datos sobre Correos, tablas de interés y amortizaciones, de pesas y medidas, etc., etc.

La *Agenda de bolsillo* forma un tomito elegante y cómodo, y se vende á 1,50 y 2 pesetas, según sea de dos días en plana ó de uno, y á 3,50 con cartera de piel.

Pídase en todas las librerías, papelerías y bazares, y en la casa editorial Bailly-Baillière, plaza de Santa Ana, 10, Madrid.

***

Agenda culinaria.

El problema de ¿qué comeremos mañana? está ya definitivamente resuelto con la publicación de la *Agenda culinaria* para 1911, que facilita minutas de almuerzos y comidas para todos y cada uno de los días del año.

Contiene además un recetario que explica el modo de confeccionar los platos, escrito con suma sencillez y claridad.

En esta *Agenda culinaria,* que con verdadero interés recomendamos á nuestras lectoras, existe también un espacio en blanco con sus correspondientes casillas para los ingresos y gastos de la cocina y para anotar la compra que haya hecho la cocinera.

Precio: 2 pesetas en Madrid y 2,50 en provincias. De venta en todas las librerías de España y América, y en la de su editor, señor Bailly-Baillière, plaza de Santa Ana, 10, Madrid.

***

Memorándum de la cuenta diaria, ó Libro de memorias para 1911.

Un libro ideal para anotaciones es aquel que nos permite anotar y recordar cuándo es el santo de un buen amigo ó amiga; las señas, días y horas en que reciben nuestras relaciones; llevar el presupuesto individual, con expresión de nuestros ingresos y gastos; conocer al detalle la ropa que se da á la lavandera ó planchadora; anotar las visitas que nos hace el médico; conocer las tarifas de Correos, Teléfonos, Telégrafos, carruajes, etcétera, etc. Pues todo esto lo reúne en sus diversas secciones el *Memorándum de la cuenta diaria, ó Libro de memorias para 1911,* que ha puesto á la venta la casa editorial Bailly-Baillière.

Contiene además el *Memorándum* santoral por orden alfabético, agenda en blanco y calendario.

Véndese en librerías, papelerías y bazares al precio de 2,50 y 3 pesetas; en provincias, 0,50 de aumento para gastos de correo. Editor, Sr. Bailly-Baillière, plaza de Santa Ana, 10, Madrid.

***

Almanaque Bailly-Baillière.

La última palabra sobre el cometa Halley, la telefonía sin hilos y sobre todos los asuntos de interés que se han desarrollado durante 1909-1910 no se encuentra más que en el *Almanaque Bailly-Baillière,* el libro más popular de España y América, y cuya edición para 1911 acaba de ponerse á la venta y no tardará en agotarse.

Diez y seis años de vida en un libro anual es la consagración del éxito; sus frecuentes imitaciones demuestran además que no se ha sabido hacer nada tan completo, interesante ó ameno, y el libro que, como el *Almanaque Bailly-Baillière,* ha resistido esas dos pruebas, bien puede vanagloriarse de haber acertado á interpretar el gusto de sus 60.000 lectores.

El *Almanaque Bailly-Baillière* condensa en 500 páginas el contenido de 10 tomos. Además, regala á los compradores una participación gratuita en los billetes enteros de la Lotería de Navidad números 16.337 ó 26.278, con la que puede obtenerse un premio hasta de 200 pesetas, y reparte entre ellos 150 décimos de la Lotería de 30 de junio de 1911, varios muebles, relojes, libros, piezas de música y otros mil objetos á cual más útiles y caprichosos.

El libro sólo cuesta 1,50 pesetas en rústica, dos en cartón y tres en piel, y se vende

en las buenas librerías, papelerías y tiendas de objetos de escritorio de España y Extranjero, y en la casa editorial Bailly-Baillière, plaza de Santa Ana, 10, Madrid.

***

Platón y sus ideas pedagógicas, por Rufino Blanco.

La Biblioteca Pedagógica, que inauguró D. Rufino Blanco, profesor de Pedagogía é Historia de la Pedagogía en la Escuela Superior del Magisterio, con un concienzudo estudio de *Pestalozzi y sus obras,* se ha aumentado con un nuevo volumen del mismo autor, titulado *Platón y sus ideas pedagógicas.* La parte más interesante de este nuevo estudio es la exposición original del procedimiento de enseñanza socrática llamado heurística y mayeútica.

El citado volumen, que acaba de publicarse, se vende á 1,50 pesetas.

Dentro de pocos días, según anuncia el señor Blanco, se publicará el primer volumen de la misma Biblioteca que el autor dedica á la Pedagogía española, y tratará de *Quintana y de sus obras pedagógicas.*

***

La boca de la Esfinge; Motivos de filosofía y de sentimiento, por Waldo A. Insúa.

La Biblioteca Renacimiento acaba de publicar este interesantísimo libro del castizo escritor Waldo A. Insúa, libro de ensayos filosóficos sobre cuestiones siempre palpitantes, como el matrimonio, el honor, la religión, el amor, la cuestión feminista, etc. *La boca de la Esfinge* es libro profundo y ameno al mismo tiempo. Escrito en un castellano limpio y sobrio, sobre la base de una fuerte cultura histórica y sociológica, y con una sorprendente variedad de puntos de vista, este libro de Waldo A. Insúa enseña y emociona, subyuga como obra literaria y levanta energías como obra removedora.

Es un libro lleno de verdades amargas, es uno de esos libros principalmente negativos que tanta falta hacen en España. Algunos capítulos son de una gran valentía, y otros de un cruel pesimismo; pero todos son amenos, agudos y correctos. Es, en fin, libro de ideas avanzadas y de ideas conservadoras á la vez, porque, inspirado en la vida y escrito por un pensador ecuánime, no podía ser de otro modo. Es un libro independiente y es digno de figurar en las Bibliotecas, por su carácter y su nobleza, al lado de libros de Montaigne, de Henry George y de Emerson. La edición es bellísima.

***

Historia de España, por D. Juan Ortega y Rubio.

Hemos recibido los dos últimos tomos de la importante obra *Historia de España,* que ha escrito el notable profesor de la Universidad Central D. Juan Ortega y Rubio.

La obra consta de ocho lujosos tomos, todos de amena é interesante lectura, en particular estos dos últimos, indudablemente los de mayor interés histórico, por referirse á la Edad contemporánea y estudiarse en ellos la Regencia de D.ª María Cristina y la mayor edad de D. Alfonso XIII, época ésta que nos recuerda hechos que nosotros hemos vivido, compartiendo con todos los españoles las alegrías, tristezas y desgracias que en estos últimos tiempos ha sufrido la nación española, especialmente en lo referente á la guerra con los Estados Unidos, de la que nos da á conocer muchos hechos hasta el día ignorados, haciendo acopio de gran número de documentos históricos que avaloran notablemente la obra.

El último tomo, que trata únicamente de la mayor edad de nuestro actual Soberano, D. Alfonso XIII, despierta en nosotros vivísimo interés, pues los personajes que en el mismo intervienen son de todos conocidos, y los actos de gobierno de Sagasta, Silvela, Maura, Villaverde, Moret, Azcárraga, Montero Ríos, López Domínguez, etc., son juzgados y apreciados con la imparcialidad á que nos tiene acostumbrados el ilustre profesor de la Central Sr. Ortega y Rubio.

La obra completa se halla á la venta en todas las librerías y en la de su editor, señor Bailly-Baillière, plaza de Santa Ana, número 10, Madrid, al precio de 96 pesetas, lujosamente encuadernada en ocho tomos.

***

La guarida (novela), por José Francés.

La guarida es una obra atrevidísima que representa en la brillante carrera literaria de José Francés, si no el punto culminante,

el momento inicial de un naturalismo fuerte y sano frente á la erótica decadencia que hoy informa casi todas las novelas contemporáneas.

Anticipándose á los juicios posteriores, el autor ha puesto á *La guarida* un prólogo valiente y simpático, del cual sacamos los siguientes párrafos, que expresan mejor que nada y que nadie lo que es *La guarida* y lo que se propuso Francés al escribirla:

«Yo he querido reflejar en mi novela el ambiente canallesco de las casas de citas, como una de las manifestaciones crueles y odiosas de toda gran ciudad.

»En este propósito, no he vacilado ante ningún sincerismo ni ante ninguna antipatía. Castamente la he escrito, y puedo jurar que ni un solo momento se me ocurrió que *La guarida* causase perverso deleite de anciano ó de muchachuelo.

»Estoy seguro de que así lo entenderá quien me lea, y el mismo dolor que me impulsó á escribir esta obra de hollín, de vicio y de sangre, lo sentirán los hombres de buena voluntad, y, sobre todo, las mujeres, por cuya dignificación late un amargo y fervoroso entusiasmo desde la primera hasta la última página de *La guarida*.»

La guarida está llamada á obtener un éxito brillante de público y de crítica.

Libros recibidos

POESÍA

Canciones de Nochebuena.—Carlos Fernández Shaw.—Madrid, 1910.
Poemas de provincia.—Andrés González-Blanco.—Madrid, 1910.
Ráfagas jocosatíricas.—Julio Romero Garmendía.—Bilbao, 1910.
Canciones remotas.—Adolfo Aponte.—Zaragoza, 1910.
Expansiones del alma.—José Vázquez Estévez.—Dos tomos.—Túy, 1907.
Poesías.—Cándido Salinas.—Madrid, 1910.
Clarinadas.—Leandro Arrarte Victoria.—Montevideo, 1906.

NOVELA

A. M. D. G.—Ramón Pérez de Ayala.—Madrid, 1910.
Pasión y muerte de Miguel Servet.—Pompeyo Gener.—París, 1910.—Librería Ollendorff.
Doña Violante.—Andrés González-Blanco.—Madrid, 1910.
Las adelfas.—Manuel Valcárcel y Julián Martín de Salazar.—Madrid, 1910.

CRÍTICA Y VARIOS

Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas.—Juan Valera.—Madrid, 1910.
La muerte del cisne.—Carlos Reyles.—París, 1910.—Librería Ollendorff.
Camino de perfección.—Manuel Díaz Rodríguez.—París, 1910.—Librería Ollendorff.
Sangre argentina.—Rafael Padilla.—Madrid, 1910.

En el número próximo comenzaremos la publicación de la novela titulada *Remanso de dolor*, original del ilustre literato D. José García Mercadal, expresamente escrita para la Revista ATENEO.

"BUBIS„ Y "PAMUES„

(Conclusión.)

El día 4 de septiembre, á las once de la mañana, guiada por James Malonga, hijo del jefe indígena de Punta M'Bonda, la expedición emprendió su marcha hacia el interior, en dirección al Oeste en las primeras etapas, más tarde al Norte, á través del bosque. Esta excursión, la más importante de la campaña por las dificultades materiales del viaje, duró quince días.

Por una extensión de diez á quince kilómetros, antes de llegar al pueblo de N'Tum, se atraviesa el territorio de los «pamues uvumi»; más allá se encuen-

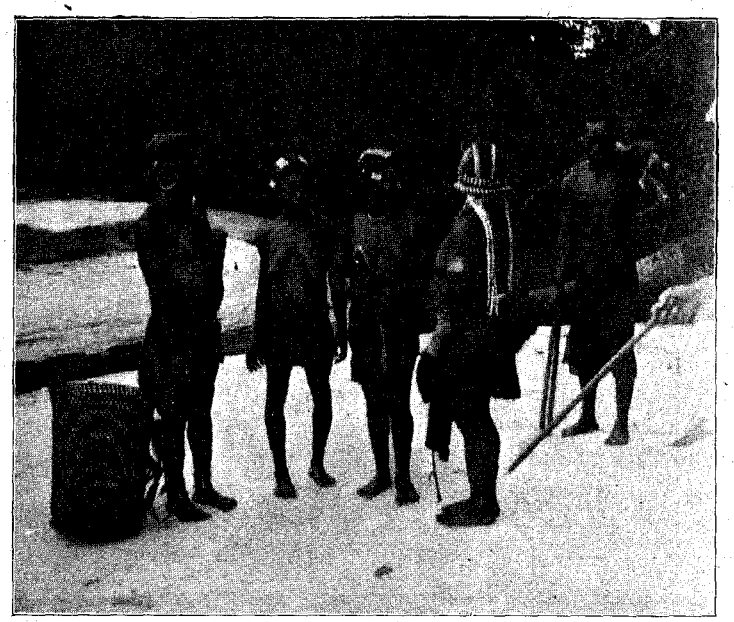


Fig. 17.—Grupo de «pamues samangundes» del pueblo de Nösok.

(Fot. de J. Pantoja.)

tran los primeros poblados de la extensa tribu de los «pamues samangundes», que ocupa todo el territorio comprendido entre el río M'Bía, al Sur, y el río Itembo (ó río Campo), al Norte, tenido en parte, hasta hace poco tiempo, por los «moseches», rechazados luego hacia el mar, en el distrito inmediato al estuario del Itembo.

Los primeros pueblos, á una hora, á dos horas de camino desde Punta M'Bonda, situados en lo alto de pequeñas colinas, con discretos caminos de acceso, se hallan rodeados por trozos de bosque discontinuo, abierto: grupos de grandes árboles, matorrales de arbustos enanos, praderas de un verde claro, húmedo; plantaciones de *yuca,* largas hileras de plátanos, apacibles oasis de esbeltas palmeras. He aquí Mekala, el primer poblado del interior. Su jefe, Ulebsu, ofrece, en signo de amistad y de agrado, *yuca* y grandes

racimos de plátanos para los cargadores indígenas de nuestra caravana. En su casa, seis magníficos colmillos de elefante, de metro y medio de alto, de treinta ó cuarenta kilogramos de peso, enseñados con complacencia y con cierta sonrisa socarrona, constituyen el tesoro de la familia; dentro de pocos días acabarán en alguna factoría alemana, cambiados por telas, tejidos, abalorios, pequeños objetos inútiles, sal y, sobre todo, tabaco, y si es posible, pólvora.

¡La pólvora! He aquí el sueño de estas gentes. Escopetas no faltan: viejas escopetas de chispa, de grandes cañones, transformadas luego en armas



Fig. 18.—Paso del río Utungsen, antes del pueblo de Mayó, en el bosque.
(Fot. del Dr. Pittaluga.)

de pistón con singular artificio, empleando las cabezas fosfóricas de las cerillas; antiguos fusiles de la Guardia nacional alemana de 1848, arcabuces y trabucos de toda procedencia (comercio que renta el 1.000 por 100 á ciertos europeos), embellecidos luego y adornados por el buen gusto primitivo de estos indígenas con hilos de cobre con clavos dispuestos en sencillos dibujos.

Mas el arma duerme largas temporadas—y con ella duermen tranquilos en el bosque los elefantes—porque falta la pólvora. El contrabando internacional sabrá, sin embargo, de qué manera se las arreglan estos indígenas para proveerse de vez en cuando de algunos barriles de la preciadísima mercancía.

Vienen después de Mekala, á media hora de camino el uno del otro, los tres pueblos de N'Dsueman, Ebuleman y N'Koo. Esta última palabra significa «monte». En efecto; la senda sube hacia lo alto de un pico; luego desciende nuevamente hacia un recodo del río M'Bía ó Embía, al pueblo de Malen, cuyo jefe, N'Vene, renueva las demostraciones de amistad otorgadas á nuestro paso

en Mekala. Desde ahora en adelante estas demostraciones no serán ya tan espontáneas ni tan desinteresadas. Veremos, antes que los signos de una recatada amistad, los indicios ciertos de la desconfianza, de la sospecha y aun del miedo y de los antiguos rencores contra el blanco. No son iguales, sin embargo, en todos estos villorrios «pamues» la actitud hostil y recelosa de los indígenas.

A las dos y media de la tarde atravesamos Belón, grupo de diez casas con seis familias, cuyo jefe, N'Dsuebolo, saluda ceremonioso y habla breves pala-



Fig. 19.—Paso de un río en el bosque.

(Fot. del Dr. Pittaluga.)

bras con nuestro guía. Siguen á poca distancia Nbema, Edundje y Fulatchit. Son sus jefes, respectivamente, los «pamues» N'Dongo, Mangesu y Asum. Este último nos acompaña atento y solícito hasta el grueso poblado de Ntum ó Tum, donde llegamos á las cuatro de la tarde y plantamos nuestras tiendas, observando y preparándonos para la noche. A la mañana del día siguiente fueron aquí examinados algunos enfermos. Interrogados por Malonga los indígenas, el jefe del pueblo, Edú, y su hijo, Mangue, acerca de la enfermedad del sueño, aseguraron no tener noticia de caso alguno de semejante dolencia, ni conocerla siquiera. Enviados algunos cargadores y muchachos del propio pueblo de Ntum en busca de ejemplares de moscas, habiéndoles previamente enseñado las del género *Glossina,* trajeron dípteros de toda clase, exceptuados los indicados: eristalinos (sírfidos) y comunes múscidos, y de las especies hematófagos, algunas *Chrysops* y algunos tábanos.

A la una y media de la tarde del día 5, con tiempo cubierto, abandonamos el pueblo de Ntum, y bordeando y vadeando repetidamente el río N'Diole, afluente del Envía, ya en la espesura del bosque impenetrable, alcanzamos dos horas más tarde, por penoso camino, el pueblo de Nösok, grupo de 24 casas recientemente establecidas en lo alto de un cerro y rodeadas de amplias plantaciones de *yuca*. El jefe, Mbomeyo Moyo, procede de Ndelefut, otro pueblo de los «samangundes», y presenta con orgullo un viejo certificado, extendido y firmado por el Sr. D'Almonte en 1906. La parada en Nösok es breve. Dos horas más de camino, y antes del anochecer llegamos, no sin esfuerzos, alentando á los rezagados, á lo alto de Ebengon, que encontramos casi desierto, abandonado por sus moradores. Sólo más tarde el jefe Mangamasulu acude á saludarnos; ofrece con reticencias hospitalidad para los cargadores durante la noche; presenta algunas ofrendas. Sus mujeres recogen y traen gallinas. Mangamasulu espera tranquilo para la mañana siguiente nuestros regalos.



Fig. 20.—Esqueleto de elefante hallado en el bosque.

(Fot. del Dr. Pittaluga.)

Al crepúsculo y en las primeras horas de la noche centenares de «gegén» (del género *Œcacta)* asaltan nuestra mesa, nuestras tiendas. Nótese que el pueblo de Ebengon se halla emplazado en lo alto de un monte, á 250 ó 300 metros sobre el nivel del mar.

Muy de mañana, al día siguiente, 6 de septiembre, empieza de nuevo la marcha; continúa el camino por el bosque. La impresión, majestuosa y sombría al propio tiempo, truécase por las tardes cálidas, en los silenciosos vespertinos, tras largas horas de viaje, por la obscura y húmeda selva, en verdadera sensación de agobio. Atentos á la senda desigual, los ojos buscan, sin embargo, de cuando en cuando, al través del follaje espeso y enredado, un trozo de cielo y un rayo de sol. Y á pesar de ello, renuévanse, al emprender el camino en las frescas horas matinales, los motivos de honda admiración y de asombro. El espíritu vaga, llamado por diversas sensaciones, desde el murmullo lejano de las aguas ó los extraños ruidos—estridores de aves invisibles, cantos y chillidos de pequeños pájaros revoloteadores, voces roncas de loros, gritos agudos de los monos, atenuados por la distancia, ecos y resonancias de la vida multiforme é inagotable—, hasta los raros y extravagantes enredos del ramaje y las cimas de los enormes troncos frondosos.

Tesoros encierran estos bosques: cerca del mar, el *bocumen,* á no grandes alturas; madera compacta, resistente: con ella construyen los indígenas sus cayucos ó piraguas; luego, el *bocapí* ó palo rojo, las variedades sinnúmero de *caoba,* los cedros, el ébano, el campeche y las *ceibas* gigantescas, cuyas raíces recias, afiladas á modo de cuchillo, surcan el terreno por todas partes, entrelazándose con monstruosas contorsiones. Las lianas del caucho atan y enlazan los unos á los otros árboles y ramas. Y en las orillas de los ríos, las cañas enormes, los bambúes elegantes y la inextricable red de los manglares, del árbol



Fig. 21.—El jefe de la tribu de «pamues samangundes» Manguenbekada, con sus mujeres, en el pueblo de Mayó.

(Fot. del Dr. Pittaluga.)

singularísimo—*Ryzophora mangle*—, que desde las altas ramas envía raíces rectilíneas hacia la tierra húmeda, hacia el agua fangosa.

A un cierto punto la senda estrecha y tenebrosa se ensancha ligeramente; sobre un arroyo se hallan tendidos algunos troncos de árbol, y á veces, preparado con cierto arte, un puente, con ramas estrechamente ligadas por juncos. La espesura del bosque se aclara; aparecen grandes árboles tirados por la mano del hombre; al través del verde, antes impenetrable, se vislumbra el azul del cielo. Luego, de improviso, el camino se abre; las plantaciones de *yuca* se extienden por la derecha y por la izquierda hasta los nuevos límites del bosque, y más allá se levantan ondeando las grandes hojas de los plátanos. Humo, fuego; chozas aisladas, como de guardia; robustos troncos á través del camino, á guisa de valladar; en el fondo, el techo de una casa, dos,

tres; una doble fila de casas bajas herméticamente cerradas. Es un pueblo «pamue».

Así entramos, por ejemplo, en el pueblo de Mayó. Las mujeres, escondidas, encerradas en las casas; los hombres, huídos al bosque, en acecho, en espera de lo que acontezca. Por fin, á las voces de los cargadores y de nuestro guía, alguien del pueblo se atreve, se acerca; las mujeres asoman las caras sospechosas, entreabriendo las cortezas de árboles que cierran como mamparas el hueco de la puerta. Por último, ante la actitud enérgica de nuestro in-



Fig. 22.—Nuestro campamento (tienda de trabajo y tienda de dormir) en el pueblo de Ntohakok.

(Fot. del Dr. Pittaluga.)

térprete, vuelve el jefe del pueblo y se aproxima, pronunciando las palabras de saludo: *¡Embolo, embolo!*

Apenas el primer movimiento instintivo de miedo ó de animadversión ha desaparecido, hombres y mujeres se agrupan, se reúnen, se amontonan alrededor de los blancos, con una curiosidad silenciosa, persistente, agobiante, que constituye á veces un verdadero suplicio.

Los «pamues» de la tribu «samangunde», cuyo jefe, Manguenbekada, residía en aquel tiempo en el pueblo de Ndelefut, son hombres fuertes, de aspecto fiero y al propio tiempo sagaz y astuto, muy locuaces, sumamente suspicaces y enredadores, amigos de peleas, y dispuestos de continuo á suscitar cuestiones ó, como ellos dicen, á «tener palabras».

Apresurémonos á declarar, sin embargo, que sería del todo injustificado el más lejano temor de agresiones ó de emboscadas. Desde este punto de vista, en nuestro entender, las tribus «pamues» que ocupan el territorio del alto

Utamboni y de los afluentes del Muni, son más temibles, ó, cuando menos, conservan rasgos más salvajes que las por nosotros encontradas en la cuenca del río Itembo.

No hace tres años, el padre de nuestro criado indígena Bilisi, tratante de la Compañía Trasatlántica, subiendo en cayuco por el Utamboni desde Wermakogo, fué muerto de una descarga cerrada, desde los árboles de la orilla, por «pamues» en acecho, durante la noche.

Un año más tarde fué asesinado el empleado europeo Velarde por un «pamue» de Abenilang. El odio contra los blancos se conserva, se fomenta en fero-

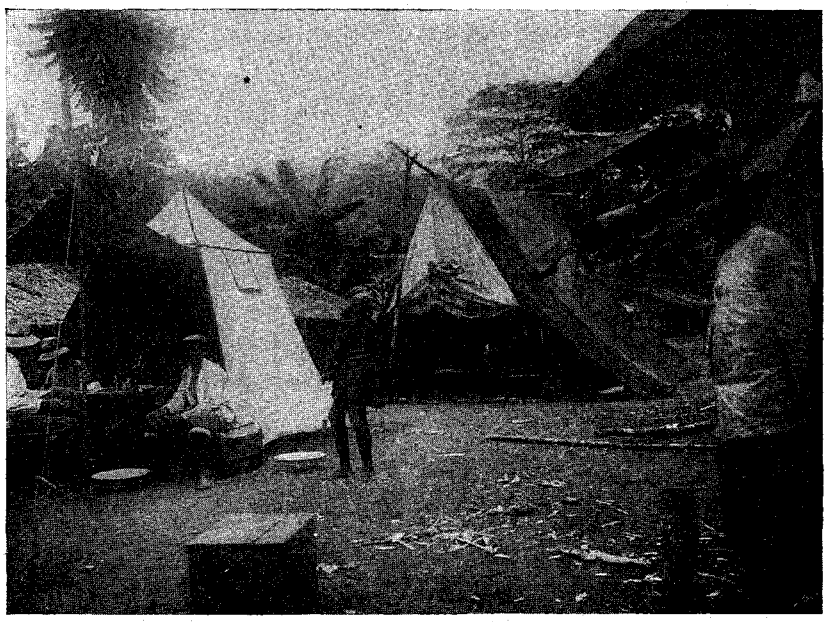


Fig. 23.—Examen de un enfermo. Nuestro campamento en el pueblo de Ntohakok.

(Fot. del Dr. Pittaluga.)

ces canciones; en las familias, los viejos recuerdan á los adolescentes los pasados rencores, las ofensas ó las deudas de otras familias ó tribus, y el deber de la venganza, de que gozan con anticipación en los fúnebres rituales, pidiendo auxilio á los antepasados en secretas ceremonias, ante los cráneos de antiguos enemigos ó de sus mismos muertos: ofrenda votiva los primeros, oculta fuente de consejos y de seguros invisibles auxilios los segundos, contra las insidias de los émulos ó de los adversarios, y en favor de sus propias hazañas.

Sin duda, consérvase de todo ello, entre las tribus «pamues» del Norte, cuanto constituye costumbre y hábito de la raza. Mas el trato parece menos duro, menos hostil. Y es mayor en ellos el acatamiento para los europeos, que no desdeñan, antes al contrario, llaman como árbitros y jueces en sus contiendas, respetando luego sus resoluciones, siempre que éstas se atengan en los procedimientos á sus primitivas é inveteradas costumbres.

Recuerdo á este propósito una singularísima anécdota acaecida en el pueblo de Ntohakok. Nuestro guía Malonga iba buscando hacía tiempo cierto «pamue» de aquella tribu, el cual, hallándose un día en Punta M'Bonda, había robado un par de cabras de un rebaño del jefe de este pueblo, padre del propio Malonga. El hombre fué encontrado en las cercanías de Matalamalón, á la vuelta de nuestra expedición; confiado á la custodia de dos «bujebas», que se complacían y regocijaban atándole, amenazándole y obligándole á andar; conducido así hasta Ntohakok, donde vivían gentes de su familia. Aquí, reunidos éstos con el jefe del pueblo en la «casa de la palabra», empezó Malonga á exponer su queja. Resultó que las cabras robadas en Punta M'Bonda habían parido. Y Malonga pedía que no sólo se le devolviesen aquéllas, sino que se le entregaran los cabritos. El ladronzuelo se negaba á ello con insistencia, y alegaba sus razones. Mientras tanto, el hombre continuaba atado.



Fig. 24.—Tipo de «pamue samangunde» con el característico peinado.
(Fot. del Dr. Pittaluga.)

Entonces los del pueblo pidieron que el juicio fuera sometido á los blancos; pero exigieron que se quitaran las cuerdas. No podían consentir que uno de su tribu, y del mismo pueblo, estuviera allí delante de ellos preso y atado por gente extraña. Así se hizo. Transformados en jueces, escuchamos las razones de ambas partes, entre las cuales, muy grave la siguiente: que nuestro hombre no disponía ya más que de una cabra con su crío; la otra había sido vendida. Se resolvió, en vista de ello, que alguien del pueblo entregara á Malonga la cabra que faltaba; de otro modo, el ladronzuelo hubiera sido llevado maniatado hasta Punta M'Bonda, y castigado después. No pareció mal la propuesta. Pero nadie quiso prestar la cabra á su paisano y pariente sin que éste ofreciera garantías aceptables para el porvenir. Y, en efecto, tuvo el hombre que ofrecer en depósito y usufructo á su propia mujer hasta el día en que hubiese reintegrado la cabra al mediador que la entregaba en aquel momento á Malonga.

Las mujeres son entre los «pamues» una especie de mercancía: animales de carga, de trabajo y de placer. Disponen de su propio cuerpo y de su voluntad hasta el momento en que se casan, esto es, en que el padre ó la familia las ceden, por precio, á un hombre. Desde entonces la personalidad social de la mujer cambia: es una *cosa* cuya posesión momentánea ó definitiva puede traspasarse, puede cederse, según las conveniencias y los tratos con los extraños, mas sólo por la voluntad y para beneficio del dueño. Sin embargo, más aún que esta indiferencia sentimental para la fidelidad de sus mujeres, aparece singularísimo, en la trabazón obscura de la psicología sexual de estos indígenas—no sólo de los «pamues», en verdad—, el hecho siguiente: el ningún aprecio en que tienen la virginidad.



Fig. 25.—Tipos de indígenas de la tribu «sambira», en la «casa de la palabra» del pueblo de Efulen, entre Matalamalón y Ngoambang (11 de septiembre).

(Fot. del Dr. Pittaluga.)

La indumentaria es primitiva. No es infrecuente en los villorrios «pamues» del interior encontrar grupos de mujeres sólo cubiertas por cuatro hojas atadas por juncos á la cintura (véase la figura 15). A veces llevan trozos de paños, pequeños lienzos colgantes de una cinta de abalorios. Con mayor frecuencia, y con cierta elegancia, emplean grandes manojos de finísimos juncos, atados á guisa de plumeros, teñidos de encarnado, de amarillo, de negro, colgantes desde la cintura entre las nalgas, y por delante un trapo, un pedazo de tejido. Perfóranse el septo nasal, y suelen atravesarle con cadenas de pequeños caracoles ó de abalorios que terminan á los dos lados en los lóbulos de las orejas. Llevan á veces gruesos collares de cobre (véase la figura 21) y anchas pulseras ó brazales compuestos con hilos de cobre.

Los hombres de la tribu «samangunde» gustan igualmente de estos adornos. Un recio collar de cobre repujado llevaba el jefe Manguenbekada (fig. 21); todo su antebrazo izquierdo encerrábase en uno de esos brazales de hilo de cobre. Más un sombrero de fieltro, regalado por nosotros, cubría su cabeza; y como amplia vestidura, envolvía su cuerpo una pieza de tejido impreso á flores

de tintas vivas. Las factorías de la costa van pervirtiendo con estas importaciones exóticas el gusto primitivo de los indígenas.

Si se exceptúa á los pocos que han tenido comercio directo con los europeos de la costa, no conocen estos indígenas el valor del dinero, ni poseen moneda ó signo alguno equivalente. Emplean á veces para contar hileras de conchas, pero sin atribuirles, como acontece en Angola y en otros puntos de la costa, algún signo de valor. Los cambios se efectúan, pues, directamente, y los europeos han de llevar al interior los efectos y las mercancías más á propósito, particularmente una buena cantidad de tabaco, preparado en manojos de grandes hojas—de diez á doce hojas cada uno—, que se adquieren en las factorías de la costa por un precio variable entre 3,50 y 5 pesetas el kilogramo. Los indígenas del interior del bosque aceptan también con agrado la sal; pero el valor que esta mercancía adquiere en los cambios con los indígenas no compensa el gasto de transporte, puesto que dos sacos de sal—cada uno de los cuales cuesta 2,50 pesetas—pesan 25 kilogramos y exigen un cargador que á los quince días de viaje habrá hecho aumentar en 15 pesetas el precio de los dos sacos. Pescado seco, arroz y, por fin, telas, pañuelos, abalorios, gorras, pulseras, cadenas, perfumes: he aquí los medios con que se obtienen de los «pamues», con una valoración casi siempre arbitraria, los productos del país: plátanos y *yuca* para los cargadores; gallinas y cabras para alternar con carnes frescas la monótona alimentación de conservas, inevitable en estas expediciones.

Los cargadores «bujebas» comían con gusto á veces la piel coriácea de elefante, con partes del tejido subcutáneo y de grasa acompañadas tan sólo por escasas fibras musculares. En los pueblos próximos al lugar de una reciente matanza de elefantes se veían en las casas grandes pedazos de este manjar, repugnante para el europeo, extendidos sobre una especie de bandeja de ramas y juncos suspendida á poca distancia del techo, encima del fuego. Y, por desgracia, se advertía su presencia desde lejos por el olor nauseabundo que desprendían, no sólo las casas de los «pamues»—durante el período en que ahumaban y preparaban este alimento—, sino también los cargadores de nuestra caravana, que llevaban trozos de esta especie de cuero á medias putrefacto, por algunos conservado hasta llegar de regreso á Punta M'Bonda, á la costa.

Abundan los elefantes en modo considerable en toda esta parte de la colonia. En grupos ó pequeñas manadas atraviesan los caminos, dejan rastros recientes á lo largo de la senda, huellas de su paso en la misma espesura del bosque. Un esqueleto casi completo fué encontrado por nosotros en las cercanías del pueblo de Mayó.

Desde el pueblo de Ebengon hasta el pueblo de Mayó, durante seis horas y media de marcha, tuvimos que pasar cuatro afluentes del río Embía: el río Uton N'don (á las diez y treinta y cinco de la mañana), el río Manganá (media hora después), el río Abera (á la una y media de la tarde) y el río Uton Gsen ó Utussen (á las dos), el mayor de todos, de cinco á seis metros de ancho y

medio metro de profundidad. Sus aguas corren entre piedras y rocas, rompiéndose en pequeñas cascadas.

El jefe Mandoo, un viejo de aspecto repulsivo, con un grueso lipoma péndulo en la espalda (1), cuenta que el pueblo de Mayó ha sido recientemente construído. Es común entre los «pamues» este errar de familias y pueblos de un sitio á otro de los grandes bosques, dentro del mismo territorio de la tribu,

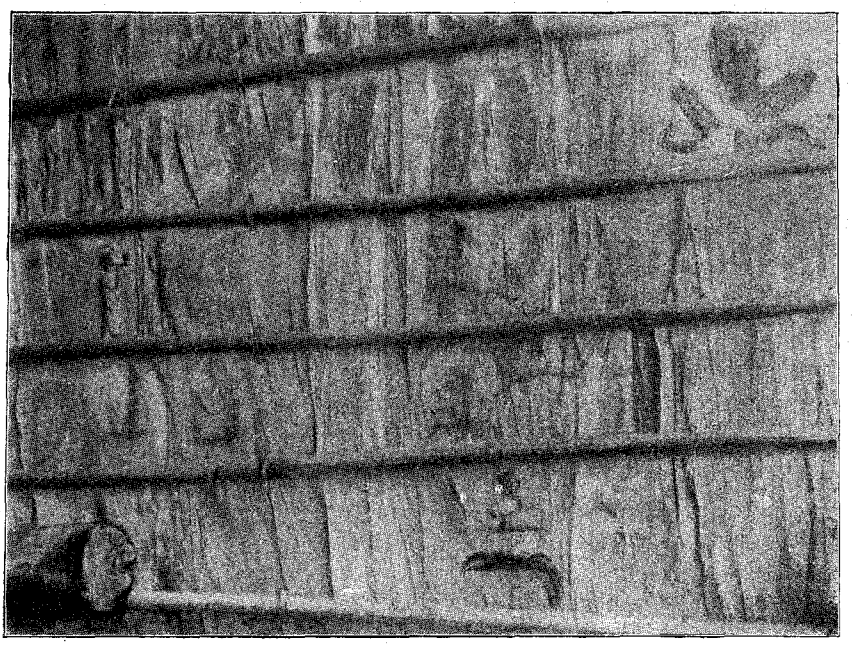


Fig. 26.—Dibujos de los indígenas (tribu «sambira»), hechos con carbón en una pared (interior) de la «casa de la palabra» del pueblo de Efulen.

(Fot. del Dr. Pittaluga.)

ó acercándose hacia el mar; signo de la inquietud persistente de esta tribu, agitada por continuos deseos de mudanzas.

El jefe Mandoo, con las pocas gallinas que ofreció, muy contrariado y á regañadientes, trajo también un grueso múrido que los indígenas llaman *cuí,* y los «bengas» *coo.* Es el *bushrat* ó *pigrat* de los ingleses (probablemente, *Crycetomys gambianus,* Waterh).

Abundaban en el pueblo de Mayó, donde permanecimos todo el día 7, los mosquitos del género *Stegomyia.* Los indígenas no tenían noticia alguna de la enfermedad del sueño. El viejo Mandoo aseguraba no haber visto ningún caso entre su gente. Sin embargo, en el río Otomayan, que corre cerca de Mayó, en un valle que se atraviesa al salir del pueblo, se encontraron moscas del género

(1) Había en el pueblo varios casos de lipomas pédulos, algunos de dimensiones bastante considerables, casi todos del cuello y de la espalda.

Glossina. Acaso la reciente fundación del pueblo, el escaso tiempo transcurrido desde la llegada de los nuevos moradores en este sitio, hayan impedido hasta ahora el desarrollo de la enfermedad. Acaso no hayan sido importados todavía los gérmenes por ningún huésped. Esta hipótesis parece más probable.

Las filarias hemáticas, los gusanos intestinales (entre ellos, principalmente, el *Anquilostoma)* y las fiebres palúdicas abundan entre la población de Mayó.

De aquí salió la expedición á las seis y media de la mañana del día 8 de septiembre, después de haber oído en la tarde del día anterior la larga exposición de las quejas del jefe de tribu Manguenbekada contra las demasías y los abusos de ciertos agentes alemanes que desde el vecino territorio de Kamerun pasaban con gran frecuencia, al decir de Manguenbekada, á caza de elefantes en el territorio de la colonia española. Estas quejas parecían expresadas con verdadero encono. Pedía con insistencia el jefe de tribu que los españoles dieran más firmes pruebas de su dominio á lo largo de la frontera y hacia el interior. ¿Cuál sería en su espíritu y en el ánimo de los demás jefes de Ayamekén, de Ntohakok, de otros pueblos y de los indígenas que les hacían coro, el origen secreto, la íntima razón de estas repetidas peticiones? Ciertamente, no estriban en su afecto para una más que para otra de las naciones colonizadoras. Mas los procedimientos que se emplean para reducir y explotar al negro son diferentes entre los españoles, los alemanes y los ingleses. Un velo de humanitarismo idealista borra todavía la visión exacta de la realidad en el cerebro de estos pueblos latinos, herederos á la par del sentimentalismo artístico de sus razas y de la piedad cristiana que palpita en el fondo del formalismo católico. Difícilmente, como no hayan llegado á los momentos supremos del ataque y de la defensa, al choque inmediato de los intereses y de las pasiones, sienten el imperio de las amargas leyes del *struggle for life*. Y, por ende, ni preparan, previsores, los caminos del porvenir, ni mantienen como ha menester, frente á las razas inferiores, el peso de su autoridad, el respeto altivo al nombre de la nación, y aun el temor saludable á las represalias y á los castigos.

Quizás convenga buscar en esta línea de conducta los motivos íntimos de aquella singular complacencia de los indígenas y del jefe Manguenbekada en declararse súbditos de S. M. el Rey de España.

Las alturas en que se asientan el pueblo de Mayó y los grandes bosques que le rodean, constituyen la línea divisoria entre las dos vertientes del río Embía y del río Campo. Las aguas encontradas hasta Mayó corrían todas hacia el Sur, hacia la cuenca del Embía; desde ahora en adelante los ríos y arroyos que atraviesa nuestra caravana corren hacia el Itembo. El primer afluente del Itembo, atravesado el día 8, á hora y media de camino de Mayó, es el río Ayamekén; media hora más tarde pasamos el río Mbise, en sitio sumamente pintoresco, en que se forman pequeñas cascadas. Próximo al río, sobre un cerro, está el pueblo del mismo nombre, grande, limpio, bien construído. Al salir de él, encontramos en el camino al jefe de Ayamekén, que

acude con una pequeña bandera española en la extremidad de una lanza, y quiere expresarnos su acatamiento. Se llama Nso Ebam. Al llegar á su pueblo, á las diez y media de la mañana (pasado el río Ndsumesé, de seis metros de ancho), ofrece gran cantidad de *yuca* y de plátanos para los cargadores. Tras breve descanso, emprendemos nuevamente el camino á las once; pasamos el río Avué (otro pequeño afluente del Itembo), ganamos por una



Fig. 27.—Jefes de los «samangundes» y de los «sambiras», reunidos en Ngoambang para presentarnos sus ofrendas (12 de septiembre).

(Fot. del Dr. Pittaluga.)

cuesta difícil las cimas de un monte, y llegamos á las doce y media al pueblo de Ntohakok. Aquí se preparan las tiendas para la noche.

Fué aquélla una noche de prueba para nuestra tienda de dormir. Una lluvia torrencial empezó á caer hacia las once, y no cesó hasta muy adelantada la mañana del día 9. Horas y horas de agua. Sin embargo, si se exceptúan algunas goteras inevitables que no lograron amargar excesivamente nuestro sueño, la lona resistió bien.

Por la mañana del 9, muy temprano, Malonga, que había descubierto una huella muy reciente de elefantes, quiso intentar la caza, y se marchó con dos mozos del pueblo. Volvió por la tarde, sin haber conseguido su propósito.

Se nos presentaron aquel día dos jefes de la tribu «sambira»: Nko, del pueblo de Abim, y Anvené, del pueblo de Ngialé. Los dos vivían antes en el pueblo de Ensuamayón. Luego cada uno había fundado el suyo. Esta tribu de los «sambira», compuesta de «pamues» muy cercanos á los «samangundes», y aun mezclados con éstos por matrimonios, cambios de mujeres y convivencia en

territorios comunes, ofrece tipos de facciones tan correctas y regulares, que sería difícil hallar otros de la raza negra más parecidos en las líneas de la cara á ciertos europeos: véanse, si no, los retratos de los dos hombres «sambira» de la figura 25.

Desconocen del todo en el pueblo de Ntohakok la enfermedad del sueño. El jefe del pueblo, Usi Bitá, afirma que no ha oído nunca hablar de ella.

Salimos de Ntohakok el día 10, á las seis y media de la mañana. A la media hora pasamos el río Ntoakué, afluente del Itembo, de alguna considera-

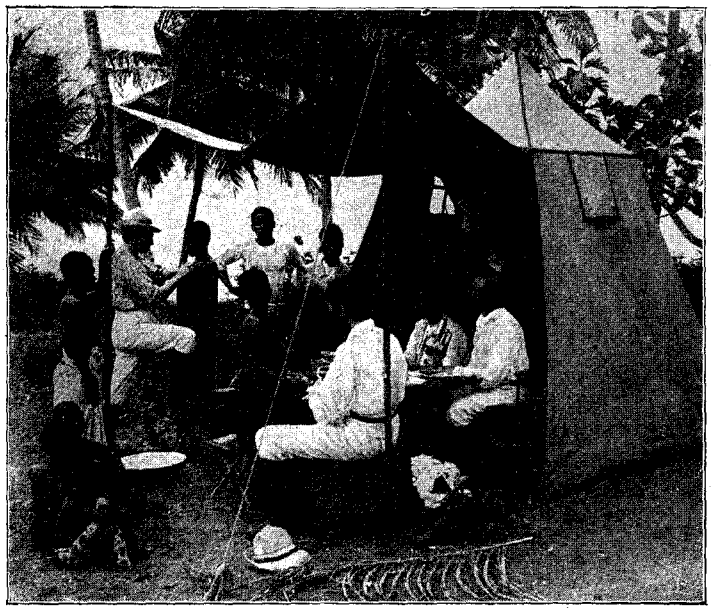


Fig. 28.—Examen de enfermos indígenas en las cercanías de Punta M'Bonda.

(Fot. de D. J. Pantoja.)

ción. La lluvia de las noches anteriores ha hecho impracticable el camino. La senda del bosque desaparece en un terreno cenagoso, encharcado, á trozos enteramente inundado. He aquí el pueblo de Abim, de los «sambiras». A los pocos minutos reaparece el río Ntoakué: ancho, seis metros; profundo, medio metro. Más tarde, á las nueve y media, atravesamos otro afluente del río Campo: el río Namekiamelé (ancho, seis metros; profundo, 0,60). La marcha se hace fatigosa. Los cargadores se cansan, se pierden por el bosque. A las diez y cuarenta y cinco minutos llegamos, por fin, á un grupo de casas aisladas, perdidas en la soledad de los campos: son las casas de Matalamalón I. Entramos nuevamente en el bosque. Nunca hemos encontrado, como en este trozo de la selva, tan enormes nidos de termites. Aparecen algunos como verdaderos montones de tierra de metro y medio de alto y dos metros ó más de diámetro. La superficie lisa, casi barnizada, los descubre. Al abrirlos, aparecen los enredados meandros de corredores, de habitaciones, de tabiques, de agujeros que

constituyen la maravillosa obra de los millones de blancos insectos. Otras especies fabrican nidos diferentes, en forma de hongos, con una especie de pie ó de sostén y un ensanchamiento superior en forma de campana. Todas reúnen la tierra mezclándola, como si se tratara de unirla con cemento, con una especial secreción, que da á esos singulares edificios el aspecto pastoso, liso y como barnizado de que antes hablábamos.

Diez minutos más allá de Matalamalón I, atravesamos, bordeamos y volvemos á pasar—y así cinco veces—el río Makomakok (tres metros de ancho y 0,30 de profundidad). Esta palabra significa «piedras y piedras». El agua corre sobre guijarros, cae entre rocas.

A la izquierda aparece una elevada montaña. A sus pies, el pueblo de Matalamalón II, donde pasamos la noche entre el 10 y el 11 de septiembre.

Fué observado aquí un primer caso de lepra. La enfermedad, que se halla muy extendida, al parecer, por la comarca, es conocida por los «samangundes» y «sambiras» con el nombre de NSAM ó NSAME. Los «bengas» indican con el nombre de MEHULE los síntomas y lesiones del primer período *(lepra maculosa, lepra gyrata),* y llaman EGOLANI las formas declaradas de *lepra tuberculosa,* que parecen ser más comunes en estas zonas de endemia que las formas de lepra anestésica y mutilante propiamente dicha.

Noticias sobre la difusión de la enfermedad nos proporcionaron los jefes de Matalamalón y los enfermos observados en los días siguientes en el pueblo de Ngoambang.

Al salir de Matalamalón, el día 11 de septiembre por la mañana, se advierte la proximidad del gran río Itembo (Campo); en ciertos momentos, á una hora de camino desde Matalamalón, en el silencio del bosque, se oye el rumor de sus aguas, de la corriente impetuosa y de las vecinas cataratas. La senda cae, desciende por acentuado declive hacia la llanura. El aspecto del bosque varía; se abren extensas praderas á un lado y otro del camino. Entramos de lleno en el ancho valle del Itembo, en la hermosa vega donde se hallan emplazados los pueblos de Efulen, de Makam y de Ngoambang.

Durante esta última jornada se atraviesan: el río N'satovo, á las siete y media de la mañana (dos metros de ancho y 0,30 de profundidad); el río Otoibas (2,50 metros de ancho y 0,50 de profundidad), á las nueve; y media hora más tarde, el caudaloso Mbuba, de 20 metros de ancho y 2,50 de profundidad. Corren todos hacia el Itembo. El paso del río Mbuba por un enorme tronco de árbol medio sumergido en las aguas, en equilibrio sobre unas cuantas piedras que asoman del fondo, detiene la caravana, obliga á una breve interrupción de la marcha.

A las diez atravesamos el pueblo de Efulen, casi desierto. Aquí, en la «casa de la palabra», en el interior de una de sus paredes, descubrimos los singulares palimpsestos que reproduce la figura 26: dibujos primitivos, figuras trazadas en las horas de ocio, con trozos de carbón, por la mano de uno de estos indígenas; no carecen de cierta gracia, en particular las siluetas de hombres reunidas en grupo á la izquierda, en lo alto.

Desde Efulen hasta el río Otung-milon (1), de estrecho cauce y escasas aguas (dos metros de ancho y 0,25 de profundidad), el camino se pierde en el terreno encharcado; el barro hace en extremo penoso el andar. Pasamos á las diez y media el pequeño pueblo de Makam, y á las doce llegamos á Ngoambang.

Permanecimos en Ngoambang los días 11, 12 y 13 de septiembre. Fueron examinados en estas fechas diez y ocho indígenas, entre ellos algunos casos de lepra. Las investigaciones hechas para averiguar la existencia de la enfermedad del sueño en estas poblaciones, resultaron completamente negativas. En las inmediaciones de Ngoambang, á lo largo del río Mokúa, se encontraron y fueron capturadas algunas moscas del género *Glossina*. La mayor parte de los dípteros hematófagos recogidos en el pueblo y en sus alrededores eran ejemplares del género *Chrysops*.

El pueblo de Ngoambang se divide en tres grupos de casas ó chozas, á medio kilómetro de distancia el uno del otro, y que suelen indicarse, respectivamente, con el nombre de Ngoambang I, II y III. Los tres grupos se hallan inmediatos á la línea fronteriza entre la colonia española y la alemana del Kamerun, línea representada por un paralelo á 2° 18′ de latitud norte, aproximadamente; pero, en nuestro entender, se hallan comprendidos todavía enteramente en el territorio español.

Gustavo Pittaluga.

(1) La palabra «Otung» ú «Otón» significa evidentemente «río»; en general, precede y acompaña casi siempre al nombre propio de cada río.

La historia religiosa y el evemerismo

No tengo aquí por cargo mío recordar uno por uno los servicios prestados por los evemeristas á la investigación de las distintas instituciones rituales que han estudiado: tan sólo voy, por vía de muestra, á hacer la crítica de la importantísima teoría mitológica que los modernos han incorporado en la sociología: la teoría de la religión primitiva de la humanidad, concebida universalmente como el culto de los antepasados ó el respeto á los muertos. Esta hipótesis me parece exagerada para una explicación completa, pues nos priva del grado diferencial entre el mito y el culto, arrojándonos en un vacío de opiniones cuya consistencia lógica no está apoyada más que por un historicismo inatendible y no justificado por el progreso de la ciencia en nuestros días. Según la observación de HERZEN, la teoría que no se apoya en hechos positivos está destinada á desaparecer, quizás de una manera lenta, pero de una manera infalible. En el mismo sentido dice EMERSON que si alguna vez llega á proclamarse la verdadera teoría, la conoceremos por el siguiente signo: su solución de muchos enigmas (1). Sentencias con las cuales doy comienzo á una discusión que habrá de recordarnos una de las teorías más verdaderas é importantes en sus consecuencias, pero al propio tiempo, y quizás por esta misma razón, una de las menos ciertas en sus principios. El objeto del método experimental de la mitología comparada es enseñarnos en qué caso está adulterada una concepción ó el nombre de una divinidad, y dar el medio de restaurarle en su integridad primitiva; pero si empezamos por aferrarnos á un determinado *sistema,* nos privaremos del único medio posible de llegar á la verdad objetiva, haremos de la ciencia mitológica una serie de deducciones de un postulado mal establecido, y entonces veremos realizada esta contradicción tan elocuente: de un lado, una lógica incontrastable, un encadenamiento dialéctico y verdaderamente riguroso; de otro lado, fundamentos flojísimos que bastan por sí solos para deshacer los castillos fundados sobre ellos. Para mantener los corolarios de una determinada tesis bastará cualquier hecho, y para apoyo de un hecho servirá la más débil autoridad. Serán oídos con respeto los autores de poca fe si hablan de modo que puedan traerse, aunque con violencia, en favor de aquella tesis; los ritos religiosos, las costumbres, los usos populares, las fábulas vulgares é insubsistentes, todo es llamado en su ayuda y puesto en tormento para obligarles á confesar lo que no saben; en suma: se ve en cada evemerista el autor de un sistema que, como dice MALEBRANCHE de tales autores, abraza todo aquello que puede convenir á tal sistema, se ase de todo cuanto puede tener coherencia con su intento, va tras cualquier huella, sigue cualquier luz que espera le pueda conducir á su objeto, y por grandes que sean los obstáculos que se le presenten, cree

(1) *Whenever a true theorie apears, it will be its on evidence*, etc.

superarles cumplidamente sólo con huirles el cuerpo. *Quidquid ipsorum sententiam tantillum stabilit, id exosculantur, et tenaciter conservant, dum contra objectiones sibi factas ne animadvertunt quidem, aut levi aliqua distinctione eludunt.*

Tal contemplo la aplicación del sistema *histórico* al criterio con que deben juzgarse los mitos primitivos. Aparece por primera vez en el siglo IV (antes de Jesucristo) con EVEMERO, para quien los dioses de la fábula habían sido hombres ilustres que después de muertos alcanzaron la veneración de sus semejantes y el honor de ser divinizados. Esta opinión, muy común entre los antiguos, la expone el mismo autor, según la transcripción de SEXTO EMPÍRICO: ὅτ' ἦν ἄτακτος ἀνθρωπων βίος, οἱ περιγενόμενοι τών ἄλλων ἰσχύεί υνέσει, ὥστε πρὸς τὰ ὑπ αὐτων κελενόμενα παντας βιοῦν, σπουδὰ ζοντες μειζονος θαυμασμοῦ καὶ σεμνότητος τυχειν, ἀνεπλαταν περὶ αύτους ὑπερβάλλουσαν τινά καὶ θεἰαν δύναμιρ, ἔχεν και τοις πόλλοῖς ενομιοθησαν θεοί. Resultó de este modo de ver cierta ligereza histórica, cierta mitografía grotesca y no sé qué novela de los símbolos primitivos, de los misterios primitivos, que convirtió las fábulas más venerables en un conjunto cronológico, en una especie de narración divertida y convencional. De aquí dimanan todas aquellas ficciones de OVIDIO en sus *Cartas á Emilia* (1), ficciones que han apoyado siempre, desde BOCCACCIO á DEMOUSTIER, y desde DEMOUSTIER á MASCARILLA, todos los cristianos que no han tenido el desinterés intelectual suficiente para reproducir dentro de sí las intuiciones de las primeras edades, y muchos de los paganos que habían dejado de comprender el significado de su propia religión. Esa interpretación mitológica de los cortesanos y de los poetas, amigos de cantar picantes metamorfosis, no sirvió sino para sustituir los cuentos más equívocos á los más antiguos y respetables *theologóumenos,* hijos de la imaginación primitiva.

Los filósofos del paganismo, que conservaban aún cierto respeto hacia los fundamentos objetivos de la fe de sus mayores, tacharon de falso el punto de vista evemérico en mitología. Así CICERÓN, PLUTARCO, ELIANO y otros. Por el contrario, alguno de los primeros apologistas del cristianismo y de los primeros Padres de la Iglesia, HERMIAS, TACIANO, ATENÁGORAS, EUSEBIO, ARNOBIO, LACTANCIO, CLEMENTE ALEJANDRINO, SAN AGUSTÍN, etc., lo adoptaron y eligieron entre todos los métodos de exégisis preferidas por la sabiduría pagana, como uno de los más fuertes para empezar la acometida con él como con un ariete (2). Esta táctica apologética, muy propia de épocas de

(1) GUICHOT consigna el juicio de que en las *Metamorfosis* predomina la mítica heroica y evemerista sobre la olímpica y naturalista, con una expresión de sentido histórico muy marcado, apareciendo muy débil el religioso. Y aunque en semejante evemerismo antropomórfico y onomástico se observe la supervivencia de mitos caldeos y de términos y figuras fenicias, y aunque por el escepticismo que allí late, y el tácito criterio racional que parece subsistir á la creencia absurda, pudiera entenderse que había tendencia filosófica, ésta no se muestra en el poema. Así dice muy bien GARBIN: «Las fábulas de las *Metamorfosis*, á pesar de estar escritas en verso heroico, no constituyen una verdadera epopeya religiosa (pues el único vate romano que en aquel siglo creó cuanto podía hacerse en tal terreno fué VIRGILIO, el dulce cantor de la *Eneida),* pero sí un ameno y primoroso poema puramente narrativo; y, considerándolo como tal, su mérito real puede señalarse en lo que indica la generalidad de los críticos: en haber sabido reunir y enlazar en bello conjunto un prodigioso número de leyendas, revistiéndolas con todos los encantos de una poesía fácil y agradable, con variado estilo y con versificación rítmica y armoniosa.»

(2) Curiosa muestra de semejante método nos ofrece, por ejemplo, ORÍGENES contestando al argumento de CELSO

polémica, nos representa toda una clase de otras análogas que llevan, como ésa, en la frente la señal de su origen malicioso. Lo que añade una dificultad, y muy grave, á las demás de que semejante táctica está erizada, es la inclinación funesta del polemista á mostrar en su aspecto ridículo la concepción que refuta, para procurarse el placer de llamar la atención sobre los errores que él mismo ha añadido: método, en verdad, fácil, pues nada hay en el mundo, por elevado y sublime que sea, que no tenga su lado cómico; pero método contraproducente, porque tales juicios deponen contra el que los emite, dándole á él mismo un testimonio contundente de pobreza intelectual. Así como en tiempo de VOLTAIRE estuvo de moda entre cierta gente el hacer burla y chacota de religiones como el judaísmo y el cristianismo, y citar párrafos ingenuos ó regionalistas de la Biblia para hacer con ellos reir á los tontos, en tiempo de los primeros apologistas y Padres estuvo de moda el hacer aplicación del evemerismo con el designio y propósito de ridiculizar el paganismo y desacreditar sus mitos con el arma de la ironía y de la mordacidad. Esta campaña apologético-polémica sólo presenta cierta solidez en algunos pormenores y como exposición crítica de un paganismo mal entendido. El conjunto es un juego de sombras para niños grandes. Nada más lamentable, á la verdad, que el que los Padres cristianos, con reconocer la parte sobrenatural ó, como ellos la juzgaban, infernal del paganismo, hayan destruído con sus propias manos la gran ventaja, como observa GIBBON, que de otro modo hubiéramos podido sacar de las concesiones liberales de nuestros adversarios. Los Padres parecen haber adoptado *por recurso* el sistema de EVEMERO para combatir la idolatría. Las obras de los poetas, adoptadas entonces por los pueblos, hablaban de los dioses de una manera que hacía extremadamente fácil aquel método de atacar al paganismo. Al referirse á esas obras, dice FRÉRET, apoyándose en el jesuíta MOURGUES: «Los Padres, en sus disputas con los idólatras, apenas empleaban más que argumentos personales, y para evitar todo examen de los principios metafísicos, sobre los cuales la discusión está siempre abierta, partían de principios recibidos por todos como de sentido común, proponiéndose así convencerles de la absurdidad de sus dogmas y reducirles al silencio, persuadidos de que podían solamente obtener de ellos que examinasen sin prevención el cristianismo y acabasen por ceder á su luz.»

Hay un grupo de eruditos de los siglos XVI y XVII que, superficialmente

---

de que *Esculapio*, de igual manera que los apóstoles cristianos y los profetas judíos, curaba y daba respuestas sobre cosas futuras. ORÍGENES no niega el hecho, y se limita á decir que «*Esculapio* no había sido dios, sino hombre, *como lo probó el rayo que le quitó la vida*» (!). De parecidos argumentos echó mano SAN CIRILO en el libro VII de su polémica *Contra Julianum*. Para ATENÁGORAS, las divinidades paganas no eran más que hombres divinizados. Y EUSEBIO, al comienzo del libro IV de su *Praeparatio evangelica*, después de haber mostrado por el testimonio de los idólatras mismos que los oráculos del paganismo eran mera impostura de los sacerdotes, y después de haber citado los procesos verbales de los magistrados romanos, en los cuales se hace mención de las *máquinas* por cuyo medio se ejecutaban aquellos prestigios, ataca á PORFIRIO, concediéndole que hay algo de sobrenatural en esos mismos oráculos, y haciéndole ver que, según sus propios principios, son pronunciados por demonios injustos y maléficos, de donde quiere obligarle á concluir que no se puede, sin impiedad, tributar culto y adoración á los dioses que presiden semejantes oráculos.

considerados, y atendiendo á sus propias declaraciones, parece que habría que colocar en el número de los evemeristas, aunque, bien mirado, su evemerismo era puramente exterior y retórico, y, más que otra cosa, un sistema de explicaciones alegóricas harto superficial. Me refiero á LECLERC, LARCHER, CLAVIER, PETIT-BADEL y demás mitólogos de la escuela clásica. Mejor éxito tuvo una tentativa del teólogo tradicionalista HUET, que en su famosa *Demonstratio evangelica*, publicada en 1677, trató de probar, siguiendo los pasos de BOSSUET, la identidad de la persona de *Moisés* con las de *Zoroastro, Orfeo, Adonis, Tammuz, Marna, Príapo,* etc. (1). El mismo método, con un objetivo más histórico, indujo á otros exégetas á buscar en *Saturno* á *Noé,* en *Júpiter* á *Cam,* en *Neptuno* á *Jafet,* en *Plutón* á *Sem,* en *Baco* á *Nemrot,* en *Mercurio* á *Canaán.* BOCHART habíalo entrevisto bien, y las últimas páginas del prefacio del primer libro de *Geographia sacra* prueban que en sus postreros años había llegado, acerca de la paridad evemérica de esos mitos, á las analogías más ridículas. Por distinto camino buscó Voss (1668) la clave en su tratado *De theologia gentili et phylosophia christiana,* pues identificó á *Saturno* con *Adán, Prometeo* con *Noé, Plutón* con *Jafet* y *Minerva* con *Naama.* Apoyándose en estos autores, BANIER publicó en el siglo XVIII una obra titulada *La Mythologie et les fables expliquées par l'histoire,* cuyo título claramente indica que se propuso defender las fábulas como historias verdaderas de los tiempos primitivos. Todavía en 1858 un hombre como GLADSTONE se empeñaba en descubrir en la mitología griega un vislumbre de la historia de los hebreos, y en *Júpiter, Apolo* y *Minerva,* una reminiscencia de la Trinidad Cristiana; así como KREUZER en la *Odisea* entrevió la historia de los Patriarcas, y en la *Ilíada,* la toma de Jericó (2).

Huelga decir que semejante evemerismo ortodoxo nada tiene de común con el evemerismo primitivo ni con el que aquí vamos á estudiar. Tampoco creo necesario insinuar el poco éxito que ha conseguido en el siglo XIX. Las tentativas de KREUZER y de GLADSTONE han sido dos esfuerzos aislados, muertos y desacreditados al nacer. Pero no se puede menos de convenir en que las mitologías naturalistas y racionalistas, que estuvieron en moda, después de

---

(1) A propósito de esta extravagante prueba, ha dicho VOLTAIRE, con su maligno gracejo: «El buen obispo de Avranches pretende que *Moisés,* no sólo es *Baco,* sino también *Osiris, Tammuz, Marna, Orfeo* y *Zoroastro.* Colocado ya en esta pendiente, se desliza tanto por ella, que para él *Moisés* es también *Esculapio, Anfión, Adonis, Apolo* y ¡hasta *Príapo!* Pero lo que encuentro sumamente gracioso es que HUET, para probar que *Moisés* es *Adonis,* se funda en que uno y otro guardaron corderos. Prueba también que es *Príapo* alegando que algunas veces pintaban á *Príapo* con un asno, y que los gentiles creían que los indios adoraban á un jumento. Además, aduce otra prueba que no tiene nada de canónica, y es que la vara de *Moisés* podía compararse con el cetro de *Príapo.* Como ven los lectores, estas demostraciones no se parecen á las de EUCLIDES.» FRÉRET habla también, con desdén no disimulado, de la «empresa acometida en el siglo XVII por un autor profundo (HUET) para probar la verdad del cristianismo por la suposición de que todas las divinidades de los paganos no eran más que el legislador de los hebreos, deificado, trocado en ídolo, adorado por todas las naciones del globo, hasta por cada nación, bajo nombres diferentes».

(2) El que el sistema de EVEMERO sobre el origen de la idolatría haya sido seguido en otros tiempos por la mayoría de los escritores protestantes, que han empleado no poca erudición en establecerlo, se ha atribuído, no sin razón, á que tal sistema favorecía sus declamaciones contra las prácticas de la Iglesia católica respecto al culto de los santos. Sin embargo, la cultura y el talento que desplegaron en sus obras sedujeron á varios escritores católicos, al extremo de que FRÉRET atestigua que en su siglo la opinión del culto de los muertos colocados en el rango de los dioses era casi la única que se seguía. Una ley de SOLÓN prohibía censurar á los difuntos. Invoquemos en mitología comparada la ley de SOLÓN, y evitemos atribuir á la religión los errores de los vivos.

la ruina de la teología tradicional, en Francia y en Alemania, resultaron no menos infecundas. Por un lado, se quiso derivar el sentimiento religioso de las supersticiones fetiquistas, olvidando otros muchos elementos que hay que tomar en cuenta. Por otro lado, se pretendió reducir los gérmenes de los mitos y del culto á fórmulas abstractas, vagas y filosóficas, de todo punto inaplicables á una sociedad rudimentaria, é incompatibles con la estructura mental de los hombres primitivos. Así, en dos divergentes direcciones, surgió el espíritu de la mitología moderna desde un solo centro, que no era, en rigor, histórico ni sociológico, sino intelectualista y metafísico.

No tardó en aparecer en Inglaterra la reacción que infaliblemente sigue á las doctrinas exageradas. SPENCER, sabio universal, pensador profundo y de gran iniciativa, tuvo el mérito de oponerse á idealistas y positivistas, penetrando profundamente en el fondo *social,* humano, directo de las religiones por la vivacidad y la pasión de su dialéctica mitológica. Ha sido, sin duda, el primero en señalar la analogía palmaria de la *muerte* y de la idea religiosa, así como la relación estrecha entre la muerte recordada y conmemorada y las prácticas religiosas. Para él, la base de la religión no fué propiamente el mito, sino el culto; y el primitivo y más fundamental de todos los cultos fué el de los muertos. Este culto no ha podido manifestarse sino muy vagamente en el período mítico, y no ha aparecido sino muy confusamente en el período místico de las religiones. Sin embargo, por todas partes descubrimos su huella, que ha dejado indeleble en dogmas, ceremonias y ritos. SPENCER recorre con este prejuicio el ciclo de las creencias primitivas; toma sus datos de la historia, de la antropología y de la sociología; convierte los relatos de viajeros en un arsenal de sistematizaciones; encadena y baraja los relatos y los hechos para su objeto, y los presenta desfigurados, pero hábilmente combinados, con tanto rigor como ingeniosidad.

Tenemos aquí un ejemplo palmario de la manera cómo se falsifica una hipótesis con datos verdaderos, *envolviéndola,* y no *fundándola* en ellos, esto es, dándole significación diferente de la que le es propia. Cuando se comparan las diferentes explicaciones seudoempíricas de SPENCER, es interesante advertir qué escrupulosamente compulsadas y certificadas están las noticias que aduce, cuán exactos son los detalles, y cómo con cada explicación todo su edificio doctrinal parece volverse más completo, redondeado y seguro. Pero cuando se sabe, como debe saberlo el mitólogo de profesión, que SPENCER no hace sino seleccionar y agrupar, con gran maña en la perspectiva, pormenores sin ilación alguna, se colige inmediatamente que su evemerismo es falso y que no hay un solo hecho que lo confirme. Poco tardaremos en verlo.

No es SPENCER, aunque así se dice ordinariamente, sino NEWTON, el verdadero padre del evemerismo moderno, y voy á demostrar con toda claridad en qué grado de filiación se encuentra con relación á la sociología spenceriana. En su *Cronología de los antiguos reinados corregida,* inventó NEWTON un sistema de computación histórica, por el que rebaja más de quinientos años á la cuenta de los tiempos antiguos, intentando probar el origen reciente de la civi-

lización y que en Oriente la religión natural conservó poco tiempo su sencillez primitiva, se alteró más ó menos y se convirtió en fábula y superstición, á medida que los hombres se alejaron del tiempo y del lugar de su origen (1). El sol, la luna y todos los astros, designados en la Escritura con el nombre de «ejército del cielo» *(tseba haschschâmain),* fueron, según NEWTON y según toda apariencia, el primer objeto del culto idolátrico. Pero los hombres, añade NEWTON, llegaron gradualmente á deificar á sus bienhechores después de su muerte. Los bordes del Tigris y del Nilo fueron los primeros lugares infestados de este error, que una propagación rápida esparció insensiblemente por la redondez de la tierra. Por todas partes, concluye NEWTON, la adulación, el reconocimiento, la admiración, el orgullo, la credulidad, tornaron las tumbas en altares; y los vicios consagrados en aquella multitud de divinidades extrañas hubiesen corrompido sin remedio y muy pronto anonadado toda sociedad, si las leyes, por una feliz inconsecuencia, no hubiesen castigado en los hombres lo que se adoraba en los dioses. Confundía aquí el inglés la idolatría, que las artes contribuyeron á establecer, con la perpetuación de los reinados que los monumentos registran; de cuya confusión venía erradamente á concluir, con PRIDEAUX, en la identidad de héroes y dioses, de *Sesostris,* por ejemplo, con *Osiris.* Felizmente, el docto FRÉRET y otros celosos eruditos salieron al campo contra el novador y jugaron valerosamente las armas, atacando el sistema de EVEMERO sobre el origen de la idolatría por apoteosis. FRÉRET lo declara falso aun para los griegos, cuya religión admitía el culto de los hombres muertos, y con mayor razón para los pueblos de Oriente, que jamás conocieron, á su juicio, *cette espèce de culte aussi déraisonnable qu'il est impie.* Para establecer la verdad de estas proposiciones, trata de probar que la identidad de *Sesostris* y de *Osiris* es incompatible con la idea que la Escritura nos da de la religión egipcia en tiempo de MOISÉS, de JOSÉ y de JACOB; que esta religión no ha cambiado; que fué en los últimos siglos del paganismo lo que había sido en su origen; que los fenicios rechazaban el culto de los héroes; que SAN PABLO, al dirigirse á los gentiles, ha supuesto siempre que sus dioses no eran hombres apoteosiados; que los sacerdotes de Egipto han negado siempre que los hombres pudieran elevarse á la naturaleza de los dioses, y los dioses descender á la de los hombres. En fin, después de curiosas observaciones astronómicas, FRÉRET se propone probar que los egipcios han conservado, bajo el yugo de griegos y romanos, tanta aversión por el culto de los hombres muertos como el que habían marcado en los florecientes siglos de su independencia y en las primeras edades de su monarquía.

FRÉRET explicó su sistema religioso según las ideas de HERMES, de JAMBLICO, de PORFIRIO y de los más famosos de entre los platónicos modernos JABLONSKI, en su *Pantheon egiptium,* refutó tanto á NEWTON como á FRÉRET, manifestando que los dioses no eran más que los elementos y los astros.

---

(1) Como se ve, NEWTON, á diferencia de SPENCER, es un evemerista *á posteriori,* y está muy lejos de negar que el culto de la naturaleza precedió al de los muertos, que éste es muy reciente en la evolución religiosa y un verdadero producto de decadencia. Puede, pues, considerarse su tesis como un testimonio de mayor excepción contra el evemerismo spenceriano.

Otro sabio del siglo XVII, Vico, coincide con Spencer, no sólo desde el punto de vista necrolátrico, que es capital en el evemerismo, sino desde el punto de vista familiar ó doméstico. Nadie más respetuoso con el catolicismo que Vico, en cuanto á la forma de su enseñanza, que es siempre escolástica y mezclada de racionalismo y de piedad; pero en el fondo de su evolucionismo mitigado, como en todas las concepciones del mismo orden que la historia nos presenta, se ve claramente luchar la influencia secular del sistema evemérico. Partiendo de que el desenvolvimiento de la humanidad y las vicisitudes de su civilización tienen por base tres ideas fundamentales, que son: la *Providencia divina,* la *virtud moral* ó moderación de las pasiones y la *inmortalidad del alma* humana, dice que estas tres ideas fundamentales del género humano se hallan representadas y como encarnadas en tres hechos ó instituciones tan primitivas y universales como aquéllas, son á saber: la *religión,* el *matrimonio* solemne y la *sepultura* de los muertos, puesto que las naciones, ora bárbaras, ora civilizadas, todas tienen una religión cualquiera, todas contraen matrimonios solemnes, todas sepultan sus muertos, acompañando estos actos con ceremonias augustas y santas. «En todas las naciones, siquiera sean las más salvajes y bárbaras, ningún acto de la vida es rodeado y realzado con ceremonias más augustas, con solemnidades más santas, que los actos que se refieren á la religión, al matrimonio y á la sepultura.» «Por esta razón, he tomado esas tres costumbres eternas y universales por los tres principios de la ciencia nueva.» Y la marcha de las cosas en el proceso histórico ofrece, según Vico, una gran conformidad con las mencionadas ideas. De aquí la división de la historia en tres períodos, que son: el período *divino* ó teocrático, el período *heroico* y el período *humano* ó civilizado; á los cuales corresponden tres estados ó fases del lenguaje, á saber: el *sagrado* ó jeroglífico, el *metafórico* ó poético y el *articulado* ó perfecto, propio de las naciones civilizadas.

Creo innecesario advertir que los detalles de esta teoría son completamente inaceptables ante los progresos de la ciencia contemporánea. Lo que constituye la gloria de Vico es que en el siglo XVII ha podido delinear una filosofía de la historia, rompiendo la tela de araña en que había envuelto á la humanidad viviente el fatalismo providencial de San Agustín y Bossuet. Aun su mismo criterio evemérico no puede, en principio, considerarse enteramente absurdo. La sociedad, bajo su forma primitiva de familia, tribu ó nación, era un compuesto de cuerpo y alma. El cuerpo lo constituían el suelo, la raza, la lengua, las montañas, los ríos y las producciones características; el alma, en cuanto base colectiva del sentimiento religioso, la constituían los recuerdos, las costumbres, las leyendas, las dichas, las esperanzas y los pesares comunes. Mirada por este lado, es innegable que la religión de los hombres primitivos era una relación social, patriarcal y nacional con el pasado. La patria la formaban entonces los altares de los dioses y las tumbas de los ascendientes; se era conciudadano por la comunidad de recuerdos y de esperanzas; según se forjaba el *Olimpo,* así se organizaba la *Ciudad.*

De aquí resulta que la concepción de la religiosidad primitiva como culto

á los antepasados, concepción que de ordinario se atribuye á SPENCER, aunque acabamos de ver, y aun veremos en seguida mejor, que no está completamente claro hasta qué punto pertenece su paternidad al sabio inglés, puede ser aceptada en un sentido general, y aun considerada como inatacable dentro de los límites genuinamente sociológicos. Se tiene como aforismo incontrovertible en esta ciencia que la naturaleza común de las naciones, base y fundamento, según VICO, de las civilizaciones que aparecen en la historia, se revela y manifiesta por la religión, el matrimonio y la sepultura. En términos experimentales y positivos, esto quiere decir que la religión, el matrimonio y la sepultura son en la vida de la sociedad, ó lo que es lo mismo, en la correspondencia siempre completa y perfecta de sus órganos y de sus funciones, las primeras manifestaciones de su equilibrio inestable, las formas primitivas y universales de su organismo y de su diferenciación universal.

Concedamos todavía á VICO y á SPENCER otras coincidencias que á mí me ocurren y que son favorables á su teoría. Desde el punto de vista de su propagación histórica, la religión, si ha sido al comienzo un mero culto á los antepasados, no debió salir, por de pronto, de la esfera de la *tradición* y de la *familia*. Y antes de nada, para no confundir la propagación con el origen, habrá que desembarazarnos provisionalmente del último. Ahora bien; nada más fácil. Mi modo de concebir el origen de la religión es muy sencillo. El hombre ha nacido para la fe: tal es su naturaleza y la primera necesidad de su inteligencia y de su corazón. Y digo que el hombre ha nacido para la fe, no porque ésta tenga un origen sobrenatural, antes al contrario, porque tiene un origen natural, tan natural como el de la función física de la nutrición. Preguntar cómo al escudriñar el universo, el hombre cree, equivale á preguntar cómo al sentir hambre, el hombre come.

Pero ahora se pregunta: ¿cuáles han sido los medios por los que la religión se ha difundido entre los mortales? El primer medio histórico fué, sin duda, la comunicación, la tradición. La tradición constituye, en efecto, el punto de partida de la religión y se encuentra en todas las sociedades. Aunque tenga poco valor histórico, representa una alta función social para la vida religiosa, cuyas creencias transporta, por decirlo así, á través de las edades.

Pero la tradición sólo es duradera cuando se funda en razones interiores. La tradición no se sigue ni se conserva sin algún motivo de carácter psicológico y personal. He aquí algo de lo que ni VICO ni SPENCER parecen haber tenido la menor idea.

Seguiré siendo generoso en mis concesiones. Si de la familia se trata, convendré en que la religión, á este respecto, nunca desmiente su origen, es decir, que más bien se propaga y sostiene por las instituciones familiares que por otras en apariencia más á propósito. En efecto; un examen detenido nos probará que es fuerza reconocer en las costumbres domésticas de carácter altruísta una causa poderosa de renovaciones sociales. ¡Cuántas nuevas doctrinas encontraron en ellas la base de su propagación! Así aconsejaba CRISTO á sus discípulos que propagasen la suya, y de esa predicación á domicilio se

valieron los apóstoles para cumplir su civilizadora misión. Aunque no siempre, por razones circunstanciales, fuesen bien recibidos, en la mayoría de las ocasiones, y á pesar del establecimiento de las hosterías (1) en las grandes ciudades, aprovecharon aquel antiguo derecho público para comenzar su evangelización en el seno del hogar doméstico, é iban de pueblo en pueblo recibiendo hospitalidad, ó mejor, tomándola ellos mismos.

Aún no he terminado de conceder á VICO y á SPENCER postulados. Les concederé también que el carácter de la religión primitiva puede esclarecerse, no sólo estudiando sus manifestaciones míticas, sino sus manifestaciones sociales. Pero estas últimas son susceptibles de ser entendidas muy antinómicamente, y recuerdo con este motivo lo que escribí en otra parte: «Querer de una manera absoluta convertir á la religión en un fenómeno puramente social, es olvidar que el origen, la esencia misma de la religión está en una idea antisocial y negativa: la idea de la muerte. Se ha dicho, con exactitud, que la religión es filosofía de la muerte, al modo que la filosofía es religión de la vida (2). El hombre verdaderamente religioso, aunque carezca de temor á la muerte (los antiguos, muy religiosos, la miraban sin espanto, y los bárbaros, no menos religiosos, no la temían), aunque convierta á la muerte en uno de tantos fenómenos de sociabilidad transcendente ó superior y rechace las supersticiones de la Edad Media, que la han rodeado de pavoroso misterio, no puede sustraerse á esa inquietud y á esos dolores del alma que desde el triunfo del cristianismo vienen atormentando con justa razón á los espíritus.»

Por lo que toca á la propagación, es bien sabido que, al menos las religiones asequibles á la experiencia histórica, no se han impuesto precisamente echando mano de recursos necrolátricos ó domésticos, y que sus recursos, verdaderamente *sociales,* han sido de un orden muy distinto. La historia comparada de las religiones pone ante los ojos este hecho: que una religión no se propaga sino alentada por un ideal, sea el que quiera, de sociabilidad universal. Ni aun las que se fundan exclusivamente en el misticismo nihilista ó en el dualismo de cielo y tierra se exceptúan de esta ley. El éxito del budismo en Asia no provino de la afirmación de ese *nirvana* redivivo en las doctrinas desesperadas y antisociales del pesimismo contemporáneo, sino de la decisión con que BUDA llamó á todos los hombres á la salvación sin distinción de castas, de la claridad con que proclamó la igualdad de las clases, de la energía con que echó abajo la autoridad sacerdotal, emancipando á la moral del culto y aboliendo las ceremonias y prácticas religiosas para susti-

(1) Esto significa en los idiomas semíticos orientales la voz griega πανδοχεῖον. Debo, no obstante, advertir que no hay en todo el Oriente posadas ni hospederías propiamente dichas para los viajeros, y sí sólo grandes paradores para las caravanas, donde son alojados gratuitamente, ó á lo menos por muy poco precio, los que van á estas casas y los demás pasajeros. Y puedo añadir, con GLAIRE, que en los tiempos antiguos eran poco comunes esos paradores; así, á no ser que un viajero fuese recibido por algún particular, tenía que pasar las más veces la noche al raso en las calles, lo cual es frecuente en los países cálidos; mas era costumbre que las personas distinguidas tuviesen la urbanidad de ofrecer su casa á aquellos forasteros errantes en las plazas.

(2) «La cosa del mundo en que el filósofo piensa menos, es la muerte; y su sabiduría no es una meditación de la muerte, sino de la vida», dice ESPINOSA.

tuirlas con los deberes morales. De igual modo, el éxito del cristianismo en Europa no provino de la elevación de sus dogmas, elevación inapreciable para la mayoría de los hombres de aquel tiempo, sino de sus admirables y sencillos preceptos de humanidad, de fraternidad, de amor al prójimo, de perdón de las ofensas, de dulzura y de humildad.

He indicado más arriba que no está completamente claro hasta qué punto pertenece á SPENCER la paternidad de la teoría cuyo análisis nos ocupa. En efecto; aunque esta teoría se deba en cierto modo á SPENCER, quien la expuso con maestría y confirmó con gran número de ejemplos en su excelente y documentado libro sobre los *Principles of sociology*, antes de él las manifestaciones del evemerismo son numerosas, y en todas, cuál más, cuál menos, se discierne algún elemento tomado á VICO: clara y descubiertamente, en el prólogo de la obra del filólogo y etnógrafo BLEEK acerca del origen del lenguaje; con tendencias eclécticas, en FUSTEL DE COULANGES, el celebrado autor de *La cité antique*.

BLEEK mostró desde su punto de vista lingüístico un criterio evidentemente evemérico en el modo de concebir y establecer la sucesión de las diversas formas religiosas; según él, la religión, en el sentido riguroso de la palabra, no nació sino relativamente muy tarde. En un principio la religión no fué sino el culto á los antepasados; más tarde, este respeto á los ascendientes se convirtió en culto fetiquista ó de la naturaleza; por último, el sentido dogmático se depuró y se ennobleció, y la religión fué el culto de Dios. Cómo el evemerismo supone que se verificó este progreso, ya lo sabremos más tarde; por de pronto, me limito á dejarlo consignado. Pero lo indudable es que SPENCER no ha avanzado un paso más que BLEEK en el terreno de los principios. El sistema del primero no es más que un comentario desarrollado y completo de la opinión del último. Hubiera deseado que los que en tiempos recientes han tributado merecidos elogios á SPENCER por lo concienzudo de sus investigaciones científicas sobre la materia, no dejasen de haber señalado esta relación de sus ideas con las de BLEEK, pues no es justo que éste deje de tener la honra de ver puesto el nombre del otro solo en una teoría que él casi inició en su forma concreta.

Del historiador francés FUSTEL DE COULANGES, tan renombrado en estos últimos tiempos, una palabra bastará para que se forme juicio acerca de él. Su obra está limitada á las religiones de Grecia é Italia, por lo que ninguna autoridad pueden tener sus opiniones para una doctrina de conjunto sobre la mitología universal del género de la sostenida por SPENCER. Como helenista y romanista, FUSTEL DE COULANGES tenía derecho á decir: la religión de los dos pueblos que he estudiado no fué más que un culto de los muertos enlazado con el culto de los espíritus. Y, sin embargo, no dijo tanto. Menos audaz y más reservado que SPENCER, reconoció sin distingos que tanto en la Ciudad Eterna como en la patria de HOMERO reinaron á la par dos religiones: la una privada, en el interior de la familia; la otra pública, en lo espacioso de los templos. La privada daba culto á los dioses *menores;* la pública, á los

mayores. La privada sacó sus dioses de la consideración de las almas humanas; la pública los sacó de contemplar los fenómenos naturales. El mundo espiritual de las almas y el mundo sensible de los cuerpos inspiraron á griegos y á romanos entrambas religiones, diversas entre sí, florecientes en pacífica unión, sin confundirse la una con la otra, sin relación de ningún género, permaneciendo la doméstica en estado de inmovilidad, al paso que la pública progresaba y se alteraba merced á la fantasía popular.

Como un tercer precursor de SPENCER pudiera citarse á HUXLEY. En el ensayo sobre *The origin of the worship of animals,* publicado en *The Fortnightly Review* de mayo de 1870, y donde por primera vez estableció SPENCER la tesis de que la forma rudimentaria de toda religión es la propiciación á los antepasados muertos, que se supone susceptibles de continuar existiendo y capaces de conceder bienes y males á sus descendientes, nuestro autor reconoce que no hace sino adoptar una conclusión que armoniza con la que algo antes expresara HUXLEY en la misma revista, es á saber: que el salvaje concibe un cadáver como abandonado por la personalidad activa como todavía existente, y que sus sentimientos é ideas á ello concernientes forman la base de sus supersticiones. Por dondequiera hallamos expresa é implícita la creencia de que cada persona es *doble,* y que cuando muere, su otro *yo,* quede cerca ó se aleje, puede volver, y sigue siendo capaz de ofender á sus enemigos y ayudar á sus amigos. Y según HUXLEY, en la barbarie los espíritus son de diversas clases: desde el fantasma inferior y despreciable hasta los dioses poderosos, que ordinariamente son los fantasmas ó sombras de grandes caudillos ó los espíritus animados atribuídos á objetos naturales.

Si ahora comparamos á SPENCER con EVEMERO mismo, hallaremos que sus interpretaciones mitológicas, á despecho de la universalidad de sus miras, son bastante inferiores á las concretas y limitadas interpretaciones de su más antiguo predecesor. Cuando EVEMERO presentó á sus contemporáneos su exégesis ó hermenéutica mitológica, apenas se habían traslucido algunos verdaderos principios de comentar los mitos desde el punto de vista social; y puede decirse que aquel hombre inmortal, guiado únicamente por su genio, fué el primero que redujo la mitología á un sistema de realismo verosímil y coherente (1).

Esto resaltará mucho más con una sencilla consideración histórica. En medio del desprestigio y ruina crecientes de toda mitología por la vuelta de la conciencia griega sobre sí propia; en aquel estado de desconsuelo que con tanta energía nos describe GROTE en el más notable de los capítulos de su *History of Greece,* y con la tendencia á pensar de un modo profundo respecto á la significación de las cosas, es decir, con el advenimiento de la edad filosó-

---

(1) EVEMERO pretendía haber encontrado en una isla de *Pancea* inscripciones antiguas que probaban que los dioses habían sido hombres, reyes, héroes ó bienhechores divinizados. No fué por otro camino el juicio del sectario aristotélico PALAEPHATE, autor de un tratado *De incredibilibus historicis*. Para él, el dragón que KADMO mata en Tebas era un rey que se llamó DRAGÓN; los *Centauros* eran jóvenes que por primera vez aparecieron montados á caballo en la Tesalia; *Scilla* era un buque de piratas; y así lo demás. El evemerismo se complica aquí con teorías tropológicas.

fica, los griegos comenzaron á observar, no sin perplejidad y pena, que los poemas de HOMERO y HESIODO, que habían llegado á constituir libros sagrados para ellos, no se conformaban con su experiencia de la vida. Y la primera pregunta que este cambio provocaba (la más infantil y noble) era: ¿Puede el mundo haber mudado tan radicalmente desde los días en que los hombres se sentaban á la mesa con los dioses? Luego, á medida que la filosofía griega ganaba en elevación y severidad, la posición del espíritu cultivado ante aquellas Biblias épicas se tornaba cada vez más hostil. ¿Era posible, seguía preguntándose la razón científica, que los supremos poderes del universo se hubiesen manifestado bajo una forma humana tan tangible y con la grosería que se les presentaba en las luchas caprichosas de la *Teogonía* hesiódica ó en las intervenciones cómodas de las divinidades homéricas? Por otra parte, el mismo sentimiento religioso, nacido de lo íntimo de la conciencia del hombre, adquirió muy pronto en los filósofos una amplitud y una fijeza grandes, al paso que la mitología naturalista, hija de la percepción exterior, é inmutable por el natural tradicionalismo del vulgo, seguía reflejando en sus concepciones plásticas los caprichos de los fenómenos naturales. Los primeros pensadores griegos se dieron cuenta de esta contradicción entre la mitología y el sentimiento religioso, y trataron duramente los relatos mitológicos, que sublevaban su sentido moral, y todas aquellas poéticas creencias, en que el hombre prestaba á los seres divinos sus pasiones, sus vicios, su orgullo y sus debilidades. No pudieron, con el vulgo, encontrar sentimientos dignos de un autor celestialmente inspirado en los héroes de HOMERO, en aquellos reyes salvajes que degollaban, asaban y cocinaban al aire libre; que se enamoraban, tras la copa de hidromiel, de su esclava, arrancada la víspera del hogar paterno y arrastrada á viva fuerza hasta la tienda del vencedor. Por el contrario, encontraban allí sentimientos de fiera, la pasión sin freno, el amor al asesinato, el pillaje, la violación, la invectiva, el insulto al vencido, la ratería, el festín, la embriaguez y el reposo del chacal, repleto de sangre, al lado de su hembra. Apenas hay un artículo más interesante en *Le monde marche,* del buen PELLETAN, que aquel en que se muestra á la *Ilíada* como «una casa de fieras». HOMERO tenía razón en comparar sin cesar á este con un león, al otro con un zorro. La fuerza era, en efecto, para aquellos caníbales, la primera, la única virtud; la agilidad, gloria; la fuga, habilidad; la mentira, sabiduría. Habiendo ULISES encontrado de noche á un troyano extraviado entre ambos campos, le atrajo prometiéndole la vida, y le degolló en seguida sin remordimientos. Quítese del poema el eterno estribillo de matar y de comer en magníficos versos alejandrinos, y ¿qué queda de la *Ilíada?* Algunos gritos del alma solamente, porque, al fin, el hombre ha amado siempre, siempre ha sufrido, y ha traducido en acentos vibrantes sus sentimientos y sus simpatías.

Confieso que un poema de tal carácter es un monstruo de naturaleza que causa horror, y que resulta casi inconcebible que se le haya podido tener por libro religioso; con todo, es, á pesar de sus defectos, una producción capaz de sostenerse á la luz de nuestro siglo. Hagámosle esta justicia: nosotros sabe-

mos leer á HOMERO, en cierto modo, mejor que los griegos mismos. Gracias á un poderoso adelanto en la libertad de apreciación, HOMERO ha recobrado la influencia que entre los últimos compatriotas suyos había perdido, y los dioses de la Grecia han revivido con él. Ya lo anunció el mayor entre los helenistas literarios de Alemania: SCHILLER. Su profecía se cumple. Lo único inmortal en poesía es lo que primero vive y después muere... para resucitar. La esencia, el espíritu, el corazón mismo de la teogonía griega obra sobre nosotros como no pudo obrar sobre aquellos helenos instruídos que no disponían del horno celeste de la crítica, en que se limpia el oro de la verdad de las escorias del error.

Largos comentarios pudiera hacer de lo expuesto; mas como quiera que aún he de aducir numerosas pruebas en favor del interés religioso de tan vasto asunto, dejaré para otro lugar las consideraciones que de lo dicho se desprenden. Lo importante aquí es establecer que el tránsito de la inteligencia de los griegos de la inclinación mitológica á la inclinación á lo histórico no ocurrió de repente, sino por grados, y que, en este sentido, la teoría de EVEMERO ocupa el lugar más elevado en la escala de aquella evolución exegética. Con efecto; varios caminos se abrían ante la especulación helénica, que no podía admitir las fórmulas crudas de la mitología tradicional, por considerarlas, sin duda, demasiado fuertes. Uno de ellos, el más cómodo é inmediato, era considerar toda la doctrina de los dioses como una fábula inventada por los fundadores de los Estados para contener al pueblo. Así POLIBIO (1) y otros. Empero la corriente dominante de la metafísica, como dirigida por Atenas, se mostró enérgicamente en una dirección contraria á procedimiento tan cómodo. Desde que PLATÓN, y antes de él PÍNDARO, entablaron la querella con HOMERO, los pensadores pugnaron por admitir en las leyendas una significación intrínseca y absoluta, cada cual según su manera de ver, los unos una significación física, los otros una significación moral, pero rechazando siempre la forma mítica en cuanto hecho é historia. Ya ANAXÁGORAS, á quien se ha querido atribuir la invención de la explicación *alegórica,* relacionaba las poesías homéricas con la verdad y la justicia; y los estoicos interpretaban la *Teogonía* de HESIODO como el juego de los elementos naturales, cuya unidad suprema constituía para ellos la esencia divina. Enteramente distinta es la tendencia seguida por EVEMERO. Convenía con los anteriores que los actos que á los dioses atribuían los relatos de los poetas no tenían nada de divino, y esto demuestra su criterio racional; pero esta misma racionalidad de su criterio le indujo á rechazar todas las acomodaciones fantásticas y anticientíficas con que los metafísicos griegos atribuían á sus antepasados lo en que éstos no pensaron nunca, á lo que no pudieron llegar por su mentalidad rudimentaria. EVEMERO consideró á la mitolo-

(1) «No me cabe duda de que los primeros que introdujeron la religión tuvieron en cuenta á la muchedumbre; porque si fuera posible que un Estado estuviera constituido sólo de gentes juiciosas, tal vez no se hubiera necesitado esa institución.» Mas no fué sólo el superficialísimo POLIBIO quien tuvo aquí su lugar común predilecto. También ARISTÓTELES habla de «los mitos añadidos para persuadir al vulgo en interés de las leyes y para la utilidad común». La misma idea hallamos en ESTRABÓN.

gía como un resultado histórico, y á los dioses como hombres, héroes y sabios de las primeras edades, antiguos reyes y tiranos que por acciones de fuerza y poder se habían hecho merecedores de honores divinos. ¿Cabe aseverar, como tan injustamente lo hacen Baur, O. Müller y Strauss, que se trata de un autor dominado por las ideas populares y llevado por el desenvolvimiento de su espíritu hacia el razonamiento sofístico? Muy por el contrario: equivocado y todo, Evemero dió muestras de un sentido más científico que sus antecesores, empeñados en conciliar lo inconciliable. Su tentativa es también mucho más profunda que la de Spencer, pues descubrió la contradicción entre el mito y el culto implicada en la parte verosímil de las leyendas, y que se deja entrever en sus analogías, al paso que Spencer se contentó con atribuir al culto el historicismo mítico, olvidando la tendencia de los antiguos á constituir paralelamente ambos órdenes de ideas.

Uno de los factores que explican el origen de las religiones es el *temor*. Spencer conviene en ello; pero se aparta de la escuela clásica en creer y afirmar que no es el temor á los cataclismos y fenómenos de la naturaleza, sino el temor á los muertos. Para Spencer el temor á los muertos es un factor social que, á primera vista, no cede en nada, si es que no aventaja, al temor á los vivos. «De una parte (dice), la conciencia del hombre primitivo se determina por los sentimientos con que mira á los hombres que le rodean; de otra, se determina por los sentimientos con que mira á los hombres que ya no existen. De estos dos grupos de hechos resultan dos grupos sumamente importantes de factores sociales. El *temor á los vivos* es el punto de partida del gobierno político; el *temor á los muertos* es el punto de partida del gobierno religioso.» Este temor se nos muestra, sin que quede resquicio á duda, en todos los comienzos de una religión de familia. Añádase que en tal sentimiento van implicados otros varios elementos muy dignos de tenerse en cuenta para comprender integralmente la religiosidad primitiva. Al lado del temor á un ser sobrenatural, núcleo de toda religión, vemos el sacrificio y la oración, el reconocimiento, así como la esperanza de alcanzar provechos en relación con los actos de propiciación. *Along with that fear of a supernatural being which forms the central element of every religion, we see sacrifice and prayer, gratitude and hope, as well as the expectation of getting benefits proportionate to propitiations.* Orar y sacrificar son los hechos más antiguos y más viejos del espíritu humano; los dos más eternos y perdurables. Al principio consistían en una conciliación con los muertos hecha por los mismos medios que con los vivos: por súplicas y por dones. Estos dones eran idénticos á los que gustan á los hombres en vida: alimentos, armas, costumbres, caballos, servidores. En *Dahomey,* cuando un rey muere, se imagina crearle una guardia para el otro mundo inmolando cientos de sus soldados. Lo propio ocurría entre los *incas* del Perú, y al mismo género pertenecen las exequias de los *negús* africanos, en que millares de víctimas inmoladas acompañan el alma de un príncipe para que no se vaya solo al reino de los espíritus. En *Bali* se inmolaban al sultán difunto todas las mujeres de su harén. Homero hace á Aquiles

degollar en los funerales de PATROCLO prisioneros troyanos, con los caballos y los perros de su amigo. Los fidjianos inmolan un hombre al pie de cada pilar de la casa de un jefe, para interesar un espíritu en la conservación del edificio.

De estos principios saca SPENCER consecuencias muy transcendentales, entre ellas la de explicar la causa de la división de la idea religiosa en muchos cultos, y de los diferentes rasgos de espiritualidad con que se distinguen. Conocida es la manera ingeniosa y sorprendente cómo SPENCER explica el culto de los animales: los nombres propios fueron el origen de las religiones basadas en ese culto al identificar el nombre con la persona nombrada; así, los descendientes del llamado el *Lobo* acabaron por creer que descendían de un lobo entero y verdadero, al que rindieron adoración y homenaje. Lo mismo explica el culto de las plantas: ó proviene del culto de las almas de los muertos, que parecen, por una razón ó por otra, estar fijadas, ó proviene de una leyenda mal comprendida: una tribu salida de las selvas, *venida de los árboles,* acaba por creer que ha realmente nacido de los árboles, que tiene árboles por antecesores. El culto de los ídolos y de los fetiques tiene su origen en que «los sacrificios celebrados en honor de un hombre muerto recientemente se convierten, andando el tiempo, en sacrificios á su cuerpo, que se conserva». En fin, el culto de la naturaleza, aunque nada ofrezca de común con las razones que inclinan al hombre á confundir el objeto de su adoración con un semejante suyo que haya dejado de existir, imagina SPENCER asimilarlo á su teoría, recurriendo á causas comunes á estos diversos géneros de creencias: las falsas interpretaciones de expresiones y de nombres.

No viene á mi propósito entrar en la discusión de estos dictámenes, que se refutan por sí mismos. Tampoco hablaré de la relación entre los *sueños* y las ideas de los salvajes sobre la existencia individual después de la muerte, relación que yo admito y que en nada favorece el evemerismo spenceriano, y aun pudiera afirmarse que lo perjudica, pues el elemento capital de la religión es la fe en la vida futura, y la historia prueba que las naciones que no han tenido esta fe son las que más se han distinguido siempre por su veneración á los ascendientes. Los judíos primitivos, que con tanta exageración practicaban el culto de la familia, no creían en la inmortalidad del alma. Las religiones de China y del Japón, países donde el espíritu doméstico impera en todos los órdenes de la sociedad y del rito, son más negativas que positivas por lo que toca á la idea de una existencia posterior al sepulcro. Los griegos, dice GUYAU, el pueblo que unánimemente se nos presenta como el menos religioso de los pueblos antiguos, era el que mejor veneraba á sus muertos. La ciudad más irreligiosa de los tiempos modernos, París, es la en que el día de los Difuntos se celebra con más solemnidad, la en que el pueblo entero se une para celebrarla; es también la ciudad en que el *gravoche* más despreocupado se descubre ante la muerte que pasa, saludando en su camino á la imagen visible del eterno enigma. El respeto á los muertos, que une las generaciones una con otra y reforma los órdenes trastornados, que da la inmortalidad más evi-

dente, la del recuerdo y la del ejemplo, no tiene por qué ser enterrado entre los despojos de las religiones. El día del *Corpus* puede olvidarse; el día de los *Difuntos* durará mientras dure la humanidad.

CICERÓN, hablando del evemerismo, en el libro II del *De natura deorum,* observa que «este sistema supone la inmortalidad del alma, pues no se hubiera podido deificar á los grandes hombres difuntos si no se hubiese creído que, subsistiendo sus almas después de la muerte, eran por naturaleza seres eternos, perfectos y bienhechores, lo que no se aleja mucho de la idea que de los dioses tenemos». Así, en tiempo de aquellos conquistadores é inventores de artes, no solamente los hombres formaban ya sociedades, sin que en ellas hubiera habido ni artes, ni conquistadores, ni países conquistados, sino que estaban además compuestas de hombres que habían reflexionado lo bastante sobre sí mismos y sobre los seres que les rodeaban para convencerse de la inmortalidad de su alma, y para sentir que el principio de movimiento, de vida, de sentimiento y de inteligencia que reside en nosotros, subsiste independientemente del cuerpo á que está unido, y no es aniquilado por la muerte. FRÉRET tiene razón en preguntar: «Esas sociedades, ¿habían adelantado tanto sin formarse una idea de la divinidad? ¿No tenían ninguna noción religiosa, ningún culto? ¿Imaginaremos que hombres que creían en inteligencias humanas capaces de existir fuera del cuerpo, no reconocían seres superiores á ellos y autores de los acontecimientos cuya causa desconocían, y que no admitían ninguna inteligencia invisible que presidiese al universo y á quien debiesen recurrir en sus necesidades y en sus calamidades? ¿No hay contradicción en suponer que los hombres de entonces eran incrédulos respecto á la existencia de una divinidad y estaban convencidos de la inmortalidad del alma? Aun juzgándolos lo suficientemente supersticiosos para figurarse que hombres que habían nacido de la misma manera que ellos, que habían llevado una vida sujeta á todas las miserias y á todas las calamidades de la naturaleza humana, que habían visto morir ante sus ojos, y con frecuencia en medio de los dolores más atroces, se habían convertido de golpe en seres superiores á la naturaleza humana, ¿puede creerse al propio tiempo que no tenían idea alguna de la existencia de esos seres superiores? Para admitir esta maravillosa transmutación, habría que suponer que concibieron repentinamente la idea de la divinidad, de que hasta entonces habían estado destituídos, y que aplicaron esta idea á hombres de una especie igual y semejante á la suya.»

Edmundo González-Blanco.

(Se continuará.)

REMANSO DE DOLOR

(NOVELA)

I

Hier j'étais un des plus heureux mortels du monde; aujourd'hui je n'ai plus aucune des douceurs qui fortifient ma vie.

(SILVIO PELLICO: *Mes prisons.)*

Cansado de sufrir, y desorientada su confianza en los facultativos por el gran número de ellos que hubieron de diagnosticar su dolencia, Carlos de San Román llegó á sentirse inmovilizado en esa situación desvariada, verdaderamente terrible, en que, huída toda fe en galenistas é hipocratistas de viejo y nuevo cuño, busca alocado el paciente sobre los anuncios periodísticos de la cuarta plana el rastro curativo de un específico salvador.

Píldoras, jarabes y pomadas, cuanto las farmacopeas antigua y moderna ensayaron para combatir el mal que á San Román aquejaba, todo fué pasto de su curiosidad y alimento de su gran deseo de curarse. Pero los dolores seguían, pasaba los días de turbio en turbio y las noches de claro en claro enfrascado en el mal y sin que el sufrir tormentoso amortiguase, paraliticado en quietud forzosa, consumiéndose en el suplicio de una butaca que, puesta tras la vidriera de un balcón cuyas vistas daban á un patio interior de la casa, acogíale resignada entre sus brazos de sobado cuero.

Desde aquel triste observatorio sus miradas errabundeaban por sobre algunas techumbres bien plantadas de chimeneas, que á ciertas horas coronábanse con el humo de los guisados yantares; y de tiempo en tiempo, parejas de gatos cruzaban, paso tras paso, sobre los caballones de las tejas, en busca de un rincón emborrado y telarañoso donde encubrir sus nupcias.

Llegó al disparate de tener la lluvia por delicioso espectáculo; y cuando el agua caía tormentosa ó se cribaba menuda, entreteníale el provocar de los canalones y el hilado de las gotas sobre la verdín de los tejados, así como la marcha de las lágrimas del cielo sobre las superficies encristaladas de las vidrieras que le tenían enjaulado en un triste escaparate de enfermo.

No era de esos pacientes quejones y lagrimeros que consumen las tres partes del día en lamentaciones y duelos. San Román era de los fuertes, de los que aguantan el acicate del dolor mientras tienen fuerzas sin encabritarse, y sólo muestran flaqueza cuando el padecimiento les vence y alcanza su triunfo la laceria.

Los libros eran los buenos amigos de su retirada existencia, y en ellos buscaba consuelo á sus tristezas, sosiego á las intranquilidades de su espíritu, distracción al reconcomio martilleante de su pena, morfina que calmase los agudos pinchazos de su dolor. Ellos eran para San Román, espíritu cultivado y

despierta inteligencia, como una charla confidencial y cariñosa que sonaba en sus oídos, como una voz preñada de esperanzas para su porvenir de convaleciente, primero, y de sano, más tarde, como una ofrenda de futuras satisfacciones y de ulteriores alegrías para cuando pudiese gozarlas, en una huída de aquellos dolores que le martirizaban insistentes. Ellos le hablaban de otras vidas que no eran tan tristes cual lo era entonces la suya, y en las cuales veía como en un espejo la clara visión de su porvenir.

Pero en el afán de que llegase y en la sensación de su retraso consumíanse su esperanza y su impaciencia, y había momentos en que, abandonando la lectura y dejando libre su espíritu de ajenas influencias literarias, clavaba extático los ojos en su infortunio y dolíase de lo largo que se iba haciendo el duro calvario de su enfermedad. Vez hubo en que los ojos se le llenaron de lágrimas; siempre cuando los suyos dejábanle solo por acudir al desempeño de sus ocupaciones y menesteres habituales, y en que, libre el dolor de las trabas del fingimiento, desbordárase hasta rebasar los cauces. Pero, como queda dicho, siempre cuando estaba solo; porque si su familia hubiera visto aquellas crisis de desesperación, seguro es que se hubiese alarmado, y San Román no quería de ningún modo hacerles padecer más de lo que ya padecían por su causa. Harto sufrían viéndole enfermo, paralítico, imposibilitado de moverse por sí ni de dar paso alguno sin que el dolor le hiciera prorrumpir en honda queja.

Tantos médicos como le vieron, tantos fueron los calificativos que recibió su enfermedad, y tantos otros los remedios que le fueron propuestos para curarse. Pero de aquellas horcas caudinas salió tan enfermo como en ellas entrara, si no salió peór. De reúma calificaba un médico su enfermedad; de pobreza de sangre, otro; de Dios sabe qué, un tercero; y así sucesivamente, cada uno iba dando un nombre distinto á su única dolencia verdadera. Y entre tantos nombres y tantas recetas y tantas medicinas y tantas curas, el tiempo pasaba y el mal no se iba, agravándose su importancia con los días que llevaba estrujando entre sus tórculos el cuerpo doliente del infortunado San Román.

Demostrada la impotencia de las recetas facultativas, desacreditados hasta lo infinito los jarabes de pozo traídos de la farmacia, bajo todos los disfraces imaginables de frascos y etiquetas, el escepticismo ciego quiso nublar su ceguera, y buscó la recomendación de consejeros supersticiosos para llamar á las puertas del curanderismo. Los remedios caseros llovieron sobre el enfermo con una copiosidad diluviana, y las fricciones sustituyeron á los emplastos, y éstos á aquéllas, poniendo en todo ello mucha mayor fe que en lo que llevara sello de Facultad. Y si hubiera habido tiempo de jorguinerías y supersticiones brujas, á ellas hubiese acudido: tal era el desvarío en que se sintieran perdidos sus grandes afanes de hallar remedio á su dolencia.

Hay que decir, en descargo de San Román, que todos aquellos remedios los aceptaba sometiéndose á los deseos de su madre y hermanas, pero sin que creyese por completo en su eficacia. Mas también hay que apuntar que estando tan reciente, y siendo para él, desgraciadamente, tan palpable el fracaso de la

ciencia médica, hubo ocasiones en que la ofuscación de su gran deseo de tropezar con la mejoría hízole concebir halagüeñas esperanzas, basadas en los resultados de la farmacopea casera y en los éxitos de la ciencia de los curanderos.

Pasaron los días, y todo fué uno y lo mismo. La resistencia maligna que había ganado la victoria á los médicos y farmacéuticos de título, venció á los facultativos de trampa y á los medicinantes de ocasión; y por el mismo sitio por donde se arrojaron los frascos de los primeros, salieron también los charapotes de los segundos. No quedaba más remedio que cruzarse de brazos y esperar lo que Dios quisiera.

La inoportunidad del mal había venido á truncar en Carlos de San Román el tranquilo deslizarse de unas relaciones amorosas, y en las cartas de la novia, que eran siempre animosas y confiadas, descubríase, no obstante, el tono de un fondo de tristeza, que era vivo reflejo de la que entenebrecía su alma.

Habían comenzado sus amores tiempo atrás, cuando la más franca salud alborozaba su vida, floreciendo en medio de una serenidad de espíritus tranquilos y una mutua entrega de corazones enamorados. Un gran entusiasmo por parte de San Román y una mayor cautela afectiva por el lado de la muchacha pusiéronles en una situación bastante desigual, siendo él quien tenía que sufrir más por aquella separación á que la enfermedad les condenaba.

Y así iban pasando los días, cada vez más angustiosos, porque cada vez quedaba más lejana la salud pasada y más incierta la venidera. Los amigos, que al principio de la dolencia demostraron interés por conocer de su curso, fueron aminorándolo por aquel enfermo que ni curaba ni acababa de morirse; y sólo quedó, al cabo de algunas semanas, la visita del médico, que aparecía cada dos ó tres días para certificar con su presencia su nulidad para curarle, los desvelos nunca extintos de su familia, y el recado diario de su novia, que los más de los días traía consigo una epístola, siempre leída entre suspiros y lágrimas.

Entonces fué cuando en una tarde de sol, más que otras dolorosa para San Román por lo alegre que el cielo estaba y lo suave de la temperatura, escribió los siguientes versos, que hoy figuran en el álbum de su mujer:

DE MIS SOLEDADES

Mientras tú te dispones á salir de paseo,
sentado en mi butaca me encuentro, y no muy bien.
Cojo un papel, un lápiz, y escribo lo que veo
mirando hacia la sombra y sin saber á quién.
Tan lejos, y pensando que pasas por la calle
por donde antes cruzamos los dos con nuestro amor,
que brillan tus miradas, que vas luciendo el talle,
mientras que yo encerrado estoy con mi dolor.
Tan lejos, y pensando que triunfa tu hermosura,
que todos te contemplan, que no te puedo ver,
que vivo ambicionando por trágica tortura
precisamente aquello que no puedo tener

Rechina mi paciencia, agóbiame el hastío,
consúmense mis ánimos en fuerza de esperar,
te adoro, quiero verte, y el infortunio mío
me dice que las piernas no me quieren llevar.

Ya ves si esto es bien triste, si estoy bien afligido,
si tengo ó no motivos para desesperar,
si puedo consolarme sabiendo que has salido
de casa, y todo el mundo te puede contemplar.

¡Si yo te contemplase! ¡Si de pronto encontrara
las fuerzas que me faltan para andar y correr,
y marchar á tu lado, mirarte cara á cara,
poniendo en tus oídos las frases del querer!. .

Decirte: «Nena mía, mira mis pies ya sanos,
marchóse para siempre lo ingrato del dolor...»
Lucieran nuestras risas, se unieran nuestras manos,
y en medio de la calle..., ¡qué triunfo el del amor!

Primero la sorpresa, después las alegrías,
más tarde las palabras de felicitación,
y luego nuestra marcha por espaciosas vías
saltando el regocijo dentro del corazón.

Esto sería bello con toda la belleza
que tienen en el mundo los cándidos amores,
sentidos en el seno de la Naturaleza
por todos los amantes que gustan de las flores.

Esto sería hermoso con toda la hermosura
que tienen en el campo crepusculares horas,
cuando junto á la fuente do mana el agua pura
se dicen sus amores pastores y pastoras.

Y esto sería alegre con todo el regocijo
que tiene en una casa la vuelta del ausente,
cuando la madre estrecha contra su pecho al hijo
y el padre se aproxima besándole en la frente.

Pero esto es sólo un sueño, bien mío, y todo sueño
es un vano fantasma que llega á deslumbrarnos;
mas luego, con la aurora, la luz logra su empeño
de ahuyentar los fantasmas que hubieron de engañarnos.

Vinieron á nosotros desde la sombra aleve
que esfuma los contornos al escaparse el día,
y una vez adueñados de nuestra mente leve,
alzaron bastidores en nuestra fantasía.

Colgaron por un lado telones con estrellas
cubriendo los ramajes de plácidos jardines
por donde se pasean las cortesanas bellas
seguidas de los bravos y amantes paladines.

Alzaron en un lado los muros de un palacio
de traza versallesca y regia escalinata,
y dentro de sus muros, volando en el espacio,
oyéronse los sones de una mandolinata.

Después cambió la escena, y desaparecieron
amantes paladines y lindas cortesanas,
reinó el silencio en torno, y nuestros ojos vieron
cómo del gran palacio se abrieron las ventanas.

A su través los ojos adivinar osaron
en mágicos salones riquezas orientales;
mas luego con misterio los vidrios se cerraron,
y nada pudo verse cerrados los cristales.
Salió entonces la luna, la blanca enamorada
de todos los poetas de descuidado traje,
tiñendo con sus besos la fronda plateada
y aclarando el misterio del tupido boscaje.
Entonces en la puerta del casón versallesco,
allá sobre lo alto de la amplia escalinata,
mostróse una pareja de porte principesco
cuyas manos se unían bajo la luz de plata.
Y el gran jardín poblóse por la cancela abierta
con una dulce música de confundidas notas,
en donde se mezclaban en musical reyerta
compases de pavanas, de valses, de gavotas...
Bajando los amantes los anchos escalones
sin estruendo de marchas ni alborotar de vítores,
sintiendo aquella calma y oyendo aquellos sones,
hallaron un encanto dulcísimo en las flores.
Gustaron como nuevos sus aromas fragantes,
oyeron en silencio el canto de las fuentes,
y fueron sus palabras como nunca galantes,
y fueron como nunca sus miradas ardientes.
Flotaba allí en los aires un algo misterioso,
emanación de vidas ocultas en la sombra;
pasaban los espíritus del bosque proceloso
pisando quedo, quedo, como sobre una alfombra.
Y había allí esparcidos perfumes de verjeles,
nubecillas de incienso, suspiros de jardines,
reflejos de lagunas, olores de claveles,
aromas de magnolias y notas de violines...
Mas no quiero cansarte; que nuestras fantasías
se borren de nosotros; soñar siempre fué un mal.
Que sigan nuestros pasos, no por extrañas vías,
sino por carreteras, por el camino real.
Que se abran nuestros ojos ante los panoramas
de las vastas llanuras do se alzan las ciudades;
dejemos los senderos de zarzas y retamas,
y marche nuestra vida por las realidades.
Ya lo oyes, nena mía, cesó la fantasía.
El ángel de los sueños sus alas va á plegar...
Mas ya nos vengaremos cuando nos llegue el día
de que pueda ante el mundo llamarte sólo mía,
y juntos nuestra vida podamos deshilar.

Estos versos, que copio, más que por su mérito, que no tienen ninguno, por el afán que hay en mí de ser fiel cronista de la dolencia de San Román *hasta en sus más insignificantes detalles,* hicieron llorar á su novia á pesar de que no tenían nada de tristes, y le arrebataron el sueño más de una y más de dos noches. Las mujeres, y más si se encuentran en el estado de enamoradas,

lloran fácilmente, aunque con no menor facilidad secan sus lágrimas y tornan á sonreir.

Sin embargo, el éxito lacrimoso fué lo bastante afectivo para envanecer al incipiente poeta, el cual, con tan buena acogida, siguió haciendo versos un día sí y otro también, tantos, que espigando en ellos podría hoy dar á luz un libro de rimas bien nutrido, que acaso aplaudieran en alguna parte, y que tal vez llegase á levantar su nombre hasta las alturas donde se abren las palmeras de Heine ó se yerguen los cipreses de Gustavo Adolfo, nada más con que se lo propusiera algún criticastro que diese al público sus eruditas lucubraciones en un periodiquito de Fuentesaúco ó de Rincón del Soto.

Pero San Román no quiere gloria que tan poco cueste. Bástale con el premio que le dieron los delicados sentimientos del corazón de su amada.

José García Mercadal.

(Se concluirá.)

CONFUSIÓN

Á Manuel de Sandoval.

Me busco, en la inquietud con que batallo,
en el tropel del tiempo y de la vida,
y á veces, caro amigo, no me hallo:

que está mi alma ya tan escondida,
y á la par tan envuelta y replegada,
que pienso, con temor, que esté perdida.

Así en la cumbre de la sierra helada
pensamos que no hay fuego en lo profundo,
al ver la tierra allí tan desolada;

y es porque en nuestra marcha por el mundo,
en lucha brazo á brazo con la suerte,
todo esfuerzo es inútil é infecundo,

y en nosotros existe un *algo* inerte
que en furiosa carrera se abandona,
llevándonos sin alma hasta la muerte.

Y como la existencia no perdona,
y no vuelve jamás lo ya perdido,
cuando alcanzar pensamos la corona,

la corona alcanzada es el olvido,
lo amargo de vivir inútilmente,
aunque más que vivir, ¡nos han vivido!

Pensando así, contúrbase mi mente,
ruge la tempestad en mi cabeza,
y me pongo á mí mismo frente á frente...

Y entonces me domina la tristeza,
me siento tan distinto y tan cambiado,
miro mi porvenir tan sin grandeza,

que todo ya lo hubiera renunciado.
Mas me dice después mi entendimiento:
«Cuando vivir contigo haya logrado,

¿vivirás más tranquilo y más contento?
¿Tienes una verdad, tan sólo una,
que te pueda servir como cimiento?»

Poco debe mi vida á la fortuna
haciéndome nacer en un instante
que es para el corazón una laguna.

Miro el mundo moral agonizante,
y al frente..., ¡nada!; alrededor..., ¡vacío!...;
y aunque todos me gritan: ¡Adelante!,

el porvenir encuentro tan sombrío,
que, aunque juzgando lo pasado muerto,
ante lo que vendrá tiemblo de frío.

Nada aparece como claro y cierto,
todo se pierde en pálida penumbra,
ni fingido ni real hallo mi puerto.

Se hundió cuanto la mente humana encumbra,
su bandera la Fe ya no tremola,
ni una luz tan siquiera el mundo alumbra,

y en la nada cruel que la desola,
pretender que en sí misma el alma aliente,
es pretender que el alma muera sola,

y al no hallar la verdad que la sustente,
viva en sí, replegada y casi muerta,
y yo, sin mí, soldado que deserta,
seré un cadáver, por mi mal, viviente.

Benigno Íñiguez.

EN POS DE LO VARIABLE

Junto al cristal de tus balcones era:
viendo aquel cielo que enlutó el nublado,
¡cuántas veces, bien mío, hemos soñado
con el azul que amó la primavera!

Tras el Marzo, por fin, tornó ligera;
de hermosas vides se cubrió el collado,
de rayos de oro el horizonte amado,
de fresca grama la gentil ribera.

Y otra vez asomados, tristemente,
soñamos con las brumas del invierno
y el tibio fuego del hogar caliente,

buscando el bien tras el variar eterno,
sin pensar que en nosotros, hondo ambiente,
llevamos nuestro cielo ó nuestro infierno.

José María Matheu.

INFORMACIONES

Duelo nacional

Joaquín Costa

Joaquín Costa ha muerto. Estas palabras, que palpitan ahora en todos los labios, no necesitan la invocación al sentimiento público para que de lo más hondo del alma nacional salga el grito de dolor con que la madre entristecida ve desaparecer al hijo predilecto. En todas las esferas sociales, en las grandes y en las pequeñas poblaciones, en la Universidad y en el taller se dedicará al insigne español el homenaje del duelo. La desaparición de este hombre eminentísimo no significa sólo el fin del preclaro ciudadano. Significa además el inútil sacrificio de una existencia dedicada toda entera á los puros y generosos ideales de la raza, y el fracaso de un egregio entendimiento, de una voluntad indomable, de una rectitud santa. Sí; el fracaso, decimos, porque la noble empresa en que el bizarro aragonés empleó los años de su vivir trabajoso y atormentado no ha conseguido inflamar el espíritu nacional y llevarle á los impetuosos arrestos que su propio honor exigía. Y por eso es más amargo el día de hoy; y por eso han de experimentar en él acerbo pesar los que, pudiendo, no han contribuído al triunfo de las ideas de Costa y de su acérrimo mantenedor; y por eso han de sufrir negro remordimiento los que las combatieron, anticipando con la desesperación del desengaño el acabamiento de un hombre que, mucho tiempo antes de que exhalara su postrer aliento en Graus, había sentido pasar sobre su corazón de fuego el soplo helado de la imbécil indiferencia de sus contemporáneos.

Cierto es que á Costa le rodeó siempre un círculo de admiradores entusiastas; cierto es que cuando su rugido leonino resonaba en el valle de la indiferencia en que viven los españoles, el estremecimiento se propagaba como el resonar del trueno en la atmósfera; cierto es que cuando la pluma de este pensador genial hería el pensamiento hispano, arrancábale chispazos de lumbre. Pero ni los admiradores de Costa supieron imponerle á las muchedumbres analfabetas ni á la clase media intonsa y frívola, ni el latido de la emoción que producía el coloso se traducía en resoluciones ni en hechos. Y mientras otros solicitadores de la opinión lograban de ésta acogida más ó menos larga, pero de indudable eficacia para la obra de sus afortunados requirentes, Costa fué siempre un solitario, y cuanto hizo lo hizo solo, siquiera alguna vez pareciera como que iban á acompañarle las voluntades más sanas y generosas. Por eso apuntábamos antes la observación de que entre los que hagan pública su pena por la muerte de Costa, y entre los que, sin expresar su dolor, le sientan en el

alma, dominará á la tristeza el remordimiento. Y he aquí cómo detrás del cadáver del proclamador de la verdad nacional irá el fúnebre cortejo de los que lloran por el muerto y de los que por sus propios yerros lloran.

***

Los datos biográficos del insigne hijo de Graus son muy incompletos. A cuantos al gran escritor habían acudido pidiéndole detalles de su historia, contestaba éste:

«Poco importan esas menudencias. Lo que interesará de mí, si algo puede interesar, es lo que he hecho y lo que he escrito. Y eso, si las gentes lo conocen, á nadie tengo que recordárselo; y si no lo conocen, será porque no valga la pena, y entonces tampoco será justificado que se les recuerde.»

El director de la importante publicación británica *Review of Reviews,* que hizo un viaje por España cuando se producía aquí el gran movimiento de la Unión Nacional, habló con Costa y rogó á éste que trazara su autobiografía. Costa contestó con una tarjeta que decía:

«Agradezco el honor, pero no le merezco. Hablar de mí mismo sería profanarme, y me estimo en poco para el galardón y en mucho para el propio menosprecio. Soy español dos veces, porque soy aragonés. Trabajo por la reconquista. Me ocupo de asuntos interiores, los de mi pueblo, y mientras no consiga que éste mejore de condición, cuanto he realizado no pasará de la categoría de un buen propósito. Así, pues, mi biografía no le importa á nadie, ni á mí mismo.»

El notable periodista inglés á quien ahora nos referimos, que conocía muy bien las cosas de España y las obras de Costa, contestó á éste:

«Austeridad digna del genio. Sois, pues, un hombre de Plutarco, con el que nada tiene que hacer un escritor tan humilde como yo.»

Y el áspero aragonés puso término á la conversación diciendo:

«Si Plutarco se hubiera contentado con tan poco, no habría escrito las *Vidas paralelas.* El periodista me favorece con su curiosidad, y para corresponder á su benevolencia le diré que nací en un pueblo de España en que el dolor común de los españoles lacera el alma como pena familiar. Empecé á vivir cuando España había llegado al límite de su decadencia. Llegué á la madurez mental en días en que esa decadencia degeneró en catástrofe. Yo había estudiado la historia de mi país, y el choque de lo aprendido con lo que vivía arrancó de mi pensamiento trenos de ira. Este es el resumen de mi historia. Ya ve usted que tiene muy poca importancia.»

Tal vez ahora sea dable reunir los datos dispersos é incógnitos de la biografía de Costa. Su ilustre hermano D. Tomás, que le profesó siempre cariño de hijo, y que ha coleccionado buena parte de los escritos no publicados en volumen del glorioso escritor, podrá trazar la biografía de éste. Entretanto, hay que atenerse á muy someras indicaciones.

Don Joaquín Costa y Martínez nació en la villa de Monzón, provincia de

Huesca, el día 14 de septiembre de 1846. Su padre fué D. Joaquín Costa, natural de Benavente (Zamora), y su madre, D.ª María Martínez, natural de Graus. A esta villa se trasladó la familia de Costa cuando el eminente español contaba sólo cinco años. Allí estudió Costa Humanidades, Matemáticas y Física. Completó los estudios del bachillerato en el Instituto de Huesca. Después, allí y en Zaragoza se hizo maestro superior de instrucción primaria. Se ejercitó en el dibujo para aspirar á una plaza de delineante. Más tarde siguió las carreras de Filosofía y Letras y de Derecho, alcanzando en ambas el título de doctor. Hizo también los estudios del Notariado, y notario fué durante largos años en Madrid. Ejerció la abogacía temporalmente. Hizo oposición á la cátedra de Historia de España de la Universidad Central, sin conseguirla.

Escribió más de sesenta libros y folletos, que abarcan toda la vida histórica y jurídica de España, asombrando desde el principio á cuantos le leyeron por la erudición pasmosa y bien orientada, por la originalidad de sus juicios y por el vigoroso relieve castizo de su prosa.

Su primer libro se titula *La vida del Derecho,* y se publicó en 1876.

Sus *Estudios ibéricos* son de una grandeza de que apenas hay ejemplo en la historia literaria de España. Sólo pueden comparárseles las maravillosas disertaciones que escribió sobre *La poesía popular española* y *La mitología y literatura celtohispanas.*

Otras obras suyas son las siguientes: *Teoría del hecho jurídico, individual y social, La libertad civil y el Congreso de jurisconsultos aragoneses del año 1883, Estudios jurídicos y políticos, Derecho consuetudinario del Alto Aragón, Plan de una historia de Derecho español en la antigüedad, El comercio español y la cuestión de Africa, Colectivismo agrario en España, El Derecho consuetudinario en España.*

Los asuntos de actualidad ocuparon constantemente la pluma de Costa, y en artículos y en folletos emitía su dictamen, dando á los temas una novedad, una amplitud y una intención nacional que pugnaban con el estrecho espíritu de los partidos.

Constantemente, desde su obra primera, se vió inspirado por el numen de la raza. Nadie sintió como él las viejas glorias y las tristezas presentes. Para cada desdicha de la Patria tenía Costa una esperanza redentora. Enemigo de la utopía, huía siempre de lo que significase generalidades y de lo que pareciera síntesis. Iba á buscar el hecho, le analizaba, le arrancaba la envoltura, le descortezaba de los aditamentos circunstanciales y penetraba en su esencia, aplicando la sabiduría de los precedentes á las soluciones del momento. La Historia de España, no escrita aún por nadie, tiene en los libros de Costa los primeros atisbos de una realidad científicamente estudiada. Por los fragmentos de esta producción, aparentemente inconexa, puede medirse la grandiosidad del pensamiento de Costa. El luminoso montón de páginas en que apoya su cabeza el león de Graus son ciclópeos sillares que dan idea de lo que esta genialidad poderosísima hubiera hecho si hubiese dispuesto de medios para concretar su labor á las ciencias y á las letras.

Estos datos y cuantos los biógrafos de Costa han reunido, dejan una gran laguna. Hay en la vida del egregio aragonés un largo espacio de años en el que aparece sumergido en las sombras. Nadie sabe nada de este período. ¿Dónde estuvo entonces Costa? ¿En qué se ocupó? ¿Qué atenciones solicitaban su espíritu? ¿A qué fines dirigía sus esfuerzos?

Como un héroe de leyenda, Costa ha permanecido durante una parte de su existencia apartado de la sociedad, fuera del trato humano. Fué entonces, sin duda, cuando Costa vivió encerrado en la Biblioteca en una absorción mental que le aislaba de todo lo que no fuera el estudio. Porque sin una preparación semejante, sin una concentración tan persistente sobre los libros, era imposible que Costa hubiese adquirido el asombroso caudal científico que atesoraba, y que luego ha ido apareciendo aquí y allá en sus escritos. Los *Estudios ibéricos,* por ejemplo, suponen una larga vida de investigaciones; y en títulos de significación tan modesta como los de *Ganadería ibérica, Cuatrería ó abigeato, Tribus, ciudades y aldeas,* que parecen temas de ociosa erudición, se analiza el alma ibera con una profundidad y una variedad de nociones anticomodernas tan asombrosa, que nunca hizo cosa semejante ninguna pluma española. Sin duda por eso dijo de Costa el periodista inglés á que antes nos referíamos: «Estudia como un germano, piensa como un británico y escribe como un latino; porque después de haber agotado la información universal, la reduce á teorías generales, y no la cuenta, sino que la canta en períodos de suprema gentileza espiritual, en los que resuena el ritmo del Romancero.»

Quien reconstituyera ese período, que podía llamarse místico, de la vida de Costa, prestaría un gran servicio á la historia del pensamiento español. Sería revelación interesantísima la que nos presentara á Joaquín Costa juvenil, vibrando con los frenéticos impulsos de su alma extraordinaria, devorando libros viejos y nuevos, aprendiendo idiomas, entrando á saco en el saber de los maestros, atesorando ideas, recopilando notas, disponiéndose á la lucha por el ideal.

En el antro misterioso en que se iba modelando el espíritu de Joaquín Costa debieron asistirle el genio de la ciencia y las musas del arte, porque el bachiller de Huesca, el delineante de Zaragoza, el mozo humilde que no aspiraba en aquellos días iniciales sino á buscarse modo de ganar el pan, salió de su encierro de estudiante con una admirable ponderación de sabiduría y de ingenio. Lo había aprendido todo, y conservaba la plenitud de la fantasía.

Por un milagroso enlace del erudito y del artista, del rebuscador de lo arcaico y del observador de lo presente, los estudios históricos de Costa nos enseñan cómo la semilla española creció, se desarrolló y floreció á través de las edades. En todos sus libros, así en el *Derecho consuetudinario,* como en el *Colectivismo agrario,* como en las críticas del actual estado de España, se encuentra totalmente reconstituída el alma española. Tal vez no exista en ninguna literatura contemporánea ejemplo semejante de adivinación. La unidad histórica de los españoles la establece Costa como un heráldico al trazar las

líneas de un árbol genealógico. Por eso Joaquín Costa ha proyectado sobre las obscuridades de la historia ibérica un foco potente de luz que descubre lo incógnito y explica lo inexplicable.

***

En el mes de marzo de 1899 D. Joaquín Costa apareció como jefe de un movimiento nacional que fué concretado en el manifiesto de la Liga Nacional de Productores. El resumen de esta propaganda, que se extendió rápidamente por el país, se halla consignado en las primeras líneas del manifiesto que aquella Asociación dirigió á los españoles, y que fué redactado por Costa. «El peligro mayor que se cierne hoy sobre la suerte de nuestra Patria, y que puede hacer dudar de la posibilidad de su restauración, es la conformidad musulmana de que parece hacer gala todo el país; la falta de inquietud y desasosiego en el pueblo, de impaciencia en las clases directoras, de fiebre y aun de pulso en el Gobierno...» «En siglos pasados, una decadencia de cincuenta años habría tenido quizás otros cincuenta ó ciento por delante para ser enmendada y reparada; pero ahora, no, porque la Historia se hace muy deprisa, recorriendo sus trayectorias con velocidades casi estelares. Ó instantáneamente, ó nunca: tal es el dilema que nos han planteado los sucesos.»

Y la Liga Nacional de Productores, ó, mejor dicho, D. Joaquín Costa, formulaba un programa completo de regeneración, cuyos puntos esenciales eran los siguientes:

«Plan general de canales, combinados con pantanos, y su construcción simultánea inmediata por el Estado.—Perfeccionamiento rápido de los caminos carreteros y de herradura, suspendiendo la construcción de carreteras generales.—Reforma de la educación nacional en todos sus grados.—Caja especial autónoma dotada con recursos propios para los tres fines precedentes: enseñanza y colonización interior, hidráulica agrícola, viabilidad.—Organización del seguro y del socorro mutuo por iniciativa y bajo la dirección del Estado.—Nivelación de los presupuestos mediante la reducción de gastos y arreglo con los acreedores de la nación.»

Sabido es que poco más tarde este movimiento que Costa había iniciado se unió al que produjeron las Cámaras de Comercio reunidas en Zaragoza bajo la presidencia de D. Basilio Paraíso. De tal campaña no es necesario recordar sino que Costa representó siempre la energía y la prudencia, la vigorosa demanda y la habilidad política. En aquellos días la figura de Costa creció de tal suerte, que se destacaba entre todas las de los prohombres españoles. Y como hemos de seguir estudiando en números sucesivos la obra nacional del preclaro aragonés, nos limitamos á consignar ahora el apunte de estos sucesos, que merecen amplio examen.

***

Don Joaquín Costa fué el iniciador de las propagandas en favor de lo que luego se llamó «política hidráulica». En la asamblea de agricultores y ganaderos celebrada en Barbastro el 7 de septiembre de 1892 fué consignada la siguiente indicación:

«Del Ebro ha de partir el impulso para esta obra redentora, inaugurando en España una política económica que, en su relación con la agricultura, denomina el Sr. Costa *política hidráulica*. En sus orillas se anunció ya en el siglo XV con el canal de Tortosa, construído antes que ningún otro de Europa, y tomó cuerpo en el siglo XVIII con el canal Imperial, debido al genio creador de Pignatelli, cuya estatua de Zaragoza, levantada por una intuición del pueblo aragonés, parece una reconvención á nuestros estadistas y un grito de aliento á la nación moribunda. Fuera de esa política, España no verá su resurrección.»

El insigne Costa, en la notable publicación *Revista Nacional,* que empezó á ver la luz, como órgano de la Liga de Productores, el 10 de abril de 1899, decía en el número segundo de ese periódico algo que, por su importancia, hemos de reproducir. El actual ministro de Fomento, Sr. Gasset, director entonces de *El Imparcial,* realizaba en dicho periódico una activa propaganda en favor de las obras públicas de regadío. Por efecto de ella, se publicó en *El Imparcial* una serie de artículos en que el ilustre Cuerpo de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos exponía un avance de plan general de pantanos y canales de riego, formado sin excitación oficial, y que comprendía 170 pantanos y 65 canales, con expresión de las provincias á que respectivamente correspondían, capacidad de los primeros, longitud de los segundos, río y punto de toma de agua y número de hectáreas regables, que eran, en junto, millón y medio. Y el Sr. D. Joaquín Costa decía en la *Revista Nacional:*

«El director de *El Imparcial,* Sr. Gasset, ha dado y sigue dando un gran impulso á este pensamiento con una calurosa serie de artículos publicados en dicho periódico desde el día 7 de este mes, con el sugestivo título de «Para la nueva política.—Canales de riego», sosteniendo y desarrollando la tesis de que el Estado «debe formar y llevar á cabo un plan general de canales y »pantanos de riego, ni más ni menos que formó y construye el plan general »de carreteras», y que tal empresa «constituiría para él un negocio pingüe».

A través de la monumental obra de Costa se advierte la persistencia de la idea: «Los ríos van al mar entre márgenes sedientas.—Las lluvias caen torrenciales, y destruyen, pero no fecundan.—La agricultura, empobrecida y extenuada, es oficio de siervos entregados á la usura y que, sin esperanza de ganar lo preciso, se disponen á la emigración...» Estos conceptos se repiten incesantemente en las páginas de D. Joaquín Costa. Cuando habla de las perdidas colonias, cuando expone su previsor programa hispanomarroquí, siempre parte Costa de la afirmación categórica y concreta de que la «política hidráulica», enérgica y prudentemente desarrollada, cambiaría los términos del problema nacional. Y de Costa es la frase siguiente: «Ó creamos el oasis en el desierto, ó el desierto nos expulsará.»

Otra de las ideas predominantes de Costa era el régimen municipal en relación con la política del Estado. De aquí su campaña sobre la oligarquía y el caciquismo, á la que contribuyeron las más ilustres personalidades de la ciencia y de la política españolas.

Devorada la nación por el cáncer de la arbitrariedad, que tiene una boca roedora en cada pueblo, todos los intereses nobles, todas las ansias de progreso se malogran y se esterilizan. Costa quiso raer el microbio destructor con la violenta diatriba. Esta acción salvadora no pasó—¡triste es decirlo!—de un debate de Ateneo.

Entonces hubiera podido Costa emparejar con la política activa. Aún sentía el insigne sociólogo el calor de la fe. Dícese que por aquellos días, que eran de suma perturbación en España, S. M. la Reina Regente, D.ª María Cristina, que anhelaba rodear el Trono de su hijo de patrióticos consejos, invitó á D. Joaquín Costa á emitir su opinión respecto á los problemas nacionales. La misma referencia, de cuya exactitud no respondemos, apunta que D. Joaquín Costa, en cuyo pensamiento predominaba de continuo el amor á la Patria, dijo lo que correspondía á la elevación de sus ideas. Fué oído con viva simpatía. Los intentos con que acaso se procuró convertir en realidad de gobierno la aspiración renovadora de las energías nacionales no tuvieron fruto, pero enaltecen á la alta señora, que en el período de su régimen escuchó á todos, y con más atención á los que lo merecían.

***

El ir y venir de un pensamiento ardoroso entre esperanzas y desengaños alejó á Costa de la Monarquía y le llevó á los campos de la República. Pero no encontró en ellos tampoco lo que deseaba. El ideal marchito no se vigorizó en las comarcas á que acababa de llegar el austero pensador. Fué, sin duda, una fuerza considerable y poderosa la que el escritor aragonés llevaba á los republicanos. Mas no iba él en busca de populares triunfos, sino de realidades que influyesen en la reformación de España. Fué cual emigrante que, apenas pisa la nueva costa, le recibe el desengaño como huésped primero. Así, don Joaquín Costa ni quiso aceptar la representación parlamentaria que acababa de recibir de sus nuevos amigos. Esta alma grande y generosa iba dando de desdicha en desdicha, de amargura en amargura: un desencanto hoy, una desilusión poco después. Los errores que él había juzgado característicos del sistema monárquico, los veía agravados en la oligarquía republicana... Reciente está en la memoria de todos el comentario que en su lecho de agonía formulaba D. Joaquín Costa cuando le leyeron el admirable artículo del insigne Mariano de Cavia:

—Ellos discuten, y yo me muero.

Fué el último pensamiento de Costa, la postrera repulsa de aquel carácter enérgico... Había roto toda comunicación con los partidos políticos españoles; había retirado su confianza á los republicanos. Éstos llevarán sobre sí perdu-

rablemente el pecado de no haber concedido al gran transformador de la España caduca el lugar preeminente que sus méritos le señalaban. De ese pecado no les lavarán todas las aguas del Jordán del arrepentimiento.

***

Joaquín Costa ha muerto. Su inteligencia se ha nublado. Su cerebro no dispara ya los rayos de la idea. Su mano, inerte, no puede asir la pluma con que grababa en las cuartillas como cincel en piedra. Su cabeza de león reposa para siempre en humilde almohada... Al inmovilizarse su corazón se ha parado el ritmo que todos escuchábamos desde lejos. El oído busca inútilmente ese rumor, leve unas veces, fragoroso otras, siempre esperado, encontrado siempre en las grandes ocasiones, como cuando el conato de ley reaccionaria del terrorismo. Ya no le escucharemos más. Y tal silencio nos parece ahora un emblema de soledad tristísima. ¡Graus ha enmudecido! El diálogo del pensador y de España ha cesado. De hoy más la amargura de la Patria será un soliloquio.

Política

El viaje á Melilla

Hay que decirlo claro: las pequeñeces de la política y la famosa carta del contralmirante Puente—de la que se hará mención en esta crónica—hicieron pasar inadvertido casi el transcendental viaje de Alfonso XIII y de su presidente del Consejo á las costas africanas.

En el Extranjero ha repercutido más que en España: pruébanlo las alusiones que en el Senado francés se hicieron y los recelosos comentarios que acerca del referido viaje aparecieron en los periódicos mundiales.

Fué un acto de soberanía, el cumplimiento del anhelo constante del jefe del Estado de estudiar de cerca las condiciones de aquel territorio y de recorrer los lugares donde se desarrollaron los principales episodios de la pasada guerra. Significaba además aquel viaje alta prueba de consideración rendida al Ejército y de piedad hacia quienes quedaron sepultados allí como perennes testimonios de la hidalguía de nuestra raza.

Aparte la significación puramente sentimental del viaje, tiene otra positiva: la resultante de la acción directora del Gobierno, representado por su jefe, Sr. Canalejas, que fué allí á capacitarse de los medios necesarios para conquistarnos la consideración y el afecto de los indígenas, nuestros vecinos y aliados, á enterarse de los elementos de riqueza de aquel territorio y de la clase de energías individuales y colectivas que aplicar para el mayor éxito económico; es decir, á recoger cuantos problemas se hallan planteados en

nuestras posesiones africanas, para ofrecerlos á la consideración y estudio del Parlamento.

Esos nobles propósitos parece que van á ser estériles, porque aquí no hay ambiente para distraer el espíritu nacional en empresas de laborioso planteamiento y de remota eficacia; plácenos más el juego dialéctico, la discusión de conceptos: á fuerza de aguzar el ingenio, agigantamos los problemas chicos y empequeñecemos los grandes, y esa singular tarea se nos lleva un tiempo tan precioso como ligero.

Del viaje á Melilla sólo quedarán unas cuantas fotografías en el *Nuevo Mundo* y una serie de relatos episódicos en la prensa mundial.

La carta de Puente

Durante todo el mes de enero no se habló de otra cosa. *El Mundo* publicó una carta suscrita por el contralmirante Puente, jefe de la escuadra, irrespetuosa para el ministro de Marina y con apreciaciones técnicoadministrativas de indudable gravedad.

La tendencia del Gobierno fué desde el principio conciliadora. El ministro dió la carta por no recibida, creyendo que el jefe de la escuadra pensaría mejor lo hecho, facilitando una solución de concordia. El propio presidente del Consejo puso de su parte cuanto pudo para ello; pero los periódicos de oposición, de un lado, las categóricas afirmaciones del que publicó la carta dándola por auténtica y las indiscreciones continuas del contralmirante obligaron al Gobierno á llevar el asunto al Supremo de Guerra y á relevar á Puente del mando de la escuadra.

Es indudable que hubo vacilación, miedo, falta de gallardía en el viejo marino. Cuando el convencimiento mueve la pluma y la conciencia dicta los conceptos, se arrostran todo género de responsabilidades y no se buscan recursos de leguleyo. Por eso la opinión apartóse desde el primer instante del autor de la carta, poniéndose frente á él, mientras censuraba al Gobierno por su lenidad en imponerle un correctivo.

No es posible—menos tratándose de instituciones armadas—herir desde la penumbra: necesítase acusar á plena luz, acudir al terreno de los caballeros y provocar un duelo á muerte. Así lo hizo Macías del Real, que, si fué vencido en el combate, puso toda su alma en él.

Se dirá, tal vez con razón, que en esta clase de torneos hay notoria desigualdad en los combatientes. Ello debe obligar á quienes se crean asistidos de razón á ser extremadamente cautos y circunspectos, no lanzándose á la pelea sino aventajando al adversario en armas y en destreza.

¿Creía Puente que una simple carta, no sostenida como suya, contra un superior bastaba para arrojar á éste de los Consejos de la Corona? Con ese precedente, ni habría ministro seguro, ni sería posible la disciplina: cosas que jamás debió olvidar un veterano y un patriota como él.

El Rey pregunta por Costa

El hecho de enviar S. M. el Rey á su secretario particular á enterarse del progreso de la enfermedad del ilustre polígrafo, ha satisfecho, no sólo á los dinásticos, sino á los republicanos capaces de despojarse alguna vez de las telarañas de la pasión.

Resulta bochornoso para ciertas gentes que el jefe del Estado, á quien de continuo se le está injuriando en caricaturas y comentarios periodísticos, se interese por el gran inadaptado de cuya vigorosa pluma brotaron tremendas acusaciones contra la Monarquía española y sus representantes augustos.

Patriotismo, singular cultura, exquisita corrección y, sobre todo, grandeza espiritual acusa el interesarse por la salud de un poderoso enemigo de quien nada se espera, y cuya voz, cada vez que se deja oir, es amenazador cañonazo disparado contra el régimen.

Los aficionados á darnos lecciones—importadas del Extranjero, por supuesto—de amor á la cultura, de costumbres democráticas, de afortunadas despreocupaciones, pueden anotar este hecho en su cartera para encomiarlo como se merece si alguna vez hablan de nuestro Soberano. Con este acto de justicia probarán que, en lo tocante á delicadezas y educación social, el jefe del Estado español y sus adversarios están al mismo nivel.

Ha muerto Costa, y el primer magistrado de la nación también ha tributado á la primera mentalidad española la ofrenda de su admiración. El Rey de España inclinó su augusta frente ante el lecho mortuorio del más preclaro de los republicanos, de aquel hombre que hubiera traído la República desde el sillón de su despacho en que el dolor le tuvo amarrado tanto tiempo, si en España existiesen republicanos de aquel temple libres de concupiscencias...

La crisis

¿Por qué salieron del Ministerio el conde de Sagasta, Calbetón y Burell? El presidente del Consejo lo dijo antes de resolverse la crisis, y lo repite ahora cuantas veces se le pregunta. El partido liberal, como todos los grandes instrumentos de gobierno, se halla formado de núcleos diversos que reflejan los distintos matices de una política. Sucede además que por circunstancias especiales—quizás por exceso de vitalidad, de polihemia—el partido liberal, desde la muerte de Sagasta, anduvo falto de cohesión y no muy sobrado de disciplina. Al ilustre Moret, por intrigas, por deslealtades, por anomalías y vicios de nuestra política, sea por lo que fuere—el saber la verdad constituiría un hermoso documento de ética políticosocial—, se le negaron los medios necesarios para vigorizar, reconstituir y dar consistencia al partido liberal; y al facilitárselos la Corona á Canalejas, teniendo en cuenta su historia y sus propios merecimientos, se propuso realizarlo.

Claro es que al constituirse en jefe de Gobierno le fué imposible recoger importantes fuerzas que se retrajeron momentáneamente por muy humanas exigencias de la delicadeza; pero así que el patriotismo, el culto á las ideas y—¿por qué no decirlo?—el propio interés se sobrepusieron á los resquemores y á los agravios, Moret fué aconsejando á sus amigos acatamiento al nuevo jefe, y éste, dando muestras de excelente sentido político, solicitó y obtuvo la eficaz colaboración de aquéllos en su obra de gobierno.

No era esto bastante: necesitaba Canalejas en el Ministerio genuina representación de todos los matices liberales; y como para ello había que pedir sacrificios á sus propios amigos, pensó en Burell, Calbetón y Merino, únicos que no estaban ligados al Gabinete por compromisos de Gobierno de esos que significan notable quebranto para el mismo si dejan de cumplirse ó se cumplen á medias. Para sustituirles entró en Fomento Rafael Gasset, que durante la situación Moret ocupó dicho Ministerio, dejando abundantísima siembra de óptimas reformas. En Gobernación, Alonso Castrillo, incondicional del presidente, ducho en asuntos administrativos y perspicaz para los políticos, como lo demuestra la solución dada al enojoso asunto de la cal, cemento y yeso. Y en Instrucción, Amós Salvador, persona de confianza para todos los jefes del partido liberal y sin marcada inclinación hacia determinada personalidad.

La salida de Burell no está bastante justificada. Dícese que el distinguido periodista quedó enojado por haberse prescindido de su cooperación, y debe de ser cierta su actitud, por cuanto ha tenido con su sucesor ligeros piques.

Convengamos en que la última crisis obedeció á una excelente orientación del jefe del Gobierno; pero tal vez por exigencias de alta y esotérica política no llegó á resolverse con el criterio altísimo que al plantearla tuvo aquél.

Un monárquico

El conde de San Bernardo, en carta abierta dirigida desde *El Imparcial* á Rodrigo Soriano, ruégale que así como en su periódico publica á diario la lista civil de S. M. el Rey y de las Personas Reales, consigne á continuación las cifras á que alcanzan los donativos, no ya privados—que serían de importancia—, sino los públicos que hacen á diario las Reales Personas.

El rasgo del joven prócer es de los que acreditan nobleza, lealtad y convicción; consuela en estos tiempos de insinceridad, faltos de firmes creencias, que haya un monárquico fervoroso, decidido, á quien indignen campañas no insignificantes, puesto que socavan los cimientos del régimen.

Cualquiera que se tome el trabajo de leer la prensa española, si no está bien al corriente de las ideas de cada periódico, quizás pregunte si en España quedan monárquicos. Y si el lector fuese un personaje extranjero enviado á nuestra Patria para realizar estudios políticos, en sus informes afirmaría que España es antimonárquica.

Porque notaría que á los fieros ataques de la prensa antidinástica nadie

se toma el trabajo de contestar, tolerando las mayores enormidades contra la persona del Monarca, sus consejeros y altos dignatarios palatinos.

Alguna vez los periódicos suelen salir á la defensa de personajes políticos justa ó injustamente censurados; casi nunca cuando se mortifica al jefe del Estado ó se procura hacer odiosa la institución. Y esto, ni es justo, ni caballeroso, ni conveniente.

Los que por razón de sus ocupaciones ó por voluntad propia suelen ponerse en contacto con el pueblo, habrán notado en más de una ocasión cómo los obreros no adscritos á partidos extremos tienen que guardar silencio ante las diatribas y argumentaciones de aquellos que suelen tomar como artículo de fe lo que publican sus periódicos; y es que á los primeros se les proporciona elementos de juicio para deshacer equivocaciones, falsedades ó calumnias, mientras que los segundos tienen un verdadero arsenal de frases hechas, datos y argumentos que manejan admirablemente.

Por eso la noble, la gallarda, la ejemplar actitud del conde de San Bernardo debe tener imitadores, si es que por ventura llegó la hora para los que se llaman monárquicos de acabar con ciertas demoledoras campañas, fáciles de contrarrestar, ya que sólo con la verdad han de combatirse. El silencio lo toman las masas por impotencia, cuando no por confesión de culpabilidad, y hay que ser también compasivos con esas pobres gentes, perturbadas por ciertos cantos de sirena, demostrándoles que no es verdad cuanto se les dice, y que se abusa continuamente de su credulidad.

Todo menos el silencio, todo menos esa indiferencia mortal de quienes tienen el deber de salir á la defensa de sus ideales y de las personas que los encarnan. Cartas como la del conde de San Bernardo son la mejor prueba de fe monárquica, el más hondo y sincero ¡viva el Rey!

Una Real orden

La pasión política suele cometer grandes injusticias. Al nuevo ministro de Fomento le perjudican considerablemente su ilustre apellido y su relación más ó menos directa con un importante rotativo. Además, ¿por qué no decirlo?, mucha, muchísima gente no le puede perdonar que haya sido seis veces ministro en plena juventud, cuando hay quien á su edad no pasó de diputado á Cortes por misericordia de algún prohombre.

La otra vez que ocupó el Ministerio de Fomento dictó una famosa Real orden que constituía el ideal de la mayor parte de los españoles. Había que oir las alabanzas que los agricultores prodigaban á los propósitos de convertir en regadío extensas zonas miserables y estériles, impidiendo que se sorbiese el Océano el inmenso tesoro de salvadoras linfas.

De la eficacia de aquellas iniciativas responden algunas comarcas tan ricas hoy como misérrimas ayer. Asombra pensar los beneficios que á estas fechas habría recogido una buena parte de España, si los caprichos de la política no hubieran alejado del Ministerio de Fomento á Rafael Gasset.

Ahora vuelve á ocupar el honroso y merecido sitio que por sus condiciones de aplicación y laboriosidad merece; y como quiera que su preparación es completa, su plan de trabajo perfectamente meditado, y sus convicciones firmes, apenas se posesionó del cargo dictó una Real orden complemento de aquella otra, relativa al magno problema de la emigración. En la primera se propuso crear riqueza; en la segunda, impedir que ese otro factor inestimable, el obrero, busque fuera de su Patria el pan á que tiene derecho se le procure en la suya.

¿Que son ésos problemas máximos, para los que se requieren grandes sacrificios económicos? Es verdad; pero también lo es que no se puede lograr reconstitución productiva de un país con intentos mezquinos, como quien ensaya un nuevo procedimiento cultural ó una reforma burocrática.

Estamos seguros que Costa, ese ilustre muerto cuyos pensamientos se tienen hoy por textos evangélicos, encontraría razonables, hacederos y justificados los propósitos de Gasset, que parecen dictados por aquél. La obra redentora de un pueblo no puede hacerse en pequeño; debe intentarse con grandeza que asuste. Eso es gobernar á la moderna.

En España hay anhelos de trabajo, latentes energías que piden aplicación; si se emigra, es por el ansia noble de huir de la ociosidad, buscando en otros países diaria y remuneradora ocupación. Bien hace, pues, el ministro de Fomento en recoger á los obreros sin trabajo que pululan por Madrid, y en preocuparse de dar vigoroso impulso á las obras nacionales.

Por eso es necesario aplaudir también la última disposición de Gasset disponiendo que pasen á Fomento el Consejo de Emigración y los organismos con ello relacionados.

Vicente Calvo-Acacio.

Extranjera

El idioma español en los Estados Unidos

Es ya indudable la importancia adquirida por el español como idioma internacional; y buena prueba de ello es la influencia que ya ejerce en los Estados Unidos de la América del Norte.

Dentro de los Estados Unidos se hablan con suma frecuencia palabras españolas, pasando éstas del límite de los saludos, no obstante ser la colonia de habla castellana mucho más reducida que la comprendida separadamente por alemanes, italianos y franceses, las tres nacionalidades principales existentes en los Estados Unidos, excluyendo á los naturales.

Las escuelas de idiomas presentan en sus registros un tanto por ciento de

estudiantes de español sobre los de otras lenguas de hasta un 300 y 400, menudeando las conferencias en español, que han llegado á darse en el curso último hasta en la famosa Universidad de Columbia.

Prestando atención á los establecimientos comerciales, va resultando frecuente encontrarse el consabido letrero de «Se habla español»; y, á decir verdad, en ninguna de las casas de primera deja de haber personal que lo escriba y hable.

Por las disposiciones oficiales se ve que todas las Escuelas superiores tienen en su plan de estudios el español, siendo tal el entusiasmo por dicho idioma, que en ocasión de visitar un miembro de la redacción de una estimable y conocida revista neoyorkina redactada en castellano la *Comercial High School,* de Brooklyn, se le invitó á dar diversas conferencias en español, cosa que se verificó con toda solemnidad, asistiendo las tres clases de español que se dan al presente en aquel centro de enseñanza.

Recientemente se ha dado otra nueva prueba del porvenir que espera á la lengua castellana en la disposición dictada por el alcalde de Boston, Sr. Fitzgerald, que ordena á todos los directores de Escuelas superiores de aquella ciudad implanten un curso comercial de español, que pueda aplicarse por los alumnos en las diferentes casas donde presten sus servicios.

No se trata, pues, de demostrar el impulso que está recibiendo en los Estados Unidos el idioma español, sino que tiene bases sólidas, no ya en la forma que se extiende ese estudio, sino en la que ha de ser aplicado.

Los Estados Unidos están ensanchando día por día su comercio de exportación en la América latina, y á la sombra de ellos les hace falta impedir que el inconveniente propio de las traducciones se interponga entre comprador y vendedor, no ya por lo que en sí representa ese fácil trabajo, sino porque al traducir una simple carta se cambia, en la mayoría de los casos, «el alma» de ella, como se cambia el sentido de una conversación comercial, debido á que los ofrecimientos y forma de expresión de un pueblo resultan hasta ridículos en el otro, y viceversa.

Hacen falta hombres dobles que actúen en ambos idiomas, al mismo tiempo que no sea la máquina que reproduzca, sino el cerebro que piense, y que piense con arreglo á la manera de operar en los pueblos que representan las Américas.

Ahora bien; ¿por qué lado se llegará antes á conseguirlo? ¿Por el de americanos del Norte que estudien el español, ó por el de americanos del Centro y del Sur que estudien el inglés? No hay duda que al presente está el elemento español al frente (al decir españoles, sobrentiéndase que nos referimos á los habitantes de todos los países donde se habla ese idioma), y que de él partió la base de que al presente cunda la demanda; pero con un poco de descuido, pronto aventajarán los americanos en el dominio de los dos idiomas, y entonces será difícil, ya que no imposible, colocarse frente á ellos y disputar las gerencias de las casas que unan en comercio internacional á las Repúblicas americanas.

En el suelo americano hacen falta muchos hombres que dominen el español, declarado el idioma más importante de la América; pero que esos hombres, teniendo en cuenta que los Estados Unidos representan uno de los elementos indispensables en toda transacción latinoamericana y anglosajona, sepan el inglés con igual perfección, y, lo que es más, que estén muy al corriente de la rápida forma de operar en el mercado norteamericano.

Hace falta, pues, si se quiere que el elemento español de acción siga en primera fila dentro de las casas americanas, que se eduque á esos jóvenes en éste ó en diferentes países para que den á ellos el fruto de ampliar su comercio exterior, tanto de exportación como de importación, pues de no hacerlo así, muy pronto, para lo que representa la vida de un pueblo, se observará que ambos extremos del comercio estarán en manos de los ciudadanos americanos, que, como justa recompensa á todo aquel que trabaja con constancia, conseguirán poner al frente de sus establecimientos á sus propios descendientes, si no encuentran que esos cargos están desempeñados con perfección por los elementos de habla española.

Una vez penetrados de la importancia del español en América, sólo cumple agregar que por el momento existe una gran demanda de jóvenes que hablen ambos idiomas, español é inglés, y que á los españoles corresponde, no sólo por el derecho de ser los que hasta ahora han suplido esa necesidad, sino por galantería, anticiparse á mostrar sus condiciones, para que no se deje sentir con más intensidad una necesidad que favorece altamente á los españoles y representa un galardón más á la lengua del inmortal Cervantes.

Académica

Academia de la Poesía Española

El Centenario de Cervantes

Una Comisión de esta naciente Sociedad ha visitado al jefe del Gobierno, Sr. Canalejas, para hacerle entrega del siguiente importante documento:

«Excmo. Sr. Presidente del Consejo de ministros.

»Excmo. Sr: La Academia de la Poesía Española, haciendo suya la nunca bastante alabada iniciativa de D. Mariano de Cavia, cree que su actividad y su entusiasmo hacia nuestro pasado glorioso no podrían hallar mejor ni más alto empleo que el de consagrarse preferentemente á honrar la memoria de Miguel de Cervantes, insigne poeta y novelador, procurando que se celebre con solemnidad memorable el tercer centenario de su muerte, que ha de cumplirse el día 23 de abril de 1916; y pues Miguel de Cervantes escribió un

libro justamente calificado de «Biblia humana de la edad moderna», la Academia de la Poesía Española recoge una inolvidable frase de V. E. y entiende que el tercer centenario de la muerte de Cervantes, para que sea digno de su objeto, ha de ser una fiesta de la Humanidad, un banquete del espíritu, al cual deben concurrir los hombres de todas las nacionalidades.

»Pero siendo Cervantes, por alto fuero de gloria, representación y símbolo de nuestro idioma y de nuestra estirpe para todos los países que tienen por lengua nacional la lengua española, y hallándose todos estos países—España el primero—agitados y movidos de un simultáneo impulso afectivo que los lleva á reanudar para siempre los sagrados lazos de su consanguinidad étnica, la Academia de la Poesía Española espera que al pie de la estatua de Cervantes, erigida en lo alto del monumento que la raza hispánica debe á su representante más excelso, se firmará en un abrazo de amor el pacto hispanoamericano, la anhelada confederación espiritual de la gran familia de naciones que tiene por alma y por vehículo de sus pensamientos la gloriosa lengua del autor del *Quijote,* lengua que no sólo para España, sino asimismo para las veinte naciones surgidas de su seno, es una, consubstancial é indivisible.

»También cree la Academia de la Poesía Española que de ninguna manera podríamos honrar mejor á quien el maestro Cavia ha llamado «emperador del habla castellana» que velando á un mismo tiempo por la difusión y por la pureza de esta magnífica lengua, que Cervantes supo hacer tan suya; y que debemos divulgar por América lo más posible el libro que es juntamente código de nuestra habla y catecismo de nuestra nacionalidad moral, poniendo un ejemplar del *Quijote* en la valija de cada emigrante; y así, con cada español que vaya á América, en vez de un hijo menos en nuestro solar antiguo, tendremos un misionero más de españolismo en la opulenta tierra americana, invadida por todas las razas y por todas las ambiciones.

»Y puesto que el ansia de poseer y de explotar más rápida y plenamente á América convierte nuestra habla generosa en vehículo de expansión comercial y de penetración pacífica, es decir, de conquista incruenta y pingüe del continente que nosotros descubrimos, á cuyos fines, meramente utilitarios, se hace servir nuestro idioma, profesado por extranjeros, enseñado y aprendido sin amor y con olvido desdeñoso de la imprescindible base literaria, que debe ser alma y esencia conservadora de toda lengua, con lo cual la nuestra gloriosa, traída y llevada por muelles y embarcaderos, hállase expuesta al doble peligro de ser lamentablemente adulterada en Europa, y de convertirse, al pasar á América, en babilónica jerga internacional de traficantes y mercaderes, conviene meditar despacio en lo mucho que importa á España y á los países hispanoamericanos la creación de un protectorado oficial de nuestra lengua investido de autoridad y con medios legales de acción; pues si no existen leyes amparadoras del idioma, justo será crearlas, ya que, siendo la lengua la representación más completa y durable de la nacionalidad, los atentados graves contra su intangible integridad debieran penarse tanto, por lo menos, como una violación de fronteras.

»Finalmente, la Academia de la Poesía Española estima que, siendo, como es, noble muestra de magnanimidad y de cultura el reverenciar y enaltecer á todas las glorias del Arte, para el cual no hay exclusivismo de nacionalidades ni prejuicios de razas, y ya que la muerte y la inmortalidad juntaron en una fecha los nombres de dos genios universalmente admirados y enaltecidos, el de nuestro Miguel de Cervantes y el de Guillermo Shakespeare, creador del Teatro inglés y uno de los más grandes y famosos dramáticos del mundo, España debe también un público homenaje de admiración al inmortal autor de *Otello* y de *Hamlet,* y tanto más se lo debe, cuanto que hay noticia cierta de que los cervantistas ingleses, continuando una tradición tan honrosa para la noble nación británica como merecedora de todo nuestro agradecimiento, piensan ya en el tercer centenario de la muerte de Cervantes, que, de seguro, se celebrará en Inglaterra y en la América del Norte con grande solemnidad; ejemplo que nos constituye en mayor obligación de gastar nuestras mejores energías en el futuro Centenario de entrambos altísimos poetas.

»Todos estos impulsos y aspiraciones, enumerados en el adjunto proyecto de programa de algunas de las solemnidades con que podrá celebrarse el dicho Centenario, pone la Academia de la Poesía en manos de V. E., esperando que, como jefe del Gobierno de S. M., otorgará su alta protección á nuestro patriótico anhelo, y como insigne maestro de elocuencia y meritísimo cultivador de las Letras españolas, nos concederá su valiosísima cooperación en tan difícil y magno empeño.

»Podrían llevarse á cabo, entre otras cosas, las siguientes:

»1.° Aplazar la proyectada Exposición Universal de Madrid para la primavera del año 1916, en que ha de celebrarse el Tercer Centenario de la muerte de Cervantes; y pues el Cuerpo de Inválidos tiene ya los fondos necesarios para construir un hotel, procurar que este edificio sea uno de los que se construyan para la dicha Esposición, poniéndosele el nombre de *Cuartel de Cervantes*.

»2.° Cumplir lo dispuesto en el Real decreto de 8 de mayo de 1905 acerca de la suscripción nacional—ó mejor, de las naciones que tienen por lengua patria la nuestra—para erigir en Madrid un monumento á Cervantes.

»3.° Preparar, para que se acaben de publicar antes de abril de 1916, dos ediciones del *Quijote:* la una crítica y comentada, tal como hoy lo exige el adelanto universal de la cultura, y la otra con notas, para vulgarizar lo más posible la famosa obra de Cervantes. Esta edición popular será copiosísima, para regalar especialmente á las clases del Ejército y á las escuelas públicas de niños. A entrambas ediciones deberá preceder el magnífico estudio de Cervantes y el *Quijote* leído por el Sr. Menéndez y Pelayo en el Paraninfo de la Universidad Central el día 8 de mayo de 1905.

»4.° Preparar asimismo, para que esté impresa antes de la fecha indicada, una nueva *Vida de Cervantes,* escrita con todo rigor histórico, y en la cual se incorpore el resultado de las recientes investigaciones.

»5.° Organizar una Exposición Internacional Bibliográfico-Cervantina, to-

mando por base de ella la celebrada en Madrid en 1905, para ampliarla y mejorarla cuanto sea posible por medio de las invitaciones que se dirijan á los bibliófilos y cervantistas de dentro y fuera de España.

»6.° Organizar una Exposición Internacional Artística de Cervantes, en la cual figuren pinturas, esculturas, grabados, dibujos, tapices, etc., de dentro y fuera de España. En la sala de honor de esta Exposición podría lucir el mejor cuadro sobre asunto del *Quijote* premiado en el certamen internacional que habría de anunciarse con la mayor anticipación posible.

»7.° Organizar un concurso poético y musical.

»8.° Crear bajo los auspicios del Gobierno un organismo que tenga la especial misión de velar juntamente por la difusión y por la pureza de nuestro idioma, inspeccionando su enseñanza—mediante acuerdos internacionales—en los principales centros didácticos de Europa y América, gestionando el envío de buenos profesores españoles que enseñen el castellano en aquellos países, concediendo premios que estimulen el noble celo de los hispanistas que propagan en ellos nuestra cultura y nuestra habla, fomentando fuera de nuestra Patria la venta de buenos libros escritos en castellano, y, en fin, inspeccionando, también mediante acuerdo internacional, la publicación de obras españolas en el Extranjero.

»9.° Edificar y dotar, destinándolo para escritores ancianos y enfermos, un refugio que lleve el nombre de *Miguel de Cervantes*.

»10. Acuñar con el busto de Cervantes una medalla ó, á ser posible, una moneda de uso legal en España y en los demás países en que se habla como lengua nacional la española.

»11. Poner en circulación, sólo durante el mes de abril de 1916, toda la serie de sellos de Correos con el retrato de Cervantes y con figuras y escenas del *Quijote*.

»12. Disponer cuanto conduzca á la solemne celebración del tercer centenario de la muerte de Shakespeare, organizando representaciones populares de varias de sus obras, y dos concursos para premiar la mejor traducción castellana en verso de algunos de sus poemas y sonetos y el mejor estudio de vulgarización del autor y sus obras.

»13. Organizar, como ha propuesto D. Jacinto Benavente desde las columnas de *El Imparcial*, cabalgatas espléndidas en que tomen parte la nobleza, el Ejército y los artistas, y dar representaciones populares—callejeras, á ser posible—de algunos entremeses de Cervantes.

»14. Y pues la Academia de la Poesía es quien propone, y algo debe hacerse para honrar la memoria de Cervantes por sus indudables méritos de poeta, publicar una edición crítica de esta admirable obra, ampliando y mejorando cuanto sea posible las ilustraciones que para ella escribió D. Cayetano Alberto de la Barrera.

»Madrid, 6 de febrero de 1911.

»*El presidente,*

»***Alfredo Vicenti.***»

Bibliográfica

Sombras (cuentos psíquicos), por Angeles Vicente, con una portada de Bianqui.—Fernando Fe, editor; Madrid, 1910.

Angeles Vicente, la ilustre autora de *Los buitres,* acaba de publicar un nuevo libro que, como todos los suyos, ha de obtener, con seguridad, el éxito que merece.

No necesita la señora Vicente de nuestra presentación, ni hemos de intentar hacerla, porque sus obras anteriores y sus trabajos, bellos trabajos de un estilo correcto y muy personal, publicados en periódicos y revistas de todas partes, han puesto su nombre junto al de otras escritoras de reputada firma, cuyos méritos confirmados están por el público y la crítica, la crítica verdad, no la que se hace—caso corriente á la hora de ahora—, de acuerdo con el autor, en cenáculos y reuniones literarias, donde, las más de las veces, la amistad ó la galantería pretenden hacer valer obras que no merecen ni aun el tiempo que el lector invierte en abrir sus páginas...

Este libro *Sombras,* que acabamos de leer, y que ha dejado en nosotros un sabor exquisito, ingenuo á ratos y en momentos irónico, de una ironía humanamente amarga, no es uno de esos libros de puro entretenimiento cuyo interés, si alguno tienen, pasa con la primera lectura: obra es ésta que, leída una vez, ha de meditarse, haciendo de ella un detenido estudio, que lleva al ánimo del lector la perfecta comprensión de los fenómenos psíquicos que sirven de asunto á los cuentos de que consta el volumen, en el que hallamos, como un rasgo de buen humor de Angeles Vicente—quien conoce, sin duda, el papel importante que en este vivir amargo tiene la risa—, *El huerto encantado,* bello cuento de un final muy gracioso é inesperado y de una gran originalidad.

Angeles Vicente—la mujer hermosamente rubia, de ojos que llevan en su color la poesía de los mares y de los azules crepúsculos en calma—puede sumar á sus triunfos anteriores este gran triunfo que constituye la publicación de su nuevo libro *Sombras,* editado lujosamente por la casa de Fernando Fe, de Madrid, y que lleva en la portada un magnífico dibujo del excelente pintor catalán Sr. Bianqui.

F. González-Rigabert.

***

César, ó nada (novela), por Pío Baroja.

Es curioso el caso de un escritor como Pío Baroja, que no hace nada por amoldarse á los gustos del público, sino que escribe respondiendo á un modo personal de entender el arte, ajeno á si el público irá tras él en caravana de admiración. Y es mucho más curioso, no precisamente el que en su arte se desentienda del público, sino el que éste le siga, y le siga entusiasmado.

Porque no cabe duda de que Pío Baroja es uno de los novelistas de las letras de ahora que más lectores tienen, y no precisamente porque se entretenga en pulimentar el estilo y hacer labor de rebusca en el léxico, sino porque por el cauce de sus libros corre la vida atropellada y rebosante, pletórica de emociones y de ideas.

El estilo en Baroja es un repecho lleno de pedruscos, por el cual han de andar tropezando los gustadores de formas primorosas. No es un andador de jardín bien cuidado, como sucede en Martínez Sierra, sino un sendero de cabras Pero hay en él un paisaje tan lleno de emociones, hay en sus libros una vida interior tan intensa, que la lectura se acelera tan por instantes, que nadie se fija en que allí á la Gramática se la dedica un irreverente desdén.

Sin embargo, hay una cosa en la que Baroja no tiene rival, y es en las descripciones. Baroja al describir, es un pintor admirable que simplifica de tal modo la gama colorista de su paleta, que no emplea más que los colores indispensables para dar la sensación que se propone.

—

César Moncada, protagonista de la última novela de Baroja, es un hombre que ha leído á Nietzsche, un individualista frío y resuelto que se propone llegar á ser algo. Sin em-

bargo, no es un hombre unilateral, no está por completo libre de ciertos prejuicios, nótanse en él algunas vacilaciones, y por eso no logra rematar su obra, y se ve detenido en el camino de ella por los inconvenientes que le salen al paso.

El libro tiene dos partes: Roma y Castro Duro. La primera de estas dos partes, mucho menos novela que la segunda, pudiera titularse, como ha dicho el crítico Gómez de Baquero, «Paseos por Roma de un bárbaro moderno». Resultan interesantes las escuetas descripciones que Baroja nos va colocando ante los ojos, ordenadas por un espíritu que vuelve las espaldas despreciativamente á la herencia clásica, que habla con el menor respeto posible de lo que está consagrado por veinte siglos de ciencia arqueológica.

La voz de César Moncada en medio de las grandezas de la Roma histórica, pagana y cristiana, suena herética y burlona, despreciativa é irreverente. Sus ojos tienen una mirada de desdén para los monumentos reverenciados por artistas é historiadores, y sus labios se fruncen irónicos ante la magnificencia de un palacio clásico ó de un lienzo popularizado por la fotografía.

Castro Duro, escenario de la segunda parte del libro, es un pueblo de una geografía imaginaria, pero tan netamente español, que lo mismo se puede buscar en la llanura castellana que en la vega andaluza ó en el secano aragonés. Desbaratado el intento que le llevara á Roma con objeto de medrar á la sombra de la Iglesia por su condición de sobrino de un cardenal, César Moncada vuelve á España y encallejona sus ambiciones en la política.

Es diputado con los conservadores, y una vez pescada el acta, da una zancadilla á los que le ayudaron á subir y se hace radical: lo contrario de lo que suele suceder ordinariamente. Se casa, adquiere fortuna, y sus entusiasmos democráticos y reformadores van decayendo. Intenta la reelección, y no solamente es derrotado, sino que sus enemigos le preparan una emboscada, y en ella una bala le hiere dentro de su automóvil, y acaba, si no con su vida, á lo menos con los entusiasmos políticos que le hicieran soñar con la redención de su pueblo.

«Hoy Castro Duro—dice Baroja - ha abandonado ya definitivamente sus pretensiones de vivir, ha vuelto al orden, como dice el periódico semanal conservador; las fuentes se han secado, la escuela se cerró, los arbolillos del Parque Moncada fueron arrancados. La gente emigra todos los años por centenares. Hoy para un molino, mañana se hunde una casa; pero Castro Duro sigue viviendo con sus venerandas tradiciones y sus sacrosantos principios, sin permitir que los advenedizos sin religión y sin patria turben su vida, sin mancillar los derechos sacratísimos de la Iglesia nuestra Madre, envuelto en polvo, en suciedad y en mugre, dormido al sol en medio de sus campos sin riego.»

¡Se quiere una visión de pueblo más español, más triste, más desconsolador y más muerto! En él vive el héroe, el que, como César, ambicionara la victoria; pero vive sin ilusiones, *coleccionando antigüedades,* no siendo ya nada, nada...

—

La nueva novela de Baroja, sobre todo su segunda parte, es una obra completamente acabada en su ejecución. El profundo sentido de la sátira política que allí se desarrolla, la original manera como el asunto se presenta, lo atinado de la elección de tipos, la riqueza ideológica de que el autor hace verdadero alarde, la plasticidad con que están expuestas las escenas de que se compone, todo ello son poderosísimas razones que nos impulsan á declarar la bondad artística del libro.

Pío Baroja es en éste, como en cada uno de sus libros, el eterno César, el que siempre triunfa.

***

El retablo del ensueño (poesías), por Ginés de Arlés García.

Los ateneístas de ha treinta años, como acaba de recordarnos Cristóbal de Castro, hicieron una frase que ya está un bastante rancia para cantarle á la Poesía los funerales, legando á la posteridad aquella solemne majadería de que «la Poesía está llamada á desaparecer». Naturalmente, muchos de los que aquello dijeron, y otros tantos de los que lo comentaron, ya no son de este mundo, mientras que la Poesía sigue viviendo entre nosotros, aunque, como si fuese anta-

ñona mujer plagada de temores, sólo muy de tarde en tarde sale á dar una vueltecita por esos andurriales de nuestras letras contemporáneas. Con lo que queda demostrado que los únicos que con toda seguridad estaban llamados á desaparecer, eran los zonzos inventores de la tan llevada y traída frasecita de marras.

Desprendióse todo lo dicho por los puntos de mi pluma como acaece cuando se carga excesivamente y va sembrado el camino de borrones. Cargada estaba mi memoria de recuerdos poéticos de estos últimos días, y el llegar á mis manos este pequeño libro, que de versos es, y de versos muy lindos, causa ha sido de que el jarro rebasase.

En *El retablo del ensueño,* Pierrot señorea la portada. Pero el pintarrajeado payaso no ríe, no salta para que los cascabeles de su traje de locura suenen, no gesticula su rostro embadurnado para que los pequeñuelos, como pajarillos, píen gozosos. Pierrot medita, sus brazos penden flojos á lo largo de su cuerpo, y su cabeza se inclina en una triste actitud de amargura. En el fondo hay un paisaje de esqueléticos árboles, y á los pies del payaso se rinde desmayada una ofrenda de hojas amarillas, de hojas secas.

Pierrot está triste, y la tristeza suya echa raíces en nuestro corazón. Nuestros labios musitan sus versos, los versos de este humilde juglar moderno que á lo largo del camino de la vida, con el retablo de la ilusión al hombro, caminó lueñe é hizo noche en los mesones del desengaño y del dolor.

Pero la alegría vuelve á nosotros cuando, al final, el alma del payaso se conmueve, se agita, se remoza, y busca el dulzor de la dicha en los lazos amorosos de unos brazos que no pueden ser otros que los de Colombina.

Ginés de Arlés, nombre del poeta que tiene sonar de seudónimo, ha compuesto un libro delicado y gentil al armar los bastidores de su *Retablo del ensueño.*

J. García Mercadal.

***

El marqués de Bacalloa.—Escándalos de la Corte de Portugal, por Antonio de Albuquerque.—F. Granada y Compañía, editores.

La caída del Trono lusitano ha venido á dar un gran interés de actualidad al presente libro, el cual, si por su género literario es una novela, por la intención política que lo inspiró constituye un formidable alegato contra las podridas instituciones de aquel país, en plena descomposición.

Su autor lo escribió arrostrando los mayores peligros, y lo dió á la estampa valientemente y sin medir la dureza de las terribles persecuciones de que había de ser objeto. Pero, cual sucede siempre en esta suerte de trabajos, los medios de represión contra ellos empleados se convierten en vehículo de propaganda y en despertadores del público interés. «¿Qué cosas dirá este libro, que tanto lo persiguen?» Y para muchos que, sin duda, hubiera pasado inadvertido, se convierte en un vehemente estímulo tentador de su curiosidad. Así, mientras la obra de Albuquerque corría clandestinamente en Portugal de mano en mano, rebasaba las fronteras, habiéndose hecho de la misma numerosas versiones.

¡Y con cuánta fruición era leída! Fácilmente se descubre en sus personajes principales, entregados á las liviandades más monstruosas y disfrazados con nombres supuestos, las figuras de más relieve de la Corte y de la política portuguesa: el Rey D. Carlos y su esposa, sus favoritos y sus ministros, entre los cuales, bajo la denominación de Nunes, el famoso Juan Franco aparece pintado de cuerpo entero.

Albuquerque escribió su libro algún tiempo antes de la tragedia de la plaza del Rocío, y este hecho luctuoso, consecuencia lógica de un estado general de opinión, ya no debió sorprender á los que hubiesen leído este libro, en el cual se vislumbra la condensación de elementos inevitablemente impetuosos. Asimismo, repasando sus páginas y haciéndose cargo de sus tremendas revelaciones, se comprende que el regicidio consumado tres años atrás no podía ser más que el prólogo de los transcendentales sucesos que se desarrollaron en Lisboa recientemente. Y aun forzando la atención, no será difícil vislumbrar las dificultades con que ha de tropezar el nuevo régimen, caso de que llegue á verse combatido por ciertas tendencias demoledoras que, al igual que en todos los países constituídos de Europa y América, predominan allí en mayor ó menor grado, pero que pueden dar origen á graves entorpecimientos en un país por constituir.

Aun cuando el mérito de la obra de Albuquerque radica principalmente en su intención política, algunas de sus escenas, trazadas con notable vigor, y la evolución psicológica del protagonista, el digno coronel Alvaro de Luna, que, minado por el tedio y perturbado por un terrible desencanto, atenta contra su existencia, buscando en el no ser el eterno descanso, acreditan al autor del libro de experto novelista.

***

El porvenir de la América latina, por Manuel Ugarte.

La publicación de un estudio serio y documentado sobre el avance de los anglosajones en el Nuevo Mundo y sobre la suerte que espera á las Repúblicas hispanoamericanas, amenazadas y sumergidas en ciertos puntos por el imperialismo yanqui, tiene que despertar un interés vivísimo en todas las naciones de origen hispano. Los sucesos de Panamá y de Nicaragua—para no hablar más que de los hechos recientes—dan á una obra de este género una actualidad innegable.

Por eso ha llegado en hora oportuna el volumen que, bajo el título de *El porvenir de la América latina,* acaba de publicar el célebre escritor argentino Manuel Ugarte. El autor de *Visiones de España* ha hecho un paréntesis á su labor de literato y de poeta para encararse con los problemas inmediatos de su continente y de su raza en un tomo transcendental, donde se concilian, dentro de la claridad más cristalina, la profundidad del fondo y la suprema belleza de la forma.

Hasta ahora no se ha publicado en la América de origen español nada que tenga un espíritu tan continental y que tan de cerca toque los intereses y la vitalidad del conjunto.

Manuel Ugarte aboga en favor de la unión de las Repúblicas que en el Nuevo Mundo hablan la misma lengua y tienen idéntico origen, cree en la necesidad de mantener la composición étnica y moral de los veinte Estados, y traza las grandes líneas de un programa de renovación y de victoria.

Nadie puede dejar de reconocer que esta obra de polémica y de combate nace de una gran sinceridad puesta al servicio del más noble de los ideales. El autor ha residido largo tiempo en Europa, y habla de América al margen de las pasiones inmediatas. De aquí que *El porvenir de la América latina* sea un libro que debe ser leído por todos. Señala rumbos nuevos y agita los problemas más importantes.

Los editores valencianos Sres. F. Sempere y Compañía no han escatimado gastos para que obra tan importante fuera conocida con todo el lujo que requiere, y, al efecto, la han exornado con una artística cubierta en colores, á pesar de lo cual, y de contar más de 300 páginas de clara y compacta lectura, la han puesto á la venta á dos pesetas tomo en todas las librerías.

***

Misterio.

Se acaba de publicar la segunda edición de esta interesante novela de la eximia escritora D.ª Emilia Pardo Bazán.

No creemos pecar de parciales si afirmamos que su lectura es amenísima y delicada, llegando algunos relatos que contiene la obra á conmover grandemente nuestra alma y á deleitarnos en la contemplación de lo sublime.

El lenguaje es tan delicado y el estilo tan puro, que, unido á la intensidad dramática del relato y á las pintorescas descripciones de la época, llegan á absorber nuestra atención y á interesarnos de tal forma, que creemos estar viviendo aquellos mismos tiempos que la eminente escritora retrata con tanta fidelidad.

El argumento es, dado su carácter histórico, de gran interés, y su trama muy complicada, pareciendo que estamos leyendo á Dumas ó á Conan Doyle, ó bien el diálogo es tan puro y sentimental, que se nos figura estar oyendo las sentimentales poesías de Campoamor ó de Bécquer.

La infortunada vida del Infante Carlos Luis, hijo del Monarca Luis XVI, de triste recuerdo, cuyo interminable calvario y sufrimiento continuo es objeto de narración escrupulosa en el curso de la obra, tiene el doble carácter de novelesca é histórica, y de ahí su interés é importancia.

De venta en todas las librerías y en la casa editorial Bailly-Baillière, plaza de Santa Ana, 10, Madrid, á 2,50 pesetas, y tres en provincias.

Libros recibidos

POESÍA

Poesías escogidas.—M. Curros Enríquez.—Madrid, 1911.
Cancionero castellano.—Enrique de Mesa.—Madrid, 1911.
Poesías meridionales.—Carlos Valverde López.—Madrid, 1911.
Hogares humildes.—J. García Vela.—Madrid.
Frangullas.—José Rey González.—Pontevedra, 1910.
Regrets.—Julio S. Casal.—Madrid, 1910.
Cuesta arriba.—Eusterio B. Alario-Montes.—Palencia, 1910.
Batalla de flores.—Juan García Goyena.—Madrid, 1899.
Imágenes.—Enrique Díez-Canedo.—Librería Paúl Ollendorff.—París.

TEATRO

¡Labora!—Alejandro Bher.—Madrid, 1911.

NOVELAS, CUENTOS, LEYENDAS

Misterio (segunda edición).—Emilia Pardo Bazán.—Madrid, 1911.
La tontería de un gato.—Angelina Alcaide de Zafra.—Madrid, 1911.
En campo de gules.—Mariano Alarcón.—Madrid, 1911.
El chacal.—Juan García Goyena.—Madrid, 1899.
Leyendas árabes.—Juan García Goyena.—Madrid, 1905.

VARIA

La orientación internacional de España.—Rafael María de Labra.—Madrid, 1910.
La política exterior.—Rafael María de Labra.—Madrid, 1910.
Elogio de León Tolstoi.—Juan Díaz Caneja.—Palencia, 1911.
El alma de la raza que habla español.—Pedro César Dominici.—Madrid, 1911.
El porvenir de la América latina.—Manuel Ugarte.—Valencia, 1911.
La cuestión de Nicaragua.—Jenaro Cavestany.—París, 1911.

AFIRMACIÓN DE LA RAZA [1]

PORVENIR HISPANOAMERICANO

Señoras y señores: El Centro de Cultura Hispanoamericana viene á la vida social en un momento solemne y decisivo para el porvenir de la raza, porvenir tan enlazado con el porvenir del mundo, porvenir de tan abiertos, infinitos horizontes, que ante ellos se siente el espasmo precursor de los grandes acontecimientos históricos.

Porque en los días de luchas y pasiones de la emancipación de las colonias, la embriaguez de la conquistada independencia, por una parte, y por la otra el dolor de aquel enorme desgarramiento que nos arrancaba la mitad de nuestro ser y de nuestra nacionalidad espiritual, ofuscaron por largo tiempo los ojos de los españoles de aquende y de allende el Océano. Aquellas rupturas de lazos políticos y aquel hervir y cuajarse de nacionalidades apartadas, libres, desasidas del viejo solar materno, pareció á las colonias fugitivas y á la metrópoli abandonada un cambio radical, absoluto, una mudanza de vida, de naturaleza, de sangre, de alma: un formidable hachazo moral que volvía á partir en dos entrambos continentes.

Pero hay lazos inquebrantables entre los hombres y entre los pueblos. Se puede cambiar de régimen político, de instituciones, de fronteras; pero no se puede cambiar de sangre, ni de raza, ni de historia, ni de abolengo, ni de padres por ningún esfuerzo ni por ningún poder humano. Se puede modificar el presente y preparar el porvenir de los pueblos; lo que no se puede, porque no hay poder humano ni divino que lo alcance, es cambiar lo pasado. Y lo pasado no es una piedra que dejamos atrás y allí se queda inmóvil, inalterable, no: lo pasado no es piedra inerte, es germen vivo y prolífico; lo pasado de los pueblos es la Historia, es la raíz de lo presente, la semilla del porvenir; lo pasado actúa, vive, persiste y continúa su labor incesante y fecunda en nosotros; lo pasado somos nosotros, que vivimos de la herencia fisiológica y psíquica de las generaciones de que procedemos; que somos el producto, la persistencia, la prolongación de las vidas, de las almas, de los heroísmos, de las culpas, de los dolores y de las glorias de nuestros progenitores. Somos el último rayo del ayer y el primer albor del mañana, y ¡aún nos atrevemos á negar la Historia! ¡Qué importa! La Historia, que es la sagrada labor de la vida y la gran conciencia de la Humanidad, se continúa en nosotros, *velis nolis*. Y cuando la Historia, la Historia común para España y para América, es la más grande epopeya que vivieron los hijos de los hombres, aquella colosal epopeya sin Homero, porque aún no ha nacido poeta que alcanzase á cantar

(1) Importa decir que dentro del título común *Afirmación de la raza*—que será el de un futuro libro—incluye su autora esta serie de conferencias, cada una de las cuales tiene asunto y epígrafe particulares.

aquel ciclo de hazañas sobrehumanas, aquella apocalíptica sorpresa del hallazgo de un continente perdido entre los azules abismos de los mares y los cielos, aquella genesíaca y titánica poesía de los descubrimientos y de las conquistas; cuando la Historia es todo aquel reguero de llamas y de estrellas que dejaron á su paso los gigantes de nuestra edad de oro, cuyas sombras crecen al andar de los siglos; cuando la Historia es el desfile triunfal de los hercúleos domeñadores de razas, de los místicos iluminados que revelaron á los hombres el misterio del mundo interior, de los pintores, de los poetas, de los novelistas que produjeron el arte indígena, el más vivo, romántico, brioso y encendido de cuantos jamás existieron; cuando la Historia es todo ese raudal de grandezas derramado por la faz de dos continentes, entonces la Historia no se acaba, ni se corta, ni se le ataja con fuerzas materiales ni con ímpetus sectarios, porque no es desatado rodar de hechos, no es combatir de hombres contra hombres: es el sagrado germinar de la heroica sangre vertida y de las luminosas ideas sembradas en ambos mundos.

Y cuando el pasado es tan grande, tan ejemplar y tan fecundo, no hay fuerzas que lo anulen: persiste, fructifica, procrea, resurge, se impone. Tal es el caso presente. Ley es de la existencia física tanto como de la espiritual que aquello que se siembra germine, y esta ley ha de cumplirse, y se cumple, porque las magnas leyes de la vida y de la Historia se cumplen infaliblemente, por encima de las voluntades de los hombres.

Y así lo reconocen ahora todos los pensadores, políticos y publicistas hispanoamericanos.

El célebre escritor argentino Manuel Ugarte, tan duro juzgador nuestro en sus *Visiones de España,* á pesar de cuanto escribió en aquel acerbo libro, y ratificándose en ello, se declara «parcialmente español», reconoce para los hispanoamericanos «la necesidad de ser consecuentes—dice—para con los que nos dieron el espíritu que se prolonga en nosotros á pesar de todas las modificaciones posteriores». «Los sudamericanos que reniegan de su origen—declara—son suicidas morales y parricidas á medias»; y añade que, para ellos, «renegar del punto de partida—es decir, de España—es edificar en el viento».

En efecto; para los hispanoamericanos el punto de partida y de apoyo, la base histórica y moral, el abolengo, la herencia, la estirpe, la raíz de la vida y del espíritu, somos nosotros, es España, la heroica, la excelsa madre.

Y como tal afirmación está—¡y ahora más que nunca!—en la conciencia de toda la América española, lo que piensa Ugarte en la Argentina siéntelo el venerable Porfirio Díaz en Méjico, y al recibir la Embajada extraordinaria que D. Alfonso XIII le envió con motivo del reciente Centenario de la constitución de aquella República, expresó aquel sentimiento en una frase que merecía esculpirse como símbolo de la unión perenne de la raza: «España es la madre de casi todo el continente americano—dijo el Presidente de la República de Méjico—, y sigue siéndolo, porque las maternidades no prescriben.»

No, las maternidades no prescriben: por eso en esta grande hora de elaboración y de revisión histórica América se vuelve hacia nosotros, y nosotros

nos volvemos hacia América; porque afectiva, moral y étnicamente nos necesitamos, nos completamos, somos indivisibles; indivisibles por la historia, por la carne, por el espíritu y por la lengua, sangre común y generosa de la raza.

Todos, diplomáticos, políticos, sociólogos, publicistas—la unanimidad es aplastante—, todos reconocen que nos hallamos en una hora crítica y solemne para el porvenir del mundo; todos reconocen que en América la lucha está empeñada entre el Norte y el Sur, entre latinos y anglogermanos—lucha incruenta, paz armada, pugilato mudo y amenazador—, y todos reconocen que entre España y la América española existen inquebrantables lazos étnicos, afinidades indestructibles, solidaridad, atracciones y mancomunidades inevitablemente necesarias, que todo: el comercio, la geografía, las relaciones internacionales, los instintos de la propia conservación, las atracciones del amor, de la sangre y de la lengua, todo contribuye á estrechar, y estrecha más y más cada día.

Así, la unión espiritual de la estirpe, aquella gran confederación espiritual de que, acaso con adivinaciones de amor, propias de las almas femeninas, os hablaba yo hace un año, aunque no sea todavía un hecho histórico, es un hecho moral en la conciencia de toda la raza.

Y es que la América latina, constituída por veinte Repúblicas que tienen otras tantas voluntades, se encuentra sola, dispersa, falta de un punto de apoyo, de un lazo común, de un alma colectiva; indefensa y amenazada ante un gran poder creciente, absorsívo, aplastante, que la envuelve, la oprime, la atrae y amenaza absorberla. Por todo: por imposición brutal de la fuerza, y por ley inevitable del instinto, y por lógica infalible de la Historia; por coincidencia providencial de los hechos, que acaban de juntar casi en una fecha el fracaso del panamericanismo en su cuarta conferencia y el triunfo moral del hispanoamericanismo en las recientes solemnidades del Centenario de la constitución de las Repúblicas sudamericanas; por todas las causas y por todas las razones juntas, los pueblos hispanoamericanos necesitan de una fuerza cohesiva, de una gran energía renovadora é inmanente que los junte en apretado haz, en una gran familia de naciones, en un magno conglomerado étnico que, sin recurrir á las armas, ante la gran fuerza muda, ante la gran soberanía moral de su solidaridad de raza, detenga las codicias y rechace los embates del imperialismo anglosajón, y afirme y perpetúe victoriosamente el sentido de la raza y la inderrocable persistencia de su espíritu y de su lengua mil veces gloriosa.

Y esta necesidad de un lazo común y de una fuerza cohesiva se manifiesta de todos modos en los países iberoamericanos; arde en todos los espíritus, clama con todas las voces de la estirpe, aboga por la solidaridad sudamericana con la elocuente palabra del Dr. Rodríguez Larreta, que maneja nuestro castellano como un clásico de los siglos de oro, y con la enérgica pluma de Ugarte define claramente ese ferviente anhelo de unidad hispanoamericana. En su libro *La América española* escribe Ugarte: «A medida que se ex-

pande el pensamiento y se compenetra la atmósfera de las diferentes Repúblicas, á medida que la ilustración se difunde y asoman hombres de tendencias altas, á medida que nos damos cuenta de los intereses finales, empieza á surgir en nosotros un alma colectiva, una conciencia continental que añade una cúspide en el escalonamiento de nuestros patriotismos y crea algo así como un sentimiento nacional nuevo que, elevado por encima de los odios provinciales, resulta lógicamente de la identidad de historia, lengua y origen casi tanto como de la inferioridad en que se encuentra aisladamente cada uno de los Estados ante las posibles asechanzas del imperialismo.»

Sin analizar ni discutir en ningún sentido las doctrinas personales del señor Ugarte ni las tendencias políticosociales de las distintas Repúblicas hispanoamericanas, transcribo el párrafo porque nos pone ante los ojos el actual estado de alma de la América española; porque nos evidencia con claridad meridiana cómo empieza allí á surgir «un alma colectiva, una conciencia continental, un sentimiento nacional nuevo, que resulta lógicamente, así de la comunidad de historia, de lengua y de origen, como de un común instinto de conservación, de un sentimiento de inferioridad y de aislamiento ante las posibles asechanzas del imperialismo». Es decir, que por egoísmo y por amor, por imposiciones de la fuerza, por arranques atávicos y por inquebrantables leyes de mancomunidad étnica, la América española se une y se nos acerca más cada día, segura de que no puede separarse de los que le dieron el espíritu que en ella persiste y se prolonga á despecho de toda modificación posterior; segura de que renegar de su origen sería suicidarse moralmente y prescindir del punto de partida—de España—; sería edificar en el viento.

Y respondiendo muy de cerca á estas tendencias y aspiraciones de solidaridad latinoamericana, alborea y se esboza, entre el júbilo de las fiestas del Centenario de la constitución de aquellas Repúblicas, algo que parece más que el proyecto de una triple alianza latinoamericana, la cordial inteligencia que ha dado en llamarse el abecé sudamericano, el consorcio espiritual de la Argentina, el Brasil y Chile. Este consorcio podrá no ser nada—por ahora, á lo menos—en la esfera de la política y de los hechos; pero de seguro es, vale y significa mucho como síntoma en la historia espiritual de nuestra raza en América: «puede llegar á ser—escribe el publicista chileno Sr. Ancízar—el anhelado eje alrededor del cual giren los intereses latinos, presentándose unidos y conscientes ante los sajones para estudiar de igual á igual las mejores maneras de armonizar los destinos de las dos razas...» (1). Y mientras esto escribo, tráenos el cable la noticia de otra proyectada alianza entre Colombia, el Ecuador y Venezuela.

En suma: que frente al bloque anglosajón se levanta el bloque hispanoamericano; no, sin duda, en son de ataque ni de guerra, pero de cierto en prenda y como afirmación de solidaridad latinoamericana. Porque ya lo dice

---

(1) *Política interamericana*, por R. Ancízar. *Revista Argentina de Ciencias Políticas*, año I, núm. 2; 12 de noviembre de 1910; Buenos Aires.

el antes citado publicista chileno: «A veces bastan declaraciones platónicas para lograr resultados inesperados...»

Considerados estos hechos, no política, sintomáticamente, como expresión del actual sentir de las Repúblicas latinoamericanas, su transcendencia es tal, que no ha menester encarecimientos. Y por dondequiera que se le observe, el problema hispanoamericano contiene una gran promesa de afirmación y de vitalidad perdurable para nuestra raza.

El porvenir del mundo se divide entre dos grandes castas que encarnizadamente se disputan su dominio. La lucha está empeñada; pero más que lucha de hombres contra hombres, es lucha de razas contra razas; y más que lucha cuerpo á cuerpo de una con otra familia humanas, es lucha de alma contra alma, de idioma contra idioma, porque las lenguas son el alma viviente de las razas.

La lengua es la geografía espiritual de una estirpe; es su historia, su psicología; es su sentencia de muerte y de olvido, ó su promesa de gloria y de eternidad: porque en la lengua y en los monumentos de la lengua perduran las razas más que en los bronces eternos; las lenguas sobreviven á las civilizaciones que las engendraron: veinte siglos ha sobrevivido el latín á la civilización latina, y un verso de Homero vivirá más que los mármoles olímpicos de la divina Grecia; porque cuando la lengua se desposa con el genio que crea, de tal consorcio se engendra la inmortalidad de una estirpe; y nuestra lengua se desposó tantas veces con el genio creador, y tales creaciones produjo, que á fe que si la inmortalidad no fuera una sola, mil inmortalidades merecería.

Y en verdad que tiene singular elocuencia el hecho de que á la hora en que esas dos grandes lenguas, el inglés y el español, se disputan el dominio del mundo, una inmensa reviscencia de nuestro pasado heroico y de nuestra inspiración inagotable, y un inmenso crecimiento y difusión de nuestra lengua por el mundo, determinen un verdadero resurgimiento hispánico.

En efecto; por dondequiera surge y se desata una doble corriente de hispanismo; no, dos muy diversas y en ocasiones opuestas corrientes de hispanismo: uno, el hispanismo propiamente dicho, el legítimo y desinteresado amor á nuestras glorias históricas y estéticas; otro, el hispanismo—de algún modo hemos de llamarle—, el hispanismo utilitario, mercantil y *expansionista;* el que hace de nuestra lengua mayestática un vehículo rápido y seguro de los intereses mercantiles, de la penetración pacífica—digámoslo en español claro y rotundo—, de la pingüe conquista de la América latina, fabuloso Eldorado con que sueña la codicia universal.

Pero á fe que la difusión de nuestra lengua—aun exponiéndola á los graves riesgos de que hablaré adelante—es, en el fondo, un gran bien, una gran fuerza que nos impulsa y reanima y abre ante nosotros caminos de engrandecimiento: porque, pegado é infuso en la lengua, va siempre mucho de la historia, de la literatura, de la vida y del alma de los pueblos; porque la lengua es el más poderoso agente de la expansión espiritual, y aun de la expansión política, mercantil y financiera de las naciones.

Por eso los pueblos modernos y progresivos, que fían mucho más en la

penetración pacífica que en las violentas imposiciones de la fuerza, esperan mucho más del poder expansivo y conquistador de la lengua que del bárbaro poder de los cañones. Y en verdad que aunque nosotros los españoles seamos los últimos en enterarnos, y los más rehacios y tibios en interesarnos por lo que más nos importa y conviene, hora es ya de que empecemos á percatarnos —siquiera sea á través de informaciones y estudios extranjeros—de la inmensa y creciente difusión de nuestra lengua por el mundo.

Y esta doble corriente de hispanismo es nueva prenda del actuar de lo pasado sobre lo presente. Nuestra siembra espiritual reflorece y fructifica. Estaba escrito, y sucederá, está sucediendo: de la España heroica, conquistadora, civilizadora y creadora del ayer, nace la España fuerte y grande y progresiva del mañana; del abrazo de amor de España con América nace algo aún más grande que el porvenir de nuestra raza: nace el porvenir del mundo.

Cierto que el Norte domina hoy sobre el Sur, y la raza anglosajona sobre la hispanoamericana; pero... ¡qué importa! Para quien sabe ver en el caos de las evoluciones históricas, el porvenir no es nunca de la fuerza: el porvenir es siempre del espíritu; el porvenir es de la aspiración que pugna y aletea y empuja con bríos sobrehumanos la masa que la oprime; nunca de la opresión que gravita dura y aplastante sobre corazones que palpitan con ímpetus de libertad y con fuerzas vivas de amor. El porvenir es de las razas que agitan en la diestra la antorcha resplandeciente de un ideal; el porvenir es de las razas en cuyas frentes refulge la llama creadora del genio.

Ni la fuerza, ni la libertad, ni la hartura de bienes materiales son un fin: son medios; el fin está más alto; el fin es del espíritu; el que poseyere el espíritu poseerá la tierra: por eso los pueblos cifran su alta vida moral y su eternidad histórica, no en los opulentos ni en los opresores, no en los Cresos ni en los Césares, no en los que poseyeron la tierra, sino en los que poseyeron el espíritu, en los creadores de belleza: así, Grecia es Homero, Italia es Dante, Shakespeare es Inglaterra, Alemania es Goethe y España es Cervantes.

Y cuando el genio y el idioma de una raza encarnan en un hombre de estirpe de dioses, cuando sobre aquel hombre y sobre aquel idioma baja el Espíritu en lenguas de fuego y se consuma el milagro de una de esas creaciones supremas que bastan á eternizar una raza, aquella raza, aquel hombre y aquella lengua, aunque hubiesen muerto, vivirán.

Y sobre nuestra raza bajó el Espíritu; y no bajó una sola vez, bajó tres veces: descendió sobre la frente iluminada de una mujer que levantó nuestro vulgar romance al Sinaí de las visiones y al Tabor de las transfiguraciones eternas; descendió sobre la constelación resplandeciente de nuestros tres dramáticos que hicieron de nuestro teatro nacional la creación literaria más grande de los tiempos modernos, un nuevo mundo poético y un océano de inspiraciones inagotables; descendió sobre la pálida frente del soldado de Lepanto que, envuelto en el esplendor de dos epopeyas, escribió el libro insuperable que ha merecido cifrar toda la gloria de la lengua y de la estirpe.

Y cuando una lengua ha sido tantas veces ungida y consagrada por el Es-

píritu, esa lengua no morirá, porque infusa en sus cláusulas sonoras lleva la esencia que más nos acerca á Dios: el soplo que crea. Y ese soplo divino, fuerza inmanente que vivifica y enjuvenece á perpetuidad la lengua, y esa deífica llama, creadora de la inmortal belleza, ¿cuándo se apagaron en el alma de nuestra raza?

¡Creamos: luego vivimos con la más alta, verdadera y plena de las vidas!

Fuimos los latinos tan caudalosos de alma, que sólo á nuestra raza excelsa le fué dado producir hombres-síntesis, hombres-legión de la talla y contextura asombrosas de aquellos Hércules-Proteos del Renacimiento que se llamaron Leonardo de Vinci, Miguel Angel y Lope de Vega; pero Italia permaneció fiel á su tradición clásica y pagana en el fondo; Francia rompió de frente con su inspiración indígena, se negó á sí propia, abjuró de su grande arte del siglo XIII y se encerró voluntariamente en la limitación de un perpetuo remedo clásico. Representando el espíritu de las nacionalidades nuevas y asumiendo la alta vida espiritual y la originalidad estética de la civilización latinocristiana, quedó sólo Iberia, la península amada del sol y de los mares, breve en la extensión, inmensurable en la grandeza; tanto, que parece haber sorbido ella sola todas las energías de la acción y todas las llamas del espíritu de los tiempos nuevos. Ella vivió todo el romanticismo y toda la poesía de la tierra: vivió la gran poesía de la realidad y de la acción en sus épicas guerras y expediciones militares por todo el mundo; vivió lo que el maestro Menéndez llama «gran poesía geográfica de las conquistas y de los descubrimientos», al realizar en el de América la empresa más grande que registra la historia humana; vivió con sus místicos, con Santa Teresa sobre todo, gran cosmógrafa de las tierras interiores del espíritu y de los insondables abismos celestes, la magna poesía psicológica y vidente de nuestra mística, consignada en su libro divino *Las moradas,* apocalipsis moderno, obra única, en que más aún que en la *Comedia* del Dante pusieron mano el cielo y la tierra, porque en aquella prosa beata y resplandeciente se filtra á raudales el Espíritu. Y *Las moradas* y su autora divina son otras glorias nuestras que no caben en los límites de nuestra historia. Y á la Humanidad también pertenecen Cervantes y el *Quijote,* libro que es la mayor ejecutoria de nuestra nobleza estética. De la *Celestina* ha dicho Menéndez y Pelayo que, más que un libro peculiarmente español, es «un libro europeo»; y la *Celestina,* como Gervinus escribe, «inició la hora natal del drama en los pueblos modernos» y recorrió triunfalmente la Europa del Renacimiento. Cada uno de aquellos magnos libros nuestros hubiera bastado á la gloria, no de un pueblo, de una civilización entera.

Y lo que digo de los libros, dígolo de aquellos hombres-legión y multitud que, como Ercilla, vivieron las epopeyas que cantaban; como Cervantes, como Lope, como Tirso, como Calderón, vivieron la vida de los soldados, de los aventureros, de los místicos, todo el vivir de sus tiempos, y absorbieron toda el alma contemporánea, para recogerlos después en obras portentosas que son verdaderos cosmos, abreviados universos que afrontan el paso de los siglos con la riente juventud eterna de las creaciones sobrehumanas del genio.

Con esa leche de heroísmos y de inspiraciones nos amamantaron. Nuestro pasado excelso explica la hermosura incomparable de una lengua amasada con tanta heroica sangre y con tantas luces de lo alto; nuestro pasado excelso explica la persistencia gloriosa de una raza crecida á los pechos de la epopeya y nutrida con jugo de ideales; nuestro pasado excelso explica el hispanismo histórico y estético, porque sólo de la sagrada tierra de España, patria de la leyenda, metrópoli del romanticismo, Jerusalén de la mística, brotan inagotables fuentes de poesía, raudales de moral belleza bastantes á aplacar la sed espiritual del mundo.

Sólo de la sagrada tierra de España nacieron los semidioses estéticos capaces de fascinar á las muchedumbres, de encender en admiración pueblos enteros, capaces de inspirar verdaderos cultos, verdaderas religiones y fanatismos estéticos, semejantes al que Calderón inspiró á los alemanes y á los ingleses en los días del romanticismo.

Recordad lo que nos dijo el sapientísimo Farinelli en una lección inolvidable acerca de la difusión y del dominio que en los tres últimos siglos alcanzaron nuestra habla y nuestras letras por el mundo; cuando por todas partes se buscaban intérpretes y traductores de nuestro idioma y «divulgábanse —dice Farinelli—las gramáticas, diccionarios, artes, tesoros, espejos y flores para facilitar el estudio de la lengua de Castilla», aprendida y enseñada hasta en las remotas tierras de Suecia—como actualmente vuelve á serlo—. De las prensas de Amberes, de Amsterdam, de Lyón, de Milán y de Venecia salían á millares los libros españoles—hecho que también ahora se reproduce, aunque en lugares y por causas diferentes—. Nuestra dramática alimentó con su jugo á toda la dramática europea. Dos siglos vivió el teatro italiano de las migajas de la espléndida mesa de Lope y de Tirso; una legión de traductores, acaudillada por el infatigable Giacinto Andrea Cicoghini, trasplantó á Italia la prodigiosa flora dramática de Lope, y cuando Moratín visitó la patria del Dante, aún halló á Gozzi y á Metastasio alimentándose de las inspiraciones de Calderón, en cuyas claras fuentes bebió todo el romanticismo europeo, y un rayo de cuyo estro divino prendió también—al decir del abate Litz—en la creadora mente de Wagner.

En cuanto á Francia, testigo tan imparcial como Jules Lemaître nos declara que lo más original que aquel teatro produjo fueron dos obras españolas: *El Cid* y el *Don Juan*. Justo es consignar que Inglaterra y Alemania se adelantaron á los países latinos en la admiración á nuestra literatura y en el culto fervoroso á Calderón y á Cervantes; y que, según dice el primero de los eruditos sudamericanos, Rufino J. Cuervo, «heredaron los Estados Unidos esta predilección, como bastan á probarlo en lo pasado los nombres de Prescott, Irving y Ticknor, de Bryant y Longfellow...» Y sabido es que tienen allí nuestras letras mecenas tan espléndidos como Huntington, que ha levantado un templo grandioso á nuestra cultura, y cultivadores tan beneméritos como Fitz-Gerald, á quien deben el *Poema de Fernán-González* y la *Vida de Santo Domingo de Silos* preciosas ediciones críticas; Rennert, autor de una intere-

sante y bien documentada biografía de Lope de Vega; la Srta. Wallace, el Sr. Buchanan y otros muchos editores y comentadores de nuestras obras clásicas. Sabido es que el célebre hispanista Fitz Maurice-Kelly, invitado por el nunca bien enaltecido Huntington, recorrió no menos que diez Universidades de la América del Norte, empezando por la Columbia University, de Nueva York, explicando á un público entusiasta y devoto sus lecciones sobre el Cid, Cervantes, Lope de Vega, Calderón y los novelistas españoles modernos.

Y sabido es también que de las cátedras de aquella insigne Universidad de Colombia, en Nueva York, que es un brillante foco de hispanismo, donde se explican no menos que siete asignaturas de lengua y literatura españolas, una de las cuales trata por mitad de la «difusión de la influencia literaria de España en Europa» y de «Calderón y su teatro», de las cátedras de aquel floreciente estudio, repito, ha partido una noble corriente de reivindicación de nuestras conquistas y colonización en el Nuevo Continente.

Ya veis que si la América del Sur nos ama, la América del Norte nos admira; de suerte que, por la lengua ó por la gloria, España sigue llenando el Nuevo Mundo.

En cuanto al otro hispanismo—de los dos á que me refiero—, el hispanismo utilitario, mercantil y de exportación, es decir, el que propaga y utiliza nuestra lengua como vehículo de comercio y de explotación financiera, conviene decir que es un gran bien que amenaza convertirse en un grave mal: es un gran bien, porque la propagación y crecimiento de la lengua es siempre un medio poderoso de expansión y de resurgimiento para los pueblos; y puede ser un gran mal, porque la lengua profesada por extranjeros, enseñada y aprendida sin amor, corre gravísimo peligro de adulterarse y corromperse. Y este problema de la enseñanza de nuestra lengua en Europa como artículo de exportación y como instrumento de conquista de la América española es tan grave y transcendental, que reclama urgentemente la atención de nuestro Gobierno y de todos los Gobiernos hispanoamericanos, porque, tanto para ellos como para nosotros, la lengua es la esencia de la nacionalidad intangible. Y la integridad de la lengua, que es la integridad de todas las nacionalidades hispanoamericanas, hállase gravemente amenazada—¡urge decirlo!—en Europa y en América.

Así, si no existen leyes protectoras de la lengua, habrá que crearlas; y si las creadas fuesen insuficientes, habrá que ampliarlas: los hechos lo piden, la realidad apremiante lo impone. Nuestra lengua es nuestra; es nuestro propio espíritu étnico, el alma gloriosa de la estirpe; poséala quien amorosamente y con respeto sepa hacerla suya y merezca percibir la recóndita belleza de su esencia divina; jamás quien intente venderla por los treinta dineros de Judas, prostituirla en bajos fines, comerciar con su cuerpo de diosa, divorciarla de su ejecutoria literaria y, después de adulterarla y desnaturalizarla, enviarla á América para que trafique y trabaje en provecho ajeno, llevando al continente que nosotros conquistamos el virus corruptor de nuestra habla soberana

para convertirla en babilónica jerga internacional de logreros é ignorantes. ¡Eso, nunca! Si tal consiente España, perderá su soberanía espiritual en América, y merecerá perderla. Pero no llegaremos á extremos tales. Sin embargo, el mal es gravísimo y de los que piden remedio enérgico y pronto. Porque no sólo peligra nuestra lengua en Europa, donde amenazan corromperla y desnaturalizarla los extranjeros que la enseñan y la aprenden por receta, sin cariño, á poder de diccionarios y gramáticos más ó menos ortodoxos; no sólo padece desconsideración y menosprecio de los que le hacen un cargo de su propia clara facilidad, y le cierran las puertas de los estudios especiales, y le niegan valor pedagógico ó la excluyen de entre las grandes lenguas humanas—¡casos todos estupendos, pero históricos!—, sino que en América la pervierten y estragan de continuo las turbas allegadizas y aventureras que la revuelven y amalgaman con las heces de lenguas y dialectos que ruedan por los muelles, por los mercados y por las calles de la magna cosmópolis argentina.

Y este mal es casi inevitable. La gran República del Plata crece en las proporciones fabulosas de que con júbilo y estupor habla su Presidente ilustre en su discurso-programa, al aceptar la jefatura suprema de aquel tan próspero Estado; discurso, en varios conceptos, de capital importancia para los intereses hispanoamericanos. Las palabras del Presidente, que parecen vibrar con el acelerado ritmo con que late la vida en las pletóricas arterias de su Patria, nos transmiten el asombro de la Argentina ante su atropellado engrandecimiento, que da la sensación de un vértigo creciente. El coloso, en su violento rebullir, revienta todas las ligaduras. «Los puertos resultan estrechos —dice el Presidente—; los ferrocarriles, cortos; y las techumbres, escasas para las ricas germinaciones del suelo.» Es decir, que no hay graneros ni almacenes que basten á contener los frutos de aquella superproducción asombrosa. Sobra tierra, sobre feracidad, sobran riquezas; pero faltan brazos para explotarlas. Y después de hablar de colosales proyectos hidráulicos, que califica de «magnas correcciones á la Naturaleza», y de exponer en todo su alcance y transcendencia el capitalísimo problema de la emigración, habla el Presidente de la gravedad del futuro próximo. «Nadie podrá precisar—observa—cuál será el día ni la hora en que el aluvión humano desbordará de nuestras comarcas; pero presiento que el fenómeno va á abreviar los términos de la Historia, y habremos de prevenirlo para que sus influencias bienhechoras no perturben nuestra marcha ascendente ni abatan nuestro carácter en la tenaz competencia de los hombres y de las razas.» Es decir, en suma, que la Argentina, previendo que al convertirse en cosmópolis creciente, donde el elemento indígena quedará en gran minoría—«antes de cinco lustros», dice el Dr. Sáenz Peña—, teme que el elemento nativo se diluya en el torrente de gentes advenedizas que invaden aquella tierra de promisión; y para conservar el carácter de raza y de nacionalidad, trata de *argentinizar* las escuelas. Porque dice el Presidente: «Si educamos y formamos niños argentinos, es difícil que obtengamos adultos extranjeros.»

Pero deben advertir los gobernantes de aquella República—y de seguro lo advertirán, como lo advierten allí los grandes escritores—que la cultura, la sangre, la raza y el idioma de los argentinos son los nuestros, y así, lo que á ellos para su conservación nacional y á todos para nuestra integridad y persistencia étnica nos importa y nos urge mantener puro, íntegro, intangible, es el idioma, sangre espiritual de la estirpe.

Y esta conveniencia, que se impone con mayor apremio á la Argentina por ser la más cosmopolita de aquellas Repúblicas, impónese igualmente á toda la América española, so pena de convertirse en verdadera Babel del mundo, donde en la caótica confusión de las lenguas se disuelvan sus nacionalidades todas y se ahogue la cultura y el alma de la raza.

Y no alego sin pruebas. Del peligro que corre nuestra lengua en la Argentina nos avisa en altas y enérgicas voces un benemérito compatriota, el Sr. Monner Sanz, profesor y apóstol de nuestra lengua y literatura en Buenos Aires, enterándonos, en un artículo titulado «El idioma y la Patria», de cómo allí el lenguaje se corrompe y bastardea en todas las fuentes donde debiera beberle el niño: en el hogar, á menudo compuesto de personas de nacionalidades distintas y abierto á todos los vientos del exotismo; en la escuela primaria, donde «son tantos los pedazos de ciencia con que hay que rellenar las mentes infantiles», que no queda espacio que destinar al patrio idioma, que debiera ser la primera leche de toda buena enseñanza; en la escuela secundaria, porque falta modelo, estímulo, método, y soplan entre los escolares vientos de anarquía ante toda autoridad y disciplina lingüísticas; en las lecturas tampoco se remedia el mal: el periódico diario se lee mucho, pero no hay que pedirle lo que no puede dar; la revista, ¿quién tiene allí tiempo para los artículos largos?; el libro, si es nacional, circula poco; si extranjero, aporta nuevos elementos á la algarabía ambiente; si traducido, suele ser el mayor atentado contra la lengua. Y al ver cómo por dondequiera se empobrece y se vicia en alarmante progresión, el Sr. Monner Sanz pide apoyo y protección para el patrio lenguaje, «este lenguaje—dice—que dentro de un siglo, siguiendo el progresivo y fabuloso desenvolvimiento de la América hispánica, y principalmente el de la nación argentina, ha de ser hablado por doscientos millones de habitantes». Mucho me detuve en la cita; pero la importancia del asunto lo reclamaba. Lo que el Sr. Monner nos dice de la Argentina pudiera aplicarse á otras regiones de la América española. Las últimas palabras de nuestro compatriota manifiestan en toda su magnitud la promesa de engrandecimiento y el peligro de contagio y corrupción que amenaza á nuestra lengua, el grande bien y el grave mal de que antes os hablé: el inmenso bien del crecimiento y la difusión maravillosa con que nuestra lengua tiende á convertirse en idioma universal del porvenir, y el inmenso peligro que paso á paso corre de desleirse y disolverse al amalgamarse, cada día en mayores proporciones, con las lenguas más diversas y extrañas, con heces de lenguas y dialectos muchos de ellos ya viciados y corrompidos.

Pero no expongo estos males por mero prurito pesimista, sino con anhelo

vehementísimo de que entre todos los españoles de ambos continentes les pongamos pronto y radical remedio. Para la raza entera, para cuantos nos preciamos de hablar la soberana lengua de Cervantes es capitalísimo este problema del idioma; pero aún entraña mayor gravedad para la América española que para la propia España madre; porque aquí, dentro del viejo solar patrio, á lo menos por ahora, no peligra la integridad de nuestro idioma, y en la América nuestra—ya lo habéis oído—sí peligra, ó, á lo menos, se ve grandemente amenazada de contagios corruptores.

Y para la América española este peligro es capital, de vida ó muerte; lo plantearé resuelta y ceñidamente. El Sr. Ugarte ha dicho con muy loable sinceridad: «No podemos regocijarnos completamente de una emancipación que ha puesto en peligro el predominio de nuestra lengua en las Antillas, que nos ha hecho perder en Méjico cuatro millones de kilómetros cuadrados, que pone hoy en tela de juicio la suerte de toda la América central, y que, multiplicando el desmigajamiento de los antiguos virreinatos en Repúblicas á menudo minúsculas é indefensas, ha venido á sembrar el porvenir de imposibilidades históricas.»

Ya lo veis, señores; el testimonio no puede ser más elocuente é imparcial: la emancipación rompió la unidad de los pueblos hispanoamericanos, fraccionándolos en pequeñas Repúblicas, no siempre unidas entre sí, que tiemblan á cada paso por su autonomía ante el avance arrollador de la raza anglosajona. ¿Cuál es para todas estas Repúblicas el lazo étnico, el espíritu colectivo, la esencia de la nacionalidad, la nacionalidad misma? La lengua, nuestra lengua común, alma gloriosa de los setenta millones de españoles de las dos Españas.

Y este gran poder moral y político de la lengua, esta salvadora doctrina del idioma como espíritu animador de sus nacionalidades jóvenes la profesan, la predican, la sienten con creciente amor todas las Repúblicas de la América española.

Este amor hereditario é instintivo es además para los hispanoamericanos—y lo es más cada día—imposición forzosa de los hechos, cuestión de ser ó no ser, de independencia ó de vasallaje, de vida ó de muerte.

Por eso hoy más que nunca nos acerca y nos une á los hispanoamericanos un amor y una aspiración comunes: el santo amor á la lengua y el anhelo de mantenerla íntegra, enhiesta y vencedora, y de extenderla triunfalmente por el mundo, envolviéndonos con orgullo en la oleada de su púrpura imperatoria como en los pliegues de una colosal bandera que flota cada vez más alta y cada vez más gloriosa sobre el haz de los dos continentes.

Además—lo dije otra vez; pero importa repetirlo con la terquedad perseverante del que lucha por la Patria en su más alta expresión: la lengua y el espíritu—, es visible que desde que no tenemos dominio material en América, la grande alma de la América latina viene á nosotros por senderos de luz y de intelectualidad. ¡Salgámosle al encuentro, allanémosle los caminos! Porque no existe deber más alto para la raza como este excelso deber de consolidar la

magna confederación espiritual hispanoamericana. Y de este deber de raza que á los españoles, á los escritores sobre todo, tócales realizar, el Centro de Cultura Hispanoamericana—hablando ahora por mis humildes labios—quiere hacer su deber primero y su aspiración más fervorosa; porque nuestro Centro no viene á la vida social á derrochar lirismos baldíos, sino á realizar noble y fructuosa labor de cultura. Tal es la aspiración de su benemérito presidente al crearlo, movido de tan generoso como bien probado y entusiasta empeño en pro de nuestra cultura y de su difusión y prosperidad en los dos continentes, y tal es el anhelo vivísimo de los que le secundamos y seguimos en esta patriótica empresa.

Otra grande obra de cultura se impone á la actividad de los españoles de ambos mundos: la gloriosa y gigantesca labor de nuestra reedificación histórica, singularmente en lo que atañe al magno asunto del descubrimiento, colonización y civilización del Nuevo Mundo, es decir, de la página más grande de la historia humana, página que España escribió con el heroísmo titánico de sus conquistadores, con el verbo de fuego y con la sangre del martirio de sus misioneros sublimes, y con el hambre y los tormentos de las valientes masas homéricas de soldados y pobladores que con frecuencia—con demasiada frecuencia, ¡oh dolor!—morían de las más desastradas muertes entre los cerrados bosques tupidos, ó sucumbían de hambre y de sed en las desiertas pampas infinitas, en las desiertas pampas, tan áridas é inhospitalarias entonces, á las cuales aquellos rotos, aquellos hambrientos llevaron el primer aprisco que Grandmontagne ha llamado «tronco ilustre de la actual fronda lanar», y que fué principio de la fabulosa fecundidad y riqueza de aquella edénica tierra argentina.

«El dominio de España en el Nuevo Mundo es uno de los campos descuidados de la ciencia histórica—ha dicho el profesor de la Columbia University Guillermo R. Shephen—; no existe en ningún idioma una obra sintética y comprensiva de tan magno y capital asunto, y las que fragmentariamente lo tratan, suelen inspirarse en parcialidades y prejuicios.»

Americanistas, no españoles, á quienes nadie sospechará de parciales, han iniciado la corriente de reivindicación histórica en pro de España.

Altamira señalaba ya en 1906 esta corriente en los libros de Blackword, Zimmermann, de Hoebler, en el de Gailard Bourne, en las rectificaciones hechas por escritores americanos á la apasionada obra de Jenaro García, en los trabajos del citado Sr. Shephen y en dos interesantes monografías acerca de la colonización española en Venezuela y de la ocupación alemana de aquel país. Shephen y Humbert convienen en la necesidad de la revisión y reedificación de nuestra historia hispanoamericana, y coinciden en afirmar que tal historia no puede escribirse sin acudir al tesoro de documentos que permanecen intactos en nuestros archivos. Y estos documentos que nuestra pereza tiene en abandono tan punible—aunque haya que salvar excepciones loabilísimas—duermen, no sólo en el Archivo de Indias, en el de la Academia de la Historia, en el Histórico Nacional y en otros muchos públicos y privados, y

singularmente en los de Protocolos, Bastillas inconquistables donde yace hacinado—y no bien alojado siempre—lo más ignoto y precioso de la historia nacional.

No faltan, ciertamente, documentos en que cimentar con solidez, en justicia y en verdad esa gran reconstrucción histórica; pero los más de esos documentos andan dispersos, traspapelados, revueltos y voluntaria ó involuntariamente olvidados.

Urge formar el inmenso inventario de documentos sobre cuya firme base ha de erigirse la historia definitiva de nuestros descubrimientos, conquistas y civilización en América. La labor histórica por hacer es inmensa; será reivindicadora para España, será honrosa como ejecutoria de nobleza para América, hija de nuestra sangre y de nuestro espíritu; será fructuosa enseñanza para el mundo; será cimiento de eterna concordia entre americanos y españoles, y será corona excelsa para la raza que tantos milagros alcanzó á realizar.

Porque en los tres siglos transcurridos desde nuestra edad de oro aún no han podido los historiadores y eruditos propios y extraños recoger ni inventariar todas las riquezas históricas y estéticas que la Humanidad debe á España.

Aún no ha sido como se debe estimada nuestra maravillosa obra de cultura en ambos mundos; y acaso permaneceríamos aún más olvidados de nosotros mismos, más enemigos de nuestros propios intereses, y desde luego más desestimadores de nuestra propia conciencia étnica, de nuestro pasado excelso y de nuestra gran significación en la historia de la cultura y del espíritu, si Dios no hubiese hecho nacer entre nosotros un hombre en quien parece haber resucitado uno de los gigantes de nuestro Renacimiento, como para afirmar al mundo la inderrocable persistencia y vitalidad y la inextinguible virtud y eficacia creadora de la raza.

Y ese hombre—¡su nombre está en todos los labios!—, ese Atlante espiritual á quien España debe, no sólo la historia de las ideas estéticas importadas ó nacidas en nuestro suelo, la historia de nuestra novela y de nuestra dramática desde sus más remotas raíces, la de nuestros líricos de Castilla, la de toda nuestra cultura, y más aún, la crítica reengendradora de toda la colosal cultura nuestra, la esencia de su esencia extraída con mente más que humana de un abismático océano bibliográfico; ese hombre que á poder de tal milagro ha reedificado el espíritu y la conciencia de la estirpe, ha puesto también con sus robustas manos de coloso intelectual los cimientos en la magna obra histórica de nuestra común cultura de ambos continentes en su admirable *Antología de poetas hispanoamericanos*.

Importa, pues, ante todo, honrar al maestro Menéndez y Pelayo como á la propia conciencia de la raza; importa reeditar mil veces, si fuera posible, esa *Antología de poetas hispanoamericanos*, para vergüenza nuestra apenas conocida en España, ni recordada siquiera con ocasión de los festejos del Centenario de la constitución de aquellas Repúblicas.

Importa que el Centro de Cultura Hispanoamericana, en la medida de sus fuerzas, colabore á la magna obra de nuestra reedificación histórica.

Importa que todos trabajemos en la unificación y crecimiento de esas dos corrientes de hispanismo, que, al juntarse con ímpetus y caudales oceánicos, cubrirán de las claras sonantes aguas de nuestra habla magnífica casi toda la superficie de la tierra.

Honremos á los hispanistas de Europa y de América; alentemos á los nobles artífices, á los fogosos apóstoles y á los pacientes obreros de la lengua; á los que la esculpen con cincel de oro en mármoles pentélicos; á los que humilde y perseverantemente la trabajan, la difunden y la enseñan; á los que con fuego y abnegaciones de misioneros la predican y defienden como á santo evangelio de gloria y de belleza; honremos sobre todo á los que en las llamas de sus mentes creadoras la acendran, purifican y acrecen con aleaciones de palpitante vida y de alma ambiente.

Porque tanto importa la conservación y salud de la raíz y esencia inviolable del idioma, como su constante crecimiento, renovación é incorporación á las raudas y múltiples corrientes de la vida y de la cultura universal.

Y ese crecimiento, vitalización é incorporación de nuestra lengua al vivir actual, amplio, intenso, creciente de la raza, es ya un hecho—y de ello hablaré pronto—; un hecho que victoriosa y definitivamente desautoriza y destruye todo injusto cargo de estancamiento y deficiencia formulado contra una lengua que tuvo y tendrá siempre la virtud de reengendrarse á perpetuidad de sí misma, como la Naturaleza inagotable y siempre nueva; que tuvo y tiene en la actualidad—¡ciego estará quien no lo viere!—la virtud como providencial y profética de renovarse, acendrarse, acaudalarse y enjuvenecer milagrosamente en las vísperas de cada resurgimiento del espíritu.

Y ahora que la tierra y el alma de los dos mundos se estremecen en la expectación de un nuevo día de la estirpe, cuya luz despunta ya enrojeciendo los horizontes de América, empujemos todos hacia el cenit al astro nuevo. Trabajemos á los dos lados del Océano por nuestra reconstrucción histórica y por el magnífico florecimiento de una inmensa cultura hispanoamericana; velemos por la integridad y por la difusión de nuestra lengua soberana.

Y hagamos que la fecha del tercer centenario de la muerte de Cervantes sea un gran día de fiesta mundial, una solemnidad humana sin dejos de amargura, sin mezcla de egoísmos, ya que Cervantes es la gloria más pura de la estirpe. Hagamos que en la fecha del tercer centenario de su muerte se realice el sublime ensueño de la confederación espiritual hispanoamericana, el abrazo de amor de la gran familia de naciones que tienen por alma la lengua que él supo hacer tan suya.

Blanca de los Ríos de Lampérez.

———oOo———

El Congreso penitenciario de Washington de 1910

Todas las personas de mediana cultura saben que entre los Congresos internacionales (frecuente pretexto para que los titulados sabios disfruten en honesta ociosidad algunas migajas de los respectivos presupuestos) alcanzan suprema importancia los penitenciarios, origen á menudo de radicales reformas, fuente siempre de útiles enseñanzas, y donde abundan los hombres eminentes ansiosos de mejorar á sus semejantes y honrar á su Patria. El culto del ideal que practican algunos individuos consuela de las vilezas á que rinde tributo la especie.

El Congreso celebrado en Cincinnati en 1870 fué sólo nacional; pero, gracias al apoyo que obtuvo del Gobierno norteamericano, sirvió de base para la organización del de Londres de 1872, primero de la serie de los penitenciarios internacionales. El último, el octavo, se celebró en Washington en octubre del pasado año y es objeto del presente trabajo.

Al de Londres no tengo noticia de que concurriera oficialmente España ni asistiera particularmente ningún español. Corrían entonces días muy tristes para la Patria, y la malsana agitación política consumía todas las actividades.

En el de Stokolmo de 1878 logramos lucida representación. Don Pedro Armengol, delegado por la Diputación provincial de Barcelona, escribió como resultado de sus observaciones un vibrante folleto titulado *La honra científica española en manos de S. M. el Rey D. Alfonso XII;* y D. Francisco Lastres, nombrado por el Gobierno, á más de intervenir en las deliberaciones con su indiscutible talento y su bien probada competencia, escribió una Memoria, modelo de información científica y de claridad. Doña Concepción Arenal envió un extenso informe, acogido con el respeto y el cariño que siempre obtuvieron los trabajos de tan insigne mujer, al menos fuera de España.

Al Congreso de Roma (1885) asistieron D. Manuel Silvela, D. Pedro Armengol, D. Luis Díaz Moreu y D. Francisco Lastres, cuyas labores fueron justamente celebradas. Lastres redactó la correspondiente Memoria, y no quedó inferior en su desempeño al acierto logrado en la de Stokolmo. Place consignar que al leerse el dictamen de D.ª Concepción Arenal *Sobre el empleo que debe darse en las prisiones á los domingos y días festivos,* se acordó por unanimidad enviarle el siguiente telegrama:

«La tercera sección del Congreso penitenciario, al expresar su sentimiento de que la Sra. Arenal no haya podido venir á sostener las conclusiones de su notable informe, le ofrece el tributo de su respetuosa simpatía.»

Al Congreso de San Petersburgo, celebrado en 1890, tuve el gusto de asistir en la grata compañía de Rada y Delgado, Rafael Salillas y Cedrún de la Pedraja. En aquellas mis remotas mocedades confieso que carecía de la preparación conveniente para figurar en tan grave asamblea. Tampoco cuidé de improvisarla, y, además, San Petersburgo, en aquella sazón más alegre y

jaranero que París, ofrecía hartas distracciones á mis pocos años. Con todo, llevado del natural impulso que siempre me impidió el silencio donde otros hablan, y del legítimo deseo de lucir mi francés, lengua que me es familiar desde la infancia, me arrojé á discurrir sobre el encubrimiento habitual, sosteniendo una opinión que no fué del agrado de los señores, aunque, por contraria á la corriente, fué un estímulo para mi palabra. Rada y Delgado y Cedrún de la Pedraja hablaron repetidas veces, y siempre con discreción y tino. Salillas guardó un silencio majestuoso.

Al Congreso de París, celebrado en 1895, asistió D. Pedro Armengol; y en el de Bruselas de 1900 se distinguieron Cedrún de la Pedraja, Cadalso y Dorado Montero.

En el de Budapest (1905) figuran como inscritos Lastres, Dorado Montero y Alvarez Mariño. Ninguno de ellos asistió. Lastres envió un informe sobre *El encubrimiento considerado como delito especial,* reproduciendo antiguas opiniones suyas; pero no se oyó la voz de España en la capital de Hungría. No creo que sirva á nadie de gran consuelo saber que representaron á nuestra lengua y á nuestra raza, ocupando vicepresidencias, los delegados de Méjico y de ¡Cuba!

Ausente España de la más alta manifestación de la cultura jurídica, apartada también de la Comisión penitenciaria internacional, y habiéndose acordado en Budapest que el octavo Congreso se celebrara en Washington, el Gobierno de los Estados Unidos de la América del Norte se dirigió al español invitándole á concurrir oficialmente á la Asamblea.

En julio de 1907 se hizo la invitación, y el Gobierno conservador le dió carpetazo. De tal suerte Maura—¡á qué hablar de sus humildes secretarios!—no se preocupó lo más mínimo de que en el Congreso que representa la máxima cultura, celebrado en tierra americana, al que asistía por delegación Europa entera, al que concurrieron representantes de las naciones hispanoamericanas, estuviera presente España, que tan gloriosas tradiciones puede ostentar. A punto estuvo de mostrarse nuestro desistimiento de cooperación al estudio y resolución de los problemas penales en los momentos mismos en que un triste aniversario arrojaba sombras sobre nuestra manera de enjuiciar. Acaso tal desdén es una instintiva correspondencia. Fuera de España, para alcanzar una mediana estimación de las gentes cultas, es preciso declarar que no se sufre la desgracia ó no se acepta la vergüenza de ser partidario

En diciembre de 1909 insistió compasivamente el Gobierno de los Estados Unidos en la petición de delegados españoles; y, al fin, el Ministerio de Gracia y Justicia dispuso se consultara á nuestro Consejo Penitenciario si alguno de sus vocales quería ir á Washington, pero en la inteligencia de que iría á su costa. Los dignos vocales del Consejo, no sólo prefirieron veranear más cerca y más cómodamente, sino que se abstuvieron de realizar la más insignificante gestión para remediar la grave falta de España, mostrándose con ello tan inútiles para toda obra seria de cultura como la misma Comisión de Códigos.

Al fin, dos voluntarios del Derecho penal y penitenciario, que acaso pensaron en los de Melilla, reclamaron el puesto de honor, desierto por indotado, y les fué concedida generosamente la representación que solicitaban. Y conste que yo no me quejo, ni tengo derecho de hacerlo. Mi nombramiento fué acompañado de grandes é inmerecidos elogios que me prodigaron el director de Prisiones, el ministro de Gracia y Justicia y el presidente del Consejo de ministros, con los cuales estaré siempre en deuda por mucho que encarezca mi gratitud. Además, en la carta que dirigí al ministro al solicitar que me honrase con la delegación, le manifestaba que alejara de su pensamiento la idea de que yo era un pedigüeño de dietas; y que si disponía de fondos, los empleara en el alivio y remedio de algún demócrata que hubiera padecido por la libertad: prevención que juzgarán, probablemente, los discretos que se pudiera muy bien excusar por inútil.

***

En un folleto por mí recientemente publicado figura la relación del viaje por los Estados Unidos que, como precedente del Congreso, y para estudiar importantes Prisiones y Escuelas de Reforma, verificamos del 18 al 28 de setiembre.

Esta relación, debida á la bien cortada pluma del Dr. Borel, catedrático de la Universidad de Ginebra, inserta en el *Boletín* que vió la luz en Washington en francés y en inglés, reseña mejor que yo pudiera hacerlo los pormenores de aquella excursión encantadora. Figura en lugar preferente entre los documentos que pueden leerse al final del mencionado folleto. Con ella van una traducción fiel del interrogatorio y de las conclusiones votadas, y todos los pormenores de organización que he creído convenientes para que las personas á quienes estos asuntos interesan, formen juicio de lo más esencial en vista de datos oficiales que ningún comentario disfraza ó desvirtúa. Así también quedo yo más libre para referir mis impresiones sin trabas enojosas.

***

En el viaje, hecho en tren especial compuesto de siete coches Pullman, ha brillado la generosidad norteamericana para obsequiar á los huéspedes, que es una virtud nacional, como han proclamado viajeros dignos de crédito, como Paúl Bourget y Jules Huret, en libros muy conocidos.

El patriotismo, en tan alta ocasión, ha resplandecido en todas partes. Los Estados autónomos que hemos recorrido, las ciudades de administración libre, las fundaciones particulares que funcionan con independencia, han rivalizado en su cooperación á la iniciativa del Gobierno federal, que ninguna coacción podía emplear, y que sólo rogaba, en nombre de la Patria común, de la civilización y de la cultura, el buen acogimiento de los representantes extranjeros. Es espectáculo maravilloso, causador en todos de admiración y en muchos de

envidia, que en un país tan radicalmente descentralizado, en que el Gobierno de Washington no está facultado para nombrar un alcalde, un juez ni un gobernador, hayamos visto constantemente ondear la bandera nacional de las cuarenta y seis estrellas. La prodigaron los particulares, las Corporaciones, las ciudades, los Estados. La contemplamos honrada, festejada, vitoreada, asociada al himno nacional, entonado por los circunstantes con la cabeza descubierta.

Este patriotismo trasciende á las relaciones particulares en forma de un orgullo que á veces resulta ridículo.

European es para ellos, aunque traten de disimularlo, término despreciativo.

Cuantas veces he preguntado en mis conversaciones inglesas á mi interlocutor: *Are you english?,* si me había equivocado en mi presunción, he oído contestar con viveza y con el tono de contrariedad de quien desvanece un supuesto que no le favorece: *No no I am american.*

***

El Reformatorio de Elmira, fundado en 1876 por el Estado de Nueva York, y cuyo primer director y organizador fué el venerable Brockway, que, felizmente, vive, no podía faltar en la excursión penitenciaria.

Es en España bien conocido por el libro de Dorado Montero, y en una de las conclusiones de nuestro Congreso de Valencia se aceptaron sus enseñanzas. Cuando le visitamos encerraba 1.150 corrigendos. Está destinado á la reforma de los condenados por delitos graves de edad de diez y seis á treinta años que han delinquido por vez primera.

Todas las sentencias son indeterminadas.

El Consejo de Dirección *(Board of managers)* ejercita el derecho de la liberación condicional.

La parte pedagógica es una verdadera maravilla. La alimentación, sana y abundante. La educación física, los ejercicios gimnásticos ocupan preferente lugar. Los pupilos, que tal nombre merecen más que el de penados, organizados militarmente y perfectamente mandados, nos ofrecieron el espectáculo de unos ejercicios que á los profanos nos parecían el colmo de la precisión y la marcialidad. Y todo ello en un patio que semejaba un parque extenso, con profusión de banderas nacionales, con armas, aunque inservibles para disparar, con vivas, cantos y aclamaciones. La idea de que estábamos en una prisión se alejaba del pensamiento. Y esto es cabalmente lo que han querido y logrado los americanos del Norte. La fe en la corrección de los jóvenes delincuentes es allí absoluta, y es fe viva que no se detiene en la contemplación, sino que trasciende á las obras. Todo en Elmira concurre á elevar el carácter de los corrigendos: buenos ejemplos, excelentes enseñanzas, instrucción escogida, trato cariñoso, la menor coacción posible, culto de la Patria y de la bandera, y la constante predicación por la palabra y por los hechos de que la hon-

radez en la conducta es en la vida civil un deber y un provecho. Y á la salida de Elmira les espera, no un ambiente hostil, sino las Sociedades de patronato que completan la obra educadora del Reformatorio. Las correcciones logradas en proporción enorme, los hombres útiles reintegrados á la vida nacional, afirman cada día la fe en la enmienda, que es carácter distintivo de las doctrinas penales americanas.

De igual tipo son los Reformatorios de Mansfield (Estado de Ohio) y de Jeffersonville, cerca de Louisville, que igualmente visitamos.

En España no hemos pasado de ensayos bien intencionados. La Escuela de Reforma de Santa Rita y el Reformatorio de Alcalá son gérmenes de algo que pudiera ser eficaz si hubiese dinero, protección constante é inteligente del Gobierno, y ambiente favorable de simpatía auxiliadora.

Hoy por hoy, hay que asentir, por desgracia, á lo que ha escrito el fiscal del Tribunal Supremo, Sr. Gómez de la Serna, en la Memoria de 15 de setiembre del pasado año: «La situación de nuestros jóvenes en las cárceles es peligrosísima y lamentable. Si la vida es de comunidad en esa escuela refinada del crimen, saldrán maestros; si es celular, su abandono y aislamiento absolutos, pues nadie se preocupa de visitarlos, produce no menos dolorosas consecuencias. Es preciso que el ministerio público haga cumplir enérgicamente los preceptos vigentes sobre la separación de esos reclusos infantiles de los otros, y donde las cárceles lo hagan imposible, denunciar concretamente el hecho á esta Fiscalía. No menos deben vigilar las infracciones sobre el trabajo, la instrucción y la higiene. Que no puedan sacarse de la realidad fotografías tan horrendas como éstas: sucios, andrajosos, cuando no completamente en cueros; comidos de la miseria y de las moscas cutáneas; extenuados por los vicios solitarios; ignorantes é incultos; depravados en su sentido moral, y aleccionados en todas las artes de la delincuencia por los criminales, con quienes viven en infame promiscuidad; sin honrada ocupación que los entretenga, ni mano que los socorra, ni voz que los aleccione, ni corazón que los consuele, ni espíritu que los esperance, los jóvenes que se encierran en la mayoría de nuestros establecimientos penitenciarios son seres condenados á delito perpetuo por la misma sociedad obligada á educarlos, corregirlos y sanarlos.»

Aún es mayor en los Estados Unidos el cuidado que se dedica á los niños que han cometido alguna infracción. Hasta el cumplimiento de los diez y seis años se entiende que no hay delito, sino una mala educación, una falta de los padres que importa remediar mediante el ejercicio de funciones tutelares paternal y cariñosamente desempeñadas. De esta idea proceden los «Tribunales para niños», uno de los cuales vimos funcionar en Indianápolis.

En aquel país de las poderosas energías, donde siempre se encuentran hombres de buena voluntad, con dinero, con vocación decidida y capaces de consagrar su vida á la realización de una idea, no es de extrañar la fundación, que data de 1905, de la George Junior Republic, que admiramos en Freeville. Se trata, como quien no dice nada, de una República de niños. El filántropo Mr. George, que la creó, ha partido del principio de que un niño autor de

una infracción no debe ser considerado necesariamente como malo ó criminal, sino que, al contrario, debe juzgarse que sus buenas prendas, bien cultivadas, le convertirán en un ciudadano útil á su Patria. Para conseguirlo hay que evitar el correccional ó el reformatorio de rígida disciplina. Es preferible, para inculcarle el respeto de la ley y del orden, darle ocasión de que practique el *self government*. Y, en efecto, los niños son ciudadanos de la República de Freeville, ó sea, de *Ciudad libre*. Agrupados en corto número en lindísimas casitas de campo ó *cottages,* bajo la cariñosa protección de un preceptor ó de una matrona, según su sexo, eligen su Gobierno (por sufragio universal que no excluye á las hembras), que se compone de un presidente, un vicepresidente, un secretario ó ministro del Interior y un secretario ó ministro de Hacienda; constituyen su Poder judicial, que actúa con dos jueces (un muchacho y una niña), dos abogados generales ó fiscales (varón y hembra también), agentes de policía y guardianes de cárcel. La justicia la administra un Jurado presidido por el juez. Emplean para sus transacciones una moneda especial, y redactan un periódico. Los holgazanes son juzgados severamente con arreglo á las leyes de la República, castigados con prisión y obligados á trabajar en beneficio del procomún. Esta descripción parece una utopía, y, sin embargo, la República infantil funciona desde 1905, y, según asegura Mr. George, con excelentes resultados. Algunos norteamericanos eminentes juzgan que es ir demasiado lejos; pero todos esperan que la experiencia decida. Esta facilidad para experimentarlo todo y para aceptar dócil y lealmente los resultados de la prueba es nota característica de aquel país, y se advierte en la política, en la administración, en la industria, en el comercio, en la pedagogía, etc., etc.

Los delegados franceses, con los que por afinidad de ideas, de cultura y hasta de lengua trabé las más cordiales relaciones, entienden que el sistema descrito aplicado á Francia produciría resultados diametralmente opuestos á los que esperan confiadamente Mr. George y sus amigos. Así lo ha declarado Mr. Schrameck, director de aquella administración penitenciaria, en la sesión celebrada en París el 16 del pasado noviembre por la Sociedad General de Prisiones, en que él y sus compañeros dieron cuenta de sus observaciones y trabajos en el Congreso con la brillantez y claridad propias de su nación, la primera siempre en la difusión y vulgarización de las ideas.

En cuanto á España, el pensamiento de una república ó de una monarquía infantiles para practicar el *self government,* es cosa capaz de hacer reir sin tasa ni medida á la misma melancolía. Sería una merienda de negritos, un cultivo de caciquismo menudo, un campo de bélicas pedreas; estarían los angelitos siempre con chichones y los ojos turbios; las autoridades elegidas se verían continuamente desacatadas; habría conspiraciones todos los días, y los niños y las niñas jugarían, con más gusto que á la política, á la administración y á la justicia, á los novios, y los más espigaditos, á marido y mujer.

En cambio, sólo elogios merece y es digna de imitación la próspera colonia agrícola é industrial de Industry, que ocupa una extensión de 1.406 acres (que

son, si no estoy equivocado, unas seiscientas hectáreas), fundada en un valle ameno y fertilísimo, al lado del río Genesee, que la limita por el oeste, donde se alzan 30 *cottages* ó casas de campo, en cada una de las cuales habita un matrimonio ejemplar, con quien viven en familia 25 jóvenes menores de diez y seis años. Es obligación de estos guardianes, según el reglamento, inspirar confianza á los pupilos para que los consideren como amigos. Los principios americanos del buen trato, del buen ejemplo, del trabajo, de la preparación para la vida libre, de la libertad condicional ó bajo palabra, se aplican en Industry; pero lo que llama la atención y admira es la prosperidad de la colonia, la inteligencia de los cultivos, la cría de ganados, la abundancia de productos. Es aquello una granja modelo, donde los chicos y los grandes tienen mucho que aprender. Con el sentido práctico que les distingue, y que no podía estar ausente de sus Reformatorios, los americanos han escogido un terreno privilegiado, y le cultivan con arreglo á los últimos adelantos de la ciencia.

Han cuidado de que allí, por las condiciones del suelo y del cielo, sean posibles el desarrollo de la agricultura, la ganadería, la horticultura, etc., en armónico conjunto. La población de los corrigendos tampoco es excesiva, y todos disponen de tierra en que emplearse. En suma: se ha querido fundar una colonia preferentemente agrícola (hay 10 *cottages* dedicados á trabajos industriales), y se ha conseguido. La clara visión de la realidad es causa de tales éxitos.

Presenciamos una fiesta que en aquella tibia tarde de otoño recordaba los tiempos clásicos.

Pasaron ante nosotros los colonizadores de Industry en sus carros engalanados de flores y frutos, cantando alegremente, llenos de salud y satisfacción, sin que pudiera advertir el más lince señal alguna de vigilancia ó coacción... Y yo no pude menos de recordar tristemente mi visita en julio del pasado año á la llamada Colonia penitenciaria *agrícola* del Dueso, en Santoña, que está muy de moda alabar ahora. Comparé la deliciosa y fértil campiña de Industry con aquellas desoladas marismas, próximamente de la misma extensión, donde el más rudo trabajo de transformación apenas logrará plantas forrajeras. Allí no ha habido ni habrá más riqueza que la encerrada en la imaginación de los comisionados presididos por Rendueles, que creyeron posible que ¡mil! penados podrían trabajar útilmente en aquellos fangales. Aunque por arte mágica se convirtieran en huertas valencianas, sobraría gente. Para crear esta inverosímil colonia agrícola, el contribuyente español ha gastado ya 2.275.000 pesetas, y completará la suma de 8.000.000, á que asciende el presupuesto del coste total de las obras. Lo único que me consuela es que los edificios, y especialmente los destinados á prisiones celulares, están muy bien construídos, y que en España, donde predomina, por falta de locales, el vergonzoso sistema de la acumulación, cada celda que se construye es disminución de una vergüenza nacional. Yo hubiera puesto gustoso los 8.000.000 de pesetas á disposición del distinguido ingeniero militar Sr. Tejera, autor de los

proyectos del Dueso é inspector de las obras, para que construyera celdas en España, seguro de que no perdería su habilidad fuera de Santoña. Lo que da grima es que se acumule tanto dinero y tanto esfuerzo alrededor de una fantástica colonia en la que, alcanzando su máximo florecimiento, podrán ocuparse unas pocas docenas de penados donde se pensó que trabajarían mil condenados.

***

Lo que va reseñado es lo mejor que hemos visto en los Estados Unidos, y seguramente lo mejor que existe en la nación. Las grandes penitenciarías dejan mucho que desear, y los County Jail, ó prisiones de condado, son cárceles de acumulación, donde los condenados á penas de corta duración y los procesados que aguardan la celebración del juicio se encuentran reunidos y en la más completa ociosidad.

En cuanto á las celdas, mi querido amigo y compañero Cadalso escribió desde Washington, y lo publicó el *Heraldo,* lo que á continuación copio: «Pero si en todo esto merece aplauso la organización penitenciaria de los Estados Unidos, no pueden hacerse extensivas las alabanzas á su sistema de celdas. La estructura de los edificios obedece al mismo plan en todas las localidades: las celdas son estrechas, tienen poca luz y escasa cantidad de aire, por cuya razón hay necesidad de ventilarlas artificialmente, y en cada celda pernoctan dos, tres y hasta cinco penados. A este efecto, se hallan colocadas las camas en la misma forma que los *sleeping-cars* de los trenes ó las literas de los barcos. Mala es la aglomeración de los reclusos en las grandes cuadras de comunidad destinadas á dormitorios; pero resulta peor la unión de dos en la misma celda, máxime cuando son éstas de reducidas dimensiones, aunque sólo se utilicen para pernoctar. Tal sistema arquitectónico es el primero que se adoptó en esta nación; pero los mismos americanos han reconocido sus inconvenientes, y en las nuevas construcciones los corrigen, como han hecho en la prisión correccional de Chicago, sustituyendo los corredores laterales con una nave central, adosando las celdas á los muros para que reciban la luz y el aire directamente, y destinando á cada celda un solo recluso.»

Es de notar que en el plan de la excursión penitenciaria no figuraba la prisión de Filadelfia, á pesar de que su proximidad á Washington parecía convidar á que en ella estuviera comprendida. Casi todos los delegados extranjeros la visitamos por nuestra cuenta. Antes de conocerla era objeto de nuestra veneración. Aquella prisión es el origen del sistema celular clásico. En la *Guía* que nos repartieron hallamos la confirmación de lo que habíamos aprendido en Europa. En la *Guía* leímos: «La Penitenciaría del Este, en Filadelfia, es la sola institución de los Estados Unidos en que el sistema de la prisión celular se encuentra en vigor. Los detenidos son encerrados en celdas separadas, donde permanecen durante todo el tiempo de la encarcelación. La educación industrial, la alimentación y la instrucción religiosa están dispuestas de tal suerte, que cada condenado está enteramente separado de todos sus codeteni-

dos, y no tiene relaciones sino con sus guardianes y las personas encargadas de su educación religiosa é industrial.»

Al visitar la prisión se nos cayeron á todos muy pronto los palos del sombrajo, porque nada de esto es cierto. En la mayor parte de las celdas contemplé á dos, tres y hasta cinco reclusos, tanto en la sección de hombres como en la de mujeres. Harto hice con disimular mi asombro para corresponder á la cortesía del amable superintendente que me enseñaba el establecimiento. Es cierto que el número de penados se ha elevado hasta 1.400, y las celdas son solamente 760. Esta, y no otra, es la explicación de lo que veía; pero no justifica en manera alguna la ocultación de la verdad. El sistema filadelfiano ha tiempo que no se practica en Filadelfia. Eran de oir los regocijados comentarios de los delegados europeos cuando en Nueva York nos comunicábamos nuestras impresiones. El haber cogido en embuste tan gordo á aquellos puritanos nos hacía á todos muchísima gracia, especialmente á los latinos.

En aquel país de los contrastes nos esperaba otra sorpresa, y no floja.

Una ley reciente del Estado de Indiana (10 de febrero de 1907) que se aplica en el hospital del Reformatorio de Jeffersonville permite que á los criminales degenerados, á juicio de dos médicos cirujanos especialistas, asistidos del médico local, y sin apelación posible, se les ponga en situación de no poder reproducirse, mediante una operación que, según aseguran, ni es dolorosa, ni pone en peligro la vida. No se trata de aquella tan conocida que convierte á los varones «en cierta clase de individuos que ya dirigen en los alcázares los negocios más difíciles, ya sirven sin infundir recelos á los maridos celosos, ya cantan como serafines en las iglesias», como diría D. Juan Valera. Los americanos afinan más. Suprimen, sencillamente, los dos cordoncitos espermáticos, que, según parece, están muy someros, con lo cual, sin privar á los criminales degenerados del gusto de las gallardías y lozanías de que pueden seguir disfrutando como los varones más prepotentes, los convierten en consoladores inofensivos. Asegura el bueno del Dr. Sharp, autor de la ley y de un folleto que se nos repartió profusamente, sin distinción de sexos, que los *esterilizados,* después de la operación, se ponen más alegres que nunca lo estuvieron. Es la contrapartida de la ovariotomía, que anatematiza Zola en su novela *Fecondité.* No comento. Hago constar que en los Estados Unidos hay una ley que autoriza esta mutilación perversa y refinada, y una prisión donde se practica.

Para terminar la relación de mis impresiones, me importa declarar que en aquel país, donde todo acaba en escuela, donde existe el fanatismo de la cultura, donde en las grandes ciudades, en que apenas se conservan los lazos familiares, los maestros reemplazan á los padres, acaso con ventaja, donde el éxito de los Reformatorios se debe en parte principalísima al sentido pedagógico difuso en el ambiente que en ellos penetra apenas se le abre la puerta, no encontré nada que se parezca á nuestra sublime Escuela de Criminología, cuya supresión solicitó con tanta razón nuestro Congreso penitenciario de

Valencia. Los guardianes y los funcionarios de Prisiones reciben allí una enseñanza práctica adecuada á la función que han de desempeñar y al lado mismo de los presos á quienes deben reformar. Así ocurre también en Europa, como demostró mi amigo Cadalso en su notable informe al Congreso de Valencia, que corre impreso y es leído con general estimación por las personas competentes. En el *Boletín* de Washington se publicó otro de no menor mérito sobre las prisiones japonesas, donde, en consonancia con lo que pasa en el mundo, se muestra el carácter eminentemente práctico de los conocimientos que se exigen á los empleados en las cárceles.

Con todo ello contrasta el cuadro de enseñanzas de nuestra Escuela de Criminología, donde, entre otras materias, se explica, y según mis noticias con grandes intermitencias, lo siguiente:

«Ciencia penitenciaria. Comprendiendo:

»*a)* Sistemas penitenciarios en *todas sus manifestaciones.*

»*b)* Instituciones preventivas de *todo género.*

»*c)* El patronato de los reclusos delincuentes; formas que revisten en los pueblos cultos; instituciones penitenciarias; reformatorios de niños y adultos; colonias; patronato de presos y cumplidos; organización y resultados en los varios países por informaciones de detalle y estadística.

»Psicología normal y *psicología de los anormales.*»

Por este yugo se hace pasar á los empleados de Penales para los ascensos.

El Congreso de Valencia entendió que esta Escuela desmesurada y desproporcionada constituía una perturbación en nuestra organización penitenciaria, y emitió el siguiente voto:

«La Escuela de Criminología no responde á la satisfacción de verdaderas necesidades para la enseñanza del personal de Prisiones, por entenderse que hay otras necesidades urgentes del mismo personal á que atender. En su consecuencia, se propone la supresión de la Escuela; pero teniéndose en cuenta al suprimirla los derechos creados y adquiridos, y reconociendo la altura y la competencia científica de los profesores que desempeñan las cátedras, y la utilidad de sus enseñanzas en el orden de la ciencia.»

A este voto tan cortés y comedido ha correspondido Salillas en el Congreso de los diputados desaforadamente, afirmando que el Congreso de Valencia había celebrado «el centenario de la famosa frase de la Universidad de Cervera respecto á la perniciosa facultad de pensar», y que fué «fundamentalmente un Congreso de funcionarios de Prisiones».

Ignoro lo que entenderá Salillas por centenario, y si ha sabido nunca dónde estuvo y qué fué la Universidad de Cervera. Afirmo, en cambio, que si en España se celebra alguna vez el centenario del sentido común, acaso convenga esperar á que pasen los cien años á partir del voto aludido. En cuanto á que el Congreso de Valencia lo fué fundamentalmente de funcionarios de Prisiones, lo niego en absoluto. No hay más que leer las listas de los asistentes para convencerse de ello. Además, en las presidencias honorarias y efectivas de la referida Asamblea y en sus Secciones no figuró ninguno de los

antiguos compañeros de Salillas, que no han cometido otro delito que el de no comprender su grandeza. Aceptaron, sí, los puestos de trabajo y concurrieron con la mejor fe, sufragándose los gastos del viaje. Dieron muestra de su competencia y aportaron el tributo de su experiencia. La ida de Salillas fué muy pregonada por un periódico republicano. Anduvo prudente en abstenerse. Hubiera oído verdades muy amargas de sus antiguos compañeros, justamente indignados de que Salillas, con sus fantasías seudocientíficas y su absoluta falta de carácter, que hacen de él lo contrario de Montesinos, convirtiese la prisión de Madrid durante su mando infausto en un real de feria y en un herradero.

En Washington también sobraba. El castellano retorcido y adulterado con modismos aragoneses, que es su único medio de expresión, no es allí de recibo. Para callarse como en San Petersburgo, hizo muy bien en no cruzar el charco (1).

***

En el Palacio de las Repúblicas americanas, que semeja templo clásico de mármol resplandeciente, se verificaron las sesiones del Congreso.

El 2 de octubre del pasado año se celebró la sesión inaugural. Presidió en nombre del Gobierno federal Mr. Wickersham, que, con el título de *Attorney General*, es el ministro de Gracia y Justicia. Pronunció un elocuente discurso. También hablaron Rickl de Bellye, delegado de Hungría y presidente que fué del pasado Congreso de Budapest, y Richmond Henderson, catedrático de la Universidad de Chicago, nombrado por aclamación presidente del Congreso, y que es uno de los hombres de más reputación científica y más elevado carácter moral de aquel país. A continuación se constituyeron lo que llamamos aquí las Mesas, tanto de la Asamblea general como de las Secciones, y quedamos en disposición de empezar nuestras tareas.

Las Secciones eran cuatro, y los representantes de España éramos solamente dos. Harto hicimos con intervenir diaria, activa y eficazmente Cadalso en la segunda y yo en la primera.

---

(1) Habiéndose permitido Salillas, además de éste, otros excesos parlamentarios, mi amigo Cadalso le dió su merecido en la siguiente carta:

«Sr. D. Rafael Salillas.

»Mi antiguo amigo: No necesitan «fe de erratas» los datos que facilité al Sr. Sanz y Escartín á petición suya, y que el Sr. Jorro ha leído en el Congreso, relativos á los Manicomios judiciales. Son rigurosamente exactos, y esta afirmación la abonan la *Gaceta de Madrid* y la *Colección Legislativa*. Yo, Sr. Salillas, en cuestiones de Legislación no yerro con la frecuencia que usted.

»Otra caricia me hace con motivo del Congreso de Valencia, y otro error no pequeño comete al afirmar que «fué fundamentalmente de empleados de Prisiones». Repase las listas de los concurrentes y de sus votos, y verá cómo se percataron muchos extraños á Prisiones de la razón de existencia de la Escuela y de sus resultados prácticos.

»No soy el llamado á defender el Congreso de Valencia. Se defiende por sí solo. Pero, como individuo de él, digo á usted que allí se pensó mucho, con rectitud de criterio y con todo desinterés. Por eso resultan tan molestas como de mal gusto sus alusiones en la Memoria que envió al Pedagógico de Barcelona, considerando al de Valencia como la celebración de la «perniciosa facultad de pensar», alusiones contra las cuales protesto. Si usted quiere que todos estos puntos y otros muchos se los compruebe y se los documente, le invito á que abra una discusión donde podamos tratarlos cara á cara.

»Quedo suyo antiguo amigo y seguro servidor,—*Fernando Cadalso*.»

La Sección primera, referente á la *Legislación penal,* fué, con gran diferencia, la más concurrida y animada. Los americanos se habían propuesto ganar la batalla perdida en Bruselas en 1900 por los partidarios de la llamada *sentencia de duración indeterminada.* Los partidarios de la teoría en toda su pureza, que luego en la práctica sufre muchas atenuaciones, afirman que el criminal es un enfermo, que el delito es una enfermedad, y que la pena es un remedio. De aquí procede como lógica consecuencia que á los Tribunales de justicia únicamente corresponde la averiguación y declaración del delito y de la pena. En cuanto á la duración de ésta, dependerá del tiempo que se tarde en la corrección ó reforma del delincuente, á juicio de un Consejo en que, naturalmente, han de tener intervención principalísima los encargados de aplicarla, ó sea, los funcionarios de la administración penitenciaria. Larga y empeñada fué la contienda. Intervine desde los primeros momentos, mostrándome decidido adversario de la indeterminación de la sentencia. Como cuestión de principio, he entendido siempre que la pena es una afirmación solemne, la única que la sociedad considera como eficaz contra la negación del derecho en que el delito consiste; lo cual es perfectamente compatible con todos los esfuerzos empleados en la corrección del criminal, estrecha obligación del Estado en su condición de patrono y curador ejemplar de los reclusos. La sentencia de duración indeterminada supone la transformación de las instituciones penales en instituciones puramente de prevención y reforma.

En cuanto á la práctica, señalé la imposibilidad de averiguar el momento en que la corrección se logra, que debe ser, según el sistema impugnado, el que señale la apertura de la cárcel para el corrigendo. Un hipócrita de entrañas envenenadas presentará todas las señales exteriores del arrepentimiento. Un hombre de índole generosa será acaso de carácter vehemente, indócil, lo que se llama un insumiso.

También argumenté que muchas instituciones eran incapaces de traducción, y que en nuestros países latinos era muy peligroso sentar algunos principios por el temor á sus consecuencias extremas, y que nosotros no teníamos el don, propio de los sajones, de ser ilógicos á tiempo. A este propósito, aludí con la debida cortesía, pero con la suficiente claridad, á la frecuente aplicación de la llamada ley de Lynch en los Estados del Sur, de que pocos días dejábamos de tener noticia por los periódicos, sin que jamás constara que las autoridades municipales, las de los Estados ni las del Gobierno federal hicieran nada para impedirlo ni castigarlo. Por la ley de Lynch se aplican las sentencias más definidas que cabe imaginar, que coexisten sin gran perturbación social con las sentencias indeterminadas, en que los más de los americanos creen ver la suprema perfección en materia penal.

Votada la sentencia indefinida como principio científico, en su aplicación hubo mutuas transacciones, y en las conclusiones que al cabo prevalecieron se reflejaron las opiniones de Prins, el profesor belga de reputación europea, y de Conti, catedrático en Roma y representante de Italia, partidarios de discretas atenuaciones.

A continuación tratamos de la manera de dar efecto á las sentencias penales pronunciadas por los Tribunales extranjeros, especialmente en lo que se refiere á la reincidencia, á las incapacidades consecuencia de una condena penal, etc.

La discusión sobre este tema fué breve y cordialísima. En todos fué común la idea de hacer en lo posible internacionales las penas y sus consecuencias, ya que lo son los delitos, cuyos autores no reconocen fronteras.

Tuve el gusto de que se aceptara una moción mía proponiendo que en el próximo Congreso se estudiara un proyecto de Código internacional en que se señalaran las incapacidades comunes á todos los países, y los casos de reincidencia que deberían tenerse en cuenta en la aplicación de las penas. Se trata de un estudio de legislación comparada en que hay que concordar con tino y pulso los preceptos de Códigos muy diversos.

El tema tercero apenas exigió más que un cambio de impresiones, votándose unánimemente «que no parece conforme al espíritu del derecho penal considerar como delito especial todo acuerdo previo á su comisión, pero sí como circunstancia agravante».

***

La Sección segunda se dedicó á las *Cuestiones penitenciarias*.

Cuando se trató de los principios y métodos en que debe basarse todo sistema reformador moderno, mi amigo y compañero Cadalso tomó parte en la discusión, demostrando allí la competencia que aquí tiene tan acreditada.

Uno de los principios sostenidos por la ponencia encargada de sintetizar el contenido de las Memorias era la corregibilidad de todos los criminales, cualesquiera que fuesen su edad y sus antecedentes. Cadalso disintió de este criterio, expuesto en forma tan absoluta, por entender que existen individuos incorregibles, según sostiene la escuela positivista italiana, según las conclusiones de algunos Congresos internacionales y según lo que su propia experiencia le había enseñado. «... Hay criminales—decía—que se habitúan al crimen y al ambiente de la prisión, como el obrero honrado se habitúa al trabajo y al taller. Y cuando las condenas que aquéllos extinguen son más largas que el tiempo que les resta de existencia—en cálculos probables de viabilidad—, llegan á persuadirse de que su domicilio obligado es la prisión, como el enfermo crónico se persuade de que su enfermedad es incurable. El crecido número de reincidentes lo comprueba, y lo comprueba también la negra historia de los grandes criminales. Por tales razones, no puedo suscribir la conclusión que la ponencia presenta. Por esto también propongo en mi *rapport* la creación de establecimientos para incorregibles.»

En consecuencia á las ideas expuestas por Cadalso, la conclusión fué modificada.

Trató después de los principios en que ha de basarse todo sistema penitenciario reformador moderno, en conformidad al cuestionario del Congreso, y defendiendo las conclusiones de la Memoria que tenía presentada. He aquí su

argumentación en este punto: «... Como no es posible establecer un tratamiento igual para todos los enfermos por la distinta naturaleza de los padecimientos de unos respecto de otros, creo que, en buenos principios científicos y en eficaces métodos prácticos, tampoco debe aplicarse el mismo sistema penitenciario á todos los delincuentes. Opino que han de clasificarse, y estar sometida cada clase al tratamiento más adecuado y conforme con las circunstancias personales de los individuos que la constituyan.

»Aparte el sexo, cuya separación por nadie se discute, deben servir de criterios clasificativos la edad, la conducta, las condenas y la cultura de los penados. Por razón de edad, no sólo deben estar separados los jóvenes de los adultos, punto éste en que existe completa unanimidad entre todos los que de la materia se ocupan, sino que también es preciso separar á los ancianos de aquellos que se encuentran en la fuerza de la vida y en la plenitud de sus energías y aptitudes. La ancianidad necesita tanta ó mayor protección que la infancia. Una y otra constituyen los dos períodos de la vida en que el hombre no se basta á sí propio. En la primera, por no haber adquirido el vigor físico ni el desarrollo mental que exige la lucha por la existencia; en la segunda, por haber dejado sus energías en el áspero camino de la vida. Sometidos los ancianos á la misma disciplina que los demás adultos, sus sufrimientos aumentan, y los achaques inherentes á su edad los convierten en peso muerto en el mecanismo regimental de las penitenciarías, y en continuo obstáculo para su funcionamiento.

»En el criterio de conducta comprendo á los incorregibles; en el de condenas, á los que extinguen las más graves, llamadas eliminadoras en la terminología moderna; en el de cultura, á los reos políticos y á los anarquistas. Cada una de las referidas clases ha de estar separada en establecimientos distintos y sujeta á reglamentación diferente. Las razones en que me fundo se exponen ampliamente en mi *rapport,* que, por no molestar á los congresistas con repeticiones, las omito...»

Las manifestaciones de Cadalso figurarán, en francés, como las demás, en las actas del Congreso, que se están imprimiendo en Berna.

En esta Sección prevaleció el principio de la corregibilidad de los delincuentes, del carácter corrector de la pena, de la necesidad de la instrucción religiosa y moral, de la educación intelectual y física y del trabajo para los reclusos. Se proclamaron la ineficacia de las penas de corta duración y las ventajas de la libertad condicional con patronato y vigilancia, y la aplicación de un tratamiento especial para los criminales adolescentes, sean ó no reincidentes.

También se adoptaron reglas muy minuciosas para la aplicación de la libertad condicional, resultado de la común experiencia de tantos hombres eminentes de los países en que esta institución florece, y para la organización del trabajo en las prisiones pequeñas.

***

En la Sección tercera se estudiaron los efectos producidos en la criminalidad por las medidas legislativas adoptadas en los diferentes Estados: leyes de Condena condicional, *probation,* etc., para evitar la necesidad de la prisión; las disposiciones que deben adoptarse para la represión de la vagancia y de la mendicidad; la manera de aliviar en lo posible la difícil situación que resulta para las familias de la prisión de sus jefes, y los buenos resultados obtenidos en los países que poseen establecimientos especiales para detener durante largo tiempo á los borrachos criminales, etc., etc.

***

En la Sección cuarta las discusiones y acuerdos versaron acerca de la protección á la infancia y á los menores, evidenciándose el gran adelanto logrado en países más afortunados que el nuestro, y especialmente en los Estados Unidos.

***

El Dr. Wines presentó un concienzudo informe acerca de la pena de muerte, y, á su juicio, de los datos reunidos resulta que en la mayor parte de los países la supresión de esta pena ó la disminución en su aplicación no ha causado el efecto de aumentar la criminalidad. Sobre este punto no recayó acuerdo alguno. Se trataba solamente de una información.

***

El 7 de octubre se reunió la Comisión penitenciaria internacional, y asistimos Cadalso y yo.

La presencia de España fué acogida con grandes aplausos, á que correspondimos dando las gracias con emoción sincera. Se acordó que el próximo Congreso se celebre en Londres en 1915.

Es justo declarar que la vergonzosa ausencia de España de este organismo, que prepara los Congresos y significa una cooperación constante de cultura, ha sido remediada por el actual Gobierno apenas advertida. Hoy representamos á nuestra Patria, Cadalso, el catedrático de la Universidad Central Sr. Valdés Rubio y el que traza estas líneas.

El 6 de octubre nos obsequió el Gobierno de los Estados Unidos con un banquete, presidido por Wickersham, el *Attorney General.* Brindé en nombre de España, y no omito que escuché grandes aplausos, porque fueron tributados, no á mí, sino á la representación que inmerecidamente llevaba.

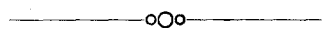
***

He terminado mi breve reseña, y no puedo menos de felicitarme del viaje.

Me he colocado, afortunadamente, en tal situación de independencia, que hay muy pocas cosas de la vida social que me importen. Entre ellas no podía contarse el desempeño de una misión en tierra americana y rodeado de representantes de nuestra raza y de nuestra lengua. Gracias á Cadalso y á mí, en el episodio referido España no ha hecho dejación del puesto que le corresponde en el mundo y en América. Los que atribuyan mi contento á una satisfacción vanidosa, no merecen ni mi desprecio.

Eugenio Silvela.

Guterreño, febrero de 1911.



REMANSO DE DOLOR

II

Carlos de San Román, que, después de mucho pensarlo, quedóse sin carrera alguna, contaría unos veintiocho años cuando nos le tropezamos enfermo, condenado á sillón constante, y distrayendo sus forzados ocios con las correrías de los gatos sobre las vertientes de los tejados que desde su jaula se divisan.

Después de ensayar dos ó tres carreras, había pasado en Madrid una larga temporada preparando el programa de unas oposiciones en las que no se exigía más título que el de bachiller; pero á la hora de presentarse á examen debió de tropezar en la calle con alguna de esas modistillas que les bailan los ojos, pues no compareció ante el tribunal examinador; y, en cambio, cuando volvió á su tierra manumitido de convocatorias, solía diariamente poner en el café cátedra de madrileñería, y demostraba en su charla saberse de memoria la topografía de la Bombilla y demás orillas del sediento Manzanares.

Tornó á su casa limpio de polvo y paja, hasta más gordo que cuando se fué; pero á los pocos meses, su padre, un jurisconsulto de los de primera cuota, vióse sorprendido una mañana con la noticia de que su hijo había vuelto á casa la noche anterior casi arrastrándose, por habérsele presentado unos dolores en las piernas que no se sabía de qué podían provenir, y por los que no podía andar á no darle el brazo para que se apoyase.

Llamóse al médico y, después de examinarlo y de hacerle algunas preguntas, para las cuales hicieron salir del gabinete á sus hermanas, escribió la primera receta; la primera de la serie, pues, como queda dicho, la enfermedad fué alargando su curso, fueron viniendo nuevos médicos, nuevas medicinas, nuevos tratamientos, etc., etc.; todo menos la salud, que no llevaba trazas de venir.

En sus ensayos de estudiante Carlos de San Román jamás había tenido vocación de médico, aunque como curioso huronease salas de hospital, clases de disección y carnicerías de autopsias en la edad en que otros brujulean por tascas, mancebías y billares. Pero esto durante el tiempo en que vivió al lado de sus padres, y motivado por su camaradería con algunos alumnos de Medicina; en aquella larga temporada de Madrid jamás pensó en bajar por la calle de Atocha, como no fuese para tomar el tren en la estación del Mediodía.

Sin embargo de esto, en su corazón había un altar donde rendíase adoración al médico, no por lo que muchos supondrán, por el papel que ejerce de remediador de los males que aquejan al cuerpo humano, sino por la grandeza de espíritu y de alma que pone de manifiesto en su caritativa profesión. Caritativa, sí, aunque al final de vuestra enfermedad, curéis ó no curéis, el buen médico, que, como todo hombre, tiene derecho al producto de su trabajo, os presente la cuenta y hasta os persiga con *británica* saña si no acudís solícitos á pagarle.

Por tales veredas caminaba su imaginación mientras, arrellanado en un muelle asiento, aguardaba su turno en la consulta del doctor afamado, del último puerto de refugio adonde acuden en demanda de consuelo los desesperanzados de la ciencia médica.

Algo habían mejorado sus dolores; pero, con todo, no lograba arrancarlos de sí por completo. Todavía su marcha era dificultosa, las articulaciones mostrábanse rehacias al movimiento, y los remedios facultativos no le producían ninguna clase de reacción, como si el cuerpo se hubiese acostumbrado á las medicinas después de haber tomado tantas.

El timbre de la puerta sonsoneaba de tiempo en tiempo, y el saloncito de espera íbase llenando de gentes tristes, de rostros descoloridos, de ojos apagados y caras macilentas, personajes todos en los que el dolor había impreso su contraste de amargura. Ante aquel desfilar de infortunios el optimismo de San Román florecía irguiente y lozano, alegrándole el pensar que fuera él de todos aquellos el menos triste, el que con menos mal llegaba á los umbrales de aquel bazar de desdichas.

Conforme los enfermos entraban, todos iban contando sus desgracias. El uno las contaba por meses, el otro por años, muy pocos las contaban por días, porque el hombre está tan instintivamente acostumbrado al dolor, tan convencido de que es habitante de un valle de lágrimas, que al sorprenderle la inclemencia de un mal, á poco que pueda aguantar retrasa su curación, como si alentase la esperanza de que aquello es pasajero y de que como vino se marche, sin apenas darse cuenta. Y ésta es una de las cosas que más perjudican y retardan los triunfos de la ciencia médica: el que pocos son los que se acogen á ella en los comienzos del proceso morboso de sus dolencias.

Nuestro joven enfermo observó que en el ambiente de aquel saloncito de espera, antesala obligada para la consulta del doctor, flotaba un hálito de fe entusiasta y firme, la fe grande y hermosa que aromaba las palabras de los allí reunidos, incensándose en las conversaciones de los enfermos. Observando caras y escuchando historias tristes de cruentos y sañudos males, adivinábase en el ritornelo de todas ellas, en unos el último esfuerzo, la postrera esperanza que venían á depositar á los pies del doctor afamado, y en otros la ciega confianza, el férvido entusiasmo que les naciera en el corazón al contacto de otras curaciones sabidas.

Imaginando extrañas reminiscencias de lejanos tiempos de historia sacra, recordábase la figura del Cristo cruzando en santa romería las campiñas y los pueblos seguido de pobres, de enfermos y de tullidos, que ambicionaban besar la fimbria de su túnica, sanar con el bálsamo de su palabra ó remozarse con la unción de sus divinas manos. Y sin que hubiera en San Román una sola tilde de intención heresiarca, tan sólo como un capricho de la imaginación ó un alar de su fantasía, pensaba en que todos aquellos enfermos, al encaminarse á la consulta del doctor empujados por una fe tan intensa, tan grande, tan hermosa, conferíanle una á modo de representación moderna del Cristo.

Desde su asiento San Román distinguía, á través de la puerta abierta del saloncito, la cancela que había que cruzar para penetrar en los departamentos del sanatorio, en cuyo piso primero encontrábanse las habitaciones particulares del doctor. Vivía éste entre sus enfermos, atento siempre á las alternativas de sus curas, ligada estrechamente su vida entera á la de aquellos desgraciados que durante alguna temporada respiraban bajo su techo.

Por eso cuando el portero abrió la cancela de hierro y cristales, pudo ver cómo cruzaba el dintel una mujer alta, de rostro agraciado, elegantemente vestida, acompañada de una niña que conducía una muchacha, y cómo, descendiendo por la escalinata de piedra que daba acceso al edificio, subían á un coche que las estaba esperando y que partió en seguida.

Las risas de la niña resonaron como una protesta de alegría en el círculo apenado del saloncillo, y la lozanía de aquella mujer que cruzara ante los maculados de la ponzoña humana, ante los detritus de una sociedad empestada de vicio y laceria, fué como una flor hermosa que se asomara un instante erguida á respirar las inmundicias de un estercolero. Porque algo así como un estercolero donde el mundo arrojase sus despojos era aquella antesala de la consulta médica, y algo también muy parecido á una flor aquella mujer que premiaba con sus caricias los trabajos del doctor.

El paso de aquella mujer junto á los grupos de enfermos que habían tomado turno para que su marido les visitase, hízole comprender á San Román más intensamente la nobleza de espíritu y la grandeza de alma que supone el desempeño de la profesión médica, cuando se tiene el desprendimiento de hacer pasar junto á la felicidad del hogar amante las desgracias en rueda interminable de la humanidad doliente y miseriosa. Porque no es posible pensar en encostramiento del sentir afectivo, ni tampoco en indiferencias para el dolor humano, ni mucho menos en insensibilidad ante la ajena desgracia. El corazón no puede dividirse en dos partes que obren afectivamente de modo distinto, y aquel que sepa sentir las dulzuras del amor de los suyos, tendrá forzosa é ineludiblemente que sentir también el amargo desconsuelo de la desgracia de los demás.

—A usted le toca—vino á decirle el portero á San Román, interrumpiendo el deshilar de sus pensamientos.

Y levantándose de aquel muelle diván en donde llevaba esperando largo rato, dirigióse al encuentro del que había soñado hacía un instante como un Cristo moderno, un Cristo que tenía una esposa de rostro agraciado y una niña en cuyos labios florecía á menudo una alegre risa de cascabeles.

III

De la consulta con el doctor de fama Carlos de San Román salió destinado á un balneario, en donde habría de seguir el *vía-crucis* de su dolor. Como último recurso curativo, fínibusterre de las esperanzas salutíferas al que fuera

posible llegar después de tirar muy lejos los frascos de jarabes y los tarros de pomadas, decidió su familia llevarle á las aguas que recomendara el doctor, y que, según confirmó el médico de cabecera, que había agotado todo un antidotario sin lograr curarle, eran milagrosas para conjurar el mal y espantar de su cuerpo los dolores que atenazaban las articulaciones del enfermo.

Y allá se fueron madre é hijo en busca del milagro, no por el camino de Santiago, que los antiguos peregrinos trillaron tanto y tanto á la apostólica, sino por el camino de hierro, que es mucho más cómodo hasta para los que cuentan con buenas piernas, cuanto más para los tullidos y débiles, y mucho más rápido para los que piensan hallar el remedio de sus enfermedades en un apartado lugar del planeta.

Fué una mañana de primeros de junio, fresca y luciente, cuando tomaron el tren en compañía de unos parientes que, adelantando el veraneo por causas ajenas al mismo, dirigíanse á uno de los puntos veraniegos que se arropan en las faldas de las estribaciones del Pirineo aragonés.

No era llegado todavía el tiempo en que se viaja por seguir la costumbre. Para veraneos resultaba temprano aquel principiar de junio, mucho más no habiendo todavía indicios de que apretase el calor, pues las noches eran frescas, y lo mismo las horas tempranas de la mañana. Los periódicos no habían comenzado aún sus anotaciones, en listas interminables, de las salidas de sus suscriptores; todos eminentes y acaudalados ellos, bellas y distinguidas ellas, pues en estos tiempos democráticos tan sólo con pagar una peseta al mes se adquiere título de distinción y timbre de hermosura. Por tal causa, las estaciones no se veían concurridas de muchedumbres viajeras: lo ordinario, y nada más que lo ordinario.

Matrimonio y dos hijos componían el grupo de parientes de San Román compañeros suyos en aquel viaje. El marido había puesto gran parte de su capital en una industria naciente que comenzaba á desenvolverse en una histórica ciudad altoaragonesa, y tal era el motivo de que con su mujer é hijos diese principio tan pronto al veraneo. Como los niños eran pequeños todavía, no subían á la montaña hasta que, bien entrada la primavera, no había que temer ya los rigores del invierno en aquellos climas elevados.

Angelita y Manolín eran dos criaturas preciosas, con rubios cabellos, grandes ojos y sonrosadas caritas, de diez y ocho años, respectivamente. De inteligencia despierta y vivo carácter, durante todo el viaje no cesaron de corretear de un lado para otro, mirándolo todo, escudriñando el departamento por alto y bajo, haciendo mil y mil preguntas con esa inquisitiva curiosidad de los niños que les hace tan simpáticos y les concierta toda nuestra atención y todo nuestro cariño.

San Román, que siempre había gustado la compañía de los pequeñuelos, pasó las dos primeras horas de su viaje entretenido con las travesuras de sus pequeños parientes, contándoles cuentos é inventando para divertirles ingeniosas historias. Pero después comenzaron á marearle las preguntas aclaratorias del niño y las disquisiciones narrativas á que le forzaba la curiosidad de

la niña, lo cual, comprendido por los dos muchachos, fué razón para que le dejaran solo junto á la ventanilla donde había tomado asiento.

En el cambio de tren de la estación de Tardienta Manolín dió una muestra de su infantil inteligencia, grandemente elogiada por todos y que alegró extraordinariamente á su padre. Viendo que cambiaban de departamento, abandonando el tren que hasta allí les había traído, al subir al nuevo coche exclamó todo asustado:

—Papá, ¿habrán cambiado los baúles?...

Su padre le contestó:

—Sí, hijo mío, sí; ya los han cambiado.

Y para premiar su precaución, le estrujó entre sus brazos.

Pasado Huesca, y dejadas atrás las extrañas moles rojizas de los mallos de Riglos, sobre cuyas ingentes eminencias vió San Román tenderse el vuelo de un gran volátil que diputó por un águila, pudo contemplar las obras, muy avanzadas, del pantano de la Peña, majestuosa obra en la que la ingeniería se pone cerca de la Naturaleza.

Las aguas del Gállego marchaban próximas al tren con rápida corriente, como si conservasen todavía la fuerza que adquirieron al deslizarse desde los altos de las montañas cuando buscaban correr por tierra más llana. Recuerdo del torrente eran aquellos espumarajos que ensoberbecían su curso en las revueltas, ó los que surgían del choque contra los peñascales que, al derrumbarse desde las cimas, quedaron inmóviles en el centro del cauce por donde las aguas buscaban al señor de la cuenca.

En la última parte del viaje San Román fué hablando con su pariente, el padre de aquellas dos preciosas criaturas que hasta entonces le entretuvieran. Era un hombre de alguna edad, persona inteligentísima en los negocios, y muy amigo de estudiar mejoras é innovaciones en la fabricación de los productos á que dedicaba su actividad. Después de haber amasado un capital dedicándose al comercio, traspasó el almacén que durante una larga porción de años llevó su nombre, para emprender el desenvolvimiento de una industria nueva, la industria que le llevaba á las estribaciones del Pirineo por radicar aquélla en uno de sus pueblecillos.

Sus opiniones en todos los órdenes de la vida denotaban un juicio sereno, un ánimo fuerte, un obrar reposado, manifestándose en ellas la alteza de miras y la noble condición de aquel sustentador de progresivos ideales, á los que fuera necesario llegar por el camino del orden y con la norma de la más estricta justicia.

Discutiendo los dos acerca de la fe con que es preciso acogerse á los remedios propuestos por la ciencia, aquel hombre, que á veces era un niño por la bondad de su corazón y la llaneza de su trato, contó á San Román la siguiente historieta:

«—En aquellos tiempos en que los santos no habían ingresado todavía en el calendario, es decir, cuando sus plantas hollaban el impuro polvo del planeta, uno de ellos, cuyo nombre no se recuerda, vióse precisado á emprender un

viaje á los Santos Lugares, en donde estaba reciente la tragedia del Crucificado.

»Como Santa María tuviese conocimiento de su marcha, salióle al encuentro para despedirle y desearle un feliz regreso. Al separarse preguntóle el santo á la santa qué deseaba le trajese de aquellas apartadas tierras que el Señor había regado con su preciosísima sangre, y la santa, toda ungida de amor divino, pidióle al santo una astilla del sagrado leño en donde los judíos habían inmolado el cuerpo del Redentor.

»Partió el santo para su larga caminata, cruzó muchas y muy diversas comarcas, recorrió todos los puntos en donde se había deslizado la vida del Hombre-Dios, desde Nazaret, en donde viniera entre los hombres, hasta el monte Calvario, en donde diera su sangre por ellos, y oró en todos los lugares donde Jesús había posado su planta.

»Cuando ya volvía de su largo viaje, y cerca del punto donde era de esperar se tropezase con la santa, al cruzar un río en una pequeña embarcación, viendo la cruz que formaba su cayado sobre el asiento de la barca, vino á su memoria el encargo incumplido de la santa. Pesaroso por su falta, y no encontrando medio mejor de remediarla, sacó una navajita y cortó una astilla menuda de uno de los bordes de la barca, guardándosela cuidadosamente en uno de los bolsillos que se ocultaban entre los pliegues de su túnica. El Señor le perdonaría aquella pequeña superchería; pero su deseo de subsanar el olvido era tan grande, que hízole aceptar como bueno aquel engaño, por cuya virtud, cuando tropezó con la santa, pudo decirla:

»—Tomad, María, la astillita que pude conseguiros del sagrado leño. Son tantas y tantas las peticiones que de todas partes del mundo acuden en demanda de esta clase de reliquias, la más preciada de todas ellas, que no es posible recoger un pedazo mayor. Y aun pienso que, vistas las dificultades que encontré para conseguirla, considerando el tamaño que alcanzarían los dos maderos cruzados sobre los cuales tendieron y clavaron los execrables judíos el cuerpo de Nuestro Redentor para que diera su vida por los pecadores, y recordando la multitud de *Lignum Crucis* que reciben adoración en tantas iglesias y conventos y monasterios de las tierras que he visitado, me induce á creer que no todas esas reliquias vieron la campiña de Jerusalén. Pero esta que os traigo, María, ésta la he cortado yo mismo de un gran trozo que se guarda en uno de los conventos de la santa ciudad de Jerusalén...

»Como se ve, el santo sabía adornar bastante bien sus relatos y dorar con esmero las píldoras de sus invenciones, cerrando todo resquicio á la conjetura escéptica.

»Satisfecha la santa, guardó la preciada reliquia y, de pueblo en pueblo, fué dándola á adorar á las gentes devotas, que recibían gozosas el contacto de tan interesante recuerdo de la Sagrada Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo. Enfermos y tullidos acudían al olor de la reliquia, y muchos eran los que encontraban alivio á sus dolencias y mejora á sus imperfecciones. Hasta tal punto, que el ruido levantado por las curaciones que Santa María

obraba con su reliquia llegó á oídos del santo que se la entregara, el cual todo era hacerse cruces de puro asombrado.

»Pasado algún tiempo, el santo y la santa volvieron á encontrarse en el camino de su vida peregrinatoria, y la santa no se cansaba de dar gracias á su compañero por el buen acierto que había tenido, haciéndose lenguas de la multitud de milagros que con la reliquia obraba.

»A lo cual hubo de responderle el santo:

»—María, María, la fe es lo que salva, y no la astillita de la barca.»

Vino á terminarse la historieta momentos antes de llegar al fin del viaje. Cuando San Román pudo desligar su atención para fijarla en el paisaje, hubo de admirar un panorama hermosísimo.

Era mediodía; el sol caía como sobre una calva reluciente sobre la ingente mole de la célebre peña de Oruel, allí donde se enarboló el estandarte del primitivo reino aragonés, y á sus pies parecía una pollada la graciosa agrupación que formaba el caserío de la ciudad de Jaca, primer baluarte de la independencia aragonesa, haciendo el papel de erguidas y desafiadoras cluecas las torres de la catedral y las torrecillas de la ciudadela.

San Román y su madre comieron juntos con sus parientes en una fonda bastante buena, y á las tres de la tarde, sin quedarles tiempo para ver nada absolutamente de la corte de los condes de Aragón, despidiéronse en la misma puerta de la fonda de sus parientes, que allí quedaban, subiendo en la diligencia que había de conducirles hasta el balneario de Termas.

Unos pañuelos les despidieron hasta perderse de vista. Decían adiós.

José García Mercadal.

(Se continuará.)

EL CASTILLO DE GAUZÓN

(LEYENDA ASTURIANA)

I

El opulento y linajudo don Gonzalo Peláez, rico-hombre de Asturias, amigo predilecto del Rey D. Alfonso VII y señor del castillo de Gauzón, estaba sentado en ancho sillón gótico, en cuyo respaldo se dibujaba su antiguo escudo con la P coronada, reveladora de la aristocrática prosapia del caballero descendiente de Pelayo.

Era una noche clara de luna, una de esas noches otoñales que en la costa cantábrica tienen una insuperable poesía. La casta Selene revestía de su fulgor argentino las roquizas paredes del castillo, enclavado sobre peñas y dando frente al mar bravío, que azotaba los muros de la señorial mansión con su oleaje rítmico. El castillo estaba en el territorio de Perán, á pocos pasos de la parroquia de Perlora, y muy cerca del santuario del Santo Cristo de Candás, célebre en las Asturias y al cual acuden todos los años en peregrinación devotas gentes del principado. En tiempo de las persecuciones del rey británico Enrique VII, propulsor del cisma luterano en las Islas Bretañas, los ingleses que no habían apostatado de su fe católica arrojaron al mar las imágenes más veneradas de aquellos reinos; imágenes que fueron recogidas por los píos marineros astures, que llegaban hasta las costas de Escocia. Hoy se veneran estas imágenes en las capillas asturianas, sobre todo en los santuarios de la costa, donde les rinden culto estos bravos lobos de mar, avezados á los peligros de las navegaciones.

II

El castillo ardía en fiestas aquella noche de otoño. El gran salón de los banquetes estaba decorado como para la recepción de un monarca; el vino andaluz, chispeante y dorado, rebosaba en las copas argénteas; los vasallos, pajes y escuderos andaban vestidos de gala; los hombres de armas pulimentaban sus espadas y lanzones; en las almenas ondeaban los estandartes y banderas; en los ventanales bizantinos, historiados con rojos y azules adornos, ardían los blandones de cera. Todo era júbilo y brillantez en la espléndida morada de don Gonzalo Peláez.

En el bosque inmenso que se extendía ante el castillo las llamas de una inmensa hoguera azotaban los ramajes de los árboles centenarios, lustrosos y verdes. En torno á ella giraban con el rítmico vaivén de la *danza prima,* el baile popular de Asturias, más señorial que el minué y más casto que el zort-

zico. Los campesinos de las inmediaciones entregábanse á sus expansiones serenas y honestas, bajo el amparo de la torre del castillo, que se erguía ante el bosque ceñuda como un juez y protectora como un padre.

Era la víspera de las bodas que había de celebrar la hija de don Rodrigo Peláez con el esforzado guerrero y paladín memorable don Alfonso Alvarez de las Asturias.

III

Elvira era bella como un ángel, rubia como las candelas, colorada y risueña, con un reir alegre y un mirar de virgen. La tierra asturiana, que tan bellas mujeres ha dado y dará, se adornaba con Elvira como con la más preciada perla de su diadema.

Amaneció la siguiente mañana esplendorosa y soleada, como ocurre pocas veces en este país de cielo anubarrado y tristón. Los ecos de las bocinas y de las trompas de caza henchían el aire; la música guerrera hacía palpitar más aceleradamente el corazón de los caballeros y arquearse el seno de aquellas vírgenes septentrionales, emocionadas ante el próximo espectáculo.

Don Alfonso Alvarez de las Asturias estaba radiante de gozo pensando en que iba á enlazar su destino con la más bella mujer del país de Pelayo. Bien valioso era el premio que recibían sus hazañas guerreras en mil combates en que, calzando espuela y enristrando lanza, peleara contra la morisma. Don Alfonso hacía aquella mañana palidecer de envidia á las gentiles damas y á los nobles caballeros de Asturias.

IV

Moraba en aquellas tierras de Gauzón un ermitaño, por nombre Mauro, hombre de severas costumbres, probada virtud y acrisolada erudición, que le habían valido fama de santo y sabio en aquellos contornos. Su frente era pálida y pensativa; su mirada era fascinadora como la de una serpiente; y aunque sus cabellos, ya encanecidos, cercaban su frente de un nimbo de santidad, cierto brillo diabólico lucía en sus pupilas. Una infernal pasión parecía arder bajo su frente cansada de hombre asceta y estudioso, y el que hubiera mirado fijamente aquellos ojos, no se hubiera engañado pronosticando el fuego interior que ardía en el alma del desgraciado.

Era capellán del castillo, y don Gonzalo Peláez había depositado en él toda su confianza de penitente, y lo mismo le confesaba sus pecados que le consultaba arduos asuntos de gobierno y de empresas bélicas. Él había derramado sobre Elvira el agua sacrosanta del bautismo, y él iba ahora á consagrar su amor en el altar.

V

Una tarde, estando solo con la hija de don Gonzalo, fué tan intensa la llama de la pasión, que puso en sus labios frases balbucientes de pecado y de crimen. El acicate de lo prohibido estimulaba los deseos del monje, y su satánica pasión le dictó conceptos encendidos que estremecieron el pecho cándido de la doncella.

El desprecio más profundo y el silencio más impenetrable fueron la contestación que merecieron á Elvira las palabras del osado monje. El fatal secreto quedó oculto, porque Elvira era tan honesta como incapaz de causar daño á nadie, y ella comprendía la cólera que hubiera llameado en el pecho paternal, y con qué caballeresco ardimiento hubiera castigado don Gonzalo al monje inspirado por Luzbel.

En el año que precedió á los esponsales de Elvira, y que don Gonzalo había puesto como plazo de prueba á los amores del arrogante mancebo don Alfonso, la pasión de Mauro creció como hoguera que alimenta el viento.

VI

Ardían los cirios en el altar; lujosos tapices adamascados cubrían las paredes macizas del oratorio gótico; los ventanales de colores reían al beso del sol...

Junto al retablo mayor ondeaban seis banderas y postrábanse ante el presbiterio cien esclavos sarracenos, gloriosos trofeos y recuerdos de combates ofrecidos como regalo de boda por don Alfonso Alvarez de las Asturias. El gallardo mancebo y la gentil Elvira habíanse arrodillado sobre ricos cojines de brocado; el padre Mauro, revestido de los ornamentos rituales, daba la bendición á los nuevos esposos.

Para dar fin al solemne desposorio celebróse la misa, que el órgano acompañaba con sus gemidos severos Al dar la comunión á los novios, la mano del monje tembló por un instante; pero su mirada era tan serena, que Elvira no pudo recelar de la diabólica sonrisa que crispó los labios de Mauro.

... Y al día siguiente de las bodas todo era duelo y llanto en el castillo, que tanta alegría había cobijado unas horas antes. El monje Mauro había envenenado la hostia que consagrara en la misa de las bodas y las dos formas que sirvieron para la comunión de los nuevos esposos, cuyo cariño sólo pudo vivir en el espacio de una noche.

Tres féretros se tendían ante el altar, y ante ellos los cirios amarillentos goteaban cera, como llorando también por el dolor del castillo. En ellos se veían los cadáveres de Elvira, la rubia virgen, que sólo fué esposa una noche; de Alfonso, el esforzado mancebo, y del padre Mauro, cuyos labios aún parecían crisparse con satánica sonrisa.

Andrés González-Blanco.

ENSUEÑO

Hoy es mi día: el día
del varón San José.
Las flores de su vara
yo quisiera coger;

esas flores tan puras
y tan fragantes, que
parecen una aurora
dulce, un amanecer.

... Carpintero que tienes
en tu humilde taller
el perfume del cedro
y un perfume de fe;

carpintero de barba
cana y rosada tez:
eres la santidad,
la alegría y el bien.

... Esa sonrisa dulce
de tu mirada es
un sueño infantil, una
flor de Jerusalén;

y, soñando, tus ojos
se iluminan sobre el
gran madero que labras
en tu humilde taller.

... Igual que mariposas
blancas, en torno de
tu barba cana vuelan,
y pósanse en tu sien,

las menudas virutas
de roble ó de laurel
que arranca tu herramienta
sonora, ¡oh San José!

...Y te quedas soñando...
Una noche en Belén...
un astro iluminaba...,
daba calor un buey...

... Es mi día. En el cielo
comienzan á nacer
astros, cual flores en la
vara de San José.

UN VIEJECITO

En esta antigua casa de claros corredores
existió un viejecito pálido y encorvado
que amaba el sol del huerto; un sol tibio y dorado
que sazonaba frutos y reventaba flores.

Al sol, leía libros de muy rancios sabores
que daban paz á todo su rostro rasurado.
Tenía un gato viejo dormitando á su lado
mientras él meditaba: eran dos pensadores.

Cuando el sol se teñía de tinte amarillento,
y se sentía el filo de frialdad del viento,
y se bañaba de violeta la colina,

perdíase el anciano en el portal obscuro,
y el gato, tristemente, trepando por el muro,
se hundía por la negra ventana en la cocina.

LAS HUELLAS DE LOS MUERTOS

Sobre la cabecera de este tallado lecho
hay un Cristo pendiente del muro blanqueado:
tiene su luenga barba caída sobre el pecho,
y la sangre, en relieve, gotea del costado.

Este es un Cristo tétrico, descarnado y enjuto,
que entre las densas sombras miramos con espanto;
Cristo que nos convida á vestirnos de luto,
á decir oraciones y á anegarnos de llanto.

Está envuelto en un suave ambiente de tristeza.
En su cuerpo se observa un tinte amoratado.
Parece que ahora tiene más baja la cabeza,
más caída, de modo que semeja un ahorcado.

¡Oh Cristo, viejo Cristo, que miras tristemente
estas almohadas viejas, frías y abandonadas!
¿No recuerdas la suave palidez de una frente
que estaba yerta bajo tus tranquilas miradas?

¿No recuerdas aquellos ojos que se cerraron
bajo tus flacos brazos extendidos en cruz?
¿No recuerdas que un triste día te descolgaron
del muro y te tendieron sobre un negro ataúd?

José García-Vela.

LA ORACIÓN DE LOS RECUERDOS

Después de largos años volví á aquellos lugares,
panteón venerado de mis dioses amigos;
sentí que renacía en el fondo del alma
el fetiquismo santo que abandoné al olvido.

Me incliné hacia el estanque de las aguas tranquilas,
que tan dulces secretos guardaban en sus urnas,
y en la onda fugitiva, rizada por los céfiros,
creí hallar antiguas sonrisas y ternuras.

Los vientos del otoño lanzaban de los árboles
las hojas, que caían sobre mi frente secas;
caricias inefables que en aquellos momentos
me enviaban de lejos mis ilusiones muertas.

¡Mis árboles sagrados! Sobre la tersa luna
de las aguas lanzaban sus altivas imágenes;
el beso de los vientos les arrancaba notas
tan solemnes y graves
como las de los órganos bajo las amplias bóvedas
de templos seculares...

La soledad augusta envolvió mis tristezas,
de emoción intensísima sentí embargada el alma,
y apoyando mi frente en el añoso tronco,
salieron de mis labios susurros de plegaria.

Mariano Ferrer Lalana.

GANARÁS EL PAN...

En el llano glorioso—donde otro tiempo reyes
lucharon como fuertes y heroicos capitanes—,
tras las yuntas calmosas de pacíficos bueyes,
la mano en la mancera, avanzan los gañanes,
cumpliendo con perennes y rústicos afanes
del trabajo las duras ineludibles leyes...

Monorrítmica y grave, la canción de la brega
vuela lenta y pausada á lo largo del llano,
late en todos los sitios, de todos sitios llega;
vibra, como la musa de este campo lozano,
en las cumbres enanas de aquel monte lejano,
en caminos, en tesos, cabe el río, en la vega...

Un altar grande y noble, un altar consagrado
al trabajo parece la tierra estremecida;
altar en que oficiara, sumiso y resignado,
el gañán que con mano bien morena y curtida
va hundiendo por el surco, con rudeza garrida,
su cáliz, que es la reja de su rústico arado...

Por la reja al sentirse la tierra desgarrada,
se llena de divinos lujúricos temblores,
como una dulce novia heroica y abnegada
que á su amante pagase los tormentos mayores
con besos—las espigas—, con caricias—las flores—,
siempre alegre y fecunda, sin quejarse de nada...

La tierra es un milagro de amor el que contiene.
La tierra es como una amante misteriosa
que crueles herimos y á sonreirnos viene;

cuanto más desgarramos su entraña generosa,
más lozana y más bella, más tierna y dadivosa
nos demuestra, florida, este amor que nos tiene...

... Avanzan los gañanes, la mano en la mancera,
tras de los bueyes mansos, por los surcos terrosos
—arar, sembrar, segar: así es su vida entera—;
avanzan recios, rudos, avanzan despaciosos,
dando al viento los graves cantares cadenciosos,
las rústicas tonadas de musa romancera...

Avanzan, sacerdotes del rito del trabajo,
tras las yuntas calmosas de pacíficos bueyes,
arrancando terrones y raíces de cuajo,
en el llano glorioso—donde otro tiempo reyes
lucharon por sus cetros—, cumpliendo con las leyes
que gobiernan la vida, surco arriba y abajo.....

Avanzan, y los surcos va trazando su afán;
avanzan recorriendo su penoso camino;
por los surcos terrosos bajan, tornan y van,
sumisos á su pobre despótico Destino,
cumpliendo, resignados, el mandato divino:
«Con sudor de tu frente te ganarás el pan»...

Alberto Valero Martín.

INFORMACIONES

Política

El problema obrero y los partidos políticos

De entre los varios y complejos problemas que han dado origen á la llamada cuestión social, espectro de horribles visiones que hace estremecerse á las naciones más fuertes y á los pueblos mejor cimentados como se estremece el labrador ante la visión de la fatídica nube, descuella uno que, por lo intensivo y extensivo de sus fenómenos, sobrepuja á cualquiera otro de cuantos se agitan en la escuela y en la plaza, animan las cátedras, conmueven á las masas, interesan á los reyes y papas y encienden la dinamita.

La cuestión económica, la cuestión política, el feminismo, el militarismo, el absenteísmo, la emigración y otros problemas palpitantes no entrañan, ni mucho menos pueden entrañar jamás, la gravedad y transcendencia que presenta el obrerismo, bien porque directamente afecta á las clases sociales más numerosas, bien porque sea un producto de errores, de injusticias, de expoliaciones é iniquidades acumuladas durante el curso de las dos últimas centurias, y que hoy pesa cual nimbo fatal sobre las mismas, de las que hace brotar chispas de rabia y de furor.

Así se explica que el problema obrero haya llegado á ser en las naciones modernas, que es donde con caracteres de mayor agudizamiento está planteado, motivo de estudio preferente. Los sociólogos, los economistas, los políticos, los juristas, los moralistas, todos cuantos consagran sus energías y esfuerzos á la meditación de las causas y orígenes que han provocado el estado morboso que en la hora presente aqueja al organismo social, son contestes en afirmar que de los diferentes problemas que integran la cuestión social, el que con más preocupación hay necesidad de considerar, y que mayor urgencia demanda para su solución, es, ciertamente, el problema obrero.

Los que en uno ú otro orden dirigen la cosa pública y son conductores de los pueblos, en cualquier bandera que militen ó en cualquier campo que formen, todos, absolutamente todos, ven en los choques entre el capital y el trabajo una cuestión pavorosa y de resolución inaplazable.

Por eso los partidos que usufructúan el Poder, pero más aún los que viven en permanente oposición, incorporan á sus programas y llevan á sus manifiestos con preferencia evidente fórmulas y soluciones susceptibles de conjurar el malestar de las clases trabajadoras. Brindan con tan singular anhelo las primicias de sus iniciativas á hacer más llevadera, fácil y cómoda la vida del proletariado, que en seguida se echa de ver la honda transformación por que han pasado de algún tiempo acá esas proclamas de gobierno.

Aquellas orientaciones meramente políticas que constituían la razón de ser de un partido y su justificación para escalar las alturas del Poder, se han ido esfumando á medida que empezaron á dibujarse las tendencias substancialmente económicas y sociales. De semejante forma ha acontecido esto, que ya

hoy los estadistas y gobernantes han dado de mano con los programas sencillamente políticos, para enderezar sus energías y esfuerzos al desenvolvimiento de los sistemas económicos.

Y es que la evidencia de los hechos se ha sobrepuesto á todo linaje de artificios y convencionalismos de partido, reverberando la copiosidad de lacerias de la gran familia obrera, trabajada como se halla por una profunda anarquía, en la que todo hombre está en desacuerdo consigo mismo, todo individuo con los demás individuos, toda clase con las otras clases, y toda generación con la generación que la precede. Tan es así, que no parece sino que estamos en presencia del *bellum omnium contra omnes* que imaginaba Hobbes al surgir la Humanidad, todavía, según él, salvaje y brutal, y que después de tantos siglos de civilización y progreso, señalan aún hoy día los hombres de gobierno con el nombre de «*Guerra civil permanente* (1), que el odio de clases fomenta en el corazón de los nacidos en una misma tierra y en los hijos de una misma redención».

De donde resulta que los partidos políticos, lejos de sustraerse á la influencia y derivaciones del problema obrero, sienten la apremiosidad de inspección y andan azacanados por incorporar á sus programas todas aquellas fórmulas y soluciones suficientes á remediar la magna crisis en que conviven las capas sociales menos superiores, puesto que es indiscutible que la conquista del pueblo, de las clases laboriosas, triunfo definitivo de la cultura y de la civilización, está reservada á quien dé satisfacción cumplida á los derechos y reivindicaciones que en justicia les pertenece.

Pero, á decir verdad, no creemos que en la farmacopea de aquéllos se encuentre la fórmula redentora del proletariado. Porque, no hay que dudarlo: una de las causas que más han contribuído á acibarar y aun á agrandar el problema obrero, ha sido precisamente el olvido y abandono en que han dejado los legítimos intereses de las clases populares los gobiernos y los que á la política están consagrados, más atentos, sin duda, á satisfacer egoísmos, ambiciones y apetitos bastardos que á vigorizar la misión tutelar del Estado contra las explotaciones y demasías del capitalismo absorbente é inhumano.

La solución del problema que tenemos delante debe llenar dos condiciones: la una, *de orden económico*—dar lo que corresponda, según la justicia, al obrero, y mejorar su condición—; la otra, *de orden moral*—poner un freno á los apetitos, un límite á las necesidades y deseos de los ricos y de los pobres, de manera que no se excedan de la medida de lo justo y de lo honesto, sino contenerse en la del derecho y del deber—.

Y como cuantas fórmulas ofrecen aquéllos desprovistas están de semejante pluralidad de caracteres, son perfectamente ineficaces, no ya para el advenimiento de un régimen más equitativo y más justo, pero ni siquiera para la desgravación de los despotismos é injusticias del presente.

José Martínez Fraile.

---

(1) Programa de Rudini.

Académica

Academia de la Poesía

En el Centro Militar

La Academia de la Poesía Española prosigue triunfalmente su patriótica labor de cultura, y debemos felicitarnos de ello.

Memorable aquella fiesta de su fundación en el salón de actos del Ateneo de Madrid, ha tenido una segunda parte, de mayor importancia todavía, en la velada celebrada el día 2 en el Centro del Ejército y de la Armada.

La presidió el Infante D. Carlos, sentando á su derecha al general Fernández Caro, presidente del Centro Militar, y á su izquierda al Sr. Rodríguez Marín, vicepresidente de la Academia de la Poesía.

Comenzó el acto con un elocuente discurso del general Fernández Caro, que encomió la obra de la naciente institución, á la que saludó en nombre del Centro y ofreció la casa, manifestando lo honrada que se veía con la visita de los poetas, lo que, al fin y al cabo, era seguir el consorcio en que siempre, entre nosotros, vivieron las armas y las letras. El general Caro fué muy aplaudido.

El Sr. Val, secretario de la Academia, leyó un estudio sobre los poetas militares, encabezándolo con elocuente programa de labor que la nueva institución se tiene trazado, y al que obedecen sus concursos, veladas, publicaciones y cátedras gratuitas. He aquí un párrafo que, tratando luego de los poetas militares, fué muy aplaudido:

«La poesía, en sus albores, inspírase en la pelea, canta el amor á la Patria, los triunfos de las tropas, las grandes hazañas de los héroes.

»Y ello es, sin duda, lo que más avalora el inapreciable tesoro de nuestro Romancero y el blasón glorioso de nuestros monumentos literarios, en cuyo jefe aparece *El poema del Cid,* no precisamente por sus galas de lenguaje, primores de estilo ó vuelos poéticos, sino por la grandeza del héroe, representación del espíritu caballeroso y cristiano que en aquellos rudos tiempos nos empeñaba en épicas luchas.

»El poeta Alfonso Giraldes, que peleaba en la batalla del Salado y cantaba luego la victoria; Francisco de Figueroa, *el Divino,* que luchó en Italia y Flandes; aquel otro poeta, llamado también *Divino,* capitán Francisco de Aldana, que murió herido de un arcabuzazo en la misma batalla donde pereció el Rey D. Sebastián; Gutierre de Cetina, que peleó en Italia y en Túnez con Carlos V contra Barbarroja, y en Flandes con Fernando de Austria contra los franceses; Jorge de Montemayor; Baltasar del Alcázar, que militó en las naves del marqués de Santa Cruz; Francisco de la Torre, cuyas proezas militares corrían parejas con sus méritos literarios, hasta el punto de juzgar Quintana

sus poesías «los frutos más exquisitos que dió entonces nuestro Parnaso»; Alonso de Ercilla, héroe y cantor á un tiempo, que mientras combatía pensaba, y mientras escribía recobraba fuerzas y entusiasmos para la nueva lid; Andrés Rey de Artieda, que peleó, como Cervantes, en Lepanto, donde también se distinguió Cristóbal de Virués, llegando á capitán por sus hazañas en Italia y en el Milanesado; el capitán Pedro Tamayo, de quien el «príncipe de nuestros ingenios» dijo:

»Fué, al enemigo, asombro, fué desmayo,
que por él se vió en fuga y puesto en rota;

Guillén de Castro, capitán en Valencia de la compañía de caballos de la Costa; Agustín de Salazar y Torres; Nicolás Espinosa; Francisco Trillo y Figueroa; Francisco Manuel de Melo, historiador, soldado en los tercios de Flandes, y que también hizo versos; el teniente general Eugenio Gerardo Lobo, llamado *Capitán Coplero,* que peleó en la guerra de Sucesión como capitán de caballos corazas, y asistió al sitio de Lérida y á la conquista de Orán; el coronel José Cadalso, herido de un casco de bomba en el bloqueo y sitio de Gibraltar; José de Cañizares, capitán de caballos corazas; José de Vargas Ponce, que, siendo guardia marina, se reveló con su *Elogio de Alfonso el Sabio,* premiado por la Academia; el conde de Noroña, que estuvo á punto de perder la vida en el sitio de Gibraltar, y como teniente general alcanzó en Galicia, sobre los franceses, la memorable victoria del puente de San Payo; Pedro Agustín Girón, primer duque de Ahumada; el duque de Rivas, que luchó en Bailén y en Ocaña, recibiendo en un mismo combate once heridas mortales; García Gutiérrez, que con el uniforme de soldado salió á las tablas á recibir las ovaciones del público en la noche del estreno de *El trovador;* Bretón de los Herreros, que, siendo estudiante, se alistó como voluntario para luchar por la Independencia; Narciso Serra, capitán de Caballería, oficial de coraceros del regimiento de Borbón; Pedro Antonio de Alarcón, que peleó como voluntario en la guerra de Africa, de la que nos legó el *Diario,* preciadísimo documento histórico; y, en fin, aquellos preclaros varones que en el firmamento de nuestras letras forman constelación de estrellas de primera magnitud; aquellos insignes poetas que se llamaron Santillana, Garcilaso, Cervantes, Lope y Calderón: Iñigo López de Mendoza, que ganó en la batalla de Olmedo sus títulos de marqués de Santillana y conde del Real; Garcilaso, que peleó en el Milanesado y en Túnez, maestre de campo de Carlos V en la desdichada jornada de Provenza, donde una piedra cortó su vida al escalar una torre defendida por arcabuceros franceses; Cervantes, el inválido de Lepanto; Lope de Vega, que como soldado recorrió toda Europa y se alistó en la «Armada invencible»; Calderón de la Barca, que perteneció durante muchos años á la milicia de Italia y á la de Flandes, son evidentes pruebas, sin citar ya más nombres, de que la lira y la espada no se han repelido nunca entre nosotros, y de que si hay siempre mucho de patriótico y de heroico en todo bizarro y noble sentimiento poético, y mucho también de sublimidad y poesía en todo triunfo guerrero, en toda he-

roica hazaña, un mismo temple ha de ser el que arranque á las cuerdas de la lira las notas vibrantes y armoniosas y el que despierte el más animoso espíritu en el acero de la espada.

»Honor, pues, á ellos, que tanto nos honraron.»

Don Serafín Alvarez Quintero leyó á continuación un precioso trabajo escrito en colaboración con su hermano D. Joaquín. El tema era *La Musa de Juan Soldado,* y por lo bien escogidas que estaban todas las coplas y el primoroso engarce con que ambos hermanos supieron presentarlas, el auditorio estuvo pendiente de sus labios, premiándoles al final con una salva de aplausos.

El actor del Español D. Pedro Granda, á quien espera un brillante porvenir en nuestra escena, leyó magistralmente dos hermosas poesías: *El Cid,* de Manuel Machado, y *Marcha triunfal,* de Rubén Darío. La voz, la entonación, la presencia y el ademán armonizaban, y el lector supo dar á los versos los matices justos y adecuados, por lo que merecidamente se le tributó una ovación.

Alberto Valero Martín leyó después unos versos muy inspirados, siendo también muy aplaudido.

La mujer y la Patria era el título de la admirable poesía leída luego por Sofía Casanova. Sus estrofas á María Pita y Agustina de Aragón arrancaron aplausos que interrumpieron la lectura de los robustos alejandrinos.

Don Balbino Dávalos, ministro de Méjico en Lisboa y excelente poeta, muy estimado en Madrid, había sido invitado por la Academia, de la que es correspondiente, á tomar parte en la velada. Leyó unas bellas estrofas tituladas *Las glorias del poeta,* y fué muy aplaudido.

El teniente coronel D. Juan Arzadun, menos conocido como poeta de lo que merece, y cuya labor es digna de todo elogio, pues por la tarde del mismo jueves había dado una importantísima conferencia en el Ateneo, leyó unas décimas á *Don Quijote* muy bien hechas y muy bien leídas.

Villaespesa nos deleitó una vez más con la lectura de su admirable *Poesía de la raza,* que le valió prolongados aplausos.

Los trabajos de D.ª Blanca de los Ríos y del maestro ilustre D. Francisco Rodríguez Marín son de excepcional importancia, y á modo de las primeras piedras que en la organización del Centenario de Cervantes ponga la Academia de la Poesía Española.

De Rodríguez Marín procuraremos dar íntegra la hermosísima glosa.

De la admirable Blanca de los Ríos insertamos los párrafos siguientes:

«Como suscitada para consagrar perpetuamente la fraternidad y el culto del idioma, para celebrar, sin dejos de ambiciones ni de amarguras, las bodas de oro entre la estirpe y el habla española, aproxímase una fecha memorable en los fastos humanos: el tercer centenario de la muerte de Cervantes, que asume la representación gloriosa de nuestro idioma y de nuestra estirpe.

»Y Cervantes ostenta el cetro del habla, no porque superase á Quevedo en la opulenta posesión del caudalosísimo léxico, ni á Tirso en el dominió y señorío de los secretos, recursos, sales y gracias inagotables del idioma, sino por-

que se abrazó amorosamente á la lengua y la caldeó en el regazo de su alma, y la hizo carne de su carne y hueso de sus huesos, y se hizo una cosa misma con ella, y transfundió á su prosa aquella alegre tristeza, aquel austero júbilo castellano, aquellas mieles y acíbares de su sonrisa entre resignada é irónica, aquellos ímpetus y bríos españoles y aquellas mansas burlas y sarcasmos sutiles que surcan de risas patéticas su prosa, empapada en alma y rebosante en dolorosas experiencias; su prosa, espejo clarísimo donde con fidelidad maravillosa se retrata la comedia humana en toda su variedad opulenta de lo grotesco á lo sublime. Porque en aquella prosa penetrada de espíritu se depuraba y elevaba el alma del escritor excelso; porque á medida que amorosamente la modelaba entre sus manos, pregustando con deleite inefable el triunfo definitivo, agotado ya por el hombre el cáliz de todas las experiencias, que es el de todas las amarguras, presintiendo muy de cerca la muerte, con el sol de la inmortalidad bañándole ya la frente venerable, paso á paso vemos al «manco sano» ascender por la escala espiritual á medida que él se acercaba á la muerte y su libro á la cima de la gloria; y llegado el momento de trazar, con la emoción de quien toca en su propia inmortalidad, aquella solemne, última página de la cuerda, cristiana muerte del Hidalgo, que tan conmovedoramente contrasta con sus pasados delirios andantescos, sentimos el escalofrío de lo sublime y nos inclinamos reverentes á contemplar como por primera vez una escena de la vida familiar: aquella muerte en paz y en Dios del loco simbólico es trasladada con tan alto respeto desde la realidad á la novela, que asciende así—como el maestro ha dicho—á la altura de la epopeya. Y por eso, por haber incorporado al habla nuestra vida real y nuestra psicología hispana; por haber esculpido en la extática faz del loco sublime la santa faz mística y arrobada y ensoñadora de la Patria; por haber incorporado á su prosa la sangre y el alma de la casta, asume Cervantes la representación augusta de la lengua y de la estirpe.

»¡Honrémosle como á quien empuña tal cetro, como á quien ciñe tal corona; honrémosle como á la propia alma de la raza y como á una de las más altas glorias de que la Humanidad se enorgullece!

»Y puesto que en Cervantes se juntan y personifican las glorias de la bandera y las glorias del Diccionario, donde reside la soberanía de la Patria tanto como en las enseñas que juráis defender á costa de vuestra sangre, ayudadnos á celebrar y á enaltecer á la más pura y á la más patriótica de nuestras glorias nacionales.

»Hagamos que alrededor del monumento que la raza española debe al soldado inmortal que empuñó en su diestra el haz de rayos de nuestras victorias de la espada y de la pluma, se desplieguen, como enormes alas de la gloria, entre las enseñas de todas las naciones, las banderas de las veinte Repúblicas hispanoamericanas, que tienen por sangre y por alma la lengua que Cervantes supo hacer tan inmortal y tan suya.»

El Infante D. Carlos felicitó á los organizadores de la patriótica fiesta, y por orden suya se escribió á los que tomaron parte en ella manifestándoles el

deseo de D. Carlos de recibirles en su casa para felicitarles de nuevo por su labor realizada y en proyecto.

La Academia de la Poesía Española, por su parte, manifestó también al Centro del Ejército su gratitud por las atenciones de que fué objeto, y especialmente á los señores general Caro, Burguete, secretario, y Escobar, vocal, que hicieron los honores de la casa con delicada cortesía.

Domicilio oficial de la Academia

El jefe del Gobierno, Sr. Canalejas, ha cedido un amplio y lujoso salón y un despacho amueblados, en la actual Presidencia del Consejo de Ministros, para domicilio oficial de la Academia de la Poesía. La junta de toma de posesión se celebró el lunes 20 del actual.

Academia de la Historia

Premio del señor marqués de Aledo

Esta Real Academia otorgará en el próximo año 1912 un premio de 1.000 pesetas al autor de una «Historia civil, política, administrativa, judicial y militar de la ciudad de Murcia y de sus alrededores (la vega ó poco más, á reserva de un caso excepcional) desde la reconquista de la misma por D. Jaime I de Aragón á la mayoría de edad de D. Alfonso XIII».

Hasta la muerte de Fernando VII el historiador podrá juzgar según tenga por conveniente los acontecimientos relatados por él; pero desde dicha época hasta el fin de su obra se limitará á reseñarlos y procurará no dejar traslucir su criterio, procedimiento que extremará más según sean más recientes los hechos.

Los manuscritos que opten á este premio han de estar redactados en correcto castellano y letra clara, y podrán presentarse en la Secretaría de la Academia, calle del León, 21, hasta las cinco de la tarde del 31 de diciembre de 1911, en que terminará el plazo de admisión.

A los trabajos acompañará pliego cerrado que, bajo el mismo lema puesto al principio del texto, contenga el nombre y lugar de residencia del autor.

Ateneo de Badajoz

Programa de los Juegos florales organizados por este Ateneo

Para conmemorar el primer centenario de la batalla de La Albuera, en la guerra de la Independencia española, el Ateneo de Badajoz celebrará el próximo mes de mayo unos Juegos florales y certamen literario, científico y ar-

tístico, con arreglo á los temas, bases y condiciones que á continuación se expresan:

TEMAS

1.° Ateneo de Badajoz: Flor natural y 250 pesetas á la mejor poesía con libertad de metro y asunto.

2.° Excma. Diputación provincial de Cáceres: Un objeto de arte al mejor trabajo en prosa sobre el tema «Los diputados extremeños en las Cortes de Cádiz. Exposición y crítica de su labor legislativa».

3.° Excma. Diputación provincial de Badajoz: 250 pesetas al mejor trabajo sobre el tema «Los extremeños en las Cortes de Cádiz».

4.° Excmo. Ayuntamiento de Cáceres: Un objeto de arte al mejor trabajo en prosa que no exceda de cuarenta cuartillas de veinte líneas cada una, que demuestre la influencia que tuvo en la Independencia española la gloriosa batalla de La Albuera.

5.° Excmo. Ayuntamiento de Badajoz: 250 pesetas al mejor «Cuento histórico basado en un hecho de heroísmo, abnegación ó patriotismo ocurrido durante la guerra de la Independencia en Extremadura».

6.° Ayuntamiento de La Albuera: 125 pesetas á la mejor composición en verso, con libertad de metro y rima, á excepción del romance, cantando la participación que el pueblo de La Albuera tomó en la guerra de la Independencia.

7.° Ilmo. Cabildo Catedral de Badajoz: Un objeto de arte al mejor trabajo sobre el tema «Influencia del sentimiento religioso en la guerra de la Independencia».

8.° Ilmo. Sr. Obispo de Coria: Un objeto de arte al mejor «Himno al ilustrísimo Sr. D. Juan Alvarez de Castro, mártir de la Independencia».

9.° Ilmo. Sr. Vicario capitular de Badajoz: Un objeto de arte al mejor trabajo sobre «El concurso moral y económico del clero extremeño en la guerra de la Independencia».

10. Ilmo. Sr. Obispo de Plasencia: Un ejemplar de la edición monumental de la *Cristiada* al mejor trabajo sobre el tema «Transcendencia de la guerra de la Independencia en la vida internacional de España». Estudio histórico-crítico.

11. Regimiento de cazadores de Albuera, 16 de Caballería: «250 pesetas al mejor trabajo histórico que sintetice la importante cooperación de los guerrilleros en la campaña de la frontera portuguesa, en la biografía del más importante, D. Julián Sánchez (a) *El Charro*.»

12. D. Rafael del Nido, gobernador civil de Cáceres: Una pluma de oro al mejor trabajo acerca del siguiente tema: «Estudio de las ventajas que pueden obtenerse para el progreso de la amistad de España, Inglaterra y Portugal, en perfecta armonía con Francia, dentro de la vida moderna, libre ya de las luchas guerreras.» La Memoria no excederá, como máximum, de cincuenta cuartillas de á veinte líneas.

13. Excmo. Sr. General gobernador militar de Badajoz: Un objeto de arte á la mejor poesía á la gloriosa muerte del general Menacho.

14. D. Mariano M. del Rincón, gobernador civil de Badajoz: Un objeto de arte al mejor trabajo sobre el tema «Estudio crítico de la política internacional de Godoy».

15. D. Salvador Raventós, diputado á Cortes por Badajoz: 125 pesetas á la mejor leyenda en verso sobre una tradición extremeña.

16. D. Arcadio Albarrán, diputado á Cortes por Badajoz: 125 pesetas al mejor trabajo sobre el tema «Estudio acerca de la conveniencia social de la autonomía administrativa del municipio, y medios económicos con que éste puede contar para su administración».

17. D. Casimiro Lopo, diputado á Cortes por Badajoz: 125 pesetas al mejor trabajo sobre el tema «Crisis obreras en Badajoz. Estudio de las mismas y medios prácticos para conjurarlas en armonía con el mejoramiento en la clase trabajadora».

18. Instituto General y Técnico de Badajoz: Los *Episodios nacionales* de Galdós, primera serie, edición de lujo, y 100 pesetas al mejor trabajo sobre «Biografía y estudio crítico-literario del ilustre extremeño D. Bartolomé José Gallardo».

19. Colegio de Abogados de Badajoz: 125 pesetas al mejor trabajo sobre el tema «Bases razonadas para regular el contrato del trabajo agrícola en Extremadura».

20. Cámara de Comercio de Badajoz: 200 pesetas al mejor trabajo sobre el tema «Estudio del Comercio y la Industria española durante y después de la guerra de la Independencia».

21. Cámara Agrícola y Comunidad de Labradores de Badajoz: 200 pesetas al mejor trabajo sobre el tema «Ventajas é inconvenientes del cultivo intensivo en Extremadura. Medios prácticos para implantarle donde se estime conveniente».

22. D. Antonio Grajera y Sánchez-Gata, de La Albuera: 250 pesetas á la mejor oda «Á los héroes de Extremadura en la guerra de la Independencia española».

23. Sr. Conde de la Torre del Fresno: Un objeto de arte al mejor trabajo sobre el siguiente tema: «Importancia de la batalla de La Albuera en la guerra de la Independencia.»

24. Sr. Marqués de Matallana: Un objeto de arte al mejor trabajo sobre «Batalla de Medellín. Crónica literaria en honor de los héroes españoles que allí murieron».

25. Sr. Vizconde del Parque: Una cruz de La Albuera (suponiendo su restablecimiento) y 250 pesetas al soldado extremeño, en cualquiera situación ó ya licenciado, descendiente legítimo directo de militar ó guerrillero que en la batalla de La Albuera ó en cualquiera otra acción de guerra librada en la de la Independencia en territorio extremeño ganase más alta recompensa.

Serán méritos que se sumen á los del ascendiente para la concesión del

premio, los hechos por el solicitante en las campañas de África de 1859-60, de Filipinas, de Cuba y en la guerra de Melilla, y aun sustituirán á los del primero en caso de no probarse ó no alegarse, debiendo ser demostrado por documentos oficiales.

BASES

El concurso es libre, y los trabajos científicos y literarios que se presenten habrán de ser enteramente inéditos, escritos en lengua castellana y letra perfectamente legible.

Cada uno de los trabajos que se presenten tendrá un lema y expresará el tema á que concurre. Dentro del pliego en que el trabajo se remita se acompañará sobre cerrado y lacrado con el lema escrito, y en su interior pliego donde se indique con claridad el nombre, apellidos, residencia y domicilio del autor.

Los trabajos se encontrarán en la Secretaría del Ateneo antes de las doce de la noche del día 30 de abril del corriente año, á excepción de los del primer tema, que estarán el día 15; entendiéndose fuera de concurso los que se presenten con posterioridad.

El poeta á quien se conceda el premio de honor designará la reina de la fiesta, bien por sí, ó por medio de persona en quien delegue.

La fiesta de adjudicación de premios y *accésits* será solemne y se verificará en la segunda quincena del mes de mayo, excitando el Ateneo á los autores de los trabajos recompensados á que acudan por sí ó representados á tan solemne acto.

El Ateneo se reserva el nombrar socio de mérito á los autores de los trabajos premiados, si, á juicio del Jurado, fueran acreedores á proponerlos para tal distinción.

Badajoz, 28 de febrero de 1911.—El presidente, *José Díaz Macías.*—El secretario, *Enrique Segura.*

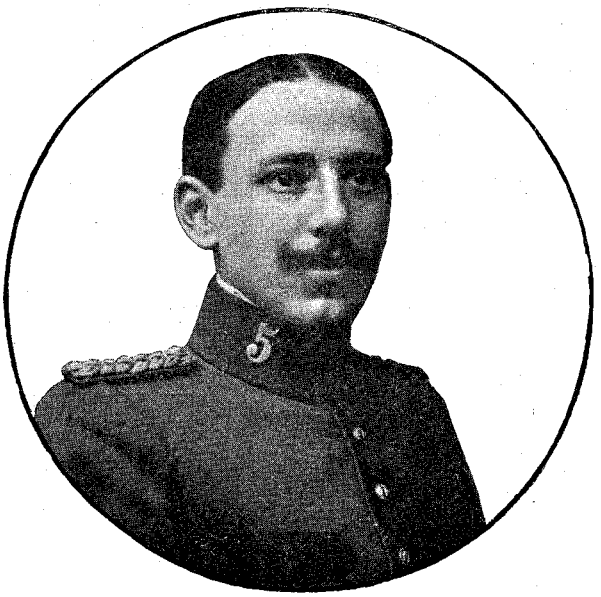
—o—

Bibliográfica

Jardín de ensueño.—Canciones remotas, por Adolfo Aponte.

Este que veis aquí luciendo el honroso uniforme de nuestra Infantería es Adolfo Aponte. Militar y poeta, entre los bizarros sones de las músicas guerreras y el ritmo rotundo de marciales marchas, su espíritu hila el blanco copo del ensueño y teje la cadencia de sus románticas estrofas.

Aponte es gallego; su alma se ha impregnado de melancolía en los campos idílicos de la buena Galicia, á quien tantos artistas debe la literatura moderna. La vida lo empujó á Toledo, y su espíritu de visionario recorrió las románticas callejas de la imperial ciudad, soñó al pie de los Cristos espectrales, quedó prendido en los ojos negros que vió brillar en una carita pálida tras la clau-



Don Adolfo Aponte.

sura de unas rejas misteriosas, amó la silueta grácil de una mujer que adivinó medio esfumada en las sombras de cierto callejón medieval... Y surgió su primer libro, *Jardín de ensueño,* libro de quimera y de encantamiento, libro de dolores sentidos ó presentidos, libro de sinceridad, en el que el poeta, en versos candorosos, tal vez poco pulidos, pero llenos de emoción, nos contó todas las impresiones de su vida joven.

Todo lo que he vivido, mi ideal, mis dolores,
lo aprisioné en la urdimbre sonora de estos versos.

Así dice el poeta en la introducción, y canta sus amores de cadete, las «laberínticas callejas, sombrosas y solitarias», la hermana novicia que se acogió á la paz conventual, dejándolo abandonado en el camino:

Será mi vida estéril yermo,
sin una flor ni una ilusión.
¡Oh solitario y pobre enfermo!
¡Oh pobre enfermo corazón!

Y canta á su espada de soldado, inseparable compañera de su lira de trovador:

Y mi armoniosa lira, como una dulce hermana,
te enseñará el sendero dorado de la gloria.

En *Idilio interior,* en una ansia de alegrías vislumbradas, en una dolorosa protesta contra la tristeza, dice á la amada de su ensueño:

Amada, amada mía,
cantan los ruiseñores,
matemos los dolores,
emigremos del reino de la melancolía.

Pero el deseo no se cumple; el alma del poeta no logra abandonar ese reino, por cuyos jardines, *Jardín de ensueño,* pasea con su carga de tristezas, más tristes cuanto que son más sinceras, porque el poeta, huérfano y solo, supo pronto de la cara pálida de la Intrusa y de la frialdad de su mano segadora de vidas.

Acaso por esto, y por la influencia de los campos en que nació y de la ciudad en que se desarrolló su vida, habla este primer libro de penas y desilusiones, y está todo él impregnado de una tristeza íntima y recogida que el poeta ha condensado en su soneto *Tedio:*

Pasan en el silencio las horas solitarias;
en vano es esperada la emoción que sacuda
nuestra alma prisionera del hastío; se duda
si rumiar blasfemias ó recitar plegarias.
Todo es vago é indeciso; un profundo vacío
parece que al espíritu torpemente se aferra...
Está á nuestros sentidos tan callada la tierra,
que sentimos morirnos de abandono y de frío.
Son horas silenciosas en que nada pensamos:
el alma está dormida; á despertarla vamos.
—¡Alma, vuelve á la vida! ¡Alma mía, despierta!—
Y es vano nuestro esfuerzo: la creímos dormida;
fuimos á despertarla llamándola á la vida,
y, de olvido y de tedio, nos la encontramos muerta.

En su segunda obra, *Canciones remotas,* la personalidad de Aponte va definiéndose más precisa, y la rima adquiere más flexibilidad y más perfección, aun cuando no son nunca las estrofas ropaje retocado y pulido que á fuerza de adornos y de bellezas externas borra la emoción que palpita bajo las galas, sino túnica sutil y transparente que se ciñe dócil á la idea sin turbar la pureza de sus líneas. La poesía de Aponte es en este libro menos pesimista; la tristeza pasa como agua mansa por los cauces del ensueño, y el espíritu cabalga á la conquista de la aventura, como nos lo dice *Hidalga,* la pri-

mera y una de las más bellas poesías del tomo:

Soy andante caballero
que en los campos de poesía—yermos campos de la Man-
[cha—
ha salido á una aventura.
—Guarda, guarda tus refranes y donaires, Sancho Pan
[za;
quiero ver si se resisten los molinos encantados
donde habita el sentimiento
al embite vigoroso de mi lanza.

Consta el libro de tres partes: *Canciones remotas, Las princesas* y *Aladas,* y es, en mi sentir, la primera la mejor de las tres, acaso por ser la más subjetiva, la más íntima, la que tiene mayor cantidad del alma del autor. *La canción del camino* es un lindo romance lleno de sencillez; *Cuento de Arcadia* y *Emigrantes,* dos composiciones de sabor netamente gallego por las que vive el espíritu de la tierruca; y *Madrigal,* un bello y emocional soneto que nos evoca el recuerdo de una novia, acaso como aquella que duerme casi olvidada en el montón de nuestros recuerdos, y á la que algunas veces imaginamos ver como entonces

En las tardes de otoño, mientras ella bordaba
alguna flor quimérica detrás de los cristales.

La ofrenda á las novias de antaño, La canción de las horas, Otoñal y *Peregrinación* son otras poesías cuya lectura recomiendo á todos los amantes de los bellos versos, y por todas las que circula la inspiración de un verdadero poeta, de un espíritu lleno de recuerdos y de ternura, que unas veces añora pasados amores, y otras veces, *mendigo de amor* que no halló caridad, nos habla de crueles desengaños:

También llamó á tu puerta
mi corazón sediento de ideales.
Era invierno, soplaba el desengaño,
y mis labios tenían mucha hambre
de tus labios. Tu voz me ha respondido:
—Hermano, Dios le ampare—.
Y desde entonces marcho
como el mendigo... errante,
y me pierdo en las calles de la Vida
tambaleándome.

Bajo el título de *Las princesas* agrupa Aponte varias composiciones de sabor primitivo que tienen el encanto de los ingenuos romances religiosos de los viejos labriegos, y parecen escritas para ser recitadas como oraciones en un corro de mujercitas jóvenes que empiezan á saber del amor, pero que aún no saben de sus torturas.

En este libro el autor tiene semejanzas con otros poetas contemporáneos, nacidas, no de la imitación, sino del parentesco espiritual que une á todos los cultivadores de la poesía moderna; pero su personalidad comienza á acusarse, y en otras futuras obras quedará clara y rotundamente definida. Yo espero esos libros, que seguramente vendrán, porque Aponte es joven y cantará siempre mientras sienta bullir los versos en su corazón. Él nos lo dice en su *Final:*

¡Pobre y triste poeta impenitente!,
cantarás como el pájaro y la fuente,
que hasta morir van su canción hilando.
Y de repente, á tu cantar esquivo,
el Desengaño—un cazador furtivo—
en el jardín te matará cantando.

M. Berdejo Casañal.

***

La guarida (novela), por José Francés.—Biblioteca Renacimiento, Madrid.

Nunca me cansaré de repetir lo que tantas veces he dicho hablando y escribiendo acerca de esta moderna literatura, de esta novela de nuestros días, que, sobre toda otra cosa, tiende á reflejar la vida tal como ella es, sin prescindir de sus hediondeces, de sus vicios, de sus bajezas, y claro está que haciendo resaltar lo no poco que de bello tiene, pues todos sabemos que, pese á ciertas místicas filosofías, hoy cada vez más en descrédito, la vida es belleza, y es armonía, y es goce, sino que las pasiones—las pasiones mal entendidas—y los odios y las envidias han trocado los colores azul y rosa—de amor y de paz—en esos otros rojo y negro—de sangre y de muerte—, siniestros colores de crimen y de pena. Yo—ya lo he dicho antes de ahora—creo que todos podíamos, que todos debíamos ser buenos. ¡Cuesta tan poco, y haríamos, siéndolo, un tan bello paraíso del mundo!...

Para mí, la novela moderna, como ninguna otra, presta á la Humanidad el gran servicio de enseñarla á vivir, dándole el alerta en todo aquello de que debe huirse por peligroso, por nocivo, é iniciando el buen camino, que se puede seguir sin reparos, sin

dudas, porque él ha de conducirnos al bien definitivo, al supremo bien, que si, desgraciadamente, no lo es, debiera ser por todos ansiado. Es decir, que yo veo en nuestros modernos novelistas—en los verdaderos, no en esa grande y despreciable legión de imitadores que han dado en llamarse ridículamente «hijos espirituales» de este ó aquel autor—los educadores de generaciones futuras, si sobre la nuestra tienen la ventaja —y la suerte, podríamos decir—de entender lo que dáseles en letras de molde.

Yo sé que alguien habrá de replicar algo por este estilo: «Poco á poco. Usted, que tan por alto coloca la novela contemporánea, vea, analice sin apasionamiento y detenidamente ciertas obras de las últimas hornadas literarias, y diga después si hay modo posible de educar con ellas.»

En efecto; no se me oculta que ciertos autores del día—dos de ellos sobre todo, cuyos nombres no es preciso citar—, á ratos, ignoro si por industrialismo ó tal vez por temperamento, cultivan en sus libros un naturalismo *demasiado natural*, poniéndolos á muy poca distancia de la pornografía. Pero digo *á ratos*, y creo decir bien: ved, si no, muchas, la mayoría de las obras de los dos autores aludidos, y decid en qué puede reprocháreles, estilo y floreos de lenguaje aparte.

José Francés, el José Francés novelista, que está, á mi juicio, muy por encima del José Francés autor dramático—díganlo en mi apoyo esas pequeñas novelas *Alma viajera* y *Alma cansada*, las cuales pueden muy bien codearse, no obstante sus dimensiones, con lo mejor que se ha escrito en estos últimos tiempos—, ha dado ahora *La guarida*, novela exquisitamente sentimental, con sabor á lágrimas y á besos, donde, como en la vida, vemos á unos padres, gentes del hampa enriquecidas por el vicio, que llevan inconscientemente (y aquí está la gran originalidad del asunto) á su hija al doloroso sacrificio de su virginidad en una de esas casas de citas, «manifestaciones crueles y odiosas de toda gran ciudad», como muy acertadamente escribe el autor en el prólogo de *La guarida*.

Sagrario Monegal, la desdichada protagonista, es el tipo acabado de la modistilla madrileña, locuela y alegre, que tantas veces ahuyentara con sus risas y aun con sus besos, en los recodos de las callejas obscuras, al atardecer de un domingo, nuestro mal humor y los hondos pensares de la cotidiana lucha del vivir. ¿Quién no ha tenido una Sagrario, una Maruja ó una Lola, con quien gustó entre sorbos de vino, allá en uno de aquellos merenderos de la Bombilla, de Cuatro Caminos ó de las Ventas, el placer de un amor mozo, sin celos, sin rencores, sin envidias; el amor de los veinte años?...

Desfilan por las páginas de *La guarida* tipos de una realidad tal, que, en su descripción, parécenos hablar con ellos, y con ellos sufrir y gozar, cual si fueran personas que á diario nos rodeasen. Y es que Francés, aunque joven, ha vivido mucho, y, lo que es mejor, ha sabido aprovechar su vivir para el estudio de ese intrincado mecanismo que hace moverse á los pobres muñecos del *Gran Guignol* de la vida, que tan acabadamente nos presenta en sus novelas.

Se me ocurre preguntar á los señores intransigentes, que tanto abundan: «¿Les parece á ustedes pornográfica esta obra *La guarida* porque en ella se habla de mancebías, y de hombres alegres, y de mujeres fáciles, y, en fin, del bajo, del grosero vivir de las gentes del hampa?...»

Del estilo de este último libro de José Francés nada se ha de decir, pues sobradamente conocido es de quienes siguen el movimiento literario actual.

***

Voluntarios aristócratas (drama contra la guerra).

No sé qué tal caerá en la opinión este drama de Adalberto Hernández-Cid.

Yo creo que el autor de *Genio de la especie*—obra que, aun siéndome desconocida, no dudo en considerar buena, puesto que la crítica autorizada ha tenido para ella los mayores y más desinteresados elogios—, si bien posee el privilegio de saber conmover al lector (y no digo al espectador, porque acaso los dramas de Hernández-Cid no lleguen á representarse), fáltale, en cambio, la habilidad, ó llámese mejor mira industrial, que es necesaria para halagar los ideales de todos los públicos.

Adalberto Hernández-Cid es un escritor de

escuela, de esa escuela que, en fuerza de radicalismo, asquea á las clases privilegiadas, para quienes la vida se desliza plácida, sin contratiempos ni desazones, aparte los que el cansancio, la monotonía de un vivir sin lucha pueda acarrearles.

En *Voluntarios aristócratas*—que, como el subtítulo bien claramente indica, es una rotunda condenación de ciertos derramamientos de sangre, estériles á juicio del autor—se expone el caso de una familia opulenta—por la defensa de cuyos determinados intereses (la explotación de unas minas en territorio extranjero) queda planteada toda una guerra nacional—que al ver partir á uno de los suyos, que en un instante, al oir la música de un regimiento de voluntarios bajo los balcones de su palacio, siente arder en su pecho la llama del santo amor á la madre patria, llora de desesperación y de dolor al pensar en los peligros que allá en tierras lejanas seguramente le aguardan...

Está escrita esta obra en un exquisito y correcto estilo, que acredita á Hernández-Cid, como todos los anteriores trabajos suyos que me son conocidos, de un verdadero literato, del que, dada su juventud y gran amor al estudio, pueden esperarse muy excelentes obras.

***

Alma desnuda (cuentos), por Cecilia Camps.

No conozco á la autora de este libro sino por algunas fotografías que de ella he visto en las publicaciones ilustradas. Desconozco, pues, á la mujer, mas no así su temperamento, su alma, que, por si no me eran del todo familiares después de los varios trabajos sueltos que había saboreado en toda ocasión con el deleite que nos causan los manjares exquisitos, han venido con esta su última obra á hermanarse con mi espíritu, si un tantico escéptico, sentimental á veces ante ciertas escenas de la vida.

Alma desnuda—y mucho me congratula poder decirlo—es un libro hecho con pedazos de vida, de esta vida nuestra de odios y pasiones, de ambiciones y envidias; de este vivir en continuo luchar, no con esa lucha, hermosa siempre y siempre noble, de los nobles ideales, que hace de los hombres verdaderos hermanos, sino con el disputar de fieras que ódianse á muerte: cruel y amargo disputar, que lleva á los individuos al cansancio del ideal y de la existencia.

Cecilia Camps, en ésta como en todas sus obras, se nos muestra punzante á ratos, punzante á lo Mirabeau, como muy atinadamente hace notar el prologuista de *Alma desnuda*, Eduardo Zamacois, y á las veces frívola, con la exquisita frivolidad del alma femenina, siempre amena y delicadamente bella en las descripciones y en el estilo, bien conocido á la hora de ahora de cuantos seguimos el desenvolvimiento de nuestra literatura contemporánea.

Obra es esta nueva de Cecilia Camps que deleita—siquier algunos de estos cuentos pongan un algo de amargura en nuestro ánimo—á quien en la soledad del gabinete ó en la placidez del campo dedica á su lectura el detenimiento con que deben ser leídos y saboreados los buenos libros.

F. González-Rigabert.

***

Poesías de Baltasar del Alcázar.—Edición de la Real Academia Española.—Madrid, imprenta de los Sucesores de Hernando, 1910.—376 páginas + 3 hojas.—Anteporta.—Vuelta en blanco.—Portada.—Pie de imprenta. Anverso de una hoja en blanco.—Fototipia y facsímile de la firma y rúbrica autógrafas de Baltasar del Alcázar.—Baltasar del Alcázar, por D. Francisco Rodríguez Marín, V-XC.—Erratas, XCI-XCII.—Anverso de una hoja en blanco.—La familia de Baltasar del Alcázar, vuelta de una hoja y anverso de otra.—Vuelta en blanco.—Texto, 1-252.—Notas, 253-271.—V. en b.—Glosario, 274-293.—V. en b.—Variantes, 295-340.—Registro alfabético de primeros versos, 341-364.—Indice, 365-375. V. en b.—8.º marquilla (23 × 15 centímetros).

De la descripción del volumen brota su mejor elogio.

En efecto; una colección de poesías de Baltasar del Alcázar, editadas con lujo y todo género de requilorios tipográficos por la Real Academia Española, bajo la dirección y con la crítica del insigne maestro don Francisco Rodríguez Marín, es cosa que no necesita de ajenos encarecimientos.

Esto, Inés, ello se alaba;
no es menester alaballo.

Una edición crítica, con biografía «documentada» del autor, amén del retrato, del autógrafo y del árbol genealógico; texto expurgado de groseros aditamentos parasita-

rios, poesías clasificadas, notas aclaratorias, rico glosario y copia de variantes, con índices y registros alfabéticos, no es cosa común en esta tierra exbendita de libros de texto y libros pornográficos.

Señalemos, pues, con piedra blanca en estas crónicas de libros escogidos el precioso volumen que acaba de llegar á nuestras manos.

No han de tocar ellas,

hechas á cebar lechones,

á la fama literaria del Marcial hispalense, y

... nadie la mueva
que estar no pueda con Marín á prueba;

pero será bien decir que si la preciosa colección de poesías arriba descrita es oro fino de la literatura española, no le va en zaga el magnífico estudio biográfico y crítico que las acompaña, debido á la inimitable pluma de Rodríguez Marín.

De Baltasar del Alcázar sólo se sabía que «era sevillano y que vivía á principios del siglo XVII», y ahora se sabe todo lo que el ilustre académico acaba de incorporar á nuestra gloriosa historia literaria en noventa y dos páginas, que si no fueran de papel, parecerían de marfileñas tablillas grabadas con los áureos estilos de los clásicos poetas é historiadores romanos.

Porque Rodríguez Marín, que es un inspirado poeta de la Historia y un concienzudo historiador de la Poesía, «ha roturado» todos los protocolos y archivos de su tierra natal, ha echado sobre el campo virgen de tan penosa labor las semillas de su finísimo y culto ingenio, y ha obtenido abundante cosecha de gayas flores y de sazonados frutos, con lo que ha acrecentado el espléndido museo de nuestra incomparable riqueza literaria.

No queda, seguramente, en la Bética histórica cosa útil que Rodríguez Marín no haya explorado; y si en cada región de España hubiese un hombre de tanto talento y de tan perseverante labor que en su «jurisdicción» hiciese lo que ha hecho Rodríguez Marín en la suya, la reconstrucción histórica de España estaría ya casi concluída.

Rodríguez Marín, en el estudio de Baltasar del Alcázar, llega á notas tan curiosas como la de describir el pueblo de los Molares según era en el siglo XVII, y en esta obra, como en todas las anteriores, cuando el eximio escritor usa de la conjetura para exponer un hecho, ella es tan razonable, que se admitiría como verdad demostrada si el mismo autor no advirtiese lo contrario con su habitual respeto á la exactitud de la referencia.

Entre las partes recomendables del concienzudo estudio hecho de Baltasar del Alcázar por Rodríguez Marín, es de notar el índice bibliográfico del poeta sevillano, que contiene descripciones hechas, *secundum artem*, de las obras, así manuscritas como impresas, del próceer ingenio hispalense.

Del carácter de las obras de Baltasar del Alcázar hay que advertir para la parte más escogida de nuestro público, que es la más espiritual, que las poesías de Baltasar del Alcázar no son por el autor, ni por la época en que fueron escritas, ni por el medio social que reflejan, obras que puedan leer impunemente señoras, jóvenes y niños.

Por desdicha nuestra, no podemos leer sin malicia (que está en nosotros más que en el objeto) algunas obras clásicas en que con singular desenfado se pintan sin hipócritas eufemismos vicios y lacerias de la época, y por esto conviene que la lectura de algunas obras se recomiende solamente á las personas de vasta cultura y suficiente experiencia, que puedan ver, sin alborotos de la pasión, la flor literaria y el pensamiento moral expresados con licencia de lenguaje que las costumbres actuales no consienten, de igual manera que el artista plástico ve sin malicia los mágicos efectos de la línea y del color en los desnudos, en que el no preparado sólo ve un ataque á la castidad del espectador.

A tales obras pertenecen—aunque no en largo número—algunas poesías de Baltasar del Alcázar.

Y conviene decirlo, porque no queremos ser nunca piedra de escándalo para los párvulos, ya parezca inevitable serlo con frecuencia para los fariseos.

Un crítico de la Alcarria.

***

Archivo de Investigaciones Históricas, números I y II. Enero y febrero de 1911.

«Un pueblo que no se preocupe de conocer su historia, renuncia por este solo hecho á definir su personalidad, á tener conciencia de la razón de sus actos y á dirigir la propia vida de un modo que responda á su carácter y á sus necesidades. Esto mismo hace que la comunidad de historia establezca entre los hombres un lazo sólido de agrupación y hermandad, y entre las naciones que derivan del mismo tronco, que han caminado juntas en tiempo más ó menos largo, un fondo común de problemas, sentimientos, orientaciones y sentido de la vida.

»De aquí que todo patriota, en el sano sentido de la palabra, lleve en el fondo de su espíritu un indomable interés por la historia de su país, y que todo hombre preocupado de salvar la representación ideal de una corriente civilizadora, procure ahondar en ella para saber bien cómo fué, poder alegar los merecimientos que legitiman su perduración y estrechar los lazos de todos los grupos humanos que de ella participan y llevan su sello indeleble.

»En esfera muy modesta, la que nuestra pequeñez nos permite, esos fines perseguimos al fundar esta nueva revista de estudios históricos.

»Queremos contribuir á que sea cada vez más conocida la Historia de España, y conocerla mejor nosotros mismos; y queremos también fortalecer la existencia de este campo de trabajo común, en gran medida, á todas las naciones que hablan la lengua castellana.

»No tenemos la pretensión de creer que esto sólo baste para que vayan cristalizando los anhelos, cada vez más definidos y conscientes, de intercomunicación de España con los pueblos hispanoamericanos, ni se nos oculta que la Historia une unas veces, otras separa; pero estamos convencidos de que éste es uno de los caminos seguros para llegar á la realización de aquellas aspiraciones, incluso por el grande servicio que el estudio histórico, llevado con científica serenidad, presta á la vida, barriendo de ella leyendas y prejuicios que algún día tuvieron quizás su razón de ser como armas de combate, pero que, prolongados más allá, mantienen resquemores y recelos que la verdad disipa, dando paso franco á la simpatía, flaca de memoria para lo que desune y avivadora de lo que estrecha.

»Con todo ello, pasaremos á decir que el *Archivo de Investigaciones Históricas* cultivará tanto los estudios de Historia peninsular como los de Historia americana, y procurará, en unos y otros, reunir las firmas de escritores de ambas procedencias.

»Nuestro programa abraza la publicación de monografías, más ó menos amplias, sobre todos los órdenes de la Historia nacional y colonial (América y Filipinas), y de informaciones, lo más completas posible, de la literatura histórica extranjera referente á estos extremos.

»Si el favor del público no nos abandona, y la colaboración de los que sienten iguales aficiones que nosotros no nos falta, nuestra revista podrá cumplir su fin. Por nuestra parte, como no hemos mezclado en su fundación, ni remotamente, ideas de lucro, pondremos á su servicio lo mejor de nuestras fuerzas y de nuestros entusiasmos.»

Con estas palabras elocuentes se nos anunció la publicación nueva, cuyos propósitos expresados comienzan ya á ser realidades.

Su fundador y director, D. Juan M. Sánchez, que tanto se ha distinguido en esta clase de investigaciones históricas, es bien digno de elogio y de gratitud por los trabajos que emprende.

Los dos primeros números contienen importantes estudios de los Sres. D.ª Blanca de los Ríos, Puyol, Jiménez Soler, Lampérez y Serrano y Sanz, cuyos nombres son garantía del texto.

***

La tontería de un gato, novela de Angelina Alcaide de Zafra.

Es uno de los libros que más han dado que hablar en esta temporada y que más ha satisfecho mi curiosidad, porque confieso que su linda autora era para mí un enigma que me había llegado á preocupar más de una vez.

Por encima de la vulgaridad ambiente, esa muchachuela flexible y misteriosa resaltaba de un modo extraño. No era como las demás, ni hablaba como las otras, ni solía entregarse ingenua á la primera palabra aduladora ó cortesana.

Sonreía y observaba. Indudablemente, había nacido para observar, para pensar y para escribir. Es muy niña aún. No hemos de juzgar á la escritora por éste su primer libro, encantador, pero «primer libro».

Cuando no sobre inocencia á su afectada picardía y travesura; cuando la mariposa libe en las flores, sin ser todo revolotear entre ellas; cuando al ponerse á escribir tenga ya la novela en proyecto su plan y su desarrollo para aumento del interés y para ilación de los episodios, todo lo cual es algo fácil, que sólo la práctica, el estudio y el tiempo traen á quien ya tiene lo demás, que es el talento y la gracia y el espíritu de observación y de crítica, la Srta. Alcaide será una gran novelista, que todos hemos de admirar y aplaudir sin reserva alguna.

Vaya por anticipado y para estímulo un elogio muy entusiasta que no deja de ser justicia manifiesta, justicia acreditada en este caso con la favorable unanimidad de la crítica.

M. M. V.

***

La familia.

La casa editorial Bailly-Baillière ha enriquecido su importante Biblioteca Filosófico-Sociológica con un nuevo é interesante volumen titulado *La familia,* debido á la pluma del insigne profesor de la Facultad de Letras de París D. Pablo Janet.

Esta obra fué premiada por la Academia Francesa, y la versión española es tan esmerada y correcta, que en todos sus capítulos se refleja fiel y exactamente el pensamiento del autor, siguiéndose su mismo orden y método y conservándose en un todo la pureza de sus doctrinas.

El presente libro es, pues, un trabajo de filosofía media, ni científica ni elemental, pero útil é indispensable á todas las clases sociales, apuntando las ventajas de la familia, virtudes que requiere y sacrificios que lleva consigo.

En diferentes capítulos trata de la vida de familia, el marido, la mujer, el padre, la madre, el hijo, la hija, los hermanos y los parientes.

Y en el último capítulo se hace un estudio completísimo de la evolución sufrida por la familia desde los tiempos primitivos hasta nuestros días, extendiéndose considerablemente en el siglo XIX para demostrar su influjo en ella, así como el espíritu de rebeldía existente en la sociedad actual y el hastío é indiferencia de los individuos que la forman.

De venta en todas las librerías y en la de su editor, Sr. Bailly-Baillière, plaza de Santa Ana, número 10, Madrid, al precio de tres pesetas en rústica y 3,50 encuadernado.

Libros recibidos

POESÍA

Distruzione.—F. T. Marinetti.—Milán, 1911.
Madrigales.—F. Rodríguez Marín.—Madrid, 1909.
La Patria grande.—Carlos Fernández Shaw.—Madrid, 1911.
Estances.—Kayyam.—Traducción de R. Vives y Pastor.—Barcelona, 1907.
Notes poetiques.—R. Vives y Pastor.—Barcelona, 1906.
El enigma de la selva.—Alfredo Gómez Jaime.—Bogotá, 1911.
Canto á Venezuela.—J. T. Arreaza Calatrava.—Madrid, 1911.
El gran visionario.—M. Ferrer Lalana.—Madrid, 1901.

Rudezas de un cuarentón.—Emiliano Balás.—Ferrol, 1904.
Rosas y zarzas.—R. de Castilla Moreno.—Jerez, 1909.
La España católica.—F. González Prieto.—Gijón, 1890.
Romances moriscos.—F. González Prieto.—Gijón, 1900.
Remembranzas.—Manuel Martín Navarro.—Peñaranda, 1908.

NOVELA Y TEATRO

Cielo azul.—Arturo Reyes.—Madrid, 1911.
La insurrección.—L. Rodríguez Embil.—Librería Ollendorff.—París.
Susanita.—Jean Rameau.—Librería Ollendorff.—París.
Misterio.—Antonio Zozaya.—Madrid, 1911.
Dos amores.—Abelardo Rivera.—Toledo, 1911.

CRÍTICA Y VARIOS

Para América.—Desde España.—Adolfo Posada.—Librería Ollendorff.—París.
La Edad Media.—Luis Araújo-Costa.—Madrid, 1910.
La copla.—Francisco Rodríguez Marín.—Madrid, 1910.
Almas y panoramas.—Italia.—F. Contreras.—Barcelona, 1911.
La familia.—Pablo Janet.—Bailly-Baillière.—Madrid.
La reconquista de América.—Fernando Ortiz.—Librería Ollendorff.—París.
Discursos del Dr. Roque Sáenz Peña al asumir la Presidencia de la Nación.—Buenos Aires, 1910.
III Congreso de Higiene Escolar.—Dr. E. Masip.—Madrid, 1910.
Críticas musicales.—Gustavo E. Campa.—Librería Ollendorff.—París.
Horas de estudio.—Pedro Henríquez Ureña.—Librería Ollendorff.—París.
Del mundo interior.—Victoriano García Martí.—Madrid, 1911.
Arros.—Federico Maciñeira.—Coruña, 1911.
Cartilla del emigrante.—J. M. Rísquez y M. Ordóñez.—Madrid, 1910.
Guía escolar de España.—Madrid, 1909.
Guía oficial de España.—Madrid, 1911.

La historia religiosa y el evemerismo

ATENEO D BIBLIOTEC MADR

(Continuación.)

La idea de Dios y la idea de un muerto son dos y deben ser dos. Una teoría como la de SPENCER confunde ambas ideas, como si el respeto á Dios estuviese en razón directa del respeto á los muertos. Fuera de esto, el sistema de necrolatría, aunque se inspira en un hecho cierto, el hecho de los *dobles,* es en sí mismo el más frágil de los antropomorfismos; así se explica que TYLOR, partidario de SPENCER en lo que toca al origen de la idea de la realidad personal después de la muerte entre los salvajes, haya escrito una refutación de las utopías necrolátricas con vehemencia tal, que no ha sido superada.

No seguiré á SPENCER en la vertiginosa carrera de sus deducciones (1), ni lo mostraré al lector evocando en cierto modo del temor á los espíritus de los muertos todas las formas de la religión, todas las leyes del mundo dogmático, y desenvolviendo la mitología de la misma suerte que se desarrolla un germen en sus partes más tenues y en sus fibras más delicadas. Creo haber apurado en los párrafos anteriores el círculo de las opiniones de SPENCER, y ahora voy tan sólo á examinar el valor que tengan ante la sana ciencia.

Primeramente quisiera permitirme preguntar por qué los dioses han de ser simples héroes transfigurados por el recuerdo, sin que en el origen de la idea que representaban existiese de una manera implícita el sentimiento de lo eterno y de lo infinito, ó, por lo menos, el sentimiento de admiración mezclada de temor que el hombre, ser inteligente, experimenta en presencia de ciertos fenómenos naturales, ó la necesidad de explicación y protección que le domina ante todo lo que es poderoso y terrible. Nunca se debe olvidar que la explicación así obtenida nada tiene de común con un recurso mental ó una interpretación científica. El mismo SPENCER, ¿no ha establecido como un postulado capital de su sociología, y en oposición á la sociología de COMTE, la prioridad del sentimiento sobre la idea en todas las transformaciones históricas, y la mayor importancia del primero como agente ó factor ancestral en el orden de los fenómenos propiamente humanos? ¿Cómo ha podido ser infiel á su criterio general en mitología y reducido la religión al culto de los antepasados? ¿Por ventura queda esclarecida con este aserto la tenebrosa naturaleza del sentimiento religioso y de la idea religiosa? «Puede concederse (observa GUYAU con respecto á las proposiciones de SPENCER) que el culto de los antepasados ha tenido su parte en la formación de las creencias humanas; se ha deificado

(1) La explanación completa de estas deducciones debe buscarse en la obra *The principles of sociology,* principalmente en la primera parte, del capítulo VIII al XXV, y en los cuatro capítulos preliminares de la parte sexta. Estos últimos son como un resumen de aquéllos, pero resumen basado sobre hechos diferentes, pues se aplican de un modo concreto á las «instituciones eclesiásticas», mientras los primeros forman parte de los «datos» generales de la ciencia social.

á los héroes, no sólo después de su muerte, sino aun en vida. Pero ¿por qué hemos de reducir á este único principio una cosa tan compleja como las religiones? ¿Por qué hemos de querer ver en todo huellas de este culto, hasta en los mismos casos en que ningún hecho positivo parece autorizarnos para ello? El sistema de SPENCER, que reduce todas nuestras creencias á una sola, recuerda demasiado al *Génesis,* que hace salir á todos los hombres de la primera pareja, *Adán* y *Eva,* después de haber sacado á *Eva* de una costilla de *Adán.* Si es excelente buscar en un concepto primitivo, vago y homogéneo el origen de todas las creencias heterogéneas y posteriores, debe exigirse, al menos, que este concepto primitivo sea lo bastante amplio para poder de antemano contener en sí todos los demás. SPENCER tiende demasiado á confundir la *homogeneidad* de una noción con su amplitud; sólo por un prodigio de artificio llega á derivar de su principio una teoría religiosa del universo.» En suma: la teoría del evemerismo se reduce á suponer efectos sin causas y hacer surgir lo más de lo menos.

La observación anterior sobre la semejanza entre el criterio evemérico de SPENCER y el criterio genesíaco es, á mi juicio, tanto más justa, cuanto que en el evemerismo spenceriano, como en todas las doctrinas de patriarcado, religión doméstica, etc., se parte de una primera pareja, de la unión matrimonial monógama, que constituye la familia primitiva con los hijos y la casa, la cual se eleva por grados á *gens,* á tribu, á ciudad, á nación, etc. Pero esta doctrina, casi universalmente admitida en otros tiempos, ha sufrido rudos asaltos después de los descubrimientos de los etnógrafos é historiadores. Al considerar objetiva y fríamente los hechos de la historia humana, se reconoce que la familia está lejos de ser la sociedad más antigua, ó, como generalmente se dice, la única fundada en la naturaleza. Numerosas pruebas da la ciencia de haber sido coetáneos de esa institución otros varios grupos sociales. «El primer grupo social (dice STARCKE) no fué siempre la familia: toda circunstancia, toda particularidad capaz de reunir individuos, la comunidad del nombre, de *tatuage,* de *tamanuus,* sirvieron, ciertamente, de base á grupos estrechos... Si comparamos la vida comunal primitiva de los africanos, tal como la encontramos en los hotentotes, con la de las tribus brasileñas, en Africa como en América del Sur, el tipo de organización colectiva es la familia reunida bajo la autoridad de los padres; fuera de ese punto común, hay muchas diferencias paralelas con un diverso género de vida; además, la evolución sociológica no ha sido análoga en los dos continentes, ni las fuerzas que la han producido idénticas. Aparte de sus hijos, el americano no posee nada precioso; en Africa, por el contrario, la propiedad inmueble, los rebaños, juegan gran papel; en América, el hábito, el temor al enemigo común, la identidad del nombre... de habitación, producen la formación de los primeros grupos en el seno de la tribu; en Africa la propiedad es lo que une á los hombres; pero sobre ambos continentes, lo que mantiene los diversos grupos unos frente á otros no es tanto la idea de un origen común, cuanto la comunidad de residencia en un lugar determinado.»

Lo mismo, aunque en otros términos, viene á expresar POSADA en su *Tratado de Derecho político* (I, 147, 160): «La vida de relación, que se desarrolla por mil estímulos, determina conexiones y agrupaciones sociales tanto ó más antiguas que la familiar, cuya permanencia es menor, sin duda, puesto que se extingue ó disuelve con la generación... A la agrupación que natural y espontáneamente resulta de la necesidad genésica hay que añadir también la que resulta del hecho necesario de la *convivencia*... En las sociedades más rudimentarias, al lado de un movimiento de renovación constante de las uniones, hay un elemento de permanencia y estabilidad. La oposición de los sexos, en los individuos aislados, les impulsa á unirse, á formar familias más ó menos coherentes; pero los individuos no han surgido del aislamiento, sino que forman parte de otras uniones amplias, preexistentes, y á veces subsistentes. Es necesario ver en la *tribu,* en el *clan,* la expresión social de la estabilidad, de la permanencia de sociedades que, contra lo que sucede con la familia, permanecen de generación en generación... En la indeterminación y amorfismo primitivos, las dos ideas de consanguinidad y convivencia se confunden y mezclan, y se oponen gracias al *erróneo* razonamiento *lógico* de la ignorancia del hombre, y gracias á la fuerza intensísima de la individualidad que pugna por especificarse. Se puede, sin duda, pensar que siendo el hecho *material* que más pronto determina la unión social el *nacimiento,* este hecho es el que desde luego fija una de las cohesiones sociales más inmediatas; pero como este hecho no es aislado y único, sino que á la vez que se *nace* se *convive,* se vive en comunidad sobre un territorio variable ó fijo, este otro hecho determina también otro género de cohesión social... Y una prueba de lo coetáneo de estas influencias la tenemos en la misma amplitud de los parentescos y en su primitivo carácter comunal. Si imperase sólo el lazo de la sangre, el parentesco sería de individuo á individuo. Mas como la familia forma un grupo social de convivencia y de relaciones varias, de aquí que la otra idea se confunda con la de la sangre, y se produzcan esos parentescos comunales tan extensos... Ya el mismo ARISTÓTELES, al exponer la génesis de la familia y del Estado (político) dentro de la familia, comprendió miembros y relaciones que no son de la sangre, definiendo la familia como la reunión del hombre y de la mujer, *del amo* y *del esclavo*... La familia de que se habla, como núcleo *independiente* y separado, como núcleo históricamente supremo..., es una familia sólo en el nombre.»

Si, pues, según todo lo expuesto, la sociedad humana no debe considerarse originada en la familia, no puede caber duda alguna de que es muy improbable que la religión primitiva haya sido una religión doméstica. No ignoro lo que cabe afirmar en contrario; sé muy bien que entre los indios, los griegos, los romanos y los pueblos arios en general, la familia era una comunidad natural que tenía, no solamente los mismos bienes, los mismos intereses, las mismas tradiciones, sino los mismos dogmas y los mismos ritos; que la religión era doméstica; que PLATÓN definió el parentesco como *la comunidad de los dioses domésticos;* que requeríase que estos dioses fuesen adorados por sus familias en su santuario, sobre el altar donde ardía perpetuamente el fuego sa-

grado; que un extraño no habría podido, sin cometer un sacrilegio, ofrecer un sacrificio. Todo esto es cierto, y no hay por qué negarlo. Empero no es menos cierto que semejante herencia de ritos, lejos de aparecer en la humanidad primitiva, se nos muestra, por el contrario, en estadios muy posteriores de la evolución religiosa, como un efecto de la ley de la diferenciación social. Así, desde un punto de vista evolutivo y de transformación general como el en que SPENCER se coloca, resulta de todo punto imposible reconocer en el culto á los antepasados el origen de la religión. Este culto no es especialmente característico de las razas inferiores; y siendo un hecho que estas razas trazan sus genealogías siguiendo la línea femenina, como lo ha probado LUBBOCK, es extraño que no se conozca ningún caso en que hayan recibido culto antepasados de ese sexo. Añadamos (y éste es un rasgo común á las razas superiores) que, por un exclusivismo en que se complacía el orgullo masculino, la mujer no participaba del culto doméstico más que por intermedio de su padre ó de su marido, y aun después de la muerte no tuvo nunca la misma parte que el hombre en el culto y en las ceremonias de las comidas fúnebres. Una de las razones que parece movieron á los antiguos hombres á sancionar esta desigualdad irritante, fué la creencia de que el poder reproductor residía exclusivamente en el padre; sólo él poseía el principio misterioso del ser y transmitía la chispa de la vida y el alma al niño: la madre era una simple receptora. Los *Vedas* (véase el *Mitakchara,* 139) llaman al fuego sagrado la causa de la posteridad masculina. DIÓDORO DE SICILIA considera como creencia común de los egipcios que el padre es el único autor del nacimiento del niño, al cual la madre no proporciona más que recinto y alimento. En EURÍPIDES, *Orestes* alega como excusa de haber matado á su madre que el padre es el único autor de la existencia del hijo. En análogas preocupaciones se fundó el hecho de que la religión doméstica de Grecia y Roma no se propagase más que de varón á varón.

Por lo demás, la cuestión no tiene la importancia que hasta hace poco se le atribuyó. Los mitólogos han llegado á separarla del cuerpo científico de sus investigaciones; MAX MÜLLER supone que SPENCER la ha tácitamente abandonado, y, á pesar de los esfuerzos de CAMPBELL para renovarla, todo hace creer que dentro de algunos años nadie pensará en ella. La tentativa más reciente se debe á un discípulo de SPENCER, á ALLEN, autor de la obra *The evolution of the idea of God,* publicada en Londres en 1897. Ahora bien; dejando aparte el modo fantástico cómo el autor hace surgir la agricultura misma del culto de los muertos, y el no menos fantástico modo de aplicar el criterio evemérico al propio cristianismo, en cuanto es esencialmente el culto de un hombre deificado, de un muerto, vemos que toda su argumentación gira sobre una confusión arbitraria de prácticas y costumbres. ALLEN se indigna contra los no evemeristas, y desafía á que se le pruebe que hay una diferencia esencial entre el espíritu de un muerto y de un dios, y entre los cultos correspondientes. Me sería lícito, á mi vez, indignarme contra semejante sofisma, pero prefiero atenerme á la buena fe del autor; porque, en otro caso, ha-

bría derecho para volver la oración por pasiva y preguntarle si los espíritus de los muertos han tenido caracteres religiosos que no han tenido los de los dioses. Hasta podría intentarse la demostración de que el culto de los muertos (que no hay que confundir con las prácticas funerarias) es relativamente secundario en la evolución religiosa. Como advierte MAUSS, el culto de los dioses era persistente, continuo, general en el *clan* ó la tribu, en tanto que los ritos del enterramiento aparecen como originariamente momentáneos y restringidos al círculo de los parientes inmediatos, terminando con el duelo. ¿Por qué, por lo demás, querer deducirlo todo de un mismo principio? Los cultos del individuo, de la familia, de la sociedad, son, probablemente, tan antiguos unos como otros.

La absurdidad de la hipótesis de EVEMERO es tan grande, que FRÉRET la mira como un medio que aquél había imaginado para destruir toda religión, conservando un culto exterior y político. Todas las personas celosas se elevaron con calor contra aquel sistema, y los que á la religión se hallaban firmemente adheridos no hablaban de él sino con indignación. Para probarlo, no hay que recurrir á PLUTARCO, aunque este tan religioso escritor bastaría para hacer buena la aserción de FRÉRET: bastará alegar un pasaje de CICERÓN. El orador filósofo, no poco indiferente á la religión de su tiempo, sostiene en el libro I del *De natura deorum* que la opinión de los que creen que los hombres valerosos, poderosos ó célebres convirtiéronse en dioses después de su muerte, y que son aquellos á los cuales se dirigen nuestras adoraciones y nuestro culto, es la opinión de los que no tienen religión alguna. *Nonne expertes sunt religionum omnium?* Después de haber dicho que EVEMERO ha mostrado en sus obras el tiempo y el lugar del nacimiento, de la muerte y de la sepultura de todas esas divinidades, termina preguntando si eso era establecer la religión, ó si era destruirla. *Utrum igitur hic confirmasse religionem videtur in penitus sustulisse?* Por mi parte, no pretendo examinar si EVEMERO merece el nombre de ateo, en el sentido estrecho y en la acepción filosófica de la palabra. FRÉRET cree que no hay prueba de que, semejante al *Sísifo* de EURÍPIDES, rechazase de la economía del universo todo principio inteligente. Ignoramos si atribuía la fuerza por la cual todo existe á una ciega necesidad, y si no admitía otra causa del ordenamiento orgánico de las partes del universo que la sucesión infinitamente variada de las diversas combinaciones de un movimiento necesario, en el cual pretenden los materialistas que *el lapso de tiempo equivale á la inteligencia* (1). Baste saber que su sistema haya sido mirado por los mismos como una *doctrina de ateísmo,* para estar en el derecho de concluir que era contrario á la idea que los griegos tenían de su religión, y, por tanto, que daba un falso origen á esta religión. De un sistema religioso debe juzgarse por lo que dicen los que le siguen, y no por las imputaciones de los que le combaten. Fenómeno ordinario es ver á los hom-

(1) CUDWORTH llama á esta opinión *atheistick doctrine,* con gran razón, porque destruye totalmente la idea de la divinidad.

bres desfigurar la opinión que atacan á fin de aumentar su absurdidad. ¿Qué de ideas ridículas no han atribuído los griegos á los judíos? ¿De qué horrores y de qué abominaciones no han acusado los gentiles á los primeros cristianos? Entre los cristianos mismos, ¿cuántas extravagancias no se han imputado á los mahometanos, y con cuánta injusticia las sectas cristianas separadas de la Iglesia católica no han abultado en sus declamaciones ligeros abusos que esta misma Iglesia condena y contra los cuales protesta sin cesar?

Los falsos conceptos del evemerismo en su explicación del culto de los espíritus han sucumbido á puro llevar golpes de macizas refutaciones. Porque ¿quién nos asegura que no se trata de un culto originario de la naturaleza? El hombre primitivo, como el salvaje actual y como el niño, vivía aún en esa dichosa edad en que se siente mucha más curiosidad por las cosas de la naturaleza que por las del hombre mismo; época feliz, cuya única preocupación es explorar y comprender el mundo exterior. Mucho tiempo debió transcurrir todavía antes de que se terminase esta fase contemplativa ú objetiva de su evolución mental, y pudiera el espíritu, sazonado ya para la introspección y vuelta sobre sí, conocerse y divinizarse en cualquier ejemplar humano. Esta sazón llegó también, pero muy tardíamente, como demuestra la psicología de los pueblos. En este sentido dice URBANO: «La animación universal es la primera religión del hombre, y el primer culto que ha tenido ha sido el de la naturaleza, ocurriéndosele en último término adorarse á sí mismo, después de cansar sus sentidos en el mundo... Cuando no podemos subir á las cumbres donde nacen los dioses y donde dictan sus leyes, volvemos las espaldas á las montañas, nos refugiamos en la ciudad, nos encerramos en el cuarto. El gabinete sustituye al templo, y el dios deja de ser algo visible y humano para ser nuestra propia pena ó nuestro pensamiento más triste... Los dioses se hacen hombres cuando nos alejamos del mundo y nos retiramos de la vida. Y mueren los dioses fuera de su templo natural al encerrarlos en el arca de la alianza y al guardarlos como cadáveres en los sagrarios católicos, donde yacen, no como cenizas humanas en columbarios de plata, sino como mohosos ungüentos que florecen por olvido en los más altos estantes de un droguero... Las montañas del Epiro y Tesalia se esterilizan para los dioses cuando los griegos llevan sus divinidades á la ciudad y las transportan al templo y á la casa... El dios supremo de los egipcios, el Nilo, cuando llega á tener una representación en los templos, muere y cesa de realizar milagros, como mueren los dioses de los norsos al descender de las cumbres para vivir con los hombres... Los dioses hombres, para vivir un momento más, para ser tan perdurables en el mundo como los dioses en su verdadero templo, en la montaña ó en el río, no tienen más remedio que escapar de la ciudad, del pueblo, confortarse en el huerto de las olivas y subir á la cima más elevada para dejarse crucificar sobre la cumbre ó devorar las entrañas. Y allí mueren de una vez para siempre, sin resurrección posible, dejando, al rodar su cuerpo, el espacio que reclama el verdadero dios: la montaña misma, el volcán que se deshace en llamas, la encina de menudas y apiñadas hojas, ó la rama humilde, olvi-

dada y polvorosa que esparce por las faldas de la altura su perfume tónico y elegante.»

La consecuencia importante que de lo dicho se debe sacar es que el evemerismo carece de fundamento psicológico. Pero no quiero contentarme con una crítica tan general, y voy á descender al detalle de los sistemas religiosos, para hacer ver con qué poca razón pretende SPENCER apoyar su teoría en lo que sabemos acerca de los orígenes y espíritu social de esos sistemas.

En primer lugar, el *culto á los muertos,* que en algunos países, como el Celeste Imperio y Annam, se confunde é identifica con el culto á los antepasados, no puede en modo alguno servir de confirmación á la teoría de SPENCER. BOINAIS está aquí perfectamente de acuerdo con PAULUS, que, en conformidad, á su vez, con el chino *Than-Trong-Hue,* afirma que el honrar las almas de los antepasados y el llevar luto en los aniversarios no proviene, entre los annamitas, de que admitan la inmortalidad del alma (presuposición indispensable en la teoría de SPENCER), sino del ejemplo de sus compatriotas y de la costumbre inmemorial. Nunca se ve que al celebrar las fiestas de sus difuntos se pongan, ni por vía indirecta, á filosofar sobre la vida futura. Por eso el culto de los antepasados no es allí religión ni creencia, sino doctrina moral y filosófica; y si tiene entre ellos considerable influencia, es por servir de principio á sus instituciones y de base á las leyes civiles de la tierra. El Gobierno asegura á cada familia la propiedad de su campo matrimonial, toda vez que sus rentas sirven á los gastos del culto de los mayores. El muy agudo misionero HOSPITAL, de la Orden de los Agustinos, no consiente duda en el origen relativamente moderno de los dioses que actualmente se adoran en China. En lo antiguo, los chinos sólo adoraban al cielo y á la tierra y á no sé qué especie de espíritus. Los dioses humanos no se conocieron hasta la dinastía *Yau* (hará unos dos mil quinientos años, siglo más ó menos). Pero desde entonces son muchos los hombres que se divinizaron, y hoy mismo, como el citado HOSPITAL observa, hay muchos otros que están en vías de formación, y sólo esperan que el Emperador proclame su divinidad para encaramarse en los altares y aspirar el incienso que les quemen sus devotos. Estos dioses en expectativa son todos los chinos célebres por algún concepto que hayan muerto desde *Pan cú* (el primer chino) hasta el presente, pues todos ellos están en potencia, más propincua ó más remota, de ascender á dioses: basta que el Emperador lo quiera y les otorgue esa merced, para que sus nombres se escriban en la tablilla que llaman *lin pai* (morada del espíritu), tablilla que es objeto de veneración, por creer los chinos que en ella reside el alma de los difuntos. Así que, en cierto sentido, todos los chinos, al morir, se convierten en dioses y de hecho son adorados por sus familias respectivas. Pero si el difunto fué en vida un personaje ilustre que se distinguió por algún servicio eminente que prestara al país, como ministro del Emperador ó general de sus ejércitos, ó por otras cualidades que le hicieron muy señalado entre sus contemporáneos, en ese caso, nada tendría de particular que al tal difunto ilustre se le viese mañana ú otro día en su correspondiente pagoda, convertido en dios

por orden imperial. Este, y no otro, ha sido el origen de los dioses que se veneran en China.

La teoría de SPENCER, que quiere explicar todos los sistemas religiosos primitivos por el culto á los antepasados y por razones puramente sociales, no es tampoco aplicable á la mitología védica, donde el hombre se retira al segundo término, y donde sólo quedan los dioses ó *devas* como las potencias sumas que hay en el mundo. «Si SPENCER (dice MAX MÜLLER) hubiera estudiado la literatura védica, hubiese visto que el culto de los antepasados puede muy bien practicarse en unión con el de los *devas;* pero que lo presupone siempre, y por una razón muy sencilla: para deificar el espíritu de los antepasados, hay que tener ya la idea de *devas* ó de *dii*. Cuando se defiende empeñadamente que los *devas* ó dioses de la naturaleza eran los espíritus de los antepasados divinizados, se comete una petición de principio; se enuncia además una proposición infundada, á mi juicio No es que no existan ciertas relaciones entre la adoración de los *devas* y las ofrendas á los espíritus de los muertos, á los *pitaras;* pero el que quiera conocerla, á nada puede recurrir mejor que al *Veda*. Sin embargo (y esto es lo que yo quiero saber por qué motivo lo hace), en vez de estudiar el culto de los antepasados donde podía estudiarse á fondo y con documentos históricos, SPENCER ha querido recurrir á las tradiciones que los misioneros han recogido por fragmentos entre los indígenas del Africa, y sobre todo entre los *zulús*.»

Pero tengo en mi favor un ejemplo más significativo aún: el ejemplo del *mazdeísmo* ó sistema religioso de la antigua Persia. Si encontramos una sola religión en que no entre para nada el culto de los muertos, flaquea por su base el evemerismo de SPENCER; si este culto no aparece allí, es porque no puede mirarse como esencial, ó, al menos, como secundariamente constitutivo en la idea religiosa, según exige la teoría. Ahora bien; la religión de los secuaces de ZOROASTRO, no sólo no conserva el menor vestigio de culto, respeto ó veneración á los muertos, sino que, por el contrario, lo rechaza con asco. Para los mazdeos, la cosa más impura es un muerto; y este desprecio, ó mejor, esta repugnancia por la muerte es un rasgo tan característico de los adoradores del fuego, que informa toda la serie de sus ritos religiosos y de sus prácticas funerarias (en cuya exposición creo inútil entrar), y se ha mostrado en todas las sectas derivadas del tronco mazdeo, aun las cristianas y relativamente modernas, como el *maniqueísmo*. La adoración de los muertos, y sobre todo la adoración de los mártires, eran los grandes puntos de disidencia entre la Iglesia ortodoxa y los maniqueos, y se puede fácilmente comprender cuán horrible debía ser á los ojos de los heréticos persas una práctica semejante.

Que el naturismo es anterior al evemerismo, y éste una modificación de aquél, me parece bien demostrado en las religiones que mejor conocemos. El carácter de la transición lo estimo muy plenamente puesto en claro con respecto al sistema búdico, que no he de discutir aquí. El reproche de ateísmo dirigido á SAKIA MUNI es tan fundado como el dirigido á EVEMERO, al menos en el sentido de que el budismo no reconoce Ser Supremo, siendo su enseñanza

contraria á esta noción. Y no porque los budistas no tengan dioses. BROGLIE no vacila en asegurar que *son politeistas de una manera absoluta. Lo que hay de más elevado en su pensamiento son los «budas», seres distintos, simples hombres llegados á la soberana sabiduría. Los «brahmanes», que adoran á «Siva» y á «Visnú», conservan la idea de una entidad única, cuyo símbolo son los ídolos; el confucianista coloca el «Cielo» por encima de los genios; el griego puede ver el Ser Supremo en «Zeus», padre de los dioses y de los hombres. El budista es franca y absolutamente politeista: la unidad divina no existe para él.* De aquí surgen consecuencias funestas: la idolatría absoluta, la magia las supersticiones; los bonzos conviértense en prestidigitadores y hechiceros. La plegaria misma es para los *budas* una superstición, que explica esas formulas mágicas que repiten los budistas del Tibet, y esos verdaderos molinos de oraciones que emplean para ahorrarse el trabajo de recitar la misma serie de palabras.

La religión escandinava, desde muy remotos tiempos, era ya, al decir de TAINE, «interior», como lo fué cuando en el siglo XVI rechazó el culto sensible importado de Roma y consagró la fe del corazón. Sus dioses no estaban encerrados entre paredes, ni tenían ídolos. Y si más tarde, en *Upsal,* por ejemplo, hubo estatuas (según ADÁN DE BREMA), en lo antiguo, *Wotan (Odino)* significaba por su raíz el Omnipotente, el que penetra y circula al través de todo. Lo que el escandinavo designaba con nombres divinos era ese yo no sé qué de invisible y grandioso que llena la naturaleza y que se adivina más allá; ese misterio infinito que los sentidos no alcanzan, pero que la veneración revela: *Deorum nominibus apellant secretum istud quod sola reverentia vident,* afirma TÁCITO, anticipado *henoteista* en la materia.

Si consideramos los mitos egipcios, el de *Osiris,* hijo de *Seb* ó *Sibu,* dios de la tierra, y de *Nut* ó *Nuit,* diosa del firmamento, está indicando con este abolengo *chtónico-solar* cuánto se engañan los que evemèricamente le interpretan, así como el de *Isis,* pretendiendo remontarlo hasta los primeros fundadores de la nación de las pirámides. Esta es una de las cuestiones que encuentra sencilla solución acudiendo al método histórico-comparativo. La aplicación de este método en nuestros días ha demostrado que ambos mitos son originarios de Caldea, aunque le imprimiesen característico sello las circunstancias en que se alteró y modificó en el valle del Nilo. Si *Osiris* é *Isis* no se hallan fonéticamente escritos, esto se debe á su procedencia asiática, conforme á la biología del nombre, señalada por los filólogos: *Osiris* se equipara al dios indio *Asur,* pasando por las construcciones *Asiris* y *Asuris,* iguales, á su vez, al *Ahura* persa, derivado de *Ahura.* Este término, lo mismo que *Ahu* (referible á la raíz sánscrita *ah* = ser, respirar), y en combinación con *Mazda* (de *maz* = grandeza, *da* = ley ó ciencia), ha llegado á formar el zoroástrico *Aurmzd* (= *Hormidja* = *Ormisdas* = *Oromazes)* ú *Ormuzd,* por la misma razón que *Osiris,* unido al nombre del buey *Apis,* ha atravesado las formas *Osoroapis, Soroapis, Serapis.* En cuanto á *Isis,* es la *Istar* ó *Ischtar* babilónica, verdadera *Venus* semita. Por consiguiente, del mito caldeo dimanó el mito egipcio, el cual, á su vez, volvió al Asia menor con nuevos cambios y nuevos nombres, como

Athar, Asar, Aset, Bes, Set (Sutekh), Hâtor, de donde el fenicio *Aschtoret* (sustituído por *Astarté),* del cual hicieron los griegos *Adtoret,* y otras veces *Aphtoret,* que fácilmente degeneró en *Aphtoret* (dicho por nosotros *Afrodita).*

Fréret sostiene y prueba que los sacerdotes egipcios negaban que los hombres pudiesen llegar hasta la divinidad, y los dioses descender hasta la humanidad, confirmando este aserto lo que Herodoto cuenta de sus conversaciones con aquellos sacerdotes, los cuales, lejos de creer que los dioses habían sido hombres elevados á este rango por apoteosis, no podían imaginar que se estableciese conformidad alguna entre la naturaleza humana y la naturaleza divina. Los hombres, según ellos, no podían tener comercio con los dioses, porque los dioses, aun los de las clases inferiores, eran seres inteligentes de un orden enteramente diferente del nuestro. Por eso, muy en particular se mofaban de los griegos, que imaginaban entre los dioses y los hombres un comercio corporal, llegando á creer que este comercio era un efecto del amor que los hombres inspiraban á los dioses; de suerte que de la unión de los hombres con las diosas y de las mujeres mortales con los dioses inmortales habían salido héroes, ó séase hombres más fuertes y más valientes que los demás, pero nacidos y muertos como los hombres ordinarios. Esta opinión era común en tiempo de Herodoto, y la mayor parte de las grandes familias suponían, para darse un origen ilustre, que el héroe de quien se hacían descender era el fruto de los amores de algún dios ó de alguna diosa. Tal era lo que constituía entre los griegos la nobleza. Hecateo de Mileto, que viajó por Egipto cincuenta ó sesenta años antes, bajo el reinado de Darío I, estaba en este caso, pues se vanagloriaba de ser el décimosexto descendiente de una divinidad.

El parecer de Fréret compruébalo otro testimonio de Herodoto: aquel en que refiere la conversación de Hecateo con los sacerdotes egipcios en Tebas ó en Dióspolis. Para dar más valor á su prueba, los sacerdotes condujeron á Herodoto á una galería del templo de *Vulcano* en Menfis, donde estaban las 345 estatuas de los reyes y pontífices de Egipto, que Herodoto creyó descendientes de padre é hijo, cuando lo que los sacerdotes quisieron decirle es que en la continuidad de aquellos reyes y de aquellos pontífices se trataba siempre de un hombre que había sucedido á otro hombre, como acontece con los pontífices y obispos cristianos: un hombre de edad avanzada y de consumada habilidad que había sucedido á otro hombre de las mismas condiciones. El *piromis* que sucedía perpetuamente al *piromis,* lo traduce Herodoto muy exageradamente por καλὸς ξ'Αγατὸς, pues esa palabra significa aún hoy día en copto «un hombre», simplemente. Y el mismo Herodoto reconoce que los sacerdotes no hacían descender á ninguno de aquellos pontífices de un dios ó de un héroe, faltándole tan sólo añadir que la misma inspección y enumeración de las estatuas demostraba que representaban hombres nacidos de familias diferentes. Añádase que, según los mismos sacerdotes, el reinado de los hombres había precedido en Egipto al de los dioses; que, según las reseñas de Herodoto, estos dioses eran de una especie enteramente diferente de la de

los hombres, y nada tenían de semejante los unos con los otros; y que nunca tales sacerdotes afirmaron por tradición que se hubiese visto dios alguno con forma humana, ni bajo el reinado de los primeros monarcas, ni bajo el de los últimos. «Los egipcios (concluye Fréret) representaban los dioses bajo formas corporales, mas cuidaban de añadir que los dioses en nada se parecían á estas figuras; que jamás representaron el menor aspecto de semejanza con los seres que existen realmente; y que, estando formados por una mezcla monstruosa de miembros humanos y animales, mal podían ser mirados como otra cosa que como emblemas que correspondían alegóricamente á los atributos de las divinidades.»

Tocante á Fenicia, hay que confesar que el evemerismo se encuentra formalmente establecido en la obra de Sanchoniaton, traducida al griego con varias adiciones por Filón de Biblos, de quien Eusebio nos ha conservado un extracto bastante extenso. Dodwell ha combatido la autenticidad del libro de Filón de Biblos; mas, como observa el editor de la obra póstuma de Cumberland, los razonamientos de Dodwell prueban solamente la emulación que le guiaba al rechazar el libro de Filón de Biblos, y en modo alguno que tuviese motivo para repudiarle como una pieza supuesta. Cumberland había compuesto un trabajo para explicar la obra de Sanchoniaton, enlazándola con las tradiciones egipcias, y en él se halla mucha erudición y mucho talento; pero como el autor busca menos lo más probable que lo que favorece el sistema que había formado, la mayoría de sus conjeturas, aunque muy ingeniosas, son poco fundadas. Fréret, que no se atreve á decidir sobre la autenticidad de la obra, y hasta concede que ha existido el original de Sanchoniaton con la antigüedad que le dan Filón y Porfirio, reconoce que basta la simple lectura del extracto que nos resta para comprender que Filón había hecho muchas adiciones, principalmente con relación al punto de que aquí se trata, pues se lisonjea de haber desprendido las antiguas tradiciones de las fábulas y de las alegorías bajo las cuales los sacerdotes fenicios ocultaban al pueblo el fondo de la religión y el origen del culto que observaban, pretendiendo que en esta religión se adoraban dos especies de dioses: los unos, inmortales y eternos, eran el universo mismo, es decir, la naturaleza, el sol, los astros, los elementos y demás partes del cosmos que algunas antiguas sectas de filosofía suponían vivientes y animadas; los otros dioses eran los que habían comenzado y debían tal rango á la apoteosis, reyes ú hombres célebres, cuyo nombre se había impuesto á los astros, á los elementos y demás partes del cosmos, á fin de establecer más fácilmente su culto y de persuadir á los pueblos de que aquellos dioses imaginarios habían sido asociados é identificados con los primeros. «Por confesión de Filón de Biblos (añade Fréret), los fenicios reconocían dioses eternos superiores á los que se habían transformado en tales por la apoteosis; hasta creían no adorar más que á los primeros; y los sacerdotes, no contentos con predicarles esta doctrina, empleaban todos sus esfuerzos para desvanecer las señales de esta asociación, que creían propia para degradar la idea primitiva de la divinidad, sosteniendo que los dioses que adoraban eran

dioses eternos en su totalidad y por su naturaleza, no obra de la opinión de los hombres. Ante este testimonio de los sacerdotes fenicios, ¿valdrá algo la autoridad de Filón de Biblos, escritor de los últimos tiempos, contemporáneo del Emperador Adriano, con el espíritu lleno de las ideas de Evemero, que tendía á conciliar con la religión establecida, reduciéndolo todo á un culto político? ¿No son más creíbles aquéllos que él sobre la religión que profesaban? Cuando se trata de formar idea de una religión, ¿no son más sospechosos que sus secuaces los que, teniendo una diferente, hablan de esa religión extraña con arreglo á las nociones que han adquirido conversando con los que la explican ó practican?»

Fréret acaba por sostener que la asociación de lo divino á lo humano por apoteosis era una costumbre exclusivamente peculiar de los griegos, y los primeros escritores del cristianismo daban el nombre de *helenismo* ó de *doctrina griega* á esa idolatría. Los hebreos, que en su origen y por mucho tiempo fueron politeístas, y que aun después de serles impuesto el dogma de un solo *Jehovah* por levitas y profetas, nunca dejaron de adorar á los *Elohim,* ni de mostrarse ávidos de novedades religiosas, ni de dejarse contagiar por la idolatría de los países vecinos, nunca tampoco rindieron culto divino á sus héroes más arcaicos y excelsos: *Adam, Noé, Abraham, Isaac, Jacob, José, Moisés, Josué.* Si los dioses que adoraron *(Baal, Moloch, Astarté, Thammus, Gad, Agad,* etc.) hubiesen sido hombres, levitas y profetas hubieran dado á conocer esta circunstancia en sus declamaciones contra la idolatría. Ahora bien; el autor del *Libro de Job* (XXXI, 26) y el del *Deuteronomio* (IV, 16, 19, XVIII, 11) no conocen ni declaman contra otra idolatría que el *sabeísmo* ó adoración de los astros; y si alguna vez se refieren á otro género de idolatría inferior (adoración de figuras de hombre, de mujer, de pescado, de pájaro, de cuadrúpedo, de reptil), jamás ni aun remotamente insinúan que tales emblemas lo sean de hombres muertos. Cuando en el *Pentateuco* se habla de la evocación de los difuntos, entiéndese por tal un género de adivinación, una práctica mágica ó supersticiosa (idéntica á las lustraciones por el fuego, los augurios, los sueños, las suertes, los encantamientos, ó los oráculos de los *ventrílocuos ó pitones);* pero no se supone que las almas humanas sean objeto del culto idolátrico, ni que hayan pasado á un orden superior de vida y cambiado de naturaleza; al contrario, el reproche dirigido á los idólatras es precisamente el adorar *seres sin inteligencia y sentimiento,* confundiendo con el Eterno seres que son obra de la mano de los hombres, seres de madera y de piedra.

Los discursos puestos en los libros subsiguientes en boca de David y Salomón no son más que una repetición de lo que se lee en el *Pentateuco.* Los dioses de las naciones no se representan como espíritus de hombres muertos, sino como deidades sordas, mudas, ciegas, insensibles, ininteligentes, impotentes, fantásticas. Algunas veces se las llama demonios y se las otorga conciencia; pero esto no es más que un error de la traducción latina. Los *daemonia* de la Vulgata (y el texto de los Setenta también anda en esto equivocado) no corresponden á los *tséboim* y *schivim* del hebreo, que, en rigor,

se confunden con los animales sagrados del Egipto (el macho cabrío de *Mendes* y de *Thmuis*, los toros de *Memfis* y de *Heliópolis,* la vaca de *Momemfis,* etc.), de ningún modo con inteligencias subalternas y perversas como el *Satán* de Job.

En la profecía de Baruch (VI, 58), redactada con objeto de combatir la idolatría caldea, se inserta una carta de Jeremías á los judíos de Babilonia; y en ella no se habla para nada del culto de los muertos, antes se dice: «El metal que forma los ídolos se emplearía más acertadamente en labrar la estatua de algún monarca, estatua que serviría de monumento á su poder.» ¿Es posible que Jeremías hubiese hablado con tal naturalidad si las estatuas de los dioses babilónicos representasen antiguos reyes caldeos?

Tampoco es de despreciar el testimonio de San Pablo á este respecto. «Cuando San Pablo (dice Fréret) habla del paganismo de los griegos, conviene en que los fundadores de la religión de estos pueblos tenían una idea sana de la Divinidad, y que solamente habían pecado en no honrarla de una manera digna de ella y conforme á la razón natural.» En el discurso á los atenienses (según los *Hechos de los Apóstoles,* XVII, 22, 29) no les reprocha el adorar hombres muertos, sino el honrar á Dios con un culto idolátrico, representándole bajo imágenes corpóreas y venerando seres que son obra de la mano y de la imaginación de los hombres. En este mismo discurso cita el verso de Arato, quien decía que somos *los hijos de Júpiter,* y adopta en algún modo la expresión de este poeta, añadiendo que somos, en efecto, los hijos de Dios. San Pablo creía, pues, que Arato no había querido decir que los hombres eran los descendientes de *Júpiter,* como los hebreos eran los descendientes de *Abraham,* sino que los hombres traían su origen de *Júpiter,* que era el dios supremo del cual es el universo la obra. San Pablo comienza su discurso diciendo á los atenienses que el dios que les anuncia es el mismo que adoran sin conocerle. En la epístola á Tito (I, 12) adopta el anatema fulminado contra los cretenses por Epiménides, al que da el nombre de profeta de los griegos. «Los cretenses (dice) son mentirosos y gentes despreciables, como lo ha dicho uno de sus profetas, cuyo testimonio es verdadero.» Los más sabios de los antiguos Padres griegos y latinos (Clemente Alejandrino en el libro I de las *Stromata,* Orígenes en el libro III de *Contra Celsum,* San Juan Crisóstomo en el sermón III *In Epistolam ad Titum,* San Jerónimo en su comentario sobre la misma *Epístola,* San Agustín, etc.) han reconocido que San Pablo se refería á los versos de Epiménides en que este antiguo poeta bramaba contra los cretenses porque pretendían que *Júpiter* había sido uno de sus antiguos reyes, nacido y muerto en su isla, y cuya tumba mostraban. Si su pretensión hubiese sido verdadera, si *Júpiter* no hubiese sido más que un antiguo rey deificado, ¿hubiera empleado San Pablo contra ellos un reproche que no merecían, y habría por ahí confirmado el error en el que los versos de Epiménides hacían caer á todos los griegos? Calímaco se había servido de estos mismos versos de Epiménides para atacar el evemerismo, que comenzó á propagarse en su tiempo. San Pablo, que combatió la idolatría en Oriente

y en Occidente; San Pablo, el predicador de los gentiles, ¿no creía, pues, que éstos adorasen dioses que hubiesen sido hombres? Seguramente, el Apóstol conocía la religión que atacaba mejor que todos los que han vivido varios siglos después de su destrucción.

En toda la Biblia del Antiguo y Nuevo Testamento, un solo libro hace mención formal de la apoteosis. El autor del *Liber Sapientiae* dice en su capítulo XIV: «Ni fueron los ídolos desde el principio, ni serán por siempre. Pues por la vanagloria de los hombres entraron en el mundo, y, por lo mismo, en breve tendrán fin. Porque un padre, afligido por la muerte prematura de su hijo, luego que hubo hecho alguna imagen del que le había sido arrebatado tan tempranamente, honró como un dios al que era entonces un hombre muerto, y ordenó á los que estaban bajo él ceremonias y sacrificios. Así, una costumbre impía, robusteciéndose en el curso del tiempo, pasó á ser una ley, y las imágenes fueron adoradas por mandato de los reyes. Cuando no era posible honrar á uno en su presencia porque moraba lejos, los hombres traían el remedo de su cara, y hacían una imagen del rey á quien rendían homenaje, para adular así al ausente como si estuviera presente. La habilidad notable del artífice contribuyó á aumentar la superstición del ignorante. Porque aquél, deseando congratularse con el poderoso, puso en juego su destreza para hacer la imagen con la mayor perfección. Y así la multitud, alucinada por el encanto de la obra, llegó á tomar por un dios al que poco antes sólo era honrado como un hombre.» Habla, pues, este escritor exactamente como todos aquellos que han vivido en los tiempos en que las imágenes divinas ocupaban el lugar de los retratos de familia, porque los dioses exaltados no eran más que individuos formidables, producto de la naturaleza y del espíritu humano. Esto es lo que el referido escritor ha querido ver en el culto del *Thammus* y del *Adonis* de los sirios, en el *Osiris* y el *Orus* de los egipcios, en el *Atis* de los frigios, en el *Baco* de los griegos ó en el *Iaccho,* hijo de *Ceres,* adorado en las *Thesmoforias.* Todas estas divinidades se prestaban á ser englobadas en la adoración de los muertos, por cuanto sus fiestas se celebraban por ceremonias fúnebres. Por otra parte, si semejante testimonio destruye el evemerismo de Newton, que cree surgida en el siglo de Salomón la necrolatría, no se opone menos al evemerismo de Spencer, para quien la necrolatría es la forma primordial de la religión. En efecto; el autor considera como anterior á la idolatría por apoteosis la adoración del Dios Unico, recriminando á los que se abandonan á su afección, se entregan á la lisonja, quieren hacerse agradables á los grandes de la tierra, colocan á los hombres en el rango de los dioses, y dan á la madera y á la piedra el nombre incomunicable de la divinidad *(incommunicabile nomem).* Según el *Liber Sapientiae,* su crimen estaba en lo no primitivo, en lo que no puede sino poco á poco y en una larga serie de tiempo producirse: en la asociación. Pero este *Liber Sapientiae,* que, según el fragmento de Muratori, fué compuesto por los amigos de Salomón en honor de éste *(ab amicis Salomoni in honorem ejus scripta),* y cuyas nociones sobre la sabiduría ordenadora y gobernante y sobre la potencia de la palabra de Dios

todos conocen, tiene una parte espiritualista y otra francamente sensualista, por lo que la parte espiritualista no impide al autor dejarse llevar de un gusto fantástico por los milagros (como se ve en su disparatado relato de las plagas de Egipto), acusando en dicho autor todos los síntomas de la decadencia. No sin motivo, pues, se han negado los protestantes á reconocerlo como canónico, aunque admitan su lectura como ejemplo de buena moral (1). Los mismos judíos no le reciben en el número de los libros canónicos (2), y la Iglesia católica, que lo recibe, no ha decidido que fuese verdaderamente de SALOMÓN. Así, SAN JERÓNIMO, en su prefacio *In librum Salomonis,* taxativamente declara que su estilo resiéntese de la elocuencia griega, añadiendo que antiguos autores lo atribuían al judío helenista FILÓN, y concluyendo que la Iglesia católica lee este libro, como algunos otros, para la mera edificación de los fieles, y en concepto alguno para establecer ni para confirmar ningún dogma. *Pseudepigrafus qui Sapientia Salomonis inscribitur... Apud hebraeos nusquam legitur, et ipse stilus graecam eloquentiam redolet, et nonnulli scriptorum veterum hunc esse Philonis judaei affirmant... ad aedificationem plebis, non ad authoritatem ecclesiasticorum dogmatum confirmandam.*

Todo lo que había de mítico en la tradición era profano antes que sagrado para los pénsadores griegos. *Júpiter,* interpretado por ellos, era la vida, y *Alcides,* la fuerza. Explicaban *Zeus* por *Zen,* vivir, y *Alcides* por *Alcé,* vigor. El vulgo seguía una dirección opuesta: lejos de convertir las divinidades particulares en géneros, las convertía en individuos, evemerizándolas más de lo que estaban en la conciencia de los poetas y en la de los inventores de ritos. Cuando entre los egipcios se mostraban al público las señales que recordaban el antiguo estado de los hombres, el Infante simbólico que se manifestaba á este fin junto con una sierpe, se llamaba el «hijo de la representación» *(Veu Simeleh).* Esta imitación de la flaqueza ó de la infancia de la agricultura pasó con las mismas fiestas y nombres entre los griegos. No entendiendo éstos el término *Simeleh,* y tomando al Infante simbólico por un hijo verdadero, creyeron que *Veu Simeleh* era el hijo de *Semele.* Así, el que ya se había hecho un hijo de *Osiris* y de *Isis* entre los egipcios por el olvido de su primera institución, como expresivamente dice CEBALLOS, vino á ser después entre los griegos un verdadero hijo de *Semele,* con nombre de *Baco,* cuya ascendencia se refería como cosa seria (3). En los himnos que se cantaban en honor del

(1) No es el Libro de la Sabiduría el único del Antiguo Testamento que, por no tenerse por obra de Dios y habérsele colocado entre las partes dudosas de las Escrituras, no figura en la generalidad de las Biblias protestantes. Hay que contar, además, el tercero y cuarto libro de ESDRAS, el profeta BARUCH, el *Canto de los tres niños,* el libro de TOBÍAS, el de JUDITH y el resto del de ESTHER, el de JESÚS, el hijo de SIRACH, el Cuento de SUSANA, el de *Bel y el Dragón,* la oración de MANASSES y el primero y segundo libro de los *Macabeos.*

(2) FRÉRET lo citó, contra el sistema evemérico de NEWTON, como la obra de un antiguo escritor opuesto á la tradición que éste quería establecer sobre el cambio ocurrido después de SALOMÓN en el sistema religioso de los idólatras.

(3) En el libro IV de *Dafnis y Cloe,* hablando de un templo y un ara de *Baco,* pone LONGO en breves palabras los principales casos de la vida del dios. «La historia de *Baco* (dice) estaba dentro pintada: *Semele,* pariendo; *Ariadna,* dormida; encadenado, *Licurgo;* despedazado, *Penteo»,* etc., etc. *Semele, pariendo,* no es la común opinión, como VALERA recuerda, pues refieren los más, de cuantos han tratado de este asunto, que *Semele,* hija de *Cadmo,* que tenía amores con *Júpiter,* deseó ver al dios en toda su gloria, y al verle, ardió en el resplandor que de sí lanzaba. Ya muerta, sacó *Júpiter* á la criatura que ella tenía en el seno, y acabó de criarla, hasta que se cumplieron los nueve

ilustre Infante no se omitía decir que era hijo de *Jeov* ó de *Júpiter,* etc. El mismo CARLYLE, con ser pregonero de la existencia individual de los tipos heroicos de la historia, se pronuncia contra la evemerización de *Odino,* que mira como un criterio de decadencia y muy alejado de la genuina fuente del mito. Por ejemplo, SNORRO STURLESON, en su *Heimshringla,* escribe muy tranquila y sosegadamente, y hasta en estilo casi mercantil por lo conciso, que *Odino* fué un príncipe heroico, oriundo de las regiones del mar Negro, el cual se vió obligado, por la estrechez del terreno, á salir en busca de otra patria con gran muchedumbre del pueblo y hasta con sus *doce pares.* SNORRO no admite á este respecto género alguno de duda sobre la manera cómo *Odino* sacó á sus *assen* (asiáticos) fuera de Asia y por derecho de conquista los estableció en las comarcas septentrionales de Europa; cómo inventó las letras, la poesía y otras muchas cosas; cómo llegó más tarde á ser venerado por aquellos mismos escandinavos como su dios principal, y sus *doce pares* convertidos en hijos suyos y hasta en dioses como él mismo. SAXO GRAMÁTICO, un normando muy curioso y diligente de aquella misma época, es todavía menos escrupuloso, y no vacila en asimilar á cada uno de los mitos, individualmente, un acontecimiento histórico, bien en Dinamarca ó en cualquier otra parte. TORFAEO, hombre docto y sagaz, algunos siglos después, les fija, por medio del cómputo, una fecha determinada. «*Odino* (dice nuestro autor) vino á Europa unos setenta años antes de JESUCRISTO.» A todo esto, como cosa fundada en meras incertidumbres y á todas luces insostenible actualmente, nada necesito responder. Lejos, muy lejos hay que avanzar; ¡mucho más allá del año setenta! La época de *Odino,* sus aventuras, su historia sublunar, su figura y demás circunstancias han desaparecido para siempre en sinnúmero de siglos incomputables. Y, sin embargo, en la erudición moderna han reaparecido de nuevo aquellos criterios, con más ó menos vigor. BANIER fija la fecha del reinado de *Júpiter,* y relata las consecuencias políticas de las discusiones de *Osiris,* rey de Egipto, con su hermano *Tifón.* CLAVIER enumera las viejas dinastías de *Hércules, Prometeo,* etc. BACON, por el contrario, sacó del mito de *Tifón,* tal cual está en los himnos homéricos y en HESIODO, un tratado completo de política. KIRCHER (1) tiene sobre esto una historia que él refiere sin manifestar la menor duda, como si se tratase de un hecho contemporáneo y auténtico. *Thoth* ó *Hermes* era discípulo de los patriarcas; el docto jesuíta nos da el año y casi el día del nacimiento de aquel sabio que «Dios envió al género humano, todavía inculto, para instruirle». *Hermes* fué iniciado en la verdad por *Noé* y sus descendientes, y después de haber pasado algún tiempo en Italia, se trasladó al Egipto, donde entonces reinaba el rey *Mizraim,* á quien enseñó la ciencia y la política que sirvieron

meses, guardándosela en un muslo. Cuentan otros, no obstante, que *Semele* dió á luz á *Baco* naturalmente y á su tiempo, y á éstos sigue LONGO. Repito, con todo, que la general opinión es la del doble nacimiento de *Baco.* LUCIANO le ha celebrado en un diálogo burlesco, y el dios ha llevado nombres que recuerdan este nacimiento doble. Así, se ha llamado *bimatre, dithyrambo,* de παρὰ τὸ δύο θύρας βῆναι, salir por dos puertas, y *Eiraftote,* cosido en el muslo.

(1) Compárese con JABLONSKI y WILKINSON, y véase también á LAURENT, que reproduce y rechaza las ideas fundamentales de esos autores.

de base á la constitución egipcia. Y la verdad es que cuando se considera la frecuencia con que los antiguos confundían la idea de Dios con la de rey ó dominador; cuando se compara el hebreo *Ad-ona-i,* mi señor, mi rey, con el egipcio *Far-aon,* mi rey, mi señor; cuando se recuerda que el nombre *Orus* significaba rey en la antigua lengua egipcia *(Our* ú *Oro* en copto); cuando sin contraponer á *Adonaï* nombres más metafísicos *(Jehovah, Tetragrammatón, Otheos, Athanatos, Schyros,* etc.), nos fijamos en que las dos palabras sánscritas *patir* (jefe) y *pitar* (padre) responden á la forma única πατήρ, latín *pater,* que tiene los dos sentidos *(dêva-patir, divûm pater,* θεῶν πατήρ, Dios padre ó jefe de los dioses, *pater AEneas, pater familias,* etc.); cuando en todo esto paramos mientes, no nos parece disparatada la suposición de ser los dioses, semidioses y héroes personajes humanos reales que una leyenda posterior divinizó. Y cuando los evemeristas nos dicen que *Osiris, Baco* y *Hércules* fueron antiguos conquistadores, y *Júpiter* y *Juno* primitivamente un rey y una reina de Creta, no cabe negar que esta teoría no esté hecha para obtener con facilidad el asentimiento de los que no han tenido tiempo para reflexionar sobre estas elevadas cuestiones. «Todavía en los hipogeos del *Serapeum,* en los *mastabas* de *Ti* y en los demás sepulcros célebres puede el egiptólogo (dice VOGÜE) evocar toda la vida del pueblo agrícola, pacífico y *ateo* del antiquísimo imperio», y admirar el realismo de las pequeñas estatuíllas de madera ó substancia calcárea donde el *ka* ó «doble» se aparecía, y que estaban esculpidas á semejanza de los respectivos difuntos, depositándose en las tumbas al lado de cada momia embalsamada. El *Todtenbuch* habla del *ka* como de una sombra ó espíritu material que se hallaba incrustada en el hombre durante su vida, y á quien debía hacer compañía á través de los siglos. Tiene, pues, origen aquella costumbre en la religión de los antiguos egipcios, según la cual, el ser, después de su vida terrenal, tenía libertad de abandonar la tumba y volver nuevamente á la luz bajo la forma de su agrado y acompañado de su «doble» imagen, á fin de que los dioses pudiesen reconocer al muerto en su verdadero aspecto y prolongar indefinidamente la existencia de esos extraños «sustitutos», únicos que podían alcanzar la ambicionada inmortalidad. Un papiro afirma que las momias se entretienen en sus catacumbas reseñando los sucesos de su carrera terrestre. El *ka* tenía necesidades y deseos; el «doble» de los panes, de los líquidos y de la carne pasaba al otro mundo y alimentaba el «doble» del hombre. La desaparición del «doble» debía traer consigo la muerte definitiva, la vuelta á la nada, cuando el alma simbolizada por un pájaro y la llama salida del fuego divino cesaran sus misteriosos viajes desde el *mastaba,* donde dormía el «doble» encerrado con el cuerpo del difunto durante esta vida intermediaria, á la morada de los dioses. En el Museo de Boulaq se conserva el «doble» de *Ramké,* que cuenta, según los egipcios, cerca de seis mil años. En ciertos pasajes, SÓCRATES, insistiendo en señalar entre los primeros deberes el culto de los númenes, de los semidioses y de los héroes, añade los ritos que el hombre debe observar para ganarse el favor de los habitantes del mundo infernal. La persistencia de esta creencia demuestra, en

sentir de GROTE, que el temor á la cólera de los muertos se había apoderado del ánimo de los primeros griegos. Entre los griegos y romanos, además de los sacrificios ofrecidos á los dioses públicos por los sacerdotes, había sacrificios ofrecidos por los particulares á los dioses domésticos, que eran miembros de la familia difuntos (1). En nuestros días observamos lo mismo en China (2), donde los sacerdotes consagrados á los cultos más universales no han suplantado el culto primitivo de los antepasados que practicaban sus descendientes. Sabido es que la población del Celeste Imperio es muy numerosa, y que allí donde se reúnen chinos de ambos sexos su fecundidad es tan prodigiosa, que á los pocos años se propagan rápidamente y lo invaden todo. Ejemplo de esto ofrecen los Estados Unidos, donde ha habido que promulgar una ley especial para cortar los vuelos á esa propagación de la especie asiática, y Filipinas, donde abundan mucho los individuos de raza mongólica. Las causas que provocan tal exuberancia de chinos han preocupado y preocupan á muchos fisiólogos, y un mandarín de quinta clase, el chino *Ly-Chao-Pee,* interrogado sobre el asunto, ha declarado que reconoce por fundamento: *a)* la piedad filial, considerada desde el punto de vista chino, que obliga á dejar descendientes; *b)* el deshonor de morir sin posteridad; *c)* la importancia concedida al matrimonio; *d)* la adopción frecuente; *e)* la desheredación de las hijas; *f)* el matrimonio de los soldados; *g)* la abundancia de los alimentos y su poco coste; *h)* la vida frugal del pueblo; *i)* la paz que se disfruta en el Imperio; *j)* la ausencia de preocupaciones políticas.

Edmundo González-Blanco.

(Se concluirá.)

---

(1) El carácter esencial de esta religión doméstica, propia de cada familia, era el culto de los antepasados, culto nacido del misterio que encerraba entonces la cuestión de la generación de los seres. Como ha notado FUSTEL DE COULANGES, y ha repetido, entre otros, LANESSAN, el generador les parecía un ser divino, y adoraban á sus antepasados. El fuego, que casi todos los pueblos han adorado, y que ardía en el hogar de la casa, perteneciendo en propiedad á cada familia, acabó por ser considerado como una especie de representación de los antepasados: era como la providencia de cada familia, y no tenía nada de común con el fuego de la familia vecina, que era otra providencia. Cada hogar protegía á los suyos. Toda esta religión estaba encerrada en el recinto de cada casa. El culto no era público: al contrario, todas las ceremonias se verificaban en medio de la familia sola. El hogar jamás era colocado fuera de la casa, ni siquiera cerca de la puerta exterior, donde el extranjero lo hubiera visto. Los griegos lo colocaban siempre en un recinto que lo protegía contra el contacto y aun contra la mirada de los profanos, y los romanos lo colocaban en medio de su casa. Todos estos dioses, *Hogares, Lares, Manes, Penates,* eran llamados «dioses ocultos» ó dioses de lo interior. Para todos los actos de esta religión era necesario el secreto *(sacrificia occulta),* dice CICERÓN; y si una ceremonia era presenciada por el extranjero, quedaba perturbada y manchada con esta mirada. Para esta religión doméstica no había ni reglas uniformes ni rito convenido. Cada familia disfrutaba de la independencia más completa, y ningún poder exterior tenía derecho á regular su creencia ó su culto, no existiendo otro sacerdote que el padre, quien, como tal sacerdote, no conocía jerarquía alguna. El *arconta* de Atenas ó el *pontifex* de Roma podían cerciorarse de si el padre de familia cumplía todos sus ritos religiosos; pero no tenían derecho á exigirle la menor modificación. *Suo quique ritu sacrificium faciat:* tal era la regla absoluta. El padre, único intérprete y único jefe de su religión, era el único que poseía la facultad de enseñarla, y no podía enseñarla más que á su hijo.

(2) A pesar del aislamiento de esa nación, el espíritu público hizo tan notables progresos, que no se reconoce desde una antigüedad remotísima ni culto oficial ni religión del Estado. Los honores tributados á la memoria de CONFUCIO y de los antepasados, honores considerados por los mismos chinos como meramente conmemorativos, no son ceremonias religiosas. «Pero, ¡cosa rara! (exclama PROUDHON), mientras que el Papa trataba de religión las ceremonias chinescas, habiendo el emperador *Khang-Hi* mandado informar sobre las predicaciones de los misioneros, el Tribunal de Ritos declaró, por su parte, que la secta cristiana no era una religión.»

Impresiones de un viaje á América

Señoras y señores:

Atribuid sólo al concepto que tengo de la disciplina el hecho de verme ocupar este sitio, que, aunque no es nuevo para mí, precisamente por conocerlo es por lo que me infunde más temor. Pero el Centro de Cultura de la Unión Ibero-Americana tiene un presidente que bajo el exterior más dulce y apacible, esconde un carácter duro y tenaz, y bajo la filiación democrática en que milita, encierra para sus amigos energías y rigores verdaderamente autocráticos. Y como su autoridad crece y crece por la fecunda actividad que ha sabido imprimir á la Sección que tan admirablemente preside, no hay modo de resistir á sus indicaciones, que parecen *ukases,* no obstante encubrirlas con el aspecto de ruego cariñoso.—Yo esperaba librarme del compromiso á que sometió á todos los que pertenecemos á la Comisión citada, puesto que ya leí una conferencia hará dos años, y aquello de que yo puedo tratar con algún conocimiento, dada mi condición de músico, no es propio para interesar en el Centro de la Unión Ibero-Americana; pero entonces me atajó diciendo: «¿No acaba usted de realizar un viaje á Buenos Aires?» «Sí, señor.» «Pues díganos usted sus impresiones.» «¡Pero!...» «No más tarde del mes de febrero...» Y aquí me tienen ustedes á fines de dicho mes cumpliendo la tiránica orden de mi querido amigo y presidente D. Luis Palomo y Ruiz.

He revelado lo que antecede para que dispenséis por segunda vez mi osadía al ocupar esta cátedra y para disminuir mi responsabilidad; porque si bien el viaje á que se refería nuestro querido presidente ha sido para mí fuente de impresiones desconocidas, no sospechadas, con toda sinceridad os aseguro que me costará mucho darles forma, de suerte que pueda entretener algunos minutos vuestra atención, desconfiando al par que de mi conferencia se desprenda algo útil, como fuera mi deseo. Y pues que de impresiones de un viaje á América voy á tratar, desdoblaré el modesto libro de mi vida por la hoja correspondiente al día 30 de julio próximo pasado, en que tomé el tren en Madrid, gratamente acompañado de mi mujer y mi hijo menor, llegando á la hermosísima ciudad de Barcelona á la hora fijada en las guías de ferrocarriles.

Debo advertir que por mi corta y poco tranquilizadora experiencia de navegar, que no pasaba de las travesías de Calais á Dover, Coruña al Ferrol, Bilbao á Santander y Valencia á Málaga, tenía un miedo al mareo que sólo pudo vencerlo mi ilusión por ir á América. Era ésta tan grande, que no vacilé en hacer el viaje, aun descontando la insoportable molestia del mareo desde el momento que embarcase hasta volver á pisar tierra firme.—En este estado de ánimo embarcamos el 2 de agosto, á las tres de la tarde, con los ilustres maestros D. Juan Goula, D. Felipe Pedrell y D. Emilio Serrano, más una numerosa y notable compañía de ópera española, en el magnífico vapor *Tomasso di Savoia,* del Lloyd Sabaudo.—Aunque la orden de embarque fué apre-

miante y precisa, dieron las siete de la tarde y no nos habíamos movido del puerto. A esta circunstancia atribuía yo el no estar ya mareado y el poder entrar serenamente en el amplio comedor, semejante á un Gast-Haus alemán, en donde comimos bien y alegremente..., y el barco sin zarpar. Entonces, temiendo que cuando empezara á moverse el barco empezaría yo á sentir los primeros alarmantes síntomas, pensé que sería prudente encerrarse en la cabina—á diez ó doce metros sobre el nivel del mar—á ver si el trance fatal me cogía dormido, y como lo pensé lo hice. ¡Figuraos mi grata sorpresa al otro día, cuando, bien entrado éste, que era espléndido y hermoso, me hallo fresco y normal navegando por el risueño mar latino, cuyos límites no veíamos, aunque Micromegas y su compañero Saturniano lo calificaron de mísera balsa en la conocida novela de Voltaire, permitiéndonos los amplísimos corredores del piróscafo pasearnos cómodamente por abajo y por arriba en todo su cuerpo central!—Yo, sin embargo, no las tenía todas conmigo, y aunque íbamos muy bien por el golfo de Valencia, estaba temblando el paso del estrecho de Gibraltar; mas también fué vano el temor. Al otro día de mañana, á la vista las costas de España y de Marruecos, atravesábamos el estrecho recreados en la contemplación de las poblaciones que de una y otra parte se divisan, sin la más leve idea de peligro y familiarizados ya con la vida de á bordo. Todavía me preocupaba á mí bastante el Océano. «¡Allí va á ser ella!», pensaba yo, y con sorpresa creciente y más grata cada vez, observaba que á medida que los días transcurrían se disipaba el miedo, y que el marearse hoy es lo extraordinario, el fenómeno, en barcos de gran porte, manejados, como el que nos llevaba, con la pericia que demostraba su simpática tripulación.

La vida á bordo era para nosotros muy distraída y agradable; predominaba el elemento español en las clases de primera y segunda. Ensayábamos nuestras óperas como si estuviéramos en un teatro; á otras horas jugábamos; y cuando todo esto nos cansaba, bastaba la contemplación del mar inmenso, los saltos de la millonada de peces voladores sorprendidos en su elemento por el coloso que accidentalmente se lo disputaba, y las estupendas puestas de sol, para hacernos pasar el tiempo sin pesar mucho las horas en aquella prisión, pues aunque voluntaria, cómoda y lujosa inclusive, un barco siempre tiene algo de cárcel.—Constituye otra distracción, algo cruel, en estos viajes, la contemplación de los pasajeros de tercera. Llevaba nuestro barco unos ochocientos, y declaro que yo los miraba con gran duelo y ternura. Parece que allí se echa más de ver que en otros casos la sensible desigualdad humana, procediendo todos, como procedemos, de un mismo tronco. Y no es que ellos y ellas, por dicha, se mostraran tristes ni melancólicos, ni que demandara su actitud compasión ni piedad; todo menos que eso: no dejaban parar las guitarras ni otros instrumentos músicos, y cuando el canto y baile cesaban, el tiempo que no invertían en comer, empleábanlo en jugar con barajas increíbles. Pero á mí me daba mucha pena ver á pobres madres con niños hasta de pecho, en condiciones tan diferentes é inferiores á las en que íbamos nosotros.

El viaje seguía muy bien; mas aunque por estas palabras debáis deducir

que todo marchaba viento en popa, también lo tuvimos de proa, que da muy malos ratos; y cuando esto ocurre, ni que el barco desplace 14.000 toneladas, como el *Tomasso di Savoia,* ni que desplace ciento, evita un balanceo y baile que ni el de San Vito, obligando á poner en las mesas del comedor unos aparatos que ignoro por qué llaman violines..., sin cuya precaución, no habría copa ni botella que no volcasen.—Y llegado á este punto, permitid á un español de tierra adentro, como nacido en la por mí venerada ciudad de Salamanca, un breve inciso, que no contendrá novedad ni interés alguno, pero que materialmente obsesionó mi imaginación durante todo el viaje.

Al contemplar el Atlántico, que parece infinito; al ver el incesante movimiento de sus ondas, que aterran á veces y anonadan; al observar la lucha tremenda que tienen que entablar con ellas para dominarlas, cuando lo logran, las poderosas máquinas del siglo XX; al recordar el estado de las ciencias que se relacionan con la náutica en el siglo XV, y comparar con los nuestros los medios de que aquellos hombres disponían, siendo el elemento á dominar el mismo, surgen en el espíritu las figuras de Colón y sus compañeros con grandeza tal, que no bastan las palabras á calificarla. Yo, aunque músico, sin asomos de geógrafo, creía de memoria hacerme buen cargo por los libros de lo que el mar es y de la hazaña de Colón; mas—nunca mejor empleado el imperfecto—creía tener idea de ambas cosas, y ahora os puedo afirmar que no estaba enterado, que no había pasado del abecé. Hay que embarcarse, hay que surcar el Océano, y luego reflexionar mucho para persuadirse de que fué verdad que en las postrimerías del siglo XV llegaron á América, en livianas carabelas, unos cuantos hombres salidos de nuestras costas, y que más tarde derivaron unos hacia el Norte y otros hasta el cabo de Hornos, en una extensión de 90 grados, y convenir en que la hazaña fué más que de héroes, de gigantes; que no tiene igual en la Historia, ni ya puede repetirse, quedando ahí ese padrón de gloria para nuestra raza, en aquel momento de asombrosa plenitud.

Al cruzar el Ecuador verifícase en estos grandes barcos una fiesta muy curiosa é interesante, en la que se mezclan lo útil y agradable en simpático consorcio. Los que atraviesan la línea por primera vez, han de ser bautizados (!) y confirmados con nuevo nombre. Hácense representaciones teatrales, y si los elementos lo consienten, con su parte de concierto; más una tómbola, para la cual las autoridades del barco piden al pasaje de primera premios que luego se sortean, mediante la adquisición de billetes á peseta, lira, franco, etcétera, destinando la cantidad recogida, no despreciable, á los huérfanos de la tripulación que perteneció á la Compañía.

A los trece días, si bien recuerdo, de haber salido de Barcelona hicimos escala en el puerto de Santos, después de haber divisado las grandiosas costas del Brasil, no para hacer carbón, pues la capacidad del buque que nos llevaba es tan grande, que á pesar de consumir diariamente más de cien toneladas, carga las que necesita en Génova, el puerto de salida, sin que le sea necesario proveerse de combustible hasta rendir por completo su viaje á la capital ar-

gentina. La entrada en la amplia bahía brasileña es estupenda, preciosísima. ¡Qué vegetación tan rica y exuberante! ¡Qué idea tan cabal da del continente americano, ganado á la civilización por el genio del navegante genovés!, y ¡con cuánto gusto pisamos tierra los pasajeros del *Tomasso di Savoia!*—Durante las breves horas que nos señalaron, dimos un interesantísimo paseo. Vimos majestuosas filas de palmeras que, á modo de pórtico, se ven á la entrada de algunas casas; tomamos cerveza fresca, exquisito café, todo carísimo, y contemplamos rápidamente aquella modesta ciudad, que aún parece portuguesa, llamada, sin duda, á gran porvenir, á juzgar por el extraordinario desarrollo y movimiento que allí se observa.

Surtido el barco de carnes y frutos frescos, continuó el viaje con tan buena fortuna como nos había acompañado, no interrumpida al pasar el golfo de Santa Catalina, de ordinario movidito, y hacia las cuatro de la madrugada del día 18 dimos vista á Montevideo, entrando en el famoso río de la Plata —la mar chica, que decían nuestros antepasados—. Dicho sea con perdón, yo creo que llamar á aquello río, y llamar río al Manzanares, por ejemplo, arguye visible deficiencia en los idiomas, ó que los hombres no se han curado de tamaño contrasentido. No es que yo me complazca en humillar al pobre Manzanares, que desde el punto y hora en que nació hubo de avenirse á figurar en muy modesta categoría; es igual decir en su lugar Ebro, Ródano, Escalda ó Danubio, si se considera que en atravesar el Plata en línea ligeramente oblicua emplea un transatlántico, á diez y seis millas de marcha por hora, muy cerca de medio día. Cierto que los adjetivos grande y chico dan mucho margen; pero es abusar de éste con exceso el confundir con un mismo sustantivo desproporciones de tal calibre.

Arribamos, en fin, á Buenos Aires el citado día 18, entre una y dos de la tarde. Allí nos esperaba una gran cantidad de españoles y argentinos, que nos acogieron con efusivas muestras de entusiasmo.—Terminadas las operaciones del desembarco y Aduana, penetré con mi familia y un querido amigo en soberbio automóvil que la Empresa española puso á nuestra disposición, y os aseguro que nunca sentí impresión igual de admiración y sorpresa como al desembocar en la avenida de Mayo.—He visitado algunas capitales europeas de primer orden, pero no recuerdo una calle tan hermosa, severa y proporcionada como la avenida de Mayo de Buenos Aires. Por suerte mía, la Empresa me tenía preparado hospedaje en el precioso Cecil Hôtel, sito en dicha avenida; y al apearnos y darme mejor cuenta de aquella calle, que revelaba la importancia de la gran ciudad; al observar el movimiento vertiginoso que en ella se acumula, los innumerables carruajes y tranvías que la cruzan, la grandiosidad de algunos edificios, el lujo y gusto exquisito de sus comercios y el oir á aquella población inmensa hablar por todas partes la lengua castellana, produjo en mi alma un sentimiento de orgullo tan grande, como si en mí juntos reviviesen Solís, Mendoza, Oyola, Irala, Garay, Zárate, Heredia...; como si toda Buenos Aires, toda la Argentina, toda la América en que se habla nuestro idioma fuera una prolongación de la madre patria, sin términos, límí-

tes ni fronteras, todo una federación augusta que entonase épicos himnos, sublimes cantos á la gloria y en loor de nuestra raza inmortal.

No me detendré en lo que respecta al principal objeto que allí nos llevó, porque ya lo he tratado en otros sitios, aunque no con mucha extensión, y lo conceptúo poco bien indicado para éste. Juzgo más propio del Centro de la Unión Ibero-Americana tratar de impresiones de otra índole, algo así como de la psicología de aquel pueblo, en lo poco que pude y me es dado apreciar, puesto que mi contacto con los bonaerenses fué escaso, y mi instrucción filosófico-social es más escasa todavía.

Una de las primeras observaciones que se ofrecen al curioso es lo gallardo de la raza. Los argentinos y argentinas son más bien altos que bajos, sin duda por la mezcla de sangres que la inmigración, cada vez mayor, ocasiona. El buen gusto parece innato allí. Un ilustre argentino lo explicaba así en un discurso: «Como á Buenos Aires acude gente de todas partes del mundo, y arraigan muchos allí seducidos por las ventajas que brinda la Argentina, exuberante de riqueza, y el argentino rico visita las principales metrópolis de Europa y Norte-América, estudia, selecciona y adopta lo mejor, constituyendo, por así decirlo, en su país una sociedad de superior distinción.» Es decir, que de un lado reconocen modestamente que aprenden de los demás pueblos, y de otro se atribuyen con cierto orgullo una superioridad, claro está que aprendida, pero superioridad al fin.

Parecióme observar que el argentino se envanece altivamente del noble origen español; pero que ese sentimiento está atenuadísimo con relación á la España de hoy. Sí es verdad que nuestros artistas son acogidos en aquella República con grande afecto y aplauso. Cuando estaba yo allí, el Dr. Posada obtenía más éxito tal vez que Clemenceau de la gente intelectual; Cavestany era también muy festejado, y aún se conservaba grato el recuerdo del doctor Altamira. En cuanto al efecto producido en Buenos Aires por nuestra egregia, insigne Infanta D.ª Isabel..., renuncio á describirlo. Nosotros llegamos unos tres meses después que S. A. había ya salido de Buenos Aires. Pues bien; estaba aquella capital tan... llena de la Infanta, que en plazas y calles, casas y teatros, paseos y cafés, no había conversación entablada con argentinos ó compatriotas en la que no saliera á relucir D.ª Isabel y las ovaciones delirantes de que fué objeto durante su *estadía,* como allí dicen, hasta hacerse uno la ilusión de que al pasar por la bella avenida Alvear, en donde tenía su albergue, camino del magnífico paseo llamado Palermo, todavía resonaban los ecos jubilosos de los trescientos mil españoles que pasaron por debajo de sus balcones aclamándola.—Pero, á pesar de esto, insisto en lo que he dicho antes.

La ciudad de Buenos Aires es extensísima, plana, sin un cerro, sin un collado. Tiene calles y plazas muy bellas, pero es monótona. El sistema de cuadras á que obedeció su trazado es sumamente práctico, pues con el plano más sencillo se orienta uno al momento, pero resulta frío; y como el gran impulso de la ciudad es muy reciente, son muchas las casas que hay de un solo piso y hasta de un andar: por eso se le ocurrió decir á algún chusco—español,

¡cómo no!—que Buenos Aires es baja de techo (!). Hay hoteles estupendos, teatros y cafés suntuosos y en gran número: como que la población asciende á 1.300.000 habitantes. La más populosa del mundo en que se habla castellano. Este se mantiene bastante bien gracias á una prensa muy culta. Claro que emplean en muy pequeña cantidad palabras y modismos extraños, pero que no ofrecen, en mi opinión, peligro serio. Un verbo hay que no concibo cómo lo emplean tan mal, incluso los españoles, influídos por el ambiente. El verbo es *postergar,* y allí le dan la acepción de *aplazar,* lo cual me parece un vicio que debiera corregirse.

Por la manifestación íntima (!) ó de casa que los españoles hicieron á la Infanta D.ª Isabel, fácil es hacerse idea de la importancia de nuestra colonia en la Argentina, poco conocida aquí y mucho descuidada. A lo que yo pude observar, no obstante ser la colonia más rica de aquella nación y la segunda en proporción numérica, ni se mezcla ni interviene allí con la población criolla como interviene y se mezcla la italiana, ni creo que nuestros Gobiernos se han dado exacta cuenta de lo que supone en la Argentina la sangre pura española que la está fecundando; y es lo más triste del caso que este abandono de la metrópoli se refleja allí en las relaciones de la colonia española con el Gobierno argentino, contrastando visiblemente con las que mantiene la colonia italiana.—Si repasáis el admirable discurso que leyó el Presidente, señor Sáenz Peña, hace pocos meses al recibir los poderes de su antecesor, observaréis en el período que lleva por epígrafe *La confraternidad internacional* que Italia ocupa en el alto concepto de dicho señor el primer lugar, y España el segundo; y no por volumen de colonia, pues si *todavía* es algo mayor la italiana, la española es más rica, sino por la política hábil de aquella nación y la torpe dejadez nuestra. Así lo he oído lamentar á más de uno de nuestros ilustres compatriotas residentes allí.—Esto pertenece ya al problema de la emigración, en el que, verdaderamente, un músico no debiera penetrar; pero el patriotismo y la buena voluntad me excusen para decir algunas cosas que me ocurren en propósito.

Sin osar discutir, ni menos pretender opinar acerca del pro y el contra de la emigración, términos que hoy ocupan la atención de hombres de gran cultura, el hecho inmediato, el que brutalmente se impone, es que, como nos decía el Sr. Palomo pocas semanas hace, la emigración española ha rebasado en el año último á la italiana, y amenaza continuar en esa alarmante proporción. Bueno sería, según el parecer de unos, dictar medidas para evitarla; pero sería prudente pensar también que la ligadura de esa sangría tiene forzosamente que ser obra muy lenta, y que no holgaría estudiar simultáneamente el hecho, tal como lo da la realidad, mirarlo de frente, y tratar de sacar de él el mejor partido para ahora y para luego.—En el vapor que nos llevó á Buenos Aires iban dos personajes italianos: uno ex ministro radical, y otro médico célebre. Quedáronse en Santos, y, según nos informaron, iban dichos señores comisionados por el Gobierno de su país para estudiar la emigración italiana al Brasil, en donde permanecieron dos meses, porque precisamente

regresaron á Europa al mismo tiempo que nosotros y en el mismo barco que nos había conducido.

Yo no conozco el mecanismo de las disposiciones de nuestros Gobiernos; mas por lo que sin querer se aprende en un viaje de esta naturaleza, deduje que hay diferencia notable entre nuestras prácticas y las de Italia, por ejemplo. Así se llega á la finalidad antes notada: que la nación que descubrió aquella tierra remota; la que la conquistó, fecundó y colonizó á costa de torrentes de preciosa sangre; la que le dió su civilización, religión y lengua, uniendo en lazo indisoluble su historia en los tiempos prósperos y adversos, venga á ocupar al cabo el segundo lugar en el documento oficial citado, que marca y determina una orientación poco halagüeña y peligrosa para España. Este hecho vale, en mi modesta opinión, la pena de ser estudiado por nuestros hombres de gobierno, y corregido, á ser posible. Porque en la República Argentina hay en la actualidad no menos de 1.500.000 españoles, número que, al paso que vamos, doblará en poco tiempo; porque si aquel territorio, con la décima parte de población que puede contener, ocupa hoy el primer lugar de todo el mundo en la exportación de cereales, como las estadísticas enseñan, excusado es encarecer la importancia que tiene, y que irá por mucho tiempo aumentando. En todo ese movimiento corresponde á la sangre española muy gran parte; mañana corresponderá más, y... ¿podemos contemplar aquí impasibles hechos de tamaña transcendencia?...

Yo, que soy un romántico empedernido y optimista de por vida, ante lo que veían mis ojos, oían mis oídos y recordaba mi memoria, sintetizaba mis impresiones en una conclusión verdaderamente audaz, audacísima; y la siento con tal vehemencia y sinceridad, que me daban alientos para exponerla, sin reparar en sitio, oportunidad ni auditorio, como lo hice en diversas ocasiones. En unas partes me oían con recelo, en otras con extrañeza, y en algunas con entusiasmo, quizás comunicado por el que á mí me animaba.—Dije yo repetidas veces allí—y ésta es la conclusión—: «Señores: yo les declaro, por lo que aquí veo, por lo que aquí oigo, por lo poco que sé y lo mucho que siento, que en este hermoso país no me avengo á considerarme extranjero: me parece tan mío como me juzgo yo vuestro; y cuando esto lo estiméis atrevido, impertinente, fantástico..., en tanto haya fronteras en el mundo, en tanto las razas se distingan por especiales, étnicos rasgos fisonómicos, y la gran familia humana se divida por verbos diferentes, yo, español, reclamo aquí y en Chile, y en Perú y el Uruguay, y en Méjico y las Antillas, y en todos los territorios que hablan mi lengua, un derecho de excepción; yo debo ser más ciudadano vuestro, no sólo en vuestro corazón, sino en vuestras leyes, que el francés y el italiano, que el inglés y el alemán; y conste que este privilegio que reclamo para mí, que me abrogo, lo concede mi alma con igual espontaneidad y amor á vosotros en mi Patria. Yo no considero extranjero en Madrid al mejicano y al chileno, al argentino y peruano, que hablan mi lengua, que les es familiar mi literatura, mucho más si los comparo al alemán y el inglés, al francés y al italiano, cuyas lenguas no conozco si especialmente no las estudio; yo hablo

la misma que os enseñaron vuestras madres; vosotros la que me enseñó la mía. ¿Es esto paja?... No; esto es grano; esto es eslabón moral de acero que, andando el tiempo, unirá toda la raza con poderosa cadena, destruyendo impedimentos accidentales que deben desaparecer, que desaparecerán, sin duda.»

Yo no sé dar forma á esta idea, que me parece grande, y mucho menos el medio de incrustarla en las combinaciones políticas y legislativas. No se me oculta que valiendo poco España en el orden material, comparada á lo que valen otras naciones, como apuntaba en la conferencia que leí en este mismo sitio, la dificultad sube de punto; pero ¿es que el verbo y el amor nada significan?... Yo creo que sí; creo que el amor y el verbo pueden á la larga más que la dinamita y los cañones. Éstos serán siempre siervos de aquéllos. Ya veis: hace un siglo nos odiábamos, y hace ya no pocos lustros que hemos vuelto á amarnos. Los españoles dominamos mucho tiempo en Nápoles, Flandes, el Milanesado y otros países que domeñó nuestra loca fortaleza...; ¿observáis algún indicio de aproximación entre esos pueblos, que aún nos recuerdan con terror, y España? Ciertamente que no. ¿Y no da esto claramente á entender que, guiada sabia y hábilmente nuestra política por esos derroteros, podría aspirarse á otro género de conquista más noble, dulce y perdurable, y que en vez de despedir á esas emigraciones con cólera y tristeza, las viéramos marchar un día con alegría y contento, pensando que no iban á país extranjero, sino á laborar allí como aquí por el engrandecimiento de una misma raza, de una misma familia, de la España de allende y de aquende el Océano?

Parecerá esto un sueño, una utopía, una quimera... Puede que sea así; pero os puedo decir, señores, que cuando yo leía en Buenos Aires los discursos cambiados entre un señor ministro de Chile y el representante de España con ocasión del centenario de su independencia y la erección del monumento á Ercilla por la colonia española de Santiago, parecíanme este sueño, esta utopía y esta quimera cosa de juego. Porque no es posible hacer protestas mayores de cariño y de adhesión, de amor y de entusiasmo por el origen y comunidad de la raza, que las que palpitan en los discursos del que en dicha República dirige el departamento de Gracia y Justicia, del general argentino Sr. García y del de nuestro digno representante, señor duque de Arcos. Más tarde, en otra ceremonia, el ilustrísimo señor obispo de Jara dió una nota tan alta, sublime y patriótica, que no cesará de vibrar hasta que no se consuma el noble ideal que la inspiró. Dijo que él se convertiría en nuevo Pedro el ermitaño é iría llamando con fuerte aldabón á la puerta de todos los hispanoamericanos, desde las riberas del Plata al golfo de Méjico, pidiendo un óbolo para erigir á la madre patria aquí, en Madrid, el monumento más grandioso que vieron los siglos, en testimonio del sincero, ardiente, filial y eterno amor que á la venerada madre guardan y guardarán sus hijas. Manifestaciones parecidas, no menos calurosas, se han hecho en Colombia y en Méjico y se repiten incesantemente con la menor ocasión. ¿No quiere decir esto nada? ¿Sucede algo semejante entre las demás razas que habitan el mundo civilizado? A fe que no; sólo sucede entre los pueblos que hablan nuestra lengua, y es síntoma, hecho,

mejor diré, que parece augurar un acontecimiento único en la historia del mundo, como fué único el descubrimiento de la parte que lo completó; esto es: el abrazo, no sólo moral, sino político, de aquellas jóvenes naciones con la madre augusta que les dió vida, consumiendo tantas energías y tanta exquisita sangre durante aquel difícil, prodigioso alumbramiento.

Yo, como comprenderéis, no sé, no puedo dar forma ni osaría indicar el procedimiento á seguir para que cristalizara esta fraternal y transcendental idea; mas tampoco dudo de que espíritus más elevados que el mío é inteligencias más superiores los sabrán hallar.—Hablando en Buenos Aires de esta... utopía hoy, si queréis, con un español ilustre que reside allí ha largo tiempo, que mantiene enhiesto nuestro nombre en la prensa bonaerense, y cuyas esperanzas ó ilusiones concordaban con las mías, me decía que él había ocupado un importante puesto oficial por espacio de varios años, á completa satisfacción del Gobierno argentino; pero llegó un momento en que dicho Gobierno le advirtió que, con arreglo á las leyes de su país, no podía continuar en aquella situación, á menos de que no se nacionalizase como ciudadano argentino. Repugnó á nuestro compatriota la condición y abandonó el cargo.—Por este caso y muchos más semejantes que ocurrían, decíame que una representación española de alguna importancia había solicitado de nuestro Gobierno el... privilegio, diremos, de consentir al ciudadano español en aquella República, y no recuerdo si extensivo á toda la América hispana, renunciar accidentalmente á nuestra nacionalidad y aceptar aquélla ó aquéllas, con la condición de recobrarla en el momento de volver á pisar tierra española, y que nuestro Gobierno nada había contestado.

Yo no puedo apreciar si esta proposición es buena ó es mala; si sería malo ó bueno conceder á aquellos compatriotas el derecho de nombrar representantes en Cortes, como leo en un admirable discurso del ilustre é incansable Sr. Labra; pero todo me advierte y persuade de que, con buena voluntad, no faltarían medios para acercarnos á la realización de aquel ideal tan hermoso. Y permitidme aquí, ya que mi querido amigo D. Luis Palomo se ha empeñado en que me despeñe por campos y vericuetos ajenos á los que siempre pisé, que haga algunas reflexiones, baratas, ciertamente, que están al alcance de cualquiera, hasta de un músico como yo, pero que, escuchadas allende el Atlántico y trasladadas aquende, parecen más amargas, y hasta esperarse puede que produzcan á modo de triaca más efecto. ¡No os podéis imaginar, señores, los que no habéis cruzado el Océano y convivido con aquellos nuestros descendientes, la lástima, la conmiseración, casi el desprecio con que son juzgadas en aquel país, hoy fuerte, nuestras actuales costumbres políticas! Es inútil que, picado el patriotismo, intentéis defenderlas, excusarlas al menos; á vuestros argumentos os responderán que un país en el que periódicamente cambian los ministros cada medio año, con rara excepción, y á veces en más cortos plazos, no puede estar bien administrado, no se puede tomar en serio, está perdido. Yo mantuve una conversación sobre este extremo con un personaje político de allí, y cuando me contestó como habéis oído, no tuve más re-

medio que inclinar la cabeza y reconocer que tenía razón, con tanto mayor motivo, cuanto que yo había lamentado profundamente ese vicio, del que sufrí las consecuencias en los diez años que ocupé un cargo oficial.—Sanear esas costumbres ajusticiando con firme pulso ambiciones insensatas por antipatrióticas, dedicar la actividad al estudio de problemas como el de la emigración, á ejemplo de otros países no más interesados que el nuestro, y aprovechar esas corrientes de simpatía y cariño, más poderosas aún que nuestros errores y nuestra inercia, serán obras de buen gobierno y asegurarán á España grandioso porvenir.

Terminado felizmente mi compromiso en Buenos Aires, y aproximándose el verano, calurosísimo allí, según referencias, salí de la hermosa capital el 18 de octubre en el mismo vapor, como antes dije, que nos había llevado. Tornamos á hacer escala en Santos, en donde embarcó una numerosa compañía teatral italiana, y quiso mi buena estrella que también hiciese escala el barco en Río Janeiro. Sólo la bahía de la capital del Brasil, la más grandiosa del mundo en opinión de algunos, merece hacer un viaje por el placer de admirarla. Desembarcamos en una falúa tripulada por negros, dimos un precioso paseo en automóvil por la ciudad, que es alegre y animada, y regresamos á nuestro palacio flotante, ocupado todavía en la distraída operación de cargar millares de sacos de café con destino á Barcelona.—Me llamó la atención el considerable número de barcos de guerra brasileños que había en el puerto diseminados; dos de ellos de potencia y artillería colosales. Extrañábame que un país joven, que no llenará en siglos su inmenso territorio, costease tan formidables máquinas, adoleciendo tanto de insalubridad aquella tierra, en cuyo remedio parecerían mejor empleados los millones que representan tales aprestos. Pero luego pensé en nuestra pobre condición humana, en que dos pueblos modernos progresan rápidamente en aquellas latitudes, y tal vez se espían, se miden y preparan para dirimir mañana una de esas espantosas contiendas de amor propio, en el fondo tan pueriles. Un hecho muy gracioso que ocurrió después en el barco afirmó mis sospechas.—Al repasar la línea se hicieron, como antes, grandes fiestas. Ahora predominaba el elemento italiano, y uno de los números del programa consistía en el juego que ellos llaman *il cavalletto*. Colocaron un palo redondo desde la borda á un pie del interior, bien amarrado y á la altura como de metro y medio; debajo extendieron colchones. Acaballábanse dos sobre el palo con sendas almohadas, y allí se acometían con ellas, perdiendo, como es consiguiente, el que no mantenía el equilibrio, y ganando el que permanecía á caballo. Sucedió que subieron un brasileño muy chistoso, delgado, no muy bien fachado, y un argentino guapo y robusto. Lucharon, y cayó éste; le sustituyó otro compatriota suyo, que también cayó, mientras el brasileño se mantenía firme, y uno de los argentinos, para disimular ó vengar aquel inocente vencimiento, exclamó: «¡Claro, nosotros no tenemos rabo!...» No sé por qué, al oir esta frase, que hizo prorrumpir, como comprenderéis, en ruidosa carcajada á la concurrencia, me acordé de los barcos de guerra de Río y de la poderosa flota militar argentina.

No recuerdo á qué altura ni el día preciso, sino que era muy hermoso, encontramos al barco gemelo del nuestro, *Principe di Udine.* A la hora justa que los radiogramas habían anunciado, y previas hábiles viradas, divisamos en el horizonte un punto que crecía y crecía rapidísimamente por la gran velocidad de los barcos, hasta pasar á unos trescientos metros del *Tomasso di Savoia.*—Dicho esto así, parece que nada tiene de particular; visto en el vasto Océano, produce una emoción tan intensa, que es casi imposible de explicar: ¡qué saludos, qué vítores, qué agitar los pañuelos!... Es que al encontrarse en aquel desierto líquido la pobre humanidad, sin que los pasajeros de uno y otro barco se conozcan, surge poderosa la fraternidad universal, estremeciendo todas las fibras y todas la potencias del alma, para derramarse copiosa por los ojos. ¡Yo nunca experimenté semejante impresión!—Dato curioso y elocuente: el *Principe di Udine* IBA á América; el *Tomasso di Savoia* VENÍA á Europa; el pasaje entero de ambos barcos se acumuló á las bandas de babor (nosotros llevábamos el lado oriental). Pues bien; mientras que la estabilidad del *Tomasso* no se alteró un milímetro, el *Udine* sufrió una inclinación de 20 grados quizás. ¡Aquello era, si permitís la expresión, un hormiguero de hombres!...

Otra nota interesante ofreció nuestro regreso. El día de los Santos atravesábamos el archipiélago de las Canarias. Venían en el barco un señor obispo brasileño con sus familiares, el capellán accidental del *Tomasso*—canónigo de la catedral de Novara, tan culto como simpático—y una soprano eminente que canta ahora en la Scala de Milán. El cura, que comía á la misma mesa que nosotros, me consultó si podríamos hacer algo de música durante la misa de día tan señalado, y yo, por complacerle, previa la conformidad de la artista aludida y ofreciendo la cooperación de mi hijo, que es violoncellista, escribí de memoria la bella *Ave María* de Gounod sobre el *Preludio* de Bach, y en el momento indicado ejecutamos dicha composición la Sra. Agustinelli, mi hijo y yo al piano á vista de Fuerteventura, impresionando gratamente á orto y heterodoxos la audición que en pleno Océano pudo proporcionarles nuestra buena voluntad.—El resto del viaje no ofreció nada de extraordinario, llegando felizmente á Barcelona la madrugada del día 4 de noviembre. Y dejo para terminar este trabajillo lo mejor y que más es de mi incumbencia.

En la conferencia á que me he referido varias veces os hablé de D. Angel Menchaca, ilustre argentino que concibió el audacísimo proyecto de cambiar radicalmente la gráfica musical. Quiso mi buena suerte que aquellas modestas palabras mías fueran acogidas por Menchaca y sus amigos con inusitada benevolencia y no disimulado júbilo, al extremo de extractarlas y publicarlas con el pomposo epígrafe de *Consagración del sistema Menchaca por el maestro,* etc., de cuya responsabilidad me inhibo, dejándola íntegra á quienes me atribuyeron tamaña autoridad. No pararon aquí las consecuencias: se organizaron banquetes, me enviaron un expresivo mensaje, se constituyó una Sociedad que lanzó al público proyectos y manifiestos, y comenzó la traducción de las obras clásicas al nuevo sistema; un señor diputado argentino se hizo eco de todo esto en el Parlamento, del que el Sr. Menchaca es jefe de taquí-

grafos, para que se concediera al insigne inventor un crédito que le permitiera venir á Europa á explicar, contrastar y defender su sistema. Tan agradecidos son aquellos señores, que días antes de arribar el barco que nos conducía á Buenos Aires, tuve el honor de recibir en pleno Océano sendos radiogramas con cariñosos saludos de las Sociedades Menchaca del Uruguay y la Argentina, añadiéndose en el de ésta, amable invitación al banquete de despedida que á Menchaca daban en la capital los creyentes en su sistema, concedido ya por el Gobierno de la República el crédito antedicho.—Errores de información respecto al arribo del *Tomasso di Savoia* hicieron que inútilmente me preparara á asistir al banquete, pues éste se había celebrado la noche antes de nuestra llegada, y, por desdicha, al entrar nuestro barco en la rada de Buenos Aires salía el *Cap Arcona,* que conducía á Menchaca á Europa. Azar fué, que lamentamos muy de veras; pero si no tuve el gusto de ver al pontífice de la nueva confesión ó escuela, túvelo de conocer á algunos dignos cardenales, y estos señores, apasionados de la invención y amigos incondicionales del autor, me pintaron la situación del asunto en la capital con colores no del todo brillantes. El sistema lucha allí con dos graves inconvenientes: primero, el que opone la rutina á toda innovación, en América como en otras partes, sin pararse á reflexionar si es ó no ventajosa; y el segundo, con el carácter especial de la sociedad bonaerense contemporánea.—Es tal la fiebre de negocios que allí se padece, y deben estar tan á la mano, que más que de origen latino, parece en este particular proceder del anglosajón. Así se ve que, en materia de arte, se preocupan más de pagarlo espléndidamente que de producirlo, porque, consi derado éste como negocio, es insignificante en comparación de los que brinda aquel vasto y rico país. Sin embargo, el Sr. Menchaca ha encontrado el suficiente apoyo en su tierra para poder atravesar el Océano y traer á Europa la nueva semilla, que ya está en camino de florecer. Me preguntaban allí cuánto tiempo calculaba yo que podría tardar en imponerse el nuevo sistema, á lo que yo contestaba que, dados los cuantiosísimos intereses que venía á conmover é inmediatamente á perjudicar en todo el mundo civilizado, y la resistencia que opondrían los profesionales y partidarios del sistema actual, tal vez pudiera tardar un siglo, término que consideraban prudente; pero, añadíamos, si Men chaca tiene éxito en Europa, el plazo pudiera acortarse muy sensiblemente, porque, estimulado el amor propio argentino, que es de alguna consideración, sucedería el entusiasmo al recelo, y es mucho, mucho lo que puede esperarse de un pueblo joven, opulento y algo orgulloso. Pues bien; el milagro se está operando. El Sr. Menchaca me informa desde París que ha obtenido un éxito mucho mayor del que esperaba. Ha dado varias conferencias en la casa Pleyel, que han estado concurridísimas, en cuyo auditorio figuraban personalidades de primera calidad. Monsieur Lyon, propietario de la casa, ha resuelto establecer en ella la primera escuela sistema Menchaca, y ha ordenado la construcción de seis pianos con el teclado especial que el sistema requiere.—Antes había construído ó adaptado el teclado á uno de cola, que es el que sirve á Menchaca para sus demostraciones y para instruir á las que van á ser maestras

de la nueva escuela. ¡Me parece que esto es ir deprisa! En la Sorbona ha dado otra conferencia, memorable por los entusiastas aplausos con que fué ocho veces interrumpida y la ovación estruendosa que la coronó al final. La prensa parisiense le ha acogido con grande y generoso aplauso... Pues este argentino ilustre, este atrevido inventor, oriundo seguramente de Vizcaya, va á ser muy pronto nuestro huésped: debe llegar á Madrid en el próximo mes de marzo, y nos dispensará el placentero honor de oirle y de admirarle. Dará en este Centro algunas conferencias; propónese darlas también en el Ateneo y el Conservatorio y abrir un curso gratuito de su sistema, y es de esperar que, aunque algo vieja nuestra sangre, hierva ó bulla por lo menos al contacto de su sangre moza, y le abramos los brazos, no sólo de la cortesía y consanguinidad, á que le da derecho su apellido, sino que nos apercibamos á exaltarle y secundar su valiente iniciativa, ya que podemos, si no envanecernos, alegrarnos de que un modesto trabajo de nuestra Sociedad ha importado, así sea en mínima parte, para alentar al gran ciudadano argentino y sus parciales en aquel hermosísimo país. El nos enseñará y convencerá de las ventajas de su notable invento, y nosotros realizaremos una bella obra asociándonos á él, ayudándole en todo lo poco ó mucho que podamos para precipitar su triunfo, indudable ya, en mi concepto, que dará honor, no sólo al inventor insigne, sino á la gloriosa raza de que procede.

Y con esto termino, dándoos muy expresivas gracias por vuestra benevolencia.

Tomás Bretón.

Madrid, febrero de 1911.

Reflejo de la vida regional española en América[1]

Señoras y señores:

La seguridad que tengo de vuestra benevolencia me redime de comenzar, según es viejo uso, haciendo protestas de humildad y solicitudes de atención.

Evidente es á todas luces que siendo vosotros tanto y yo tan poco, solamente en circunstancias así se justificaría mi presencia en esta tribuna.

Y pues la debo en absoluto á vuestra bondad, manifiéstese desde luego mi gratitud empezando por libraros de un preámbulo retórico y artificioso, para entrar ya de lleno y sin más trámites en el desarrollo de mi tema.

«Para un espíritu filosófico—dice Renán—, para un espíritu preocupado de los orígenes, no hay verdaderamente en el pasado de la Humanidad más que tres historias de interés: la historia de Grecia, la historia de Israel y la historia romana; la reunión de estas tres historias constituye lo que puede llamarse la historia de la civilización, siendo la civilización el resultado de la colaboración alternativa de Grecia, Judea y Roma.»

Pues bien; algo más concreto pudiera decirse todavía con respecto á la historia de América. Nada tan importante para el conocimiento de la historia americana como la historia del pueblo español, sólo del pueblo español, sin la colaboración alternativa de pueblo alguno extraño.

No se ha dado otro caso en el mundo de un pueblo como España que, sin desquiciarse física, social ni políticamente, haya formado, completando la geografía del globo, tantas nacionalidades nuevas, legándolas sus costumbres, su idioma, sus ideales, sus tradiciones y glorias, su literatura, su patriotismo, su sangre de héroes, su carácter independiente, su temple altivo.

Aquellos gloriosos aventureros en quienes palpitó la intuición luminosa de un nuevo mundo, hacia el cual navegaron con temeraria atracción irresistible, no llegaron nunca á saber toda la grandeza de su propio descubrimiento.

América, ese gran continente, ese colosal vertebrado que con sus extremidades toca los dos polos opuestos de la Tierra; esa gigante masa de más de 40 millones de kilómetros cuadrados, con su columna vertebral de 2.500 leguas, músculos de cordilleras enormes, enmarañada cabellera de salvajes selvas frondosas, arterias de ríos inmensos y aliento de volcanes inextinguibles, parecía dormir como un coloso lejos del mundo activo, arrullado por las rientes aguas de los dos Océanos.

Era un mundo vacío, era el imperio de la soledad triste, la que, erguida sobre las cumbres gigantes, ó desde las playas, tendía la vista por la llanura

(1) Conferencia dada el viernes 28 de abril último en el Centro de Cultura Hispano-Americana.

inmensa de las azules aguas oceánicas, ávida de descifrar el enigma de la vida futura mediante el hallazgo de algún signo nuevo en la remota lejanía.

El hombre que vivía allí, «despojo de las tempestades del alma y de la Naturaleza», como dijo el poeta oriental, vestigio de caravanas sin historia ó de civilizaciones sin recuerdo, vagaba desnudo y solitario, como el ciervo ó el tigre, por los bosques, las montañas, las costas ó las llanuras; la frente estrecha, los cabellos rígidos, la tez rojiza, el pómulo saliente, los ojos pequeños, melancólicos y negros; impasible, atónito, sin que en su rostro se reflejase el alma; hablando en baja voz, caminando como á tientas en la actitud huraña é irresoluta del que siempre desconfía, y acechando á la enemiga tribu para atacarla en el mejor momento ó defenderse de su inminente ataque, y satisfacer así la suprema aspiración de su vida: luchar, matar.

Nada le decían á aquel ser desgraciado las infinitas grandezas de su mundo. Incapaz era de comprenderlas. La voz de la Naturaleza soberana semejaba luz del cielo en el reflejo de los ríos y de los lagos, igual que mares: canción era en los torrentes del Niágara, en las cataratas del Iguazu y en el salto del Tequendama; rugido de titanes en las entrañas de los montes volcánicos; arpegio de los vientos trovadores en el ramaje de las selvas; bramido de los huracanes fieros en el bosque de piedra de los Andes.

Pero ante aquel grandioso idioma, indescifrable para él, permanecía impasible; por eso el gran poeta uruguayo Juan Zorrilla de San Martín nos dice que al verse frente á frente Colón y el continente nuevo, antes gritó éste *¡El hombre!* que aquél gritara *¡Tierra!*, y que, estando probado que Colón en su viaje no buscaba el mundo que halló, sino sólo el Oriente por el camino de Occidente, bien puede afirmarse que no fueron las carabelas las que salieron al encuentro de América, sino América la que salió al paso á los heroicos navegantes para detenerlos y decirles: *Aquí estoy.*

Así se explica, pues, que en muy poco tiempo fructificasen aquellas vírgenes tierras incultas, prestándose ubérrimas á vigorizar y enriquecer á sus nuevos pobladores, heraldos gloriosos de una aventurera raza, redentora de la gran naturaleza americana. Y véase cómo, efectivamente, la raza arraigó en forma imperecedera.

Dijérase que el mapa de España se había desdoblado allí de nuevo.

Los nombres queridos aparecen escritos por todas partes como en maravillosa gruta de amores. Y ellos son huella que nos descubre los nombres de los que por allí pasaron.

Allí la Nueva España, la Nueva Castilla, la Nueva Vizcaya, la Nueva Galicia, la Nueva Andalucía, la Nueva Granada, la Nueva Toledo, fundadas y pobladas por castellanos, vizcaínos, gallegos y andaluces. Allí, en la Argentina, Córdoba, Santiago, Rioja; en Méjico, León, Zamora, Guadalajara; en Bolivia, Santa Cruz, Oropesa, Antequera, Portugalete; en Guatemala, Ciudad Real, León; en Perú, Jaén; en Nicaragua, León, Granada; en Salvador y Honduras, San Sebastián; en Chile y Perú, Santiago; en Ecuador, Cuenca, León; en Venezuela, Barcelona, Valencia, Mérida; y nombres muy

repetidos, como San Sebastián, que lo encontramos en Méjico, Honduras, Guatemala y Salvador; León, en Ecuador, Guatemala, Nicaragua y Méjico; Córdoba, en Méjico y la Argentina; Santiago, en Perú, Chile, Argentina, Colombia, Salvador, Cuba y Santo Domingo; y, en fin, Trujillo, por ejemplo, para no cansar más con esta relación, Trujillo, favorecida ciudad de Cáceres, cuna de tan esclarecidos varones como Francisco Pizarro, Pedro de Hinojosa, Francisco y Ñuflo de Chaves, Alonso de Toro, Hernando de Trejo, Alonso Trujillo y otros, que tanto se distinguieron durante la primera mitad del siglo XVI en sus expediciones á América. Pizarro fundó la primera Trujillo en el Perú, en 1535, y otras hay también en Honduras, Venezuela, Puerto Rico, etc.

Si de la geografía de España se perdiera toda noción, seguramente podría reconstruirse meditando un poco sobre el mapa de América. Cierto que el error sería algunas veces lamentable, como cuando encontrásemos á Guadalajara en Nueva Galicia; pero se dan multitud de casos de tal exactitud como éste que quiero recordaros ahora de Nueva Granada, construída, como nuestra ciudad andaluza, en la falda de una sierra que se llama también Sierra Nevada.

¿Qué quiere decir todo esto?

Recorred más aún aquellas poblaciones, y leed los letreros de las calles. Cuando no son apellidos gloriosos tanto en España como allí, son los eternos nombres de nuestras vías de todas las ciudades: Mayor, Concordia, Lealtad, Independencia, Constitución, Victoria, Delicias, etc.

Los cafés, los teatros, los casinos, los periódicos se titulan también como los nuestros.

Y si establecéis relación con las personas de una ú otra localidad, tardaréis poco en percataros de la fecundidad asombrosa que, como aquí, disfrutan allá los Díaz, Hernández, García, López, Martínez, Muñoz, Núñez, Ortiz, Rodríguez, Vázquez, etc. Un Sáez rige los destinos de la Argentina, un Díaz los de Méjico, un González los del Paraguay, un Dávila los de Honduras; Jiménez, Gómez, Alfaro, Mendoza, Figueroa, Cáceres se llaman los otros jefes de Estado, apellidos todos que vienen de antiguo y que perdurarán siempre por ser los de aquellos Díaz de Solís, Díaz del Castillo y Díaz Melgarejo, Estopiñán de Figueroa, Fernández el Leal, Felipe y Juan de Cáceres, Bartolomé García, Antonio de Mendoza, Zamudio de Alfaro, López Cerrato y López de Legazpe, Martínez de Irala, Muñoz de Carvajal, Núñez de Balboa, Núñez Cabeza de Vaca, Núñez de Prado y Núñez Vela, Ortiz de Vergara, Ortiz de Zárate, Ramírez de Fuenleal, Rodríguez de Camporredondo y Vázquez de Coronado, que en nuestras crónicas de Indias figuran en preferente lugar.

Y si intimáis con los que ahora ostentan allí apellidos tan nuestros, y llegáis á conocerlos á fondo, observaréis que por su carácter y demás cualidades son, como por sus nombres, iguales á nosotros; es más, os veréis en ellos retratados como en un espejo.

«Las facciones, las costumbres, los sentimientos predominantes, la bon-

dad, la generosidad, la hidalguía, el extraordinario orgullo nacional, las exageraciones de patriotismo, la falta de positivismo, en el sentido más favorable de la palabra, los mismos defectos de la vida política proclaman á diario, con una evidencia irrefutable, la influencia española.»

«Los cruzamientos—dice en el diario *La Nación,* de Buenos Aires, Aníbal Latino, de quien copié también el anterior párrafo—van modificando los tipos en lo físico y en lo moral; pero es curioso observar cómo, tras eclipses más ó menos prolongados, retoñan las cualidades primitivas.»

Y refiriéndose á los argentinos, añade: «Si la República Argentina, como no cabe dudarlo, llega á ser una gran nación y á desempeñar en el mundo, en las manifestaciones del arte, de las letras y de las ciencias, un papel tan brillante como el que han desempeñado sus hermanas mayores en sangre y en raza, España tendrá motivo para estar satisfecha... Los argentinos no pueden negar su parentesco estrechísimo con los españoles. Tienen las mismas virtudes y los mismos defectos.»

Claro está que si esto se afirma con exactitud del país más cosmopolita entre todos los de la América latina, de aquel en donde las modificaciones del tipo pudieron ser más fáciles, obra de las distintas influencias y elementos aportados por las demás naciones, con mayor razón puede afirmarse lo propio mirando á las otras Repúblicas, cuya población es casi totalmente española.

«Los españoles residentes en Chile—decía ya Andrés Bello—han podido percibir que desde el momento en que la fortuna de las armas decidió en nuestro favor la contienda entre la antigua metrópoli y sus colonias, las afecciones inspiradas por la comunidad de origen, religión, costumbres y leyes recobraban su antigua influencia, ó, por mejor decir, revivían más fuertes, más íntimas.»

En interesantes artículos sobre costumbres hondureñas que publicó hace seis años en nuestra Revista Ateneo el ilustre escritor, residente en Tegucigalpa, Ramírez Fontecha, se demuestran las evidentes analogías entre aquellas costumbres y las de nuestro país.

«Llevaron—dice en uno de dichos artículos—los españoles á América, con su idioma, su religión y tantas otras cosas más, la afición á correr toros, y para que ésta pudiera tener desarrollo, llevaron también la primera materia, ó sean los toros.»

Y á continuación describe las fiestas populares que se llaman *puyadas,* semejantes á nuestras *capeas* de los pequeños pueblos, *puyadas* que duran también varios días, comenzando con *la prueba* y acabando con el toro de *ronda* ó *de fuego.*

Sabido es que en Méjico hay casi más afición á los toros que en España, hasta el punto de haber comenzado ya á enviarnos sus toreros, que compiten con los nuestros y cosechan palmas y laureles abundantes.

En Chile, Perú, Venezuela, etc., hay también gran afición á nuestra fiesta típica.

Es curioso leer las revistas taurinas de los periódicos de allá, imitación absoluta de las creaciones que en ese género hicieron nuestros revisteros de toros.

Se dan algunas anomalías, muy censuradas aquí por nuestros *clásicos* del arte, tales como la que apuntaba uno de éstos, no hace muchos días, de los carteles de Méjico, en los cuales los picadores no figuran en primer lugar, según aquí es uso, sino después de los espadas y banderilleros: ¡al lado del puntillero! ¡Qué horror! Hay que reconocer que la cosa es grave.

En otro programa de Lima los *nombres y colores* que se dan á los toros son tan extraños y originales, que han sabido á *cuerno quemado* á muchos aficionados españoles: pelo *gateado, bayo claro* y *capirote granadillo*. No se sabe ni cómo *traducir* eso.

Sin embargo, todo podría dispensarse con tal de que en aquellas Repúblicas no se permitieran llamar *de alternativa* á los espadas que apenas serían aquí novilleros de Carabanchel *Bajo,* supuesto que este Carabanchel sea de menos categoría que el *Alto,* como parece corresponder á dichos adjetivos.

En el orden intelectual, científico y literario no hemos ejercido, ciertamente, los españoles allí toda la influencia que pudiéramos, como la hemos logrado ejercer en pintura, en escultura y en música, hasta el punto de que en las futuras dotes artísticas de América resplandecerán siempre los rasgos del genio artístico español; pero ello ha sido, simplemente, por algo circunstancial.

Las casas editoriales extranjeras, que, sin que pudiéramos darnos cuenta ni impedirlo, han monopolizado el mercado de libros españoles, encuentran más cómodo, más barato y, por consiguiente, más reproductivo formar sus catálogos con libros cualesquiera, que formarlos con obras escogidas; y así resulta que América se las ha tragado y no las ha podido digerir, y ahora nos culpa de ello, como si América hubiera sabido librarse del engaño más que nosotros del despojo.

La asombrosa fecundidad del maestro incomparable Menéndez y Pelayo, el genio universalmente reconocido de Cajal, y la colosal figura de Costa, sin citar más—y, como es sabido, pudieran citarse muchos—, inmortalizan por sí solos una generación y hacen resplandecer toda una época.

¿Por qué no han sido las obras de estos insignes varones las que divulgaran por América esos advenedizos monopolizadores de nuestros mercados de libros?

¿Por qué América, llamándose pronto á engaño, no ha cerrado sus puertas y sus arcas á la falsa literatura, viniendo á abrevar en las fuentes puras, á estudiar en los libros auténticos?

A estos términos, señores, queda indudablemente reducida la cuestión.

Pero es lo cierto que, aun siendo esto tan perturbador y tan lamentable, porque, no obstante los vínculos de sangre y lengua, han llegado ya hoy á anteponerse las obras francesas, italianas é inglesas á las españolas en la for-

mación de la cultura americana; aun siendo tan pertinaz la indudable campaña de odio emprendida por los historiadores extranjeros, que han tirado siempre á falsear la obra española de la conquista de América; y aun siéndonos tan desfavorable el concepto pesimista que habían hecho cundir los errores políticos y las guerras y agitaciones de los últimos cincuenta años, España, lejos de perder su prestigio, influencia y simpatías en el Continente Nuevo, de día en día los aumenta, si bien en alta voz no siempre se reconozca; los aumenta de día en día, como si nadie pusiera en duda nuestra resurrección, que Colajanni preconiza diciendo: «Se nota un despertar político é intelectual vigoroso», y confirma el profesor norteamericano Carlos R. Henderson declarando haber en España una fermentación intelectual y moral que devolverá al país su vieja soberanía.

Y la razón es algo que al primer golpe de vista acaso parezca meramente lírico, pero que tiene, en verdad, mayor significación y mayor alcance de los que pudiera atribuirles el espíritu más vehemente y exaltado.

Me refiero á lo que el dicho vulgar llama «fuerza de la sangre»; á la comunidad de origen, de tradiciones y costumbres; á lo que obedece á misteriosas leyes de raza, de estirpe ó de linaje.

En vano las fieras luchas por la independencia encendieron los odios; en vano fulminaron los himnos nacionales de los Estados nuevos duras frases de encono y de agravio para España:

> á sus plantas rendido un león,

decía el argentino;

> Cuando algún tirano
> levante la voz,
> seguid el ejemplo
> que Caracas dió,

decía el venezolano; contra la «vil opresión» y el «soberbio agresor» clamaba el de Bolivia, y en iguales términos se desataron todos los demás himnos nacionales; pero ya acaso no haya dejado de ser sustituída ninguna de esas frases, que á ellos mismos les parecieron excesivamente injuriosas, sin duda porque herían su propia entraña.

Sí; el culto por España no se practica sólo en España, sino á la vez y, por la fiebre de la ausencia y la visión á distancia, acaso con más fuego, en todos aquellos pueblos donde, sintiéndose siempre español, vive, no sólo el emigrante, el verdadero español, sino también los criollos, los nacidos en América de padres españoles, ó los cholos, como llaman en el Ecuador á los mestizos de español y americano.

Y se da el fenómeno curioso de que á medida que la distancia que nos aleja de la Patria es mayor, más y más se reduce el altar de nuestras veneraciones, el marco de nuestras idolatrías.

Viajando por Europa, á ningún español se le ocurre ser otra cosa que es-

pañol. En América no basta eso: el andaluz, andaluz; el asturiano, asturiano; el aragonés, aragonés.

Aun estando tan en moda eso de la «europeización», nadie piensa allí en darse el tono de europeo.

Es porque en América palpita España con todos los latidos regionales, como si sobre aquel inmenso continente se hubiera desdoblado y extendido, ya lo dije antes, la carta geográfica de la Península, nuestro mapa social por proyección inmigratoria.

La diferencia entre los originarios de una y otra región española se remarca allí casi más que entre nosotros.

Los casinos regionales, que en Madrid difícilmente pueden sostenerse, son en América los más ricos é importantes. Existen hasta en las poblaciones de ínfimo orden.

El Centro Aragonés, el Gallego y el Navarro de Buenos Aires, donde también hay una Asociación Patriótica Española y un Club Español de gran número de socios; el Centro Vasco de Méjico; el Gallego de Montevideo; los de Santiago de Chile, Asunción, Caracas (en esta última población existe hasta un centro taurino); los Centros Asturiano, Gallego, Aragonés, Catalán, Castellano y Eúskaro de la Habana, más la Sociedad Andaluza y las Asociaciones Asturiana y Canaria, son muy populares y constantemente se ven muy concurridos.

Ellos mantienen el fuego sagrado de su culto por la patria chica, organizan espléndidas fiestas, publican revistas y boletines, y rivalizan en la noble emulación de querer y honrar, á cual más, la tierra que fué su cuna.

Y es de advertir que con el espontáneo acicate de esa emulación, se hacen todos útiles, emprendedores, activos, aun los que en Galicia ó Andalucía, comarcas donde generalmente la voluntad y las iniciativas son escasas, parecían menos indicados para tales arrestos.

Es admirable, por ejemplo, ver cómo la actividad gallega se desenvuelve en América.

«Viene el gallego á América—dice José Insúa—sin otro capital, por lo común, que una más ó menos extensa instrucción elemental; con el alma saturada de nostalgia; impreso en todo su ser el aire melancólico de las brumas de su tierra. Todo en él parece condenarle al estacionamiento, á la vida pasiva. Y, sin embargo, no sucede así, ciertamente. Ese espíritu tranquilo, que parece un eterno prisionero de la nostalgia, encierra grandes actividades y serenas energías; alimenta ilusiones é ideales que le hacen mirar hacia adelante, impulsándole á mejorar su condición, á perfeccionar su destino, á triunfar en la lucha por la vida. Si se hiciera una estadística de los hijos de Galicia en América, y de su situación, se verían sus grandes triunfos, especialmente en el comercio... Triunfa el alma gallega en América porque se expande, desenvolviendo los brillantes recursos en ella latentes, que surgen al contacto del ambiente propicio en este vasto escenario de los pueblos americanos.»

Verdad es que esta transformación fué presentida por el cantar, que nos la explica diciendo:

As garelas de Betanzos,
cando van par' o muiño,
levan un gato esfolado
para comer n-o camiño.

Ó lo que es lo mismo, en otra copla castellana:

Los gallegos en Galicia
dicen que no comen coles;
cuando de Galicia salen,
hasta los tronchos se comen.

Verdad es también que nunca abandonan sus nostalgias. «El alma gallega—ha escrito un gallego residente en América—es un alma regional. Vive suspirando remembranzas. Cuando emigra, lleva consigo el eco melancólico de las gaitas, el perfume de las montañas nativas, el dulzor campesino de sus costumbres, el panorama de los boscajes alegres y de las rías azules, la franca jovialidad de las mozas garridas.»

Miña terra, miña terra,
miña terra y eu aquí;
anxos d' o ceo, leváime
á terra dond' eu nacín.

Y en tanto, el espíritu crítico de las castellanas viejas canta en España:

A las Indias van los hombres,
á las Indias por ganar;
las Indias aquí las tienen
si quisieran trabajar.

Refiriéndose á la población española de la Argentina, escribe Aníbal Latino:

«Los catalanes son artesanos en su mayoría, y los más se dedican al pequeño comercio y á las pequeñas industrias; los gallegos de la clase baja se aplican al servicio doméstico, y aunque sean agricultores, sólo en número limitado se alejan de los centros poblados para dedicarse á las faenas agrícolas; los vascos, en cambio, de sólida complexión, de planta ligera y segura, que lo mismo dan terribles guerrilleros que activos hombres de trabajo, como lo ha dicho Miguel de Unamuno, arrojan una proporción altísima de agricultores.»

Y estudiando luego la inmigración preferida, añade:

«Se hacen también distinciones entre los inmigrantes de una misma nación. Entre los españoles, se prefiere á las vascos, no sólo por ser, física y moralmente, ejemplares escogidos de la antiquísima raza ibérica, sino porque han prestado al país eficaces servicios, afrontando los peligros y los contratiempos de la vida campestre, dando prueba de un temple férreo y de un valor y de

una resistencia admirables. Muchos de ellos se han distinguido, han acumulado fortunas considerables y emparentado con familias argentinas, han formado hogares que figuran entre los más respetables y respetados de la mejor sociedad.»

En la cátedra del Ateneo nos hablaba también no hace muchos días el doctor Garay de los rasgos que caracterizan y diferencian, después como antes de la emigración, á estos variados tipos de nuestras distintas regiones.

Y Rubén Darío, augurándoles la creación de «otra España en la Argentina universal», los describe en estos lapidarios versos:

Finos andaluces sonoros,
amantes de zambras y toros;
astures que entre peñascos
aprendisteis á amar la augusta
Libertad; elásticos vascos,
como hechos de antiguas raíces,
raza heroica, raza robusta,
rudos brazos y altas cervices;
hijos de Castilla la noble,
rica de hazañas ancestrales;
firmes gallegos de roble;
catalanes y levantinos
que heredasteis los inmortales
fuegos de hogares latinos.

Amado Nervo, el exquisito poeta mejicano, canta al «severo paisaje del solar de Castilla»:

Toledo altiva y prócer, Valladolid, Segovia,
Avila cinta en torres, ascético Escorial,
Burgos huraña...

Aludiendo á su rima mejicana, dice

que siempre se gloría de hablar en castellano.

Enlazando después á Méjico con España, escribe:

Méjico, sirena que en dos mares se baña
y á quien nuestros abuelos llamaron «Nueva España»
porque en ella encontraron la imagen de este suelo:
¡la misma tierra ardiente y el mismo azul del cielo!

Y encomiando los ojos de las mujeres de su país, afirma

que las vírgenes de esa América mía
llevan en sus miradas el sol de Andalucía.

Pero aún dice más el poeta del Perú, José Santos Chocano, en estas bellísimas estrofas:

Madre Andalucía, caja de alegría,
pandereta heroica de vibrante son;

es á ti á quien debo, madre Andalucía,
los desbordamientos de mi fantasía
y las marejadas de mi corazón.

Río con tus risas, peno con tus penas,
sangre de tu sangre corre por mis venas,
que si soy de Lima, tú has estado allá,
y desde la altura de esa Edad remota
viene á mí tu sangre cual si fuese gota
que por cuatro siglos destilando está.

El sentido de las regiones españolas no resplandece, pues, sólo en los emigrantes que de ellas proceden: palpita igual en la alta poesía de los distintos pueblos americanos, y arranca notas sinceras, vibrantes y entusiastas á las liras de oro de sus más grandes poetas.

En cuanto á la poesía popular, Menéndez Pidal nos ha demostrado con sus recientes hallazgos de nuestros romances tradicionales en América, transmitidos por la tradición oral de generación en generación, y que compara con las versiones de los mismos madrileñas, asturianas, gallegas, leonesas, castellanas, catalanas ó andaluzas; nos ha demostrado, repito, que en la Argentina, Uruguay, Brasil, Perú, Chile, Bolivia, etc., circulan de boca en boca gran número de romances y coplas líricas comunes con los de la Península, y otros muchos romances en los que la expresión del amor á España alcanza un alto grado:

A Madrid de las Españas,
madre mía, llévame;
si no me llevas, de juro,
de pena me moriré.



Lo cantan las niñas de Tucumán (Argentina).

Véase este otro romance, recitado por una señorita boliviana, que dijo haberlo aprendido de labios de su abuela:

EL NOVIO ESPAÑOL

No me vengas con menazas
ni con cartas de perdón,
porque yo no he de quererte,
porque quiero á un español,
caballero bien nacido
del condado de León,
que embarcado viene á verme
en el barco del Amor.
Tres meses ha que navega,
¡quiera guardármelo Dios!
Es misia madre su tía,
es mi primo el español;
los mismos años tenemos
yo y mi primo el de León;

el mismo día nacimos:
el día de la Asunción;
él nació á la media noche,
yo nací al salir el sol;
él es el sol, yo la luna;
para en uno somos dos.
Tres meses ha que navega,
¡quiera guardármelo Dios!

Y por lo que respecta á la música y cantos populares, baste decir lo que, refiriéndose á la música argentina, escribe en Buenos Aires Alberto Williams:

«La fuente popular de la música argentina está mezclada con las corrientes que brotan á borbotones, irisadas, juguetonas y chispeantes, de las guitarras andaluzas.

»Los cantos populares de los pueblos incásicos, que parecen sollozar en las quenas ó flautas primitivas, se mezclan al recuerdo de las malagueñas, las peteneras, las seguidillas, los boleros, los fandangos y jaleos, y dan origen á los nuevos cantos y bailes argentinos, á la hueya, la vidalita, los tristes, los estilos, las décimas, el arrorró, el gato, el cielito, el triunfo, el pericón, las milongas, las zambas, cuecas y zamacuecas.

»Estas melodías populares han sido imaginadas por los gauchos, mestizos de andaluz y de indio guaraní.»

Algo semejante pudiéramos decir de los conmovedores yarabíes bolivianos, acompañados de la quejumbrosa quena, la zampoña y el lúgubre manchaypjuito, y de los modinhas y londuns populares en el Brasil y que suenan á gaita gallega, y de los cantos y danzas de los *ticos, chapines, guanacos* y *tinolios,* nombres familiares con que se conoce á los costarricenses, guatemaltecos, hondureños y nicaragüenses.

Pero ni me incumbe á mí este asunto, ni puedo prolongar por más tiempo la dura prueba, á la que ya os he sometido bastante, de abusar de vuestra benevolencia.

Ahora bien; como buen creyente, necesito acabar con la consabida jaculatoria. Ya me disculparéis.

Mi profesor de Historia de España, que era un hombre original, me enseñó á no echar nunca mi cuarto á historias sin acabar en moraleja.

—Ya que las historias—decía—sean fábula muchas veces, bueno será ingeniárnoslas, á fin de que de salud nos sirvan.

Cuando, después de una hora de más ó menos pintoresca ó monótona explicación sobre las guerras de Flandes, las Cruzadas ó los Reyes Católicos, oía decir á mi maestro: «Moraleja», confieso que el corazón se me ensanchaba. Y era que aquella palabra bendecida significaba para mí tanto como el chirrido de la puerta del jardín, que se me abría de nuevo á la expansión y al sol y al aire libre.

Hoy esto de la *moraleja* no suena ya tan dulcemente en el seno de mis pobres filosofías; pero á vosotros, que con tanta paciencia habéis escuchado mi

larguísima disertación, acaso os haya hecho respirar, como el que mira ya próximo el anhelado fin de su sacrificio.

Se trata, señores, y ésta es la moraleja, de realzar las ventajas que disfrutamos en América con respecto á la favorable situación que pueden atribuirse las demás naciones del mundo, aun las más adelantadas y poderosas.

Es lo mismo que nos sucede con Marruecos.

América y Africa son los continentes del porvenir, son los mundos del mañana, así como Europa es el de hoy, y como el de ayer fué el Asia. Pues bien; no hay otro pueblo, pequeño ni grande, en tan ventajosa situación como nosotros para influir y relacionarse comercial y políticamente con esos dos mundos nuevos que se agigantan en el horizonte y han de ser el emporio de la vida futura: Africa y América.

Nosotros no tenemos la culpa de ello: son leyes de la historia y del destino. La huella de ocho siglos que dejaron aquí los musulmanes, y la que imprimimos nosotros al otro lado del Atlántico durante aquellas tres centurias de dominación, difícilmente hubieran podido quedar en nada, á pesar de todas esas viles calumnias y todas esas mortificantes campañas de hostilidad y de odio á España, que, más que contrariados, nos debieran tener envanecidos.

Pero ya veréis cómo, espoleados por la actual competencia, pues no es más que eso todo, llegarán á negarnos todavía lo que tan obstinadamente nos han sabido repetir ellos mismos: que Africa comienza en los Pirineos. Y es porque ahora, sin duda, se quiere ya que comience bastante más arriba.

Creedlo: lo importante no es recoger alusiones ni rebatir argumentos, falsos argumentos; lo importante es laborar sin tregua y con dirección fija y meditada.

Nuestra situación geográfica (de esto hablaré otro día), nuestra obra gloriosa de siglos, nuestros lazos de consanguinidad con esos pueblos de la nueva era, que, aun á su pesar, se entenderían siempre mejor con nosotros que con otro alguno, nos favorecen de un modo singular y nos facilitarán siempre cuantas empresas pretendamos acometer.

Naturalmente que hemos de cambiar de sistema y hemos de injertar á tiempo la púa nueva en nuestro espíritu aventurero para rejuvenecer y vigorizar el viejo tronco y estar luego propicios á asimilarnos la moderna savia; pero sin que esto nos exija ó nos imponga renegar de nuestra epopeya del pasado, de nuestros bellos siglos de luchas, de sangre, de hidalguías, de sol.

Antes al contrario, hemos de multiplicar los altares, hemos de practicar el culto de nuestras viejas glorias, y hemos de velar por la conservación de cuanto hay en España de peculiar, de típico, de característico en sus costumbres regionales, en sus tradiciones, en sus cantos y bailes populares, cuyo reflejo y cuyo eco palpitan allá en América, donde tan hondamente han sabido comprenderlos y asimilárselos.

Y, sobre todo, velemos por la pureza del habla para que no se corrompa al contacto de los otros idiomas que viven con él en aquellas grandes urbes cosmopolitas; enviemos allí profesores de castellano, enviemos los libros de

nuestros maestros hasta recuperar el mercado que nos pertenece y que nos hemos dejado usurpar por extranjeros editores.

El tiempo hará lo demás; porque si hasta el presente la semilla, como hemos visto, ha germinado, no tardará el tallo en brotar, y vigorizarse, y florecer, y dar ópimos frutos en campo como aquél, tan bien abonado para nosotros.

Entretanto, nada nos pueden importar las frases que se quieran hacer á costa nuestra.

Aquella insolente que no hace mucho nos lanzó, con ridículas pretensiones de aniquilarnos, el hombre altivo de la opuesta raza, ha sido desmentida por otro sajón bien expresivamente. Me refiero á John Chamberlain.

Oid sus palabras, y con ellas acabo:

«Eso de que España es un país muerto, es una leyenda sin base alguna racional. Eso de la raza moribunda es una superchería. Raza que procrea más que ninguna; raza que, no obstante siglos de ayuno, puede ofrecer aún hombres de increíble resistencia física; raza sobria para la comida y la bebida; raza de imaginación sin rival para las creaciones del arte y con inteligencia para asimilarse todos los descubrimientos que registran las ciencias y las industrias, es raza que no puede morir. Los españoles progresan, y negarlo sería cerrar los ojos á la evidencia.»

He terminado.

Mariano Miguel de Val.

REMANSO DE DOLOR

IV

La carretera prolongábase indefinidamente á lo largo del ancho valle por donde el Aragón extiende sus caudalosas aguas. Las murallas jacetanas íbanse quedando á la zaga de la diligencia, y cada vez aparecían más imprecisas á los ojos de los viajeros sobre la grisazón montañosa las líneas estratégicas del fuerte del Rapitán, y por encima, albeando á trechos las honduras nevadas, el alto picacho de Collarada.

En una revuelta perdiéronse de vista las torrecillas de la ciudadela, y poco á poco el trote del tiro les fué metiendo en plena naturaleza montañesa, sin abandonar la fiel compañía del río, que no les dejara en todo el camino hasta llegar á los baños.

La altivez con que las montañas erguían sus atrevidas crestas, no pocas coronadas de nieve, que al sol relucían como si estuviesen encaperuzadas de plata; lo atrevido y brusco de las cortaduras, que tajaban á menudo cerros y colinas; lo enriscado de las quebradas, que hundían los flancos en aquel oleaje petrificado de los montes; y lo frondoso y cuajado de los bosques, que por todas partes esmaltaban de verde el soberbio paisaje de las estribaciones pirenaicas, por entre las que se encallejonaba la cuenca del Aragón, consiguieron distraer durante las primeras horas el espíritu del mustio San Román, fatigado considerablemente por las molestias de tan largo y pesado viaje.

Eran seis horas las que tenían forzosamente que estar metidos en aquel cajón sobre ruedas, arrastrado por cuatro caballos de no muy lucido pelaje. Seis horas que les parecerían interminables, de aquellas que no se acaban nunca.

Todos los compañeros de viaje eran gentes del país que habían bajado á Jaca á solventar negocios ó proveer sus necesidades, y que volvían en el coche de la tarde á sus hogares de la Montaña, una vez desempeñados sus quehaceres en la ciudad altoaragonesa.

Sólo uno de ellos parecía ser tan forastero en aquellas tierras como San Román y su madre. Su gran estatura, pues mediría muy bien sus ocho palmos, era detalle para no confundirle. Recordaban haberle visto descender en la estación del mismo tren que á ellos les trajo. Representaba hallarse en el otoño de la vida, pues sus cansados rasgos señalábanle una edad más allá de los cincuenta y seis. Vestía decentemente, pero sin elegancias ni presunciones. En sus arreos demostraba rendir más culto á la comodidad que al buen conjunto. Su traje de paño algo recio y el sombrero blando, de fieltro color marrón, completábanse con unas zapatillas de paño cuyas orejetas recogíanse sobre la boca de los pantalones. Adivinábase que era hombre friolero y de pocas palabras, pues desde que entró en el coche envuelto en una gran manta obscura de via-

je, no había dicho esta boca es mía, y en su gestudo semblante denotaba un carácter avinagrado, acaso por causa de fatigas y enfermedades. Lo que debía de ser era un gran fumador, pues encendía cada cigarrillo en el que tiraba á punto de consumirse.

Paró el coche frente á una tienda de vinos, estación de un pueblecillo que San Román entendió llamarse Santa Cilia, y abrióse la portezuela para dar paso á un sacerdote de alguna edad, entre los cincuenta y los sesenta, menudo de cuerpo y listo de lengua al parecer, pues no haría cinco minutos que tomara asiento, cuando ya sostenía conversación con una mujer sentada á su lado, que llevaba un gran pañuelo bien repleto de cosas sobre el halda.

San Román, que estaba situado frente al cura, dióse á observarle, entreteniendo el tiempo en sacar mentalmente parecido á aquella cara recién rasurada. Pero su curiosidad levantó la caza de los deseos del cura, y no pasó mucho tiempo sin que éste hablase con aquél.

—¿Es la primera vez que pasa usted por aquí?—preguntó el cura—. Lo digo porque veo que mira usted con mucha curiosidad el paisaje...

En efecto; San Román no perdía ningún detalle del camino. A la derecha los altos Pirineos alzaban sus murallones inescalables, y, mirando á lo lejos, perderíase toda noción de tierra llana, si no diese tal impresión el valle ancho y bien poblado por donde corría el río que dió nombre á todo un reino.

—Sí, señor—contestó San Román á la pregunta del sacerdote—. Es la primera vez que vengo por este camino...

—¿Y qué le parece á usted?

—Muy hermoso.

Era aquello lo que el sacerdote esperaba. Entusiasta de su tierra, y conocedor de su historia y de la belleza de sus paisajes, no esperó más para comenzar su elogio. La naturaleza de aquel rincón del mundo halló en el cura montañés un elocuente panegirista. San Román oíale muy gustoso, y el resto de los viajeros asentían á cuantas manifestaciones salían por la boca del sacerdote.

—¿De modo que no había usted subido nunca á la Montaña?—preguntó el cura interrumpiendo su tirada encomiástica.

—Hasta hoy no había pasado de Huesca—contestó San Román.

—Pues ya verá usted lo que es bueno...—agregó su interlocutor.

Efectivamente; San Román tenía que confesar que aquellos paisajes que se le presentaban ante los ojos eran de lo más hermoso que hasta entonces viera en sus excursiones por España. En tan agrestes rincones de la Patria la Naturaleza presentaba un aspecto rudo y salvaje que le hacía resplandecer en su más primitiva belleza. No era una barrera montañosa lo que limitaba el valle, sino una serie de montes, unos detrás de otros, cuyas cimas, creciendo en altura, sobresalían de las que tenían delante, alargándose hasta perderse de vista, de manera que constituían varias barreras.

Pero la locuacidad del sacerdote montañés no había de dejarle mucho tiempo para la contemplación del panorama, por hermoso que á San Román le pareciese.

—No habiendo pasado de Huesca—le dijo—, no conocerá usted el célebre monasterio de San Juan de la Peña, que dejamos internado en estos montes de nuestra espalda...

—Naturalmente.

—¿Y no piensa usted visitarlo?

—Como no sea en otra ocasión, en esta de ahora no ha de serme posible.

—¡Qué lástima! Le hubiera parecido tan hermoso el sepulcro de nuestros reyes de Aragón... Sobre todo el sitio.

—¿Es pintoresco?

—El sitio es de lo más agreste que puede hallarse en estos contornos. Figúrese usted unos inmensos monolitos de rocas tajadas en hondo valle y socavadas en su base, y en las socavaciones un pequeño monasterio que parece haber caído allí al abrirse la montaña. Este es el monasterio alzado en el sitio donde vivió y murió el ermitaño Juan de Atarés. ¿No conoce la historia del monasterio?

—No, señor; no sé nada de ella.

—Pues es muy curiosa, y, sobre todo, de gran interés para los aragoneses, no sólo por la intervención que tuvo el monasterio en los orígenes del reino de Garci Jiménez, sino por ser la tumba donde, junto á los ricos hombres, los guerreros, los barones, las damas linajudas y los servidores más entusiastas del trono, duermen el sueño eterno los restos de los primeros reyes de nuestra tierra. ¡Lástima grande que allí también repose—los huesos, porque su alma estará ardiendo en los infiernos—aquel empecatado conde de Aranda, que tanta guerra hizo á la gente religiosa!

—Hombre, ¿y cómo fué venir á parar tan extraviado el que decretó la expulsión de los jesuítas?

—Parece ser que lo dejó ordenado así en su testamento. Y ¿á que no adivina usted quién se dice está también enterrada en San Juan de la Peña?

—Vaya usted á saber...

—Pues nada menos que la ínclita doña Jimena, la esposa del Cid.

—¡Caramba!

—Sí; es un honor que disputamos los montañeses á San Pedro de Cardeña.

Mientras, la diligencia había ido dejando atrás varios pueblecillos y algunas ventas, y cuando á la caída de la tarde el coche se detuvo para dejar algunos viajeros en una de las paradas del camino, San Román pudo ver sobre lo empinado de una loma, como vigía de amplia llanada que á sus pies se extendía, el nunca bastante ponderado como pintoresco pueblo de Verdún.

—¡Si conocierais las leyendas de que están llenos todos estos montes que nos rodean!—prosiguió el cura charlatán —. Acaso hayáis oído ó leído la historia del enamorado Munuza. La trae Conde y la reproduce Quadrado.

—Munuza, Munuza...—dijo San Román como intentando hacer memoria--. ¿No fué algo así como gobernador moro de las provincias españolas del Norte?

—Sí, señor.

—Entonces he leído su nombre en un pequeño libro de anécdotas y sucesos novelescos sacados de nuestra historia, que compré en un baratillo madrileño de la calle de Tudescos. Pero nada recuerdo que con estas tierras se relacione. Y de historias de amor no sé más que de la mía—contestó San Román desprendiéndose por un momento de su perenne tristeza.

—¡Ah, estáis malferido de amores! Pues oid este pasaje de las crónicas árabes, que habrá de distraeros:

«Munuza era un caudillo árabe de la frontera que, andando de incursión por tierras de Francia, sintióse conquistado por los ojos de una princesa cristiana á la que había cautivado. El emir Abderramán mandó al caudillo que rompiese las treguas que, para gozar de su amor, había concertado con el padre de la princesa. Pero aquél, subyugado por los encantos de ésta, negóse á ello y prefirió arrostrar las iras de los suyos.

»Estas mismas tierras que gozaron el idilio de los amantes estaban destinadas á ser también el escenario de la tragedia provocada por la resolución del caudillo enamorado. Sorprendido en su refugio de la espesura, acorralado por sus enemigos y abandonado de sus soldados, luchó él solo en defensa de la cautiva; pero fué inútil, pereciendo entre los que hicieron rodar su cabeza á los pies de aquella que le había hechizado con sus gracias, la cual, á su vez, fué sometida á nuevo y más terrible cautiverio.

»Cuando Abderramán recibió á la cautiva con la cabeza del caudillo, exclamó: «¡Gualá, que tan preciosa caza no se hizo nunca en estos montes!», y mandó que se cuidase con mucho esmero á la doncella para enviarla á Damasco.»

San Román, cansado de la charla inagotable del sacerdote, demostróle sin grosería que estaba mareado de oirle. Su curiosidad de viajero concedió de nuevo atención al paisaje, que se iba desarrollando amplio y extenso por ambos lados de la carretera.

Era aquello el fin de la famosa Canal de Verdún, que subía hacia las cañadas de Hecho y Ansó, aquellos patriarcales valles que tantas veces había oído nombrar San Román en las fiestas de la jota de su tierra:

No son sólo los de Ansó
los que pasan la Canal;
también la pasan los chesos
y la vuelven á pasar.

Aquellas extensiones daban una sensación de aplanamiento. Sin saber por qué, los ojos llenáronsele de lágrimas al ver aquellas llanuras tan sin ningún relieve. Era su tristeza, la tristeza aletargante del enfermo que ha perdido toda confianza en su curación, que parecía ensancharse sobre aquellas superficies inmensas, que pudieran servir de cementerio á la Humanidad.

V

(Desde este momento continuaremos el relato reproduciendo las hojas de un librito de notas que San Román escribió durante su estancia en el balneario, y alternándolas con las cartas que dirigió á su novia durante el mismo lapso de tiempo. En nuestro deseo de ser fieles cronistas de su novenario de reumático, hemos escrito lo anterior como antecedente necesario para explicar su aparición en aquel apartado rincón del mundo. Una vez allí, que él mismo sea quien cuente su vida.

Si nuestro protagonista no hubiese tenido el capricho, disculpable en un enfermo, de irla apuntando día por día, y no hubiese completado la relación con su obligada correspondencia de enamorado, nosotros hubiéramos intentado reproducir su vida á la vista de los datos que teníamos tomados. Pero llegan á nosotros las páginas que siguen, y obrando en nuestro poder las cartas, sería inconveniente que nos pusiéramos á hablar de una persona que quiso hacerlo por sí misma.

Hable, pues, San Román, y escuchémosle todos los curiosos de su vida.)

12 de junio de 19...

No es posible imaginar viaje más pesado que el que hemos tenido que hacer para llegar hasta Termas. Hemos salido de casa á las siete y media de la mañana; á las nueve estábamos en Huesca; á la una hemos dejado el tren en la estación de Jaca. No nos ha quedado tiempo más que para comer sin apresuramientos y ver la casa de nuestros parientes.

Las tres eran cuando subíamos á la diligencia, y allí nos hemos pasado siete horas mortales. El viaje dura ordinariamente seis; pero hoy hemos tenido *la suerte* de que durase siete. ¡Siempre es una ventaja ir despacio!

El coche ha salido lleno de Jaca; pero poco á poco se han visto aclarados los asientos. Desde la última parada hasta el final, hemos sido cuatro los viajeros: un hombre alto que ha montado en Jaca, un sacerdote que ha subido en Santa Cilia, y nosotros dos, mi madre y yo.

El hombre alto apenas puedo decir cómo tiene la voz. Mientras ha sido de día casi no la ha dejado oir. Ya de noche, cuando nos hemos quedado solos, entonces se ha hecho algo más comunicativo y hasta obsequioso. Nos ha brindado con una manta que llevaba de repuesto por si queríamos arroparnos, y hemos aceptado el ofrecimiento. En cambio, el cura ha charlado tanto, que ha logrado marearme. Me ha contado yo no sé las historias de estas tierras, entre ellas, la relativa á la fundación del monasterio de San Juan de la Peña. Por él me he enterado de que están enterrados en él restos de tan extraña catadura como la esposa del Campeador y el famoso conde de Aranda.

Parece hombre instruído, tradicionista, versado en historia antigua aragonesa, y sabe dar á sus relatos cierto encanto, que podía ser causa de que se le oyese con gusto. Pero es tal su verbosidad, habla tanto y tan deprisa, que no es posible fijar atención mucho rato en lo que dice. Cuando yo me distraía curioseando los accidentes del terreno por que atravesábamos, él dirigíase á mi

madre; y cuando ésta demostraba cansarse de oirle, volvía á la carga conmigo, sin cejar en su empeño de hacernos breve y distraído el pesado viaje. El caso era no dar descanso á la sin hueso.

Cuando hasta los últimos resplandores del cielo se habían encenizado en las turbonadas de la noche, yo he declarado mi fatiga y he buscado la horizontal sobre los asientos, apoyando la cabeza en el bolso de viaje de mi madre. El hombre alto hacía largo rato que roncaba en un rincón delantero. Mi pobre madre, que se ha quedado sola con el clérigo, me ha confesado luego que no ha sabido resistir su charla, y que ha dado sin poder remediarlo más de dos y aun más de tres cabezadas.

¡Pobre hombre! Al verse sin público á quien entretener con la amenidad y variación de sus relaciones, hase puesto á mirar á través de la ventanilla abierta de la portezuela, tarareando la música navarra de *La bruja*. Yo, que le observaba cubriéndome con la manta que me había prestado el hombre alto, he visto su aburrimiento por no tener con quién hablar. En la primer parada ha bajado, sin duda á estirar las piernas, pues no se ha llevado su pequeño maletín de viaje. Cuando el coche ha reanudado su marcha, el cura no ha subido. Pero no he tardado mucho en oirle en la delantera charlando con los mayorales.

Me ha vencido el cansancio, y he dormido un rato, no sé cuánto. Hanme despertado unos suaves empujoncitos de mi madre. Según acababa de decirle el conductor de la diligencia, estábamos llegando. Ya era hora...

Un frío más que regular colábase á través de las rendijas del coche y por las tablas mal unidas del piso. He mirado á través de los cristales empañados con objeto de orientarme un poco; pero no me ha sido posible divisar cosa alguna. Algunas lucecillas que debían señalar las viviendas humanas, y nada más. La noche estaba demasiado obscura... y demasiado fresca.

Cuando el coche se ha detenido después de girar en redondo, hemos forcejeado en la portezuela para echar pie á tierra. Ha sido preciso que viniera el zagal para ayudarnos. Mi madre ha bajado delante y me ha dado la mano para que pudiese apearme. Al poner los pies en el suelo, las piernas no querían sostenerme, y hubiera dado en tierra si no acuden en mi auxilio. No era preciso tener mis dolores: bastaban las siete horas encerrados en aquel estrecho cajón con ruedas.

Han tardado unos minutos en salir á recibirnos. Ante nosotros había una casa grande que allí mismo formaba una rinconada; pero nada, ciertamente, que tuviese trazas de fonda, hospedería ó, simplemente, mesón donde alojarse. Si nos hubieran dicho que era un gran pajar, lo hubiéramos creído. Bien es verdad que la obscuridad que reinaba en aquella plazoleta era grande. Han salido con un farol de caballeriza telarañoso. Sin duda, no se había encendido desde la temporada anterior.

Hemos penetrado en el portal, con suelo de piedrecillas formando sencillos mosaicos, y subido por una estrecha escalera con los escalones y el barandal de madera. Aquéllos protestaban de nuestra entrada crujiendo atrozmente, y

éste, según hemos visto después en nuestras manos, estaba cubierto de polvo. A través de una puerta nos ha dado en las narices un fuerte olor á huevos podridos: sin duda, el clásico perfume de las aguas. Y con la impresión de este olor tan desagradable hemos hecho nuestra callada entrada en el balneario.

Antes de penetrar en el cuarto hemos querido cenar. Los cuatro viajeros, acordes en ello desde el primer momento, teníamos la seguridad de que, vistas las camas, no habría fuerzas humanas capaces de hacernos subir al comedor. Por eso hemos resuelto cenar mientras nos subían los baúles á las ignoradas habitaciones que el señor administrador del establecimiento se sirviera destinarnos.

Este señor administrador se nos ha presentado en el descansillo de la escalera. Es hombre pequeño y rechoncho, de cara ancha y encarnada, estevado de planta y pescozudo de morrillo. Viste de americana y cubre su cabeza con una boina. Por bajo he distinguido que lleva el pelo cortado al rape. Yo, sin haberlo visto en mi vida, lo conocía de tenerlo encontrado muchas veces al ir á San Sebastián, en algunas estaciones del trayecto: en Tudela, en Tafalla, en Pamplona, en Alsasua. Su tipo es de lo más común en Navarra.

Sin embargo, Termas pertenece á Aragón; es un pueblecillo de la provincia de Zaragoza situado en lo más septentrional de la misma, sobre las Cinco Villas, cerca de los confines de Navarra.

Hemos cenado solos. En la quietud del vasto comedor desierto, el extremo de la mesa donde habían extendido los manteles y colocado nuestros cubiertos parecía, con sus dos lámparas, como si alumbrase sobre un cadáver. Y, sin embargo, comíamos. Pero comíamos de mala gana, con más deseos de dejar la mesa é irnos á dormir que de reparar las necesidades de nuestro estómago. La cena no nos fijamos cómo era.

Tardaron bastante en servírnosla. Se vió bien á las claras que no esperaban viajeros, y que comenzaron á guisarla cuando nos vieron bajar del coche. Sólo recuerdo de ella que acabó con pollos asados, y que, tocándome servirme el primero, me puse una pierna y un trozo de pechuga. Son mis dos trozos favoritos.

Después del queso y de las galletas nos levantamos en busca de nuestro cuarto. Fué preciso pedir guía para dar con él. Aunque ya lo hubiéramos pisado, habría sucedido lo propio. A través de largos pasillos mal alumbrados y bajando estrechas escaleras, parecía que no llegábamos nunca. Al pasar junto á una puerta á cuyo través distinguimos el comienzo de una escalera que desciende, el mismo olor á huevos podridos de la entrada nos ha dado en las narices. Cuando la muchacha empujó una puerta, parecióme que se abría ante mí la celda de una cárcel. Dió vuelta al interruptor puesto junto á la cabecera, y el cuarto se iluminó con una luz eléctrica colgada en el centro del mismo, que fingía una claridad bastante dudosa.

Era preciso conformarse. Mientras cenábamos habían subido nuestro pequeño baúl, y allí nos aguardaba arrimado á la pared encalada. Dejamos para el día siguiente la ocupación de abrirlo. Nos desnudamos apresuradamente y,

una vez apagada la luz, cubrimos con las sábanas el gran cansancio de nuestros cuerpos.

Al hombre alto le han destinado un cuarto en el mismo pasillo, casi frente á la nuestra la puerta del suyo. El cura no sé dónde lo habrán metido. Como su viaje es á Pamplona, y ha de reanudarlo á las cinco de la mañana, es de suponer que le hayan dado un cuarto más cercano á la puerta. Antes de separarnos nos hemos despedido; me ha dicho un nombre, un apellido y un pueblo: el que tiene bajo su pastoreo. Como estaba más de medio dormido, no recuerdo ninguna de las tres palabras.

De cama á cama, mi madre y yo nos comunicamos algunas tristes observaciones. En ellas se pinta el mal efecto que nos ha causado este destierro donde nos será forzoso pasar diez días recluídos. Y como tenemos que presentarnos al médico á las nueve de la mañana, decidimos pegar nuestros labios para llamar al sueño, á la vez que unas campanadas venidas de no sé dónde daban entrada al siguiente día en el ancho cauce del tiempo.

VI

13 de junio de 19...

Si no es por mi madre, no doy señales hasta muy entrada la mañana.

He dormido toda la noche de un tirón, y cuando á las ocho ha venido á llamarme, me he despertado de muy mala gana. Hubiera deseado dormir más rato; pero no era posible faltar, á las nueve, á la visita reglamentaria del médico director del establecimiento.

Así es que me he vestido con mi ropa de viaje, que ya solícita mi madre había cepillado, y después de lavarme, mientras secaba cara y manos, me he puesto á mirar á través de una de las dos ventanas que dejaban entrar en el cuarto la luz de fuera.

La vista merecía la pena. Casi tocando elévase airoso un alto cerro, y sobre él, como en el lomo de una caballería que hubiese doblado sus patas para descansar, las casuchas de un pueblo abrían al sol los ojos de sus ventanas, en algunas de las cuales guiñaban sus reflejos los cristales de las vidrieras. He confirmado más tarde mi suposición de que aquel pueblecillo de tan eminente postura fuese el que da nombre al balneario. En efecto; aquellas casas son Termas.

La altura debe de ser bastante, pues las veredas que ascienden hasta él no pueden tener una inclinación más pronunciada. Las hay para peatones, para caballerías y hasta para carros pequeños. La de estos últimos debe de ser una que he visto de una gran altura, sorteando con la expansión de sus giros el gran desnivel existente.

A la parte del río el cerro queda cortado bruscamente, formando como un ancho canal, por donde se extiende la planicie del valle y se desliza la co-

rriente del río; en la margen derecha la carretera corre como por un cornisón del cerro frontera al Aragón, torciéndose después hasta desaparecer, llevándose detrás al río. En ese fondo de decoración muestran su verdoso conjunto los valles amplios y risueños de la parte de Navarra.

Pero dejémonos de paisajes. Estoy sin tomar nada, pues quiero aprovechar el tiempo y disminuir el de nuestra estancia, tomando hoy mismo, á ser posible, mi primer baño, por cuya intención deseo presentarme en seguida en el despacho del doctor.

Mientras terminaba de vestirme, me he parado á detallar la habitación que nos han destinado. El cuarto, sin ser cosa del otro jueves, es bastante aceptable. Deduciendo la consecuencia por el aspecto del vestíbulo y escalera, yo esperaba encontrarme con un tabuco en donde no nos pudiéramos ni revolver. Sin embargo, es una habitación espaciosa, con dos grandes ventanas abiertas á plena luz del campo. Componen el mobiliario dos camas y un aguamanil de hierro, dos mesillas, una cómoda y una mesa *de pintado pino;* esto es lo de costumbre. Como extraordinario nos han puesto una mecedora y un velador que descubren la industria vitoriana. Pienso que á la hora de pagar habremos de encontrarnos con este extraordinario en la cuentecita. Así me lo hacen suponer los extensos elogios que se ha servido prodigar el administrador á estos artefactos cuando, llamado por nosotros, ha acudido á nuestro cuarto para guiarnos al despacho del doctor.

«No por mucho madrugar amanece más temprano», dice el refrán. Tampoco por haber andado diligentes en dejar las sábanas hemos conseguido nuestro propósito. No sólo nos ha ganado la delantera el hombre alto que llegó la noche anterior con nosotros, sino que nos ha sido necesario esperar cerca de media hora á que el señor médico se sirviese recibirnos.

Su *gabinete de consulta* está en una de las esquinas del edificio. Lo digo porque á su entrada el largo pasillo de las habitaciones forma un recodo. Frente está su gabinete, comedor y alcoba, todo en una pieza, separando las dos habitaciones una pieza pequeña, que llamaríamos recibidor ó antesala si hubiésemos visto en ella alguna silla. Las puertas son de cuarterones y deben de tener cerca de dos siglos, porque la carcoma las condecora en toda su extensión.

Como todo llega en este mundo si se tiene paciencia para esperar, también á nosotros nos ha llegado el turno, después de una larga entrevista del hombre alto. Cuando hemos penetrado en el gabinete, el médico esperaba sentado en una vieja moscovia, que no ha abandonado á pesar de entrar una señora. Para sentarnos ha tenido que pedir una silla, pues no había más que otra en todo el cuarto. Un estante pequeño, y no por completo lleno de libros. Limpias las paredes encaladas, sin cuadros, ni repisas, ni nada. Era imposible mayor desnudez.

La mesa, sobre una estera amarilla deshilachada, y en ella un vade de hule lleno de cuajarones de tinta, el libro de entradas que previenen los reglamentos oficiales, y un platillo de porcelana requemado con colillas de cigarrillos y cerillas usadas.

Ha comenzado el interrogatorio. Le he contado cómo se presentaron los dolores, sus manifestaciones localizadas en el talón y dedos del pie izquierdo, las distintas medicinas que he soportado, las inyecciones y las corrientes eléctricas con que agotaron mi naturaleza, todo cuanto se ha hecho para curarme en colaboración con mi paciencia y tomándome como *anima vili*.

Me ha dirigido unas breves palabras que me han sabido á lección aprendida. He confirmado mi juicio al hablar más tarde con el hombre alto. Lo mío, punto por punto, lo suyo. Después me ha ordenado comenzar al día siguiente con baños á 37 grados y una hora sudando, recomendándome tome un vaso de agua por la mañana y otro por la tarde. El chorro no le ha parecido prudente.

Ha fracasado, pues, mi deseo de comenzar hoy mismo á bañarme. Hay que esperar veinticuatro horas. He pasado casi todo el día encerrado en el cuarto. Mi madre, viendo mi tristeza, se ha empeñado, á las cinco, en que saliésemos á dar una vuelta por la carretera, y no he tenido más remedio que aceptar la idea.

Después del chocolate, servido en la habitación, he cogido mi bastón fuerte y, *pian, pianito,* hemos acometido solos la empresa de llegar hasta la puerta sin guía, á través del dédalo de pasillos y escaleras.

Dejo la impresión detallada para otro día. Hoy no estoy en vena de pintar paisajes.

He regresado de mi paseo pensando y declarándome que, ciertamente, no es capítulo de Baedeker este rincón del mundo. Por regla general, un balneario lo componen algunas fondas alzadas formando calle en lo que sin ellas fuese carretera, que gozan la vecindad de algunas casuchas donde se venden las más extrañas baratijas con la inscripción de: «*Recuerdo* de tal parte.»

Aquí, ni eso. Sólo un viejo edificio, cuyas líneas de ventanas, en sus tres pisos, le dan más trazas de cuartel que de cualquier otra cosa, y frente un caserón á medio concluir, sin marcos de madera en los huecos ni barandales de hierro en los balcones, viejo por incuria antes de verse terminado, que Dios sólo sabe cuándo será. Por en medio de los dos, ¡es natural!, pasa la carretera.

Pero aquí no hay ninguna clase de tiendas, ni rastros de cafés, ni sombra de nada. Por no haber, no hay ni tarjetas postales.

¡Se quiere más desamparo!

VII

14 de junio de 19...

Como segundo día de mi estancia en el balneario, todo mi afán de hoy lo he puesto en la toma de mi primer baño. Anoche convinimos con los bañeros que, como puedo bajar por mi pie al departamento donde están los baños, solamente para subirme á sudar en mi cama usaré una silla de brazos que he

visto arrinconada en un rellano de la escalera; de este modo, envolviéndome bien en una manta, se conseguirá que no me enfríe por las escaleras, pues apenas habrá tiempo para ello. He aceptado la comodidad, que habrá de traducirse en mayor gratificación el día de la partida. Pero todo podrá darse por bien empleado si mis articulaciones se vigorizan y robustecen al sumergir mi cuerpo en estas aguas de Termas.

Serían poco más de las ocho cuando hemos bajado en busca de los bañeros. El ruido de un grifo nos ha guiado por los solitarios pasillos hasta encontrar al encargado de cumplimentar las órdenes escritas del doctor. Vistas las pilas, hemos decidido tomar el baño en la piscina, pues no nos ha gustado la pequeñez de aquéllas. Son como cuencos de piedra, y siendo nuestra estatura extraordinaria, habríamos de permanecer encogidos si quisiéramos tomar en ellas nuestro baño.

La piscina no tiene tampoco nada de notable. Un cuarto de paredes blancas, salitrosas, partido en dos por un tabique que no llega hasta el techo, y en ese tabique una puerta abierta sobre unos escalones que descienden á un compartimiento inferior lleno de agua. La luz se cierne á través de los sucios cristales de un alto ventanal, algunos de los cuales tienen sus roturas compuestas con papeles engomados. Por eso el aire se cuela como Pedro por su casa; pero, debido á la alta temperatura del agua, que se engargola por un grueso tubo y cae en medio de la piscina con fuerte chapoteo, el aire que se respira en el cuarto es sofocante. Puede uno desnudarse impunemente aunque en el exterior sople el ábrego.

Mi temperamento es tan nervioso, que nunca he podido resistir el agua muy caliente. Yo soy de aquellos que en la peluquería piden siempre agua del tiempo, de la que arroja el grifo. Por eso, al meterme en este baño de 37 grados, he sentido una fuerte impresión; y eso que he tenido el cuidado de que el agua no fuese ganando mi cuerpo poco á poco, sino que cubriese hasta mis hombros en pocos segundos. El bañero asegura que no tiene más de los treinta y siete; pero á mí me parece que está hirviendo. Díganlo si no los humillos que coronan las ondas producidas por la estrepitosa caída del encanalado manantial.

Mi madre, que desde el momento de mi inmersión sigue vigilante en el reloj el rodar de las manecillas, me pregunta si está el agua muy caliente. Cuando yo contesto que debe de estar hirviendo, el bañero, que escucha nuestra charla, sonríe, y me aconseja, alargándome el termómetro, confrontar por mí mismo la temperatura.

Tiene razón. La inquietante culebrina del mercurio no consigue alargar su cabeza más arriba del 37, graduación que declara el instrumento térmico, aunque mi piel y mi cuerpo la sientan más elevada.

Cuando el cuerpo íbase acostumbrando á la suavidad de aquella linfa que me acogía en su seno, me indica mi madre que han pasado los minutos de la prescripción. Húrtome á ella y, ayudado por los bañeros, subo las escalerillas, y después de envolverme en una manta que me cubre hasta la cabeza, me

sientan en la silla que me han arrimado. Desde aquel momento pierdo en parte la noción de las cosas: sólo siento que me alzan en vilo, que me llevan á buen paso camino de mi cuarto, que damos algunas vueltas, que comenzamos más tarde á subir las escaleras, disminuyendo entonces la marcha, y que por fin cruzamos angostamente por una puerta que debe de ser la de mi cuarto.

Así es, en efecto, y entonces es cuando me dejan descubrir la cabeza. Colocan la silla junto al lecho, y, cogiéndome entre los dos hombres, depositan con alguna dificultad mi cuerpo sobre los colchones, cubriéndome con las sábanas y otra manta bastante gruesa: Hecho esto, los bañeros se marchan llevándose la silla, mi madre consulta el reloj, y yo comienzo á reaccionar la mojadura sudando el baño.

Es un sudor copioso, agobiante, que siento correr por todo mi cuerpo. Hasta mi frente aparece perlada por aquellas gotitas menudas, que deben aparecer sobre mi cuerpo todo como el bailoteo de un granizo menudo y fácilmente licuable.

Terminado el tiempo prescrito de sudadera, me he vestido ayudado por mi madre, y después de almorzar, ya cerca de las diez, hemos salido á una terraza que hay junto al comedor, á la que se pasa por una estancia irregular y no muy vasta que sirve de café y billar.

Dos son las terrazas, una sobre otra; y como el sol calienta un poco más de lo justo, ha sido en la cubierta en la que hemos tomado asiento, desenfajando los periódicos recibidos de casa para ver qué pasa allá lejos mientras nosotros estamos ausentes.

En nuestra ciudad no ocurre nada; la misma sosería parece dominar en el resto del mundo, por lo cual el periódico se nos cae pronto de las manos. El espíritu anda desmadejado y flojo, sin fuerzas para sujetarse mucho tiempo al yugo de una atención cualquiera, y desde las columnas anodinas del periódico van nuestras miradas hacia el paisaje de aquel trozo de tierra aragonesa, alumbrado entonces por los rayos de un sol hermoso, lucífero, en un cielo limpio de nubes.

Ya he dicho que junto al balneario, cruzando por medio de sus viejas edificaciones, la carretera de Jaca á Pamplona extiende su cinta blanca á lo largo del ancho y extenso valle que el río Aragón riega, el cual corre frontero á ella entre guijas y peñas, ora saltando espumarajeante é indómito, ora remansándose tranquilo y dominado para retratar en el espejo de sus aguas la clara serenidad del cielo.

En el fondo la sierra asciende suave, matizada de verde pradería, enarcándose en lo cimero con la tersura de femeninas y rozagantes caderas, y recortando su perfil sinuoso en el límpido azul de los cielos. Entre los prados verdes destacan aquí y allá algunos cuadros de roja tierra labrantía, de surcos profundos y en lo lejos matemáticamente paralelos, como un tejido de aterciopelada pana, y á grupos diseminados muéstranse las erupciones de las frondas del boscaje. El tono verde córtanlo en ziszás blancas rayas ascendentes

que señalan las sendas, marcadas en el monte como cicatrices de largas é imborrables heridas.

El cuadro es muy hermoso; pero, sin embargo, no logra arrancarme mi conjuntiva tristeza. He tomado mi primer baño, y como, naturalmente, sigo igual, la impaciencia mía se desboca, haciéndome perder la estabilidad de mi fe en las aguas. Yo, al venir á ellas, había soñado con los milagros de una nueva piscina probática. Por eso estoy ahora más triste que al levantarme.

Por la carretera cruza una recua, y el deshilado campanilleo de las colleras irrita mis nervios, me hunde en irascibilidades. Un gorrión audaz se acerca á mi lado saltando por los desconchados ladrillos que forman el suelo de la terraza. Yo cojo una piedrecilla y se la tiro; pero el gorrión, después de alzar el vuelo, se posa en un arbolillo, y desde allí parece desafiarme; cuando pía, no sé si gozoso ó convocando á sus compañeros, que voltijean por los tejados vecinos, yo siento que en aquel piar del volátil hay algo de burla para mi quietud de impedido.

Por la puerta del billar aparece la esposa del administrador. Es una mujer menuda y vivaracha, habladora pertinaz, joven, pues no debe haber llegado á la edad de Cristo, con tres pequeños en el mundo, dispuesta y capaz de dirigir tres casas á un tiempo.



—¿Tomando el sol?—me pregunta.

—Sí, señora—le contesto. Y mi madre, que, como buena laborera, no se olvidó de meter en el baúl algo con que entretenerse en las largas horas de ociosidad, sin dejar de atender á su laborar, entabla conversación con ella.

—¿Qué tal le ha sentado el baño?—oigo que pregunta.

—No parece que le ha sentado mal—dice mi madre—. Almorzó con bastante apetito, y está más animado que ayer.

Yo las oigo hablar distraído. La verbosidad de la fondista me marea demasiado para escucharla con excesiva atención. Por eso me desentiendo pronto de su charla y me pongo á leer un libro. Ordinariamente, la lectura me abstrae por completo de lo que me rodea; pero hoy no me sucede así, á pesar de ser el libro de uno de mis autores predilectos. Por ello, de tiempo en tiempo, aunque parezco tener puestos los ojos sobre las letras alineadas del volumen que guardo entre las manos, escucho como de pasada y cual si las palabras sonaran lejos, muy lejos de mis oídos, lo que hablan mi madre y la fondista.

—¡Pobre muchacho! ¡Ay, señora, todo son tristezas en este mundo!... ¡A todos, á todos nos moja el agua cuando llueve!—exclama aquella verbosa lloraduelos poniendo cara de compunción.

—¿Ha tenido usted alguna desgracia reciente?—creo entender que pregunta mi madre.

—Sí, señora. Figúrese usted que esta primavera, cuando más falta nos hacía, se nos murió casi de repente, y sin saber de qué, una yegua que nos había costado qué me sé yo cuántas onzas.

¡Se puede querer más!

No pude menos de intervenir.

—Comprendo que haya sido para ustedes una gran desgracia la muerte de ese animal; pero ¡qué tiene que comparar todo ello con las dolencias que tenemos las personas!

—De comparanza, nada, claro está; pero para nosotros...

La mujer quedó un poco cortada. Comprendió que, como vulgarmente se dice, había metido la patita con sus huéspedes, y no supo arreglar la cuestión de mejor modo que diciendo:

—Tiene usted razón; pero cada cual se queja de lo que le duele.

La fuerza del razonamiento me dejó convencido. La mujer tenía razón sobrada: cada cual se queja de lo que le duele, y á ella, por lo apuntado, lo que más le dolía entonces era la yegua muerta.

14 de junio de 19...

Mi queridísima X: Ya me tienes aquí. Supongo recibirías mi telegrama desde Jaca. No quiero darte noticias del viaje, porque me reservo para la vuelta. Así podrás conocerlo con más detalle.

Cuando llegamos anoche, á las diez, soplaba un viento infernal, como el que yo creí era exclusivo patrimonio de nuestra ciudad. Las gentes de aquí se quedaron asombradas al vernos bajar del coche. ¡Como que somos los primeros bañistas de la temporada!

Sólo dicen que ha habido antes uno del país que llegó en un carro y se marchó á los nueve días por su pie; pero yo he pensado que este enfermo es una especie de bañista-gancho, puramente imaginario, que llega siempre á los balnearios al abrirse la temporada y se marcha sin que lo vea nadie, ni el fondista que con tanta celeridad se lo recuerda á los que llegan después de él. Figúrate si sería tontería venir en carro y volverse á pie. Pues, señor, por mucho que le entusiasmase la curación..., ¿no era más cómodo volver en pies de otro, aunque fuese en carro? Yo no sé si pienso así porque mis pies no están muy fuertes.

El establecimiento, según nos habían anunciado, deja mucho que desear. Pero nueve días se pasan aunque sea en el infierno, y todo podrá darse por bien empleado si con estas aguas consigo la salud y recobro mis fuerzas.

He visto al médico, me ha ordenado cocerme en baños de 37 grados, y me ha recomendado beba dos vasos, uno por la mañana antes del baño y otro por la tarde después de la merienda, de una agüita que es una maravilla para revolver el estómago. Figúrate que está templadita y sabe á huevos podridos. ¡Un jarabe excelente! Sin embargo, no hay más remedio que apencar con ella, y ya esta mañana he *saboreado* un talludo vasito, para entrar en ganas... de no volverla á beber.

Pero basta de cosas impertinentes, de balnearios extraviados y de aguas infectas y malolientes. Hablemos de nosotros, mejor dicho, hable yo de mí.

Tuviste el mal gusto de despedirme con una confesión de presentimientos que se me han colgado al cuello como un collar que me ahoga. He venido aquí

á combatir una dolencia física, y es posible que vuelva curado de ella, pero atacado por otra dolencia moral mucho más difícil de vencer, si tú no traes la salud á mi alma atribulada convenciéndome con hechos, más que con razones, de que no debo temblar constantemente por el temor de perderte, lo cual sería para mí mucho más doloroso que arrancarme la vida poco á poco, pinchándome con un alfiler en los ojos.

No lo puedo remediar; pero tiemblo todo cada vez que me acomete el recuerdo de tus últimas palabras al despedirnos. ¡Por qué no guardarías aquellos presentimientos tuyos para mi vuelta! Yo necesitaba una gran tranquilidad de espíritu para que estas aguas obrasen su influencia sobre mi naturaleza, y ahora temo que no logren ni vencer la tensión nerviosa en que me has colocado. ¡Por qué no callarías aquella tarde!

Al levantar mis ojos de este pliego y posar mis miradas en tu retrato, que es mi compañero sobre la mesa donde escribo, siento como una presión en el pecho, como si pulsasen mi respiración con un guantelete de hierro, noto cómo sube á mi garganta opresora angustia, por el solo hecho de que al mirarte surge en mi pensamiento la idea de que puedo perderte.

¡Perderte! Si tú supieras lo que esto significa para mí, no te extrañaría ni lo que te digo, ni todos los transportes á que pudiera conducirme mi desdicha.

Yo, nena, con esa imaginación tan especial que poseo, llevo dos años de soñar contigo, sueños de despierto, acomodando los caprichos de mi fantasía á los deseos de una eterna ventura. La vida entera, desde el matrimonio que une hasta la muerte que separa, ha desfilado ante mis ojos llena de dichas, con carcajadas y salvas de besos, con angelitos traviesos que más tarde son niños aplicados y juiciosos, y luego mozos de porvenir y provecho; y después de estos dos años de soñar continuo, piensa lo que significaría para mí el decirme: «Señor mío, cuanto usted soñó es imposible; el ángel de candor con que usted pensó trocar en templo de amores su nido, será ángel de candor y recibirá culto de amores, pero en otro templo y oficiando otro sacerdote; acaso un amigo suyo de los que más le han zaherido por la envidia que le tenían.»

Esto, que sería para mí la mayor de las desgracias, me mortifica, despierto, como un gusanillo que roe mi cerebro, y se me muestra, dormido, como un fantasma que llena con su amenaza mis pesadillas.

Espero tu primera carta en este Yuste de mis inquietudes como quien espera un remedio que debe aminorar sus padecimientos. Que no se haga esperar mucho el remedio pide con todas las veras de su corazón, que es tuyo, tu

CARLOS.

Hubiera querido extenderme más; pero vamos á salir un poco, y á mi vuelta ya sería necesario alumbrarse con la luz eléctrica que aquí gastamos, que es próxima parienta del venerable candil de nuestros abuelos.

José García Mercadal.

(Se continuará.)



Julio J. Casal, poeta uruguayo.

LA SALA

El polvo se ha hospedado en las persianas
como capas de abrigo, y hay inciertas
cintas de luz sobre las porcelanas,
donde las rosas se consumen muertas.

Los lirios de la alfombra se han gastado
de los coturnos de oro con el peso.
Sobre el piano, los bustos, el teclado
custodian con sus órbitas de yeso.

Todo tiene un perfume, y cuando arde
el misterioso encanto de la tarde,
prendiendo su reflejo en las cortinas,

llega hasta el alma un mar de evocaciones,
y al claror de las luces vespertinas
se ven pasar las viejas tradiciones.

QUAND JE LA VOIS...

Cuando yo la veo, sus negras pupilas,
que irradian serenas bajo sus pestañas,
sueño en armonías dulcemente extrañas
y añoro las horas que fueron tranquilas.
Cuando yo la veo, marcho á su llegada;
me ofrendan sus manos perfumes divinos
y sufro la triste luz de su mirada...
Con la idea gusto sus dorados vinos.
El alma, olvidando sus penas más hondas,
se aduerme en recuerdos, oculta en las blondas
rosas delicadas de su cabellera.
¡Se van para siempre las tristezas mías!...
Cuando yo la veo, es la primavera,
que me trae de nuevo los pasados días.

PEREGRINOS

Bajo el cielo de Nantes dormita la barraca.
El terreno que ocupa lo alquiló hace diez años.
Ya es familiar al pueblo la luz triste y opaca
que brilla tras del toldo, y sus seres extraños...
Es costumbre muy vieja de los titiriteros
de llegar con el día y marchar con la luna.
Un órgano que suena. Sandeces. Caballeros
y damas que se ríen... Luego á buscar fortuna.
Yo pregunté la causa del desprecio á la vida
inquieta. Mi pregunta jamás fué respondida.
Y esa gente, ¿de dónde saca para poder
estar de fijo? Una noche me contó el dueño,
que es un *clown,* corta historia: «Por mí ha perdido el sueño
una princesa. Raros caprichos de mujer...»

ENVÍO

Bajo el sol y la lluvia no ha de andar más el *clown.*
Yo estoy también cansado. Dame de tu terneza;
imita ese capricho de la noble princesa,
y mi ciudad de asilo sea tu corazón.

Julio J. Casal.

SINFONÍA ARBÓREA

LOS CEDROS DEL LÍBANO

Cedros ancianos la frente levantan,
verdes diademas que el Líbano exornan,
como rabinos videntes que esperan
santas promesas é ingentes victorias.
Salmos preludian al soplo del aura;
mueven y arrullan altísimas copas;
pueblan sus senos divinas leyendas,
ritmo de alas y bíblicas sombras.

EL PLÁTANO DE JERJES

¿De quién se ha enamorado Jerjes, el gran monarca?
¿Por qué sus huestes paran? ¿A quién guardia de honor?
A un plátano florido, aislado en la comarca,
con joyas engalana su espléndido verdor.
Mirad zarcillos de oro pendientes de sus ramas;
por dura indeclinable necesidad de amar,
de la pasión suscita los cálidos reclamos
el que azotó las ondas y castigara el mar.

MARATÓN.—EL TILO DE FRIBURGO

¿A dó vuela el soldado valiente
con la rama en la diestra á morir?
A anunciar á la argólide gente
que supieron el persa batir.
Y de tilo en Friburgo una rama
nuncio fué de inmortal libertad,
que en las manos del mílite aclama
alto triunfo en la lid de Morat.

EL HUERTO DE LAS OLIVAS

Contemplad hoy los olivares
donde el Justo sangre sudó;
testigos hablan oculares
del mayor crimen que el sol vió.

Apuró el cáliz de amargura
por amor tuyo, ¡oh Humanidad!
Auras vagando en la espesura,
su santo nombre murmurad.

EL SAUCE DE SANTA ELENA

Doliente sauce de Santa Elena,
trágico signo de hombre fatal,
sueños de gloria, Marengo y Jena,
puente de Arcola, guardia imperial.
¡Oh! ¡Cuál acuden al pensamiento
de tantos nombres fugaz tropel!
Más alta fama, mayor portento
verán los siglos después de El.

LA PALMERA DE ABDERRAMÁN

El Andalus, dicen todos,
es la más hermosa tierra;
tiene alhambras y mezquitas
que son su mejor presea.
Pero de la patria ausente
yo soy el ardiente emblema,
y voy diciendo á la brisa
que aún hay patria en las arenas.
Soy alminar del desierto,
de Abderramán la palmera.

LA ENCINA DE DODONA

¿Dó se alza, oh Dodona, tu bosque sagrado?
¿Tu diáfana fuente quién oye correr?
¿Qué valle repite tu oráculo ansiado?
¿Qué encina estremece de Jove el poder?
Ni dioses, ni hombres; cien mármoles rotos
denuncian del tiempo la injuria tenaz;
la voz de los vates al numen devotos
tan sólo conturba tu fúnebre paz.

EL ÁRBOL DE GUERNICA

Arbol enhiesto:
cual en un trono,
te das un tono
de gran señor.

A ti homenaje
dió reverente
la extraña gente
del Thermidor.

Muy bien que al vasco
tu sombra encante,
y bogue avante
tras su ideal.
Yo amo la Patria,
busco lo inmenso,
sigo lo intenso,
lo universal.

EL ÁRBOL DE LA NOCHE TRISTE

Y tú, árbol
cuyas hojas
los congojas
vió de Hernán,
en la aciaga
noche triste
compartiste
su hondo afán.

¿Quien incendia
remo y nave
llora el grave
noble error?
No hay cuidado:
por él vela
centinela
ángel de amor.

EL LAUREL DE VIRGILIO

Parténope está allí: blanca sirena
que arrulla el mar y que acaricia el viento;
antorcha de volcán, llanura amena,
todo es aroma y luz, cuadro y comento.
Verde laurel con su murmullo nombra
al cantor del poema y del idilio.
¡Quién me diera soñar bajo la sombra
que protege la tumba de Virgilio!

M. Sánchez Pesquera.

CREPÚSCULO MÍSTICO

Á Juan R. Jiménez.

Fulgura del ocaso la apoteosis gloriosa;
el oro vespertino dardea los alcores,
y la tierra, embriagada de aromas y rumores,
se impregna de una dulce languidez voluptuosa.

El oro vespertino dardea los alcores...
Ya la tarde se aleja vibrante y armoniosa,
y, hundida en una dulce languidez voluptuosa,
mi alma sueña y se baña de inefables ardores.

Ya la tarde se aleja vibrante y armoniosa...
Y hay un rumor intenso de voces interiores
en mi alma, que se baña de inefables ardores
ante la paz benigna del crepúsculo rosa.

Hay un rumor intenso de voces interiores
que al fenecer la tarde me hablan no sé qué cosa,
y ante la paz benigna del crepúsculo rosa
mi espíritu se inunda de exquisitos temblores...

Julio Munizaga Ossandón.

Santiago de Chile.

NUESTROS POETAS

LA MUSA DE EDUARDO MARQUINA

A tu conjuro mágico, sobre esta vieja tierra
que dió á tu musa trágica sus músculos de hierro,
las glorias castellanas abandonan su encierro;
y tinto en sangre todo, en su corcel de guerra,

paladín de ancestrales y futuras venganzas,
entre el polvo y la sangre y el clamor de la lid,
cabalgando entre un bosque de escudos y de lanzas,
vimos pasar la sombra legendaria del Cid.

Por ti doña María la Brava resucita,
agitando su crespa melena de leona,
y el Rey de las Cantigas taciturno medita
en el pesado y férreo yugo de su corona.

Y tendidos al viento los sangrientos pendones,
grandes en las victorias y en las derrotas grandes,
bajo el fuego enemigo, como heridos leones,
desfilan los soldados de los tercios de Flandes.

¡Tú eres nuestro poeta! Sobre tu yegua blanca,
armado como un héroe, atraviesas la Historia,
y en la carrera, el casco de tu corcel arranca
cegadores y eternos relámpagos de gloria.

En ti revive el ímpetu del alma de Castilla,
el hierro del presente y el oro del pasado,
como si en tus estrofas se hubiesen reencarnado
la inspiración de Lope y el genio de Zorrilla.

Francisco Villaespesa.

———oOo———

INFORMACIONES

Extranjera

El "Pedagogium Español,, en Munich

Iniciativa de la Infanta D.ª Paz

No se trata de un mero proyecto, sino de algo que, estando ya hace años en ensayo y en marcha, necesita ampliarse, dados los resultados excelentes hasta la fecha obtenidos.

Sabido es que la Infanta D.ª Paz, Princesa de Baviera, movida por su deseo inquebrantable de que España reconquiste en el mundo el puesto de honor á que tiene derecho por su gloriosa historia, vive en constante estudio de nuestros problemas, estableciendo comparación entre lo que sabe de nosotros y lo que ve y aprende en el Extranjero, y haciéndonos participar á diario de sus provechosas enseñanzas.

No hace muchos días, el maestro Rodríguez Marín, hablando del *Quijote* en el Extranjero, elogiaba á la Infanta D.ª Paz, que, «buscando las huellas de *Don Quijote*», encontró muy interesantes datos para la historia de los triunfos de Cervantes en el mundo.

—Hay que fomentar y rendir culto al Ideal—se dijo un día. Y poniéndose al frente de los poetas españoles, les ayudó en la fundación de su Academia.

—Nuestro problema es la escuela—pensó en otra ocasión. Y ansiosa de trasplantar aquí el sistema pedagógico alemán, el más perfeccionado y moderno, eligió en la sierra salmantina, y en las desoladas Hurdes, una docena de niños pobres, desvalidos, condenados por la desgracia á vivir en la miseria y á ignorarlo todo, y llevóselos consigo á Munich, donde, espléndidamente sostenidos y amparados por S. A., asisten á las escuelas mejores del mundo, aprenden alemán, viven en un ambiente para ellos nuevo, y se disponen á ser en el día de mañana los encargados de difundir en su país una nueva savia de cultura que habrá de ser indudablemente vivificadora.

Al ilustrado canónigo de la catedral de Salamanca D. Gonzalo Sanz, tan identificado con las hermosas ideas de la Princesa española, á cuyo servicio pone toda su actividad y su talento, debo la información de lo que se propone Su Alteza que sea en Munich el llamado *Pedagogium Español.*

—Quiere ahora la Infanta—me dijo—, encantada con los resultados obtenidos en los primeros ensayos, hacer obra más grande, eminentemente nacional, y pasar de los tanteos de estos primeros años á la realización de un plan más vasto y completo.

La Infanta ha decidido fundar en Munich una institución española bajo el indicado título y cuyo objeto sea hacer buenos maestros. Todos los niños,

pues, que en ella ingresen han de seguir la carrera del Magisterio, excepto aquellos que, por falta de vocación ó condiciones, desistan de cursar aquella carrera, en cuyo caso tampoco ha de abandonarles la caridad de S. A., pues se les iniciará en algún oficio ó arte mecánico que, unido al conocimiento de idiomas extranjeros, les ponga en condiciones ventajosas de afrontar con probabilidades de éxito la lucha por la vida.

Se reclutarán, como ya ha empezado el P. Sanz á hacerlo, niños de diez á doce años de edad, pobres, que sepan leer y escribir. Al llegar á Munich, ingresarán como alumnos internos en colegios particulares, en los que permanecerán hasta que aprendan los cursos que comprende la enseñanza primaria en Alemania. Durante esos años recibirán lección alterna de lengua española y de otras materias relacionadas con la cultura patria.

Al salir de la escuela de primera enseñanza ingresarán en el *Pedagogium,* y durará seis años la enseñanza en él, haciendo en el *Sehrerseminar* de Passing los estudios completos del Magisterio.

Cada dos años vendrán á España, con el fin de incorporar las correspondientes asignaturas en una Escuela Normal.

Y durante su estancia en el *Pedagogium* disfrutarán los alumnos de las grandes ventajas que ha de proporcionarles el intercambio escolar que durante los meses de verano establecerá el *Pedagogium* con otros colegios similares de Francia, Inglaterra y Bélgica.

Tan importante es esta obra de S. A., que no cabe profanarla con los vulgares y corrientes adjetivos que la cortesanía inventó para los Príncipes.

Esa buena semilla que D.ª Paz de Borbón quiere depositar en los infantiles cerebros y en los tiernos corazones de los niños pobres, lo dirá todo ella misma algún día, cuando germine sana y vigorosa como en fértil suelo virgen, y se trasplante después y florezca en España, embalsamando con aires de fuera nuestra escuela, y dando la cosecha abundosa, los sazonados frutos que tanto ya se pueden asegurar como son de apetecer.

Ahora bien; necesario es que S. A. D.ª Paz no se vea sola en una obra de tal importancia y transcendencia. Aporten los que puedan y deban sus elementos valiosos y eficaces, y únanse á ella cuantos amen la Patria, cuantos pretendan hacer, si es llegada la hora, algo más que votos por nuestra prosperidad y engrandecimiento.

Mariano Miguel de Val.

Desde París

Españoles y argentinos

Los argentinos se han propuesto conquistar París, y hay que confesar que lo van consiguiendo.

Las grandes casas de modas, los joyeros más elegantes, los anticuarios,

los constructores de automóviles, los que venden coches y caballos, todos tienen nombres suramericanos, y en especial de argentinos, entre lo más florido de su clientela.

No es posible ir á la Opera en un día de moda, ni al teatro Francés, ni á la Opera Cómica, ni á ver representar ninguna comedia que haya obtenido éxito, sin escuchar palabras dichas en nuestra lengua con el tono dulce y musical de nuestros hermanos del otro hemisferio.

En los tes elegantes, especialmente en el Ritz, si se ven los papeles indicadores de que las mesas están reservadas para clientes, se leen nombres suramericanos, y en todas partes circulan, luchan y vencen.

De la Redacción del *Figaro* forma parte un chileno, Eugenio Garzón; están de moda las caricaturas y dibujos del argentino *Pelele;* el autor dramático Nicodemi es argentino también; entre los pintores jóvenes de París, uno de los que más prometen, á juicio de los maestros del arte, es Próspero López Bouchardo, nacido también á orillas del Plata; si se trata de esgrima, el chileno Blettgane es considerado como el tirador más fuerte de París, y casi á su altura el cubano Ernesto Plasencia, uno de los socios más considerados del Círculo Hoche; cuando vinieron aquí soldados argentinos, tuvieron delirantes ovaciones, y en la Sorbona, en el templo de la ciencia, casi inaccesible para los extranjeros, dió conferencias el Dr. Garay, y hace poco dió otra Leopoldo Lugones, el gran literato y notable periodista, precedido de un notable discurso pronunciado en francés por Enrique Rodríguez Larreto, ministro de la Argentina en París y castizo literato, autor de la notabilísima obra *La gloria de Don Ramiro;* y en la Gran Opera acaban de contratar un tenor oriundo de Valparaíso.

No hay que decir lo que figuran aquí las señoras argentinas. No hace muchos días paseaba yo con un amigo español por el *pessage* del hipódromo de Longchamps, y me preguntaba los nombres de las que más le sorprendían por su belleza ó su elegancia.

—¿Quién es aquella señora hermosísima que parece escapada, por su espiritualidad y elegancia, de un retrato de Gainsborought?

—Es una dama argentina muy conocida de la aristocracia española que frecuenta Biarritz: la señora de Pacheco.

—¿Y aquella otra alta, de figura escultural, hermosísimos ojos y aire de reina?

—La señora de D. Alberto González Moreno, Elisa Casal, nacida también en Buenos Aires.

—¿Y la que está más allá, que es el modelo perfecto de la expresiva belleza de nuestra raza?

—La señora de Vergara Biedma, esposa de un afamado médico de la capital porteña...

Y así por todas partes: en los círculos aristocráticos, llenos de suramericanos, en los *restaurants* nocturnos, de los que son la principal clientela, y hasta en intrigas de amor, porque cuando se habla de una *estrella* parisiense

de las que aquí, por decirlo gráficamente, *epatan* á todo el mundo, se murmura al oído el nombre del que obtiene sus favores, y suena un apellido americano.

La Prensa, La Nación y *La Razón,* de Buenos Aires, tienen aquí casas en cuyos salones se reúnen los argentinos; se publican dos ó tres periódicos que llevan el nombre de la nación del Plata, y la casa Gathi Chaves, de Buenos Aires, publica una preciosa revista ilustrada que se llama *Gustos y Gestos;* y por si eso no fuera bastante, los Sres. Guido, comerciantes muy ricos, á semejanza de lo que hacen los grandes almacenes ingleses, empezarán á publicar dentro de mes y medio una revista titulada *Mundial,* que ha de dirigir Rubén Darío, y que competirá en lujo editorial y en la importancia de su publicidad con las publicaciones de Pierre Laffitte.

¿Cómo se puede lograr esto?

Porque los suramericanos se unen para todo, y todos los escritores de allí colaborarán en la nueva revista, y los compatriotas se suscribirán y buscarán anuncios de las casas de que son clientes; y todo por puro idealismo, por amor al triunfo de la mentalidad de la raza.

Para todo se unen; la otra noche, unos suramericanos fueron atacados en el *restaurant* Maxim's, y los compatriotas tomaron parte en la contienda á puñetazo limpio, y aunque sus adversarios eran muchos más, se quedaron solos, sin metáfora de ninguna clase.

Hasta el tango argentino han hecho aclimatarse en París, y en todas partes se toca, y es la gran moda, y ya lo bailan desde Mistinguette hasta la última bailarina.

Van todos á una, se ayudan, y luchan y vencen.

En cambio, aquí nuestros escritores no vienen, nuestros oradores no dan conferencias, y no se publican periódicos nuestros. ¿Por qué?

Porque unos á otros nos tiramos á codillo, como se dice por ahí. Y en cuanto pregunta usted á un español por otro compatriota, si hay motivo para la malevolencia, recarga las tintas y dice horrores, y si no sabe nada malo de él, dice moviendo la cabeza: «No sé; pero me parece...» Y le pone de vuelta y media.

Y por esta falta de unión resulta que no atraemos á los suramericanos, que gastan aquí millones que podrían quedarse en España, sin que sean óbice para el argumento las atenciones, harto exageradas, dispensadas en algún caso aislado, y que no tomamos en esta propaganda que en París, el centro de la intelectualidad del mundo, ha de hacerse de nuestro arte y de nuestra literatura y de nuestra lengua, la parte directiva que de derecho nos corresponde.

Pensemos en esto, tratemos de encauzar las energías y, aunque parezca vulgar, repitamos una y mil veces, hasta que se grabe bien en la imaginación, la consabida frase: «La unión hace la fuerza.»

Fabricio.

París, abril de 1911.

Académica

La Academia de la Poesía en la Casa del Pueblo

Fiesta de la Poesía

La Academia de la Poesía, cumpliendo sus fines y queriendo tributar á las clases populares el homenaje de afecto que á otras ha rendido, visitó recientemente la Casa del Pueblo.

Una hora antes de comenzar la velada estaba lleno el espacioso salón de actos de una muchedumbre deseosa de escuchar á nuestros poetas. Muchas familias se vieron privadas de este gusto por falta de sitio. Y fué lástima, pues la fiesta dejará grato recuerdo en cuantos tuvieron la satisfacción de presenciarla.

El primer elogio debe ser para el público. Mostró desde el principio tan exquisita cortesía, oyó con tan devoto silencio á los poetas y les aclamó con tanto entusiasmo, que ninguno de los que nuestros clásicos denominaron senados ilustres pudo exceder en bondad y cultura á éste. La Casa del Pueblo es algo como un hogar caliente, en donde cuantos acuden á trabajar por la verdad ó por la belleza son afectuosamente acogidos.

Comenzó la velada con un discurso de D. Alfredo Vicenti. No podemos hacer su elogio. Quisiéramos, no obstante, que, aun intentándolo, fuera él tan grande como el que le tributó el público en masa. Los discípulos del insigne maestro quisiéramos conservarlo impreso, junto con el que cerró la velada. Entonces podría juzgarse de su belleza y su profundidad.

Emilio Carrere, el poeta de los rebeldes y los desheredados, leyó *La voz de los mendigos* y *Los jardines de la noche,* dos bellísimas composiciones que fueron aplaudidas con entusiasmo.

Carlos Luis de Cuenca recitó *Mi gracia* y *La casa de huéspedes,* dos modelos de poesía satírica que hicieron reir al auditorio á carcajada regocijada y limpia. Son dos joyas de humorismo dignas de pasar á las antologías.

Zozaya leyó luego *¿Para qué sirve?* y *Primero de Mayo*. La amistad nos veda todo juicio.

¿Hay que decir que López Silva fué aclamado al recitar sus *Chulaperías?* Cuantos conocen las obras del ilustre poeta festivo, es decir, todos los españoles, imaginarán cómo fueron, y cuántos los aplausos y los plácemes.

Enrique de Mesa no necesita encomios. Leyó dos primores. Comenzó á leerlos con cierto temor, injustificado, porque donde él esté se hallará la personificación del poeta castellano por antonomasia.

Cristóbal de Castro, otro poetazo, leyó *El dios de los campos,* subyugando á todos con su rima perfecta y varonil y su estro poderoso; y Antonio Palomero recitó *La canción de la piqueta,* canto robusto é inspiradísimo, digno de este cantor de todas las cosas bellas y sentidas.

Acabó la fiesta con la segunda parte del discurso de D. Alfredo Vicenti, y á lo que antes hemos dicho no añadiremos sino que superó acaso, y sin acaso, á la primera.

Con frase sencilla y vehemente recomendó á los trabajadores el culto de la Poesía, que es armonía, y es proporción, y es redención intelectual y moral.

Recordó cómo los obreros de otras épocas fueron artistas emancipadores, y en sus obras imprimieron el sello, no sólo de su personalidad, sino de la clase sufrida á que pertenecieron. Hizo notar que en los mismos templos supieron dar á su protesta gráfica expresión y palpitante relieve, y cuando no pudieron hacer otra cosa, satirizaron á monjas y frailes, señores y abades, clérigos y acólitos, inmortalizando su queja de un modo decisivo.

En párrafos imposibles de reproducir hizo observar que la musa popular, de que fué el Arcipreste, no precursor, sino intérprete, ha influído de manera muy eficaz en todos los movimientos populares, y citó como ejemplos la canción de los tejedores alemanes y la de los segadores polacos. También apoyó su opinión en el *Ça irá,* más eficaz que *La Marsellesa* en la formación de un ambiente libertador, y la *Canción de la camisa,* de Tomás Hood, quien consiguió que, lejos de escandalizarse la sociedad inglesa, comenzara á preocuparse por la situación de los trabajadores y meditar leyes protectoras para la mujer, que luego han tomado cuerpo y realidad en los Parlamentos.

Con nuevas excitaciones al culto del ideal terminó su discurso, coronado por aclamaciones y nutridos aplausos para el orador y para la Academia de la Poesía, la cual dió con este acto testimonio de su valer y de la eficacia de su acción en pro de la cultura.

—o—

Las fiestas salmantinas en honor de "La Cristiada,,

Con extraordinaria brillantez se celebraron las fiestas religiosas y literarias organizadas en la ciudad del Tormes para conmemorar la publicación del grandioso poema épico *La Cristiada,* en su tercer centenario. Hacía mucho tiempo que no se habían visto festejos semejantes que tanto levantaran los espíritus y excitaran la admiración de todas las clases sociales. Desde el día 19 de abril quedó consagrado Fr. Diego de Hojeda como uno de los vates españoles de mayor brío y de inspiración más sublime. Su inmortal poema, comparado con los inspirados por la musa religiosa, les sobrepuja por la grandiosidad del plan y perfección de los caracteres. Aunque haya sido algo desconocido, no por eso fué menos ilustre ni menos abundoso en bellezas poéticas de primer orden.

Con arreglo al programa de las fiestas que habían de celebrarse en el convento de San Esteban, por la mañana, á las nueve y media, ofició de pon-

tifical el Rvmo. P. Valdés, obispo de Salamanca, acompañado por el Cabildo catedral.

Un gran coro de voces, formado por religiosos, seminaristas, alumnos de Calatrava y otros colegios, interpretó magistralmente la misa en *re* de Perossi. Al final de la misa se encendió el túmulo, muy elegante, que en el centro del presbiterio se elevaba sobre una gradería de terciopelo morado con guirnaldas de laurel. Sobre la tumba se veía el magnífico paño del cardenal Alvarez de Toledo. A los pies del catafalco, sobre almohadón de terciopelo rojo, entre corona de laurel artísticamente enlazada con la estola del sacerdote, bajo una cruz gótica de plata y oro, veíase *La Cristiada,* la edición monumental de Barcelona, como símbolo de la adoración que debe rendir el genio al Crucifijo.

Fué una nota de honda poesía.

Cantada una melodía fúnebre, subió al púlpito el P. Secundino Martínez, prior del convento, y pronunció una oración grandilocuente, más de gloria que de luto, en honor del ilustre dominico sevillano. No murió, porque fué un genio, ya que una de las manifestaciones del genio es la poesía, encumbrada y sublimada en la epopeya, donde tanto descolló Fr. Diego de Hojeda. Con acentos de elocuencia soberana trazó la vida religiosa, abnegada, oculta, estudiosa, heroica, del poeta, que imitó de cerca la pasión de Cristo, cantada por él con tanta magnificencia.

Entonado el *Libera me* de Perossi, rezó la oración el P. Sacrest, provincial de los dominicos de España, el cual, con otros religiosos, en nombre de la Orden, la señora D.ª Blanca de los Ríos y los Sres. Ortega Morejón, Unamuno, Miguel de Val y Valero Martín, en nombre de la Academia de la Poesía, y otros señores de Salamanca, presidieron la función religiosa, á la que asistieron numerosas Comisiones del Cabildo, Colegios eclesiásticos, Órdenes religiosas, profesores, magistrados, militares y una gran multitud de fieles de todas las clases sociales.

Por la tarde, á las seis, era imposible dar un paso por los magníficos claustros de San Esteban.

En el salón de la Academia de Santo Tomás se congregó lo más escogido de la sociedad salmantina: las autoridades eclesiásticas, civiles y militares, el Claustro universitario, Ordenes religiosas, Estudios superiores de Calatrava, Seminario, académicos y multitud de señoras y señoritas bellísimas de la aristocracia más ilustre. A la puerta se agolpaba el gentío que era incapaz de contener, aun aprovechando los basamentos de sus columnas, el gran salón, que estaba magníficamente decorado.

Presidió el señor obispo, con el provincial de los dominicos y el alcalde, etc. Abierta la sesión á las seis y minutos, tocó el sexteto una preciosa sinfonía, y el padre prior pronunció el prólogo de la fiesta, congratulándose de que se celebrase la conmemoración del centenario, dando la bienvenida á los académicos de Madrid y enalteciendo el espíritu que los guió al escoger un convento para celebrar la fiesta literaria.

Mariano Miguel de Val, secretario de la Academia de la Poesía Española,

leyó un trabajo muy hermoso sobre *El drama de la Redención y los poetas españoles,* comparando los poetas que han escrito en castellano sobre los misterios de la pasión y muerte de Cristo y pasajes similares de *La Cristiada,* encontrando siempre superioridad en las descripciones y pinturas del poeta dominico.

El P. Urbano, secretario de *La Ciencia Tomista,* de Madrid, leyó un profundo discurso sobre la *Poesía de la fe,* demostrando que cuanto la fe de los poetas fué más pura, tanto más grandiosas fueron sus concepciones poéticas. Analizó la trama de las principales epopeyas cristianas, sobre todo Milton y Klopstock, comparándolas con la del P. Hojeda. Uno de los puntos que estudió fueron los *Satanases* de los tres poetas, que tan gran papel juegan en las epopeyas cristianas.

Valero Martín leyó una hermosa poesía mística, tejido de aspiraciones sublimes y celestiales.

El Sr. Ortega Morejón, el ilustre magistrado de Madrid, leyó con entonación viril y entusiasmada una poesía sobre *La Patria vieja,* que varias veces fué interrumpida por fervientes aplausos.

El P. Matías García pronunció un notable discurso sobre la Teología que resplandece en *La Cristiada,* comentando descripciones felices del P. Hojeda sobre Cristo, los ángeles y los demonios, comparándolas con las doctrinas de Santo Tomás: el P. Hojeda era conocedor profundo de la *Summa,* sumiso al dogma que esclareció felizmente con las galas inmarchitables de su fantasía.

Preludió el sexteto otra sinfonía, y el Sr. De Val leyó un soneto que improvisó mientras el padre prior de San Esteban pronunciaba la oración fúnebre, y que decía así:

SONETO

Al Rvdo. P. Fr. Secundino Martínez, prior de San Esteban, al pronunciarnos hoy su elocuente apología del insigne cantor de La Cristiada.

Hace el silencio el órgano. La quieta
llama en los cirios del altar parece
que quiere oir, y el cielo se obscurece,
nublando al sol con devoción de asceta.
Habla el prior, y tiene su paleta
vida, y Hojeda triunfa y reaparece...
¡Es el apologista que merece!
¡Ha encontrado el poeta otro poeta!
Y cuando entre sus párrafos mejores
canta á la inspiración y á la poesía
con dulce voz de mágico sonido,
entra por la vidriera de colores
hasta el púlpito el sol que Dios envía
y talla en oro el portavoz florido.

En medio de expectación inmensa sube á la tribuna, del brazo del Sr. Unamuno, D.ª Blanca de los Ríos de Lampérez, rodeada de una aureola de gran modestia. Habla con incomparable riqueza de lenguaje sobre *La poesía española en América,* trazando cuadros magníficos de los siglos de oro.

«En la confluencia de esas centurias floreció el dominico sevillano fray Diego de Hojeda, y su poema religioso *La Cristiada,* cuya aparición conmemoramos, salió de las prensas hispalenses en 1611, cuando España era señora de dos mundos y Sevilla era de hecho metrópoli espiritual, cerebro y corazón de las dos Españas.»

A continuación copiamos los párrafos en que se compendia su pensamiento:

«Y si grandes fueron la atracción y el influjo de América, de la visión y del hálito vivífico de su naturaleza endémica sobre nuestros prosistas y poetas, el influjo de nuestra poesía y de nuestra vida espiritual sobre América fué mucho más grande y decisivo. No hablo del influjo material, retórico y poético, del que suscita imitaciones y forma escuelas, con haber sido éste tan grande y decisivo en América que aún persiste, porque claro está que los pueblos niños imitan y aun remedan la técnica antes de poseer cultura propia y de penetrar el espíritu de la ajena: hablo de la infusión de alma y de vida poética que España derramó por las venas del Continente Nuevo.

»Aquella atmósfera de recíproco influjo y como de mutua fecundación espiritual era singularmente favorable á la floración poética.

»Y en aquel ambiente propicio á la creación estética se produjo el poema cuya aparición celebramos.»

Una estruendosa ovación coronó el discurso, que había sido interrumpido con grandes aplausos.

El Sr. Unamuno leyó de un modo extraordinario algunos fragmentos de *La Cristiada,* que produjeron en el auditorio profunda emoción, sobre todo el diálogo de Jesús con María en la calle de la Amargura. Después de su magistral lectura comentó las palabras del Dante sobre España, al hablar de Santo Domingo, en que dice que es el país del mundo donde brota la verdura y nacen los céfiros que refrenan á Europa... Dió preciosas indicaciones sobre el valor de la poesía, enalteciendo el de la religiosa, y, comentando el hecho de que el agua estancada es la única que florece, ponderó la hermosura de la tranquilidad de los claustros, donde se han hecho las mayores obras de ciencia, y alguna vez de sabiduría.

Tuvo otros rasgos felicísimos, y concluyó deseando que reverdezca la verdura espiritual de España, que es la poesía, é influyamos así sobre Europa, lejos de recibir sus pésimas influencias. Muchas veces fué interrumpido con aplausos.

El P. Justo Cuervo se congratuló de haber descubierto el original autógrafo de *La Cristiada* en una Biblioteca de París, y propuso á la Academia que se celebre el centenario de la muerte del P. Hojeda, el año de 1615.

Con un voto de gracias cerró el provincial de España la velada, que dejó imborrable memoria en cuantos la presenciaron.

Literaria

Certamen literario

para conmemorar el III Centenario de la Real Congregación del Dulce Nombre de María (21 de noviembre de 1911).

Tema 1.° Poesía con libertad de metro al Dulce Nombre de María, patrona de la Real Congregación.

Tema 2.° Romance castellano al milagro obrado por el beato Simón de Rojas con la Reina D.ª Margarita de Austria en la cámara regia, fundamento de la Congregación.

Tema 3.° Historia de la Real Congregación de Esclavos del Dulce Nombre de María.

Tema 4.° Oda á la Caridad.

Tema 5.° Biografía del beato Simón de Rojas.

Tema 6.° Poesía con libertad de metro á la Reina D.ª Margarita de Austria.

Tema 7.° Retrato fisonómico-moral (soneto) del Rey D. Felipe III.

Tema 8.° Institución de la Orden de Redención de cautivos de la Santísima Trinidad, en prosa.

Tema 9.° Novela corta, cuento ó tradición en prosa literaria que se relacione con nuestra institución misericordiosa.

Tema 10. Descripción del acto caritativo de dar la comida á los pobres los Esclavos del Dulce Nombre de María.

Tema 11. Composición de un himno (letra del Rvdo. P. Jiménez Campaña) dedicado á nuestra excelsa tutelar, para orquesta y banda.

Los premios serán todos en metálico.

Bibliográfica

Directorio madrileño para 1911.

Se ha puesto ya á la venta el popular *Directorio madrileño* para 1911, que la casa editora del *Anuario Riera* viene publicando desde hace ocho años con creciente y merecido éxito. El esmero con que anualmente se corrigen sus datos, así como la pulcritud, buen gusto y lujo con que está confeccionado, hacen del *Directorio madrileño,* no tan sólo un libro digno de figurar en las mejores bibliotecas, sino también una obra sumamente útil á los comerciantes y á todas cuantas personas interese la vida madrileña, pues además de las señas de rigor en esta índole de publicaciones, contiene una variada colección de reseñas de Madrid, bajo sus diferentes aspectos, ilustradas con profusión de grabados; nomenclátor de la nobleza es-

pañola, resumen de las principales y más distinguidas familias de Madrid, con indicación de los días que tienen señalados de recepción, planos de los teatros, tarifas de coches y automóviles de alquiler, etc., etc.

Lujosamente encuadernado, se halla de venta en todas las librerías al precio de cinco pesetas.

***

Las Constituyentes de la República española, por Miguel Morayta, catedrático de la Universidad de Madrid.

El ex diputado y catedrático de la Universidad de Madrid D. Miguel Morayta acaba de publicar un libro de 282 páginas en 12.° que se titula *Las Constituyentes de la República española*.

A las condiciones que como historiador posee el docto catedrático, se unen, para mayor valía del libro, que está lleno de interesantes episodios, la circunstancia de ser narración de un testigo y actor que estrechamente se asoció á la obra de la propaganda y la instauración de la República desde antes de la Revolución de septiembre, de cuya primera Junta revolucionaria formó parte.

Móvil de la publicación ha sido presentar, como ejemplo y parangón con la política de ahora, la austeridad de aquellos calumniados republicanos en la acción y en el Gobierno.

Como extenso prólogo de la obra, el señor Morayta comienza su libro por una reseña histórica del partido republicano hasta 1873, describiendo todo el movimiento evolutivo de sus ideales, desde el sacudimiento producido al implantarse el régimen liberal y constitucional en los días de la invasión francesa.

La reseña termina con la narración del reinado de Amadeo de Saboya y la proclamación de la República, y entra de lleno á describir el funcionamiento de la Asamblea Nacional, relatando la situación de los partidos y las luchas reñidas entre ellos.

El establecimiento del primer Gobierno, la elección de las Constituyentes, la actitud de los intransigentes, el predominio de la derecha, la obra del Parlamento y de los Gobiernos, la renuncia de Salmerón, el Ministerio Castelar, todo lo ocurrido entre la abdicación de D. Amadeo y el 3 de enero de 1874 se contiene en el libro del Sr. Morayta, que es de una sinceridad absoluta.

Al interés de la narración de aquella vida intensísima de combates y zozobras, frente á tres guerras civiles y á una enconada lucha política, únense el recuento de la considerable labor de gobierno y legislativa efectuada durante diez meses y multitud de textos é instrumentos documentales.

Buscada será y leída con avidez la obra, cuya fuerza de expresión tiene poderoso atractivo.

Sin apadrinar unos ú otros procedimientos, sin atribuir responsabilidades á nadie, por medio de un relato sencillo, deja ver en cada caso á quiénes pueden, según sus referencias, atribuirse las glorias y discernirse las culpas.

Inventario de causas, notación puntual de efectos, la lectura deja una huella profunda y una sensación de haber vivido lo que refiere el Sr. Morayta en *Las Constituyentes de la República española*.

***

La muerte del cisne, por Carlos Reyles.

Nada más doloroso para los espíritus sencillos, para las almas acicatadas por una visión de felicidad ultraterrena, que contemplar el triunfo de lo que llaman grosero materialismo: el triunfo de la fuerza, el triunfo del oro, el señoreo eminentemente conservador y propulsivo del egoísmo. Y forzoso será confesar que los individuos, como las sociedades, como las razas, no subsisten sino á condición de una mayor resistencia frente al medio que tiende á esclavizarlos; una resistencia que no es amor, ni virtud, ni abnegación, ni desinterés, sino «voluntad de dominación», traducida en fuerza, en lucha, en triunfo, en oro, en un egoísmo esencialmente humano que se aleja de las definiciones ortodoxas de la Moral, del Bien, del Sacrificio...

Carlos Reyles, profundo observador, espíritu rejuvenecido en las fuentes de la filosofía, que ha escrutado la senda á cuyo final álzase la glorificación del progreso humano, nos da en *La muerte del cisne* un hermosísimo estudio de lo que pudiéramos llamar psicología social, y en su estilo claro, vi-

brante, rotundo y armonioso, demuéstranos cómo la fuerza es el origen único del Universo, el solo sustentáculo que á través del tiempo y del espacio le sostiene, y la única razón y el único medio que para subsistir victorioso ha regido y regirá por siempre sus destinos. En el combate encarnizado de la inteligencia con la fe el *cisne* espiritual agoniza, y al Dios del Sinaí las sociedades modernas sustituyen el dios Millón, cien veces poderoso, el único que no crea sectas ni discusiones, el supremo impulsor que domina todos los pueblos y las conciencias todas.

Con el triunfo del Oro, los antiguos valores de justicia é injusticia, de moral é inmoral, de bueno y malo, se cambian y trastruecan, y sólo es bueno y moral y justo y equitativo lo que triunfa, que en el solo hecho de su supremacía lleva la soberana razón de todas las cosas. ¡Ay de los débiles!, es preciso gritar en presencia de este libro saturado del espíritu de Nietzsche.

La muerte del cisne causará honda sensación en el público hispanoamericano. Es la Biblia de los tiempos modernos, en que, muerto el cisne de la fe, sólo permanece cerniéndose en los aires el ave de rapiña, cruel y despiadada, pero brillante y hermosa en las manifestaciones de su fuerza. Reyles no grita servilmente: ¡Viva quien venza!, sino que clama desde las alturas del pensamiento filosófico: *Vive quien vence,* y hombres ó naciones, pueblos ó razas que no tengan fuerza para vencer, que no dispongan del oro, que guarden en sus corazones un ideal de pobreza y de renunciamiento, cadáveres son cuyas cenizas aventarán los prosélitos de la nueva fe. Para vivir es preciso ser fuerte, ser egoísta, llevar muy despierto el instinto de dominación, y sólo así cúmplese aquella ley ineludible para los humanos: que las sociedades actuales son la suma y compendio de todas las heterodoxias anteriores—culto de la fuerza, de la riqueza, del egoísmo—, como las futuras lo serán asimismo de aquellas mismas virtudes aumentadas con las nuestras.

Libro cruel para los creyentes, para los sentimentales, es un bello presente para cuantos no hayan enajenado la razón ni la inteligencia en brazos de una filosofía de debilidad; y aunque *La muerte del cisne* provocará polémicas ardorosas, no por eso el nombre del literato uruguayo dejará de ser considerado como el de un vigoroso filósofo y pensador y castizo prosista, en cuyo espíritu la antorcha de una nueva luz resplandece con llamaradas de gloria.

La muerte del cisne obtendrá un gran éxito en España y en América, como lo tendrá, indudablemente, en Francia cuando dentro de muy poco sea publicado en francés, y se recomienda especialmente para todos aquellos pueblos de raza latina que han vivido *ab initio* profesando las doctrinas de una religión exclusiva.

La muerte del cisne forma un elegante volumen de 287 páginas, esmeradamente impreso.

***

Blancaflour (novela del tiempo de los Papas de Aviñón), por Tancredo Martel.—Versión castellana de Pedro Simón Pineda.

¿Historia, ó novela? Enigma que más de un lector no podrá resolver acertadamente; pero, sea cualquiera de ambas cosas, *Blancaflour* constituye el libro más original y emocionante de cuantos ha producido la novelística francesa contemporánea. Ensayo de reconstitución histórica de una de las villas más curiosas de la cristiandad, de la famosa Aviñón, donde por espacio de tres cuartos de siglo tuvo el Papado brillante trono, *Blancaflour* es una «joya extraña y sólida como una cimitarra, grave y enigmática como un blasón medieval», según afortunada expresión de Pedro César Dominici en su *Libro Apolíneo*. Con esta novela, en cuyo género Flaubert y Teófilo Gautier fueron maestros, Tancredo Martel nos conduce á la segunda Roma durante el reinado de Inocencio VI, época asaz curiosa que el inmenso poder de evocación del autor de *Blancaflour* hace revivir á nuestros ojos con toda la audacia, con toda la gallardía, con toda la nobleza de su esplendor amoroso y guerrero.

El protagonista de la novela, Juan Porcelión, bastardo de Porcelet, es uno de aquellos caballeros á quienes el lambel de bastardía que cruzaba su escudo de armas lanzaba en pos de hazañas con que borrar el pecado de su origen, y que, prisionero en Siria bajo las tiendas musulmanas, logra rescate y regreso á Provenza, llevando consigo

la «piedra de los leones», famosa esmeralda que adornaba el turbante del rey de Trípoli, y hermana menor de la que resplandecía con cegadora luz en la tiara tres veces coronada de Juan XXII. A la vista de tan maravilloso presente la hermosa Blancaflour pone á Juan de Porcelet como condición inexcusable para rendirle sus encantos la posesión de la hermana gemela, la esmeralda que adornaba la tiara del Pontífice, con la misma sencillez con que Sibila de Pierrefeu exige á su prometido un ramo de oliva del monte Olivete y una ampolla de agua del Jordán. Y á la conquista de joya tan preciada se lanza el enamorado doncel. Llega á Aviñón, salva la vida de Inocencio VI del puñal de unos sectarios de Rienzi, y conquistada la voluntad del Papa y la protección del gran castellano de Amposta don Juan de Heredia, gobernador militar de la plaza, sucesivamente consigue ser contador pontificio, abad del Valle de Bendición, arzobispo de Arlés, y, finalmente, nombrado Papa con el nombre de Esteban X. ¡Blancaflour! ¡La piedra de los leones! La tiara es suya; la esmeralda precio del amor de su prima, también...

Las murallas de Aviñón de 1350 parecen animarse al conjuro de la pluma de Tancredo Martel; se siente la vida intensa de los barrios de la Calada y de la Carretería; el barrio judío cruza ante la vista del lector bajo el látigo simbólico de Heredia, y es tal la abundancia y exactitud de la documentación, la fidelidad y soberbios aciertos descriptivos, que *Blancaflour* será uno de los libros de más duradera y agradable huella. Hay, sobre todo, dos capítulos cuya perfección adquiere caracteres de definitiva: es el uno la descripción de la «segunda Roma», llena de vida, de colorido, de movimiento, atrayente y sugestiva como una fiesta; la descripción de aquel soberbio palacio de los Papas, donde tantas muestras quedaron del arte incomparable de Simón Memmi, amigo de Petrarca y ejecutor de un famoso retrato de Laura de Noves, musa del poeta y esplendor de la corte pontificia. Y es el otro el de la peste en Arlés, soberbia página de realismo artístico, de punzadora sobriedad, de plasticismo incomparable, que sólo encuentra igual, si acaso, en la celebérrima obra de un clásico italiano: en la peste descrita por Manzoni en *Los novios*. Y entre las espantosas alucinaciones de este azote, que Porcelet combatió y venció con heroísmo y acierto sin igual; entre el esplendor cortesano de los Papas, el tumulto de luchas y leyendas, de cruzadas y peregrinaciones, de orgías báquico-amorosas en la *Dorgo de Amor*, la figura de Blancaflour destácase con la belleza de Frinea, diabólica y tentadora, «dulce y sabrosa, más que la fruta del cercado ajeno», ambiciosa más tarde, impúdica y cruel en los últimos días de su existencia atormentada. Y junto á ella, el bello rostro y alma pura de Sibila de Pierrefeu, heredera de Ofelia por lo tenue y blando de su figura; el abnegado Beltrán, el majestuoso Heredia, el ambicioso Cecano, el cruel Mustafá, el dúctil Giambacorte, el flexible judío prestamista del Papa...

Vibra en esta novela el antiguo soplo vivificante de las hazañas legendarias, y en ella Tancredo Martel entona un himno al amor, á la amistad, á la belleza, al sacrificio, á todas esas virtudes que ensalzan y engrandecen el corazón humano que de su posesión pueda gloriarse, como reacción contra ciertas brutalidades psicológicas y sentimentales que más pertenecen al dominio de la patología que al del arte.

Y, para terminar, porque no sería justo y son esfuerzos dignos de señalar al aprecio y á la consideración de todos, especialmente de cuantos parlan lengua castellana: *Blancaflour* ha sido vertida á nuestro idioma por Pedro Simón Pineda; pero no al castellano de uso corriente en traducciones de exportación, sino á un castellano rico, clásico, flexible, como reclamaban de consuno la época y la gravedad del asunto y los personajes, y la necesidad de dar á las cosas el nombre que en aquel entonces tuvieron, razones todas que han obligado al traductor á un ímprobo trabajo de rebusca en nuestro idioma—de donde ha salido el vocablo castizo, algunas veces en desuso, pero sin equivalente moderno—para no falsear el espíritu medieval de la obra, reposado, grave y caballeresco, como el autor de *Blancaflour* quiso que fuese. De tal manera llevada á cabo, en la versión castellana de *Blancaflour* puede estudiarse la riqueza de nuestro incomparable idioma como en la más acabada antología.

Libro que tales méritos reúne no podía ser presentado al público de cualquier manera; y, en efecto, la casa Ollendorff le ha editado esmeradamente, en magnífico papel, con soberbia portada en colores, que es una obra maestra del pincel de Orazzi.

Libros recibidos

POESÍA

El cancionero de la dicha.—Sofía Casanova.—Madrid, 1910.
Apolo.—Manuel Machado.—Madrid, 1911.—Biblioteca Renacimiento.
La Poesía.—Gaspar Esteva.—Madrid, 1908.

NOVELA

Ocios de Emperador.—Charles Laurent.—París.—Librería Ollendorff.
Oro y oropel.—Julio Cejador.—Madrid, 1911.
Alondra.—F. Mirabent.—Valencia, 1911.
Blancaflour.—Tancrède Martel.—París.—Librería Ollendorff.

TEATRO

El corazón despierta.—José Francés.—Madrid, 1911.

VARIA

Documentos gallegos de los siglos XIII al XVI.—Andrés Martínez Salazar.—La Coruña, 1911.
Necrologías de los Excmos. Sres. D. Francisco Silvela y D. Raimundo Fernández Villaverde.—A. Pons y Umbert y F. de Llanos y Torriglia.—Madrid, 1910.
La Universidad española.—Martín D. Berrueta.—Salamanca, 1910.
Tratado de Derecho penal.—José Vicente Concha.—París.—Librería Ollendorff.
Ortología castellana de nombres propios.—Miguel de Toro.—París.—Librería Ollendorff.
Afirmación de la raza.—Blanca de los Ríos de Lampérez.—Madrid, 1910.

La historia religiosa y el evemerismo

(Conclusión.)

Si nos fijamos en la religión de Grecia, hallaremos que no es SPENCER el primero que ha fundado en ella generalizaciones aventuradas. Y es muy de notar que los mismos que no tienen interés en negar la extensión y antigüedad del culto de los antepasados entre los griegos, tachan de superficial y prematura toda exageración doctrinaria en este punto. Así, cuando RAWLINSON afirma que «la veneración de los antepasados fué en Grecia, como en China, el fundamento de toda la mitología y del culto religioso», no hace más que mostrar su ligereza. El obispo HARLEZ, infinitamente más competente, halla esta aserción puramente arbitraria, tanto más, dice, cuanto que «con ella no se explica bien ni enteramente el panteón griego». Adolece, en efecto, el evemerismo spenceriano, como todas las teorías congéneres, de un grave defecto de limitación: el no ver que en las religiones, por primitivas y pobres que sean, los dioses se mencionan y se acumulan sin tiento y sin motivo, y aun ignoramos qué acción ejercían en el gobierno del mundo. No ya en una religión tan moderna y rica como la griega, sino en otra tan primitiva y pobre como el *sintoísmo* del Japón, notamos ese fenómeno. El *sintoísmo* (camino de los dioses) admitió desde tiempos antiquísimos un número de seres divinos inexplicables por la teoría del culto de los muertos. Demos de barato que este culto explique dioses y diosas como *Izana-gi, Izana-mi, Ama-Terasu, Ninigni-no-Mikoto,* á pesar del carácter solar de algunos de ellos; pero no cabe ya tal explicación respecto á estos otros: *Benten,* diosa del matrimonio y de la danza; *Hotei,* dios de la cuna; *Daikohu,* dios de la opulencia; *Jebisu,* dios del comercio; *Bisamon,* dios de la milicia; *Inari,* dios de la labranza; *Jasen-riz,* dios de la guerra; *Futen,* dios de los vientos; *Kaminari,* dios del trueno; *Gozdu-Tenno,* dios de las olas; *Takaka,* dragón de la lluvia; *Kappa,* sierpe del lago; *Tatsu* y *Kirin,* monstruos de la selva; *Sojos,* monstruos de los mares; *Tengus,* endriagos disformes, correos del cielo; *Ogni,* demonios en copiosa legión; sin contar los animales fantásticos y feísimos que se transforman en mujeres y extravían con su aparente figura á los pacíficos viandantes; ni las transformaciones que hicieron florecer diez y nueve divinidades, á cuyo cargo corrían las cosas del clima, aire, tierra, agua, viento, árboles, montes, fuego, bosques, estaciones, pastos; ni, para decirlo en una palabra, todo el raudal de dioses y diosas sin término y por parejas: dios y diosa de la tierra, dios y diosa de las semillas, dios y diosa de la vida, dios y diosa del espacio, dios y diosa de la abundancia, dios y diosa del barro terrestre, dios y diosa de la perfección, dios y diosa del contrato. Cuando los mismos japoneses nunca dieron suficiente razón de tanta variedad y complicación de nombres, ¿cómo hemos de pretender darla nosotros por medio de un principio tan exclusivo y tan poco amplio como el evemérico de SPENCER? ¿Cómo hemos de referir cada nombre de la deidad á su verdadero origen, á su fuente psicológica ó social?

Sería más difícil que volver á las nubes la lluvia que de ellas escapó, mezclándose á las aguas de los manantiales y comunicándose á las raíces de las plantas.

Pero, volviendo al punto de partida, al helenismo y á la religión ó á las varias religiones de carácter general que aparecieron en la evolución mental de los griegos, completaré mi pensamiento afirmando que, aunque desconozcamos los orígenes concretos de esa evolución, no cabe duda que el culto de la naturaleza precedió en ella al culto de los antepasados y muertos. Algunos han creído, y en mi sentir con mal consejo, que la psicología religiosa de HOMERO, y en parte la de HESIODO, representan en absoluto el animismo ordinario, siendo sus dictámenes la más antigua forma de las concepciones griegas sobre el universo. Yo no tengo esta idea de aquellos helenos de los tiempos heroicos. Creo que toda su teología primitiva gira alrededor de la revelación y del misticismo de ORFEO. Pero no puede negarse que, en el fondo, sus nociones de la supervivencia de las almas, punto céntrico de toda religión, se reducían á un animismo bastante grosero y rudimentario. En la *Ilíada* las almas quedan disipadas en sombras pálidas y sin fuerza, y apenas se encuentra señal ni traza del culto de los *manes* propiamente dicho. Para HOMERO, el alma no es más que una copia debilitada, un reflejo del cuerpo; según su manera de ver infantil, el *yo* propio á cada hombre es idéntico á su organismo. He aquí por qué hace descender las *almas* de sus héroes á los infiernos, en tanto que *ellos mismos* son presa de los perros y de los pájaros. «Diosa (empieza diciendo el poeta), canta la cólera de AQUILES.., que precipitó en la morada de *Hades* las *almas* de numerosos héroes, y los entregó á *ellos mismos* como presa á los perros y á los pájaros.» *(Ilíada,* I, 3 y 4, αὐτούς, opuesto á ψυχή.) Ellos mismos son su cuerpo, principio de su vigor y de sus pasiones, sin el que lo restante era poca cosa. «Grandes dioses, grita AQUILES *(Ilíada,* XXIII, 103 y 104), en la mansión de *Hades* subsiste, es cierto, un alma y un fantasma del hombre; pero la verdadera vida los ha abandonado por completo.» El libro XI de la *Odisea* pinta las sombras como larvas estúpidas y lánguidas, dominadas por un hambre bestial y que no conservaban de la vida más que el instinto de alimentarse de sangre, á fin de recobrar la memoria durante algunos momentos. HESIODO *(Opera et dies,* 109, 173, 284 y 285) condena á los muertos de las diversas edades á una caducidad análoga á la que habían sufrido durante su vida. Coloca en el rango de los dioses á los excelentes hombres de la edad de oro; señala una mansión subterránea, llena de dichas, á los de la edad de plata; relega al imperio de *Plutón* los muertos de la edad de bronce; envía á lo lejos, á las Islas Afortunadas, á los héroes del ciclo troyano; pero quita toda esperanza de vivir á los hombres de la edad de hierro, que, descendidos á la morada de *Hades,* sólo tienen la probabilidad de durar en su posteridad. En suma: la esperanza de una continuación de la vida después de la muerte no se encuentra en ningún poeta griego anterior á PÍNDARO.

FRÉRET pudo sacar de sus investigaciones históricas esta conclusión: que

aunque el sistema de la asociación de las almas humanas á los dioses superiores fuese el único por el cual se pudiera concebir el origen del culto de los hombres, semejante asociación no formaría jamás sino dioses secundarios y subalternos, cuyo culto no podría establecerse más que á través de una larga serie de generaciones; y estos dioses jamás llegarían á ser iguales á los dioses superiores. De ello vemos un ejemplo entre los griegos. Su religión admitía un gran número de esos dioses subalternos que habían sido simples hombres, pero se les llamaba siempre héroes ó semidioses. Suponíase que habían sido admitidos al goce de la soberana beatitud y al comercio íntimo de los dioses inmortales, mas no á participar de su poder y de la administración general del universo. Los honores que se les concedían llamábanse *honores heroicos;* los altares, las estatuas y las capillas que se les consagraban, designábanse por el nombre de *heroa.* Homero no habla en ningún lugar de sus poemas de *Baco* como de una divinidad: tan sólo le nombra en la *Odisea* (XI, 324) para decir que después de que *Teseo* hubo arrebatado á *Ariadna,* hija de *Minos, Diana* retuvo á este príncipe en la isla que llama *Día,* á solicitación de *Baco.* Esta *Ariadna* había descendido después de su muerte á los infiernos. En verdad, el mismo poeta nombra á *Hércules,* pero sólo habla de él como de un hombre mortal; y en la *Odisea* (XI, 600), *Ulises* dice que ha visto en los infiernos el fantasma de *Hércules,* al paso que este héroe, casado con *Hebé,* diosa de la juventud, habita entre los inmortales, donde goza de la dulzura de sus festines. Homero no dice que esté asociado á su *poder,* sino solamente á su *beatitud.* Para llegar al primero, tenía necesidad de ser purgado en el monte *Oeta* de todo lo que había recibido de mortal de su madre *Alcmene,* como consta en el *Diálogo de los muertos,* de Luciano; y el fantasma que *Ulises* había visto en los infiernos formaba la parte humana del cuerpo de *Hércules.* El culto dado á *Hércules* era, sin embargo, más antiguo que Homero; pero es que este culto no se extendió de primer intento en el Asia Menor, llena de colonias griegas, enemigas de los *Heráclidas,* que les habían obligado á abandonar su patria. Además, Hesiodo, que escribía en un país en que el culto de *Baco* estaba muy establecido, apenas habla de este dios en su poema de los trabajos de la vida rústica *(Opera et dies,* 614), aunque éste parecía el lugar propio para hablar del dios de la vendimia. En un solo lugar se dice que la vendimia «inspira la alegría», como presente que es de *Baco.* En su *Teogonía* (941) le da el mismo título; y después de haber dicho que es el hijo inmortal de una mujer mortal, añade que el hijo y la madre se han convertido en «dioses». *Hércules,* hijo de *Alcmene,* y *Baco,* hijo de *Semele,* no comenzaron á ser invocados como dioses más que cuando se hubo confundido al uno con el *Hércules* fenicio, y al otro con el *Bacchus* de los egipcios ó con *Osiris.* El *Hércules* de los fenicios ó el *Bacchus* egipcio eran dioses de primer orden, dioses por naturaleza, que nada debían á la asociación; uno y otro eran divinidades «teológicas», es decir, el alma del mundo, ó, al menos, atributos de la inteligencia «demiúrgica»: atributos considerados separadamente y personificados, realizaciones de abstracciones metafísicas, por las que el politeísmo se estableció en la antigüe-

dad. El *Hércules* de Fenicia era idéntico al *Hércules* de Egipto, según Arriano. En el famoso templo de *Gades* (Cádiz) se le adoraba sin estatua alguna, á creer á Apiano; y el poeta español Silio Itálico nos informa de que se conservaba un fuego perpetuo sobre su altar; sus sacerdotes estaban rasurados y vestidos de túnicas blancas como los de los egipcios. Macrobio asegura que los sacerdotes de Fenicia y los de Egipto concordaban en decir que *Hércules* no era un hombre, sino que era el sol (él le nombra «el ojo de *Júpiter*», y Fuller ha demostrado que su nombre significa en fenicio «el que lo ve todo», epíteto muy convenible al sol), ó la virtud de este astro esparcida en el universo y que desbordaba en los seres particulares la vida, la fuerza y el valor. *Hércules* griego había sido un héroe, es decir, un verdadero hombre nacido de *Alcmene* y de *Anfitrión,* que la adulación había hecho hijo de *Júpiter,* de igual modo que dió á este dios por padre á Alejandro, hijo de Filipo. Los descendientes de *Hércules* se hicieron en Grecia poderosos, al extremo de cambiar en honores divinos los honores heroicos que se les tributaban. Este cambio fué tanto más fácil, cuanto que en Tebas, juzgando por el testimonio de Diódoro Sículo, había tomado el nombre de *Hércules,* ó de una antigua divinidad de los fenicios, en lugar del de *Alceo,* que Herodoto asegura haber recibido en su origen. El culto de este *Hércules* era más antiguo en Grecia que el hijo de *Alcmene.* Porque cinco ó seis generaciones antes de él, Cadmo había fundado en la isla de Tasos un templo consagrado al *Hércules* fenicio. En Tiro este mismo dios tenía un templo mil doscientos años más antiguo que Cadmo. En Egipto, el reinado de *Hércules,* que era uno de los doce dioses posteriores, precedió en dos mil años al de *Bacchus* ó de *Osiris.* Sin traer aquí todos los testimonios antiguos sobre los que se apoya esta distinción del *Hércules* nacido en Grecia y de los dioses adorados en otras partes bajo este nombre, encontramos una prueba convincente en un pasaje de Herodoto, que la supone y que ella esclarece. Este historiador, después de haber mostrado que *Hércules,* hijo de *Alcmene,* es posterior en un gran número de siglos al *Hércules* egipcio y al de Tiro, añade que «aquellos le parecen obrar convenientemente que consagran á *Hércules* templos dobles, en uno de los cuales le sacrifiquen como á un dios inmortal, al paso que en el otro se limiten á honrarle como un simple héroe»; y así es como se procedía en Sicyone, donde nos asevera Pausanias que se le rendía á la vez sobre el mismo altar el culto heroico y el culto divino.

La historia nos enseña que en ciertos estados de la civilización estas diferencias se han hecho más sensibles, y, naturalmente, debía ser así. Ora se trate de política, ora de creencias, el verdadero espíritu de una civilización nacional debe buscarse en lo colectivo y popular de las costumbres, pues en la mayoría de los países la barbarie y la superstición continúan informando los sentimientos y prácticas de la masa, sin recibir la menor influencia del progresismo de los hombres y de las clases superiores. En la India (y daré este solo ejemplo), la magia vulgar, á manera de degenerada infiltración, se da la mano con las más nobles creencias de los sectarios de los *pitris.* Es el oficio

del más bajo clero, y su objeto es mantener al populacho en un continuo estado de terror. Así que en todas las épocas y bajo todas las latitudes, al lado de las especulaciones teológico-filosóficas del más elevado carácter, encuentra uno siempre la *religión del pueblo,* como nota JACOLLIOT. En la Grecia homérica el fenómeno es más complicado. El continuo escarnio, no de la Divinidad, sino de los dioses sacerdotales y de los mitos multiplicados por los anteriores desconocidos poetas, que ya no expresaban nada sublime; aquellos númenes que se confundían é identificaban con los supremos poderes objetivos de la realidad, y al mismo tiempo combatían con los héroes, y eran heridos por éstos, demuestran para algunos que no fué uno solo el autor de los dos poemas, y para otros ponen de manifiesto la discordancia de la conciencia con las tradiciones primitivas. Pero ¿no hay más que esto? Sí; examinando el hecho con la debida atención, se descubre que si dichos poemas niegan ó ignoran la gran teosofía esotérica del sacerdocio órfico, contienen también algo más que vestigios de la religión primitiva, culto de los antepasados y veneración de los muertos. Esos vestigios aparecen mezclados con un «espíritu jónico», para hablar con RHODE, posterior, atrevido y escéptico, que nada sabe de misterios, y emplea á los dioses como un adorno retórico ó acaso como un alivio cómico. Y hay más todavía: hay un desarrollo ó degeneración visibles en el uso de medios sobrenaturales, según MURRAY. Primitivamente, sobre todo en la época de los *pitris* griegos, cada explicación sobrenatural por la presencia divina se hallaba, respecto de cada misterio *efectivo,* en una relación justa, es decir, adecuada. *Ulises* penetra en el territorio de los tracios sin que nadie le perciba, y lo recorre sin que nadie le moleste; pero es porque parece envolverle *Atene* con una nube. *Aquiles,* no bien ha echado mano á la espada para atacar á su rey, experimenta en su interior que una fuerza superior le clama y le detiene; pero es porque parecen amonestarle y sujetarle una voz y una mano divinas. La astucia característica de *Ulises,* la índole buena y generosa sobrepuesta al orgullo de raza y á la violencia de carácter de *Aquiles,* no bastaban poéticamente para explicar en tan concretos casos aquellos fenómenos; en una palabra, HOMERO presenta aquí aquella verosimilitud y oportunidad en medio de la ficción que la religión y el arte opondrán siempre, al decir de CANTÚ, como la mayor objeción al análisis de la crítica. La musa de HOMERO se aprovechaba de la especie de encanto que el empleo de lo sobrenatural había ejercido hasta entonces sobre el pueblo griego. Más tarde los dioses se ofrecen como un mero adorno, pelean entre sí, preséntanse en los poemas como personajes comunes. Las intervenciones se cambian en un recurso en las manos de rapsodas desmoralizados, que ahora interpretan toda acción heroica como una influencia celeste, y multiplican el número de éstas á medida que son más modernos los versos, hasta llegar á los disfraces, positivamente dañosos, de *Atene* en la *Odisea,* y las repulsivas escenas de los dioses peleando en los libros V y XXIII de la *Iliada.* En fin, el modo como en ciertos lugares son tratados los dioses prueba que tales lugares nada tienen de común con el resto del poema. *Venus,* de la que *Demodocos* canta cierta aventura con *Marte,*

es ridiculizada y avergonzada á causa de su debilidad. ¿Qué son los combates de *Afrodita,* semejante á la deidad fenicia *Astarot,* sino otras tantas fábulas en que los «inmortales» son tratados de una manera irreverente? No salen mejor librados de los sarcasmos poéticos *Zeus* y *Hera.* Relaciónese con esta falta de respeto á esos dioses la comparación de *Iris* con los «insolentes heraldos» de Eurípides. «Nosotros (decía este poeta) servimos á los dioses, cualesquiera que sean.» Sin embargo, en la *Ilíada, Ares* es francamente detestado por su cobarde sed de sangre tracia. Una sola veneración de la más alta importancia aparece comprobada entonces: era la excelente disposición que se encontraba entre ciertas razas, entregadas á los cultos mitológicos, para admirar á *Apolo,* aun siendo aliado de los troyanos, y á *Poseidon,* dios amable y esplendente. La causa no es difícil de adivinar: eran los dioses reales de los jonios. Los demás también eran dioses como los de que habla Eurípides, pero «dioses de otros pueblos», cuyas cualidades espirituales y corporales se hallaban en relación con el grado de cultura de sus adoradores. *Atene* es en calidad la tercera de las deidades jónicas: en la *Odisea* y en el libro X de la *Ilíada* llega á sobrepujarles. Mas la epopeya en general guardó, como su más evidente denigración, esa visión de una diosa que era mujer vengativa y que fué traidoramente astuta con *Héctor.* No quiere esto decir que pueda suponerse un estado más primitivo de los poemas, en el cual no aparecieran los dioses. En mi *Historia general de la literatura* he tenido ocasión de observar que éstos no fueron creados en Asia ni tienen nada que ver con los del *Ramayana* de la India: son *olímpicos,* y tienen los caracteres y los formales epítetos de la primitiva patria de los aqueos.

Omito hacer aquí prolijas reflexiones sobre la falsedad del evemerismo como exégesis de un determinado culto, porque al mismo objeto tengo escritas muchas páginas en mi próxima *Embriogenia de las religiones.* Allí podrán verse, no solamente las pruebas históricas, sino también las psicológicas que refutan indirectamente el evemerismo spenceriano, y aquí sólo voy á indicar las pruebas sociales. El inglés Kidd ha sido de los que mejor han señalado este género de pruebas, y lo que al considerar á Spencer en este respecto escribe, ni tiene, á mi juicio, enmienda, ni necesita ampliación: «En las explicaciones de Spencer, el fenómeno del culto de los antepasados se deriva de un proceso intelectual, introspectivo y puramente imaginario, que se cree haberse verificado en el espíritu de los hombres primitivos por efecto de la supuesta creencia en los aparecidos. Atribúyese, pues, su origen á un razonamiento del individuo, subjetivo, caprichoso y enteramente vulgar, y no á causas formales relacionadas con algún principio de evolución sociológica. Hoy comprendemos que el origen del culto de los antepasados tiene otro y más profundo sentido. Un fenómeno que existe en tan vaga escala, y que á ciencia cierta ejerció extraordinaria influencia en la evolución de la sociedad primitiva, debe ligarse á algún principio de desenvolvimiento social constante, universal, profundamente arraigado y genéricamente distinto de las causas apreciadas en las explicaciones relativamente ligeras que acabo de mencionar. ¿Cuál es, pues, ese

principio? Apenas cabe duda acerca de la respuesta. Vemos, en efecto, que en el período de la historia del mundo en el que todos los rasgos de la organización colectiva están por fuerza envueltos desde el comienzo en la red de un vasto proceso militar lentamente progresivo, la institución del culto de los antepasados tiene que depender directamente del principio regulador de la época. Preciso es convenir en que sólo mediante el tipo de orden social desenvuelto con la institución del culto de los antepasados, y teniendo por carácter distintivo la concepción de la ciudadanía, era factible alcanzar la fase culminante de aquella primera época de evolución humana, en la que el sentimiento social se subordinaba á los fines contenidos enteramente en la organización política, y cuyo ideal político exterior era por necesidad el Estado guerrero, que tendía siempre rudamente al único objetivo entonces posible, esto es, á la conquista universal.»

Consideraciones como éstas alejan toda apariencia de conjetura de la teoría histórica según la cual los grupos tribales de los antecesores de los griegos y romanos poseían en el período que erraban en los territorios en donde después fundaron las dos últimas y más grandes civilizaciones de la antigüedad, el tipo de organización social que, según queda dicho, prevaleció un tiempo entre los pueblos principales del mundo. La institución del culto de los antepasados, á la vez que supone un período anterior y sumamente largo de desenvolvimiento militar, explica la ideogenia del vínculo de ciudadanía en los indicados pueblos.

Esta universalidad del culto de los antepasados se impone por su verdad hasta el punto de que un adversario decidido del evemerismo antiguo y moderno, Tylor, no ha creído necesario negar ó desconocer que la adoración á los *manes* determina una de las grandes divisiones de las religiones de la humanidad. No son difíciles de definir los principios en que se basa ese culto, que no hace más que continuar las relaciones sociales que existen en el mundo de los vivos. El pariente que ha abandonado esta vida, continúa (transformado en divinidad) protegiendo á su propia familia, y ésta le honra y reverencia como lo hacía antes; el jefe difunto vela aún por el bienestar de su tribu, en ella sigue ejerciendo autoridad, ayuda á los amigos, molesta á los enemigos, recompensa el bien y castiga el mal. De aquí el extraordinario rigor con que se mantiene en los grupos tribales primitivos, independientes unos de otros, la solidaridad de los miembros. Siendo todo gobierno en su origen el imperio del hombre más fuerte, que ha llegado á ser objeto de adoración por haber demostrado alguna superioridad á su muerte, supuesta partida para una larga expedición, á la cual le acompañan sus esclavos y concubinas, que se sacrifican sobre su tumba, explícanse las celosísimas precauciones en que se envuelve el privilegio de pertenecer á cada grupo. Sólo en muy contados casos se admitía á un extraño en la comunidad, cuya base era el parentesco; hecho que mucho más claramente se comprende, en su significación religiosa, recordando que los primitivos códigos de moral predican principalmente las virtudes guerreras y el deber de exterminar á las tribus vecinas, cuya existencia ofende al dios.

Recuérdese también que en un principio la concepción de la ciudadanía tenía por condición esencial la consanguinidad exclusiva y perentoria; que en los mismos Estados griegos la posesión de la sangre tribal consistía, para hablar con SEEBOHM, «en el derecho á tomar parte, por ser miembro del grupo, en las ceremonias religiosas comunes, de las cuales se excluía rigurosamente á los individuos de sangre impura y á los extranjeros»; que en todos los *clanes* la relación con las deidades objeto de culto es siempre la misma, representando invariablemente estas deidades dioses ó héroes divinizados, de quienes pretenden descender directamente todos los miembros del grupo; que las deidades veneradas se supone que pertenecen exclusivamente á la comunidad, siendo sus protectoras en la paz y sus aliadas y caudillos en la guerra; y que de la idea de la común descendencia de antecesores divinizados nace por fuerza un sistema de moral cuyo carácter de superioridad con respecto á los extraños casi nos es imposible concebir hoy. Gravosa sobre los miembros, adversaria del vecino, la consanguinidad tribal es opresión en el interior y guerra en el exterior. Ningún extraño podría ser tratado como miembro de la tribu sin incurrir en sacrilegio.

Por esta inducción, seguida paso á paso, viene á sacarse en claro que en Grecia y Roma el derecho de ciudadanía, tal como se conocía y practicaba, era de naturaleza religiosa, fruto de una tradición hereditaria, no espontánea, y asociada á la concepción del parentesco exclusivo dentro del Estado; y á tener suficiencia de documentos, podríamos seguirla de familia en familia hasta las primeras de la fundación de cada *polis* y cada *civitas*. Persuasiva es, ciertamente, la autoridad de WHEELER cuando sin reparo nos dice que la confianza en un primer origen divino era parte esencial del árbol genealógico en las familias nobles. Todos los grandes héroes eran hijos de dioses. Si *Minos* es hijo de *Zeus, Teseo* necesita probar, como muestra el pean de BAQUÍLIDES, que es hijo de *Poseidon*. A los dioses se les elevaba, por su carácter de antepasados, á la condición de ciudadanos honorarios del Estado. Esto era lo que constituía el Estado y lo que le daba dignidad. Era el Estado una sociedad fraternal, á la que pertenecían los grandes inmortales reconocidos como dioses. Por eso los reyes usurpadores, para garantir su seguridad, pretendían persuadir á todos de que ellos habían nacido de una raza de dioses inmortales, sin duda porque pensaban que si los súbditos y todos los demás no los juzgaban como iguales, sino que los adoptaban por dioses, consentirían de buen grado en ponerse en sus manos, como recuerda ESPINOSA. De este modo persuadió á los romanos AUGUSTO de que él traía su origen de *Eneas,* hijo de *Venus,* á quien se creía entre los dioses, y quiso tener templos y estatuas, *flamines* y sacerdotes, por testimonio de TÁCITO. Lo mismo hizo CLEON (según QUINTO CURCIO) en su discurso para convencer á los macedonios á que se sometiesen á la voluntad de ALEJANDRO. Después de celebrar con admiración los hechos de este rey y de elevar su mérito, dió cierto aspecto de verdad á su origen divino, pasando de esta manera á demostrar lo útil de preocupación semejante: *Persas quidem non pie solum sed etiam prudenter reges suos inter deos colere; majestatem*

enim imperii salutis esse tutelam; y, sin embargo, concluye *semet prium, quum rex inisset convivium, prostraturum humi corpus; debere idem facere ceteros et imprimis sapientia praedits.* El ya citado KIDD nota que en una época relativamente reciente de la historia romana se ve sobrevivir la idea, aunque en forma degenerada. Remontándose á tiempos anteriores, cabe decir de los romanos, en frases usadas por el profesor DILL, al hablar del genio idealizado de los pueblos latinos en los últimos días del Imperio de Occidente, que «en todos los pasos de su carrera maravillosa, los antiguos dioses habían sido sus compañeros. Las formas de su religión ancestral estaban entrelazadas de modo inextricable con la fábrica entera del Estado. Encarnados en las leyes, la lengua y la literatura, los instintos más profundos del pueblo, su antiguo culto parecía inseparable de la misma identidad de Roma. El verdadero romano, aunque su fe religiosa pudiese ser tibia ó ligera, heredaba las creencias más antiguas de su raza, según las que los dioses de una ciudad eran partícipes de su suerte.» Las mismas ideas se manifiestan constantemente en la historia griega. En Atenas, escribe SEEBOHM, «es difícil exagerar la conexión real del sentimiento que protegía la posesión de los privilegios inherentes á la sangre tribal con el derecho de ciudadanía». En los Estados griegos se atribuía siempre al vínculo de la ciudadanía profundo sentido religioso, hacíase derivar del supuesto parentesco entre los ciudadanos, «heredando éstos con su sangre responsabilidades para con la comunidad en cuyo seno habían nacido, como si fuese un linaje más extenso».

Faltaría á mi deber si no pusiera aquí que el profundo sentido religioso á que aludo consistía precisamente en que aquel vínculo de la ciudadanía impulsaba á la acción con fuerza incontrastable, de que no dan noción los más elevados ideales modernos en punto á deberes y obligaciones familiares. Motivos desinteresados que hoy no concebimos sino en individuos de mentalidad muy desenvuelta, aparecían entonces como hijos de las supersticiones primitivas y consecuencias de la combinación de muchos sentimientos inferiores: miedo, respeto, amor, veneración, etc. Podemos formarnos alguna idea de la peculiar santidad religiosa inherente al vínculo de ciudadanía, y del espíritu que llenaba la fábrica entera del Estado antiguo, recordando el dicho de CICERÓN de no poder aspirar al epíteto de «bueno» ningún hombre que vacilase en morir por su país, y de ser más sagrado y más profundo el amor debido por el ciudadano á la comunidad de que formaba parte que el que debía á su pariente más próximo. Para los que creen que la única verdad de la vida es lo que pasó, y que con ello debe la humanidad contentarse, sin buscar en quiméricas esperanzas mayores desavíos, semejante tipo de organización social, que es el principio más potente de eficiencia militar que cabe concebir, representa el régimen definitivo deseable para una sociedad puramente política, para una humanidad obsesionada por la supremacía de lo presente. La Ciudad-Estado de las civilizaciones griega y latina no es otra cosa que un *télos* concreto del imperialismo universal, un fin de que es medio la guerra, y la única paz posible en una sociedad de castas. Interpretando el sentir de la mayor parte de los he-

lenistas, el ilustre sociólogo é historiador inglés MAHAFFY ha hecho ver cómo el régimen de castas descrito por HOMERO es la clave para comprender que entonces todo derivaba del principio fundamental de que se debe respeto á la clase y hasta sus dependientes, pero que, fuera de este círculo, aun los más dignos de consideración se miran simplemente como objeto de rapiña. Constitución gubernativa, legislación, derecho; moral social, vida común, todo, en la Ciudad-Estado, con su sacerdocio oficial y su tradición religiosa, procede en línea recta del ideal guerrero de la humanidad primitiva. Por lo que á esto atañe, no se reconoce diferencia alguna entre Grecia y Roma. En una y otra se desenvuelve, como observa el profesor FOWLER, igual género de política, en la que, si bien á impulsos de móviles diferentes, los mismos principios superiores dirigen la organización social á fases semejantes de crecimiento. En una y otra nación existe la misma concepción de la soberanía exclusiva; la misma tradición de la consanguinidad, á la que se atribuye un sentido religioso; la misma institución de un culto común, propio ahora del Estado y confiado á un sacerdocio civil, pero que presenta en todas partes, en sus agüeros, vaticinios y ritos públicos, los caracteres originales de aquella fase de desenvolvimiento religioso en la que las funciones todas se refieren á fines materiales, y el centro de todos los sentimientos se pone en el tiempo presente y en la organización política actual.

Y puesto que hemos convenido en que los mitos, dogmas y cultos, desde los orígenes de la religión hasta nuestros días, deben ser expuestos con la misma indiferencia con que el navegante anota en su diario la dirección de los vientos, agreguemos y reconozcamos que el producto distintivo del culto de los antepasados (la idea de la ciudadanía exclusiva fundada en la mancomunidad de la sangre) constituye el eje en torno del cual gira la vida entera, política, moral y religiosa, del mundo antiguo. A través de la historia de Grecia y de Roma puede observarse que corre la misma idea capital. Cada pueblo, dice el profesor FOWLER, «creía en ciertos dioses mayores, que asociaba á su historia y á su fortuna; y cada uno se imaginaba que estos dioses hallábanse *localizados* en sus ciudades, que no pertenecían á nadie más que á ellos mismos, y que eran incapaces de abandonarlos, á no ser por su propio olvido». Es aquí innegable la identidad de la idea que promovía la actitud de desprecio hacia los no ciudadanos con la concepción fundamental del culto de los antepasados, estando basada la ciudadanía en la mancomunidad religiosa de la sangre por descendencia. En los códigos legales de la antigüedad, como SOHM indica, la antítesis resultante entre los Estados que se excluyen unos á otros es un principio inherente y fundamental. Mucho se ha escrito con juicio ligero acerca de las ideas tolerantes y liberales del período de la historia en que las conquistas habían puesto á Roma en contacto con multitud de pueblos extraños, cuando, como recuerda SANDARS, estaba aquélla empeñada en «atraerse á sus súbditos confederados, concediéndoles privilegios proporcionados á su importancia ó á sus servicios», y cuando el *jus latinum*, el *jus italicum* y, por último, el *jus gentium* ensanchaban, modificaban y eludían el rígido espíritu

exclusivista del *jus civile* primitivo. Pero el evolucionista advierte la poca duración que deben tener en el desarrollo de un proceso de vida que ha traspuesto ya su punto culminante esos fenómenos, que, ciertamente, representan, no un aumento de vitalidad, sino un síntoma de decadencia. Nada menos universal que el derecho romano, y he aquí lo que escribe KIDD acerca de su espíritu: «El principio de la vida y de la civilización militar romana estaba asociado al espíritu del *jus civile*. Las ideas posteriores, lejos de contener la rápida ruina del Imperio, simbolizaban en cierto sentido las causas mismas que la producían. En un pasaje de TÁCITO vemos al emperador CLAUDIO elogiando á hombres de otras tierras que el Senado había admitido á la ciudadanía; pero éste no era el verdadero espíritu de Roma. Roma, al mismo tiempo que declaraba ciudadanos á los poetas griegos y acogía los ritos del Asia y de Egipto, protestaba contra los extranjeros que traspasaban sus muros y ocupaban los puestos de honor, y detestaba á toda sociedad que no le hubiese pedido permiso para existir. Este era realmente el genio del Estado romano en su época de vigor. Había hecho de Roma la señora del mundo, y expresaba la vida interna del inmenso período de desenvolvimiento humano que alcanzó su máximo desarrollo en las antiguas civilizaciones. Era el espíritu que representaba la época de la fuerza, el espíritu del mundo en la era de la supremacía de lo presente, omnipotente, despiadado, material.»

CICERÓN ha dicho en alguna parte que él hubiera querido mejor que HOMERO hubiera trasladado las cualidades de los dioses á los hombres, y no, como hizo, trasladando las cualidades de los hombres á los dioses. A esto contestaba FONTENELLE que el gran orador pedía demasiado, pues lo que en su tiempo se llamaba cualidades de los dioses, no era en modo alguno conocido en los tiempos de HOMERO. Los paganos copiaron siempre sus divinidades conforme á ellos mismos, por lo que los dioses se hacían más perfectos á medida que se hacían más perfectos los hombres. Los primeros de éstos eran muy brutales, y todo lo resolvían en la fuerza; los dioses eran casi tan brutales, y solamente un poco más poderosos: he aquí los dioses del tiempo de HOMERO. Los hombres comenzaron á tener ideas de sabiduría y de justicia; los dioses ganaron, comenzaron á ser sabios y justos, y lo fueron más cada vez, en la proporción en que estas ideas se perfeccionaban entre los hombres: he aquí los dioses del tiempo de CICERÓN, que valían mucho más que los del tiempo de HOMERO, porque muchos y excelentes filósofos habían puesto en ellos la mano.

STRAUSS, bosquejando el sistema que ZELLER había ya sostenido acerca del genio griego, pone de manifiesto que, en oposición á los destinos religiosos de los judíos, los helenos han sido el pueblo humano por excelencia. Su misión ha sido desarrollar la verdadera humanidad. Este hecho está generalmente admitido, pues brilla en el Estado y en las costumbres, en la poesía y en el arte. En la religión se manifiesta por el antropomorfismo de los dioses griegos. El indio, el asirio, el egipcio, no representaban á sus dioses ó seres celestiales bajo la pura forma humana, llena de arte y de gusto, á causa

de que esos pueblos no se formaban de sus divinidades una idea puramente humana. Poco importa que el heleno hubiera recibido sus divinidades de fuera ó de antiguas poblaciones aborígenes: la metamorfosis característica que les hacía él sufrir en su calidad de heleno era siempre la misma. Antes que él, esas divinidades eran los símbolos de las fuerzas cósmicas: él hizo de ellas tipos de fuerzas intelectuales y de instituciones sociales; él las revistió al mismo tiempo de una forma humana cada vez más apropiada y justa. Indudablemente, el sentimiento religioso que ha realizado el ideal humano en los tipos divinos de un *Apolo,* un *Ateneo* y un *Zeus* se eleva muy por cima del que aún no había separado la representación de los dioses de la forma bestial, ni su ser de las fuerzas ciegas de la naturaleza, creadoras ó destructoras. Esto, sin embargo, no quiere decir que los dioses griegos fuesen irreprochables, sobre todo en su principio. Antiguas personificaciones de la naturaleza, confeccionadas á semejanza del hombre en un período de cultura elemental, su esplendor moral iba casi siempre aliado á un aspecto sensual muy saliente. Mas tan pronto como las ideas morales se depuraron, se sintió vergüenza de los horrores de un *Cronos,* de los adulterios de un *Zeus* y de los robos de un *Hermes*. Nuevos poetas, como PÍNDARO, se esforzaron en moralizar los mitos que les repugnaban. Muchos filósofos, y antes que todos el fundador de la escuela de Elea, JENÓFANES, rechazaron más resueltamente los rasgos indignos, y, en general, todos los antropomórficos que HOMERO y HESIODO habían acumulado sobre las figuras de sus dioses. Y todo el mundo sabe que PLATÓN no arrojó por otra causa á HOMERO de su república ideal.

Nada más arraigado en el hombre que su tendencia á antropomorfizarlo todo. Esta tendencia arranca de su constitución mental misma, que le permite componer la naturaleza á imagen y semejanza de su omnipotente arbitrariedad. El antropomorfismo, como ya tuve ocasión de demostrar, es un carácter que figura con gran intensidad en los mitos primitivos, que presentan todos los fenómenos agigantados, desfigurados, misteriosamente amenazadores, atribuyendo vida fabulosa á los objetos y haciendo de ellos otros tantos autómatas movidos por fuerzas ocultas. Empero estas fuerzas no son espíritus de muertos, ni se ve cómo el culto de los dioses de la naturaleza física (resultado de la transformación ó causa primaria del henoteísmo) haya surgido del culto de los muertos (que es una rama del animismo ó culto de los espíritus). En cambio, se comprende muy bien que cada uno de estos antropomorfismos haya podido ser una descomposición especial de un naturismo primitivo en el que se encerrasen la noción de uno ó varios dioses, la de la supervivencia del alma y el rito del sacrificio. Antes de decir «el muerto es un dios», como antes de decir «el sol es dios», es preciso tener ya la idea de Dios.

Los dioses superiores en Grecia, pese á todo su antropomorfismo, eran *en su esencia* superiores á los hombres, y sólo *en sus manifestaciones* les hacían los poetas tomar la forma humana. Si *Júpiter* toma los rasgos de un simple mortal ante *Semele,* es para que ésta no caiga hecha cenizas bajo su olímpica

mirada. Y en cuanto al culto de los emperadores en Roma, aquella adoración, que tan monstruosa nos parece hoy día, muy lejos está de probar la identificación de los césares con los dioses superiores. Cierto que se levantó un altar á Augusto en la confluencia del Saona y del Ródano, y templos semejantes en todas las partes del Imperio; cierto que este culto llegó á penetrar en los santuarios de las familias. No por ello es menos cierto que lo que excitaba una adoración religiosa era la unidad romana, y no los jefes supremos del Imperio. Esto lo explica Lavisse por el estado psicológico de las poblaciones y por el hábito de la superstición aplicado á todo; pero á quien se adoraba en la persona de los emperadores era á la misma Roma, á su fortuna y á la paz por ella establecida en la tierra. Así es como los mismos emperadores comprendían ese culto: no imaginaban, en modo alguno, ser dioses personales.

Hase dicho, con razón, que los dioses se echan á perder cuando se van haciendo nacionales. Los *Elóhim* perdieron su grandeza cuando se convirtieron en *Iohua (Jehová* ó *Iahvé),* dios de Israel ante todo. Aún es menor su grandeza cuando de nacionales pasan á ser locales; y mínima cuando se cambian en domésticos. Y ésta parece haber sido la transición natural, más aún, la que corresponde al tránsito evolutivo del mito de la fase instintiva, semiconsciente, mística, á la fase consciente, poética ó literaria, y de ésta á la fase ética. En la historia de *Deméter,* como en todos los mitos griegos, podemos advertir la acción de tres influencias distintas que la han modelado con diverso efecto en tres fases sucesivas de su desarrollo. Aparece primero la fase instintiva, semiconsciente, mística, bajo forma de leyenda no escrita, transmitida de boca en boca, y cuyos detalles varían al pasar de un lugar á otro, pero *cuya esencia está en ciertos detalles primitivos del mundo natural.* Luego la vemos en su fase consciente, poética ó literaria, en la cual los vates se convierten en depositarios del vago producto instintivo de la imaginación popular, y lo emplean *con interés puramente estético, fijando sus contornos y simplificando ó desarrollando sus situaciones.* Por fin, el mito pasa á su fase ética, en que las personas y los incidentes de la narración poética se interpretan como símbolos abstractos, *por ser ejemplos intensamente característicos de condiciones espirituales y morales.* A través de las aventuras del rapto de *Perséfona* y las vicisitudes de *Deméter* en su busca, tales como las hallamos en el himno homérico, percibe Pater «la confusa concepción con que la edad primitiva en que fueron creados los mitos se representaba los cambios del mundo físico, la sucesión del verano y del invierno, de la cual no poseían explicación científica y sistemática, y en la cual, sin embargo, adivinaban una multitud de agentes vivos, correspondientes á las fuerzas que nuestra ciencia actual distingue por números y nombres. *Deméter* (al principio, en confusa unión, *Deméter* y *Perséfona)* es la tierra, en el orden fijo de sus cambios anuales, y también en todos los detalles y accidentes del crecimiento y decadencia de sus hijos. De esta concepción flotante se apoderan los poetas de épocas posteriores, y crean á *Deméter* y *Perséfona* tales como ahora las conocemos en el arte y en la poesía. De la vaga y flotante unión en que habían

representado juntamente la tierra y sus cambios, surgen la madre y la hija, con funciones propias, especiales, y relaciones fijas, bien definidas, de donde se derivan los incidentes y emociones que llegan á formar una historia patética. Por último, á medida que la actividad literaria ó estética completa el cuadro del poema, el interés ético se hace sentir. Esas extrañas personas (*Deméter* y *Perséfona),* esos maravillosos incidentes, la traslación al *Hades,* las pesquisas de *Deméter,* el retorno de *Perséfona,* se prestan á la elevación y purificación de los sentimientos de dolor y terror, si se presenta á los sentidos y á la imaginación una expresión ideal de ellos. *Deméter* no puede menos de parecernos el tipo del divino dolor (según eruditas opiniones, la *Deméter dolorosa* es el tipo que dió origen á la *Máter dolorosa* del cristianismo). *Perséfona* es la diosa de la muerte, pero simboliza también una promesa de vida futura. Esas tres fases, pues, discernibles siempre, en mayor ó menor grado, en todo desarrollo mítico, y constitutivas de un orden natural en ellos, derivado de las condiciones necesarias de la intuición humana, aparecen claras, acaso más que en ningún otro episodio de la mitología griega, en la historia de *Deméter.* Y así como el himno homérico es la expresión central de su fase literaria ó poética, así las reliquias marmóreas de que hablaré más tarde son la expresión central de lo que he llamado la fase ética. Homero, en la *Ilíada,* conoce á *Deméter,* pero sólo como diosa de los campos, generadora y patrona de las labores del campesino en su orden anual. Ella aparece de pie en el trillo, con el cabello rubio como maíz maduro, y toma parte en el trabajo, mientras el montón de granos blanquea, al ser aventada la paja por los mayales que se agitan en el viento. En los frescos campos cede á los abrazos de *Jasios (Iasión),* provocando los celos de *Zeus,* quien mata con el rayo al amante mortal. La florida ciudad del *Piraso* (= la «ciudad del trigo»), antiguo lugar de la Tesalia, es su sagrado recinto. Pero cuando da los nombres de los dioses ortodoxos, no la menciona Homero. El cual, en la *Odisea,* conoce también á *Perséfona,* mas no con el nombre de *Cora (Kore),* sino como reina de los muertos, la «tremenda *Perséfona*» (= επαινη Περσεφονη), la diosa de la destrucción y la muerte, según las apariencias de su nombre. Ella atiende á las súplicas malvadas de los hombres (como Nuestra Señora de la Noche, Nuestra Señora de los Ladrones y otras Vírgenes patronas de los malhechores en el mediodía de Europa); es la señora y maestra de las sombras de los muertos, á quienes puede conceder un poco más de vida, habitando en su palacio sobre la empinada costa del Océano, con arboledas de escuetos sauces y altos álamos. Pero no hay señales de que Homero la conociera como hija de *Deméter,* y parece apenas tener noticias de su rapto: menciona las riendas áureas y los hermosos caballos de la carroza de *Hades.* El tema principal, con sus más características peculiaridades, tales como se desarrollaron posteriormente, no se encuentra, pues, en el Homero épico, el verdadero. En él encontramos, por una parte, á *Deméter,* como alegre y fresca diosa de los campos, cuyos hijos, si los tiene, deben ser como la pacífica y discreta *Cora* antes del rapto; y, por otra parte, á *Perséfona,* como diosa terrible de la muerte, que presenta á

Ulises las lamentables sombras de los que fueron, y tiene á su cuidado la cabeza de la górgona *Medusa*. Y sólo cuando estas dos opuestas imágenes se unen en una relación íntima, cuando *Cora* y *Perséfona* se convierten en un solo personaje, comienza la mitología profunda de *Deméter*. Esta combinación se realiza en HESIODO, y en tres versos (del 912 al 914) de la *Teogonía* se narra el rapto de *Perséfona* por *Aidoneo:*

> Y luego *Zeus* amó á *Deméter*, la que nutre todas las cosas,
> y ella engendró á *Perséfona*, la de hermosos brazos, quien *Aidoneo*
> robó á su madre, con aunencia de *Zeus;*

verso éste que pertenece á la categoría de aquellos que en la poesía hesiódica son tal vez anteriores á HOMERO. Se ha llamado á HESIODO el poeta de los ilotas, y se cree haya conservado algunas de las tradiciones de aquellos primeros habitantes de Grecia, que habían llegado á ser después una especie de siervos; en lo vagamente sombrío de su concepción de los dioses, que contrasta con las formas heroicas y concretas de los dioses homéricos, acaso sea justo suponer huellas de la silenciosa y tranquila meditación de gentes obscuras, sometidas en la escala social, con ese temperamento cavilosamente soñador que, sin duda, creó la historia de *Perséfona*. De todos modos, es en HESIODO donde las dos imágenes, disociadas en HOMERO (la diosa del verano y la diosa de la muerte, *Cora* y *Perséfona),* se identifican de manera significativa, y aparece por primera vez ese ser extraño, doble, cuya potencialidad desarrollaron luego los poetas, sobre todo la peculiar fusión de esos dos aspectos, llena de sugestiones para la inteligencia castizamente educada: muerte, resurrección, rejuvenecimiento. *¡Despertad y cantad, vosotros que moráis en el polvo!»* De aquí se originaron más tarde los dogmas de la resurrección de CRISTO y de la resurrección de los cuerpos, y, de rechazo, el del fin del mundo y su renovación *(innovatio mundi).*

Han disputado muchos eruditos sobre la procedencia de la mitología griega. Unos, como HUET, suponen que vino del Oriente; otros, que nació en Grecia, original y castiza. VALERA cree que, «sin duda, los primitivos griegos traían ya sus creencias y sus *mythos* desde que emigraron de la cuna de la raza aria, en las faldas del Paropamiso; que fueron después inventando mucho, y que tomaron también no poco de Egipto, de Fenicia, del Asia Menor, de Tracia y de otras regiones y pueblos; pero los griegos, admirablemente dotados por la naturaleza, pusieron en todo el sello de su propio ser: la gracia, la medida, la armonía y el buen gusto instintivo é innato. Como quiera que ello sea, la ficción fué en un principio candorosa, y no reflexiva; tuvo carácter épico, tanto por el sujeto que fingía, cuanto por el objeto fingido. No era la ficción individual, ó se habían perdido las huellas de que lo fuese: era obra de la imaginación colectiva; no era historia fingida adrede, sino creída y soñada; ni era tampoco de casos puramente domésticos, sino importantes al pueblo todo ó á todos los hombres: historia de reyes, de patriarcas, de héroes epónimos, de dioses y semidioses, los cuales, ya como

Hércules, Teseo, Perseo y *Belerofonte,* altos modelos de los ulteriores caballeros andantes, socorrían doncellas, amparaban menesterosos y libertaban la tierra de monstruos y tiranos; ya, como *Baco, Osiris* y los *Argonautas*, se extendían por el mundo, civilizándole en expedición conquistadora; ya, como *Hermes,* inventaban artes que hacen grata la vida; ya, como *Prometeo,* arrostraban la cólera del cielo y del inflexible destino, á fin de salvar, mejorar ó ennoblecer el género humano. Cuando toda esta materia épica pasó de ser oral á ser escrita, y, perdiendo el ritmo de la poesía, vino á ponerse en prosa, la ficción, ó dígase la novela en su más lato sentido, entró en un período importante de su historia, si bien aun apenas aparecía aislada, sino combinándose con todo. Los moralistas se valían de ella para inculcar sus preceptos, y los filósofos y políticos para hacer más perceptibles y populares sus teorías y sistemas. De aquí las fábulas de PLATÓN sobre la *Atlántida* y sobre *Her* el armenio, la del grave ARISTÓTELES sobre *Sileno* y *Midas,* y la de JENOFONTE sobre la educación de *Ciro*. Lo inexplorado hasta entonces de este planeta en que vivimos daba lugar á innumerables *utopías,* esto es, á tierras incógnitas ó muy remotas, donde vivían pueblos extraños, ya por lo monstruoso de su ser y condición, ya por estar gobernados de una manera singular y perfecta, según el gusto de quien transmitía ó inventaba la ficción. Así nacieron y se pusieron en diversos sitios reinos ó repúblicas de *amazonas*, de *pigmeos* y de *arimaspes,* y así surgieron también islas afortunadas: el país de los *hiperbóreos,* amados de *Apolo;* la tierra de los *meropes,* la nación india de los *atacoros* y la *Pancaya* de EVEMERO (1). Y de la misma suerte que, por ignorancia de la geografía, se creaban países y pueblos fantásticos, por el desconocimiento de los casos pasados, emigraciones de razas, conquistas, victorias, civilizaciones, florecimientos y decadencias, nacieron multitud de historias de pueblos primitivos, donde á veces, sobre la leve trama de algunos hechos reales, la fantasía tejía y bordaba mil prodigios. Para dar autoridad á alguna doctrina religiosa ó filosófica, casi se forjaba un personaje y toda su portentosa historia, como la de *Abaris* ó la de *Zamolxis;* y, por el contrario, para glorificación de un personaje real, se forjaba su leyenda. Así se escribieron no pocas vidas, no ya sólo de reyes, héroes y conquistadores, sino también de sabios y filósofos, como la de PITÁGORAS, por JÁMBLICO y PORFIRIO; la de APOLONIO DE TYANA, por FILOSTRATO; la de PLOTINO, por PORFIRIO, y la de PROCLO, por MARINO. Hasta para dar una explicación racionalista á la historia divina, para traer á la tierra los númenes que el vulgo adoraba y reducirlos á la condición y proporciones humanas, se inventaban fábulas no menos increíbles y absurdas que la misma religión que tiraban á destruir, como ocurría con la ya citada *Pancaya* de EVEMERO, quien cuenta hoy, sin las disculpas que él tenía, con discípulos tan brillantes como RODIER y MOREAU DE JONNES.»

---

(1) FRÉRET considera la novela de EVEMERO compuesta *dans le goût de l'«histoire des Sevatambes», du voyage de «Sadeur», de celui de «Jacques Macé»,* etc.

Lo que menos se explica por el criterio evemérico es la transformación completa que sufrió el politeísmo gentílico por el culto idolátrico. Aquí la disparidad es evidente por ambas fases de los orígenes míticos: evidente la prioridad del culto de la naturaleza, y, por tanto, muy presumible la adoración directa, animista ó fetiquista, de los cuerpos naturales (sol, luna, planetas, ríos, montañas, animales, plantas); y evidente el hecho de que los ídolos propiamente dichos no han podido comenzar más que cuando los dioses tomaron en la imaginación de los pueblos la apariencia de seres humanos. Entre el ídolo y el dios fenómeno natural existe la radical diferencia de que el primero, representación clara, es lo que es únicamente en relación con su forma humana, mientras que el segundo, como mito, es símbolo obscuro del poder de un *numen* (exterior). No hay para qué decir que el dios de la nube, por ejemplo, en la nube permanecía, y en el templo sólo su imagen; pero esta *imagen* no era una simple *semejanza:* creíase que el dios habitaba en ella por misterioso modo. Lo que cabe preguntar, considerando que los términos antiguos que han servido para designar los ídolos (εἴδωλον, *simulacrum)* son los mismos que servían para designar las almas de los difuntos ó sus sombras, es si hay efectiva analogía entre estas ideas; y para esta pregunta la respuesta afirmativa se impone con absoluta certidumbre, siendo indudable que de la misma manera que la sombra era un resto del medio vivo, el simulacro, el ídolo, fué una especie de emanación, un doble de la divinidad. Y si convertimos la analogía en identidad, por ser más plausible la idolatría antropomórfica fundada en el culto de los muertos que la idolatría de los fenómenos naturales, tendremos un motivo más para sostener la modernidad de semejante culto ó su poca importancia en las antiguas religiones, al igual de la idolatría. Porque si bien aparecen ídolos en Caldea y Babilonia antes de los tiempos históricos, y son en Egipto muy arcaicos también, en este último país jugaron siempre papel tan liviano, que no los hubo nunca en el santuario íntimo de los templos. Por lo que toca á Grecia, una sola vez, y ésa de paso, se habla en la *Ilíada* de una estatua de *Minerva;* pero fué mucho después cuando la idolatría prosperó. Respecto á Roma, Varrón nos asegura que los primeros ídolos han sido establecidos ciento setenta años después de la fundación de la ciudad. En China y en la India es más reciente aún, no faltando historiador que la suponga comenzada algunos siglos tan sólo antes de la era cristiana, después de la fundación de la religión de Buda.

Broglie no concede á Fustel de Coulanges que la diferencia religiosa entre los patricios y los plebeyos, consistente en no tener los últimos el culto á los antepasados, pruebe que este culto, con la idea de que el muerto es un dios, y con el rito del sacrificio, haya nacido espontáneamente en cada familia patricia de Roma. Manifiesta es la supuesta inverosimilitud de ritos y de doctrinas idénticas que surgen á la vez en varios puntos. Por otra parte, las familias, si existen individualmente antes de reunirse en ciudades, no por ello son primitivas, y sí ramas de un tronco común. El culto de la familia ha nacido, por tanto, en cada familia á la vez; ha nacido en las antiguas familias patriar-

cales, ramas de numerosas familias derivadas. Nada hay de sorprendente, en tal sentido, en que semejante culto sea parecido en una misma raza. En cuanto á los plebeyos, no son hombres que no hayan inventado el culto de familia: son hombres que lo han perdido ó han sido excluídos de él. Por otra parte, la mayoría de los plebeyos eran pueblos conquistados, y debían tener su culto propio de familia.

Parangonando ahora el sistema evemérico de SPENCER con el sistema henoteísta de su compatriota MAX MÜLLER, que ya examiné detenidamente, hallamos ser el último muy superior al otro, y más próximo á la verdad en todo caso. Cierto que el henoteísmo es, como se ha observado acertadamente, un fenómeno local que se encuentra en cierto período de la historia en algunos pueblos, y no el resultado regular de una facultad permanente de la naturaleza humana; en cuyo sentido ha tenido razón SPENCER para oponerle, no sólo el hecho de pueblos ateos ó que no practican más que el culto de los genios, y contemplan el sol y las nubes sin elevarse á la idea de un Dios Unico, sino este hecho aún más fundamental: que los pueblos animistas, hasta cuando creen en un Ser Supremo, no lo identifican siempre con los fenómenos naturales más sorprendentes, concibiéndole á menudo como un espíritu invisible (no precisamente como el espíritu de un muerto, al modo de SPENCER). También es cierto que nada vale replicar que el henoteísmo únicamente tiene sentido religioso en cuanto rigurosamente primitivo, y que su fijación tradicional, escrituraria ó sacerdotal es lo que ha hecho perder al hombre la facultad de lo divino *(sensus numinis);* pues los cantos naturalistas de la India y las inscripciones monumentales del Egipto que MAX MÜLLER invoca, corresponden á un período reciente de la historia: son cantos litúrgicos, inscripciones rituales, cuyo carácter artificial, hierático, acusa el largo trabajo de muchas experiencias místicas, de vastas especulaciones teológicas plasmadas en tales documentos. No es menos cierto, por último, que MAX MÜLLER se equivoca al admitir que lo infinito, percibido en la naturaleza por intuición sensible, sea un ente personal y tenga el carácter moral de un padre y de un juez; lo que el espectáculo del cielo, de la tormenta y del océano puede hacer nacer en el alma, es la idea de algo vago, de un objeto desconocido de espanto y de admiración, y no de una individualidad viviente capaz de entendernos, protegernos y juzgarnos: cabalmente, semejantes atributos morales de la divinidad aparecen en esos cantos védicos y en esas inscripciones jeroglíficas en que MAX MÜLLER quiere mostrarnos la primera aparición del pensamiento de Dios en la inteligencia humana. La admisión en pleno del henoteísmo tropezará siempre con las siguientes dificultades é imposibilidades: 1) dificultad de sacar de un infinito abstracto la concepción concreta de un numen superior y temible, llámese *Varuna, Ammón, Ormuzd, Jehovah, Zeus* ó *Júpiter;* 2) imposibilidad de comprender lo infinito de otro modo que como único, lo que hace absurdo y contradictorio el tránsito del monoteísmo al politeísmo; 3) dificultad de colocar el numen henoteico (monoteísta y politeísta á la vez, síntesis de dos contrarios) en la idea simple de individuo ó persona y en la idea sim-

ple de especie ó clase; 4) imposibilidad de que lo incoherente y complejo sea primitivo, y no producto de ideas derivadas, sobre todo si la dualidad henoteica de monoteísmo y politeísmo implica contradicción; 5) dificultad, aun cuando esta contradicción desapareciese, de que lo incoherente y complejo tocante á la unidad divina sea otra cosa que un resultado de la combinación de elementos anteriores. Pero si todo esto es indiscutible y no hay para qué ocultarlo, lo es asimismo que el hombre, sin necesidad del culto de los espíritus de los difuntos, bajo la excitación de los grandes fenómenos de la naturaleza, puede percibir lo infinito verdadero, la deidad universal. Entendido el henoteísmo en un sentido muy amplio y comprensivo, como en el fondo lo entendía quizás MAX MÜLLER, ningún religionista lo repudiaría como base primordial de toda investigación mitológica. El mismo SPENCER, ¿negaría que esa aparición general de su Incognoscible en la conciencia del salvaje sea racional, aunque poco estable (por lo que ha debido ser fijada por algún signo ó símbolo)? Independientemente de la veneración á los antepasados, ¿hay nada de improbable en que, dada la tendencia del hombre á identificar el signo con la cosa significada, haya el fenómeno natural servido de soporte á la noción religiosa, y convertido en dios al relámpago, á la nube, al sol, al cielo? En este sentido, ha podido decir un crítico filosófico que aunque tales afirmaciones sean erróneas y contradictorias (por ser el sujeto limitado y el atributo infinito, el sujeto múltiple y el atributo único), se concibe que puedan producirse sin que el error se manifieste al espíritu. Semejantes nociones, híbridas y complejas, son más aceptables que la noción evemérica del dios-héroe, dios-muerto, dios-antepasado.

Antes de terminar, quiero hacer una observación que me preocupa. SPENCER, con su teoría, no resuelve, en realidad, el problema del *origen de la religión*. Este problema, bien entendido y rectamente apreciado, se formula así: ¿Cuáles fueron las *causas* que debieron provocar primitivamente la aparición del sentimiento religioso, ó al menos su expansión, una vez dado? Problema independiente y enteramente distinto de este otro, que es el único que SPENCER plantea: ¿Cuál fué la *forma* primitiva de las ideas religiosas? De donde resulta que el evemerismo de SPENCER sólo podría decirnos, aun siendo verdadero, á lo más, lo que fueron las religiones en los primeros pasos de su marcha, dejándonos á obscuras sobre los motivos ó razones que las hicieron nacer en el espíritu individual y en el alma colectiva de los pueblos. Esto será muy positivista, pero también muy poco científico. E inútil parece añadir que el punto flaco de la teoría está en haber estimado SPENCER el culto de los muertos *espontáneamente* nacido en la sociedad y *espontáneamente* transformado en su evolución. De ningún argumento veo que descienda este criterio spenceriano. ¿Acaso la noción de lo divino no pudo nacer por sentimientos de dependencia, por energías de deseo, por discursos de entendimiento y por aspiraciones de voluntad, y ser luego aplicada á casos particulares por la observación de los fenómenos de la naturaleza, que sirvió á los primeros paganos europeos de escala para subir al culto de los dioses olím-

picos? ¡Cómo! ¿Todos esos grandes *númenes* sólo han sido unos *muertos,* no han sido unos dioses?

Suspendo aquí las muchas y tristes observaciones que se ocurren sobre esta idea: ¡Cuando los hombres creen en el Dios de alguna religión de la antigüedad, creen en un hombre muerto! ¡Cuando se reúnen para tratar una cuestión religiosa, no son los vivos, sino los muertos, quienes discuten! ¡Es el alma de sus antepasados, y lo que entonces hacen oir es el eco de la eterna voz de los muertos, á la cual siempre obedecen los vivos! «Las sombras de nuestros antepasados, invisibles y presentes en nuestro nacimiento (exclama Richter), son las verdaderas hadas que se reúnen en derredor de las cunas y nos otorgan dones felices ó funestos, presagios de nuestros destinos.» Hay por necesidad que detenerse: no bastaría un volumen para agotar la lista de las deducciones sombrías y desconsoladoras á que el evemerismo de Spencer conduciría en última instancia. En cuanto á mí, aplazando el desenvolver mi pensamiento para otra ocasión, me limitaré por ahora á dejar consignado que no comprendo el origen de las religiones sin la influencia en el espíritu humano de elementos completamente externos y que nada tienen de común con el culto de los antepasados: tales son las revoluciones de la naturaleza: sucesión de los días y de las noches, de la luz y de las tinieblas, del calor y del frío, del invierno y del verano, de la vegetación y de la esterilidad, de la vigilia y del sueño. Aquí está el verdadero y universal fundamento de la concepción religiosa; lo demás no es ciencia ni hipótesis razonada y transcendental: es una serie de vaguedades históricas, una vuelta á la tradición puramente sentimental y poética que nos habla como de un recuerdo penoso del Egipto, «el país de los muertos, donde nacieron los dioses».

Edmundo González-Blanco.

EL GENERAL SAN MARTÍN

Debo á la amable invitación del Ateneo el honor de dirigiros la palabra. Como el tiempo de que dispongo es breve, permitidme que suprima todo exordio, por la doble razón de que me sería muy difícil pintaros mi gratitud ante la distinción que recibo, así como me parece inútil asegurar que no la merezco: demasiado pronto lo demostraré sin querer.

Cuando el dignísimo presidente de la Sección de Ciencias Históricas me propuso que estudiara la figura del general San Martín, mi primer impulso fué el declinar, por peligroso, tal encargo. San Martín, el oficial que viste veintidós años el uniforme español y adquiere en nuestras filas la maestría pasmosa que ha de emplear más tarde en nuestro daño, se me aparecía figura colosal, de sombrío relieve, cuya grandeza, admirable para el soldado, podía ofuscar y aun herir arraigados sentimientos del patriota.

Mas recordé que iba á hablar en esta casa, que cuenta como el primero de sus títulos el de ser templo inconmovible de la tolerancia y ofrece atención serena á todo examen imparcial; calculé la labor apaciguante del tiempo, y al examinar sin pasión la imagen del ilustre caudillo, se me apareció noble y alta: que así la distancia vela el humo de la hoguera sin amenguar su resplandor.

Y me dí cuenta de que la discreta insinuación del Sr. Labra me confiaba un cometido de paz, de reconciliación suprema y definitiva. Que no ha de considerarse curada la herida, por antigua que sea la cicatriz que la recubre, mientras al tocarla duela. Sólo pudo considerarse llegado para nuestra guerra de la Independencia el período histórico aquel día en que los españoles fueron capaces de escuchar sin protesta el elogio de Napoleón. De análoga suerte, la prueba plena de que ya luce el día de absoluta paz espiritual, de fraternidad sincera entre los pueblos hermanos que el Atlántico une, y no separa, pudiera consistir en este hecho, al parecer sencillo: en que un soldado español pronuncie con respeto, y vosotros escuchéis con simpatía, el elogio del más grande de nuestros adversarios.

En 1778 nace José San Martín en Yapeyu, pueblo del territorio entonces argentino de las Misiones. Es el menor de los cuatro hijos de un capitán leonés, de escasa cultura á juzgar por la caprichosa ortografía de sus cartas, de honradez acrisolada si se atiende á la decorosa pobreza con que abandona el gobierno de ricos territorios. Su madre pertenece á ilustre familia criolla: la dama de linaje no ha vacilado en unir su suerte á la del oficial sin fortuna, tal vez atenta al antiguo proverbio americano: «Marido, vino y Bretaña, de España.»

La primera infancia del futuro guerrero es ruda, semisalvaje: se cría en plena Naturaleza, en esa vida al aire libre que templa los nervios y vigoriza los músculos; los indios le enseñan á montar sin miedo los caballos más indómitos. A los ocho años viene á España con sus padres y hermanos, recibe en el Real Colegio de Nobles cultura muy somera, por lo que se trasluce de su

mediana ortografía, y á los once viste como cadete en el regimiento de infantería de Murcia el uniforme celeste y blanco. Es curiosa coincidencia que impresiona á sus biógrafos la de que luzca desde niño los colores de la bandera argentina. A los trece años pelea en la compañía de granaderos en los treinta y tres días de ataque de los moros contra Orán. Toma lucida parte, andando el tiempo, en la guerra del Rosellón, y al finar el siglo navega trece meses en la fragata de la Real Armada *Dorotea:* con ella es hecho prisionero combatiendo contra el navío de guerra inglés *León*. Toda su vida guardará afición inmensa al mar. Durante su cautiverio adquiere y practica su arte predilecto, la pintura: aquel fundador de repúblicas se ufana de que es capaz de ganarse la vida pintando abanicos.

Una afortunada exploración en el archivo militar de Segovia me ha hecho encontrar documentos ignorados, que aclaran puntos de su carrera en España desconocidos hasta hoy; entre ellos, el relato de una peligrosa aventura de su mocedad, en la que recibe grave herida, causa tal vez de la enfermedad del aparato respiratorio que ha de afligirle en adelante. Al terminar la guerra de las Naranjas, el regimiento de Murcia, escaso de personal, destaca desde Salamanca partidas de recluta á las ciudades vecinas: el teniente San Martín manda la que envían á Valladolid. Torna ya de regreso á banderas, terminado su cometido, cuando en uno de los pueblos de etapa un alcalde marrullero retarda el bagaje que al oficial corresponde, quizás con la esperanza de verle renunciar á él, malhumorado. No piensa San Martín en tal cosa; antes, impertérrito, lo aguarda una hora, dejando que se le adelante su partida. Cuando trata de incorporarse á ella al trote de un desvencijado jamelgo, le asaltan cuatro bandidos.

«Estos Acesinos—escribe San Martín en una instancia en que casi todas las palabras empiezan con mayúscula—pretendieron desde Luego despojarme de cuanto tenía, Apoderándose de mi Maleta, en la que Llevaba 3.355 reales, remanentes de mi comisión. Acordándome de la profesión en que sirvo y el Espíritu que Anima á todo buen Militar, me defendí usando de mi Sable; pero habiendo recibido dos heridas, una en el pecho de bastante gravedad y otra en una Mano, tuve que abandonar los Referidos efectos.»

Ese Espíritu, con E mayúscula, es el mismo que en él rebosa y sabrá imprimir á los Cuerpos que organice.

El año 8 San Martín está en Cádiz; la convulsión popular que mancha con tintas de anarquía el glorioso levantamiento, le alcanza muy de cerca. El es capitán de la guardia del general Solano cuando las turbas asesinan al desgraciado cuanto ilustre marqués del Socorro; calcúlense los sufrimientos de San Martín al no poder salvar á su jefe, á quien admiraba tanto, que conservó su retrato toda la vida.

Cuando Castaños organiza el ejército que triunfará en Bailén, escasean los oficiales de caballería; las aptitudes de jinete adquiridas en su niñez entre los indios permiten á San Martín pasar á dicha Arma y pelear en Arjonilla y Bailén como capitán del regimiento de caballería de Borbón.

A raíz de la gran victoria, por la que se le concede el grado de teniente coronel, término y remate de sus ascensos en España, una grave enfermedad le mantiene postrado desde agosto del 8 hasta mayo siguiente. Entre los papeles de Segovia figura una carta que el marqués de Coupigny le escribe en marzo invitándole «á continuar su mérito», como se decía entonces, en el ejército de Cataluña. «Estando á mis órdenes é inmediación—añade—, podría adelantarle á usted en su carrera.»

A fines de mayo, apenas aliviado de su grave dolencia, pide y obtiene ese destino; los jefes que informan la instancia dicen de él:

«Es notorio que no está totalmente restablecido; pero nos ha manifestado que ya la respiración le permite poder viajar, y que desea con ancia volver á concurrir á la defensa de la actual causa.»

Cuando pide, para emprender la marcha desde Sevilla á Cataluña, que se le facilite por su precio un caballo, le conceden uno «de la clase de inútiles»: él lo atribuye «á no haber expresado su calidad»; pero la Junta confirma la orden anterior, que nos revela su angustiosa escasez. Así el animoso convaleciente se ve obligado á atravesar la España, inundada de franceses, á lomos de un mal rocín, con tanto riesgo de su vida como mengua de su decoro.

Son éstos nimios detalles; pero les da importancia el férreo carácter de San Martín, para quien tales alfilerazos resultan más dolorosos que las estocadas.

No es menos deprimente para su entusiasmo el espectáculo que le aguarda en Cataluña: el hambre y la desnudez de las tropas, la hostilidad altanera de los catalanes hacia Coupigny, cuyo apellido les parece francés, aunque es walón...

El país entero, y muy especialmente los frailes, que predican la guerra santa, se desviven por imaginar conjuraciones y sorpresas que libren á Barcelona cautiva. Un patriota capuchino, Fr. Baudilio del Boy, convence al general de que es facilísimo salvar á Barcelona con auxilio de una conspiración interior. Coupigny manda en ayuda de los conjurados una expedición, que se ve detenida: primero ante un río donde no aparecen las barcas que el fraile prometió, y luego ante los muros de Montjuich, cuyas puertas no se abren, y desde los cuales un sargento francés, que se había fingido traidor, da á los españoles sarcásticamente las gracias por las onzas de oro con tal candor regaladas.

Lo peor es que, después del fracaso, que cuesta la vida á nobilísimos patriotas, el fraile se apresura á achacarlo á la torpeza de la columna, y habla pestes, sin rebozo, del general. En vano éste, justamente irritado, le encierra en el convento de que es guardián; Fr. Baudilio se fuga y marcha á querellarse á Sevilla.

Aplastante para él resulta la acusación detallada y sincera de Coupigny; pero tercia el general marqués del Palacio apadrinando al fraile, de quien dice que, «á no haber tenido la rivalidad del cartujo que dominaba á Coupigny, según voces, no dudo que hubiera tomado el Montjuich de Barcelona, cuyo flaco conoce como nadie el esforzado religioso». No escatima elogios al buen

padre: «es utilísimo—dice—; no tiene el menor apego á honores ni intereses; es un perfecto capuchino que sólo quiere salvar á Barcelona del poder del enemigo, ó perecer en la demanda.»

En vista de este decisivo informe, la Junta desautoriza á Coupigny, quien cae en tal desgracia, que no vuelve á ejercer mando importante en el resto de la guerra. Consecuencia de ello será la postergación absoluta que abruma á San Martín como una losa de plomo. Fácil es también imaginar su desencanto ante aquellas intrigas de capuchinos, cartujos y generales.

Situación extraña: en aquella pelea interminable que sacude á la Península en convulsión continua, ni un empleo, ni una cruz, y, lo que es peor, ni una batalla reconforta el ánimo de aquel soldado. El año 10 está en Lisboa viendo á los ingleses preparar en sesuda expectativa las líneas de Torres Vedras. Allí anuda amistad estrecha con lord Macduff, más tarde conde de Fife, un noble aventurero, soldado voluntario en la guerra de España; el prototipo de aquellos animosos ingleses, paladines de los pueblos oprimidos, que en el primer tercio del siglo XIX imprimen á la política internacional el tono romántico que más tarde resonará en la escena.

Sin duda, el joven lord, imbuído en los propósitos de su nación, que defiende en Europa á la que ayuda á despojar en América, recuerda al argentino de nacimiento sus deberes para con la Patria de su niñez, que pelea, también por su independencia, allende los mares; tal vez despliega ante sus ojos los horizontes de gloria que se ofrecen al soldado que sepa realizar con su espada la evolución histórica que se avecina; ¡cuánto más amplios que los que brinda nuestra guerra del hambre, que hace exclamar á Girón por aquellos meses!:

«Se ha dicho antes de ahora que en las contiendas de las naciones quedaba victoriosa la que tenía el último peso duro; mas yo creo que en esta guerra vencerá el que tenga el estómago más fuerte para quedarse más días sin comer.»

En febrero del año 11 una reclamación de pagas atrasadas señala la presencia de San Martín en Cádiz. Allí funciona la Sociedad secreta Hijos de Lautaro, nombre, como sabéis, del héroe araucano que Ercilla pinta luchando y muriendo por la independencia de su país. La logia lautarina se dedica á ganar para los insurgentes á los numerosos oficiales americanos que pelean bajo nuestras banderas, y San Martín, afiliado en ella, caldea en la llama de fogosos discursos la decisión inquebrantable que ha de ser en lo sucesivo norma de su vida: la de liberar á América.

En la absoluta carencia de datos acerca de este instante crítico en la vida de San Martín, los historiadores americanos describen una supuesta fuga patrocinada por los ingleses. Con placer sincero hemos hallado en Segovia prueba definitiva de que el valeroso soldado no entró en el templo de la fama por puerta tan menguada. He aquí el informe que acompaña á su instancia pidiendo el retiro:

«Serenísimo señor: Es cierto que este oficial sirve los veintidós años que dice, según su hoja de servicios, y en ella constan sus méritos particulares de

guerra, por los que merece consideración. Creo fundados los motivos que expone para solicitar su retiro y pasar á la ciudad de Lima con objeto de arreglar sus intereses, perdidos y abandonados por las razones que manifiesta, y asegurar su subsistencia y la de los dos hermanos que quedan sirviendo en los ejércitos de la Península. Sin estas causas tan justas, no creo pediría alejarse de nuestra lucha este oficial antiguo y de tan buena opinión, como ha acreditado principalmente en la presente guerra; y así, entiendo que puede obtener el retiro que pide, cuya gracia proporciona al mismo tiempo al Erario el ahorro de un sueldo de agregado que disfruta este capitán en la caballería, sobrecargada y sobrante de oficiales de todas clases.»

A muchas consideraciones se presta este documento, ignorado hasta el día. En primer lugar, honra la memoria de San Martín el que no sea una fuga subrepticia y censurable el remate de veintidós años de distinguidos servicios. Llama la atención que señale á Lima como lugar de su destino y hable de intereses abandonados en una ciudad donde no posee ni un palmo de tierra. Claro es que no puede decir que marcha á Buenos Aires, en plena insurrección entonces; mas no cabe dudar que aquel taciturno, de voluntad indomable, no pronuncia á humo de pajas el nombre de la capital del poderío español. Lima será, como veremos, el fin de su trazado camino; los intereses abandonados cuya gestión le atrae son los de América, cuya independencia va á ser el objeto exclusivo de la vida de aquel hombre-misión. Diez años han de pasar antes que logre entrar como libertador en Lima; pero es indudable que el punto inicial de esta acción remota está en aquella instancia de retiro, en la que, al abandonar las filas españolas, señala de modo terminante el fin de su carrera portentosa y tenaz.

Por otra parte, la prueba triste de la profunda miseria con que lucha nuestro país en aquellos años de sufrimiento y de gloria se condensa en el hecho de que la pérdida del bizarro capitán no despierte en los que le conocen otra idea que la del ahorro de un sueldo «en la caballería, sobrecargada y sobrante de oficiales de todas clases».

Abordemos el problema. ¿San Martín fué un desleal?

En nuestro criterio un tanto estrecho y simplificador, huyendo de los términos medios y los matices complicados, nos gusta clasificar á los hombres en pocas casillas: buenos, ó malos; héroes, ó traidores.

En la poco estudiada guerra de separación de las Américas, nuestro amor á las cosas claras nos lleva á creer que en aquella lucha estaban perfectamente deslindados los campos: de un lado americanos, del otro españoles, encendidos en guerra sin cuartel...

¡Craso error! En las filas realistas predominan en todo tiempo los americanos; en las opuestas el número de españoles es crecidísimo.

¿Traidores aquéllos á América? ¿Traidores éstos á España? Ese es el juicio somero y rápido del que esquiva las dificultades por no vencerlas.

En aquella guerra se debate algo distinto de una mera posesión: los ardientes anhelos de independencia son, en el fondo, una forma del ansia de li-

bertad. En sus comienzos la guerra de América es una discordia civil, de americanos contra americanos. España, invadida por los franceses, apenas puede intervenir en ella. Nuestros adversarios serán: primero los intelectuales, los abogados en particular; luego, el clero en su inmensa mayoría y la juventud ilustrada, ávida en todo tiempo de cambio y novedad. Junto á nosotros se agrupan los que aman el pasado, ó porque en él se cimenta su bienestar de poderosos, ó porque, en su honda incultura de campesinos, repugnen el cambio brusco que los intelectuales quieren imponerles, y que ofende á sus rutinarias prácticas religiosas ó políticas. Americanos tradicionalistas contra americanos liberales: ésta es la lucha. Por eso Buenos Aires, ciudad nueva y democrática, emporio del país productor, será el foco candente de la revolución, mientras Lima, la capital aristocrática, enriquecida y muelle, centro de todos los intereses creados por el sistema colonial, será el alma de la tenaz defensa.

Allí se libra la batalla eterna entre los partidarios de lo antiguo y los amantes de lo nuevo; entre los que quieren conservar lo heredado y los que aspiran á mejorar su fortuna variando lo establecido. Entre los primeros hay muchísimos más americanos que españoles. Innumerables son, en cambio, los peninsulares que pelean por la independencia de América. Que hay para ello poderosas razones en el orden económico. Los aventureros españoles que han dejado el terruño por perseguir á la fortuna son los que se duelen más profundamente de las cadenas comerciales (únicas existentes) que atan con los privilegios del monopolio exclusivo á todos los productores, al obligarles á limitar su producción á los pedidos de los comerciantes de la Península. Esta es, como dice el conde de Ofelia, «la gran queja de las Américas».

Según las ideas de la época, una colonia es una propiedad que el dueño explota á la medida de sus necesidades y conveniencias; una finca de la metrópoli. La explotan los comerciantes: la colonia compra caro lo que nos place enviarla, y nos vende barato, porque sólo nosotros podemos adquirirlos, sus productos mejores. Mientras la casa es grande y la finca pequeña, todos sus productos hallan apropiado empleo; mas si la casa decae y la finca decuplica su producción, la crisis tiene que llegar.

Es el aumento considerable de la capacidad productora en aquellos países á fines del siglo XVIII lo que excita el ansia de los extranjeros por conseguir el libre comercio con América, á la vez que despierta en los productores americanos, criollos ó españoles, la convicción de que su riqueza depende de que se logre tal fin.

Mas nuestros comerciantes, habituados á la fácil ganancia fruto del monopolio exclusivo, se opondrán furiosamente á renunciar á sus ventajas. Comerciantes monopolistas constituyen en Buenos Aires lo más granado del partido español, que capitanea Alzaga; comerciantes monopolistas forman la opinión que en España rechazara indignada, por boca de la Regencia de Cádiz, las propuestas de Inglaterra, que se ofrece á apaciguar la insurrección americana si se le concede libertad de comerciar con las colonias. Aun en nuestros días ese espíritu de los monopolistas perdura y se condensa en aquella exclama-

ción que resonó en nuestras Cámaras: «Pues ¿para qué son las colonias sino para eso?»

Así, en el terreno económico, la batalla se da entre los comerciantes enriquecidos por el monopolio y los productores empobrecidos por él. La eterna ley del menor esfuerzo explica situaciones al parecer complejas y define actitudes contradictorias, á las que impropiamente se han venido aplicando los epítetos de traición horrenda ó lealtad inquebrantable.

Por otra parte, para penetrar en el estudio del caso concreto que San Martín representa, hay que empezar por reconocer que el concepto de la patria no reviste en casos tan anormales el carácter absoluto de que nos complacemos en rodearlo. ¿Cuál era la patria de aquel nacido en América, de madre americana aunque de padre español?

Tal vez hallemos la respuesta en esta frase que Mitre emplea en la biografía de Blanco Encalada, alférez de navío en la Armada española: «hijo de Buenos Aires y de madre chilena, pero *chileno por elección...*»

Esta es la realidad: aquellos hondos problemas se resolvían eligiendo la patria. Los hermanos de San Martín, su madre misma, criolla por los cuatro costados, eligen á España y mueren en ella y á su servicio; el que por más joven vivió muy poco en su país natal, siente, sin embargo, la vocación que le impulsa á consagrarle su vida; no por ambición mezquina, que no cabe en quien se negará con energía á todo ascenso en su carrera y renuncia á la gloria misma en el instante en que cree su presencia perjudicial á la causa de América.

Llamar desleal á España á aquel americano por nacimiento y por elección, fuera estrechez de criterio que no comparten los escritores de allende los mares al juzgar á los infinitos americanos que pelearon por España.

Los españoles mismos que pelean por la independencia de América son mencionados por Mitre en esta forma:

«El Cuerpo de Ingenieros recibió un valioso contingente en la persona de D. Domingo Arcos, *español liberal* que prestó importantes servicios.»

Esto confirma lo que antes decíamos: la lucha fué de ideas, de principios, no de razas; de tradicionalistas contra liberales; no fué nacional hasta los últimos años.

San Martín, á su llegada á Buenos Aires, comprende, á la vista de aquellos tropeles de patriotas en los que el entusiasmo se esfuerza por reemplazar á la disciplina, que no cabe edificar sobre suelo tan inconsistente. Necesita forjar la espada que ha de esgrimir después con tal fortuna.

Urge, ante todo, organizar un cuerpo que sirva de modelo á los demás; ésta será su primera creación: la del regimiento de granaderos de á caballo.

Para plantel de oficiales que aprenderán á sus órdenes á obedecer para mandar, elije cuidadosamente entre los jóvenes de las mejores familias; estudia el temperamento de cada aspirante, somete los nervios á la prueba del impensado peligro en alarmas nocturnas, y expulsa á quienes no la resisten, porque «sólo quiere leones en su regimiento».

A imitación de Cromwell, que exalta á sus soldados de hierro por la fe religiosa, San Martín despierta en los suyos un sentimiento nuevo, el del honor militar, acrecido por la característica de los soldados profesionales, el espíritu de cuerpo. Para ello, instituye breve código que castiga con expulsión ignominiosa el agachar la cabeza ante las balas, el hablar mal de un compañero con oficiales de otros cuerpos, el poner mano en una mujer aun siendo insultado por ella; artículos que traen á la memoria el ambiente caballeresco que en España respiró.

Organizado el regimiento, San Martín será su coronel: pronto el afortunado combate de San Lorenzo lo rodea de una aureola de prestigio que se acrecerá de día en día.

Derrotado duramente el ejército argentino en Vilcapugio y Ayohuma por el general Pezuela, que, como artillero, conquista la victoria por el número y buen manejo de sus cañones, Belgrano, el abogado á quien improvisan general, pide relevo, enfermo de cuerpo y espíritu. San Martín, nombrado para reemplazarle, quiere conservar á su antecesor los honores del mando; pero Belgrano, dando noble ejemplo de patriotismo, no sólo renuncia á la jefatura, sino que permanece al frente de un regimiento, á las órdenes del nuevo comandante.

San Martín comienza la reorganización del ejército batido y desmoralizado por la instrucción de aquellos jefes y oficiales, cuya bravura iguala á su indisciplina. Una anécdota nos permitirá formarnos idea de la situación. San Martín dedica las primeras conferencias de la academia de jefes por él creada á una escuela de voces de mando que preside en persona. El da la voz que deben repetir: Belgrano el primero, Dorrego después, y sucesivamente por categorías los demás. Repítela Belgrano con más buen deseo que marcialidad, y al oirle Dorrego suelta el trapo. San Martín le mira y dice secamente: «Señor coronel, hemos venido aquí á uniformar las voces de mando.» Vuelve á dar la voz, y al repetirla Belgrano, torna Dorrego á su risa impertinente. Entonces San Martín empuña un candelero de bronce, da con él recio golpe en la mesa, y añade sin soltar el candelero: «He dicho, señor coronel, que hemos venido á uniformar las voces de mando...» El tono y el gesto dominan al imprudente.

Natural es que San Martín describa á tales oficiales con estas palabras: «La oficialidad, además de ignorante y presuntuosa se niega á todo lo que es aprender, y es necesario estar constantemente sobre ellos para que se instruyan, al menos, de algo que es absolutamente indispensable que sepan.»

El general Belgrano, procesado por sus derrotas, escribe al Gobierno «que su defensa se reducirá á decir que nada sabía de milicia, y que, á pesar de ello, sus paisanos se habían empeñado en hacerlo general». Este era el ejército argentino antes de que lo mandara San Martín.

Al terminar el año 14 la revolución americana atraviesa una hora crítica. Los insurgentes de Chile son definitivamente derrotados en Rancagua; en Venezuela, Bolívar tiene que ceder ante el empuje y fiereza de los llaneros,

campesinos del país que pelean denodadamente por la causa del Rey, á las órdenes de Boves y Morales. En Quito los republicanos son vencidos por la decisión y arrojo de los americanos realistas, especialmente por los indomables habitantes de Pasto y Patía. En Méjico triunfan por doquiera las tropas de la metrópoli. Perú sigue siendo baluarte firmísimo del poderío colonial.

En la Argentina, único territorio que no ocupan los realistas, crece y se propaga la disolución interior: el Paraguay, independiente, cae en el despopotismo del taciturno dictador que se llamó el doctor Francia; las demás provincias van subdividiéndose en estados independientes que, en odio á Buenos Aires, aspiran á gobernarse á sí mismos; aun dentro de cada una, reaccionando contra el predominio de las clases directoras, los campesinos, los gauchos, ejercen el despotismo semibárbaro de su bravura y se reúnen sin plan, á las órdenes de caudillos obscuros, agrupados por el brutal instinto de las muchedumbres Aquello es el comienzo de la anarquía.

En medio de situación tan crítica, la clarividencia de San Martín es asombrosa. En primer término, la práctica adquirida en nuestra guerra de la Independencia le sugiere la idea que ha de cerrar para siempre á los realistas el paso hacia el interior de la República. Quien vió con asombro los efectos de nuestras guerrillas, desesperación de los franceses, es lógico que trate de suscitarlas en su nuevo campo. Su golpe de vista le hace comprender el valor imponderable de un nuevo elemento de guerra que el país le ofrece: el gaucho.

Hasta entonces las fuerzas patriotas se han reclutado con preferencia en las ciudades, entre las clases acomodadas ó, como entonces se decía, entre los jóvenes decentes. San Martín comprende las ventajas de agrupar en tropas irregulares aquellos campesinos ganaderos, á quienes la rudeza misma de su existencia semisalvaje y su perfecto conocimiento del país, dan incomparable aptitud para la guerra de guerrillas. El hábito de manejar, en lucha perpetua con los indios, toda clase de armas, además del lazo y las bolas que les son peculiares, hace temibles á aquellos jinetes desde la infancia, que así atraviesan al galope bosques espinosos, contra los que les protegen sus guardamontes de cuero, como trepan ó descienden á carrera tendida por los riscos más empinados, y son tan buenos tiradores desde el caballo como tendidos en tierra, haciendo trinchera de sus dóciles cabalgaduras.

En aquella guerra de asechanzas son enemigos formidables: machetean á descuidados forrajeadores, cazan á lazo los centinelas, roban nuestros caballos mientras pastan, ó matan de hambre á los que no pueden robar. Luchan apareciendo inesperados con rapidez de alud y disipándose como sombras en cuanto hallan resistencia; así mantienen en perpetua alarma á sus enemigos, que, hostigados sin tregua, no se sienten dueños ni aun de la tierra que pisan, erizada de impensados peligros. Una noche los gauchos lanzan contra el campamento dormido la carga exasperada de 2.000 potros salvajes que el espanto enloquece, y á quienes los diestros ojeadores acosan con gritos y disparos. Otra vez atraen diestramente á sus contrarios hacia el centro de una llanura cubierta de altas hierbas agostadas, á las que prenden fuego desde todos los

puntos del horizonte; los realistas ven avanzar hacia ellos aquellas oleadas de llamas que los cercan; su jefe tiene la presencia de ánimo de conducirlos á un pantano, en cuyas aguas hallan refugio contra el fuego...

Ahora bien; los gauchos, temibles en el llano, resultan de escasa utilidad en las montañas: de ahí que las tropas argentinas detienen á sus adversarios en la provincia de Salta, mas son vencidas en cuanto tratan de invadir la región montañosa del Alto Perú. San Martín adivina que este fenómeno se repetirá siempre, y en vez de inmovilizar sus tropas en la defensa de la frontera, organiza las partidas de gauchos que opondrán valladar infranqueable á toda invasión.

Al mismo tiempo, su mirada penetrante descubre el verdadero camino, no sospechado hasta entonces por ninguno de los contendientes en los cuatro años de estériles embestidas.

A los tres meses de tomar el mando, escribe á un amigo íntimo:

«La Patria no hará camino por este lado del Norte que no sea una guerra defensiva, y nada más; para esto bastan los valientes gauchos. Un ejército pequeño y bien disciplinado en Mendoza bastará para pasar á Chile. Luego, aliando las fuerzas, pasaremos por el mar á tomar á Lima: ése es el camino, y no éste.»

Pensar en aquel difícil período en la posibilidad de reconquistar á Chile sin disponer de un hombre, de dominar al Pacífico sin tener un barco, y de llevar por mar la guerra á Lima, el baluarte de la dominación española, parece plan tan audaz, que raya en locura. Mas ésa es la línea que separa á un genio de un loco: éste, acariciando quimeras, se contenta con creerlas realidades; aquél sueña en lo increíble, y lo realiza.

Por aquel tiempo su enfermedad del pecho le produce vómitos de sangre, obligándole á dejar el mando. Ya su prestigio es tal, que cuando marcha á convalecer á la sierra de Córdoba, se oculta su partida para evitar «la consternación y el desconsuelo general que produciría su separación».

Una vez repuesto, da principio á la ejecución de su plan, que oculta cuidadosamente porque haría reir á todos, haciéndose nombrar gobernador de Cuyo. En Mendoza, capital de la provincia, al pie mismo de los Andes, va á pasar dos años y medio, organizando, entre escaseces inenarrables, el ejército que llevará á través de la cordillera. La provincia de Cuyo cuenta apenas en aquella época 40.000 habitantes, á quienes la lucha con los indios hace aguerridos y diestros en el manejo de las armas.

Para allegar dinero San Martín pone en juego todos sus recursos: organiza y fomenta la tributación, exige donativos en metálico y en especies, acude al secuestro de fondos de obras pías, á la venta de propiedades del Estado, y, sobre todo, levanta los ánimos á las alturas del patriotismo más abnegado y ardiente.

He aquí su bando famoso al anuncio de la próxima llegada de la expedición de Morillo:

«Desde este instante el lujo y las comodidades deben avergonzarnos. Desde

hoy quedan nuestros sueldos reducidos á la mitad. Y graduaré el patriotismo de los habitantes por su generosidad. Al indolente se lo arrancaré imperiosamente, á la fuerza. Cada uno es centinela de su propia vida.»

Al dar cuenta al Gobierno de esta disposición, añade: «La necesidad de existir es la primera ley de los Gobiernos. Cuando la Patria peligra, todo es justo, menos dejarla perecer.»

Impulsadas por tales ejemplos, las damas de Mendoza se presentan al Cabildo, y en presencia del pueblo se despojan de sus alhajas pronunciando frases patrióticas: «Los diamantes y perlas sentarían mal en la angustiosa situación de la Patria, que exige sacrificios de todos sus hijos; y antes de arrastrar las cadenas de un nuevo cautiverio, oblamos nuestras joyas en su altar.»

Así se forma en los pueblos nacientes el sentimiento del patrio amor.

Mitre representa á San Martín en este período de su vida infatigable y aislado, con amigos, mas sin confidente ni consejero. Mayor que su talento es su voluntad; mejor que lo que dice es lo que hace. Su vida modesta es ejemplo de labor perseverante: nada se le escapa. Mitre copia el trabajo de un día en el *memorándum* que con el título «Acuerdos» lleva San Martín de puño y letra, y dice á este tenor:

«El granadero Ahumada se queja del alférez Arias por haberle dado de palos en formación.—A Pescara, que los 400 caballos que mande sean escogidos. Domingo Macías, 50 pesos de multa por haber robado un poncho.—Reunión de herradores, y herrar la mejor caballada.—Al jefe de la caballería, orden para aumentar 40 solteros.—Que hay un Gregorio Blanco útil para perseguir desertores y vagos: si lo cree útil se comisione.—Albino Rodríguez, que tiene un sable, quién se lo ha vendido, y en qué estado.—El portugués Alejandro Gómez debe poner en caja 300 pesos de multa.—Oficio al cura, que el 1.° de mes no ha puesto en caja la masa decimal...» Y así cinco páginas de imprenta.

En aquella época San Martín cuenta treinta y siete años; pero su salud está destruída: no puede dormir más que sentado, y á fuerza de opio; padece del estómago, del pulmón y el cerebro; pero su férrea voluntad se sobrepone á los padecimientos físicos y al abatimiento moral. Al finar el año 15, la revolución sufre otra tremenda crisis. Dominadas por Morillo Venezuela y Nueva Granada del Atlántico al Pacífico, sojuzgados Chile y el Alto Perú, el ejército argentino, mandado por Rondeau, experimenta en Sipe-Sipe la derrota más desastrosa de la revolución.

El desaliento en el país es grande. Los realistas celebran con un *Te Deum* en todas las catedrales de la Monarquía aquella victoria que juzgan definitiva. En vez de ceder á la impresión deprimente, San Martín reúne en alegre convite á sus oficiales, á quienes preside como nunca franco y risueño.

A la hora de los brindis exclama con enérgica voz:

—¡Por la primera bala que se dispare contra los opresores de Chile del otro lado de los Andes!

El secreto está descubierto. Aquélla es la declaración de que San Martín se dispone á tomar la ofensiva, que va á cambiar la suerte de la guerra.

Chile, país agricultor, creyente, de organización feudal, próspero y dichoso, no ha sentido espontáneamente la agitación de la fiebre revolucionaria. Veamos cómo describe á su patria en aquella época el historiador Vicuña Mackenna:

«El alma remojada en agua bendita y los labios húmedos del vaporoso chacolí, dormía Chile, joven gigante, manso y gordo, semibárbaro y beato, su siesta de colono tendido entre viñas y sandiales; el vientre repleto de trigo para no sentir el hambre, la almohada repleta de novenas para no tener miedo al diablo en su obscura noche de reposo.

»No había por toda la tierra una sola voz ni señal de vida, y sí sólo hartura y pereza. En ninguna parte se sentía el presagio de aquella maternidad sublime de que la América venía sintiéndose inquieta con el germen de catorce naciones.»

La primera revolución, promovida y encauzada por el argentino Rozas, ocasiona á aquellos afortunados apacibles tantas desdichas é inquietud tan desventurada, que los soldados de la expedición de Osorio, enviada por el virrey del Perú, son recibidos como libertadores. Pero la semilla revolucionaria queda regada con sangre; las represalias y venganzas la harán fructificar, despertando el odio, antes desconocido, entre españoles y chilenos.

Osorio, con sus 5.000 hombres alentados por la victoria, debía, según las instrucciones de aquel admirable virrey que se llamó Abascal, cruzar los Andes para atacar á los argentinos. A un mismo tiempo concebían dos hombres perspicaces la gigantesca maniobra que había de dar la victoria á quien supiera ejecutarla.

Aunque el Gobierno argentino declara al principio absurdos sus atrevidos proyectos de invasión, San Martín insiste en ellos, detallando su plan en esta forma:

«Es de capital interés ocupar á Chile para abrirse el camino del Pacífico y buscar al enemigo por él. Lograda esta empresa, el Perú será libre: Lima sucumbirá.»

La idea es tan exacta y luminosa, que se va abriendo camino: en julio del 16 quedan aceptados en principio los planes del terco general.

Largo sería de contar cómo hace surgir de la nada un ejército.

Su mirada perspicaz sabe hallar auxiliares excelentes donde menos se pensaba.

El jefe de su Maestranza, el que forja las armas é inventa los artefactos para el paso de la cordillera, quien fabrica cureñas y cartuchos, mochilas y monturas, herraduras y zapatos, es un franciscano, Fr. Luis Beltrán, hijo de francés: él enseña, uno por uno, sus oficios á 300 operarios, y su ingenio fecundo suple la falta de todo: fabrica pólvoras y mixtos; elabora paños convirtiendo un molino en batán.

El director Pueyrredón, ya convencido de la grandeza del proyecto, presta á San Martín ayuda franca.

«Van los vestuarios—escribe—, van 400 monturas, van 1.387 arrobas de

charqui, van los 200 sables, van 200 tiendas de campaña, y no hay más. Va el mundo, va el demonio, va la carne. Y yo no sé cómo me irá con las trampas en que quedo para pagarlo todo. A bien que si quiebro, me voy yo también para que usted me dé algo del charqui que le mando, y... (aquí un taco) no me vuelva usted á pedir más, si no quiere recibir la noticia que he amanecido ahorcado de un tirante de la fortaleza...»

Todavía hacen falta 1.500 caballos y 13.000 mulas, y balas, y cartuchos, y dinero, que el Gobierno declara imposible suministrar. En situación tan difícil, la energía de San Martín raya en lo sobrehumano.

«Si no puedo reunir las mulas que necesito—escribe—, me voy á pie. El tiempo me falta; el dinero ídem; la salud mala, pero vamos tirando hasta la tremenda. Ya estamos en capilla para nuestra expedición. Puede calcularse cómo estará mi triste y estúpida cabeza. Todo falta, pero todo se hace. Para el 6 de febrero estaremos en el valle de Aconcagua, y para el 15 Chile es de vida ó muerte.»

Con dos días de retraso estuvo al otro lado de los Andes; tres días antes del prefijado había vencido.

Con razón preocupaban á San Martín, más que las batallas de los hombres, las luchas contra la Naturaleza. Las montañas de los Andes son desnudas y áridas; sus valles, profundas grietas en cuyo fondo braman los torrentes; como el agua se rezuma en los pedregales, escasea siempre en aquellos áridos desiertos, poblados de cactus de extrañas formas. Falta todo alimento; en cambio, abundan los insectos zumbadores y dañinos.

El camino consistía en estrecho sendero de cascajo movedizo, cruzando á cada paso las aguas impetuosas de los torrentes; en 1817 se suplían los puentes con grandes troncos, y en los pasos de mayor anchura, con cordajes de cuero ó de pita torcidos y embreados, formando un apoyo movedizo casi imposible de salvar á caballo.

Los sitios más peligrosos son los salientes en cornisa, medio obstruídos por los peñascos, y en los cuales el cuerpo del jinete queda colgando sobre el abismo, en cuyo fondo braman las aguas mugidoras.

El 19 de enero de 1817 salió de Mendoza el grueso de aquel ejército de 4.000 soldados; á pesar de las dificultades inmensas, el paso se realizó con esa facilidad que se observa en todo lo bien estudiado y previsto. Hombres y cargas marchaban á la desfilada por el borroso sendero bordeando barrancos. Infantes y jinetes montaban en sendas mulas, y los últimos llevaban los caballos atados á la cola de sus cabalgaduras. La conducción de la artillería fué dificilísima: los cañones iban en parihuelas colgando entre dos mulas, pero á cada paso había que arrastrarlos por la nieve envueltos en cueros de buey, ó izarlos con un cabrestante colgados sobre los precipicios.

Los sufrimientos eran grandes: al calor ardiente del día reemplazaba de noche un frío glacial, combatido con hogueras en que ardía, juntamente con las raíces de la valeriana, la madera de las casuchas del camino. Se desarrolló entre los expedicionarios la puna ó sorocho, mareo y catarro de las altu-

ras, mortal á veces, y contra el que se emplean como antídotos el ajo y la cebolla.

San Martín animaba á todos con su ejemplo y constancia, procurando auxilio á los enfermos, alentando á los débiles con alegres palabras. Aquellos soldados, á quienes su general había infundido confianza por su labor tenaz é inteligente, se unían á él por el lazo indestructible de las dificultades vencidas y los sufrimientos compartidos.

El 8 de febrero el grueso llegaba á Santa Rosa de los Andes, mientras el parque y las piezas bajaban de Uspallata á las órdenes de Fr. Luis Beltrán, muy orondo con su uniforme de capitán de Artillería, sin perder un solo cañón. De las 10.000 mulas sólo llegaron 4.000; de los caballos, un tercio, y en deplorable estado.

. . . . . .

Imposible sería describir, ni aun citar, en tan corto tiempo las batallas que dan á San Martín el dominio de Chile, los triunfos de Chacabuco y Maipu, separados por la derrota de Cancha-Rayada, en que el valor del heroico Ordóñez le arranca la bien preparada victoria.

Imposible detallar la perseverancia con que logra de Chile la compra de una escuadra que, al mando del audacísimo lord Cochrane, les asegura el dominio del Pacífico, así como la habilidad con que decide á los vacilantes á realizar la invasión del Perú; no cabe detallar como merecen sus triunfos sin combate, esas victorias de opinión en que es maestro, y con las que sabe convertir en favorables y enardecidas las más apáticas indiferencias.

Pero hay un rasgo de su vida tan genial y extraño en su carácter profundamente militar, que voy á referirlo brevemente. A fines del año 19 la República Argentina atraviesa momentos de disolución, en que parece hundirse en la anarquía; las provincias se disocian y rebelan en forma tal, que, contagiadas las tropas que se enviaron contra ellas, se sublevan á su vez. El director Rondeau no halla otro recurso que pedir á San Martín venga con sus tropas desde Chile á salvar á Buenos Aires. El general acaba de conseguir en aquellos momentos que la expedición al Perú se decida y realice. Tiene que renunciar á ella ó desobedecer á su Gobierno. Opta resueltamente por lo segundo. Todo antes que apartarse del camino trazado, del avance á Lima, señalada para lugar de descanso en su instancia de retiro.

En pro y en contra de acto tan excepcional se ha escrito mucho. No tenía, ciertamente, el derecho de abandonar á su Patria, desgarrada por la anarquía; pero acertó al hacerlo. Antes que ver deshechas sus tropas en la guerra intestina, prefiere llevarlas á la ofensiva salvadora que, ensanchando los campos de batalla, ha de trocar en nacional contienda la discordia civil. Quien ve tan lejos y ve tan claro, quien tiene razón contra la razón misma, no es un soldado vulgar.

Nosotros vemos en este hecho la prueba de que San Martín no es un argentino, esclavo de los intereses y necesidades de su país: es el hombre predestinado para realizar la independencia americana. Así, en el conflicto entre el

deber filial y la misión suprema, optará por la última; desobedeciendo á su Gobierno, salva á la América.

Al final de su carrera prueba los quilates de su desinterés y patriotismo: ve que Bolívar, el ostentoso libertador venezolano, tiene celos de su gloria; que en vez de sumar sus fuerzas á las que él acaudilla, se resiste á pelear á su lado, ni aun á tenerlo á sus órdenes.

Convencido de ello en la entrevista de Guayaquil, única vez que los dos grandes hombres se encuentran, al ver que su presencia va á ser un obstáculo para la independencia de América, se condena sin vacilar á voluntario ostracismo.

Y olvidado de todos, impopular en su Patria desgarrada por las facciones, vivirá veintiocho años pobre y obscurecido en Francia. Quien le salva de la miseria es un español, el banquero Aguado, antiguo compañero suyo en nuestras filas.

Sólo la posteridad ha devuelto á esa gran figura de soldado, que ennobleció su espada poniéndola al servicio de una idea, su tamaño verdadero. Hoy se eleva noble y alta en el amor respetuoso de nuestros hermanos de América, que por boca del inspirado Roldán saludaron su estatua de Boulogne con aquel sentido apóstrofe:

—¡Padre nuestro, que estás en el bronce!...

Los españoles no hemos de ver en San Martín al victorioso enemigo, causa de nuestro daño.

América, desgarrada por la discordia, conmovida por ansias de independencia, cuyos gérmenes fueron exóticos, pero que arraigaron en ella muy hondamente, no podía menos de ver realizados á la postre sus anhelos. . Tardaría más ó menos, contaría sus esfuerzos por años ó por décadas; pero el fin de la lucha desigual era indudable, y más sangriento y ruinoso cuanto más tardío.

La separación del miembro gangrenado es inevitable; si no lo amputa el bisturí del cirujano, se desprenderá deshecho por su propia podredumbre. San Martín es el operador que abrevia y simplifica la resección dolorosa. El militariza la guerra, despojándola del aspecto salvaje de lucha sin cuartel que la imprimió Bolívar, ó tuvo espontáneamente allí donde la desesperación capitaneó á las turbas indisciplinadas.

Mal hace quien se imagine que sin él hubiéramos logrado imponer nuestra dominación en tan inmensos y distantes territorios, y domar el ansia ardiente de libertad que inflamó á la América. Recordemos la exclamación amarga del vencedor de Torata. A la puerta de un humilde rancho, en la soledad de la pampa, halla la columna de Valdés á una mujer con un niño de cuatro años. Mientras la interrogan, el niño desaparece; momentos después le ven salir á galope tendido á dar aviso á las partidas. Valdés exclama tristemente: «A este pueblo no lo conquistaremos jamás.»

Es, pues, indudable que, tarde ó temprano, la separación se hubiera consumado, con San Martín ó sin él. Si la lucha duró quince años, debido fué al pres-

tigio del nombre español, más que á la fuerza de las armas; al poder del partido realista, más que al número de soldados que envió la metrópoli para defender sus derechos. Es singular que la brillante expedición de Morillo resultara en el fondo contraproducente. En primer lugar, sus magníficos regimientos de veteranos de nuestra independencia, habituados á la marcialidad de ingleses y franceses, contemplan con desdén á los valerosísimos zambos, que, mal armados y peor vestidos, acaban de reconquistar para España á Venezuela.

—Si éstos son los vencedores, ¡cómo serían los vencidos!—exclaman con asombro pueril. Pronto aprenderán á conocerlos en su daño.

Además, sus nobles esfuerzos al empeñarse en regularizar la pelea, prohibiendo toda represalia cruel; el suprimir un sinnúmero de oficiales improvisados, sin instrucción alguna; el impedir que acompañen al ejército tantas mujeres como soldados; el europeizar la guerra, en una palabra, les enajenan las simpatías de aquellos fervientes partidarios de España. Los llaneros se dan cuenta de que son americanos; no lo olvidarán en adelante.

Mas lo que determina el fin de nuestro dominio es la época constitucional del año 20: primero, porque la sublevación de Riego imposibilita en adelante todo envío de gentes y recursos; después, porque á los ojos de nuestros partidarios los absolutistas de América, es España misma quien deserta la causa que juntos defendían. Si ya todos son liberales, si la lucha de principios queda reducida á una cuestión de dominio, si sólo se discute la nacionalidad, ellos, los absolutistas americanos, tienen que acordarse de su origen nativo.

Así se explica el indiferentismo absoluto en que al final de la guerra caerán los entusiastas soldados del Bajo Perú, los mismos que cuando el coronel Castro, argentino al servicio de España, había intentado seducirlos para pasarse al enemigo, le prenden y entregan, y reclaman el honor de fusilarle.

Al final de la guerra la recluta es forzada y difícil; es práctica corriente que todos los americanos prisioneros de uno y otro bando se sumen al vencedor. Las deserciones en masa se multiplican; ved cómo describe Canterac al ejército que será vencido en Ayacucho:

«La totalidad de los soldados, excepto los europeos (quinientos apenas entre nueve mil), eran forzados ó prisioneros hechos al enemigo; de tal modo, que se hacía forzoso campar siempre por batallones en cuadro, encerrando en él á los soldados, sin permitirles salir para las urgencias más precisas, porque sin estas precauciones desertaban.»

Un ejército en tales condiciones está vencido antes de pelear.

Pero donde hemos de buscar á los más ardientes enemigos de nuestra dominación, no es en América, sino en Europa. Cuando, al finar las guerras napoleónicas, se desata la reacción formidable que patrocina la Santa Alianza, todos los ánimos inquietos y todos los espíritus liberales creen ver en la civil discordia americana la causa simpática por excelencia, y contribuyen á organizar en su socorro legiones de resueltos aventureros.

Los ingleses envían solamente á Venezuela más de seis mil veteranos, or-

ganizados y provistos, así como arman y tripulan la escuadra de Chile, que, dominando el Pacífico, decidirá la guerra. Su almirante será lord Cochrane, el rival de Nelson. Los franceses están representados por generales de Napoleón, tales como los hermanos l'Allemand y Brayer, además de gran número de oficiales de aquellos *demi-soldes,* sobrantes de veinticinco años de guerra, y muchísimos aventureros de fila.

Hay también alemanes y holandeses...: es una verdadera cruzada por la libertad de aquellos países, muchos de cuyos hijos pelearán, en cambio, hasta el último instante en nuestras filas por seguir siendo españoles de América.

Al mismo tiempo, las prensas del mundo entero consumen ríos de tinta anatematizando á los tiránicos opresores, prototipo de la crueldad é intolerancia; vuelven á relucir las hogueras de la Inquisición: somos los de siempre, los fanáticos ignorantes que se esfuerzan por mantener encadenada y embrutecida á la virgen América... Injusta acusación, de la que protestan 11 Universidades, 56 Colegios de altos estudios é infinidad de otros centros de instrucción, difundiendo en nuestras colonias tal cultura, que al publicarse en Londres la traducción de unos números de *El Mercurio Peruano,* cogidos por un corsario á fines del siglo XVIII, fueron declarados apócrifos por parecer increíble que aquellos países pudieran ser foco de tamaña actividad intelectual.

Un eminente francés, comisionado en 1862 para realizar estudios en Sud-América, escribe:

«La historia de cada día, los hechos, más elocuentes que las palabras, las confesiones mismas de los escritores, vengan á la autoridad Real de los reproches injustos bajo los cuales ha sucumbido.»

El insigne historiador argentino general Mitre declara noblemente:

«España concedió á América todo lo que ella tenía, y dió á sus colonos tal vez más libertad y más franquicias municipales que las que gozaban sus propios hijos en su territorio.»

Estas verdades, cada día más comprobadas, llegan un poco tarde, como reparación de un error para nosotros muy dañoso. Y es que la verdad luce siempre tardía para los que no se afanan por hacerla brillar en su defensa y desconocen la propia historia, que debiera ser su arsenal inagotable, base de sus prestigios, depósito del heredado honor. En la lucha candente de contrapuestas opiniones, quien por sistema calla, es vencido por mentirosos vocingleros; para el que descuida la respuesta en el calumnioso ataque, la opinión es cruel sentenciadora, y sólo tarde y sin provecho se descubre que *la explosión del «Maine» fué interior...*

Sí; en América sucumbimos al peso de la odiosidad de que supo rodearnos un falso romanticismo, encubridor de sórdidas codicias. La opinión europea, en la cual nuestra desidia nos ha privado en todo tiempo de la alta representación á que tenemos derecho, nos sentenció en rebeldía, y reapareció como evidente y clara la eterna acusación injusta, el tópico *boulevardier* del español cruel y sanguinario, esa trivial fantasmagoría de una España frailuna que odia cuanto es progreso y luz, entregada al goce de sus zambras grotescas de

majas y toreadores. ¡Ridículas patrañas del vulgo europeo, más vulgo y más ridículo que el nuestro, que hemos visto reproducirse como mal endémico con ocasión del proceso Ferrer!

Sí; los desacreditados españoles tenemos que pedir á Europa la revisión de muchos procesos en que se ventila nuestro honor. Nuestros archivos guardan las ejecutorias de nobleza tergiversadas por la hostilidad de envidiosos de nuestra gloria. Por eso es indispensable desempolvar muchos pergaminos. Los estudios históricos no son para nosotros pasatiempo de vano solaz. Revelar al mundo quiénes fuimos para que se estime en más lo que somos, debe ser sacerdocio de los mejores; difundir los prestigios militares é intelectuales de nuestra raza es obligación de nuestros gobernantes. En cambio, es deber filial que á todos nos obliga atesorar en nuestras almas lo mucho bueno que nuestros antepasados hicieron, para encender los corazones en ansia de imitarlos.

Y para ello es preciso que no haya en nuestra historia lugar vedado; que examinemos serenamente aun esas cosas que hoy preferimos no recordar. Estudiémosla toda, seguros de que si profundizamos en lo que nos parecía lodazal, hallaremos soterrado el oro de nuestra nobleza ingénita y el hierro del heredado valor.

Ahondemos también en nuestras faltas para aprender á evitarlas en lo futuro, y amando á la verdad como maestra insuperable, como aspiración suprema, enseñemos á nuestros hijos á no temer su amargor fortificante: que quien aspire á arrancarla el secreto de los enigmas de la vida, necesita contemplar á la Esfinge cara á cara.

Juan Arzadun.

———oOo———

ESTUDIEMOS

I

No pueden, no deben prevalecer las influencias del *paganismo*. Porque siempre á lo malo supera lo bueno, y á esto lo mejor. Las influencias de la civilización son irresistibles. Y desde la Antropología hasta la Metafísica. En todos los períodos de la Historia se demuestra que hubo tiempos primitivos, familias patriarcales, sociedades embrionarias que han ido transformándose, desarrollándose lo que entendemos por civilización, lo que se llama el *progreso,* con sus caídas y sus avances, con sus alternativas en peor ó mejor sentido. El hecho que es cierto, la enseñanza que de él puede aprenderse aparece grandiosa. Hoy se ve en todas las historias, sea cualquiera la orientación del historiador, que mereció predilección el amor sobre el odio. Sólo que el egoísmo, de más fácil acceso sobre el ánimo de las gentes, ha triunfado repetidas veces, y los laudables propósitos que hubo cuando la fundación de Roma, fueron sofocados por el apetito mundano.

No ha desaparecido (¿es posible que desaparezca?) la *ficción* política. La reminiscencia de la *Lex regia.* Mas si es cierto aquel vértigo *imperial* de un Calígula y tantos otros emperadores del paganismo, no tienen éstos ambiente que respirar en la esfera de la civilización moderna. La ciencia en todas sus manifestaciones, el ensanche de acción que tiene la cultura, el concepto jurídico que se divulga, los códigos que infiltran en el ánimo de las gentes la idea más exacta del derecho, que es correlativa con el deber. Si la misma tolerancia que se tiene sobre la diversidad de opiniones; de éstas, la más sabia, la más moral, la más justa, brilla con resplandores que no puede tenerlos la ignorancia, la fea inmoralidad, la maligna injusticia. Al fin, hay que reconocer que el paganismo representa el error, que apadrina los vicios, en combinación con las depravadas pasiones.

Entonces el peligro es inminente. Dígalo si no Roma cuando en la famosa monumental ciudad, cuando la gran capital que destaca en la historia imperecedera. En ella coinciden pueblo y aristocracia; coinciden en molicie con pasiones corruptoras. Ya desapareció aquella virilidad del tribuno y del senador, del *páter familias* y de la vestal, del sacerdocio y del legionario, del poeta y del filósofo. Precisamente lo que se hizo de común en el anfiteatro y en el templo, como la causa nacional, ello fué el goce sensual, resultando postergada la virtud.

Resultaba lo que se ve en dos magníficos grabados del mismo autor. El que representa el paganismo está cerrado por superior, inmensa bóveda, significando quedar la representación limitada á la tierra. Mientras que el grabado que representa al cristianismo, se pierden sus líneas por el espacio, eleván-

dose al cielo. Idea la de los dos grabados que es de lo más acabado del pensamiento.

En Roma, á la sobriedad de costumbres reemplazaron las liviandades; merecían predilección las escenas que eran más obscenas; á fuerza de dinero se daban espectáculos; á la vez el oro se agotaba y las energías decaían. Así sucedía que el más rico era el ciudadano que gozaba de más influencia, y como ésta se usaba con vilipendio, la inmoralidad predominaba. El que no era rico, no reparaba en los medios para enriquecerse y para atraer á su bandería al pueblo en aquellos famosos recintos, verdaderos antros, donde la corrupción dominaba imperiosamente. Al pueblo se le contentaba con *pan y juegos;* á la religión se consagraba la multitud adorando al dios Palatino; á las legiones se contentaba con los despojos de la guerra, triunfante el dios Marte; al ciudadano vencido se le señalaba despreciativamente el camino de la *roca Tarpeya.* Las letras y las artes quedaron sin prestigio ante la consideración que merecía el gladiador.

Fácil es comprender entonces á qué había quedado reducida la influencia de la familia. ¿Cómo no tenía que estar su acción reducida á la mínima existencia social? La personalidad moral y jurídica rebajada, la sociedad conyugal desvinculada, las relaciones cordiales entumecidas. Al congregarse en los tumultuosos espectáculos confundidas desordenadamente todas las jerarquías, desde la más ínfima hasta la más encumbrada, un lazo las había de unir; ¡qué lazo! Sin ideales generosos el Estado, que no fuesen por el estilo de las ambiciones que cubrieron de gloria militar á Julio César; sin el amor que entusiasma, y á sus impulsos el letrado estudia con entusiasmo y á conciencia el derecho; sin el amor á la justicia, que hace del magistrado la personificación de pureza del veredicto; sin recompensas merecidas que estén premiadas; la *vox pópuli* sin inspirarse en las iniciativas de los Gracos; sin Cicerón aclamado y Catilina ultrajado, no podía haber soberanía, en la verdadera acepción de la palabra.

¿Cómo había de haber soberanía popular ni respeto al principio de autoridad donde hubo las turbulentas palpitaciones del *Circo;* donde el anfiteatro, fiesta nacional, apasionaba las muchedumbres, que veían correr la sangre en luchas inhumanas, acciones deshonestas, siendo todo aplaudido con entusiasmo; donde la corte imperial, con su actitud, fomentaba cuanto era desorden, apasionamiento y concupiscencia? No era posible otra cosa más que la degradación por el vicio de origen. Allí que la concupiscencia era tolerada con aplauso; allí que la perversión moral tenía hondas raíces; allí que la holganza era, á favor del placer, á manera de *Dios* predilecto de Júpiter y de Saturno; allí que la sensación más liviana era objeto de predilección; en fin, allí que á la luz del día el escándalo no se privaba de satisfacer sus deseos. Suetonio y Ovidio han dejado descrito lo que fueron las *saturnales...*

Los tiempos del Imperio de Roma tenían que ser belicosos, y cuando aparecieron los bárbaros, más. Precisamente cuando la disciplina social estaba quebrantada, quebranto había de sufrir la guardia pretoriana. Sila y Mario

tenían partidarios, cada uno á favor de sus miras personales. No era el *águila* famosa, la que rindió días y días tantos reinos, lo que privaba á los descendientes de Rómulo. Señora Roma de todo el mundo conocido, hasta donde podía llegar la esfera de acción, que estaba simbolizada en el dios Jano. Las repetidas victorias perturbaron el cerebro de los gobernantes de la ciudad imperial. Aquellas cohortes, terror de los extranjeros, se transformaron, dando puestos de preferencia al más terrible gladiador, al más diestro cochero, á la mejor cuadriga, á la más concupiscente romana, al más animado festín de carne humana. ¡Oh! Las fieras, cuanto más feroces, más entusiasmo producían las garras del tigre, las de la hiena, las del león.

En el arte se había perdido la idea estética, aquella escuela que supo crear el grandioso arco de Tito; así que la decadencia estaba visible en los arcos de Septimio Severo y de Constantino *el Grande*. Dióse el caso de que el servilismo reemplazase en el arte y en la tribuna á la inspiración de las grandes concepciones patrióticas; las flaquezas humanas sustituyeron á aquellas delicadezas de sentimiento que constituyen el encanto de la familia; los sobornos imponían sus torpezas á la voz de la conciencia, cuyas preeminencias es imposible borrarlas del todo. El pueblo romano, puesto en la pendiente de la perdición, tenía que llegar forzosamente hasta la sima del derrumbamiento. No había medio de contener la caída mortal, siendo el sabio un mal ejemplo, el deber letra muerta, la vida semillero de torpes pasiones, la juventud enseñada á mal vivir, y la ancianidad descuidada en sus achaques naturales.

En Roma, aquel pueblo que se llegó á considerar árbitro del destino de las otras naciones, á éstas que pudo llamarlas despóticamente sus tributarias, el egoísmo llegó al colmo del abuso; la filosofía fué estudiada por histriones. Lo que era más fácil se tenía por lo mejor, y esto sin esfuerzo generoso, sin trabajo pertinaz, sin que resultase un bien general, con daño de la multitud. Gratis quería vivirse por el romano, que creía poder disponer arbitraria, onerosamente del granero de Sicilia y del de cuantos territorios podía arrebatarlo. Al mismo tiempo, la embriaguez era vicio corriente que no repugnaba exteriorizarlo; el sensualismo estaba libre en vías y plazas, aplaudido en ocasiones, siendo tirano el hombre y víctima la mujer. El Erario público era atendido por el abuso, y buscados recursos sin reparar en los medios. Vespasiano como Heliogábalo imponían su voluntad con castigos inhumanos; donde se creía encontrar riquezas, de allí se sacaban; sordos á la compasión, contentos de conseguir su fin por la fuerza de la tiranía. La crueldad reinaba imperiosa.

El afán natural de la pequeñez humana era, como no podía menos, el que demostraba Trajano. Los líctores y césares eran ejemplo vivo y cotidiano de malas costumbres. La confusión llegó al extremo de hacer compatible, creerse que eran lo mismo las buenas que las malas acciones; mas sucedía tenerse por buenas las que no lo eran en algunos casos.

Los pensamientos dominantes fueron, á saber: en Vespasiano, construir el monumental Coliseo; en Tito, dar en pasto á las fieras del anfiteatro á más de

dos mil judíos prisioneros; en Marco Aurelio, á quien se veía adornado de virtudes, preocuparse en sus empeños de las campañas del Danubio de que no faltasen las diversiones (¡qué diversiones!) al pueblo soberano de Roma; Trajano, á quien se reputaba con alteza de miras, este emperador llevaba su autoritario mando á las mayores crueldades si se veía contrariado. Y era así mucho, por no ser la ley justa, ni los procedimientos judiciales equitativos, ni las sentencias compasivas.

La autoridad sin prestigio es inhumana.

II

La frase modernismo contiene un significado ó problema que puede costar muy caro á la Humanidad, por ser un peligro para la civilización tanto desenvolvimiento intelectual apasionado, que puede ocasionar un choque tremendo entre las clases sociales. Que el *modernismo* es censurable, por cuanto dejarse llevar de lo superficial es perder el tiempo lastimosamente, es derrochar fortunas que tal vez haya costado ímprobos trabajos su formación á los antepasados, es ostentar faustos ofensivos á quienes rodean muchas privaciones, es hacer alarde de vanidades que, en general, no revelan los mejores sentimientos, es llamar á la envidia para que acuda con saña muy apasionada, con ira insaciable. Modernismo es dejarse llevar de la moda aun en las más desatentadas manifestaciones, que fueron siempre imprudentes; mucho más en la época presente. Modernismo llega á ser en muchos casos prestarse á sufrir el yugo voluntario de quienes es indignidad someterse á su explotación.

Desgraciadamente, por el modernismo, esto es, por la moda, se demuestra la influencia que tiene la mujer, siguiendo malos caminos en su peregrinación por la tierra.

La mujer, por temperamento bueno ó malo, por mala educación, siente más que piensa, y cuando predomina el pensamiento, está siempre acompañada de la imaginación. La mujer es más impresionable que el hombre para las fluctuaciones de la sociedad, y en ésta ostenta con frecuencia influencia decisiva sobre su compañero; y si no sucede esto, el hombre dominante acontece desorientarse del comedimiento que corresponde tener para no verse alterado el buen orden de relaciones que corresponde prevalezca en la vida. Recordemos el consejo y lección del gran místico, que dice así: «Yo enseño sin ruido ni palabras, sin confusión de pareceres, sin fausto de honra, sin combate de argumentos.»

Sin embargo, la diferencia es radical entre la civilización de Roma pagana y Roma cristiana. La Historia nos enseña suficientemente en qué consiste el prodigio. Por modo milagroso aparece en Judea el Maestro de los maestros: hasta su advenimiento hubo reyes de la tierra; mas este Maestro es Rey de cielos y tierra. Un apóstol de Cristo dirige epístolas á los habitantes de Grecia; otro apóstol cumple el mandato divino de personarse en Roma con la ley

de los diez mandamientos. Fe, Esperanza y Caridad predica el Apostolado, aquellos pescadores discípulos de Cristo. Egipto, como Grecia, tuvo su filosofía, mas fué humana; mientras que la doctrina que tuvo su nacimiento en Jerusalén fué una filosofía divina, que impresionó en Atenas, que influyó en Bizancio, que redujo á la pequeñez la de Alejandría, y no digamos la del laico. Doctrina cristiana, para combatir, y conseguirlo, los errores arraigados por siglos entre los germanos y los latinos.

Contra el error se trabajó denodadamente; á favor de la virtud pusieron sus energías varones insignes por su sabiduría ó por su caridad. Así pudieron extenderse por el globo las fundaciones monásticas, y las congregaciones piadosas hicieron repetidos llamamientos para combatir en los campos de batalla y para ejercitarse en prácticas piadosas. Así fué poder llegar tiempos en los que comprendió el cumplido caballero que debía asociarse á mujeres tan caritativas como fué la admirable Isabel, Reina de Hungría. Así es que ha podido formarse un cuerpo de doctrina por las predicaciones de un Ambrosio, un Agustín, un Crisóstomo, un Benito, un Tomás de Aquino, un José de Calasanz, una Juana de Arco, una Teresa de Jesús, un Ildefonso, un Leandro.

La santidad está personificada en esos seres de todas las razas, de todas las naciones, por el transcurso de los tiempos.

Y en el siglo XIX ha podido haber varios profetas, algunos muy principales, que desde el púlpito de Nuestra Señora de París avisaron lo que había de suceder en el siglo XX. La profecía está cumpliéndose. El amor de los espíritus, las simpatías de los corazones, el entusiasmo por las ideas generosas, la aplicación á los estudios; cuanto puede influir benéficamente: contra todo lo bueno; contra éste combate el egoísmo, secundado por la despreocupación; extiéndese el error, divúlgase la incredulidad, explótase la ignorancia, foméntase la explotación, hácese creer en la igualdad ficticia. Se hacen gastos superfluos por complacer á la vanidad. El Presidente de una República, el Rey de una Monarquía, el Emperador de un Imperio, el Papa de un Pontificado, representaciones, cada uno en su esfera, del principio de autoridad. Amor que corresponda con la civilización presente no existe. Viciada la sociedad por el cúmulo de necesidades injustificables la mayor parte, se desmoralizan las costumbres.

La Historia nos señala dos estelas: una es toda nobleza, otra es toda bajeza. Ejemplos se presentan, entre muchos, San Carlos Borromeo y el diplomático Maquiavelo. Carlos figura como arzobispo y fundador; ha sido elevado á los altares previo procedimiento de rúbrica. «San Carlos, cardenal, en el siglo XVI desempeñó su elevada misión. El estableció en Milán á los padres teatinos, estimando su humildad; él estableció los oblatos de San Ambrosio; él fomentó todas las virtudes.» Maquiavelo está juzgado en la Historia árbitro, en cierto modo, para constituir una Italia unificada valiéndose de los extranjeros. Maquiavelo prescinde de los Pontífices para salvar la independencia italiana, y quiere su humillación por medio de las armas francesas. Para Maquiavelo el mejor instrumento de sus planes es la política. ¡Y qué política!

La de perfidias y crueldades de César Borgia, que está juzgado hombre infame. Mientras que Carlos merece elogios por su piedad en trabajos que enaltecen á la Humanidad. El siglo XVI se inaugura bajo los auspicios maquiavélicos. El siglo resplandece en él la misión redentora del prelado de Borromeo.

Si no hay *prejuicios* sectarios, los hay racionalistas. El racionalismo, en cuanto es tejido de errores, ofusca la mente de algunos sabios, que lo son, en parte, cuando quieren filosofar con el criterio naturalista. Las ciencias naturales carecen de *voluntad* libre como tales ciencias; se cumplen en ellas leyes fatales que cuida la investigación científica de descubrir. Mientras que en las ciencias morales y políticas se dan reglas al compás que se dan rebeldías. Así Balmes, juicio sereno, profundo, laborioso, reflexivo, como muchos filósofos cristianos, desde los Crisóstomos hasta Bossuet y posteriormente, no se dejan llevar airadamente de la soberbia. Sinceros amantes de la verdad, quieren siempre atenerse, por lo menos, á la que es más aproximada en toda la realidad absoluta; armonizan la modestia con la fe, firme la creencia. Una parte de los peligros presentes corresponde cargarla á la mujer, que incrusta en la familia costumbres, las que perjudican, más que al hombre, á la mujer misma. El lujo perturba á la sociedad.

La frase lujo puede entenderse una palabra elástica que, como representa gastos justificados de representación, pueden ser los gastos para satisfacer exigencias de la molicie, presunción del espíritu, apetito de los sentidos. Hay que cuidarse de lo que es la familia, y cómo reflejan sus actos en la sociedad. En ésta la lucha puede ser noble, y puede no serlo. En la sociedad la lucha es siempre permanente, cuidándose de que no sea mortal; con este objeto, hay que evitar la desesperación de los más por la actitud generosa de los menos.

La legislación puede hacer mucho favoreciendo las tendencias y aun los derechos de quienes, con buena voluntad, quieren trabajar, hacer ahorros, amar la familia y dar buen ejemplo por repetidas acciones. La legislación debe imponer correctivos graduados en cada caso, á fin de que, con intención egoísta, no se apasionen los ánimos de las gentes ignorantes, sencillas de pensamiento y arrebatadas de obra. La dificultad existe; mas no siendo insuperable, puede ser vencida con intención sana. La libertad ha de ser bien entendida.

Sobre esta base se comprende el verdadero progreso, el cual consiste en proporcionar un bienestar general. No importan los gastos como sean reproductivos, porque implican ventajas que compensan el sacrificio. Así sucede con los caminos de hierro, que puede utilizarse la rapidez del transporte por pobres y ricos, éstos viajando con mucha comodidad, con relación de ventajas en proporción de la manera de vivir. El pobre puede viajar por vía férrea, según es su manera, con arreglo á los medios modestos de que dispone. El recreo, el trabajo, las transacciones mercantiles, los goces entre amistades que se conocen hoy, todo es debido en este particular de los caminos de hierro á la facilidad como se viaja; facilidad relativa.

Tal vez, aquilatadas las cosas, pueda decirse que las gentes de modesta

posición pueden ensanchar su esfera de acción social más que en tiempos anteriores. Esto puede apreciarse.

La educación requiere ahora mayor esmero; la instrucción reclama ahora más conocimientos; el orden ha de ser ahora más perfecto; los derechos tienen que poseer el doble carácter de gozar mayor grado extensivo á la vez que intensivo. Los deberes tendrán que someterse á más exacto rigorismo. Que la civilización crea ramificaciones múltiples ventajosas, es verdad, pero más delicadas. Seguramente es más fácil hilar al uso antiguo que por medio de mecanismos que los adelantos industriales hacen posible su aplicación; la iluminación por candilejas está al alcance de casi todos, mientras que la iluminación por gas ó por el fluido eléctrico requiere tener conocimientos que no están al alcance del vulgo. La moral obliga mucho más que resplandezca, cuanta más luz da de sí la civilización; y el cristianismo hace frente á las complicaciones modernas y hace aplicables actualmente los *preservativos* que se encuentran en el Apocalipsis.

La doctrina de éste, la apocalíptica, está probado ya, como el catecismo del P. Ripalda, que comparten su saber con el saber que tiene el matemático, el químico, etc. Porque nada de esto excluye la moralidad; antes al contrario la demanda, que es precisamente lo que se inculca en la mente humana por la doctrina cristiana.

De lo que puede deducirse con rigorismo lógico que á todos los vientos de la civilización tiene brújula segura para servir de guía el imán bienhechor que contiene el cristianismo.

La tradición, que nos dota de experiencia; las iniciativas á que obliga el precepto de comer el pan con el sudor de nuestra frente; las dificultades que surgen en la vida, obstáculos que se oponen á nuestra marcha sobre la tierra; aquella emoción, como ninguna otra, que hubo de sentir Cristóbal Colón pudiendo extender la vista por horizontes con que dotara á la Humanidad; esos signos de la verdad no pueden encontrarse en la plaza pública, donde sean muchas y encontradas las oleadas de las pasiones.

La Divinidad, con su Providencia bienhechora, no ha podido exigir el imposible. Pero hace tanto posible, que, en nuestra *verdadera* grandeza, parece que ha querido lleguemos por propia voluntad á ser su imagen y semejanza. Siempre, por supuesto, que nos sometamos gustosos á los mandatos divinos. Estos sólo nos piden el amor, mucho amor á la virtud. Tal es el caso hermosísimo de la maternidad, al que no puede llegar la paternidad. Precisamente por los sacrificios á que ha de llegar la mujer, que no son nunca tantos los del hombre. En este punto, bajo este aspecto que tiene la vida humana, el cristianismo supera tanto en grandeza á todas las otras religiones, que sin esfuerzo alguno puede apreciarse su superioridad. Hay más: en todas las religiones, la madre, pueden apreciarse sus delicadas cualidades, á las que no puede llegar jamás el hombre. Este su misión es más humana, ó menos delicada.

Es precepto filosófico que el cuerpo hay que administrarlo y el alma hay que enaltecerla.

Esto es, el sustentáculo de la materia es terrestre, mientras que el alma se basta á sí misma para mantenerse con vida activa. Se manifiesta el espíritu constantemente exento de necesidades corporales. Sin la concepción espiritual no se concibe que tenga aplicación el cristianismo; como sin el sacrificio materno no hace falta el título glorioso de madre; como sin el amor entrañable que sienten las madres por los hijos durante toda la vida materna, huelga pensar en el porvenir del ser que empezó su desarrollo en el claustro materno. La madre, por modesta que sea su acción, tiene siempre destellos, rasgos distintivos que no pueden confundirse. Es verdad que no siempre la apreciación maternal es justa. Esto puede suceder, naturalmente, si se da el caso de que el hijo atienda principalmente á la mujer que hizo á su vez madre por el matrimonio.

Por eso es doloroso ver á la mujer descender de su hermoso puesto de honor, donde es dado ostentar el título de madre, para quedar confundida entre todas las mujeres, en el uso corriente de la *moda*. Esta, que puede tan fácilmente entregar el pensamiento al aburrimiento ó á la desesperación. Al aburrimiento, porque éste de por sí no puede dar más que una rutina muy cansada; arrastra á la desesperación ante la imposibilidad de no poder competir ventajosamente una mujer contra otra mujer. Lucifer es quien saca más, y con mayor lucro, partido de la industria *moda*. Con la complicación de que tiene que multiplicarse peligrosamente la actividad industrial por la facilidad con que á una *moda* sustituye otra. Nada es más voluble. Se cita el ejemplo de la veleta, que señala en el cuadrante qué corriente domina. Este fenómeno es útil conocerlo; pero la *moda,* ¿qué ventajas son las que reporta?, ¿de qué sabiduría dota?, ¿de qué belleza?, ¿de qué riqueza?

Público y notorio es que, estudiando el problema del trabajo, se halla su esencia bajo el aspecto económico. Es la misión que cumple desempeñar á la Economía, excluyendo de toda participación á individualistas y socialistas, á políticos y á sectarios, á librecambistas y proteccionistas, á juristas y profanos en Derecho. Porque en todos ellos predomina el convencionalismo.

Cuando lo que interesa es conocer los fenómenos en su recondita misteriosa naturaleza, sin prejuicios. Lo que sucede con todas las ciencias: que se han cometido errores. En el desarrollo y en la investigación de las leyes naturales de todas las ciencias, ¿no se han sufrido tropiezos? Desde Flórez Estrada hasta Molinari hay inmensidad de estudio. Desde Adam Smith hasta Schomoller separan grandes distancias científicas. Desde Bastiat á Karl Marx las diferencias son esencialísimas. Mas no por esto puede dudarse de que desde la *Creación* hubo leyes económicas, que la Humanidad hace sobre ellas labor pertinente.

Anselmo Fuentes.

(Se continuará.)

———oOo———

REMANSO DE DOLOR

VIII

15 de junio de 19...

No habiendo más bañistas en el balneario que el hombre alto y nosotros, desde el primer día hemos tenido que pasar juntos largos ratos, ora de sobremesa después de la comida de mediodía, ora por la mañana tras el baño y el almuerzo, cuando salimos á tomar el sol en la terraza. Y como es preciso llenar con algo que no sea silencio estos largos momentos de compañía, mientras mi madre se entretiene con sus labores, nosotros, unos ratos sentados, otros midiendo el largo de la terraza á menudos pasos, conversamos de todo lo conversable.

Por esto, al llegar el tercer día de nuestra charla, agotados los temas políticos y de actualidad, el hombre alto se ha creído en la obligación de extractar para mi conocimiento algunos capítulos de su vida.

La ocasión ha saltado pronto, como así era de esperar, teniendo en cuenta lo que ya llevábamos hablado los días anteriores. La ha suscitado el relato de las causas que pudieron dar origen á sus dolencias.

El señor don Manuel Montesa, que así se llama mi compañero, me ha confesado sesenta años. Como ha pasado para él aquella edad de los hombres en que suele florecer la coquetería de restarse años—y digo de los hombres, porque en las mujeres es planta perenne—, creo estar seguro al pensar que ha dicho la verdad.

Estábamos sentados en un extremo de la terraza, cada uno en su senda silla de anea, y mientras el señor Manuel chupoteaba su cigarrillo de cuarenta y cinco, yo me entretenía en desconchar el suelo ladrilloso, sacrificando de paso alguna inocente hormiga.

—¿Y hace mucho tiempo que está usted así?—he preguntado.

—Tanto llevo, que ya he olvidado la fecha exacta de cuándo se presentaron los dolores—me ha dicho el señor Manuel poniendo en el rostro una expresión desconsoladora.

—¿Y á qué causas atribuye usted su presentación?

—Vaya usted á saber. La principal de todas ellas es que me vuelvo viejo, que los nervios se cansaron de funcionar, y no hay aceite que engrase mis engranes. Además, mi vida no ha sido todo lo tranquila que debiera; sus azares me han traído de una parte para otra en la lucha para ganarme el pan que comer, y, aparte de esto, para agravar todavía más mi situación, los disgustos han roto siempre con sus insistentes ladridos lo que pudo ser tranquilidad de mi espíritu.

—¡Vaya por Dios, hombre!

—Después de pensármelo mucho y de haber amasado un pequeño capital

con el sudor de mi rostro, me casé con una mujer á la que había querido casi desde niño, y que había esperado á que yo me decidiese larga porción de años. Nuestro matrimonio duró dos años; dos años que fueron una serie de dichas, con una flor hermosa para colmarlas: una niña que vino al mundo á los nueve meses justos de nuestro enlace. ¡Quién había de pensar que aquello que era entonces nuestra alegría sería más tarde mi dolor!

—¿Murió la niña?

—No. Verá usted de qué modo tan artero se encadenaron las cosas. La madre, en el afán tan natural de dar el pecho á nuestra hija, no consintió que la buscásemos ama, como aconsejaba el médico, y yo, dócil á sus caprichos por ceguedad de enamorado, cedí á que probase á criarla. Fué una lucha oculta entre las dos naturalezas: de una parte, la de la niña chupando y sorbiendo la vida de la madre; ésta, de otra, entregando al amor de sus amores las últimas energías de su cuerpo y las postreras gotas de su sangre.

—¿Y qué hizo usted?

—Cuando me dí cuenta del peligro, ya era tarde. Una anemia invencible estrechaba entre sus garras la consumida naturaleza de mi esposa, y un raquitismo consuntivo amenazaba la vida de la pequeñuela.

—¿Y por qué no se buscó en seguida una buena nodriza?

—Ya se hizo. Trajimos aprisa y corriendo una nodriza, y acudimos á todo escape en busca de reconstituyentes para regenerar el cuerpo de la que, por una sugestión del amor de madre, había dejado entre los menudos labios de rosa el sacrificio de su vida.

—¿Y logró usted la victoria frente al mal?

—No del todo. La vigorosa constitución de la nodriza que buscamos, una navarra fuerte como un roble, arrancó á la muerte el cuerpecillo de la criatura, la cual, con el riego de la leche nueva, se rehizo y compuso hasta el extremo de borrar toda sospecha de desgracia.

—¿Y la madre?

—No fuimos tan felices con mi pobre esposa. El mal debió arraigar hondamente aprovechando nuestro descuido, y aún no se habían cumplido los catorce meses del alumbramiento, que me olvidé decir á usted fué penosísimo, cuando aquella santa entregó en mis brazos su alma á Dios.

Los ojos del señor Manuel han querido inútilmente detener las lágrimas; pero ellas han saltado al recuerdo de aquellas lejanas tristezas.

—Vamos, señor Manuel, que aquello ya pasó—he dicho, en mi deseo de no dejarle que se detuviese en aquel tan triste momento de su vida—. La desgracia fué grande, sí; pero le quedaba á usted su hija. ¿De modo que quedó usted viudo y con una criatura de pocos meses?

—Aún no contaba el año; aún sus piececitos no habían iniciado el primer paso, y á no ser por el deber que me ligaba de por vida á la de aquella criatura, que no pudo comprender lo que perdía con aquella desgracia, me hubiera ganado la desesperación.

—¿Y qué edad tenía usted entonces?

—Treinta y ocho años.

—Pues á esa edad el hombre, y más el que queda viudo con familia, tiene sobrado juicio para sobreponerse á tales golpes del infortunio y saber cuál es el derrotero de su obligación.

—Así lo tuve yo en cuenta pasados los primeros días, en los que el dolor se despachó á su gusto, y cuando la resignación me fué ganando á la conformidad.

—¿Dedicaría usted todos sus desvelos á cuidar y á criar á su hija?

—Naturalmente. Como los hombres no entendemos mucho de estas cosas, y los niños necesitan, sobre todo las hembras, la delicadeza de unas manos femeninas que los manejen y los cuiden, hice venir conmigo á mi única hermana, de más edad que yo, y también viuda desde unos cuatro años antes, y así quedó constituída mi casa desde aquella luctuosa fecha.

—Fué una solución acertada. Nadie como una mujer de edad para cuidar de una huerfanita.

—Pasaron los años—que no quiero cansar á usted con un relato prolijo—, y cuando mi hija ya era toda una mujer de su casa, que, al cuidado de su tía, había heredado las bellas condiciones de su madre; cuando empezaba á llevar la dirección para descansar á la que había sido una segunda madre para ella, que ya comenzaba á poner más atención que en guisotes y coladas en novenas y sermones, Dios llamó á su seno á mi pobre hermana, y nos volvimos á quedar solos padre é hija, pero en muy distintas condiciones que á la muerte de mi esposa.

—¡Como que, por lo que usted dice, tenía en su casa toda una mujercita!

—Más que mujercita, una mujer hecha y derecha, pues su desarrollo había sido pródigo en dones de salud, y, no está muy bien que yo lo diga, pero mi Maruja era toda una real moza.

El señor Manuel vuelve de nuevo á sentirse profundamente emocionado; más aún cuando, sacando del bolsillo una cartera algo usada, extrae de ella una tarjeta que me alarga. Es la fotografía de una muchacha de rasgados ojos, de cara llena, cuyo pecho descubre en el busto del retrato una naturaleza rica y un cuerpo sano. Al devolvérsela, una vez examinada con interés la fotografía, el pobre hombre la mira un momento y, antes de proseguir su relato, pues, por lo que se deduce de la tristeza que el señor Manuel conserva en su mirada, la parte más dolorosa está por contar, vuelve á guardarla en su cartera.

—¿Qué le parece á usted?—me pregunta.

—Muy hermosa—contesto.

—No tanto, y yo le agradezco sus palabras; pero... podía mirársela. ¡Ojalá no hubiera tenido ninguna hermosura!

—¿La hubiera querido usted fea y horrorosa?

—Entonces, no; mas hoy, después de lo que ha sucedido, sí, no me habría importado. Pero, verá usted... A la muerte de mi hermana contaba Maruja diez y ocho años, y había llegado á tal edad sin tener más amiga que su tía, ni

más conocidos que dos ó tres familias que vivían hacía varios años en nuestra misma casa. ¿Sabe usted dónde? En una de aquellas que tiraron al ensanchar la calle de San Jorge. Al morir mi hermana nos mudamos al Coso bajo.

—Ahora me explico que su tipo de usted no me fuese desconocido. Le tengo visto muchas veces por la mañana, al ir á la Universidad.

—No será extraño, pues á eso de las ocho y media salía yo de casa todos los días para dirigirme á mis ocupaciones. Pero, vamos al grano. Mi hija se encontraba en esa edad crítica en que la mujer dispone de su corazón, y á mí, que tenía que dejarla sola en casa con una sirviente durante la mayor parte del día, me dolía el no poder ejercer sobre ella toda la vigilancia que fuera deseable, no porque temiese nada de ella, pues conocía su formalidad y buen juicio, sino porque temía que su corazón se sintiese tocado por las palabras del primero que se aproximase á ella mintiéndole amores, esos amores que con tanta prodigalidad solemos ofrecer los hombres, y que con gran frecuencia hacen desgraciadas á tantas mujeres.

—En el caso de usted, encontraba muy justo su temor. Después de haberle dedicado todos sus desvelos, no era cosa de que la chica fuese para el primero que le dijese: «Buenos ojos tienes.»

—Efectivamente, no debía ser así; pero fué. Cuando yo me enteré, ya el amor, ese chicuelo travieso y sin juicio, había hecho de las suyas. Mi hija, según ella me confesó, había oído primero curiosa, más tarde entusiasmada, las palabritas dulces y acariciantes de un galán que, según ella misma decía, la había logrado interesar el corazón. ¡Interesar el corazón! ¡Qué sabía de intereses aquel pródigo desinteresado! Mi futuro yerno, como vulgarmente se dice, no tenía dónde caerse muerto. Había desempeñado no sé cuántas ocupaciones, y en ningún puesto paró más de dos meses. Parecía tener azogue en el cuerpo; era nervioso como un mimbre acariciado por la brisa. Cuando llegué á conocerlo, me pareció uno de esos hombres que parecen entender de todo, y, en realidad, no saben nada. Se le conocía á la legua que había tenido muchos amos y había pajareado por muchas tierras. Cuando agarraba la conversación, no había quien pudiese hacer descansar á su charlatanería. Aquel gárrulo discurrir y aquella verbosidad con que barajaba los asuntos y los cambiaba á cada veinte palabras, para atajar la cual no bastaba ni chichearle sin tiento, debieron desvanecer el espíritu de mi hija y sugestionar su corazón hasta hacerle amar á semejante sujeto. No me lo explico de otro modo, porque su físico no pasaba de vulgar, y su moralidad no era tampoco de las que abonan á una persona. Quise disuadir á mi hija, imbuyendo en su corazón otros derroteros; pero después de una conferencia un poco fuerte, que terminó en lágrimas y confesiones, pasada la sorpresa de algo por lo que yo mismo sentía remordimientos de no haber obrado como era mi deber, de haber confiado demasiado en lo que nunca será bastante defendido, comprendí que era necesario obrar de otro modo, y me dispuse á llevar mis negociaciones con todo el secreto y la energía necesarios para que mi honor quedase satisfecho. Violentándome no poco, tuve una entrevista con aquel caballerito, el cual por entonces contaba

con una buena mesada por haberse colocado no hacía mucho en una industria naciente, y á los dos meses mi hija le juraba ante el altar y en presencia del cura aquel amor que se habían jurado á espaldas de todo el mundo.

—Entonces acabarían para usted sus desgracias.

—Nada de eso. Cuando las cosas se tuercen al principio, ya no se enderezan nunca. Mi yerno no aguantó mucho tiempo en su colocación, y antes de que viniese al mundo mi nieto, y hay que advertir que corrió más de lo justo, ya su padre no tenía más ocupación que la de pasear á su esposa. Así pasaron algunos años, unas veces ocupado, otras de vago, sólo puntual en su tarea de llenarme la casa de nietos. Cinco eran ya cuando estos malditos dolores me postraron en cama, y ahora creo que llegan á la docena.

—Dice usted creo. Pues qué, ¿no viven ya en su compañía?

—Ca; si ésa es la causa principal de mi pena. Figúrese usted que la fantasía, nunca quieta, de mi yerno le sopló la idea de marchar á Buenos Aires en busca de oro, y allá se fueron el año pasado, dejándome solo, inútil y sin poderme valer gran cosa.

—¡Qué desagradecimiento!—pensé yo al contemplar aquel hombre melancolizado por el abandono en que se veía.

—Triunfó en ellos el egoísmo de los jóvenes sobre los deberes del cariño á los padres. Cuando uno es padre, nácele un afán por los suyos que le aparta de los que dieron todo por ellos. Son leyes de la vida, y ¡qué le va usted á hacer!

¡Pobre señor Manuel! Aquel dolor suyo veíasele carcomer sus huesos, colaborando á su fin con los dolores de sus articulaciones, y cuando por aquel día puso fin al triste relato, sus ojos aparecían humedecidos por las lágrimas, como el campo después de un rato de lluvia.

15 de junio de 19...

Te escribo después de una larga siesta, y no me desagrada esto, que pienso tomar por costumbre durante mi estancia en este aburrido balneario, pues de este modo te encuentras sin sentirlo en la mitad de la tarde, salto de tiempo afortunado cuando se está en un punto donde de lo que se trata es de hacer los días todo lo más cortos posible, porque con su dimensión ordinaria son inaguantables.

He tomado mi segundo baño á las ocho, un poco más caliente y tres minutos más largo, sudando después y tomando á continuación el desayuno. La mañana se ha pasado esperando primero el almuerzo, y más tarde la comida. Heliogábalo no la hubiera pasado de otro modo.

Aunque el viento no ha amainado desde nuestra llegada y sigue soplando con igual fuerza que ayer, he dado una vuelta por delante del establecimiento, con objeto de hacer un poquitín de ejercicio y ganas de comer. En mi pequeño paseo he escalado una tapia baja, chiquillada que te ruego perdones, en atención á que, estando como estoy, es dispensable toda probatura de fuerzas. Llevo dos baños, y lo menos que me pienso es que voy á poder saltar cercas.

Me he contentado con salvarla á fuerza de puños y de paciencia. Luego me he sentado en la terraza al sol, hasta que á las doce y media nos han llamado para comer.

Como ves, la vida que en este retiro llevamos no puede ser más tranquila, libre de toda clase de accidentes, tejida con la más sencilla monotonía y regulada por la más solitaria normalidad. Preocupados los de aquí al vernos pasar tantas horas encerrados en el cuarto, ayer tarde hicieron un sendero hasta nuestra puerta, preguntándonos si deseábamos algo, ofreciéndose casi, casi hasta molestos por exceso de complacencia, pesados en fuerza de obsequiosos, pues ellos no comprenden que podamos estar tanto rato sin salir de la habitación.

Parece mentira que no comprendan nuestro apartamiento, teniendo en el balneario un ejemplo vivo de amante de la soledad y practicador del retiro en la persona del médico director, un neurasténico en último grado, ó melancólico incurable. No le hemos visto el pelo desde que le dejamos sus honorarios sobre la mesa de su despacho.

Como supongo que con las anteriores tendrás bastantes noticias de mi vida, prosigamos el devanar interminable de ese peliagudo problema de mis inquietudes amorosas.

Como las comunicaciones postales con este retiro son tan complicadas, todavía no he tenido carta tuya, esperándola con no puedes imaginarte qué impaciencia. Continúan atosigándome, sin que pueda quitármelas de encima, las mismas tristes ideas provocadas por tus presentimientos, que tal inquietud han traído á mi espíritu, que vuelvo á dolerme de que no hubieses callado siquiera hasta mi vuelta. Aunque cada vez son más fuertes los razonamientos que me hago para cimentar el convencimiento de que no pueden suceder ciertas cosas, no por eso logro dar estabilidad á mis tranquilas ideas, ganándome el ánimo las primitivas de tristeza que conmovieron desde un principio mi espíritu.

Discutiéndose en este asunto algo que para mí es de vida ó muerte, vida de todos mis sueños ó muerte de todas mis esperanzas, no es extraño que sea mi constante martirio el pensar hoy, mañana y siempre en ello; y siendo inclinado por temperamento al pesimismo, he de sufrir horriblemente al imaginar como probable y cercano lo que hasta aquí no concebí pudiera suceder algún día.

Cuando uno lleva tanto tiempo de adorar intensa y reconcentradamente á una persona; cuando se ha reducido la vida, por natural satisfacción, á una sola cosa, y esa cosa es adorar á una mujer, no es posible concebir que en un momento pueda trocarse la adoración en indiferencia, y la mujer aquella en una desconocida que pasa á nuestro lado sin levantar el rastro de nuestra atención.

Y esto, que no lo comprende la razón, que es fría, ordenancista é inflexible, que ni siente ni padece..., ¿cómo va á comprenderlo el corazón, que es todo sentimiento? ¿Y cómo va á comprenderlo mi corazón, que es todo tuyo, que no

siente, ni late, ni vive, ni se agita más que por ti, para ti y hacia ti? Vamos, que es imposible, imposible...

Lo que á mí más me encorajina es que estas cosas no salen de ti, y si salen, no es ahora cuando han brotado, sino hace mucho tiempo, quizás desde que recibiste mi primera carta participándote que no podría ir á pasear tus balcones ni salir contigo de paseo porque estaba enfermo.

Sí, sí; no me digas que no; esos presentimientos de que pueda terminar todo no son de ahora; son de entonces. De entonces, sí, de entonces, ó de un mes más tarde, cuando viste que mi mal se alargaba, y Dios sabe hasta cuándo duraría.

Espero tu carta, espero tu carta con gran impaciencia, á ver lo que me dices en ella. Tú, como tendrás más distracciones, saliendo de paseo y viendo las caras de siempre, monotonía que tanto os distrae á las mujeres por el picadillo de la murmuración, no sentirás tan dolorosamente la ausencia. Yo, encerrado en esta huronera de los Pirineos, sin ver apenas seres humanos, no he tenido para distraerme hasta ahora ni el consuelo de una carta tuya.

Recibirla es la ansiedad entera de tu

CARLOS.

¿Has visto á Miguel? Me dicen de casa que ha vuelto con Rosario y que se casan muy pronto. Todos más afortunados que nosotros. Me molesta que se casen los amigos, porque parece que te quieren decir, con esa impertinencia machacona de los hombres felices: «Rabia, rabia. ¿De qué te sirve todo tu cariño, si no puedes llevar del brazo á la personita que tienes entre ceja y ceja?»

Pero Miguel es otra cosa. Estoy seguro de que no desea que yo rabie, aunque sólo fuera por librarse de mis mordiscos, ya que tantas veces solemos andar juntos.

IX

16 de junio de 19...

Desde el primer día causó nuestra sorpresa el que no presidiese la mesa el médico director del establecimiento. La mujer del administrador, esta buena y confiada mujer, propicia siempre á devanar un rato de charla, ha venido á explicarnos la causa de tal ausencia, enterándonos de pasada de algunos detalles del médico que hacen interesante su persona.

Parece ser que este hombre extraño gusta extraordinariamente de la soledad, tiene por costumbre no tratarse con nadie, no pasea con los bañistas, ni apenas los saluda si alguna vez se cruza con ellos, y en su manera de proceder y en su forma de ordenar su vida, más tiene de tocado ó maniático que de cuerdo.

Cuando, hace unos cinco años, tomó posesión del cargo que en la actualidad ejerce, no sólo presidía la mesa, sino que animaba las tertulias de los bañistas, paseaba con ellos, primoreaba musicalmente en un piano que se nos

olvidó señalar en el billar, y alternaba y departía con todo el mundo. Su retraimiento viene de más tarde, y lo han traído las desgracias de su vida en los últimos tiempos.

Como de todo esto me entero por la confiada parlería de la administradora, he de hacer notar, ahora que la cosa viene á pelo, que esta buena mujer aprovecha cuantas ocasiones se le presentan para pintarnos un establecimiento lleno de agüistas, una mesa enteramente ocupada, una animación y una concurrencia extraordinarias; pero yo, por mi parte, tomando en cuenta esta soledad en que vivimos, y viendo cómo hace varios días que nos sentamos las mismas tres personas á la mesa, sin que nadie piense en encaminarse hacia semejante Tebaida para acompañarnos en nuestra penitencia, me tomo tiempo para creerla.

Pues bien; volviendo al médico, parece ser que su retiro es cosa de hace dos años, y tiene su origen en dos grandes desgracias.

El primer año que figuró al frente de estas aguas acompañáronlo en su estancia su mujer y su hija, una hermosa joven de diez y ocho años de edad, que era el vivo retrato de su madre. Nunca se vió familia más unida, ni padres que más embobados estuviesen con su retoño, ni hija que más cariño demostrase sentir por sus progenitores. Una gran tranquilidad envolvía á las tres personas, y bajo sus repliegues cobijábanse aquellos tres corazones, que demostraban, por los transportes de su cariño, que no podrían vivir solos si uno de ellos faltase. De tal modo el sentimiento les unía, de tal manera la vida era en cada uno de los tres como complemento indispensable de la vida de los otros dos.

Encantaba á los que hasta aquí llegaban en peregrinación de desdichas el hallarse con aquellas tres personas, tan cariñosas siempre con los que sufrían, tan simpáticas en todo momento con los que les acompañaban en sus tertulias ó en sus paseos, tan amables siempre con todos; puede asegurarse que, una vez de vuelta en sus hogares, ninguno de aquellos bañistas olvidaría tan fácilmente la impresión de aquel matrimonio tan unido y de aquella hija tan buena y tan hermosa, que les habían hecho pasar inadvertidos diez días en un retiro de la Montaña. En Pamplona, donde vivían los inviernos, contaban, á no dudar, con muchas y buenas relaciones, pues durante los meses que pasaban en Termas sostenían copiosa correspondencia y menudeaban los regalitos de frutas y confituras.

No pudo, pues, mejorarse la impresión que dejó el médico entre los enfermos de aquel año cuando, despedido el último bañista de la temporada, tomó la familia á mediados de octubre el coche que había de conducirles á la capital de Navarra. Y no sólo entre los bañistas, sino también entre los servidores del establecimiento, y hasta entre los vecinos del pueblo y las gentes campesinas de los contornos, quienes hallaron siempre en aquella familia una acogida cariñosa y un desvelo que con nada podía ni debía pagarse, si no era con cariño.

Encerrados en este retiro—continuó diciendo la parlona fondista—, pasó el

invierno sin saber de la familia del médico más que por una tarjetita que nos mandó para las Navidades, y un regalito que nos trajo de su parte el mayoral de la diligencia.

Cuando llegó la primavera, un día nos sorprendió la valija trayéndonos una esquela de ancha franja negra: en ella se nos daba cuenta del fallecimiento de doña Manuela Redondo, que así se llamó en vida la esposa de don Antonio Mendaria y Enciso, nombre y apellidos pertenecientes al actual médico. Escribímosle testimoniando nuestro pésame, y no tuvimos que forzar mucho nuestra pluma para ello: bastó ponerla en contacto con nuestro corazón, pues la muerte de aquella señora tan buena nos entristeció como si hubiese sido de nuestra familia: que de tal modo había ganado en pocos meses las simpatías de todos y los afectos nuestros. Muerta doña Manuela, fué cosa de pensar si ello sería causa de que don Antonio dejase la dirección del balneario, donde con tan buen pie entrara, ó si, por el contrario, tornaría á recordar en aquel sitio las felicidades que en él había gozado el verano anterior.

Un día de fines de mayo trajo la solución á nuestras dudas, al comunicarnos don Antonio que mandásemos blanquear las habitaciones que le estaban destinadas. Y unos quince días después, al llegar el coche de Navarra, descendieron de él las enlutadas figuras del padre y de la hija, la cual no pudo contener su emoción y se me abrazó llorando, mientras su padre saludaba á mi marido y le preguntaba cómo habíamos pasado el invierno.

Aquel verano padre é hija lo pasaron un poco apartados de la gente. Consuelito, que así se llamaba la muchacha, mostrábase muy desmejorada, sin duda á causa de los sufrimientos pasados, y su padre había envejecido extraordinariamente. La muerte de la esposa y de la madre había caído sobre ellos como un golpe de maza.

Don Antonio se dedicó á combatir el mal que minaba la existencia de su hija, que se había llevado al otro mundo á la madre, y cuyos progresos descubría su ojo clínico con certera sagacidad cada día que pasaba. La tuberculosis que había deshecho la naturaleza de doña Manuela comenzaba á sacar la cabeza en el cuerpo de su hija, y había que comenzar á combatir sus progresos por todos los medios imaginables.

Desde el primer día padre é hija comenzaron á dar grandes paseos, respirando á plenos pulmones los ricos aires que orean estas montañas. Pronto se dejó conocer en el semblante de la muchacha aquellas caminatas: coloreáronse sus mejillas, antes lacias y desvaídas, su ánimo se rehizo un poco, y en sus ojos brilló otra vez, si no con la intensidad que antes, el fuego de su naturaleza juvenil y la luz espiritual de su alma.

¡Había que ver lo que se repuso aquel verano! Sin embargo, estaba de Dios que no había de sobrevivir mucho á su madre, y así fué. Aquel invierno volvió á recaer al poco tiempo de estar en Pamplona; presentáronsele algunos vómitos de sangre, y cuando á comienzos del verano volvieron padre é hija á descender en Termas de la diligencia, el padre venía deshecho y la hija muerta.

Tan muerta, que aquel mismo verano la enterramos, un día de lluvia, en el cementerio del vecino pueblo.

Desde aquel día don Antonio no ha salido de aquí. Dejó desde entonces vacante su puesto en la mesa redonda, se encerró en su cuarto, y con su comida, siempre igual, frugalísima, porque así lo tiene ordenado, sostiene su naturaleza no sé cómo, habiendo llegado en su frugalidad á sustituir la cena por un chocolate y un plato de ensalada. Se pasa todo el día encerrado en su cuarto, no sale de él más que por la tarde para dar un corto paseo hacia Pamplona invariablemente, no recordamos nunca haberle visto encaminarse hacia Jaca, y cuando vuelve anochecido pide su chocolate, y hasta el siguiente día no sabemos si se acuesta, ni si pasa las horas leyendo ó estudiando; pero si estudia, debe saberse de memoria los libros, pues son muy pocos los que trajo de Pamplona, y en su cuarto no ha entrado desde entonces más papel que el *Diario de Avisos de Zaragoza*, que le trae el correo todas las noches, y á lo mejor se está sobre su mesa días y días sin romper la faja, y aun acaba por echarlo á un rincón sin haber tenido la curiosidad de leerlo.

Créanme ustedes—nos dice la fondista, amenazada en su charlataneo al escuchar que la llaman desde dentro—: don Antonio se ha enterrado en vida.

Conocida á grandes rasgos su historia, la figura del médico, que parecióme vulgar al presentarme ante él, comienza á hacérseme interesante. La vida solitaria de aquel hombre, sin distracción de conversaciones ni compañía de libros, pues estoy seguro que no lee ninguno, debe dar pasto á una extraña filosofía de renunciación y alejamiento social, de cuyos principios, si me fuese dado conocerlos, acaso dedujese provechosas enseñanzas.

Recluído voluntariamente en Termas, llevando una extraña vida que podría llamarse monástica si no fuese de seglar condición el personaje, las horas deben para él ser lentas, inacabables, como lenta é inacabable será la tortura de tener los ojos clavados en la felicidad que huyó para no volver. Cultivando su tristeza con el cuidado de un enamorado, recreándose en las dichas que fueron para encontrar más triste la realidad cuando á ella se tornan los ojos, elevándose en alas de la fantasía rememoradora para caer desde más alto en las simas profundas donde el corazón se baña en un perpetuo desconsuelo, este hombre extremadamente afectivo encerróse en los lugares donde todo le habla de sus seres queridos, sin duda para prevenirse contra el olvido que pudiera germinar á la descuidada en su pecho con el transcurso del tiempo.

Aquí, donde todo el mundo conoció á su esposa, donde duerme en la misma alcoba en que vió morir á su hija, y puede mirar desde su ventana al levantarse, en el perfil lejano de la sierra, la silueta rígida y fúnebre de los cipreses que custodian su tumba en el humilde cementerio del pueblo, aquí es donde él quiere vivir para conservar más fresca la memoria y más ardiente el culto á sus muertos.

Esta tarde le vi cruzar á mi lado cuando dimos nuestro paseo por la carretera. Habíamos cambiado nuestra ruta de costumbre, y, torciendo la esquina del edificio donde están los baños, encaminamos el paseo en dirección á Na-

varra. Cruza la carretera un pequeño puente, bajo el cual espumarajean las aguas del manantial vertidas por el balneario, y después comienza suave pendiente, hasta perderse en la revuelta donde termina el cerro que presta base al pueblo.

Nos habíamos sentado á descansar á la puerta de una casa que se alza sobre el río, aceptando las sillas que nos ofreciera una buena y cariñosa mujer, cuando vimos venir hacia nosotros la figura del médico.

Es un hombre de regular estatura, de cabeza canosa y rostro avejentado, de ojos esquivos y como concentrados en una curiosidad interior, que han olvidado en su reclusión el mirar frente á frente á las personas. Traía puesto un macferland azul bastante baqueteado, á pesar de que hacía un tiempo excelente, y se apoyaba ligeramente en un palasán obscuro.

Desde que acudimos á su consulta no le habíamos visto, por lo cual imaginábamos que se detendría para enterarse de cómo nos probaran los baños. No fué así. Cruzó cerca de nosotros, dió las «buenas tardes» en una voz opaca é inteligible, y siguió carretera adelante sin ni siquiera haber vuelto la cabeza para mirarnos.

—¡Vaya un médico amable!—hube de decir á mi madre. Y la buena mujer que nos sacara las sillas, habiendo oído mis palabras, exclamó:

—No extrañe usted de que no haya hecho más que saludar, sino de todo lo contrario.

—¿Por qué?—pregunté yo.

—Porque su costumbre es no decir nada, aunque los que pasemos á su lado le saludemos.

—Pues eso es una grosería; no contestar cuando á uno le saludan—añadió mi madre.

—Es que es un hombre muy raro—dijo la campesina—. Mientras vivieron su mujer y su hija era tan corriente, tan amable, tan cariñoso. Hasta se permitía bromas y dichos. Pero desde que se quedó solo en el mundo ha cambiado de tal modo, que no parece el mismo. A mí, el Señor me perdone si digo una tontería, pero me parece que no está en sus cabales...

—¿Cree usted que estará loco?—pregunté.

—¡Loco! ¡Quién sabe!... Acaso no llegue á loco; pero algo chiflado, no crea usted, sí que lo debe estar.

—¡Pobre hombre!—dice mi madre.

—Sí que es digno de compasión, señora, como todo el que sufre.

Mis ojos envían una mirada de agradecimiento á tan discreta mujer. Como parece que empieza á refrescar, nos levantamos, agradecemos las sillas y, despidiéndonos de la aldeana, caminamos despaciosamente cara al balneario.

Sobre la sierra cabalgan apelotonadas las nubes, cuyos hinchados vientres blancos se tiñen con cárdenos reflejos de luz crepuscular.

X

16 de junio de 19...

Ya creo haberte dicho que aquí no hay más remedio que tomar la carretera si se quiere dar un paseo, por corto que sea. Las alamedas umbrosas, los paseos enarenados, los amplios cobertizos de otros balnearios son un sueño. Por eso ayer, después de escribirte y merendar, salimos carretera adelante hasta un puente de la carretera que salva un pequeño barranco, en cuyo pretil tomamos asiento, esperando ver si pasaba algo por el camino para distraernos.

Algún que otro carro, peatones en corto número y cabalgaduras asnales jineteadas por labriegos. También vimos pasar un ganado vacuno con más de ochenta cabezas; por cierto que mi madre no las tenía todas consigo viéndose tan cerca de los cuernos, y pasó un rato intranquila hasta que vió desfilar por completo el rebaño. Durante mucho rato siguieron nuestros ojos su marcha, viéndole cruzar sobre el Aragón por el estrecho puente que allí alza su elevada arquería, y desparramarse por la ribera mordisqueando los hierbatos que crecen entre las piedras.

Cuando nos levantamos para volver, el viento, que no ha cesado de soplar desde que vinimos, me jugó una mala pasada nada divertida. Sin que yo pudiese prevenirlo, una volada de aire arrancó el hongo de sobre mi cabeza, y lo arrastró por una de las vertientes del barranco hasta detenerse en unas hierbas. Un zagal que á la sazón pasaba, sin yo decirle nada, descendió con la seguridad de una cabra por aquellos riscos, y logró echar mano al prófugo antes que de nuevo el aire lo arrastrara más lejos, acaso hasta el río, cuya orilla estaba á pocos metros. Volvió á mi cabeza el sombrero, quise gratificar el servicio, pero encontré en el zagal la nobleza de un señor, que nada quiso admitir en pago de su amabilidad. Sentí no ser fumador, pues á veces quien no acepta la moneda no desprecia el cigarro.

Por todo este paseo comprenderás que mi curación se acerca; los dolores han desaparecido por completo, y lo que únicamente siento ahora es flojedad en las articulaciones de las rodillas, y algo también en los talones. De esperar es que los baños que me restan acaben con todo esto.

He tomado mi tercer baño, y dicen que después de él es cuando se encuentra peor; pero para mí hubo una excepción en la regla. Para quien no la ha habido ha sido para mi compañero, el infortunado señor Manuel, el cual se ha visto forzado á guardar cama todo el día. Hemos entrado por la tarde á verle, y parece ser que estuvo el médico un largo rato, que hablaron más que de la dolencia de sus males del corazón, y que la tristeza que incuban estos dos hombres ha logrado hacerles grandes amigos en un par de horas de conversación.

Pero... dirás tú: ¿para qué me cuenta mi novio todas estas cosas? Tienes razón; en mi afán de darte á conocer mi vida aquí, detalle por detalle, no me enteré de que he llenado dos carillas de hechos accidentales. Vamos á lo nuestro.

Lo más mío ahora es el dolor maldito que se interpuso entre nosotros, nublando la claridad de nuestros sueños. Pero como esto creo desvanecerlo por el milagro de estas buenas aguas en que mojo mi cuerpo, de ahí que no quede para mi sufrir más que aquellas tristes presunciones de tu desdichado augurar. Mañana domingo habré de acordarme de ti más que nunca, habré de sostener mi tortura de ausente con el recuerdo de tantos y tantos domingos pasados juntos en el teatro ó de paseo.

Como no sé hablar más que de ti, en cuanto alcanzo confianza con una persona, ya se sabe: mi novia por arriba, mi novia por abajo. ¡Calcula lo que será pasando todo el día con mi madre! ¿No te chillan los oídos?

Por la razón de tu ausencia vive en mí un amor al silencio que agrava la situación de quien, como yo, ve ocupado su espíritu por una honda é intensísima preocupación, y no teniendo ánimos para distraerme en palabrerías más ó menos huecas, reconcéntrase mi pensamiento y encónase más y más la herida del corazón dolorido. Todo concurre á que mi situación sea más penosa. El haberme enterado de tus presentimientos, que no pudieron nacer sin motivo, precisamente cuando estaba con el pie en el estribo para venirme; el estar ausente, no sólo de tu lado, sino del sitio en donde tu estás; y, como si esto no fuese sobrado, el hallarme en un punto adonde la correspondencia tarda un sinfín en llegar.

Sé que condenarás mi exageración dando proporciones tan extremadas á lo que me comunicaste, suponiendo cosas que acaso no sucedan, imaginando perturbaciones que quizás estén muy lejos de realizarse; pero piensa que cada uno es como Dios le ha hecho, y que si á mí la cosa más pequeña tuya me puso siempre intranquilo y fuera de mí, qué no sucederá cuando, aun en forma de conjetura, me pones ante los ojos el fantasma del para mi más horroroso de los infortunios, aquel que lleva consigo el desgarramiento una á una de todas las fibras de mi corazón, la anulación de todos mis sueños de felicidad para el porvenir, el desplome de todas mis esperanzas y de todos mis idealismos, de todos mis cariños y de todas mis ternuras, de todas mis delicadezas y de todas mis concepciones anticipadas de eterna dicha. Por esto no extrañarás que machaque tanto en este asunto, que acaso á ti te vaya pareciendo excesivo y hasta mortificante el machaqueo; pero perdóname, pues por más que procuro espantar de mí las negras ideas, no puedo conseguirlo.

Cada uno escribe de lo que más le impresiona, y en estos días no hay más cosa para mí que lo que me dijiste antes de separarnos. Así, pues, para no hacerme pesado, pondré punto á mi carta de hoy.

Ya sabes que no te olvida ni un solo instante tu

CARLOS.

Me entran el chocolate, y luego saldremos á dar una vuelta, como de costumbre. Veremos á ver si el aire se me lleva también hoy el sombrero. He de tener cuidado, pues no hay todos los días hierbas tan á punto y zagales tan complacientes.

Hasta mañana. *¿Usted gusta un mojoncito?*

José García Mercadal.

(Se continuará.)

MI CÁRCEL

Constantemente, sin cesar, monótona,
con un seguido son el agua cae;
las nubes bajas, acercando el cielo,
con notas grises la tristeza esparcen.
Brilla el agua en las piedras,
son espejos las losas de la calle,
lloran los edificios gota á gota,
y una vaga tristeza inexplicable
envuelve el alma, cual la niebla envuelve
la ciudad y el paisaje.

Y si la lluvia es llanto para todos,
¿cómo será en la cárcel,
cuyas tétricas torres,
jirón de otras edades,
entre la niebla espesa, junto al río,
miraba yo elevarse?
Cuyas tétricas torres,
restos de fortaleza formidable,
en su mudez nos hablan
de pasados tormentos y maldades
con las lenguas de piedra
de sus viejos sillares.
Cuyas tétricas torres,
gesto ya de enterradas sociedades,
cristalizaron en sus pétreos muros
los crímenes, como ellas seculares.

Todo lloraba con el día, todo;
pero lloraba mucho más la cárcel:
sus desnudas crujías,
tan desiertas y largas, sin que nadie
turbara en ellas el silencio triste;
su patio con violetas y rosales,
plantas de tumba allí, plantas alegres
en cualquiera otra parte;
el rumor que, confuso,
de lejos lleva el aire,
mezcla de maldiciones y blasfemias,
rumor de las humanas tempestades,
que tienen, como el mar, flujo y reflujo
y encrespado oleaje,

que impotentes sacuden las barreras
que no logran romper, y se deshacen
en espumas de rabia,
negras cual blancas son las de los mares...
Así lloraba la prisión sombría
con llanto de amargura inenarrable,
con lágrimas de fuego,
con lágrimas de sangre.

Allí, tras de la reja
que divide en dos partes
la obscura galería,
he visto destacarse
sobre el fondo del patio,
de la sombra y la luz en el contraste,
como los monos, á la reja asidos,
los presos, cuyos brazos se entreabren
y abrazan y sacuden los barrotes,
que tiemblan sin romperse ni doblarse.
A los presos he visto
hacia fuera mirar siempre anhelantes,
y aquellas manchas negras,
y los gestos salvajes,
y aquellas contorsiones convulsivas
de cuerpos de gigantes
que un pintor, en la gótica vidriera,
con sombra y luz trazase,
y en ilusión dantesca se agrandaran
del templo en los soberbios ventanales,
en mis labios pusieron la ironía,
y en el alma una pena inconsolable.

Al igual que esas torres de granito
desafían los aires,
y, á despecho del tiempo y de la vida,
aún la impresión nos dan de otras edades,
en el mundo del alma
hay castillos y torres formidables,
en los que el sentimiento y las ideas,
lo mismo que los presos de la cárcel,
van á chocar con rabia, como chocan
en las peñas las olas de los mares;
también yo hundir quisiera
las torres seculares,

más duras que las torres de granito,
acaso inexpugnables,
que aprisionan mi espíritu
é impotente le hacen;
también llego á la reja, sus barrotes
también sacudo en balde,
y si fueran de hierro,
con mis manos quizás los destrozase;
pero son tan sutiles,
que nos los gana en ligereza el aire:
son hilos de perfidias,
de pequeñas maldades,
obra de todo el mundo
y, por eso, de nadie.

Un día el prisionero
libre saldrá á la calle,
y al dejar la prisión, dejará en ella
amargura y pesares,
hallando su consuelo en el cariño
de la mujer amante...
Pero yo, para siempre
atado por los hilos impalpables,
anhelaré otra vida,
lágrimas lloraré de fuego y sangre,
y caerán las murallas de granito,
pero nunca caerán las de mi cárcel.

Benigno Iñiguez.

NUESTROS POETAS

LA MUSA DE LOS QUINTERO

¡Sevilla!... Llameantes incendios solares...
Bajo el fresco palio de la verde parra
donde, de sol ebria, ronca la cigarra,
corren áureos vinos, sollozan cantares;

trémolos alegres lanzan las vihuelas,
y una gitanilla morena y ardiente,
balanceando el talle, danza alegremente
al compás sonoro de las castañuelas.

¡Málaga!... Canciones que celosas gimen;
olas que acarician y besan lascivas;
labios, flor de llamas; ojos, ascuas vivas...
¡Floridas ventanas donde acecha el crimen!

Fantásticas fiestas de color. Mareo
de sol, tentaciones y caricias locas...
Se oprimen las manos, se besan las bocas,
¡y hasta los jazmines mueren de deseo!

¡Córdoba!... Fatiga... Calles silenciosas
de nieve... Perfumes que enervan las venas...
Se cierran los párpados; las manos apenas
sostienen un débil manojo de rosas...

¡Silencioso el río, muda la floresta;
el patio de mármol, la fuente que llora
gota á gota, trémula, su pereza mora,
y el negro abejorro que invita á la siesta!

¡Granada!... Recuerdos; ojos ojerosos...
Voluptuosidades el aire respira...
En los miradores Moraima suspira,
y hasta los cipreses sueñan silenciosos.

Crepúsculos de oro... Frondas rumorosas
donde nos predicen la buenaventura,
y el agua que surge, ebria de frescura,
cantando los sueños de las viejas cosas...

Ensueño, Pereza, Deseo, Alegría...
¡Toda el alma loca de mi Andalucía
canta, ríe y llora en vuestra poesía!

Francisco Villaespesa.

———oOo———

INFORMACIONES

Figueroa Alcorta en Madrid

La visita á España del ilustre ex Presidente de la República Argentina D. José Figueroa Alcorta hace oportuna la reproducción de la semblanza que de dicho estadista ha escrito Blasco Ibáñez:

«Nacido en la tradicional ciudad de Córdoba, revelan sus apellidos la descendencia de linajudas familias de la época colonial. Su padre era un señor chapado á la antigua, de una rectitud de carácter rayana en la exageración. Cuando Figueroa Alcorta fué elegido en Córdoba senador provincial, su padre, que también pertenecía al Senado, se opuso á su admisión, alegando que le faltaban unos meses para cumplir la edad reglamentaria. Celebraba mucho ver á su hijo en los honorables escaños; pero la ley era la ley, y había que cumplirla á la letra. Fué preciso aprovechar una ausencia del rígido padre para que el joven senador tomase posesión del cargo.

»Figueroa Alcorta ha sido periodista durante una gran parte de su vida; pero periodista de ideales, periodista de combate, convencido en sus afirmaciones y contundente en sus réplicas. Tal vez por haberse dado en cuerpo y alma á esta profesión durante su juventud, la prensa le ha atacado con esa saña predilecta que sólo se guarda para las luchas de familia. Por algo dice el refrán castellano que «no hay peor cuña que la de la misma madera». Figueroa Alcorta ha sido combatido por una parte de la opinión política como pocos presidentes. Bien es verdad que la mayoría de ellos transigieron con sus enemigos y se doblaron, careciendo de la firmeza de carácter y la impasible bravura de este luchador. Yo le he visto en algunas ocasiones, brillándole los ojos tras el cristal de los lentes, comentar ciertos ataques:

»—¡Ah, si yo pudiese responder! ¡Si me fuera posible manejar la pluma libremente como en otros tiempos!

»Era el polemista político, el luchador de la juventud que despertaba, abriéndose paso á través de la gravedad solemne del jefe del Estado.

»En Córdoba un periodista viejo me habló del Presidente, antiguo compañero suyo de redacción.

»—¿Pepe Figueroa?—dijo con familiaridad profesional—. Un batallador que apenas entablaba una polémica enardecíase, devolviendo diez golpes por uno. Tiene buena pluma.

»Cierto. Figueroa Alcorta, hasta en las cartas más insignificantes, revela la agilidad literaria de un periodista de raza, habituado á escribir con rapidez para que sus cuartillas vayan directamente de la mesa de redacción á la imprenta. No hay en su estilo la pompa hueca, los adornos empolvados y marchitos que caracterizan las obras de algunos políticos cuando se dedican á escritores. Tiene la frescura, la amable simplicidad de todo lo que se redacta

sin vacilaciones, fácilmente, «de un tirón», como suele decirse. Algunas de sus cartas respiran cierto humor ingenioso, una gracia señorial, sin chocarrería. También en las conversaciones particulares este doctor Figueroa Alcorta, que recuerda con su porte aseñorado á los antiguos doctores de la Universidad de Córdoba, grave, con una gravedad castellana distinguida y atrayente, deja caer de sus labios palabras ingeniosas, frases concisas que retratan á un personaje ó una situación con la exactitud de un buen observador de las debilidades humanas.

»Sus decretos importantes, sus mensajes al Congreso, todos los documentos oficiales de alguna consideración que suscribe, son obra de su pluma. Como orador, ha producido obras notables por la originalidad de las imágenes y la hermosa factura del estilo. Sus oraciones fúnebres de Mitre y Pellegrini, sus discursos en la Universidad de Córdoba y en la Exposición Agrícola de Buenos Aires, le acreditan como buen artista de la palabra.

»Su condición sobresaliente es la energía: una energía siempre igual, segura de sí misma, sin arrebatos ni decaimientos, insensible á los golpes exteriores, activa é incansable en su labor interna. Sus enemigos han perdido el tiempo atacándole por todos los procedimientos concebibles: enfrascado en su tarea, no ha llegado á enterarse tal vez de la mayor parte de sus censuras. Tenía ante sus ojos una meta, y ha caminado y caminado con la mirada puesta en ella, sin oir á los que le gritaban desde los lados del camino. Hombres que tienen esta fuerza de voluntad, este poder de abstracción, resultan invencibles. Los enemigos se cansan, y acaban por tenderse en el suelo desalentados y sin fuerzas. Figueroa Alcorta fué en la política lo que esos soldados que hacen su carrera grado por grado, sin saltos de escalafón. Su juventud en Córdoba abundó en batallas de prensa, y hasta en choques personales. Tiempos eran aquéllos en los que había que escribir con el revólver al lado, y entre las condiciones necesarias de un buen periodista figuraba la de saber repeler un asalto á la redacción. A más de esto, el ambiente tradicional de Córdoba y las ideas de gran parte de sus habitantes oponían seculares obstáculos á la actividad de una juventud progresiva, en la que militaba Figueroa Alcorta. Este, sin dejar el periodismo, ejercía la abogacía con brillantez. Fué luego ministro de la provincia, y á continuación gobernador, lo que significó un gran triunfo para las ideas liberales. Al dejar el mando, sus comprovincianos le eligieron senador nacional, trasladándose entonces á Buenos Aires, donde pronto se hizo notar por la serenidad de su juicio y la firmeza de su carácter. Elegido vicepresidente de la República en 1904, la muerte de Quintana le elevó poco después á la presidencia.

»Reveláronse en ésta de golpe sus condiciones de gobernante, ignoradas de muchos por no haberse manifestado hasta entonces más que en el reducido escenario de una provincia. Lo inesperado de su encumbramiento hizo concebir esperanzas á algunos políticos. Este «provinciano» podía ser para ellos un hombre explotable, una especie de autómata fácil de manejar, que repetiría sus gestos y palabras desde la presidencia de la República.

»Los que le habían ayudado en su elección creyéronse con derecho para aconsejarle á su capricho. Otros elementos políticos consideraron empresa fácil intimidarlo con sus amenazas. Figueroa Alcorta no tenía más que dejarse llevar abdicando su personalidad, para verse elogiado por todos. Pero el asombro fué general cuando se dieron cuenta de la fortaleza de este carácter independiente, que había pasado inadvertido hasta entonces. El ilustre Pellegrini, con un golpe de vista certero, fué el único que adivinó lo que llevaba dentro el senador cordobés, compañero suyo en la Alta Cámara. Poco antes de morir anunciaba Pellegrini á sus amigos que Figueroa Alcorta era una personalidad incapaz de dejarse influenciar por compadrazgos é intereses de grupo.



Excmo. Sr. Dr. D. José Figueroa Alcorta, ex Presidente de la República Argentina.

»Cuando ascendió al Poder, admitíase como lícito que ciertos personajes que afectaban hallarse alejados de la política, dirigiesen sin responsabilidad desde su casa los destinos de la Patria, fabricando los presidentes á su gusto y manejándolos á su antojo. Con Figueroa Alcorta terminó esta situación equívoca, indigna de un jefe de Estado. Su actitud fué semejante á la del Sixto V de la tradición arrojando las muletas y haciendo frente á los cardenales, que le habían nombrado con la esperanza de explotarlo. *Papa sum*... Ya que era Presidente de la República, quería serlo de veras, sirviendo á la nación con sus propias luces, sin necesidad de inspiraciones extrañas.

»Los políticos, acostumbrados al disfrute del Poder, le dejaron solo,

creando en torno de su persona un vacío que esperaban fuese mortal. No hubo obstáculo que no amontonasen á su paso. Pero desconocían la entereza y la tenacidad de este hombre. Ya que los viejos partidos le abandonaban, crearía uno nuevo. Al morir Pellegrini, pronunció Figueroa Alcorta ante su tumba un discurso muy hábil, recogiendo la bandera del eminente político. Y no sólo favoreció la unión en un organismo común de los hombres que habían seguido las ideas de Pellegrini y otros afines, sino que batió en brecha á los viejos partidos, que, una vez alejados del Poder, comenzaron á disgregarse, faltos de fuerzas.

»En la política argentina estaban acaparadas todas las posiciones. Una influencia poderosa y mal disimulada venía dirigiendo al país durante veinticinco años. Imposible ser algo sin contar antes con su protección. Figueroa Alcorta destruyó el obstáculo, abriendo nuevos caminos á la juventud.

»Hoy el apasionamiento político y el despecho de los que se sintieron burlados en sus esperanzas impulsan á una parte de la opinión á ser injusta con Figueroa Alcorta. Cuando transcurra el tiempo se reconocerán los grandes servicios que ha prestado á la política nacional con su energía y su entereza de carácter, destrozando influencias ocultas, disolviendo agrupaciones personales para dejar sitio á nuevos partidos de ideas.

»La presidencia de Figueroa Alcorta ha sido de beneficiosos resultados para el adelanto económico de la Argentina. En esto puede compararse con todas las anteriores que más hayan podido influir en el progreso nacional.»

La figura del ilustre ex Presidente de la República Argentina ha sido en España sumamente simpática.

La alta sociedad madrileña ha querido tributar á los señores de Figueroa un homenaje de sincero afecto y de gratitud por las memorabilísimas atenciones que un año ha tuvieron con España en la augusta persona de nuestra popular y querida Infanta Isabel.

La llegada

Su llegada á Madrid fué el lunes 8 del corriente, en el sudexpreso de Francia. En la estación fué recibido por elementos oficiales y muchas distinguidas personas, que le acogieron con grandes muestras de simpatía.

Entre las diferentes personalidades que le esperaban, figuraban el ministro de la Argentina, Sr. Wilde, y su esposa; el subsecretario de Estado, Sr. Piña; primer introductor de embajadores, conde de Pie de Concha; coronel señor Echagüe, quien saludó al Sr. Figueroa de parte de S. M. el Rey; el secretario-tesorero de la Infanta Isabel, D. Alonso Coello, que lo hizo de parte de Su Alteza; y casi en masa, las personas que formaron la Misión enviada el año anterior á la Argentina, entre ellas, el general Benítez Parodi, el teniente coronel de Estado Mayor Sr. Cabrera, el marqués de Gerona y los Sres. Torres Quevedo, Rivera, López Ballesteros, Santa María y marqués de Valdeiglesias.

También esperaban á los viajeros el gobernador, Sr. Latorre; el alcalde,

Sr. Francos Rodríguez; el personal de la Legación argentina; D. José Lázaro; el gerente del Banco Español del Río de la Plata; el corresponsal de *La Prensa,* de Buenos Aires, Sr. Martín Fernández; el director de ATENEO y representante de *Caras y Caretas,* de Buenos Aires, D. Mariano Miguel de Val; don Luis Morote y varios españoles que han estado en la Argentina, entre ellos el Sr. Fernández Aguilera.

El subsecretario de Estado saludó al ilustre viajero en nombre del ministro, al cual sus ocupaciones parlamentarias habían impedido concurrir á la estación.

Con el Sr. Figueroa Alcorta llegaron su distinguida esposa é hija, su hermano D. Pedro, con su señora, y el Sr. Llovet, cónsul de la Argentina en París, con su esposa.

Asimismo le acompañaban el senador nacional de la Argentina Sr. Posse, y su esposa, que es una dama bellísima.

También le acompañaban el diplomático Sr. Tovía, puesto á las órdenes del ex Presidente, y el secretario de la Legación, Sr. Barilari, que fueron á esperarle al Escorial.

El alcalde llevó hasta el Hotel Ritz en su coche al ex Presidente.

La señora é hija de Figueroa Alcorta ocuparon otro coche con la señora de Wilde. En otros carruajes fueron los demás viajeros.

Una sección de guardias municipales, con uniforme de gala, dió escolta al coche del Sr. Figueroa.

Las personas reunidas en la estación saludaron cordialmente al Sr. Figueroa, expresándole sus simpatías.

En la Legación argentina

Aquel mismo día, en la Legación argentina, se celebró por la noche el banquete anunciado en honor de los ilustres viajeros.

Honró la comida con su presencia S. A. R. la Infanta D.ª Isabel, acompañada de su dama y de su secretario-tesorero. La augusta señora fué recibida á la entrada de la casa con el ceremonial acostumbrado por el ministro argentino y la señora de Wilde y el personal de la Legación.

El comedor estaba adornado con flores, y la mesa con artísticos centros. La comida fué servida con el buen gusto peculiar de aquella residencia diplomática.

El Sr. Figueroa Alcorta lucía la banda de Carlos III, que le fué concedida por S. M. el Rey. Su esposa ostentaba la cruz de la Orden de María Luisa. Esta insignia es una de las que poseía la Infanta D.ª Isabel. Al recibirse en Buenos Aires la noticia de que S. M. había concedido á la distinguida dama aquella condecoración en los momentos en que se encontraba allí S. A., y no existiendo en la capital del Plata tal insignia, la Infanta envió una de las suyas á la señora de Figueroa.

Durante la comida, como era natural, se recordó la grata estancia de la

Infanta Isabel en la Argentina, en ocasión de las fiestas del Centenario de la Independencia.

Terminado el banquete, acudieron á la Legación muchos representantes del Cuerpo diplomático y distinguidas personas de la sociedad de Madrid, invitadas á la recepción.

La concurrencia fué brillantísima, y la fiesta resultó muy animada.

Se había acordado que fuera una recepción sencillamente. Pero las muchachas, que formaban un importante núcleo, encontrándose en un tan hermoso salón de baile como el que tiene la Legación, y en presencia de la orquesta, no pudieron resistir la tentación, y solicitaron permiso de la dueña de la casa para bailar. La amable señora de Wilde no pudo negarse al requerimiento, y se improvisó un baile animadísimo y brillante.

En otro salón se organizaron partidas de *bridge,* mientras las demás personas conversaban. No hay que decir que la Argentina fué uno de los temas principales de las conversaciones.

La señora de Wilde, que vestía un elegantísimo traje blanco y oro, presentaba á las distinguidas damas argentinas á muchas señoras de la sociedad de Madrid. Los diplomáticos y hombres políticos se hacían presentar al ex Presidente Figueroa.

Durante toda la noche estuvo servido espléndido *buffet,* y al terminar la fiesta se sirvió una magnífica cena.

Almuerzo en Palacio

Se celebró en el comedor rojo del Regio Alcázar el miércoles 10, á la una de la tarde. Los puestos de la Real mesa fueron ocupados por el siguiente orden:

Derecha de S. M. el Rey: Reina D.ª María Cristina, ministro de Estado, Sr. García Prieto, señora de Wilde y D. Atilio Daniel Barilari, secretario de la Legación argentina.

Izquierda de S. M. el Rey: S. A. la Infanta D.ª Isabel, ministro de la Argentina, duquesa de la Conquista, D. Mario Figueroa y marquesa viuda de Nájera.

Derecha de S. M. la Reina D.ª Victoria: D. José Figueroa Alcorta, duquesa de San Carlos, general Sánchez Gómez, señorita de Figueroa y D. Julián Enciso, segundo secretario de la Legación argentina.

Izquierda de S. M. la Reina: jefe del Gobierno, Sr. Canalejas; señora de Figueroa Alcorta, marqués de Aguilar de Campóo, coronel Baldrich y primer introductor de embajadores, conde de Pie de Concha.

Ocupaban las cabeceras de la mesa los jefes de Palacio, marqueses de la Torrecilla y de Viana.

Durante el almuerzo SS. MM. conversaron amablemente con sus invitados, expresando la viva simpatía que sienten por el país argentino.

Después fueron á Palacio los señores de Figueroa Alcorta (D. Pedro), los de Posse y los de Llovet, que se unieron al ex Presidente argentino, su esposa

y sus hijos, Clara y Mario, para visitar el Regio Alcázar. El mismo Soberano se prestó amablemente á acompañar á sus distinguidos huéspedes en la visita, así como S. A. la Infanta Isabel.

Los señores de Figueroa y sus acompañantes visitaron detenidamente la Real Armería, mostrándoles el Rey las más hermosas armaduras y otras notables piezas.

Después visitaron las Reales Caballerizas, que ofrecían especial interés para los distinguidos huéspedes por la gran afición á los caballos que hay en la Argentina. En esta visita tuvo S. M. el Rey un amable rasgo.

Como existiera en las caballerizas un caballo recién adquirido que no tenía nombre aún, el Monarca invitó galantemente á la señorita Clara Figueroa á que le pusiera nombre. Muy complacida, accedió á ello la bella argentina, indicando el nombre de *Porteño*.

Los señores de Figueroa y sus acompañantes salieron muy satisfechos de la visita, y muy agradecidos á la bondad de S. M.

La fiesta de los señores de Lázaro

En la noche del mismo miércoles se celebró en casa de los señores de Lázaro una fiesta brillante.

Estaba toda la casa adornada con flores. En la parte superior de los espejos, rosas de té y lilas blancas formaban lindos doseles. Por carros debieron entrar en el «parque florido» las flores más delicadas.

La brillante concurrencia invitada á la fiesta; la presencia de los distinguidos argentinos en cuyo honor se celebraba, y que eran, naturalmente, objeto de todas las atenciones; la amabilidad de los dueños de la casa, que á todos procuraban atender con exquisita cordialidad; la notable orquesta, instalada en la galería alta del salón de baile, ejecutando un delicioso programa de valses de las más populares operetas vienesas; los criados, con elegantes libreas y cabezas empolvadas; todos los detalles contribuían á hacer del baile una de las solemnidades de esta que pudiéramos llamar *season* madrileña. La señora de Lázaro recibía á sus amigos á la entrada del primer salón, acompañada de su esposo y de sus hijos. Vestía la distinguida dama una elegantísima *toilette* de raso brochado de oro, luciendo en el cuerpo un adorno bizantino formado de esmeraldas, y en el cuello magníficas perlas.

Con los señores de Figueroa Alcorta y sus hijos Clara y Mario fueron su hermano D. Pedro, el senador argentino Sr. Posse y su bella esposa, y el señor Llovet y la suya.

Todas las damas argentinas lucían magníficos trajes. El de la señora de Figueroa era de color azul acero, bordado en oro, cubierto por artística túnica de tul. La señora de Posse, que vestía de rosa, había presenciado antes la función del teatro de la Princesa con las marquesas de Caicedo y Valdeiglesias y la condesa de Llovera.

No eran las citadas las únicas argentinas que concurrían á la fiesta. Además de la señora de Wilde, esposa del ministro argentino, veíase allí á la señorita de Beronino y á la señora y señoritas de Flores, que por su madre pertenecen también á distinguida familia americana.

Concurrieron otras señoras extranjeras, entre ellas la norteamericana mistress Cameron; otra dama del mismo país, mistress Bathcheler, y la condesa D'Orsay. De la representación diplomática formaban parte el embajador de Alemania y la Princesa de Ratibor, con sus hijas; el ministro de Noruega y la baronesa de Wedel; el de los Estados Unidos y miss Ide; el de la Argentina, con los secretarios, Sres. Barilari y Enciso; el encargado de Negocios de Portugal y la señora de Calheiros, y otros más.

Concurrieron al baile muchos hombres políticos, que deseaban saludar al Sr. Figueroa Alcorta. El Sr. Maura, que suele asistir poco á las fiestas, no quiso faltar á ésta, así como el Sr. Moret. Asistían también el presidente del Consejo, el ministro de Estado, el general Azcárraga, el ex ministro Sr. Alba, los condes de la Mortera y Esteban Collantes, el marqués de Cortina, el general Villar y Villate, el conde de Pie de Concha, el de Revillagigedo, el de Sástago, el de Cadagua, el marqués de Camarasa, el general Borbón, el barón del Castillo de Chirel, Ortega Morejón, Coello (D. Alonso), Quiroga, Mendívil, Retortillo, Santa María, Escalera, Hoyos y Vinent, Halphen, Blay, Morote, Val (D. Mariano Miguel de), Tovía, Moreno Carbonero, Benlliure (don Mariano) y muchos más.

El ex Presidente Figueroa conversó con muchas de estas personas. La señora de Lázaro presentó también no pocas damas de la sociedad de Madrid á las señoras argentinas.

Buen número de personas, entre ellas los huéspedes, admiraron las espléndidas colecciones artísticas del palacio, formadas por el Sr. Lázaro en una labor perseverante de más de veinte años, y que sería dificilísimo poder formar hoy, aun disponiendo de mucho dinero.

La fiesta se prolongó hasta las dos de la madrugada, con la mayor animación.

La concurrencia de señoras era brillantísima. La belleza y la elegancia madrileñas formaron un soberbio conjunto, admirándose rostros peregrinos, elegantes *toilettes* y preciosas joyas.

Muchas señoras se situaron en la galería alta del salón de baile para poder admirar mejor el golpe de vista que ofrecía la soberbia estancia, donde no se siente el calor en noches de fiesta por su gran amplitud.

Es difícil hacer la lista completa de las damas que asistieron.

Después del *buffet*, abierto toda la noche, se sirvió una magnífica cena en el artístico comedor, que adornan preciosos cuadros de la escuela inglesa y bandejas de plata que honrarían las vitrinas del Museo Arqueológico. Lucía también lindo adorno extraordinario de flores: una artística guirnalda bordaba la línea superior del zócalo.

El brillante baile, atendiendo á las magníficas obras de arte que decoran

el palacio del Renacimiento español y la profusión de flores que adornaban las estancias, fué la fiesta del arte y la fiesta de las flores. Atendiendo á las hermosas figuras que allí se reunieron, fué también la fiesta de la belleza.

La Universidad de Oviedo

Entre el ex Presidente de la República Argentina y la Universidad de Oviedo se han cruzado los siguientes afectuosos telegramas:

«Excmo. Sr. D. José Figueroa Alcorta.—Hotel Ritz.—Madrid.

»*Oviedo.*—En nombre profesores y alumnos Universidad Oviedo, saludo respetuosamente V. E. y familia, dando bienvenida antigua madre patria. Catedráticos, agradecidos por atenciones nación hermana y Centros docentes argentinos á nuestro delegado Altamira, hacemos votos prosperidad grandiosa República Argentina, de su prestigiosa reciente presidencia.—Rector, *Canella.*»

«Sr. Canella, rector de la Universidad de Oviedo.

»Intimamente agradecido del señor rector, profesores y alumnos de la célebre Universidad de Oviedo, de la que fué digno representante en la Argentina el ilustre profesor Sr. Altamira, me complazco en recibir tan honrosa y grata manifestación, á la que correspondo con mis sentimientos de respeto, simpatía y cariño por la madre patria, y con los mayores votos por la prosperidad del clásico Instituto que el señor rector preside tan dignamente.—*J. Figueroa Alcorta.*»

Visita á los Museos

Acompañados de ilustres literatos y artistas, el Sr. Figueroa y su familia visitaron los Museos más importantes, mereciendo todos ellos calurosos elogios del Sr. Figueroa, que encomió el tesoro artístico y la incalculable riqueza que contienen.

En el palacio de la Infanta Isabel

Desde antes de las cuatro de la tarde del viernes 12 del corriente se hallaba S. A. R. la Infanta D.ª Isabel discurriendo por el jardín de su palacio, dando órdenes y en espera de los invitados á la fiesta en honor del ex Presidente de la República Argentina Sr. Figueroa Alcorta.

Se habían circulado dos mil invitaciones, y en la hora que duró la recepción de invitados al cotillón tuvo S. A. un verdadero «besamanos».

Concurrían el mundo oficial, la aristocracia madrileña, el Cuerpo diplomático, la Legación argentina en masa, muchos diputados y senadores, representaciones del Ejército y de la Armada en sus diversas jerarquías, de las Corporaciones científicas y literarias, y centenares de damas elegantes y bellas,

que lucían espléndidas galas de paseo. A todos hizo los honores de su casa la popular y querida Infanta con exquisita amabilidad.

La recepción fué en el jardín, dispuesto para la fiesta. En la parte de Poniente, que da á la calle de Martín de los Heros, se cubrió el suelo con una vastísima plataforma vestida de blanco, y siguiendo el contorno, había colocadas dos filas de sillas á la sombra de los árboles. En el lado Norte había sillones con tapicería morada de seda para la Familia Real.

Media hora antes del cotillón estaba invadido por completo el improvisado salón de baile, y era difícil circular por el resto del jardín.

Tan numerosa era la concurrencia.

Al propio tiempo, muchos de los invitados recorrían los salones del palacio.

Su Alteza tuvo con sus invitados la atención de abrirles todas las estancias de su preciosa morada, hasta las más íntimas.

Por todas partes decoraban el palacio de S. A. claveles, rosas y plantas.

En la sala blanca, que es la pieza de honor, había cuatro inmensas canastillas en los ángulos: una del Sr. Figueroa Alcorta, de claveles rojos, rosa y blancos, con un elegante lazo de seda morada; otra del cónsul general de la República Argentina, de rosas de té; otra de Jovita Llovet de Echagüe, en que alternaban artísticamente mundos y rosas; y otra del senador argentino Justiniano Posse, formada con rosas y claveles.

Los frentes de las chimeneas estaban cubiertos con claveles rojos y blancos y rosas de té.

En el comedor de S. A. estaba espléndidamente servido el *buffet*.

La Familia Real llegó entre cuatro y media y cinco de la tarde. La guardia exterior tributó los honores debidos.

Salió al encuentro de Reyes é Infantes S. A. la Infanta D.ª Isabel, que lucía elegante traje de paseo color gris, cubierto de tul negro bordado en blanco. El Monarca llevó á la fiesta uniforme de húsar; las Reinas D.ª Victoria y D.ª María Cristina vestían preciosos trajes grises con tules bordados y magníficos collares de perlas; la Infanta D.ª María Teresa, de morado; y la Infanta D.ª Luisa, de tul blanco sobre viso negro.

En seguida, saludando á cuantos hallaron á su paso, se dirigieron al lugar del cotillón con el Sr. Figueroa Alcorta y ocuparon sus respectivos sitiales, mientras los Infantes D. Fernando y D. Carlos conversaban por el jardín con muchos invitados á la fiesta.

Comienzó el cotillón después de las cinco de la tarde, y lo dirigieron los señores Sedano y Frías.

La orquesta de Boldi tocó para el cotillón los valses más bonitos de su variado repertorio.

Los regalos consistían en bandas, lazos, diversas figuras de porcelana moderna, lapiceros, carteras, abanicos, capachos valencianos, muñecas, ceniceros y bastones.

Tal era la afluencia de gente, que la falta de espacio nos obliga á no insertar la lista.

Fué una prueba más de las simpatías y los afectos con que cuenta en Madrid la popularísima Infanta, que, por lo caritativa, por lo patriota, por lo expansiva, por lo generosa y espléndida, se ha hecho acreedora á cuanto se la respeta y se la quiere.

Los señores de Figueroa Alcorta tuvieron para Su Alteza frases de profundo agradecimiento por la hermosa fiesta.

Un banquete en Lhardy

Varios hombres políticos, artistas, literatos y periodistas obsequiaron en la noche del mismo viernes con un banquete en el *restaurant* Lhardy al ex Presidente de la Argentina Sr. Figueroa Alcorta y á los demás huéspedes argentinos. El número de invitaciones se limitó, con objeto de que la comida tuviera, como en efecto tuvo, verdadero carácter de intimidad.

En la cabecera ocupó su puesto el Sr. Figueroa Alcorta, sentándose á su derecha el presidente del Consejo, el general González Parrado, el senador argentino Sr. Posse, el Sr. Francos Rodríguez, alcalde de Madrid; el señor Figueroa Alcorta (D. Pedro), Alfredo Vicenti, el maestro Villegas, el Sr. Pi y Arsuaga, Miguel Blay, Mariano Martín Fernández, Mariano Miguel de Val, los secretarios primero y segundo de la Legación, Sres. Barilari y Enciso, y Luis Morote.

A la izquierda tomaron asiento el Dr. Wilde, ministro de la Argentina; el general Luque, ministro de la Guerra; el conde del Cadagua, el Sr. Llovet, Miguel Moya, el coronel Baldrich, agregado militar á la Legación; el conde de Esteban Collantes, Moreno Carbonero, Manuel Benedito, el Sr. Tovía, del Ministerio de Estado; Mariano Benlliure, Lázaro Galdiano y el marqués de Valdeiglesias.

No hubo brindis. La consigna se cumplió fielmente, y éste fué uno de los encantos de la fiesta. Unicamente, al servirse el *champagne,* el Sr. Canalejas levantó su copa por el Sr. Figueroa Alcorta y por la prosperidad del joven y simpático pueblo argentino, y todos los comensales le imitaron.

Hubo en la comida algo más grato que la elocuencia de los discursos: conversación amena y graciosa. Fué una reunión de expansión íntima, amenizada por anécdotas políticas y rasgos de ingenio. Los argentinos fueron considerados como de los nuestros, no como extranjeros, y pudieron pasar una noche agradable. El Sr. Figueroa Alcorta nos decía después que desde hacía mucho tiempo no recordaba haber pasado velada tan agradable.

Estas comidas íntimas, no sujetas á las severidades del protocolo, tienen en Madrid verdadero carácter. Son como paréntesis de descanso en la lucha política. Los que combaten á diario en el Parlamento y en la prensa, sosteniendo rudas campañas; los próceres de la política, que llaman la atención con sus grandilocuentes discursos sobre las cuestiones más transcendentales, gustan de estas reuniones íntimas, en las cuales pueden gozar el encanto de

la amistad, librando al espíritu de las preocupaciones diarias y alejándose por un momento de la batalla. La sencillez, la familiaridad, la charla amena, son la salsa de estas reuniones.

Los huéspedes argentinos se hicieron cargo, sin duda, de lo que significaba el íntimo agasajo, en el cual pudieron apreciar un aspecto nuevo para ellos de la vida madrileña.

El Sr. Figueroa y sus acompañantes se trasladaron desde allí en automóviles al teatro de la Comedia, y luego al de Apolo, y por fin al Gran Teatro. En todos ellos tenían palcos reservados, á fin de que los ilustres viajeros conociesen los teatros más importantes de Madrid.

Otras visitas

Acompañados por el diplomático Sr. Tovía y nuestro compañero en la prensa D. Luis Morote, visitaron el sábado 13 por la tarde ambas Cámaras el ex Presidente de la República Argentina, su familia y distinguidos compatriotas que hacen con el Sr. Figueroa Alcorta su *tournée* por Europa.

Tanto en el Senado como en el Congreso recorrieron todas las dependencias mientras las sesiones se celebraban.

Enterado el conde de Romanones de la presencia en el Congreso de los ilustres visitantes, abandonó varios minutos el sillón presidencial y los saludó afectuosamente en su despacho oficial.

Después de recorrer las galerías altas, deteniéndose ante los retratos de los hombres públicos que han presidido la Cámara, presenciaron parte de la sesión desde la tribuna diplomática.

A las seis menos cuarto abandonaron el Congreso los ilustres visitantes, dirigiéndose á la redacción de nuestros colegas *Blanco y Negro* y *A B C*.

También visitó el Sr. Figueroa los estudios de Benlliure y Moreno Carbonero.

El domingo en los toros

Los señores de Figueroa Alcorta asistieron á la corrida de toros celebrada el domingo 14. Fueron los matadores *Machaquito,* Vicente Pastor, *Gallito* y Gaona. El segundo y el tercero brindaron el mejor de sus toros al ex Presidente argentino, que correspondió á los lidiadores con regalos de valor y buen gusto.

Memorable almuerzo íntimo

La Infanta Isabel quiso organizar todavía á los esclarecidos huéspedes una memorable despedida.

Consistió en un almuerzo íntimo en su palacio, al que asistieron SS. MM. los Reyes D. Alfonso y D.ª Victoria, la Reina D.ª María Cristina, el ministro de

la Argentina y la señora de Wilde, la marquesa viuda de Nájera, D. Alonso Coello, el conde de Pie de Concha, el Sr. Tovía, diplomático á las órdenes del Sr. Figueroa, y otras personas, hasta el número de catorce.

La mesa estaba lindamente adornada con claveles y rosas.

Los Reyes y la Infanta demostraron una vez más su simpatía á los señores de Figueroa Alcorta y al pueblo argentino.

Don Alfonso estuvo expansivo y ocurrente y habló de la Argentina con entusiasmo, consagrando un recuerdo al Dr. Sáenz Peña, que actualmente la preside, y manifestando sus verdaderos deseos de conocer aquel hermoso país.

La Infanta D.ª Isabel describió sus impresiones de la llegada á Buenos Aires, y declaró haberse considerado allí tan argentina como española.

Visitas de despedida y regreso á París

En el sudexpreso de Francia del lunes 15 del actual salieron para la capital de la vecina República los señores de Figueroa y de Posse.

Grato es el recuerdo que dejaron de su paso por España, y si la despedida que se les hizo fué digno remate de los agasajos anteriores, fué porque con ellos se iba algo nuestro, y con nosotros se quedaba, indudablemente, algo suyo, fruto de amistades y simpatías nuevas que progresivamente estrecharán el lazo de unión entre ambos pueblos.

M. M. V.

De Instrucción

La obra de la Infanta D.ª Paz

El 27 del corriente salieron para Munich nueve niños pobres, que, unidos á los tres que tiene ya la Infanta D.ª Paz en las escuelas alemanas, estudiarán allí, bajo la dirección y vigilancia de Su Alteza, la carrera del Magisterio.

Muchas son las obras de caridad y filantropía que se deben á la iniciativa y al patriotismo de la Infanta D.ª Paz; pero acaso ninguna tiene la importancia de ésta, cuyo objetivo es hacer buenos maestros en el mayor número posible, á fin de que ellos sean dentro de pocos años los que eleven cuanto es preciso el nivel de nuestra no muy aventajada Pedagogía.

Ello, además, se logrará favoreciendo á los niños más pobres, llevando la felicidad á los hogares más humildes y á las familias más necesitadas, á quienes se abre un horizonte nuevo y un porvenir dichoso á breve plazo, pues los

niños, que dentro de ocho años tendrán acabados sus estudios, volverán á España con su carrera terminada, hablando tres idiomas y en disposición de ocupar las mejores plazas de nuestras escuelas.

Los seis que salieron el citado día de Madrid son los siguientes: Antonio de Cueto y Garrido, huérfano, nacido en Madrid; Florentino Tarragó y Caminos, expósito, natural de Barcelona; Rafael Burguete y López Cerezo, de Valencia; Emilio Velasco Oriol, huérfano, de Morata de Jalón (Zaragoza); Felipe Serrano y Medrano, de Selices (Cuenca); y Miguel Aparicio y Caja, huérfano, de Almadén (Ciudad Real).

Don Mariano Miguel de Val, á quien se dió el encargo de elegir el aragonés, que juntamente con el de Barcelona trajo á Madrid, llevó á todos al palacio de la Infanta D.ª María Teresa, que había manifestado deseos de conocerlos, y que se interesó mucho por ellos. La augusta dama los recibió, acompañada del Infantito José, y conversó con ellos largo rato.

El Sr. De Val ha tenido en su casa y ha equipado á algunos, retratando á todos en grupo para recuerdo de este momento de su vida, y costeándoles el viaje hasta la frontera.

En Medina los recogió, para conducirlos hasta Munich, el canónigo de Salamanca y secretario de la Infanta D.ª Paz, D. Gonzalo Sanz, á quien acompañaban otros tres niños pobres con igual destino.

—o—

Académica

Academia de la Poesía Española

Concurso de «El Primer Libro»

La Academia de la Poesía Española, en su sesión del 29 del actual, dictó fallo en el concurso de «El Primer Libro».

Se procedió por votación, y resultó elegido por mayoría para el premio 500 pesetas el hermoso libro titulado *La gruta,* de D. Ignacio Zaldívar, libro que, además, se imprimirá por cuenta de la Academia.

Se acordó también recomendar eficazmente á las casas editoriales, para su publicación, los siguientes libros:

Las sendas de mi huerto, de D. Mariano Berdejo Casañal.
Siembras, de D. José Martínez Jerez.
Del silencio, de D. Ramón Goy de Silva.
Nieve, sol y tomillo, de D. Antonio Andión.
Tierra de brumas, de D. Antonio Gullón.
El primer libro, de D. Enrique de la Vega.

De todos estos notables libros se leerán composiciones escogidas en una solemne velada que, con el objeto de dar á conocer á estos meritísimos poetas, se celebrará muy en breve en el Ateneo de Madrid.

Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales

Concurso á premios

Fundación del duque de Berwick y de Alba, conde de Lemos, instituída en memoria de la Excma. Sra. D.ª Rosario Falcó y Ossorio, duquesa de Berwick y de Alba, condesa de Lemos y Siruela, para conmemorar el tercer centenario de la publicación del Quijote *premiando obras literarias, históricas y científicas.*

En cumplimiento de lo que se dispone en la escritura de la expresada fundación, esta Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales abre concurso público bajo las condiciones siguientes:

1.ª Los trabajos que opten al premio habrán de ser de índole científica, quedando el tema ó asunto á la libre elección de los concurrentes, siempre que no versen sobre inventos de medios de destrucción.

2.ª El premio consistirá en 12.000 pesetas en metálico, descontados los gastos de administración, salvos el aumento ó la disminución que puedan experimentar los intereses del capital destinado á la fundación.

3.ª El término para la presentación de trabajos comenzará á contarse desde el día de la publicación de esta convocatoria en la *Gaceta de Madrid* (1), y quedará cerrado el 31 de enero de 1914, á las doce de la noche, recibiéndose los trabajos en la Secretaría de la Academia, calle de Valverde, número 26.

4.ª El premio, si se presentase trabajo digno de él, será adjudicado en mayo de 1914, siempre que la extensión ó índole del trabajo ó trabajos presentados hagan posible su examen en el plazo de enero á mayo, pues de no ser así, se entenderá éste prorrogado hasta el fin del año, haciéndose la entrega al autor en cualquier solemnidad pública que la Academia celebre después de hecha la adjudicación.

5.ª Si se tratare de una obra, la impresión correrá á cargo y quedará á beneficio del autor, al que no se le entregará toda la cantidad en que el premio consiste hasta después de la publicación de la obra, reteniendo entre tanto la Academia la parte de metálico que estimare suficiente para la edición.

6.ª Los manuscritos ó trabajos no premiados se devolverán á sus respectivos dueños.

7.ª Los trabajos originales presentados al concurso no podrán ir suscritos

(1) Se ha publicado en la *Gaceta* del 11 de mayo de 1911.

por el autor, el cual conservará en absoluto el anónimo, distinguiendo su obra ó invento con un lema igual á otro que, en sobre cerrado, lacrado y sellado, firmará, declarando su nombre y apellidos, y haciendo constar su residencia y el primer renglón del manuscrito.

8.ª Podrán los trabajos ser de uno ó varios autores; pero en ningún caso se dividirá el premio entre dos ó más obras.

9.ª Sólo se admitirán al concurso obras ó trabajos inéditos no premiados en otros concursos, y de autores españoles y en castellano, quedando excluídos los de individuos de esta Corporación.

10. La Secretaría admitirá las obras ó trabajos que se le entreguen con los anteriores requisitos, y dará de cada uno de ellos recibo en que se expresen su título, lema y primer renglón del manuscrito.

El autor que remita su obra por el correo, designará, sin nombrarse, la persona á quien se haya de dar el recibo.

11. Si antes de haberse dictado fallo acerca de los trabajos presentados quisiera alguno de los autores retirar el suyo, se le devolverá previa exhibición del recibo que le fué expedido, y acreditando á satisfacción del secretario ser autor del que reclame, ó persona autorizada para pedirlo.

12. Si el concurso quedare desierto, ó se fallara no ser de mérito bastante trabajo alguno de los presentados, la Academia abrirá otro nuevo por otros tres años.

13. Adjudicado el premio, se abrirá el pliego señalado con el mismo lema que el trabajo premiado, y se proclamará el nombre del autor.

Madrid, 5 de mayo de 1911.—El secretario general, *Francisco de Paula Arrillaga.*

EL IDIOMA COMO SEÑUELO

No es un fenómeno nuevo.

Es, por el contrario, un procedimiento antiguo que se recrudece de tiempo en tiempo, adquiriendo cuando tal sucede síntomas de transcendencia y caracteres de sugestiva actualidad.

Me refiero á la insistencia, á la terca y flemática tenacidad con que los yanquis se proponen implantar, con propósitos no bien determinados, la enseñanza de la lengua castellana en todos los centros docentes que dependen de la Unión.

No ha muchos días—al comenzar abril—uno de nuestros más populares periódicos rotativos (1) publicaba, bajo el título de *El idioma español en los Estados Unidos,* los siguientes renglones, denunciadores de un grave recrudecimiento en el síntoma indicado, y con cuyo espíritu no me puedo en modo alguno conformar:

«La importancia que adquiere el idioma español y su enseñanza en los Estados Unidos de América constituye la prueba más patente de su porvenir mercantil é internacional.

»Los hechos sintomáticos del interés que el español inspira á los americanos son numerosos: así, por ejemplo, á pesar de ser la colonia española relativamente escasa, han pasado al léxico corriente muchas más palabras españolas que francesas, italianas y germánicas, no obstante la indiscutible superioridad numérica que tienen los naturales de otras naciones; otro hecho es que los alumnos de español constituyen la mayoría en todas las escuelas de idiomas, en proporción que á veces no es inferior á los dos tercios, menudeando asimismo las conferencias en español, que llegaron á darse en el último curso en la Universidad de Columbia.

»El alcalde de Boston ha obligado recientemente á los directores de escuelas á incluir el español en sus programas; y casi no se encontrará en toda la República una casa comercial de regular importancia que no tenga quien hable ó escriba español entre sus dependientes.

»Naturalmente que este esfuerzo para dar á todos los negociantes norteamericanos dominio del idioma español no se hace á humo de pajas.

»Repetidas veces se ha tenido ocasión de comprobar que los Estados Unidos, incapaces de consumir normalmente su producción industrial, están ensanchando día por día su comercio de exportación á las tierras latinoamericanas, y cuentan que rendirá muy buenos productos el esfuerzo que precisa para hacer desaparecer el inconveniente de la diferencia de idiomas entre vendedor y comprador.

»El día en que el tesón yanqui haya triunfado de esta dificultad, habremos perdido una de las grandes ventajas en que se encuentra el comercio español. Afortunadamente, la tarea es larga.»

A mi pobre entender—y conste que celebraré engañarme—, ni el verda-

(1) *El Imparcial.*

ATENEO BIBLIOTE MADR

dero móvil á que obedecen los yanquis en sus íntimos propósitos se reduce á satisfacer ansias justas y generosas de ampliar hasta donde sea posible los límites de su esfera comercial, ni el logro de sus mal encubiertas aspiraciones se vislumbra tan remoto que no reclame los desvelos de la más inmediata defensa por parte de nuestros hermanos de la América latina, que son hoy, como ayer lo fuimos nosotros, los amenazados por los peligros de una concupiscencia tan cautelosa como pertinaz.

No es Uncle Sam, ni mucho menos, émulo del valeroso hidalgo Don Quijote.

Más que atacar de frente y temerariamente el núcleo de gigantes que fingiera la locura, es propio de su escuela socavar en la sombra sus cimientos, cortar sus aspas y precipitar arteramente su ruina; y ni el nervioso aturdimiento malogra nunca sus planes, ni las arrogancias peligrosas los exponen al fracaso, ni las susceptibilidades del espíritu marcial los divorcian jamás de las calculadas conveniencias de un positivismo frío.

Más que en vengar gallardamente la captura y el castigo del *Virginius,* que, cierta ó equivocadamente, no estimaron justos, pensaron los yanquis en disimular pasibles sus ofensas, para, después de volar el *Maine,* ametrallar con entera impunidad nuestras naves casi inermes, y proclamarse vana y jactanciosamente vencedores de un enemigo que no les pudo con sus fuegos ofender.

Que no de otra suerte suelen obrar los que sufrieron ayer, y sin protestas de hecho, las correrías del *Alabama,* procedente de las costas de Inglaterra, y soportan también en nuestros días, sin entregarse á desplantes belicosos, las agresivas terquedades del Imperio del Japón.

Los yanquis, sin correr peligros, sin arriesgar sus hombres ni sus dólares, sin preocuparse de resolver grandes problemas..., neutralizando influencias, cortando brazos, anulando defensas y tan pronto fomentando suspicacias entre hermanos como actuando de oficiosos mediadores que ponen fin á sus rencillas, aspiran á extender, con su radio comercial, el vasto circuito que encierran sus fronteras, y buscan hoy en el idioma de Cervantes, común á tantos pueblos sus vecinos, el mejor y más eficaz de los auxiliares para llegar en breve—no en muy lejano plazo—á la realización de sus ambiciosos planes de expansión imperialista más que de hegemonía económico-industrial.

«América para los americanos», dijo Monroe como fundamento de su escuela, que parecía inspirada en supremos anhelos de justicia y condensar —allá en su patria—una legítima y universal aspiración. «América para los yanquis», es bueno corregir si se ha de vivir en la realidad, llamando por sus nombres á las cosas y presentando á cada cual sin eufemismos ni disfraces y con todos sus caracteres de vicio ó de virtud.

Claro es que la vulgarización del castellano en el territorio de la Unión —arma que, á mi entender, se proponen esgrimir los yanquis en perjuicio del resto de los americanos—no es un recurso de acción tan violenta y definitiva, ni sus éxitos pueden tampoco ser tan inmediatos como los que se obtienen atropellando descaradamente el derecho al amparo de las bayonetas y derra-

mando sangre de los ciudadanos, que, por lo mismo que significa su martirio por la Patria, puede siempre y á poca costa retoñar; cierto que, aun reconociendo en tal procedimiento un carácter exageradamente utilitario, que rebaja al infinito su significación, conserva y emana ciertos vahos de lisonja halagadora que aspiran, aun sin querer, todos aquellos que miran en su idioma algo de herencia respetable, especie de sagrado depósito de origen paternal; cierto también que la importancia positiva de los pueblos suele crecer ó, cuando menos, estar representada por la mayor ó menor copia de individuos á quienes liga y pone en comunicación el mismo idioma; pero cierto también, y cierto sin distingos, que todas las apuntadas razones, y muchas más que pudieran fácilmente formularse, abonan, por contraposición, el interés con que los yanquis adoptan tal recurso, no por respeto y en obsequio á los demás, sino y tan sólo en beneficio propio y como fiel expresión de sus miras egoístas, que en los procedimientos de su desarrollo aceptan las nebulosidades de un negocio artero y rechazan las bizarras arrogancias de la lid.

Que ni es nueva la flor de *fingirse amigos para ser señores,* según rezan los muchachos en las aulas, ni las exquisiteces del carácter yanqui autorizan á esperar cuerdamente otros sucesos.

Podré, y repito que lo celebraré mucho, estar equivocado; podrá estar en lo cierto y tener plena razón quien escribió en *El Imparcial;* podrá ser, *afortunadamente, larga la tarea,* que es ya antigua, de enseñar el español bajo un pretexto exclusivamente comercial; pero...

Me explicaré.

Era yo mozo y empezaba mi carrera cuando á bordo de aquella gloriosísima fragata, primera de hélice que construyeron los astilleros nacionales, heroica fortaleza en una lucha de familia, y primera también en surcar las aguas del canal de Lesseps ostentando la veneranda enseña de la madre España, arribé en los comienzos del año 1870 al pintoresco mar mediterráneo, casi, casi mar interior, que se llama la bahía de Manila.

Recuerdo todo con pasmosa claridad; parece que fué ayer.

En las primeras horas de una plácida mañana del mes de marzo y surcando con tranquila majestad un mar poco rizado, el veterano, el bizarro bajel que llevó el nombre de la Reina *Berenguela* embocaba el amplio seno occidental que es tesoro de Luzón, y, rozando con el Corregidor, enderezaba su rumbo en demanda de la boca del río Pásig, para fondear próximo y frontero á la vieja capital de las islas Filipinas.

A medida que se estrechaba la distancia, el barco, cual viajero presumido que considera compatibles los estragos de los años con las pueriles exigencias de un buen parecer, iba poco á poco sustituyendo con sus galas señoriales el averiado equipaje que le sirviera á maravilla durante su larga lucha con el mar, y, como complemento y final de sus coqueterías, al distinguir claramente el fondeadero y poder contar en él los buques amarrados, lanzó al aire las insignias de la Patria, que disputan su brillo y su alegría al propio sol.

Hasta estos momentos todas fueron impresiones halagüeñas.

El semáforo del Corregidor saludó con repetidas señales el arribo del buque mensajero del hogar lejano, el arsenal y la fortaleza de Cavite tremolaron á la vez sus enseñas orgullosas, y los barquichuelos que, sin excepción, se otorgaban el honor de pasar á nuestro lado retardando sus viajes, nos dedicaban expresivas exclamaciones, patente muestra de respeto y simpatía.

Pero á partir de aquí, cuando, con el ancla ya en el fondo, empecé á reconocer con la natural curiosidad y el más creciente interés uno por uno el pabellón de los buques de altura fondeados, sentí en mi alma de chicuelo una dolorosa impresión que aún hoy me amarga, mezcla de pesar y de estupor, y algo así como un formal presentimiento de próximos peligros, ya que los que enseñoreaban la bahía eran todos extranjeros poco amigos, cuando yo esperaba encontrar grupos de hermanos.

Sólo allá lejos, hacia el Sur, y cual si no quisiese formar parte del núcleo principal, una fragata, la *Cándida*—si no miente mi memoria—, procedente de Cádiz y que acababa de rendir viaje á través del cabo Tormentoso, izó los bizarros colores de Castilla, única nota de amor en aquel ingrato concierto de extranjeros.

El resto, todas las demás, las doce ó catorce fragatas que diseminadas á nuestro alrededor y monopolizando el movimiento marítimo comercial simulaban también cortés saludo, tremolaban en sus popas el pabellón de las franjas encarnadas y parecían á mis ojos poco expertos, más que huéspedes, verdaderos propietarios del maravilloso imperio filipino.

Después, cuando, á fuerza de recorrer palmo á palmo y en todas direcciones la vastísima extensión del archipiélago, pude darme cabal cuenta de su altura comercial, de sus varios elementos de vida, de su orientación industrial, de su desarrollo agrícola y de sus actividades financieras, jamás—desgraciadamente—tuve ocasión de declararme equivocado, ni rectificar en poco ni en mucho aquellas mis primeras impresiones, que mataron en flor mis entusiasmos y velaron tras negra pantalla los encantos de que esperaba gozar en mi visita.

Repasad los periódicos manileños de aquel entonces, y á fe, á fe que no me dejarán mentir.

Russell Sturgis, Smith, Bell y Compañía, Peele y Hubell, Macleod, Pickford..., los representantes todos de la banca y de la navegación; los propietarios, patentes ó encubiertos, de las plantaciones de azúcar y de abacá; los acaparadores de las mercancías indígenas y exóticas en todo el archipiélago...; todos los agentes explotadores más ó menos directos de la riqueza y de la vida de las islas; los que, dirigiendo á mansalva sus negocios, ejercían una especie de supremacía á nombre del interés mutuo y del tráfico internacional, todos, todos eran yanquis; todos cerca, muy cerca, de la población indígena, vivían sistemáticamente alejados de nosotros, y, haciendo alarde de una indiferencia sospechosa á fuerza de ser estudiada y persistente, ni se mezclaban jamás de modo ostensible en nuestras diferencias políticoinsulares ni en nuestras

empresas expedicionarias, ni claudicaban un punto en lo que consideraban fundamental con relación á su ansiado porvenir.

Nuestro, y sostenido con nuestro caudal y nuestra sangre, era el ejército insular, suprema garantía, allí como do quiera, de la imprescindible paz social; nuestra la marina que, ahuyentando los piratas, daba condiciones de seguridad á la navegación; nuestro el culto y la dirección de las conciencias; nuestras la administración de justicia, la policía, los servicios de higiene, de instrucción pública y de comunicaciones: todo lo que, á costa de formidables y continuos sacrificios, es salvaguardia de las propiedades, defensa del derecho y fundamento en que descansa la pública prosperidad. De ellos el fruto á tanta costa recogido, los dones todos de la madre tierra, la esencia, por decirlo así, de una dominación antigua, ciega y generosa en todas sus múltiples manifestaciones, y con la cual era punto obligado el acabar; y...

No de repente, ni con violencias, atropellos y precipitaciones suficientes á enconar rencores y á suscitar justificados recelos y peligrosísimas desconfianzas, sino *lenta, tenaz* y *disimuladamente,* y á la manera que el anay ó la polilla, dejando casi intacta la superficie exterior de la madera, corroe el interior hasta el extremo de dejarla hueca, así los yanquis, aparentando respetar los signos exteriores de la soberanía española, amparados por sus leyes y defendidos por sus bayonetas, iban *lenta, tenaz* y *disimuladamente* apoderándose de las verdaderas entrañas del archipiélago, interviniendo sus contratos, monopolizando su comercio exterior, tan pronto bajo la bandera de su patria, como arbolando la nuestra en bajeles de su absoluta é indubitable propiedad; y siendo, por fin, auxiliares activos y poderosos de detentadores planes que allí, como en el mar de las Antillas, no esperaban más que la ocasión propicia para estallar, sin sombra de exposición á desastrosas contingencias, de que es prudente en todo caso huir.

Lo recuerdo muy bien, porque lo observaba en todos los cruceros. Cuando á través de la espesura de los bosques seculares vislumbrábamos las suaves ondulaciones de un pabellón movido por la brisa, no teníamos necesidad de molestarnos en inquirir ni calcular cuál fuera el carácter del edificio bajo sus pliegues cobijado, que podíamos definir con certidumbre matemática que no ha tenido jamás una excepción.

Si la bandera era roja y amarilla, sombreaba una cota ó un cuartel; si era la blanca de las bandas rojas, cobijaba, á ciencia cierta y al amparo de aquélla, un edificio comercial.

Tal fué el lucrativo sistema imaginado por los yanquis para apoderarse moral y económicamente del archipiélago de Filipinas; tarda, pero cómoda jornada que preparó la expoliación definitiva realizada años después merced al cruel y cruentísimo ejercicio de fuego hecho por sus acorazados sobre indefensas naves españolas, y el cual tuvieron la gallarda gentileza de suspender para dar lugar á un almuerzo de caracteres genuinamente macabros y cuyo recuerdo, que abomino, ha de llegar á ser, no lo dudéis, afrentoso baldón de las historias.

Dúctil, sin embargo, el sistema político de los yanquis, y perfectamente dispuesto para acomodarse á las circunstancias de tiempo y de lugar, que imponen, si se ambiciona el éxito sin reparar en medios, profundas y transcendentales modificaciones, no siguieron en todas nuestras posesiones del Extremo Oriente el mismo derrotero para lograr su fin: que si es verdad que por todos los caminos se va á Roma aun disponiéndose de escasos elementos, mucho más lo es cuando se dispone francamente para el caso de medios sobrados de combate y de transporte, de dinero y de voluntad, de astucia y de poder.

Por eso en aquel remoto grupo carolino, que, cual centinela avanzado del territorio de la Patria, tremolaba hidalgamente nuestra enseña en las procelosas soledades de la mar, buscaron en la influencia instructivo-religiosa, que el Tratado llamado de Roma les permitía ejercer sin trabas ni limitaciones, el instrumento más apropiado para minar sorda y sigilosamente nuestra preponderancia y convertirse en dueños positivos de tierras y personas, en espera de que un *soi-disant* derecho impuesto á cualquier precio viniese á dar sanción á los hechos consumados, sustituyendo con la yanqui su legendaria nacionalidad.

Los misioneros metodistas, instalados allí como los comerciantes en Manila, al amparo, como éstos, de nuestras leyes, y como ellos defendidos por nuestro combatido poder, iban poco á poco y á su grado reformando las originarias costumbres, sembrando desafectos hacia España y fomentando simpatías para la Unión. Y si bien, expulsados de Ponapé por supuesta intervención en los criminales motines en que rindió su vida un pundonoroso y enérgico gobernador, vieron mermado accidental aunque profundamente el regular desenvolvimiento de una gestión reprobada y reprensible, no acudieron, como jamás quisieron acudir, á violentar los acontecimientos, haciéndose sospechosos de egoísmo y deslealtad, sino que, aceptando ó soportando, mejor dicho, la expulsión impuesta y diseminándose por todas las demás islas, y hasta creando en ellas y á su sombra nuevos centros de población, esquilmaban á los indígenas, obteniendo el 500 por 100 en sus tratos comerciales; suplantaban el idioma carolino con la afrentosa jerga llamada *peachen english;* aflojaban, alterando en su provecho la verdad religiosa, uno de los lazos más estrechos de la vida de los hombres en sus relaciones con la Patria; y, como avezados maestros del arte de fingir, cuidaban de ocultar todos sus actos bajo una hipócrita capa de legalidad, que se reducía en muchos casos á la ceremonia puramente convencional de arbolar en todas las misiones la nobilísima, la generosa, la venerada bandera de esta vieja Iberia, que si puede sucumbir ante el esfuerzo siempre colectivo de los pueblos congregados en su daño, no se puede jamás rebajar ni envilecer.

> Que es más fácil, ¡oh España!, en muchos modos,
> que lo que á todos le quitastes sola,
> te puedan á ti sola quitar todos.
>
> QUEVEDO.

Después de los anteriores ejemplos, ¿veis claro cómo la política yanqui, sin perder nunca de vista sus ideales de expansión territorial, es siempre y según ya dije perfectamente acomodaticia?

En Filipinas hizo presa en los intereses materiales, y en Carolinas monopolizó los morales: allí banqueros y traficantes, aquí sacerdotes y maestros; y ni en Manila se vió, ni por excepción, un sacerdote, ni en Ponapé sustituyó nunca al metodista el mercader.

Lo que importaba allí como aquí, en uno como en otro archipiélago, era ejercer una dominación mansa y solapada, preparatoria de la gran usurpación; introducirse cautelosamente; no jugar cartas con peligro, ni afrontar más que sobre seguro las contingencias de una lid: que ni todos los pueblos realizan de igual suerte sus conquistas, ni—como ya he dicho—ha sido nunca, lo es hoy, ni lo ha de ser en los tiempos venideros, espejo Don Quijote de Uncle Sam.

Sólo ahora, cuando, por estimar consolidada la incalificable detentación del archipiélago de Legazpi, no sienten los yanquis necesidad de disimular tendencias ni de paliar desdenes; cuando, aspirando á borrar toda esperanza de redención para los tagalos y visayas, quieren poner en juego el último y supremo recurso, determinante de organizaciones al parecer definitivas, es cuando, sin medir obstáculos ni pesar inconvenientes, sin consultar el público deseo ni aun respetar los fueros de la Historia, ellos, los que con todo su poder y sus abrumadores elementos de hombres y dinero no han conseguido dar un paso más allá de la periferia de las islas; ellos, los que con sus ametralladoras no han logrado todavía izar el pabellón de las estrellas en los numerosísimos poblados del interior, donde un pobre fraile ó un modesto gobernadorcillo izaban ayer la bandera de Castilla; los que ni por religión ni por carácter, ni por gustos ni por aficiones, ni por usos ni por costumbres, encajan en el país, ni se amoldan poco ni mucho á la idiosincrasia de sus hijos, es cuando alimentan el descabellado propósito—si hemos de creer á su portavoz míster Burlingham—de desterrar del hogar indioespañol el idioma de Cervantes, proclamando, cual si pudiera nunca ser verdad, que «si los autores filipinos escriben hoy en español, es porque pertenecen á la generación antigua, y que los de la nueva generación escribirán en inglés...»; peregrina afirmación que presupone, porque sí y sólo porque sí, á los que fueron nuestros hermanos durante luengos siglos, autómatas sin voluntad y sin criterio, faltos de hidalga personalidad y dóciles á no asumir más misión que la ingrata de obedecer pacientes los caprichosos decretos de sus dominadores enemigos, los altaneros representantes de la Unión.

Los hechos les demostrarán—yo así lo espero—que es más fácil detentar el territorio de los pueblos, que, al fin y al cabo, no pasa de ser la manifestación material de su personalidad, que no destruir cuando el deseo lo pide la más sublime esencia de su espíritu, el verbo de su alma, la lengua de sus padres, expresión de sus amores, faro de su inteligencia, gama mil veces perdurable con que se adora á Dios.

Sólo aniquilando la raza filipina—si por milagro se dejase aniquilar—, sólo aplicando allí los eficaces procedimientos de exterminio que los pieles rojas no han podido á la postre resistir, Mr. Burlingham lograría alcanzar los honores de profeta, ya que á los muertos es fácil domeñarlos, porque de los muertos... no hay nada que temer.

Pero ¿qué tendría de particular—ya que, en lo malo como en lo bueno, la práctica hace maestros—que el Gobierno de Washington, persistiendo en sus proyectos de expansión, trocase los procedimientos empleados hasta aquí, en el concepto de meramente previos ó preparatorios, para lograr, en resumen, igual fin?

Si en Filipinas fué el comercio la principal palanca de que se valieron para quebrantar nuestra legítima soberanía; si en Carolinas buscaron en la enseñanza y en la religión los poderosos resortes que habían de combatir nuestro prestigio, ¿por qué dudar de que en las Repúblicas hispanoamericanas, que no han menester de sus enseñanzas y que desarrollan sin su auxilio todos los diversos elementos de la vida nacional, puedan buscar, y busquen efectivamente, otro recurso para introducirse, y, sin suscitar sospechas, trabajar *lenta, tenaz y disimuladamente,* y mirando siempre al porvenir?

Confesemos que el recurso excogitado es ingenioso.

Se adula en cierto modo el orgullo nacional enseñando el idioma castellano, que, al extender su esfera, parece como que crece de valor; se facilitan á su amparo las transaciones mercantiles, que refuerzan los ingresos en las insaciables cajas yanquis; se fomenta la emigración en las Repúblicas latinas de legiones norteamericanas que llevan en el nuevo idioma un arma de dos filos y el mejor de los lubricantes para suavizar rozamientos en su servicio de información; se simula una fraternal conexión de intereses y de aspiraciones que permita penetrar todos los secretos y tener participación pública y privada en todos los acontecimientos; y al amparo de una fantástica compenetración á que dan aspecto de realidad la cada día más perfecta expresión del idioma y la cada vez más estudiada imitación de las costumbres, se van plantando jalones, cada vez más espesos y mucho mejor emplazados, para dirigir el plan de anexión ó de conquista, que constituye para el Gobierno yanqui algo así como pertinaz monomanía con caracteres de obsesión.

Nada de alardes militares, nada de fortificaciones en las fronteras, nada de aprestos marítimos hacia los puertos que se pretende detentar: lo que interesa es mantener inalterable la paz con las futuras víctimas; no dar lugar á prematuras contingencias, á ruinosas represalias ni á justificadas reclamaciones; buscar un Cayo Hueso vecino de la Habana, utilizar un Hongkong frontero de Manila, y lo demás, cuando surja, espontáneo ó preparado, el pretexto escogido como *casus belli* por la felina diplomacia que los españoles hemos tenido ocasión de padecer, el camino á seguir, si no completamente despejado, se encuentra, en efecto, bien dispuesto, son conocidos sus atajos, repechos y recodos...; con astucia y con exceso de poder se puede franquear.

Las impunes expansiones territoriales, las guerras estupendamente in-

cruentas, los éxitos de un bizarro imperialismo *sui géneris* en todas sus manifestaciones—nulo ante los poderosos, soberbio y absorbente con los que de momento no lo son—son patrimonio exclusivo de los Gobiernos que, perdonando las correrías del *Alabama* y los fusilamientos del *Virginius,* las intransigencias inglesas y las arrogancias del Japón, osan un día alfombrar sus tabernas con banderas españolas, para achacar después al pueblo por excelencia sin mancilla la sospechosa voladura del crucero *Maine.*

No está aún tan lejana aquella fecha en que, al partir nuestros barcos para cumplir lo que estimaban penosísimo deber en una lucha con hermanos, y al recibir de un comodoro yanqui la impertinente pregunta de: «¿Adónde va usted?», contestaban valerosos, rebosantes de independencia y ahitos de decoro, con un lacónico: «A la mar»; ni cuando, al ir á romper el fuego sobre una plaza que fundaron nuestros padres y que hoy habitan sus hijos, y conocer la inusitada y jactanciosa intención de intervenir lanzada por el mismo comodoro, contestaba nuestro malogrado Méndez Núñez, sin titubeos ni vacilaciones, jugando el todo por el todo y persuadido de tener de su parte la razón: «Si se interpone usted entre mis barcos y la plaza, mi deber es echarle á usted á pique»; enérgico argumento que aún espera la respuesta, porque es mucho más llano importunar que contender.

Por lo demás, ¿pretexto de rompimiento y de invasión en ocasión propicia?

Cualquiera—no lo dudéis—, cualquiera.

Fueron á Cuba sin planes ambiciosos, á poner fin á un anárquico desorden y á nuestras obstinadas vejaciones medievales, porque—¡claro es!—, en toda la redondez del Universo, nadie más indicado que ellos, los que convierten en grato espectáculo los salvajismos del boxeo; los que toleran la odiosa ley de Lynch, agravada en su aplicación con crueldades infinitas; los que han sabido reducir á unos cuantos centenares de indios la inmensa población indígena de su vasto territorio, extremando doquiera el exterminio, sin respetos al derecho ni á la ley; nadie mejor que ellos—digo—para defender la justicia por nosotros ultrajada, invocando en abono de su intervención y sin asomos de egoísmo los venerables fueros de la humanidad.

Como síntesis de la política de los pueblos, como expresión fiel de las intimidades de sus diversos caracteres, compendio de sus ideales y espíritu de sus aspiraciones, se ha dicho siempre que allí donde ponían la planta para extender, bélica ó pacíficamente, el territorio de sus dominios, fundaban, casi sin excepción, los ingleses una factoría, los franceses una fortaleza, un astillero los holandeses, y los españoles un templo.

Y es que así como las familias sienten y han sentido siempre natural deseo y natural complacencia en fundir todos los hijos en la turquesa de una educación común, y así como las corporaciones han experimentado y siguen experimentando la necesidad de identificar todos sus individuos sujetándolos á las imposiciones de un código único, de una sola legislación, así también las naciones, por interés y por orgullo, han tratado siempre de unificar los diferen-

tes pueblos reducidos á integrar el majestuoso conjunto que se llama patria infundiendo en todos los mismos ideales, compenetrando todas sus ambiciones é intereses, creando, en suma, un alma con diversos cuerpos, movidos todos por las mismas fuerzas y enderezadas todas á una sola acción.

Los yanquis—y de hacerlo son muy dueños—no participan en nada ni por nada de tal modo de pensar, y constituyen, por ende, una excepción.

Los medios son para ellos accidentes puramente secundarios; lo único grave y fundamental es la consecución del presupuesto fin.

Tórnese en anexión la hospitalidad que brinda un territorio, que todo lo demás cae por fuera y no merece preocupar.

Claro es que el velo para cubrir la realidad de sus maquinaciones tiene forzosamente que ser de un color y de un tejido apropiados al objeto que al tenderlo se persigue; y por eso no ha de sorprender á nadie el que *La Estrella de Panamá,* sin penetrar por entero la pantalla, y al ocuparse en *El estudio del español,* diga, si mal no recuerdo, que: «Los Estados Unidos, en todo caso, aspiran á tener pacíficas relaciones comerciales con los sesenta millones de habitantes de los países que están al sur de su territorio; países cuyas relaciones políticas con la República del Norte serán siempre las que mantienen entre sí las naciones libres y soberanas.»

Y á fe, respondo yo, que lo sucedido en el propio Panamá constituye plena prueba de la evidencia de tan pacíficas y tranquilizadoras afirmaciones.

Las necesidades de la que llamaremos guerra hispanoamericana sólo porque es preciso llamar de algún modo á tan estupendo acontecimiento internacional, confirmaron de manera decisiva la opinión preexistente en la gran República, relativa á la transcendental importancia de la posesión del canal interoceánico á través del Istmo, que habrá de reducir en grande escala la enorme solución de continuidad que la vuelta por el cabo de Hornos ó por el estrecho de Magallanes supone entre las costas yanquis, que se extienden á lo largo de ambos mares; y á partir de tal momento, y extremando los recursos y jugando todos los resortes, no pensó en otra cosa aquel Gobierno que en precipitar los acontecimientos y amontonar obstáculos ó franquearlos brevemente, según las necesidades del instante actual, para poner por obra lo que se juzgaba y se juzga, muchísimo más que conveniente, verdadera clave de engrandecimiento para llegar al soñado imperio de los yanquis, especie de pulpo gigantesco con que se pretende oprimir dos continentes, sin conceder respiro alguno desde la Patagonia hasta Bhéring.

Convulsiones intestinas cuya reseña no pertenece á este lugar convirtieron en Estados independientes los que uniera en República Colombiana la inteligente previsión del gran Bolívar; á las dificultades económicas con que luchaba la gran vía acometida por Lesseps respondió un Tratado de los yanquis con la Gran Bretaña, relativo á la construcción de otra para uso de todas las naciones, amparada por garantías de absoluta neutralidad; vino después un segundo Tratado entre los Estados Unidos del Norte y de Colombia, estipulando el arriendo por cien años, prorrogables á voluntad de los primeros, de una

zona apropiada y suficiente para abrir el cauce del proyectado canal; y cuando, rechazado tal proyecto en agosto de 1903 por el Congreso colombiano, surgió el establecimiento de la nueva República de Panamá, hubo de variar totalmente el aspecto del negocio, hasta el extremo de firmarse á los pocos meses, en noviembre del mismo año 1903, un Convenio entre las dos Repúblicas relativo á la construcción tan deseada, y estipulando, entre otras menos interesantes, las siguientes bases de importancia capital: cesión á los Estados Unidos del Norte, y á perpetuidad, de una zona de cinco millas de ancho á ambos lados del gran cauce y en toda la extensión de su trayecto, y de otra zona de condiciones suficientes para la apertura de los canales complementarios; media cesión—que bien pudiera á poca costa completarse—de las ciudades de Panamá y Colón, situadas en ambas cabezas del trazado; y cesión completa, como la primera, de la línea de costa correspondiente á la zona principal, así como de las islas de la bahía de Panamá que se han considerado indispensables, como aquélla, para garantizar la defensa de las obras y la libertad del tráfico marítimo universal, que, bien se comprende, interesa á todos tanto como á los yanquis defender.

Dígase ahora, después de leer entre líneas y de pesar cuerdamente el verdadero alcance de tan enorme concesión, si es mucho suponer que los Estados Unidos han conseguido fundar algo que pudiéramos llamar fiel trasunto de colonia á través del Istmo y en el propio corazón de la República de Panamá.

Claro y evidente es—y perdonad mis pesadas insistencias—que así como en las Carolinas no se perseguía otra meta que la educación civil y religiosa, como en Filipinas se trabajaba sólo por el desarrollo agrícola y por el fomento comercial, y como en Cuba se anhelaba únicamente la terminación de una cruel lucha fratricida, todo sin egoísmos ni ambiciones, con miras genuinamente altruístas y pacífica intención, en Panamá el único objetivo de los yanquis, los únicos resultados que apetecen son los de conseguir—sin perder de vista el interés mundial, el positivo beneficio de todas las naciones—, los de conseguir, repito, la más franca, expedita y racional solución para el apremiante problema planteado por el exceso de su producción, consecuencia lógica y precisa de su exuberante prosperidad económico-industrial; solución que se hará perfectamente práctica é inmediata merced á la aproximación que determina la apertura de la nueva vía y á la consiguiente fácil conquista de mercados hoy difíciles y dispendiosos por las contrariedades de tiempo y de transportes que imponen las distancias. Pero... hete aquí que contra tan halagadores optimismos, y como ingrato reverso de una medalla todo brillo y generosidad, surgen otros aspectos, otros razonamientos y otras convicciones de que nuestra propia Revista social se ha hecho eco hace muy poco, proclamando sin rebozo en sus columnas que: «Aunque designado primordialmente para usos comerciales, la construcción del canal tendrá importantes resultados políticos. Ofrecerá facilidades para maniobras militares y llegará á formar, según las profecías del Presidente Hayes, parte de la costa de los Estados Unidos; y á partir de su apertura, se pondrá San Francisco á ca-

torce días de Nueva York, la flota de la República podrá concentrarse en cualquier punto amenazado, y en pocos días, en lugar de las varias semanas que ahora requiere tal operación.»

Tal es, en suma y retratado al desnudo, el verdadero *desideratum* de los yanquis, el objetivo estratégico que, en previsión de ulteriores complicaciones, persigue en este asunto concreto el Gobierno de la Unión; pero por si alguien pudiera dudarlo, afanoso de evitar suspicaces pesimismos, para que los sordos oigan y los ciegos vean, despejando todas las incógnitas y dejando al descubierto la verdad, surge el decidido propósito de la fortificación del Istmo y desaparece la preestablecida neutralización del tráfico por el canal, anulándose *ipso facto* en manos de los señores de las fortalezas, en manos de los yanquis, que habrán logrado perfeccionar su posesión (1).

Ved esto, comparadlo con lo sucedido en Suez, y me concederéis que el parangón no puede ser más elocuente y significativo.

Allí, sin miras de engrandecimiento nacional de nadie, sin otro objeto que el de alcanzar una verdadera ventaja comercial estrechando las distancias de los pueblos y estableciendo un afectuoso lazo del Oriente con el Occidente y del porvenir risueño con la gloriosa ancianidad, se inauguró, ha casi medio siglo, la navegación entre dos mares, sin pensar en cañones ni en corazas, y sin temer solapadas ingerencias ni agresiones belicosas del poder.

Cual se inauguró, libre y escudado por la buena fe del Universo entero, vive y prospera aquel canal egipcio, florón de la pasada centuria y compendio noble del progreso universal.

En Suez nadie ha sentido, al cabo de cuarenta y dos años de cosmopolita explotación, la necesidad de las defensas; en Panamá se decide la fortificación y el artillado antes, mucho antes de vislumbrarse siquiera lejanos síntomas de inauguración.

Y es que mientras aquélla es la obra y la expresión de la solidaridad humana, es ésta absolutamente imperialista y, mejor aún que utilitaria, en el más amplio sentido de la frase, heraldo cierto de futuros planes que bien se pueden—sin incurrir en extravagancias de profeta—con ciega certidumbre definir y precisar.

Tal es mi modo de ver, tal mi sincero convencimiento en el asunto, confirmado más y más por muchos años de atenta observación, que, si no presume de inteligente, tampoco acepta el papel de torcidamente apasionada.

Y porque opino así, porque he visto emplear á los yanquis un procedi-

(1) «*La fortificación de Panamá.*—A pesar de todas las observaciones de la prensa y del elemento moderado de los Estados Unidos, el Congreso votó el crédito que el Gobierno había pedido para la fortificación del canal de Panamá.

»Ese nuevo triunfo del imperialismo americano, en que se atropellan toda clase de consideraciones del orden moral, abre un vasto campo á serias reflexiones, puesto que Panamá representa un acto muy reprobado de los que se han cometido en estos últimos tiempos, y ocurre la triste coincidencia de que este país acaba de afirmar su derecho de fuerza cuando precisamente las cinco Repúblicas que en otro tiempo formaron la gran Colombia se preparan á celebrar un Congreso boliviano con objeto de estrechar los vínculos de amistad á que las obliga su origen, y para recordar las glorias de su pasado, para el que las fortificaciones del canal de Panamá sólo representan la consagración del atropello de un Tratado solemne en el que los Estados Unidos eran parte principal.» (*Las Novedades*, de Nueva York.)

miento particular en cada caso, y ceñirse á las exigencias peculiares y características de los países en que han especulado, es por lo que, al considerar el entusiasmo con que anhelan establecer la enseñanza del español, idioma para ellos poco grato, cuando no despectivamente aborrecible, en todos los centros docentes de la Unión, me doy á sospechar si detrás de tal pretexto se ocultan otros fines; si el idioma será en realidad mero señuelo, artificioso imán de voluntades, de fuerza oculta, pero incansable y permanente; algo cuyos esfuerzos actúan en la sombra, impunes siempre y, sin reservas, eficaz.

«Porque hay que ver con todo género de prevenciones—decía desde este mismo sitio y coincidiendo conmigo el ilustrado Dr. Rízquez, ministro que fué de Venezuela en Madrid—á la potencia que desmembró á Méjico, provocó á España, absorbió á Puerto Rico, dominó á Cuba, creó á Panamá, se hace sentir en todas partes, trabaja por hacer del español (y no, sin duda, por amor á España) la lengua universal, y acaba de hacer una declaración que tiene alarmadas á las Repúblicas de Méjico y del Centro de América, al decir, por boca de su ministro Mr. Root, *que cada una de esas Repúblicas del Centro está en camino de ocupar muy pronto la misma posición que tiene la isla de Cuba, pues la construcción del canal de Panamá hará de ellas vecinas muy cercanas.*

»No hay, pues, que dormirse sugestionados por la influencia del águila radiosa que allá en el Norte tiende sus alas de un océano al otro, posa sus garras sobre un extenso territorio, clava su pico sobre nuevas presas, y pasea sus miradas por los horizontes como en espera de flaquezas nacionales que le permitan acudir á satisfacer sus apetitos imperialistas.»

Por dormirse—añado yo—, por un inconcebible exceso de confianza y buena fe, por no prestar la requerida atención al curso de los acontecimientos, escudriñando su origen y sus íntimas tendencias, analizando sus más nimios detalles y el velado desenvolvimiento de su acción, ha sido España juguete de los yanquis y ha perdido en el juego un imperio colonial.

Disculpemos los errores ó los descuidos de la Patria, neutralizando con nuestro amor nuestra censura; pero hagamos votos por que las hijas escarmienten en cabeza de la madre, por que sirva de saludable ejemplo la que fué dolorosísima lección, y por que ante las amenazas del peligro común depongan todas ellas suspicacias y rencillas, aúnen sus esfuerzos, desconfíen de lisonjas insidiosas, y con la paz interior robustezcan en breve su poder (1).

Que no pierdan de vista nuestros hermanos del otro lado del Atlántico que «las exacciones de los yanquis—al decir de *El Progreso Latino*, de Méjico—son cada año más y más pesadas para la América latina»; que, como síntoma alarmante de un proyecto de agresión fríamente preconcebido, «no hay revolución ni plan revolucionario en Centroamérica en el que no figure—según

(1) « ... que el amor á la Patria de los latinoamericanos, salvando las fronteras nacionales, arraigue en tierra de los otros pueblos, unidos al propio por el origen, por los ideales y las aspiraciones comunes, y más aún por esta viril y hermosa lengua que habló Cervantes y que hablaron los conquistadores, y en la cual expresaron sus heroicos arrebatos los más grandes soldados de la Europa, de quienes han heredado también el santo amor á la independencia.»—*Eduardo Zuleta* (colombiano).

afirma la misma publicación en un enérgico escrito que titula *El Japón será el salvador de la América latina*—algún aventurero yanqui, algún individuo que, con las armas en la mano ó la traición en los labios, no esté dispuesto á minar un Gobierno que ha sido bastante imprudente para concederle hospitalidad», y que «cada vez que un Gobierno centroamericano sujeta á la ley á uno de esos aventureros, siempre que un Gobierno trata de protegerse contra el extranjero que abusa, el Gobierno yanqui formula una protesta amenazadora», por si con ella logra excitar las pasiones nacionales, y en contener los arranques de su desbordamiento halla pretexto medianamente aceptable para ensayar su intervención.

Y tengan, por fin, en cuenta, y sin olvidarlo jamás, que, como advierte muy cuerdamente *El Economista Argentino,* en la debilidad ó insuficiencia orgánica de las Repúblicas latinas, en la instabilidad de sus Gobiernos y en las luchas constantes en que sin grave causa malgastan sus energías, «se autoriza y funda la potente democracia americana del Norte para inmiscuirse, tutelar, intervenir é imponerles su supremacía, en aparente salvaguardia de la paz y en efectivo afianzamiento de su predominio, hasta reducirlas á meras particiones administrativas, con autonomía y jurisdicción ficticias, en incipiencias de agonía».

Triste, pero evidentísima verdad.

Y ahora, antes de concluir y anticipándome á posibles objeciones, quiero declarar clara y terminantemente que mi modo de ver un tanto pesimista en el problema que analizo, no es, como pudiera suponerse, consecuencia obligada y natural de contemplar á los Estados Unidos á través de un vidrio especial y de colores turbios.

No sería, ciertamente, injusto; pero... nada más lejos de mí.

Sé, por el contrario, que, como ellos, todos los pueblos son perfectamente egoístas y utilitarios, y que todos, por natural instinto, son ambiciosos con ribetes de rapaces, celosos de la preponderancia ajena é insaciables de poder; pero sé también que no siempre en el desenvolvimiento de los sucesos internacionales es factor ineludible la astucia, aunque requieran siempre inteligente habilidad; sé que no siempre se han de inspirar los tratos en insidias mercenarias y de sorpresa, sin conceder nada á los francos intereses mutuos, ni pensar en el derecho, ni respetar la historia; que los estremecimientos expansivos de los pueblos buscan ambiente en caballerescas arrogancias de que, por mil razones, no se puede ni se debe prescindir; y que como los yanquis han opinado siempre y por sistema de otro modo, y han ajustado siempre á su opinión su proceder, ni tienen nada de caprichosamente infundadas mis creencias, ni hay motivo justo que me obligue á modificar mi convicción.

Buena ó mala, yo á mi modo la razono.

Si atino ó yerro, el tiempo lo dirá..., sábelo Dios.

Manuel de Saralegui.

Madrid, 22 de abril de 1911.

Beneficios que ha reportado á la salud el descubrimiento de América [1]

Diferentes veces he tenido la honra de ocupar esta tribuna en las conferencias en que he tomado parte en la Unión Iberoamericana. Hoy lo verifico por la invitación bondadosa del Excmo. Sr. D. Luis Palomo, presidente de este Centro de cultura, y con cuya amistad me honro hace ya largo tiempo. He de manifestar, en primer término, las grandes simpatías que siento por todo cuanto atañe á las relaciones entre España y América, tantas veces referidas por elocuentes oradores, pero nunca sobradamente enumeradas.

Yo, el último de cuantos pueden ocuparse de esos asuntos, no he de añadir ninguna idea nueva á las ya brillantemente expuestas en otras ocasiones; sólo he de limitarme á un aspecto de la cuestión relacionado con mis especiales estudios, y es el exponer, aunque de una manera brevísima y sucinta, los *beneficios que á la salud ha reportado el descubrimiento de América*. Necesito de toda vuestra indulgencia para exponer mi disertación, pues el asunto es árido en extremo, aunque procuraré apartarme de todo tecnicismo científico, teniendo en cuenta que es una conferencia de vulgarización, y habré, dentro de ese concepto, el posible atractivo, teniendo en cuenta la importancia que reviste.

Desde luego el continente americano aportó, entre muchas ventajas políticas y sociales, el consuelo para la Humanidad de proporcionar bastantes remedios con que curar sus dolencias, cuyos remedios tenían una eficacia y un valor muy superiores á los que antes se conocían.

Así es que el mundo que brotó del genio de Colón al finalizar la décimaquinta centuria fué como nueva corriente de caudalosas y cristalinas aguas, que llevaron en pos de sí gérmenes de vida y lozanía, convirtiendo en verjel florido lo que antes era desierto estéril.

Aquel nauta tan atrevido como sabio adivinó con su talento y con su ciencia que existían en remotas regiones, donde los resplandores del sol alumbraban durante nuestra noche, vastísimos espacios habitados, extensas llanuras, montañas gigantescas, caudalosos ríos é impenetrables bosques. Esa región americana, cantada por los poetas y enaltecida por los sabios, cuenta entre sus muchas y valiosas joyas la de encerrar remedios valiosísimos para curar las enfermedades. Hállase entre éstos, en primer término, la *quina*.

Comprendiendo América una gran extensión, ofrece, como es consiguiente, variedad extraordinaria en su clima, y la abundancia de elevadas montañas y bajas llanuras da por resultado el admirador contraste de temperaturas muy distintas en países cercanos. La elevación de Méjico y el Perú contribuye á que disfruten primaveral temperatura sin embargo de ser países intertropicales, mientras que algunas de las vertientes opuestas de sus montañas se

---

(1) Conferencia pronunciada en el Centro de Cultura Hispanoamericana el 12 de mayo de 1911 por el Dr. D. Joaquín Olmedilla y Puig, catedrático, académico y senador del Reino.

ven eternamente cubiertas de nieve. A muy pocas leguas de distancia experimentan un calor abrasador los habitantes de los puertos de Guayaquil y Veracruz.

La vegetación americana es vigorosísima. Hay pinos cuya altura pasa de 100 metros y plátanos cuya circunferencia es de quince. La parte baja de ambas Américas es notable por la inmensidad de sus selvas, habiendo, sin embargo, grandes extensiones de terreno, como acontece en los llanos de Caracas y las Pampas, que son áridas en extremo. Ofrece inmensas cordilleras de montañas, como los Andes, cuya cadena presenta multitud de climas y producciones, con volcanes como el Cotopaxi y el Arequipa.

Recuerda esto lo que con tal motivo dijo Andrés Bello cantando la flora americana:

A tus florestas bellas
falta matiz ninguno, y bebe en ellas
aromas mil el viento;
y greyes van sin cuento
paciendo tu verdura desde el llano,
que tiene por lindero el horizonte,
hasta el erguido monte
de inaccesible nieve, siempre cano.

Tal es la región que alberga los vegetales que encierran el más precioso y eficaz remedio que posee la Humanidad para la curación de sus enfermedades, ó sea, la *quina*. Aunque sólo hubiera reportado esta ventaja el descubrimiento de América, merecería gratitud eterna y simpatía universal.

Derívase la palabra quina de la voz peruviana *kina-kina,* que significa corteza por excelencia.

Su introducción en Europa data de 1640, en que la condesa de Chinchón, virreina del Perú, se vió libre de una intermitente tenaz con el uso de esa corteza. Poco antes, en 1636, hallábase padeciendo el corregidor de Loja unas fiebres palúdicas, y un indio le indicó la virtud de la quina, que usaban con el nombre de *palo de calenturas,* infundiéndole en agua y bebiendo este líquido. Por eso el vulgo fué conocedor del remedio antes que el hombre de ciencia. Debe desecharse la errónea y absurda idea que supone que los leones iban á beber cuando tenían calentura á las charcas en que caían hojas y cortezas de los árboles de la quina.

Después de haberse curado de las calenturas el corregidor de Loja, don Diego López Cañizares, se hicieron ensayos en los hospitales de Lima, con éxito satisfactorio. A partir de esta época adquirió la quina extraordinaria fama, porque, aunque era conocida en el Perú antes de la llegada de los españoles, no se consignaron hasta entonces sus virtudes.

La condesa de Chinchón distribuyó grandes cantidades de quina, y llevó su nombre el medicamento. Los jesuítas tomaron á su cargo la distribución de esta substancia, y enviaron una remesa al general de su Orden, cardenal Lugo, lo cual motivó que también llevara su denominación.

Pero el nuevo remedio encontró impugnadores, como sucede con toda no-

vedad, figurando á su frente el médico Guy Patin. Madame Sévigné refiere que algunos personajes, como el duque de Larrochefoucauld, la usaron con mal éxito; pero el remedio, á pesar de todo, iba adquiriendo reputación.

Lafontaine escribió un poema sobre la quina, y madame de Genlis una novela titulada *Zuma, ó El descubrimiento de la quina.* El inglés Roberto Talbot hizo concurrencia, primero en su país y después en Francia, y la vendía sumamente cara (800 duros por la cantidad necesaria para una curación). Luis XIV compró á Talbot el secreto, lo mandó publicar y colmó á éste de distinciones. Pero el árbol sólo se conoció el año 1783, por la descripción que hizo del mismo el célebre botánico La Condamine, sabio francés enviado al Perú para medir algunos grados de meridiano. El gran botánico De Jussieu estudió la región de los quinos, y designa á los indios de la aldea Malacatos como los primitivos conocedores de las propiedades de la quina.

En 1638 fué cuando se trajo la quina á España por primera vez, y su reputación no tardó en extenderse por Inglaterra, Francia y el resto de Europa. El inmortal Linneo llamó *Chinchona* al género de plantas que la produce, rindiendo un tributo de consideración á la ilustre familia que experimentó por vez primera sus beneficios.

Creíase que la quina se hallaba sólo en la comarca de Loja; pero en 1752 Miguel de Santisteban, intendente de Santa Fe, halló también estos árboles en las cercanías de Popayan y de Pasto. En 1761 desembarcaba en Nueva Granada el botánico D. José Celestino Mutis, que fué nombrado médico del virrey D. Pedro de la Cerda, y estudió detenidamente la flora de aquel país.

Uno de los más eminentes botánicos españoles, D. Hipólito Ruiz López, expedicionario científico al Perú y Chile en 1777, es el autor de una notable obra, gloria bibliográfica española, titulada *Quinología,* que publicó en 1791, fruto de la expedición emprendida, y á los tres años de su regreso á España.

Se reconocen los quinos en los bosques donde crecen por su especial follaje. Los que se dedican á la recolección de la quina reciben el nombre de cascarilleros, y para practicarla tienen que subir á los árboles más altos, para desde esos puntos distinguir los grupos de *Cinchonas,* que reciben el nombre de manchas, y una vez designados, proceden á separar la corteza del árbol, que exponen al sol para que se deseque y se arrolle en la forma que vemos llega hasta nosotros.

En las montañas de Cochero, á 85 leguas de Loja, en el año 1779, el botánico Ruiz observó en flor el cascarillo, denominación que dan los naturales al árbol de la quina. Encontró hasta siete especies distintas, y tuvo ocasión de ofrecer al Rey Carlos III una cantidad importante de cada una de ellas.

A los expedicionarios científicos Ruiz y Pavón se debe el fomento de la industria de los recolectores de quina. Las quinas americanas más usadas puede decirse que crecen en la parte central del Nuevo Mundo.

Muchos han sido los sabios que se han ocupado de este asunto, y que yo no enumeraré por no fatigar vuestra atención y porque ésta no es una conferencia técnica. Baste decir que hay un numeroso grupo de botánicos, químicos, mé-

dicos, farmacéuticos y fisiólogos que figuran en su historia. Sólo sí diremos, por lo que tiene de interés americano, que en la *Geografía de las quinas* figuran los nombres de Loja, Huanuco, Parataúas, Nueva Granada, Santa Fe de Bogotá y gran parte de la región de los Andes.

Indicaremos también que á los descubridores de la quinina en 1820, los sabios químicos Pelletier y Caventon, les erigieron muchos años después una estatua en bronce que figura en la avenida del Observatorio, y que recuerda siempre tan prodigioso invento. El microscopio también ha contribuído á los progresos de este estudio, produciendo maravillas en ese mundo de lo infinitamente pequeño.

Digamos ahora dos palabras referentes á otro medicamento americano. Es brasileño, y tiene los pomposos nombres de *raíz de oro, mina de oro, poaya do mato* y *cipo do cámera*. Llámase en la ciencia *ipecacuana,* y fué primero un remedio empírico, hasta que Luis XIV le dió gran importancia por haber curado al Delfín, y otorgó un premio de 1.000 luises á los que la importaron. Aunque conocida de antiguo, su historia no comienza hasta finales del siglo XVII, ó sea, en 1638, en que Pisón y Maregrave la dieron á conocer en su *Historia Natural del Brasil*. Su empleo estuvo rodeado de cierto misterio y adoptó la forma de remedio secreto, exagerándose sus virtudes. La palabra ipecacuana está compuesta de otras que, reunidas, significan *corteza anillada aromática*. Es, pues, originaria de los bosques sombríos y espesos del Brasil. En Europa no tuvo al principio gran aceptación, y los hombres de ciencia la miraban con menosprecio. Fué necesario que consiguiera la curación del Delfín de Francia para que el Monarca Luis XIV, que ha pasado á la Historia con la célebre frase *El Estado soy yo,* autorizara para que se experimentase en el Hôtel Dieu, y en vista del buen resultado, concediera privilegio para venderla y un premio de 1.000 luises á los que la importaron.

La ipecacuana va, pues, unida al nombre de Luis XIV. También ha sido objeto de minuciosos estudios por parte de los químicos, encontrando en ella alcaloides y otros principios importantes.

Es, pues, un descubrimiento científico contemporáneo de la quina, ó sea, del siglo XVII; pertenece á la misma familia de plantas, ó sea, las rubiáceas, y, como la quina, ofrece curiosos detalles históricos é igual constancia en la apreciación de sus cualidades, en cuanto á no haber caído sobre ella el sudario del olvido, atravesando varias generaciones sin perder su valor.

Hay también otro remedio americano digno de ser mencionado, que es la *canchalagua*. Es del Perú y Chile, y su nombre quiere decir *hierba contra el dolor de costado*. Su recolección ha de verificarse en tiempo sereno y al ocaso del sol, con grandes cuidados. Su sabor amargo, su olor no desagradable, la constituyeron en medicamento muy usual por sus virtudes febrífugas.

Igualmente no debe darse al olvido, por lo curioso de su historia, la *ratania,* palabra que en los idiomas aborígenes de América significa *planta tendida en tierra*. Se halla en la provincia de Huanuco. En la de Tarma la conocen con el nombre de *mapato,* que significa *planta borrosa,* por tener los

tallos, hojas y flores cubiertos de un vello blanco y denso. También la llaman allí *pumachuchu,* que significa *birrete de león,* por la figura de las flores. Fué descubierta por Ruiz en 1779 en la provincia de Tarma, y á los pocos días la encontró en el camino de Jauja. Al año siguiente, en las provincias de Huarocheri y Huanuco. Dice Ruiz que, entrando un día casualmente en una casa de la ciudad de Huanuco, advirtió que unas señosas se frotaban la dentadura con un palito encarnado. Preguntándoles qué era aquello, le contestaron que una raíz para los dientes, que usaban para limpiar y afirmar la dentura y colorear los labios. Llamó Linneo á la planta *Krameria triandra,* y preparó Ruiz López un extracto con el cual se pudo cohibir una copiosa hemorragia en un niño de doce años, que ponía en peligro su vida. También consiguió devolver la salud á una esclava de un mercader que se encontraba en el período agónico á consecuencia de grandes pérdidas de sangre. Se descubrió, pues, un precioso y utilísimo medicamento.

Pudiéramos citar muchos más medicamentos de origen americano; pero los indicados son únicamente como ejemplo. En todos ellos se observa que el vulgo los conoció antes que el hombre de ciencia, y que alguno, como la quina, figura á la cabeza de los remedios humanos. Si en realidad se descubrieran muchos de esa importancia, bien puede asegurarse que la vida se prolongaría hasta los últimos límites de lo posible.

De consiguiente, los pueblos aborígenes de América poseían conocimientos médicos, siquiera fuesen empíricos, de igual modo que los tenían metalúrgicos, como lo prueba el hecho de que cuando Hernán Cortés descubrió á Méjico, se encontró con que había en el Cuzco cañerías de plata para la conducción de las aguas.

También conocieron los americanos la patata, originaria de la cordillera de los Andes. De allí se llevó á Italia y á España, y después á Francia. En 1552 Gómara la señala entre las producciones del Perú, y al final del siglo XVI la llamaban *trufa de tierra.* Parmentier fué el que la propagó en Francia á fines del siglo XVIII, y la ciudad de Mont Didier le erigió una estatua. Las plantó en el jardín del hospital de Inválidos, y las flores que arrojaron sirvieron para hacer un ramillete que ofreció á Luis XVI, el cual le llevaba en el ojal de su casaca poco antes de que el huracán revolucionario le condujera á la guillotina.

Digamos ahora algunas palabras acerca de las expediciomes realizadas á América con un fin científico. Un país que encerraba grandes tesoros para la ciencia y la Humanidad, más valiosos que el oro de sus minas, merecía, en efecto, ser estudiado. Varias han sido las expediciones llevadas á cabo con este objeto en los siglos XVI, XVII y XIX.

En el siglo XVI, Francisco Hernández, médico de Felipe II y muy entendido botánico, fué comisionado por este Monarca en 1570 para ir á Nueva España á estudiar las producciones naturales. Escribió doce tomos, que quedaron inéditos, donde había preciosas descripciones de plantas y de los sitios en que crecían. No fué su obra estimada en su verdadero valor, y estuvo dos

siglos arrinconada en la Biblioteca del Escorial, sin haberse publicado á pesar de su gran mérito, y cuando se intentó hacerlo, se desistió por lo costoso de la misma, pues habían de acompañarla grabados en gran número. La primera que conoció el público de sus obras fué la titulada *Quatro libros de la naturaleza y virtudes de las plantas y animales que estan recevidos en el uso de la Medicina,* publicado en Méjico en 1615. En la biblioteca de San Isidro, de Madrid, se encontraron cinco volúmenes manuscritos que contenían preciosas noticias de plantas americanas de uso medicinal, que luego las publicó Gómez Ortega con el título de *Historia plantarum Novae Hispaniae.* Lo demás ha quedado inédito. Hay también de este autor dos opúsculos, que se conservan en la biblioteca de la Real Academia de la Historia, titulados *De antiquitatibus Novae Hispaniae* y *De expugnatione Novae Hispaniae.*

Otro expedicionario fué Gonzalo Fernández de Oviedo, madrileño que partió á América, con el título de veedor de las fundiciones de oro de Tierra Firme, en 1514. Escribió una *Historia natural y general de las Indias,* dividida en cincuenta libros. Tiene el mérito de haber sido de los primeros que dieron á conocer las producciones americanas. Atravesó el Océano doce veces.

Merece también citarse Alvaro Alonso Barba, de fines del siglo XVI, que realizó en América trabajos científicos de importancia. Nació en noviembre de 1569 en la villa de Lepe, provincia de Huelva; fué cura párroco de Tarabuco, Tiagannaco, y después de San Bernardo de Potosí, donde escribió una importante obra, titulada *Arte de los metales, en que se enseña el verdadero beneficio de los de oro y plata por el azogue,* que remitió al presidente de la Audiencia y después al Supremo Consejo de Indias. La publicó en Madrid en 1640. En dicha obra demuestra una gran erudición, pues cita los principales sabios conocidos hasta su tiempo, por lo cual merece figurar en primera línea en la historia de la ciencia. Fué traducida al inglés, al alemán y al francés. Dedicóse Alonso Barba al estudio de las ciencias naturales con verdadero entusiasmo, que no era incompatible con su carácter sacerdotal; hizo muchas pruebas y trabajos prácticos para beneficiar la plata; pagó el necesario tributo á las preocupaciones y errores de la época; fué un alquimista de mérito, concienzudo é inventor de un nuevo procedimiento para beneficiar la plata con ventaja, por lo cual debe calificársele de químico ilustre. Los trabajos que realizó en la práctica del beneficio de los minerales de plata le acreditan de metalurgista entendido y de notable químico.

Aun cuando indirectamente, fué también un expedicionario científico el médico que acompañó á Cristóbal Colón en su segundo viaje á América. Me refiero al Dr. D. Diego Alvarez Chanca. Sevilla fué su cuna, y en el dorado y ardiente sol de la ciudad andaluza aspiró las benéficas auras de una brillante educación; las circunstancias especiales de su vida hicieron que su nombre fuese unido al memorable hecho histórico con que terminó la Edad Media, ó sea, el descubrimiento de América. Adquirió en las cátedras toda la ilustración que podía entonces recibirse, cuando los conocimientos se encontraban en su verdadera infancia. Gozaba el Dr. Chanca de gran fama por ser médico de los

Reyes Católicos y por los actos públicos en que tomó parte activa, habiéndose dado á conocer como escritor erudito en algunos de sus trabajos. Por la carta que los Reyes Católicos le dirigieron desde Barcelona en 23 de mayo de 1493 se deduce que tenía verdadero deseo de ir á la región americana en pos de datos para la ciencia que profesaba. El nombramiento para realizar este viaje dice así: «El Rey y la Reina: Doctor Chanca: Nos habemos sabido que vos, con el deseo que tenéis de Nos servir, habéis voluntad de ir á las Indias, é porque en lo hacer Nos serviréis é aprovecharéis mucho á la salud de los que por nuestro mandato allá van, por servicio nuestro que lo pongáis en obra, é vayáis con el nuestro almirante de las dichas Indias, el cual vos hablará en lo que toca vuestro asiento para allá, y en lo de acá, Nos vos enviamos una carta para que vos sea librado el salario é ración que de Nos tenéis en tanto que allí estuviéredes.»

Su ciencia, su conocimiento social, su experiencia intuitiva, fueron para Colón un auxiliar poderoso y sirviéronle de apoyo y á veces de consuelo en sus desventuras. Partió Chanca de Cádiz el 25 de septiembre de 1493, teniendo la satisfacción de descubrir tierra el 3 de noviembre del mismo año, habiendo recorrido un espacio de 1.100 leguas. La isla á que primero arribaron diéronla el nombre de *Dominica,* para conmemorar el día de la semana en que se verificó tan fausto suceso, que fué en domingo. La magnífica y fastuosa vegetación de aquella isla, verdaderamente fantástica, donde no se sabía qué admirar más, si la espléndida majestad de las plantas ó el azulado firmamento, apenas velado por alguna purpurina nube, llamó su atención en primer término, como consigna en sus escritos.

Era la segunda vez que Colón emprendía su arriesgado viaje. Llamó la atención de Chanca lo frondoso de las islas á que arribaron, sin embargo de ser el mes de noviembre, cuando en nuestros climas comienza el manto precursor del invierno á extinguir la vegetación.

La carta que dirigió al Cabildo de Sevilla constituye un precioso documento histórico por la multitud de noticias que encierra y la revelación de los accidentes del viaje, donde se consignan tan perfectas descripciones, que parece que el lector se traslada á los sitios en que se realizan. Son, no sólo impresiones de viaje, sino una verdadera descripción científica. Refiere que arribaron á tierra en el primer domingo *después de Todos Santos,* que fué á tres días del mes de noviembre, y dice que la isla era muy pintoresca, *toda montaña muy hermosa y muy verde, fasta el agua, que era alegría en mirarla, porque en aquel tiempo no hay en nuestra tierra apenas cosa verde.* Arboledas magní ficas y sorprendentes, entre las cuales había un árbol de fino olor de clavos y las hojas como laurel, se extendían por esta isla, silenciosa hasta el extremo de creerla deshabitada. Después llegaron á otras, donde los habitantes huían asustados á la presencia de los extranjeros, y pudieron apreciar la existencia de colosales y parleros papagayos, que imitaban los gritos de aquellos habitantes, antropófagos en su mayor parte. Otros eran caribes que los miraban con asombro, y tenían armas que consistían en flechas, en cuyo extremo po-

nían huesos de tortuga ó espinas de peces. Que la antropofagia de algunos llegaba á tal extremo, que conceptuaban la carne humana como la más sabrosa.

Dice también en esta carta:

«Hay infinito algodón, de árboles perpetuos tan grandes como duraznos. Hay árboles que llevan cera en color y en sabor é en arder tan buena como la de las abejas. Hay infinitos árboles de trementina muy singular é muy fina. Hay mucha alquitira, también muy buena. Hay árboles que pienso que llevan nueces moscadas. Vi una rama de jengibre que la traía un indio colgada al cuello. También se ha hallado una especie de canela.»

Según afirma el sabio botánico Dr. Colmeiro en las *Primeras noticias de la vegetación americana,* vió Chanca en la isla Marigalante el manzanillo.

De todos modos, las primeras noticias de la historia natural *médica,* referentes al país americano, se hallan en los escritos de Chanca. Además, la manera como trabajaba en este sentido es también digna de mención, pues dice que su trabajo era extraordinario con el excesivo número de enfermos á que asistía, pues, según refiere el almirante, *actuaba con gran diligencia y caridad en todo lo que cumple á su oficio,* por lo qué suplicaba á Sus Altezas se le aumentase la escasa retribución que tenía. Chanca fué, no sólo el médico de Colón, sino el fraternal y entusiasta amigo que auxilia con sus consejos cuando la vida y la salud están comprometidas, y, además, está dispuesto antes á compartir las penas que á gozar las ventajas y provechos de una victoria. Escribió un libro para la curación del mal de costado, impreso en Sevilla en 1506.

Prestó, pues, Chanca sus servicios profesionales á los Reyes Católicos y á la Princesa D.ª Juana, y debe otorgársele la prioridad de haber dado á conocer la flora americana, y que tuvo rasgos salientes de viajero audaz, arrostrando los riesgos de un viaje tan largo y penoso, siendo un verdadero auxiliar del almirante. Es, pues, una figura de la ciencia española que merece eterno recuerdo.

Después hemos de recordar la expedición científica llevada á cabo en el primer tercio del siglo XVIII, decretada por Felipe V. Fueron dos ilustres sabios, D. Antonio Ulloa y D. Jorge Juan, juntamente con los franceses La Condamine, Bougier y Goudin. Partieron á América á estudiar las riquezas naturales y á medir un arco de meridiano; pero aportaron datos interesantes para la historia de la quina y fueron también los descubridores del metal platino, que D. Antonio Ulloa encontró en una mina de oro de Nueva Granada.

Una de las expediciones que han tenido más resonancia en la Historia fué la decretada por Carlos III en 1777. Formóse una Comisión científica para proceder al examen de las producciones naturales de la América meridional. Fué designado para dirigir tan honrosa peregrinación un joven llamado Hipólito Ruiz López, á quien, á pesar de no tener más que veintitrés años, se le consideraba con títulos bastantes para una empresa de tanto empeño. La brillante manera con que llevó á cabo su cometido fué la mejor sanción del acierto del Gobierno. Era, en efecto, aquel joven, apenas salido de la adolescencia, un gran botánico, y esos estudios ofrecen muchos atractivos en la re-

gión americana: plantas desconocidas en Europa, que lo mismo matan con su zumo que dan la vida y la salud con sus producciones; flores de encendidos matices y suavísimos aromas; frutos de sabor gratísimo; todo produce en el ánimo del observador una impresión inextinguible, sobre todo si ha cultivado esos conocimientos. Partió de Cádiz en el navío *Peruano* el 4 de noviembre de 1777, llegando á Lima el 8 de abril del año inmediato. Le acompañaron el farmacéutico D. José Pavón, que le auxilió poderosamente en sus trabajos; los dibujantes D. José Brunete y D. Isidro Gálvez, y el botánico francés M. Dombey, doctor en Medicina, que por orden de su Soberano Luis XVI, y con el asentimiento del Gobierno español, se unió á la Comisión. Las dificultades insuperables de que su viaje estuvo erizado no hay para que enumerarlas, y basta sólo mostrar los brillantes resultados obtenidos para revelar la inmensa suma de trabajo que supone el cúmulo de datos reunidos en sus libros y memorias. En los escritos de Ruiz se mencionan algunas penalidades de que fueron víctimas. El calor, el hambre, la fatiga, la sed, los terremotos, las tormentas, las plagas de insectos, el peligro de sufrir encuentros con las fieras asechanzas de malhechores, traiciones de los mismos esclavos que les servían de criados, precipicios inmensos que á su paso se oponían, montes inaccesibles que salvar, ríos y torrentes caudalosos que atravesar, todos éstos y otros varios sinsabores fueron experimentados por los expedicionarios. La lucha no fué solamente con los elementos, sino con muchas gentes supersticiosas del país, que los consideraban con marcada antipatía. Dió Ruiz comienzo á sus trabajos botánicos el 4 de mayo de 1778, continuándolos durante tres años y ocho meses por varias provincias y montañas del Perú, embarcándose después para Chile en el puerto del Callao y permaneciendo en el ameno país chileno veintidós meses. Recogió gran número de ejemplares de plantas y otros objetos, que constituyeron parte muy interesante de sus ricas colecciones. Presentó dibujos de 2.500 vegetales de tamaño natural y con los propios colores y matices de las plantas vivas.

En Tarma y en Huanuco padeció enfermedades graves que pusieron en peligro su vida, y en Santiago de Chile también estuvo gravísimamente enfermo.

En el verano de 1784 hizo repetidas excursiones por la cordillera de los Andes y tuvo el disgusto de saber que el navío *San Pedro Alcántara,* donde remitía valiosos objetos por él recolectados, se estrelló contra una roca y se perdieron las preciosas colecciones. Tuvo el trabajo de volver á formarlas, y en 31 de marzo de 1788 volvió á España, dando por terminado su viaje. Dos años después de su regreso á la Península adquirió el título de farmacéutico.

No se eximió Ruiz de experimentar amarguras de sus émulos y contemporáneos. La primera obra que dió á luz, fruto de su expedición, fué la *Quinología* (Madrid, 1792), dedicada al conde de Floridablanca, ministro de Carlos III, como tributo de gratitud. Las primeras Sociedades sabias del mundo enviáronle sus diplomas de honor. Después publicó la obra monumental *Flora peruviana y chilense.* Su retrato está en el techo del paraninfo de la

Universidad Central, monumento que el arte ha erigido á la ciencia, brillantemente descrito por la maravillosa pluma de Castelar. Murió Ruiz en 1816, á los sesenta y dos años.

Otra expedición digna de mencionarse es la realizada en 1862, decretada por el marqués de la Vega de Armijo siendo ministro de Fomento. Dispuso que, aprovechando las escalas y permanencias de la escuadra del mar Pacífico, partiese una Comisión científica para recolectar los objetos de Historia Natural que enriqueciesen los Museos de la nación. De esta Comisión formó parte un catedrático, D. Fernando Amor, doctor en Farmacia, que, desgraciadamente, pagó con la vida su celo científico. El 10 de agosto de 1862, á las cinco de la tarde, partieron del puerto de Cádiz á bordo de la fragata de guerra *Nuestra Señora del Triunfo*. Con tiempo feliz les condujo el 14 á Santa Cruz de Tenerife. El 9 de septiembre llegaron á Bahía (Brasil), donde llamó su atención una multitud de insectos fosforescentes y de mariposas de múltiples colores, variados matices y caprichosos dibujos en las alas.

Las continuadas lluvias de estos climas dificultaban la marcha por un camino iluminado sólo por la fosforescencia de los insectos. En la capital del Brasil tuvieron ocasión los expedicionarios de ser recibidos por el entonces Emperador D. Pedro II, que les dispensó una favorable acogida.

Llegaron después á Buenos Aires; admiraron su delicioso clima, sus ricas producciones naturales y la variada topografía de la República Argentina; recorrieron un espacio de 112 leguas donde no hay una sola población y todo está cubierto con la gramínea de las Pampas; pudieron ver también los terribles efectos de un terremoto acaecido poco antes en Mendoza; contemplaron los pintorescos sitios próximos al puente Inca, en cuya bóveda se hallan blanquísimas estalactitas que forman caprichosos dibujos, bellísimos paisajes, rocas gigantescas; permanecieron dos meses en Valparaíso, donde recogieron una notable colección de minerales. Postrado Fernando Amor por una enfermedad adquirida en las fatigas del viaje, murió en San Francisco de California el 21 de octubre de 1863.

Fué, pues, un mártir de la ciencia. No tuvo la fortuna de recibir en su Patria las felicitaciones que mereció su arriesgada campaña. Salió de su país ávido de entusiasmo por realizar una empresa meritoria, y después de arrostrar grandes penalidades, viéronse sus esfuerzos malogrados y sus esperanzas frustradas.

Tres años más tarde llegaron á Madrid sus compañeros, y en una exposición pública que tuvo lugar en el Jardín Botánico demostraron, con las numerosas colecciones que allí se exhibieron, los servicios que habían prestado á la Patria.

Un retrato con una corona de siemprevivas fué el recuerdo que en uno de los salones de dicha exposición tributaron los hombres de ciencia al malogrado mártir.

***

Hemos dado noticias (aunque rapidísimas) de algunas de las principales expediciones científicas realizadas al país americano. Todas ellas demuestran la gran utilidad de semejantes viajes; todas han reportado grandes ventajas á la ciencia y á la Humanidad. Por eso no es inoportuno invocar la necesidad de que esos viajes se repitan, pues la riqueza de aquel suelo es tan pródiga, que á toda hora brinda con nuevos tesoros y ofrece prodigios que admirar.

¿Quién sabe si encierra todavía nuevos remedios (además de los que ya ha suministrado) para curar enfermedades ante las que la ciencia se considera impotente? ¿Quién es capaz de asegurar los consuelos y beneficios que á la Humanidad puede suministrar? Esperémoslo con fundamento y probabilidades de éxito seguro.

Bien puede decirse que esa región, en donde cerca de sesenta millones de sus naturales hablan nuestro idioma, tiene y tendrá siempre el poderoso atractivo de haber proporcionado remedio á muchas dolencias, de tal suerte, que le deben la vida muchas personas; ante lo cual, la frase *gratitud inmensa* es la más grande, la más esplendente é inmortal corona, ante la cual enmudecen todas las cuestiones sociales y políticas.

Yo también debo pronunciar esa frase ante vosotros, señoras y señores, por la benevolencia con que me habéis escuchado, y concluir recordando los versos del gran poeta Campoamor, que en su poema á Colón decía:

Así dijo Colón. Y con la mano
señalando al Ocaso con fiereza,
cruzó de una mirada ese Oceano
que hace perder al verlo la cabeza.
Y el recuerdo de un numen ya lejano
pasando por su mente con presteza,
dijo con voz que redobló su brío:
Cruza impávido el mar; sigue, hijo mío
Mientras Europa á descansar se sienta,
cual blanca Venus de la mar saliendo,
la nunca vista América se ostenta,
hacia el camino de la luz corriendo.

Joaquín Olmedilla y Puig.

———oOo———

POESÍA DE LA FE [1]

En esta sencilla inclinación de cabeza quiero expresar el saludo más cordial y sincero á la ciudad de Salamanca, que ha logrado escribir en las fachadas de sus edificios magníficos, en los capiteles y basamentos de sus columnas, en los templos que ha levantado á Dios, á la ciencia y á la hidalguía, un poema grandioso, con estrofas de piedra cincelada, en honor de la fe, alma de nuestra Patria en sus siglos de oro.

Aquí, en el templo de la teología y del arte, debía cantarse la apoteosis del gran poeta, artífice soberano de la belleza religiosa, que dejó en *La Cristiada* la glorificación excelsa de la fe, esplendorada por las concepciones teológicas de Santo Tomás de Aquino.

Por eso, después de la descripción de su genio literario y de las relaciones que le enlazan con las joyas similares de la poesía castellana, debo yo, brevísimamente, trazar los rasgos fundamentales de su fisonomía religiosa; los rasgos que conserva en su frente virginal y en sus mejillas de ángel, por descender en línea recta de la poesía y la fe, encarnación suprema de todas las bellezas.

Porque, mirando las cosas en su fondo, vendríamos á concluir, sin duda alguna, en esta proposición paradójica, porque parece opuesta á toda la literatura clásica: en que no puede haber poesía sublime sin la fe, ni fe sentida que no brote en irisaciones poéticas.

Y es que la fe ofrece ante el poeta perspectivas y panoramas que no podía soñar su fantasía, fecundizados por una pasión, un sentimiento y una vida que no adivinaba su corazón de hombre; y, al mismo tiempo, la fe moldea el alma del poeta, dándole flexibilidad y ternura, y le infunde una sensibilidad tan exquisita, una que se podía llamar hiperestesia mística tan universal y tan profunda, que siente las relaciones más ocultas, la hermosura más disimulada, la pasión más escondida, la unidad más absoluta del Universo visible é invisible.

Hegel lamentaba que tantas veces se hubieran lamentado otros en prosa y en verso de que la creencia cristiana fuera menos favorable al arte que el ideal griego y la mitología pagana. «El cristianismo—decía el filósofo alemán—tiene su poesía y su arte propios, su ideal esencialmente distinto del ideal y del arte griegos. Todo paralelo es aquí superficial. El politeísmo es el antropomorfismo. Los dioses de Grecia son bellas divinidades con forma humana. En cuanto la razón ha comprendido á Dios como espíritu y como ser

(1) Nos vemos en la imposibilidad de reproducir, por falta de espacio, todos los notables trabajos que se leyeron en la solemne fiesta del convento de San Esteban, de Salamanca.

Sirva de muestra este notable estudio del Rvdo. P. Fr. Luis D. Urbano, que fué muy justamente aplaudido y elogiado.

infinito, al unísono de esta concepción aparecen otras ideas, otros sentimientos, otras exigencias que el arte antiguo era incapaz de satisfacer, á las que no podía llegar nunca, y que, por consiguiente, reclamaban un arte nuevo y una nueva poesía» (1).

Y es que el verdadero objeto de la poesía no es el sol, ni las montañas, los bosques ni las fuentes, el mar ni las tempestades, ni las bellezas de la forma humana en su aspecto material, sino algo que interesa al espíritu, la red de pasiones y pensamientos y cosas exteriores vistas al través de la fantasía, del corazón y de la inteligencia del poeta, ilustradas con la luz de la inspiración y del genio.

La unidad luminosa es el secreto de la belleza poética. Santo Tomás estereotipó la idea en esta fórmula, que es semilla fecundísima de verdades hermosas: «La belleza consiste en el esplendor de la forma sobre las partes de la materia proporcionadas y determinadas» (2). Y así parece que del interior de todas las cosas están brotando irradiaciones de luz, más sensibles al entendimiento que las emanaciones radioactivas lo son á los sentidos, reflejos de aquella lumbre increada que al dar á ellas su luz les da el ser y la verdad y la bondad participadas; y de esos rayos, unidos con los que brotan como de un reflector de oro del entendimiento del poeta, inflamado por su corazón ardiente, fluye la imagen ideal, el prototipo augusto, la encarnación suprema de la belleza, copia de aquella idea que reverberó en la mente divina antes de que brillara el sol y empezara á moverse el primer astro.

Y es que el poeta, como decía Aristóteles, no debe contar las cosas como sucedieron, sino como pudieron ó debieron haber sucedido probable ó necesariamente. El historiador cuenta las cosas tal como pasaron; el poeta las dice como era natural que sucedieran. Por eso la poesía es más filosófica y doctrinal que la historia: porque la primera considera principalmente las cosas en general, mas la segunda las refiere en particular (3). Es decir, el poeta ve con los ojos del alma el engranaje de todos los acontecimientos, intuye las alteraciones del mundo espiritual, los conflictos de la libertad con las pasiones, adivina las soluciones lógicas de los acontecimientos que se desarrollan en el mundo exterior y en el otro mundo más entenebrecido y más tempestuoso de la conciencia humana. El poeta, creador, como su nombre dice, ve todas las cosas al través de pocas ideas, ricas en virtualidad comprensiva, verdaderas lentes convergentes que concentran en focos vivísimos de luz los sucesos que parecían más independientes, de trayectorias más paralelas, menos enlazadas.

---

(1) Hegel: *Estética* (traducción de H. Giner de los Ríos); Madrid, 1908; tomo I, págs. 199-200.

(2) «Pulchrum dicit splendorem ipsius luminis super partes materiae proportionata.» Véase el opúsculo *De Pulchro*, donde principalmente expone el Angélico Doctor su doctrina sobre la belleza. Puede consultarse el estudio del Dr. P. García Paredes, O. P., *Ideas estéticas de Santo Tomás*, publicado en *La Ciencia Tomista*, números de enero y marzo de 1911.

(3) Copiaré sólo la última frase: διὸ καὶ φιλοσοφώτερον καὶ σπουδαιότερον ποίησις ἱστορίας ἐστίν· ἡ μεν γαρ ποίησις μᾶλλον τὰ καθόλου ἡ δὲ ἱστορία τά καθ' ἕκαστον λέγει. Continúa dando la razón de esto. Véase *El arte poética de Aristoteles*, editada por Goya y Muniain (Madrid, 1798), cap. III, núm. 7.

En la poesía épica, síntesis, podemos decir, de todas las poesías, es donde más se advierte esa grandiosa unidad de pensamientos, porque allí debe ocuparlo todo una acción sublime envuelta en las nebulosidades aparentes de una Providencia con resoluciones enérgicas; acción rica en episodios, excitadora de pasiones encontradas, expuesta en todas sus fases, con los caracteres que realzan su grandeza, en medio de las complicaciones que presentan fortuitas ocasiones de fuera, amaños y emboscadas de enemigos potentes, que vence el héroe sin saberlo apenas.

La fe cristiana da una visión del mundo íntegra y completa. Desvanece las nieblas que halla la razón y el sentimiento en el origen de las cosas, en la existencia del mal, en el desarrollo de la libertad humana, en los terribles cataclismos de la Historia. El mundo de los espíritus, con las jerarquías en los ángeles y las graduaciones de los demonios, con la legión de almas separadas que gozan de Dios, que expían sus faltas pensando en el cielo, y que sufren horriblemente perdida ya toda esperanza; ese mundo invisible, tan rico en armonías y en hermosuras, llena de luz suavísima el alma del poeta y los senos infinitos de su corazón. Y el mundo de la materia, aprisionando en la red maravillosa que forman los átomos el Espíritu flotante de Dios, su hálito creador y omnipotente, presenta ante los ojos del poeta, infiltrada en la misteriosa urdimbre de los seres, la luz misma de Dios; y para él

> la creación es sólo la oscilante
> lámpara de su mano portentosa (1).

Los movimientos rítmicos de los astros; la sucesión de las estaciones con sus variadísimas perspectivas, de la primavera, sobre todo; el equilibrio de la naturaleza humana restaurada, entre la sensibilidad, la fantasía, la inteligencia y el sentimiento... Todo eso que la fe cristiana ofrece al entendimiento del poeta, le extasía, le arrebata, da un colorido encantador á sus cuadros, quita de sus creaciones las negruras de la desesperación y de la duda, envuelve á sus ideas en nimbos de suavísima luz confortadora.

> Triste de aquel que á conservar no acierta
> viva esa luz, y arrastra en su caída,
> al través de la vida, el alma muerta (2).

Por eso la fe cristiana, arrebolando las leyendas medievales, ha producido miles de epopeyas, pues sólo el número de las francesas llegan, según Auburtin (3), á 800. Y por eso la epopeya de la fe ha sido llamada por Weiss *grandiosa epopeya épica* (4), y tiene toda la magnificencia de la poesía oriental, sin las ridiculeces de su panteísmo.

---

(1) S. Rueda: *Poema de los átomos*, XVI.
(2) Núñez de Arce: *La selva obscura*, pág. 17.
(3) Auburtin: *Histoire de la littérature française*, tomo I, pág. 119.
(4) P. Weiss, O. P.: *Apologie du Christianisme* (traducción Collin), tomo VI, II, apéndice á la conferencia 18.

Y porque lo abstracto no tiene la fuerza conmovedora de lo concreto, la fe presenta en un hecho grandioso todo el tejido de sus magníficas concepciones. El drama de la Pasión de Cristo sintetiza todos los misterios, el Calvario se halla en el centro de todas las edades, y á su luz van caminando lentamente todos los pueblos en pos de su felicidad ó de su ruina. Cristo, según la fe, es el compendio de todas las hermosuras: todas las cosas creadas que hay en los cielos y en la tierra, las visibles y las invisibles, todas fueron creadas en Él mismo y por Él mismo (1); en Él están encerrados todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia (2). Y, como dice en compendio Santo Tomás, Cristo, resumiendo todas las bellezas, las excede infinitamente con el resplandor de su divinidad, de la justicia y de la verdad, que se hallan personificadas en Él; con la armonía de sus pensamientos, infinitamente grandes y luminosos; con las aspiraciones y sentimientos de su corazón, con las enseñanzas encantadoras de sus labios, con la belleza incomparable de sus miembros (3). Ese Cristo, que es hermano, y padre, y esposo, y todas las cosas para el hombre, encarnación de la inocencia, y encubriendo sus grandezas inefables, se ve rodeado de amarguras infinitas, sufre dolores infinitos por salvar con su sangre á los mismos que le atormentan, y muere pidiendo á la Justicia que perdone á sus verdugos, hermanos y redimidos suyos. La belleza trágica, aun concebida naturalmente, según Aristóteles, no puede llegar más alta que á la cumbre del Calvario. Por eso extraña mucho la afirmación de Stolz, que dice: «Jesús clavado en cruz, objeto de nuestra mayor veneración, no es un objeto bello, estéticamente hablando: es completamente inútil que un hombre perteneciente á la Iglesia aspire á ser poeta ó artista» (4); afirmación desmentida elocuentemente por la historia, y por la filosofía también, á no ser que sólo pueda vivir la poesía inspirada por una «sensualidad sana y robusta», como decía Sybel (5), ó que no haya más ideal estético que el inspirado en Grecia, cuando decía Hegel, por el contrario, que la epopeya cristiana está muy por encima de la clásica, como el Dios de los cristianos sobrepuja infinitamente á los dioses académicos de Virgilio y á los espontáneos de Homero (6). La inocencia calumniada, la grandeza y la santidad, la profundidad del sentir, el dolor infinito, la calma en el sufrimiento, personificado todo en el Cristo que se yergue crucificado junto á unos pocos amigos, al lado de su madre, y en medio de un coro inmenso de enemigos feroces y rabiosos. Esto forma un cuadro de fuerza trágica tan inmensa, que no podían concebirlo siquiera los genios de Grecia y Roma.

Si hubiéramos de aplicar esas ideas á las epopeyas inspiradas por la fe, abriríamos á nuestra investigación un camino florido, pero largo. Prácticamente

---

(1) San Pablo: *Ad Coloss.*, I, 19-20.
(2) *Coloss.*, II, 3.
(3) Cf. Santo Tomás: *Com. in Psalm. 44.—Com. in Isaiam*, cap. XLIV.
(4) A. Stolz: *Besuch bei Sem, Cham und Japhet*, tomo IV, pág. 43.
(5) Sybel: *Geschichte des ersten Kreuzzuges*, tomo I, pág. 106.
(6) Hegel: ob. cit., tomo II, págs. 349 y siguientes.

veríamos confirmado el principio de que cuanto fué más pura la fe de los poetas, tanto fueron más grandiosas sus concepciones y más encantadores sus cuadros.

Si la epopeya del Dante, por ejemplo, es tan magnífica, es porque la fe, con las ilustraciones teológicas del Angel de las Escuelas, le dió imágenes y sentimientos para hacer de su Cielo, de su Purgatorio y de su Infierno mosaico de penas y de gozos encarnados en personas vivientes que el mundo real le proponía y la luz sobrenatural le esplendoraba. La teología le dió sus teorías, sus concepciones para trazar la psicología pasional de sus personajes, la exquisitez gráfica de sus tormentos y bienaventuranzas. Beatriz, guiándole, es símbolo de otra guía interior que orientaba las creaciones fantásticas, eróticas y trágicas del Dante. Por eso le llamaba Villemain el doctor, el sabio y el cantor del dogma, que tiene el sonido fresco de la poesía griega, bañada en el rocío de los prados y embalsamada con el campestre aroma del heno y de la manzanilla, perfumada con el humo de incienso que brota del santuario (1). Si Milton hubiera sentido la hermosura del dogma católico y no hubiera estado rodeado de la nieve perpetua del protestantismo, si hubiera sentido la dulzura del perdón y el arrepentimiento y no se hubiera horrorizado ante el Crucifijo, contentándose con una hueca sensiblería mitológica, *El Paraíso perdido* se habría convertido en «paraíso hallado» para las inteligencias y corazones inspirados por la poesía. Al estudiar el vigor de su espíritu, las estupendas creaciones de su fantasía, en las cuales, como dice Hamilton Thompson, no le ha superado nadie todavía (2), se ocurre preguntar con Weiss: «¿Qué hubiera hecho Milton si hubiese concebido el mundo como Dante, si se hubiera podido instruir en la *Summa* de Santo Tomás de Aquino, y no en la Reforma, que no podía satisfacer su espíritu, sino llenarlo de dudas y descontentos? (3). Y dejando á un lado *La Jerusalén libertada* del Tasso y el *Jesús Mesías* de Helle, etcétera, para estudiar alguno de los poemas que han cantado el drama del Calvario, Klopstock mismo habría concebido su poema con mayor grandiosidad y entusiasmo si hubiera brillado en su espíritu la luz de una fe pura; no le reprocharía Hegel «construir todo con el brillo de una imaginación que se ejercita en un campo vacío, y exigir de nosotros que todo lo que él cree seriamente lo aceptemos de igual modo» (4); no cuajaría el poema de episodios infantiles, contándonos los amores de Sémida y Cidlia, dos resucitados por Jesús que aprendieron poco con ir al otro mundo; los paseos del Eterno Padre por la Vía Láctea, hablando tú por tú con los inmortales habitantes de los astros vecinos; la desesperación casi de la Virgen, sostenida en brazos de San Juan. El Mesías de Klopstock es demasiado humano; multitud de episodios apagan los rayos de su divina aureola, tales como la estancia de Jesús por las tumbas de Jerusalén, el sueño que le da en la noche última de su vida, sus horas de

(1) Cf. Pardo Bazán: *Los poemas épicos cristianos*, págs. 41, 55 y 56.
(2) Véase *A History of English Literature* (London, 1903), pág. 296.
(3) Weiss: ob. cit., núm. 7, pág. 279.
(4) Ob. cit., tomo II, pág. 353.

desfallecimiento pesimista y agobiante, y, sobre todo, aquellas palabras que pronunció en la cruz, reveladoras de apocamiento y cobardía, impropias del Salvador del mundo (1).

Hojeda, por el contrario, en su *Cristiada,* logró dar una idea sintética del mundo visible y del espiritual: Dios y los hombres, los ángeles y los demonios, las pasiones y las virtudes, todo está encuadrado con singular maestría, sin que en el conjunto pierda nada ni se vulgarice. Y tengo para mí que si no hubiera sido por la claridad de su fe, que por las perspectivas ordenadas de los misterios unificaba y engrandecía sus concepciones, Hojeda hubiera decaído, y quizás no se habría levantado de un poeta amplificador y verboso. Pero el P. Hojeda tenía el entendimiento iluminado por el potentísimo foco de la fe, robustecido por el reflector de la teología, y sentía en su pecho las influencias calladas de Jesús, cuya pasión cantaba. La ciencia de Cristo, adivinadora, contempladora de lo porvenir, le sirve para ordenar en torno de la Cruz todos los acontecimientos de la historia eclesiástica. Nadie como él aprovechó la verdad teológica de la coexistencia en Cristo de la ciencia infusa y adquirida en aquel altísimo entendimiento que ve en la divina esencia

> ... como en su causa retratado
> el mundo hecho y el posible mundo (2).

Cuando Jesús está angustiado y abatido y acongojado, muerto por el desamparo y la amargura, la luz contemplativa de su entendimiento,

> viva al amor como al tormento viva,

enseña dibujados «con pincel suave los frutos de su gran paciencia», la pléyade de mártires y doctores y anacoretas y nazarenos que han de ir pisando sus huellas después de borrar con sus lágrimas la sangre en ellas vertida.

La fe le pintó el cuadro sublime de Cristo abatido bajo el peso del pecado y las amenazas de la muerte, «horrible cual feroz leona»:

> que aun Dios teme á la muerte y al pecado.

La fe le trazó el cuadro sublime de la oración de Cristo subiendo al cielo desde el huerto de las olivas, con su magnífica vestidura

> en polvo, en sangre y en sudor teñida;

la fe, alumbrando su mente con los esplendores apocalípticos, le dió los bocetos de aquellos riquísimos tapices que adornan las paredes de la sala del supremo

---

(1) Véase, por ejemplo, la plegaria que empieza: «¡Padre mío! He ahí el sepulcro en que dormirá el sueño de la muerte mi cuerpo, hecho del polvo de la tierra... Enjuga las lágrimas que derramen por mí...» (Klopstock: *La Messiade,* traducción Corlowitz, canto X.)

(2) No cito lugares de *La Cristiada,* porque hay frases de todo el poema.

artífice del mundo (1); su fe ilustrada dió nervio á la discusión habida entre fariseos, escribas y saduceos sobre la culpabilidad de Cristo, y relieve singular á la figura de Judas, infeliz poseso, vil traidor, en la silueta de cuyo cuerpo desentrañado, al moverse, veía Jesús con su sagrada ciencia á los falsos caudillos de engañadas gentes, á los herejes, sobre todo, traidores del pensamiento; la fe inspiró al P. Hojeda el personaje sublime de la Virgen, que no perdió la serenidad de ánimo en medio de tan horribles amarguras, la cual en pie junto á la cruz con divina entereza se mantuvo, recibiendo en su manto las gotas de sangre que de lo alto caían, no desmayada en brazos de San Juan, como la pinta Klopstock, sino contemplando el rostro amarillo de Jesús

> con asombro y horror, con pena y llanto,
> mas de una fortaleza milagrosa
> armado el invencible pecho; tanto,
> que ni el dolor á la razón vencía,
> ni al dolor la razón freno ponía (2).

En una palabra, la fe hizo que Hojeda no plagara el drama de la Pasión de episodios infantiles, sino bíblicos, inspirados, encantadores; y delineó á sus personajes con trazos de luz ó de sombras, pero siempre vigorosos, con líneas fuertes y rasgos expresivos.

Otro detalle quiero aducir, y es el último. Para ver que cuanto más pura es la fe del poeta, tanto sus creaciones son más sublimes, nos ayudará extraordinariamente... el demonio, que juega en el orden sobrenatural, y más particularmente en el drama de la Pasión, un papel importantísimo. Sin descender á los detalles tan significativos como pintorescos que escribió Macaulay, comparando los demonios del Dante con el Satán de Milton, podemos afirmar con Hamilton Thompson que los primeros no transcienden el nivel de la superstición popular. «Los demonios que aparecen en el *Infierno* del poeta florentino son monstruos y fantasmas con cuernos y cola, y por ojos carbones encendidos; en sus acciones nada se distingue que no sea una exageración colosal de malignidad salvaje. El Satanás de Milton—continúa—no es una caricatura del demonio que se crea el pueblo supersticiosamente; nunca es menos que un arcángel, si bien arcángel caído, cuya figura tejió el poeta con los atributos más terribles y divinos de las deidades clásicas» (3). Sin embargo, y en estas últimas palabras se ve la base de mi apreciación, el Satanás de Mil-

---

(1) La cosmogonía de la época deslució un poco su descripción del cielo; las ideas de hoy, aunque no sean menos fantásticas que aquéllas, hubieran agrandado su pensamiento. Sólo que el P. Hojeda tenía que pensar como los de su siglo, y no como nosotros. No era profeta, ni había para qué en nuestro caso.

(2) *La Cristiada,* canto XII, octava 69.

(3) «In Dante's description of evil spirits, powerful und picturesque although they are—and the same may be said of an epic poet of the second class, Tasso—we have a compound of the ordinary elements of popular superstition; these debils are monster and bugbears, with horus and tails and eyes of glowing coal; and in their actions we discern nothing but a colossal exaggeration of savage malignity. Milton's Satan is no caricature of the popular demon of superstition; he is not less than archangel, although archangel ruined; and to the infernal agencies both of himself and of his attendants, the poet has given sublimity as well as variety by inverting them with the most terrible and divine attributes of the classical deities.» (A. H. Thompson: *A History of English literature,* págs. 296-97.)

ton no pasa de ser un guerrero invencible, un reconquistador formidable, en cuyo pecho, guarecido con coraza de escamas, late un corazón casi humano, de sangre negra, sí, pero de sangre;

> Es el primero que con falso velo
> de santidad y falsa semejanza
> encubrió la malicia y la venganza (1).

Parece Satán un emisario de Cromwell, hecho á imagen y semejanza de Milton, en cuyo espíritu hierven las hieles del tiranicidio, acostumbrado á arengar las tropas en campos de batalla y á ordenar cañones que cargan sus ángeles con pólvora sin humo, y á recorrer los puestos más peligrosos de la vanguardia, y á no desesperar inflamado por el despecho, aunque en los campos etéreos no se vean

> más que reliquias de su vil afrenta:
> lanzas, escudos, dardos esparcidos,
> corazas rotas, yelmos quebrantados,
> conductores y carros abatidos,
> caballos espumantes derribados,
> unos sobre los otros confundidos,
> en terribles montones hacinados;
> y si algunos valientes aún respiran,
> de fatiga cansados se retiran (2).

El Satanás de Klopstock es más filosófico, con más conciencia de sus deberes infernales, orgulloso, con la envidia por alma, amigo del desorden, enemigo de la eterna justicia, no por ser de Dios, sino porque hace reinar en el mundo la paz y la armonía. Pero resulta pueril en sus sentimientos é impotente para imponer el orden en sus ejércitos infernales. Cuando desde el cuerpo de Samma ve á Jesús, le dirige este discurso: «¡Yo soy el rey de la tierra! El jefe supremo de los espíritus libres, que son ocupados por mí en algo más útil que llenar los cielos de cánticos y músicas como hacen tus serafines... Me he dignado descender de mi trono para verte, oirte y hablarte. ¡Gloríate de ese honor, te lo permito!» Va Satán á los infiernos; Zofiel enciende á toda prisa los picos de las montañas infernales, como si fueran lamparillas de alcohol, para convocar á concilio satánico. Y van viniendo: Adramelech, el gran sacerdote del Destino, cuyo templo levantó, enemigo atroz de Satanás, y que pregona los oráculos de su dios, anunciadores de nuevos mundos, de más dilatados infiernos; Moloch, el que se pasa la vida fabricando por los montes enormes piedras para tirárselas todas las mañanas al Eterno; Belial, que se esfuerza vanamente en plantar flores y hortalizas en aquel suelo de fuego; Magog, que tiene la manía de poder destruir los infiernos... Les arenga Satán á luchar contra Dios con estas fanfarronerías: «¡Antes des-

(1) *El Paraíso perdido* (traducción de Ramón de Hermida; Madrid, 1814), canto IV.
(2) Idem íd., canto VI, pág. 250. Este canto es quizás el más á propósito para comprender el Satanás de Milton.

truirá sus criaturas que yo le ceda mi imperio sobre ellas! Que envie, si quiere, á Mesías; que venga en persona, si se atreve, á redimir los hijos de Adán; desafiaremos su poder, seremos siempre dioses invencibles... Yo vi á ese Jesús; es un impostor, pero le siguen muchos; ¡vergüenza eterna!... Sí, Jesús morirá; y á la vista de las cohortes angélicas yo esparciré sus cenizas por la senda que viene á los infiernos. ¡Así se venga Satanás!» (1). No logra dominar la situación; se oyen rugidos y murmullos que amagan tempestad. Abdiel-Abbadona increpa á Satán y le insulta, y este mismo demonio, que tal vez está ya cansado de vivir tan caliente, empieza á dudar, y tras una serie de vacilaciones propias de cualquier mortal, se convierte y deja de ser demonio. Yo creo que estas escenas son mejor para descritas en un tratado de Psiquiatría que en un poema épico. El Satanás de Klopstock es algo ridículo.

En cambio, el Satanás del P. Hojeda es sublime: es el demonio auténtico, el que sólo podía intervenir decorosamente en la epopeya de Cristo. Al ver los milagros estupendos de Jesús, no se le ocurre desafiar su poderío, porque Dios le tiene hincada la lanza desde la eternidad, sino que se halla atormentado por «una grave y peligrosa duda».

Y es que no alcanza con su genio obscuro
si Cristo es hombre y Dios, ó es hombre puro.

Y todo su poder y su eficacia lo ordena á esto. Para ello arenga á los demonios, que le obedecen ciegamente, reconociéndole por guía é inspirador de sus maldades. Satán les dice:

—Id, pues, y por caminos diferentes
le procurad afrentas nunca vistas,
graves mofas, oprobios indecentes,
duras batallas, ásperas conquistas;
juntad soberbios pechos, insolentes
manos y almas guerreras y malquistas,
y denle horribles, íntimas pasiones,
ángeles y hombres, tigres y leones— (2).
Y ellos, obedientes, sedientos de venganza,
como nubes salieron de sus antros,
y el aire con asombros ofuscaron,
de fantasmas la poca luz cubrieron,
con mentiras las almas perturbaron,
de engaños los espíritus hincheron,
entre la ruda plebe se mezclaron,
y en la gente más noble se ingirieron...

Trabajan sin descanso, siempre con el ansia de descubrir en la fisonomía de Jesús ó en su conducta, en medio de las más horribles pesadumbres y amarguras, algún rasgo, alguna señal, algún indicio que les descifre el enigma de

(1) Véase todo el canto II, donde se verán más comprobadas mis apreciaciones.
(2) *La Cristiada*, canto IV, oct. 48.—Este libro contiene los mejores detalles para delinear la figura de Satán.

que sólo es un hombre. Todo en vano: el rostro de Jesús no se perturba, ni se alteran sus divinos ojos. Se acongoja de nuevo Satanás, y convoca otra vez «las bravas furias del odioso infierno», y les dice:

Mucho se encubre aqueste Dios humano;
mucho se encubre, no lo he conocido (1).

Los dolores y las pesadumbres no hieren su corazón; con los ultrajes goza; besa la mano de quien le abofetea. «¿Quiere la muerte? Pues venguémonos haciéndosela horrible y atormentadora.» Lo hacen; infestan de nuevo el mundo, y cuando se les embotan de nuevo sus aceros «en aquel muro de diamantes finos» que es Jesús, acude Satán á la impiedad pidiéndole ayuda:

que solamente la impiedad podía
acabar contra Dios lo que él pedía (2).

También en vano. Ni con la corona de espinas, ni con las inspiraciones monstruosas que la impiedad, embebiéndose en los espíritus, les hace, logran que el hombre menosprecie á Cristo; porque hasta la Muerte, al llegar la solemne hora, se acerca á la cruz y se arrodilla con estola sagrada en sus hombros, y le pide permiso á Cristo para entrar en su pecho. Retumban los truenos, se abren las tumbas, el hombre pronuncia aquella frase: «Verdaderamente, era éste el Hijo de Dios», y las cohortes infernales, con Lucifer al frente, huyen vencidos,

los cabellos erizados,
cobardes, confundidos y asombrados (3).

No es posible continuar los paralelos. En lo dicho hay algunas ideas sobre lo que es la poesía de la fe, sobre lo que pueden influir en las concepciones poéticas, singularmente en la epopeya, donde, como decía Aristóteles, *lo maravilloso deleita* (4), los panoramas y las perspectivas de lo sobrenatural, la doctrina purísima y grandiosa que infunde la fe en el entendimiento para que se refleje en el corazón y en la misma sensibilidad. La duda no inspira nada: agosta los ingenios, como exprime entre sus uñas los corazones.

Porque no vive el alma que, desnuda
de todo bien, frenética se lanza
en los negros abismos de la duda (5).

Tened fe y tendréis amor, y el amor os dará poesía; pues decía bien Querol en sus *Rimas* inmortales que el *amor es poeta,* y sólo es poeta quien ama.

Madrid, mayo de 1911. **Fr. Luis D. Urbano, O. P.**

(1) *La Cristiada,* lib. VIII, oct. 3.
(2) Idem, lib. IX, oct. 15.
(3) Idem, lib. XII, oct. 127.
(4) τὸ δὲ θαυμαστὸν ἡδύ. (Ob. cit., pág. 78.)
(5) Núñez de Arce.

REMANSO DE DOLOR

XI

17 de junio de 19...

Cuando ya creíamos terminar nuestra novena de baños sin haber compartido con más persona que con el señor Manuel la estancia en el balneario, hoy nos hemos visto sorprendidos con la llegada de una interesante, curiosa y típica caravana.

Los nuevos bañistas pertenecen al estado llano, aunque sus viviendas habituales se agazapan entre las más enhiestas montañas comarcanas. Son dos mujeres y dos hombres, dos matrimonios de dos distintas edades de la vida conyugal: el orto y el ocaso. Han traído dos caballerías, y sobre ellas debieron cabalgar los pacientes, que son los dos hombres.

En esta peregrinación las mujeres, dos bravos tipos de hembra montañesa, han desempeñado, sin duda alguna, el menester de los hombres, caminando á pie y á la zaga de las bestias.

Son ansotanos. A la legua descubren ellos el rostro curtido por la cellisca y la piel tostada por el sol, el aspecto inconfundible de los hombres de la montaña; igualmente se circunscribe su procedencia con el típico traje que visten ambas mujeres, el atavío primitivo y medieval de los holgados sayos verdes.

He sabido después, por los buenos oficios de la hospedera, que se guisan ellos mismos su frugal comida y que ocupan dos cuartos de los más modestos en el piso bajo, junto á los baños, de aquellos en los que más se nota el fuerte olor característico que despiden las aguas sulfurosas.

Me prometo, cuando se me presente ocasión para ello, entablar conversación con estas sencillas gentes. Hay en mí una gran curiosidad por saber de ese pequeño territorio de mi patria, Arcadia feliz donde la virtud y la sanidad del alma tienen su natural asiento, y he de poder poco si no aprovecho la ocasión que se me presente para conocer sus costumbres y pulsar el pensar sin dobleces de aquellas rústicas y austeras criaturas humanas, de aquellas pobres gentes que viven recluídas en el estrecho recinto de sus valles pirenaicos, encerrados por una cintura de enormes peñascos montunos, petrificadas sus costumbres en el molde patriarcal de una inocencia que les lleva á despreciar lo que el tiempo ha traído de nuevo en su progresar indetenible, y á vivir apartados del resto del mundo en una santa ignorancia ó quizás desdén de muchas cosas que á nosotros nos azacanean y sugestionan.

Conozco de aquel menudo trozo de España lo bastante para no hacer un mal papel en un examen de Geografía. Sé que la paz reina en aquel valle de Ansó, extendido entre las enriscadas sierras de Ezcuarri, terreno desigual todo él, poblado de escabrosidad y asperezas; que el blanco cendal de la nieve viste

la mayor parte del año á las altas montañas, como la capucha de un fraile sobre la calva de una cabeza de hombre dedicado á la meditación y al estudio; y que, como si la misma Naturaleza anduviese vigilante para impedir toda ajena intromisión, ganosa de conservar la pristina pureza de costumbres de tales gentes, aquí un monte se hiende formando un precipicio, más allá las tierras se tajan para dar origen á un barranco, y así por todas partes el camino se trueque inaccesible para todo el que no sea del país.

De sus medios de vida tengo oído ponderar la excelencia de sus pastos de estío, con los que se dedican los ansotanos á la recría de muletas compradas al destete en la otra vertiente de los Pirineos, y vendidas más tarde á los maranchoneros que hasta allá se llegan, ó á los muleteros traficantes que las bajan en paquetes á las ferias de Huesca, Sariñena y Zaragoza. Aparte de esto, las mejores maderas de construcción pueden cortarse en los poblados bosques de sus montañas, allí mismo donde el cazador encuentra diversidad de animales, como jabalíes, cabras montesas, lobos, zorros, corzos y otras alimañas por el estilo, y los numerosos arroyos y regatos que humedecen las praderías y refrescan y purifican el ambiente del valle, junto con la multitud de manantiales que por todas partes brotan, y cuyas aguas van á engrosar el cauce de los ríos Veral y Frago, que lo riegan, hacen nacer profusión de aromáticas y salutíferas hierbas medicinales, de las que para el invierno hacen comercio las ansotanas bajando en parejas con sus paquetitos al llano y llegando á pasear sus trajes extraños sobre los propios asfaltos madrileños de la Puerta del Sol.

Hasta los últimos años del siglo pasado no había para llegar hasta allí ni carretera. Pero al venir, cerca de Verdún, enseñáronme una de construcción moderna, y dijéronme que el camino es muy pintoresco, y que antes de llegar á Ansó, para penetrar en aquel retiro vese forzado á encallejonarse en algunos sitios, como en el desfiladero conocido con el nombre de *La Foz,* entre altísimos peñascales, paredones ingentes de roca viva cuyas crestas parecen querer rascar el cielo, prestando ambiente ceñudo y sombrío á paisajes que hubiera podido reproducir el lápiz de Doré para ilustrar los versos del florentino amador de Beatriz.

Durante el verano parece ser que en estos valles es el vivir sumamente agradable y fresco; pero cuando llega el invierno, la nieve, llenando los caminos y borrando las sendas, los separa del resto del mundo, como si se durmieran bajo la muelle sábana blanca y no despertasen hasta fines de la primavera ó principios del verano, cuando los arroyos crecen y los ríos se ensoberbecen con las crecidas. Los rebaños huyen presurosos hacia la tierra llana: empújalos el frío que baja amenazador de lo alto de los picachos; los hombres fuertes y en disposición de trabajar emigran también en busca de un sitio donde sus brazos puedan encontrar ocupación cuando nada puede hacerse en la montaña; y, como ya hemos dicho, hasta las mujeres no maduras van en parejas á vender en paquetes las hierbas medicinales, el té, la manzanilla. Quedan los viejos, las hembras maduras y los chiquillos, encadados en la

huronera de las viviendas enfundadas en la blanca vestidura que les teje incansable la nevisca.

Aprovecharé, pues, la convivencia de unos días con los ansotanos para ver si logro enterarme de algunas particularidades de sus costumbres. Mientras nosotros, los tres de mesa de primera, paseamos en la terraza, ellos están abajo, á la puerta del balneario, sentados en un par de bancos que suelen sacarles las mujeres, un poco cohibidos con nuestra presencia y por nuestra curiosidad, sobre todo ellas, sin atreverse á poner sus alpargatas en la terraza. Veré á ver si mañana logro una mayor familiaridad que me permita hacer las indagaciones que deseo.

Los hombres llevan el traje común del montañés: pantalón hasta la rodilla, medias de lana, botas altas de cordones, faja morada, chaleco abierto, elástico ribeteado con coderas, y cubre su cabeza un sombrero de fieltro redondo, de alas cortas y recogidas, también con cinta en el borde, como la chaqueta. Este sombrero lleva dos cordones que hacen lazado bajo la barba formando barboquejo, sin duda previniendo el aire que debe correr por los altos.

Las mujeres envuelven su cuerpo impreciso en la amplia basquiña sin talle y sin mangas, al aire las mangas de la camisa, holgadas y largas, con una gorguera de pliegues bien almidonados que forma embudo alrededor de la nuca. Lo que no he visto que usen estas dos es el velo que suelen llevar cubriéndoles cabeza y espalda, y que recibe el nombre de bancal.

Mientras los dos hombres hablan y discuten con otros bañistas de su clase que han aumentado últimamente la colonia, las dos mujeres van y vienen silenciosas preparando la comida, recogiendo astillas para sostener el fuego, y entrando y saliendo en la cuadra donde guardan las caballerías, encargadas, sin duda, hasta de dar de comer al ganado.

Ellas obran sin hablar, en nada semejantes á las otras mujeres que acompañan á enfermos, las cuales, si bien no abandonan el triscar de sus agujas haciendo media, tampoco dejan quieta la lengua, sacando á colación un rosario bien nutrido de desdichas.

Porque en aquel corro, y en gráfico estilo, óyense descripciones de todos los males imaginables: desde el pequeño dolor de estómago que se curó con una infusión de flor de malva, hasta el mal desconocido que á cosas de brujería sabe y sólo con exorcismos y hechicerías se cura.

La falta de cultura de estas gentes abona su inteligencia para que en ella crezca frondoso matorral de patrañas, y su candidez pone tanta atención en lo que escucha, con tal fijeza se graba en su imaginación lo que unos á otros se cuentan, y con tanta fe lo reciben, que no nos creerían, y supondrían que queríamos burlarnos de ellos, si bajásemos á demostrarles de qué modo tan cándido se están unos á otros engañando.

Llaman para comer, y es preciso abandonar la terraza, desde donde estuvimos observando á los ansotanos. Veremos á ver si mañana ó esta tarde logro ponerme al habla con ellos.

Haré conocer mis deseos á la hostelera, y ello será cosa lograda.

XII

17 de junio de 19...

Dispensa que hoy sea más corta tu ración de escritura, pues llevo encima mi cuarto baño, y aunque no he tenido que guardar cama como mi compañero, se han exacerbado mis dolores y sufro bastante del costado y de casi toda la cintura. Por este motivo, me es muy penoso el permanecer sentado.

No te asustes por esto, que, según dicen, es efecto natural de las aguas. ¿Te acuerdas de cuando te vacunaron, que te dolían las picaduras de la vacuna, pero estabas satisfecha por ser señal de que te habían prendido? Pues de estos dolores míos también debemos estar satisfechos, pues es señal de que las aguas *han prendido*.

Mis dolores me han impedido subir esta mañana al oratorio á la hora de la misa. Mi madre, que ha ido, me ha contado quiénes estaban. Sólo hemos hecho pimienta el señor Manuel y yo.

Ya no estamos tan solos. Han venido dos matrimonios de Ansó, dos hombres de la parte de Navarra, creo que de Estella, y uno de Huesca que lo subieron desde el coche en una silla á su cuarto, y no le hemos visto la cara.

Tengo que darte una noticia que te alegrará. He arrojado de mí un prejuicio antiguo que me impedía tomar leche, y me he acostumbrado á beberla mañana, tarde y noche, cosa que dicen ha de sentarme muy bien.

Tarde de domingo. No puedes imaginarte la multitud de recuerdos que bullen en mi cabeza. ¡Qué feliz si pudiera trasladarme de improviso á tu lado y volver á este retiro á la hora de cenar! Pero no puede ser; hay que conformarse.

Ya sabes que no deja ni un momento de pensar en ti tu

CARLOS.

Si mañana estoy mejor, te pondré un telegrama para que no te dure veinticuatro horas la impresión que pudieras tomar como alarmante de mi carta.

Espero con impaciencia el correo de esta noche. Pienso que no me habrás olvidado.

Ayer tuve carta del buen Miguelito, que nada me descubre de su boda. ¡Tendrá que ver que quiera guardar conmigo el secreto el muy cuco! Mañana le contestaré dejándome caer con algunas indirectas para ver si rompe.

XIII

18 de junio de 19...

Cuando ha entrado mi madre de vuelta de misa me he enterado por ella de que el señor Manuel no había subido al oratorio. Como los bañeros nos di-

jeron al preguntarles nosotros que no había bajado todavía, nos damos á pensar si continuarán mortificándole sus dolores.

Tocamos el timbre, y á la muchacha que se presenta á nuestro llamamiento le encargamos de averiguar cómo ha pasado la noche y cómo sigue nuestro compañero de pasillo.

Tarda un momento en volver la doméstica. Por fin llega.

—Don Manuel—dice—ha pasado muy mala noche, no ha bajado á tomar su baño, y parece ser que desde que tomó el desayuno está descansando.

—¿Ha llamado usted en su cuarto?—pregunto, temiendo una imprudencia.

—No, señor—me contesta—. Cuando he recogido el servicio del desayuno me ha encargado de cerrarle los ventanos, y, mirando por el ojo de la cerradura, he visto que continúa á obscuras, lo cual me hace pensar que estará durmiendo.

—¿Es usted de por aquí, aragonesa?—pregunta mi madre á la muchacha, sorprendida por la viveza con que se expresa.

—No, señora; soy navarra, del mismo Pamplona—le contesta.

—¿Y lleva usted mucho tiempo sirviendo en Termas?

—Este es el primer año.

Lamento la contestación. Hubiera deseado que esta muchacha llevase más tiempo, para preguntarle cuántas curaciones de enfermos había presenciado. Tengo que quedarme con las ganas.

Mientras mi madre ha conversado con la muchacha, he redactado un telegrama para tranquilizar á mi novia. Se lo ofrecí en la carta de ayer, y hay que cumplir lo ofrecido, aunque, por no haber tenido en cuenta la demora de las comunicaciones postales, llegará antes el telegrama que mi carta.

—Tenga usted—le digo, entregándole el papelito—; diga al administrador que me mande á poner este telegrama. Que ande ligero, pues, como es domingo, no estará abierta la estación por la tarde.

—¿La estación, señorito?—me contesta sorprendida la muchacha—. ¡Si aquí no hay ferrocarril!

Suelto una carcajada, que reprimo antes de que la moza comprenda su yerro.

—Quiero decir la estación telegráfica, la oficina donde se ponen los despachos.

—¡Ah!

Y no teniendo cosa que mandarle á *la pamplonita,* sale del cuarto toda enrojecida por la plancha que ha cometido. La verdad es que, para ser del mismo Pamplona, esta vez no ha estado á la altura de su natural viveza.

Mientras mi madre se pone á sus labores, que en este aburrimiento adelantan que es un primor, yo me agarro á la pluma y cumplo con mi padre y un amigo del cual recibí anteayer carta pidiéndome noticias de cómo me van probando los baños.

Como el tiempo estaba bueno, hemos decidido hacer un poco de ejercicio antes de la comida, saliendo por la carretera camino de Jaca. A mi vuelta he

logrado entrar en charla con los ansotanos y algunos otros humildes bañistas que tomaban el sol en la puerta del edificio.

Ha sido por la tarde cuando hemos entrado á visitar al señor Manuel, pues cuando por la mañana abandonamos el cuarto supimos que estaba el médico en el suyo, y no quisimos interrumpir su visita.

Hemos encontrado al señor Manuel sentado en la cama con un montón de almohadas que le mantienen erguido, envuelto su cuerpo en la manta de viaje, con las manos, que se le han hinchado, entrapajadas y envueltas en vendas. Parece ser, según nos ha dicho, que los pies los tiene tan hinchados como las manos, y que los dolores tienen momentos de sedación, en los cuales pies y manos se le quedan dormidos, como cosa muerta; pero que más tarde vuelven á morder sus huesos con saña de martirio, haciendo rechinar sus dientes en el afán de estrangular la queja, crispando sus dedos sobre las ropas que le cubren, de cuya violenta crispadura nacen nuevos dolores más intensos al pretender engarabitar los dedos tumefactos, enrojecidos y brillantes.

—Ya sé que le ha visitado á usted el médico...—le digo á mi compañero después de tomar asiento á los pies de su cama.

—Sí; estuvo esta mañana. Le mandé llamar para ver si me recetaba algún calmante. ¡He pasado tan mala noche!

—¿Y cómo no hizo usted que nos avisaran?—le dice mi madre.

—Por no molestarles—contesta el pobre hombre, agradeciendo el interés—. A las seis de la mañana toqué el timbre, y, no sé, estarían durmiendo, porque no acudió nadie. Hasta que la muchacha me entró el desayuno á las ocho, no ha pisado persona alguna este cuarto.

—¡Pobre señor Manuel!—exclama mi madre—. No debe quedarse tan solo. Haga usted que duerma alguien en el cuarto de al lado, uno de los bañeros, por ejemplo, para poder ayudarle si á media noche necesita algo.

—Sí, eso será lo mejor—contesta el enfermo aceptando la idea—. Llamaré al administrador para rogarle lo disponga así.

—¿Y qué tal el mediquito?—pregunto.

—Muy bien. Anteayer, cuando me visitó en mi cuarto por primera vez, estuvimos hablando un largo rato, mucho más de nosotros mismos que de mi dolencia. Al principio me trató un poco fríamente; pero cuando, hablando, hablando, le dí á conocer lo que usted ya sabe, el abandono de mi hija, pareció tomar gran interés en escucharme, asintiendo á cuantas lamentaciones sembraban mi relato.

—¿De modo que hicieron ustedes buenas migas?

—Ya lo creo. Como yo sabía algo de su historia, que me había contado la hostelera...

—Lo mismo que á mí—interrumpo.

—... comprendí que mi dolor había fraternizado con su tristeza. Como se hiciera tarde, despidióse para dar su cotidiano paseíto, ofreciendo volver á pasar conmigo un rato para seguir charlando. Cuando aquel hombre salía por mi puerta, comprendí que se llevaba la decisión de venir á contarme sus tristezas.

—Y, claro está, esta mañana aprovecharía la ocasión.

—Así ha sido. Y crean ustedes que es bien digno de compasión este hombre que nos pareció tan extraño.

—¿Usted ha cambiado de opinión?—le pregunto.

—Completamente. Verán ustedes.

El señor Manuel removióse un poco entre las sábanas, cogió un cigarrillo del paquete que guardaba sobre la mesilla, y después de encenderlo y darle dos ó tres chupadas para hacerle seguir, continuó su relato del siguiente modo:

—Al quedar viudo don Antonio, todo su afán fué cultivar con el mayor cuidado y esmero aquella flor hermosa que como un recuerdo habíale dejado la difunta. Pero pronto descubrió en su hija el rastro de una terrible herencia. Doña Manuela padeció mucho del pecho—así me dijo su marido, aunque adiviné en él el terror á pronunciar cierta palabra—, y la hija demostraba con su desmejoramiento y sus toses pertinaces que tampoco andaba muy bien de tan importantes órganos. Ilusionado el padre, creyó acudir á tiempo para combatir la lesión que tuviera por reciente, y no estimando necesario, por no suponer la gravedad tanta, el llevarla á beber aguas remediadoras en el propio manantial, las encargó embotelladas, y creyó bastarle el clima de este sitio y los aires de estas montañas.

»Aquel verano lo pasaron aquí, sin grandes avances del mal; pero el invierno en Pamplona fué funesto, y al llegar el verano, el padre, desesperado por completo de que pudiera hallar mejoría en parte alguna—tales habían sido los progresos malignos—, se trajo la hija á Termas, pensando que la traía á enterrar.

»Las hemorragias que se habían presentado en Pamplona continuaron aquí con una frecuencia alarmante. Eran muchas las mañanas en que, al cruzar de la consulta, encontrábase el médico á su hija recostada sobre la cama, con una respiración lenta y estertorosa, aureolado el rostro céreo con los foscos cabellos de la enferma, y sobre una silla la palangana con el estigma rojo de la sangre coagulada.

»—¿Qué es eso, hija mía; te encuentras peor?—interrogaba el padre, ocultando su zozobra.

»Y la pobre niña, poniendo una dolorida sonrisa en sus labios, contestaba congojosa y débilmente:

»—No es nada, papá; no te asustes. Un desvanecimiento que he sentido al querer acercarme á la ventana para ver el sol.

»Así pasó el verano: el padre sufriendo una intranquilidad constante y una angustia sin término, la hija sintiendo que su madre la llamaba á su lado en la morada de los justos, y la enfermedad, implacable y conminadora, ganando terreno en el cuerpo sin fuerzas y sin sangre de la jovencita.

»Cuando terminó la temporada no pensó el padre en que había llegado el tiempo de volver á su cuartel de invierno. La muerte estaba cerca, y decidió esperarla allí mismo.

»No se hizo esperar. Hacía tres días que Consuelito—recordarán que éste era el nombre de la muchacha—no se levantaba del lecho, en donde la postraron unos ataques tan seguidos, que el padre pensó quedara en ellos. Su cara había adquirido un tono enverdecido en el que destacaba la blancura lechosa de sus labios, y sus ojos naufragaban en un mar de amarillenta y desvaída tonalidad, girando en las órbitas como si hubiese algo que quisiera escapar y diese vueltas sin encontrar la salida.

»El padre, desemblantado, atónito, contemplaba aquel desastre y daba vueltas por el cuarto cambiando de sitio las cosas sin razonarse lo que hacía, volviendo la cabeza para que los entreabiertos ojos vidriosos de la enferma no viesen las lágrimas que surcaban sus mejillas, el dolor inmenso que hervía en el fondo de su pecho, donde los puñales de todas las penas del mundo estaban clavados.

»Y así pasó un día entero. Como si la vida de aquel ángel del Señor estuviese atada á la luz del sol, el crepúsculo midió su agonía, y con el último rayo de sol escapó en un suspiro la vida que animara hasta entonces el cuerpo de Consuelito, haciéndose la noche sobre su cadáver.

»Sobre su cadáver y sobre el cuerpo sollozante de su padre, que en aquel instante pensó que terminaba su vida. Desde entonces no ha salido de Termas, de entonces nace su huraño carácter y su existencia ensimismada y quieta, fija en la contemplación de un dolor inmenso que roe sus entrañas.

»No quiso el sol alumbrar el entierro de Consuelito, y, en su ausencia, las nubes le jugaron la mala pasada de abrir sus vientres para encharcar los caminos; pero no fué obstáculo la lluvia para que los de este pueblo testimoniasen su dolor á don Antonio, el cual fué siguiendo el feretro hasta el mismo cementerio, y no se apartó del cadáver hasta no escuchar el lúgubre repiqueteo de las piedras sobre la caja que encerraba el cuerpo de su hija.

—¡Sí que ha sido dolorosa su vida!—digo al señor Manuel levantándome de la silla para despedirnos.

—Crea usted—me dice—que debe serlo más todavía desde entonces, pues al oírselo contar comprendí que saboreaba el placer extraño y doloroso de hurgar la herida de su pecho con el estilete del recuerdo.

Cuando salimos del cuarto de mi compañero nos encontramos casi en las tinieblas. Oyéndole hablar, no nos dimos cuenta de que la noche andaba cerca de echársenos encima.

XIV

18 de junio de 19...

No es posible que imagines la alegría que recibí anoche cuando, todavía en los postres de la cena, subió al comedor el peatón y me entregó tu carta. Tres veces la leí antes de acostarme, y no sé cuántas más la he leído esta mañana, sin que me saciase de ver tu linda letra y de enterarme de cuanto en

ella me dices con tan pulida dicción. ¡Qué lástima me da, cuando leo tus cartas tan bien escritas, el recordar lo perezosa que has venido siendo para coger la pluma!

Después de la exacerbación de mis dolores ha venido la calma; esta mañana he entrado en el baño solo, sin ayuda de nadie, y más tarde, antes de la comida, aprovechando que el tiempo ha mejorado, he salido con mi madre hasta el puente donde el aire se me llevó el sombrero. El descanso en el pretil ha sido corto, pues la hora de la comida estaba cerca, y al volver he realizado algunas probatinas de andar que no han salido del todo mal.

Los ansotanos, que estaban sentados al sol delante de la puerta del balneario, me animaban con sus palabras, y un pobre hombre que vino ayer y no se puede mover de una silla, envuelto en una manta que no dejaba al descubierto más que su cabeza, decía llorando que ya se conformaría en volver á su casa andando tal y como yo andaba.

Después de este quinto baño dicen los médicos que empieza la reacción de la mejoría. Yo me encuentro, en general, mucho mejor, no doliéndome nada, y la debilidad de las piernas va desapareciendo lentamente, sin duda espantada por el buen apetito que tengo desde que vine.

Confío ya en que estas aguas curen mi cuerpo, para que, una vez curado, pueda dedicarme á recuperar la perdida tranquilidad de mi espíritu, harina de otro costal más peliagudo. Dices que con la seguridad que debo tener en tu cariño ha de volverme el sosiego y la paz moral. Nada más cierto si ello fuere como tú lo pintas. Pero, vamos á ver..., ¿hasta qué punto puedo yo contar con esa seguridad, si recuerdo ciertas cosas que me dijiste? No creas por esto que yo dudo de tu cariño; eso nunca. Pienso que me quieres; pero creo que si tu cariño está seguro en tiempo de bonanza, acaso no pueda resistir sin desarraigarse ó, por lo menos, plegarse á las imposiciones de los tuyos, si la calma aparente que hasta ahora disfrutamos se trocase en tempestad, quitándote la serenidad de mantenerte erguida en espera de poder hallar el refugio de mis brazos.

Contra viento y marea, mi cariño sabría resistir los más fuertes ataques, en los que no hay que pensar estando conformes los míos. Semejante conformidad préstame fuerzas, y si ellos supieran algo de lo que por las callejuelas de mi cerebro ronda, conociendo mi modo de ser y las impaciencias de mi corazón amante, preocuparíales mucho más que mis dolores reumáticos, y temblarían al imaginar los trastornos á que pudiera dar lugar en su día la confirmación trágica de tus tristes presentimientos.

Dios se apiade de mí, reconociendo la nobleza que siempre presidió mis actos, la ausencia de mentira que hubo en mis palabras, y la intensidad de pasión leal y sincera que puse en mis amores.

Hasta mañana renueva su despedida el que pasa el día pensando en ti,

CARLOS.

He leído en el *Heraldo* la petición de mano de Lolita. Pero ese chico, ¿en

qué piensa? Sin duda le han engolosinado los intereses del papá, porque la niña maldito si tiene para enamorar á nadie. Bien es verdad que no todo el que se casa puede decirse que esté enamorado, aunque así debiera ser para el mejor orden de los matrimonios. En fin, él sabrá mejor que nadie por qué se casa. Nosotros á lo nuestro, y dejemos que los demás bailen al son que mejor les venga en gana.

José García Mercadal.

(Se continuará.)

POÈTE DE VILLAGE

Un soñador de quince á veinte años
que tiene el corazón de dolor lleno,
sin haberse embriagado en el veneno
de la experiencia y de los desengaños.

Sueña un cielo de rimas caprichosas,
é ignorante del mundo y de la vida,
sabe vivir de la ilusión perdida
y analizar el fondo de las cosas.

Y ha recorrido todo lo que existe
con el vuelo atrevido é imaginario
de ese pájaro azul que hay en la idea,

sin ir más lejos de la sombra triste
que proyecta el vetusto campanario
de su tranquila y apacible aldea.

Julio J. Casal.

ALVAR Y FLORINA

(LEYENDA)

I

En época turbulenta de combates y amoríos, en plena Edad Media, habitaba en territorio de la costa cantábrica una honrada labradora llamada Florina, que idolatraba á su esposo Alvar. Dió á luz Florina, y como la criatura naciese muerta, la madre, que ya no había de nutrir á su hijo y podía amamantar á otro, fué elegida para nodriza de un niño que dos días antes había dado á luz doña Aldonza, esposa del señor feudal de aquel territorio.

Alvar hubo de marchar á la guerra bajo el amparo del estandarte de su señor, y Florina quedó desconsolada, dedicada á la lactancia del infante feudal. Un día la castellana doña Aldonza ausentóse del alcázar para ir en romería á una ermita cercana. Quedó Florina con el tierno niño en brazos, sentada á la orilla de un río que las piedras del castillo besaba.

El cielo se entoldó de nubarrones grises, y una tormenta estrepitosa estalló en aquellos contornos. Un rayo deslumbrador y zigzagueante cayó sobre el campo, á dos pasos del sitio en que Florina se hallaba, y con la emoción de aquel súbito centelleo, el niño se desprendió de sus brazos y cayó al río. La corriente le arrastró en su insondable fondo y le meció en su cuna rugidora, menos blanda que el maternal regazo...

Florina, fuera de sí y asustada por esta desgracia, corrió desoladamente á campo traviesa por montes y valles, hasta que fué á parar al camino real por donde Alvar, su esposo, tornaba de la guerra ansioso de abrazar á Florina y cargado con los laureles de la victoria.

II

Comenzaba á amanecer después de una noche negra de tormenta, cuando el sayón del castillo, seguido de algunos hombres de armas, llegó á la choza donde se habían guarecido los dos esposos para defenderse de los riesgos de la tempestad, para acallar la emoción que les ahogaba y para recordar sus horas felices de luna de miel antes de marchar el esposo á la guerra, cuando el fruto de bendición aún les sonreía desde el horizonte borroso de lo futuro...

Los hombres de armas denunciaron á los dos esposos que traían encargo de apresarlos. Era orden expresa de doña Aldonza, que había sido informada de la muerte inopinada del niño, que ella creyó intencionada al conocer la imprudente fuga de la nodriza. Aquella madre desolada, armada del omnímodo poder del feudalismo, había mandado que le llevasen la cabeza de su vasalla, que había dejado perecer al hijo confiado á su custodia.

Alvar, arrojándose á las plantas del sayón, le suplicaba con lágrimas en los ojos que no le privase de una esposa que era su regalo y su bienaventuranza anticipada, y á la que amaba más que á su propia vida.

Nada podía ablandar al siervo encargado de la ejecución, y ya iba á proceder expeditivamente, cuando Alvar concibió una generosa idea de sacrificio.

—Llévale mi cabeza en lugar de la de Florina á esa cruel señora—dijo Alvar.

—¿Estás loco?—contestó el verdugo.

—No, no turbes su sueño, el dulce y plácido sueño de mi esposa..., pues ya ves que ha quedado dormida en ese rincón con la beatitud que da la tranquilidad de conciencia... Accede á mis ruegos; toma esta bolsa que cogí en el asedio de un castillo moro donde los infieles me acosaron..., y ofrece á doña Aldonza mi cabeza; pero deja dormir en paz á mi esposa, y dame á mí el sueño y el descanso eternos.

Impulsado por la codicia, obedeció el sayón; y el generoso Alvar, modelo de abnegación conyugal, ofrecía ya su cerviz al hacha del verdugo, cuando la buena Florina, que había escuchado las últimas palabras de su esposo, comprendiendo que su abnegación bien merecía un premio, se abrazó á él y abatió su cuello nítido, que el hacha levantada tronchó como flor del campo, al par que segaba la férrea cerviz de guerrero del abnegado Alvar.

Dos pinos enhiestos y frondosos que enlazan sus troncos y confunden sus ramajes como si fuesen las almas de los dos esposos besándose más allá de la muerte, señalan el lugar de la tumba de Alvar y Florina.

Andrés González-Blanco.

NUESTROS POETAS

LA MUSA DE MARTÍNEZ SIERRA

Un clamor de claras campanas resuena;
su collar de perlas rompe el surtidor;
florece la aurora, y la vida es buena
porque está hecha para la paz y el amor.

Como golondrinas, olorosas manos
quitan las espinas que ciñen las frentes...
Lobos y corderos parecen hermanos;
anidan palomas entre las serpientes.

Remanso de ensueño. Vida cotidiana,
la vida de esas castas soñadoras
que aguardan al novio tras de la ventana
bordando el milagro azul de las horas.

El amor nos brinda su poma madura;
bajo los rosales se oculta el abismo...
¡Hay tanta alegría, que hasta la amargura
tiene un confortante dejo de optimismo!

Espejo de plata; vereda florida...;
gloria en las alturas y paz en la tierra;
luz y amor en todo... ¡Tal mira la vida
la musa optimista de Martínez Sierra!

¡Oh musa que engarzas tesoros dispersos
y enjugas el llanto que ciega la pena,
prodigando á todos la sangre en tus versos
como Jesucristo en su última cena!

¡Sé como una lluvia de paz y cariño,
y á aquel que maldice su negra fortuna
aduerme en tu seno, lo mismo que á un niño,
cantando tu nueva «Canción de la cuna»!

Al través del tiempo y el espacio escucho
las palabras con que tu voz perdonó
á la Magdalena porque amaba mucho,
y á Luzbel—el odio—porque nunca amó.

¡Sigue, santa musa, posando tu boca
sobre las heridas de la Humanidad,
con tu negro sayo y tu blanca toca,
igual que una hermana de la Caridad!

Francisco Villaespesa.

CANCIÓN DE SENCILLEZ

Ya aprendí á descender á la llanura,
y en la llanura me hallo entre los míos:
¡que una ráfaga de aire sana y pura
aventó aquellos rancios desvaríos!

Ya no me finjo orlado de blasones,
ni tengo para el vulgo una mirada
de elegante desdén. Ya mis canciones
trasunto son de un alma equilibrada.

De mi alma, que en el orto de una aurora
se vió de un gran claror enlumbrecida:
el claror que alumbró la bienhechora
senda que he de seguir toda la vida.

Ya en los inmensos términos del Arte
no veré ni parcelas ni linderos,
y extenderé mi tienda en cualquier parte
y cruzaré tranquilo mil senderos.

Y el camino andaré con algún hombre
que ayer hubiera despreciado vano,
y al que ahora, sin curarme de su nombre,
daré mi vino y llamaré mi hermano.

Siento, al haber perdido la tiesura
de mi espiritual aristocracia,
un inefable aroma de ternura
que siembro en torno á mí como una gracia.

Y me siento más hombre y soy más bueno,
y es mi vida más clara y más serena,
y voy de gozo y confianza lleno...
¡Mi espíritu ha soltado una cadena!

Y desde aquí la altura de los montes
me ha inspirado una idea desdeñosa,
un amor los extensos horizontes
y un desprecio cualquier altiva cosa.

Por eso, de mi hogar á los vitrales,
veo pasivo cuando el sol declina
cómo enluce la más brava colina
y deja un beso rojo en los cristales
de mi olvidada torre marfilina.

Nicasio Hernández Luquero.

LAS TRES VIUDAS

Todas las tardes vienen al parque silencioso
tres mujeres que á mí me parecen de ensueño...
Tienen las tres en el semblante el doloroso
gesto del llanto por la pérdida de un dueño

amor de sus amores: el Bienamado Esposo
que muriese Dios sabe si en la noche de bodas,
cuando á sus bocas diera, en un beso amoroso,
la ofrenda de sus labios con las delicias todas.

Mujeres misteriosas: es muerte vuestra vida;
si reís, vuestra risa es risa dolorida,
pues que huyó para siempre de vosotras Amor...

Pobres viudas, que al parque venís todos los días:
yo siento vuestras penas como si fueran mías,
y hago con ellas versos de llanto y de dolor.

Federico González-Rigabert.

INFORMACIONES

Extranjera

Los progresos de Italia en cincuenta años

Con motivo de las fiestas del cincuentenario de la unidad italiana, la prensa liberal del mundo entero rinde homenaje de felicitación y aplauso á aquella nación, que desde el año 1862 á la fecha ha sabido colocarse en primera fila entre las más poderosas.

Prueba de que tales felicitaciones y aplausos tienen base firme en que apoyarse es la información oficial que sobre todas las manifestaciones del progreso italiano acaba de publicar el Gobierno de aquel país. Ella demuestra con datos precisos sobre la vida intelectual y económica, sobre las instituciones de beneficencia y servicios públicos, etc., que Italia en cincuenta años ha logrado constituir un coeficiente precioso é indispensable en la vida internacional moderna, y que sigue trabajando para que no decaiga su crédito moral ante el mundo y para mejoramiento de sus relaciones con las demás naciones, al mismo tiempo que para el incremento de su comercio, ya poderoso.

He aquí los últimos datos oficiales, que pueden servir de enseñanza á países como el nuestro, respecto al progreso material y moral de Italia en medio siglo:

El cambio comercial con el exterior (desde 1862 á 1910)

Las estadísticas oficiales señalan las siguientes cifras, indicadoras del valor de las mercancías importadas y exportadas en Italia desde 1862 á 1910 (sin tener, naturalmente, en cuenta el comercio de tránsito):

AÑOS	IMPORTACIÓN — *Liras.*	EXPORTACIÓN — *Liras.*
1862	830.029.347	577.468.357
1865	965.173.672	558.285.576
1870	895.717.683	756.276.905
1875	1.215.308.863	1.033.682.104
1880	1.225.644.170	1.132.289.192
1885	1.575.245.041	1.131.115.309
1890	1.377.286.433	962.600.353
1895	1.194.581.608	1.059.009.699
1900	1.707.480.065	1.354.799.753
1905	2.185.354.346	1.713.569.143
1910	3.235.765.637	2.056.391.221

Como se ve, de 1862 á 1910 se observa un aumento de 2.406 millones de liras en la importación, y de 1.479 en la exportación. La notable diferencia entre la importación y la exportación á favor de la primera está en parte justificada por el hecho de que en la cifra designada á la importación entran todas las materias primas para la principal industria nacional, los productos alimenticios, de los cuales el bienestar económico y el aumento de los salarios han hecho aumentar notablemente el consumo interior.

El desarrollo del comercio italiano, sobre todo en los últimos veinte años, aparece tanto más maravilloso si se le compara con el comercio de otras naciones, y, por lo mismo, más potente en los cambios internacionales.

De un rápido estudio resulta que, tomando como punto de partida la importación y la exportación del año 1890, y estableciendo como índice el número 100, las cifras indicadoras de los aumentos de la importación y de la exportación de las principales naciones en el año 1910 son las siguientes:

IMPORTACIÓN		EXPORTACIÓN	
Italia	243	Estados Unidos	226
Bélgica	237	Italia	224
Alemania	207	Alemania	224
Estados Unidos	190	Bélgica	204
Inglaterra	162	Inglaterra	165
Francia	152	Francia	161

Sumando la cifra índice de la importación y de la exportación, resulta que Italia, en los últimos veinte años, supera á todos los demás Estados por la entidad de su progreso económico.

La agricultura (desde 1864 á 1910)

Según un estudio publicado en el *Anuario Estadístico del Reino de Italia,* en el año 1864 la producción agrícola italiana (comprendiendo Venecia-Mantova y el Lacio) ascendió á cerca de 2.842 millones. Los cálculos más recientes, hechos sobre la base del nuevo catastro agrario, hacen subir aquella producción á siete billones. El aumento, pues, de la producción agrícola italiana en la última cincuentena de años ha sido de 4.158 millones; y aun esta cifra se puede considerar inferior á la verdadera, si se piensa en los grandes trabajos de bonificación de tierras realizados en toda la región italiana, en el mejoramiento agrario conseguido en la zona del agro romano, en el desarrollo del consumo de los abonos químicos, y en el progreso de los materiales y máquinas agrícolas.

Las tierras en que antes era imposible el cultivo, pantanosas y palúdicas, ocupaban una extensión de cerca de 1.200.000 hectáreas. De ellas se han bonificado hidráulicamente cerca de 550.000, y pueden bonificarse casi todas las restantes. Para tales trabajos se han gastado, desde 1862 á 1910, 225 millones de liras. Para la completa bonificación de las hectáreas todavía improductivas

ó insalubres se han de gastar aún 205 millones de los presupuestos en varias leyes del año 1900 y sucesivos, y se estudia el modo de aumentar las consignaciones para extender las bonificaciones á otros terrenos.

En el año 1861 Italia apenas consumía algunos centenares de quintales de abonos químicos. Ahora, según recientes estadísticas, sólo durante el año 1909 se han fabricado en Italia nueve millones y medio de quintales de hiperfosfatos, por un valor de 52 millones y medio de liras, cifras que han crecido aún durante el año 1910 con las materias primas para la fabricación de abonos químicos importadas del Extranjero.

Las cifras siguientes demuestran el rápido aumento de la maquinaria agrícola importada en los últimos seis años:

AÑOS	Valor de la maquinaria agrícola diversa. — *Liras.*
1905	6.574.000
1906	3.199.600
1907	12.186.580
1908	12.542.660
1909	14.709.890
1910	15.093.520

Depósitos impuestos en la Caja de Depósitos y Préstamos (desde 1864 á 1909)

En la Caja de Depósitos y Préstamos afluyen de un modo considerabilísimo los depósitos hechos por varios motivos y en formas diversas con la garantía de las obras públicas.

Las cifras indicadoras de las sumas depositadas en la Caja son demostración bien significativa y general del movimiento económico italiano, y en particular del incremento gradual de las obras públicas.

He aquí las cifras de un año por cada quinquenio desde 1864 á 1909:

AÑOS	Valor del depósito. — *Liras.*
1864	49.812.375
1870	63.952.358
1875	71.866.633
1880	153.611.826
1885	173.596.236
1890	192.555.397
1895	160.486.530
1900	163.564.785
1905	160.972.995
1909	174.387.936

Presupuestos del Estado

El primer presupuesto unificado del Estado italiano fué el de 1862. Los ingresos en aquel presupuesto fueron de 480 millones, y los gastos 926 millones, de lo que resultaba un *déficit* de 446 millones de liras. Tal *déficit* respondía fielmente á las múltiples dificultades contra las que debía luchar el nuevo reino. La mayor parte de su energía financiera era forzosamente absorbida por la necesidad de constituir, sostener y desarrollar el Ejército y la Armada. Más de los tres quintos de los gastos eran destinados al supremo fin de la defensa nacional. Ciento siete millones para los Trabajos públicos, destinados á alimentar la política ferroviaria, que tanto debía contribuir á aumentar la unidad política y económica de Italia. En el mantenimiento del orden y seguridad pública en el interior gastábanse 65 millones, 50 en Gracia y Justicia, 22 para Agricultura, Industria y Comercio, 15 se destinaban á la Instrucción pública, y tres millones era la consignación para la representación diplomática en el Extranjero.

Poco mejoró la situación en los años que siguieron hasta 1870, y se comprenderá esto bien cuando se recuerde que en tal período la Hacienda italiana debía afrontar los gastos de la guerra del 66. (En este año el *déficit* pasó de 721 millones.)

En 1870 terminó la época de las guerras y de la Hacienda guerrera, y comenzó á cimentarse la fortuna de la Nación. Pero la lucha contra el *déficit* debía durar aún, con variaciones sensibles, hasta el presupuesto de 1897-98. En 1875 todavía era bien soportada la carga merced á los inmensos sacrificios de los contribuyentes italianos; pero llegó á ser gravísima la situación en 1881, con un *déficit* de 53 millones.

La abolición del macinato hizo descender aquél en 1883 á tres millones, y pronto pudo saldarse á la par el presupuesto gracias á la que podría llamarse *crisis del desenvolvimiento,* la cual atravesó Italia felizmente después de haber demostrado en las pruebas más duras su inaudita consistencia política y económica.

Desde 1897-98 el presupuesto italiano ha ido creciendo progresivamente, y aún aumentará. Los ingresos efectivos en el primer presupuesto unificado del Reino (1862), que eran, según hemos dicho, de 480 millones, en el presupuesto provisional de 1911 á 1912 se elevaron á 2.244 millones; pero los gastos, que antes habían llegado casi al doble de las entradas, no excedieron en los últimos citados presupuestos de 2.169 millones, y dieron así un *superávit* de primera previsión de 74 millones de liras.

Se ve bien que en cincuenta años se ha conseguido sextuplicar casi las entradas y triplicar los gastos. Esfuerzo gigantesco que ningún otro Estado de Europa sería capaz de realizar.

El incremento de los ingresos ha consentido una riqueza y variedad en los

desembolsos que no era dable soñar cuando los medios estaban restringidos. El Tesoro y la Hacienda, que en 1862 consumían 356 millones, se llevan ahora 1.014; el presupuesto de Guerra ha pasado de 289 millones á 396; la Marina, en que antes se gastaban 85 millones, consume hoy 192; el Interior, con las funciones de Sanidad, de que antes nadie se ocupaba, se lleva actualmente 120 millones en vez de 71; las Obras públicas, 119 en vez de 107; Gracia y Justicia, 52 en lugar de 30; la representación diplomática, 22 en lugar de tres; Agricultura, Industria y Comercio, 27 en lugar de 22; Instrucción pública, 103 en lugar de 15. Estas dos últimas cifras indican bien á las claras el fervor creciente con que el pueblo italiano anhela su elevación intelectual. Un nuevo Ministerio de Correos y Telégrafos, englobando otras administraciones, se rige actualmente con un presupuesto de 122 millones, y para el incremento de los ferrocarriles se ha constituído un presupuesto particular.

La comparación entre los presupuestos de 1862 y los de 1911-12 forzosamente ha de enorgullecer á los italianos (casi los únicos entre los grandes Estados europeos que han conseguido que desde hace tiempo no aumente la Deuda pública).

Valor de la renta

La elevación de los precios medios de la renta responde al aumento del crédito nacional.

Las cifras siguientes, que indican la cotización de nuestra renta del 5 por 100 desde 1871, ponen en evidencia las diversas etapas recorridas en la época de consolidación del crédito italiano, las muchas dificultades para ésta, las varias oscilaciones, y, por último, la rápida y constante ascensión.

Encontramos en 1871 la renta de 5 por 100 á 62,83. En 1872, á 73,82.

Desciende á 70,75 en 1873, y así permanece durante el 1874. En 1875 se eleva á 75,12, y queda en este límite hasta 1877. Sube otra vez á 78,79 en 1878, y con un movimiento ascendente llega hasta 85,60 en 1879 y á 90,58 en el 1880. Hay un período de descenso en 1882, á 88,59, y 1883, á 88,32. En 1884 vuelve el período ascendente y sube á 95,29, para continuar elevándose en 1885 á 96,38 y en 1886 á 99,63. En 1887 comienza otro período de descenso gradual, poniéndose la renta á 93,38 en 1891. En 1892 hay otra alza á 94,49, que continúa en 1893, y otro descenso á 88,34 en 1894. En 1895 comienza el verdadero período ascendente de la renta con un precio de 93,21, para llegar á 97,35 en 1897, á 99,46 en 1898, á 100,83 en 1899, á 101,64 en 1901, á 103,06 en 1902 y á 105,29 en 1905. En 1906 viene la conversión de la renta al 5 por 100 (4 por 100 neto) al 3,75 por 100 (neto), y del 1907 al 1912 se paga al 3,50 por 100. A pesar de esto, en 1906 el precio medio de la nueva renta permaneció en 103,97, descendió en 1907 á 102,23, y saltó á 103,67 en 1908, á 104,49 en 1909, y en 1910 á 104,63.

Depósitos y ahorros

Una de las pruebas más importantes del aumento de la riqueza italiana está en los depósitos constituídos en las Cajas de ahorros y Bancas.

Es muy sintomático el movimiento ascendente de los depósitos hechos en las Cajas postales de ahorros, porque éstos representan la verdadera riqueza popular. Damos sólo las cifras que representan los depósitos por cada cinco años, á partir de 1876, época en que comenzaron á funcionar las citadas Cajas postales:

AÑOS	*Liras.*
1876	2.443.403
1880	46.253.552
1885	163.889.213
1890	297.366.556
1895	462.459.985
1900	682.212.232
1905	1.068.521.243
1910	1.586.518.148

La escala ascendente de los depósitos hechos se observa aún más tomando las cifras obtenidas por las dos principales Cajas de Italia, la de Milán y la de Roma, en 31 de diciembre de 1860, de 1885 y de 1910:

AÑOS	Caja de Milán. — *Liras.*	Caja de Roma. — *Liras.*
1860	74.484.783	12.853.105
1885	433.580.847	57.725.873
1910	813.540.130	114.547.000

Entre los ahorros se incluyen los depósitos en cuenta corriente y otros hechos en las Cajas de ahorros é Institutos bancarios. En 30 de junio de 1910 había los siguientes:

	Liras.
En las Cajas de ahorros	79.893.070
Bancos de crédito ordinario	686.670.659
Bancos cooperativos	374.146.694
Institutos de emisiones (sólo depósitos en cuenta corriente)	99.261.603
Montes de Piedad	120.872.913
Cajas rurales	72.605.647
TOTAL	1.433.450.586

Sociedades anónimas y desarrollo industrial

Otra prueba del resurgimiento económico italiano, demostración evidente de la confianza del capital italiano en las empresas industriales, es el gran número de Sociedades anónimas que se han constituído, especialmente en el último decenio, y que contribuyen directa ó indirectamente á todos los desenvolvimientos de la vida.

La siguiente estadística, bien elocuente, indica las Sociedades anónimas existentes en Italia en 31 de diciembre de 1910, agrupadas según las varias industrias en que se ejercitan:

	Número de Sociedades.	Capital social invertido. — *Liras.*
Institutos de crédito y Sociedades bancarias	347	712.522.000
Sociedades de seguros	43	86.282.360
Industrias de transportes	151	924.218.700
Idem textiles	182	482.122.100
Idem manufactureras	211	214.771.375
Minería	51	77.755.250
Industrias siderúrgicas	67	258.568.000
Idem mecánicas	124	224.463.925
Idem de automóviles	44	55.374.750
Idem eléctricas	192	364.559.977
Idem químicas	172	276.186.550
Idem alimenticias	163	255.635.250
Albergues de alquiler y teatros	38	35.984.122
Industria agrícola	25	58.416.442
Acueductos, aguas y baños	60	78.241.240
Empresas municipales	61	177.935.450
Idem de construcciones	107	129.550.625
Comercio de importación y exportación	22	37.545.000
Industrias diversas	200	139.780.705
TOTALES	2.260	4.589.913.821

Sociedades cooperativas

El movimiento cooperativo es uno de los principales coeficientes del progreso económico italiano. Muchos son los economistas y sabios de todos los países que, por encargo de sus Gobiernos ó por voluntad propia, han ido á Italia á estudiar aquel movimiento.

El cooperativismo italiano puede dividirse en tres grandes categorías: de crédito, de producción y trabajo y de consumo.

Entre las Cooperativas de crédito deben incluirse los Bancos populares y las Cajas rurales. En 31 de diciembre de 1909 los Bancos populares eran 368, con un capital de 73.025.960 liras, y los demás Bancos cooperativos eran 297, con un capital de 34.743.311 liras. Para demostrar la confianza que el público tiene en tales instituciones, bastará recordar que en los Bancos populares existían en 31 de diciembre de 1909 depósitos ordinarios á interés por liras 243.379.490, y depósitos de ahorro por 409.866.128. En los otros Bancos cooperativos existían depósitos ordinarios por valor de 120.080.223 liras, y de ahorro por 269.585.539.

En una estadística oficial reciente aparece que las Cooperativas de producción y trabajo eran 547 en 31 de diciembre de 1909. De 1889 á 1909 fueron concedidas á tales Cooperativas 4.426 adjudicaciones, por un valor total de cerca de 89 millones de liras, siendo así que sólo durante el año 1909 las Cooperativas consiguieron 546 adjudicaciones, por un importe de 13 millones y medio.

De otra estadística oficial publicada en 1.° de enero de 1907 resultan existentes en Italia 4.168 Sociedades cooperativas, entre las cuales, 1.449 eran de consumo, 817 de construcción y decoración, 620 agrarias y enológicas y 241 alimenticias.

La emigración

La creciente y afortunada actividad de los italianos en su patria ha traído aparejada la actividad de los italianos emigrados al Extranjero (cinco millones y medio), que contribuye de modo notabilísimo al aumento de la riqueza nacional.

En condiciones normales, las remesas de los emigrantes, por medio del Banco de Nápoles y otros varios de carácter internacional, suben al año á unos 180 millones.

El Comisariato de Emigración, basándose en numerosos elementos de cálculo, estima que las remesas anuales de emigrantes podrían hacerse ascender á 500 millones, aproximadamente.

Ferrocarriles y otros medios de comunicación

Mientras en 1860 las naciones progresivas contaban ya con grandes redes ferroviarias, el nuevo reino de Italia apenas contaba con 1.800 kilómetros de vías férreas, limitándose éstas en su mayor parte al Piamonte.

En 1870 había ya 6.134 kilómetros, y en 1880, 8.713. A fines de 1910 se contaban 16.989 kilómetros, y de éstos, 13.437 son propiedad del Estado, y 3.552 de Sociedades privadas. Es decir, que en cincuenta años se han construído 15.189 kilómetros de vías férreas.

Aunque la cantidad de material móvil de ferrocarriles del Estado existente

en 30 de junio de 1910 es bastante importante, todavía no responde á las exigencias del tráfico italiano. En aquella fecha se tenían 4.866 locomotoras, 9.896 vagones para viajeros, 91.438 de mercancías, y, además, 2.159 vagones para mercancías especiales.

No sólo el nuevo reino tuvo que ocuparse de establecer ferrocarriles, sino que también ha debido pensar en la construcción de líneas de tranvías de tracción mecánica para unir especialmente los pequeños centros agrícolas con las grandes poblaciones y para la comunicación interior en la mayoría de las ciudades. En 31 de diciembre de 1907 se tenían 4.321 kilómetros de líneas tranviarias, de las cuales eran 3.211 de tracción á vapor y 1.110 de tracción eléctrica. En los últimos tres años tales cifras han aumentado considerablemente.

A las líneas ferroviarias y tranviarias en explotación deben agruparse las líneas automovilísticas de servicio público, destinadas á facilitar notablemente las comunicaciones entre diversas pequeñas poblaciones, donde no resulta conveniente establecer ferrocarril ó tranvía. Este modernísimo medio de comunicación está destinado á un gran porvenir en los intereses de la economía nacional. En 30 de junio de 1910 había en explotación particular 62 líneas automovilísticas, por una extensión de 2.944 kilómetros.

Correos, Telégrafos y Teléfonos

He aquí unas notas que prueban el desarrollo de las comunicaciones postal, telegráfica y telefónica:

CORREOS

	Año 1862.	Año 1910.
Oficinas postales	2.220	10.907
Personales	7.305	27.259
Cartas de todo género	72.123.125	1.098.332.255
Paquetes postales (en 1882, primer año de su establecimiento)	5.409.625	17.144.101

TELÉGRAFOS

Longitud de las líneas (kilómetros)	11.995	49.633
Gasto de hilos	23.960	554.990
Oficinas telegráficas (n.)	401	5.676
Idem semafóricas	»	58
Idem radiotelegráficas	»	1
Telegramas transmitidos y recibidos	2.766.154	38.030.200
Radiotelegramas	»	13.520

TELÉFONOS

Como en otros servicios, las redes telefónicas italianas son explotadas en parte por el Estado y en parte por las Sociedades privadas. El primer ejercicio telefónico del Estado fué durante el año financiero de 1907 á 1908.

Resumiendo los datos estadísticos de las redes telefónicas privadas y del Estado, se tienen para los tres últimos años las siguientes cifras:

	En 1907.	En 1910.
Redes urbanas	141	219
Líneas internacionales	9	12
Idem interurbanas	245	428
Locutorios públicos	440	1.048
Abonados urbanos	42.734	66.463

Marina mercante

En este punto se ha observado, aunque un poco tardío, un notabilísimo progreso.

Los 9.356 buques de vela, con un tonelaje de 643.946, que la marina mercante italiana tenía en 1862, se han reducido en 1908 á 4.701, con 453.324 toneladas. Por el contrario, los 57 vapores que sólo había en aquella fecha, con 10.224 toneladas, aumentaron en 1908 á 626, con un tonelaje total de 566.738.

En los dos últimos años estas cifras han aumentado mucho, y se puede prever que aumentarán mucho más. Y conste que los nuevos buques transatlánticos italianos, por velocidad y comodidad, superan en mucho á los mejores de las numerosas marinas de otros países.

Sanidad é higiene públicas

En sanidad é higiene, Italia ha realizado grandes progresos.

En 1862 (primer año en que se pudo contar con datos estadísticos) la mortalidad era del 30,90 por cada 1.000 habitantes. En 1908 quedó reducida al 20,30 por 1.000, con un ahorro anual de vidas humanas de 10,60 por 1.000, ahorro que para la población existente en 1908 representa una cifra de más de 250.000 existencias. Son tanto más dignas de tenerse en cuenta estas cifras, cuanto que en igual período de tiempo (1863 á 1908) la cifra de los nacimientos ha descendido del 39 al 33,37 por 1.000.

Este progreso, que en semejantes proporciones no lo ha logrado ningún otro Estado europeo, ha sido debido en gran parte á la acción ejercida por todos los organismos del Estado y de los Municipios para la protección de la salud

pública, especialmente con la reforma sanitaria concretada en la ley orgánica de 22 de diciembre de 1888, que ha comenzado á dar ópimos frutos. Progreso grandísimo, señaladamente por lo que se refiere á la disminución de mortalidad por enfermedades infecciosas, que en el último veintenio ha pasado del 6,19 por 1.000 al 2,76 en 1909.

Algunas cifras relativas á las más graves enfermedades infecciosas son particularmente elocuentes; los muertos por viruela, que fueron 18.110 en 1888, fueron sólo 561 en 1908. Los fallecidos por difteria descendieron de 25.683 en 1888 á 5.932 en 1908; los de fiebre tifoidea, de 23.869 en 1888, descendieron á 9.287 en 1908; los de tifus, de 2.099 en 1888, á sólo 25 en 1908; y así en todo.

Dos únicas plagas peculiares de Italia, la *malaria* y la *pellagra,* han sido combatidas por medio de descubrimientos científicos que son debidos en su mayor parte á la ciencia italiana, y que la legislación italiana ha traducido en leyes con una energía y con un éxito que se acentúan de año en año. Los fallecidos de *malaria,* que eran 16.000 en 1888, se han reducido á 3.477 en 1908; los de *pellagra,* 3.500 en 1888, fueron 1.300 únicamente en 1908.

En fin, las mismas infecciones tuberculosas, que en Italia y en el mundo entero conservan su triste hegemonía sobre todas las demás enfermedades infecciosas, han sufrido notable decrecimiento, descendiendo la mortalidad de un 2,13 por 1.000 habitantes en 1888, á un 1,65 en 1908.

Estos grandes exitos se deben á una lucha continua, diaria y siempre eficaz por el resurgimiento sanitario del país, y se traducen en el aumento de la población del Reino, la cual, á pesar de la grandiosa emigración, ha crecido de 25.964.000 habitantes que tenía en 31 de diciembre de 1871, á 34.129.000 que contaba en 1908. Esta es la resultante del hecho de que en el último medio siglo la mortalidad en Italia haya disminuído en cerca de un tercio.

Las instituciones sanitarias que la nueva Italia ha sabido establecer son continuamente reorganizadas y perfeccionadas, habiendo respondido siempre perfectamente á las esperanzas que en ellas se pusieron.

La asistencia sanitaria, médico-obstetricia y farmacéutica, gratuita para los pobres, está extendida por todo el Reino y toma incremento incesante.

Los médicos á sueldo de los Municipios, que eran 8.585 en 1888, son 10.632 en 1908, y este servicio es hoy día más completo en Italia que en ningún otro Estado civil.

Un conjunto de sabias leyes ha contribuído poderosamente á completar las instituciones de los servicios de vigilancia higiénica en los principales centros de población, á crear é intensificar el análisis sanitario de bebidas y alimentos con el auxilio de laboratorios científicos cuyo número crece de continuo, á sanear el ambiente en que se agita tan numerosa población. Así se han multiplicado las dotaciones de agua potable en las poblaciones. (Se han construído 3.000 acueductos en los últimos veinte años.)

Además, se favorece sin cesar la construcción de cuarteles, de escuelas, de cementerios y de casas para obreros en condiciones insuperables de higiene.

En los últimos veinticinco años se ha gastado en muchos Municipios más de un billón de pesetas para mejoras urbanas y sanitarias. También se han gastado 150 millones de liras para aprovisionamiento de aguas potables, y en el mismo período de tiempo el Estado ha gastado otros 150 millones para bonificar los terrenos palúdicos.

Italia, que á la formación del Reino era, en realidad, á pesar de la hermosura de su cielo y de su clima, uno de los países menos salubres de Europa, ha hecho, pues, en cincuenta años un esfuerzo grandioso para su redención sanitaria con éxito completo, y á medida que mejoran las condiciones de la economía nacional, dedica en los presupuestos mayores cantidades al perfeccionamiento de la organización sanitaria, realizando obras verdaderamente ciclópeas, entre las que merece señalarse la del acueducto de la Pulla, ahora en construcción, para el que el Estado presupuestó 130 millones de liras, y merced al cual los dos millones de habitantes de las tres provincias de la Pulla contarán en 1916 con abundantes y salubres aguas potables, que la Naturaleza negó al suelo de aquella populosa región.

España y la futura guerra anglogermana

El conflicto entre Inglaterra y Alemania, aunque no inminente, parece próximo. Quizás esta última tenga interés en retrasar algo su resolución, entre otras razones, esperando el año 1913, llamado crítico, porque será cuando más se aproxime el poder naval de ambas naciones, cuyos intereses se encuentran constantemente en oposición, ya con carácter colectivo en Teherán ó Constantinopla, ya particularizándose entre Sociedades ó individuos en todas partes del globo, ó, por fin, revelándose su enemiga en las cuestiones llamadas de Flessingue, Engberg y en los procesos del capitán Trench y teniente Brandon, ó en el de los espías de Hamburgo y Brema.

Está en la conciencia de todos que España no podrá permanecer neutral, mucho más si se tiene en cuenta que los actuales sucesos de Marruecos guardan estrecha relación con el asunto de que nos ocupamos. Tratemos de prever qué situación puede corresponder nos y á qué objetivos hemos de atender principalmente.

Las líneas generales que se dibujan son las siguientes, prescindiendo de las complicaciones que á veces surgen á última hora:

Inglaterra contará, al parecer, con Holanda, España, Portugal, Francia y Rusia, cuya intervención es probable; Alemania tendrá á su lado á Dinamarca, Austria é Italia, viéndose estas dos últimas obligadas á combatir por la misma causa, á pesar del poco afecto que desde tiempo inmemorial se profesan.

La acción naval es fácil que en su parte más formidable se desarrolle en el mar del Norte entre las escuadras alemana é inglesa; y Francia, auxiliada quizás por Rusia, tendrá que resistir en el Mediterráneo á Italia y Austria,

de lo que todavía es capaz, sin que sea necesario que Inglaterra se desprenda de muchos elementos que le harán falta para su objetivo principal. Los buques que nosotros poseamos, juntos con los que Inglaterra crea precisos, se destinarán á la defensa del Estrecho, ayudando en lo posible á los franceses.

Juzgamos muy difícil se repita una derrota como la de Tsushima, porque ambos enemigos se alejarán poco de sus bases, pudiendo terminar la guerra sin el aniquilamiento completo del vencido.

No es de esperar que nuestros puertos del Atlántico tengan que sufrir ataque alguno de importancia, porque se hallan relativamente lejos del teatro principal probable de la guerra, del que tendrán interés en no separarse ambas escuadras; además, es allí en donde consideramos á Inglaterra, no sólo más fuerte por el número de sus acorazados y cañones, sino también por tener sus hombres una educación marinera, heredada de gran número de generaciones, que les permite carbonear á velocidades grandes, entrar en línea de fila conservando entre unidades distancias bastante pequeñas, proporcionándoles una maestría para la maniobra y una audacia que no se les puede negar en parte á los alemanes, que es fácil no se hayan familiarizado tanto con el mar, aunque presenten sus buques y marineros con el mismo aspecto de disciplina é instrucción que los soldados en los cuarteles, lo que les hace capaces de manejar las complicadas máquinas marinas con toda perfección y conseguir en cada pieza de artillería un gran número de impactos, aproximadamente igual al que alcanzan en las mismas condiciones sus futuros enemigos.

En el Mediterráneo no nos hallamos en idéntico caso; á nadie se oculta que, según el éxito de los primeros combates, pudiéramos ser hostilizados en nuestros puertos de Baleares y Levante; á la defensa de éstos, principalmente al de Barcelona, hay que atender con el mayor interés por su situación especial; y doy esta opinión, aunque se me juzgue apasionado, por haber nacido en Cataluña y ser un ardiente admirador de su capital.

La acción terrestre se desarrollará, puede ser, en las fronteras de Francia, con Alemania é Italia, repercutiendo en la frontera de Rusia, con Alemania y Austria; Francia no podrá, seguramente, resistir por tierra el choque de sus tres enemigos coligados, y es de creer que nuestro Ejército tomará parte muy importante en la lucha; además, el último discurso de lord Roberts, en que, para conseguir su patriótico objeto de lograr para Inglaterra un poderoso Ejército, apela al fantasma de un desembarco enemigo, peligro muy remoto, que aprecia en su verdadero valor dicho general con su clarísima percepción, hace creer que desea, aparte de otros principales objetivos, disponer de una potente fuerza que, lanzada á tiempo, pueda decidir por tierra el final de la campaña.

Es de esperar que los acontecimientos nos encuentren con la preparación necesaria para desempeñar airosamente el papel que nos corresponda.

José Viciano.

Académica

Academia de la Poesía Española

El 22 del corriente se celebró en esta Sociedad la última sesión del curso, á la que asistieron las señoras D.ª Blanca de los Ríos y condesa del Castellá, y los Sres. Castro, Godoy, Jurado, Machado, Mesa, Ortega Morejón, Palomero, Pérez de Ayala, Val, Zozaya, Catarineu, Pichardo, Iñiguez y Sandoval.

Para proveer la vacante que había por fallecimiento del Sr. Fernández Shaw fué elegido D. Enrique López Alarcón.

Los Sres. Zozaya y Catarineu habían propuesto la elección del Sr. Dicenta; pero esta proposición era antirreglamentaria, por no poderse responder de si el interesado aceptaría ó no el nombramiento, y por esto no pudo admitirse.

Se procedió luego á la elección de nueva Comisión administrativa, siendo reelegidos en sus cargos de presidente, vicepresidente, secretario y vicesecretario los Sres. D. Alfredo Vicenti, D. Francisco Rodríguez Marín, D. Mariano Miguel de Val y D. Luis Brun.

Reelegidos también, aunque para distintos cargos, fueron los señores don Angel Avilés, nombrado consiliario; D. José Joaquín Herrero, tesorero; don Francisco Villaespesa y D. Manuel Machado, archivero y bibliotecario; y D. Enrique de Mesa, nombrado vocal.

Fueron elegidos además: para censor, D. José María Ortega Morejón; para vocales, D.ª Blanca de los Ríos, D. Antonio Palomero, D. Antonio Zozaya y D. Cristóbal de Castro; y para contador, D. José Jurado de la Parra.

Se dió un voto de gracias á los reelegidos por la brillante labor realizada durante el primer curso de la Academia, y se trazó el programa del próximo, que será importantísimo en pro de la cultura patria.

—o—

Actualidades

XXII Congreso Eucarístico Internacional en Madrid

He aquí el programa oficial que en estos días se está llevando á cabo:

Viernes 23 de junio

Recepción solemne de su eminencia el cardenal legado de Su Santidad, Fr. Gregorio María de Aguirre, patriarca de las Indias occidentales, primado de las Españas y arzobispo de Toledo.

Cuatro de la tarde.—Llegada á la estación del Mediodía.

Desde la estación su eminencia se trasladará á la parroquia de Santa Cruz, donde será recibido con toda solemnidad, dirigiéndose procesionalmente á la santa iglesia catedral.

Después marchará al Real Palacio, donde ha de hospedarse.

Sábado 24

Diez de la mañana.—Visita y Salve á Nuestra Señora de la Almudena.

Cinco de la tarde.—El señor cardenal recibirá á los reverendísimos prelados y representaciones del clero catedral, colegial, regular y secular.

Domingo 25

Diez de la mañana.—Misa pontifical en la cripta de Nuestra Señora de la Almudena. Oficiará el señor obispo de Madrid-Alcalá.

Cinco de la tarde.—Su eminencia recibirá en el Palacio Real á las autoridades, Comisiones de los elementos civil y militar y representaciones de los congresistas.

Seis de la tarde.—Solemne sesión inaugural en San Francisco el Grande.

Lunes 26 y martes 27

Diez y media de la mañana.—Asamblea general en San Francisco el Grande.

Tres de la tarde.—Reunión especial de la Sección de sacerdotes en el Seminario Conciliar de esta diócesis (San Buenaventura, 7), y de la Sección de directores de obras católicosociales en el Centro de Defensa Social (Príncipe, 7).

Cuatro y media de la tarde.—Reunión de las Secciones en los siguientes locales:

Alemana y austrohúngara, salón del Refugio, Puebla, 20.

Francesa, Círculo de San Luis, salón de actos, Zorrilla, 1.

Hispanoamericana, Palacio de Exposiciones del Retiro.

Inglesa, salón de la Real Academia de la Historia, León, 11.

Irlandesa, Círculo de San Luis, salón del piso principal.

Italiana, Academia de Jurisprudencia, Marqués de Cubas, 11.

Señoras españolas, en la iglesia del Carmen; extranjeras, en la capilla del Sagrado Corazón del Caballero de Gracia.

Miércoles 28

Diez y media de la mañana.—Reunión de las Secciones en sus respectivos locales.

Once y media de la mañana.—Reunión especial de las Secciones de sacerdotes y directores de obras católicosociales en los locales indicados.

Cuatro de la tarde.—Solemne sesión de clausura en San Francisco el Grande.

Jueves 29

Nueve y media de la mañana.—Misa pontifical, que celebrará su eminencia el cardenal legado en la santa iglesia catedral.

Cuatro de la tarde.—Procesión solemne del Santísimo Sacramento.

Saldrá de la iglesia de San Jerónimo el Real y se dirigirá por las calles de Felipe IV, Prado, plaza de Castelar (donde se dará una bendición con el Santísimo Sacramento), Alcalá, Puerta del Sol, Mayor y Bailén á la plaza de la Armería del Real Palacio, donde terminará con otra solemne bendición.

Viernes 30

Ocho de la mañana.—Excursión á Toledo. Salida de Madrid por la estación del Mediodía.

Diez de la mañana.—Llegada á Toledo.

Once de la mañana.—Solemne misa de rito muzárabe en la santa iglesia catedral primada.

Cinco y cuarenta y cinco de la tarde.—Salida de Toledo.

Siete y cincuenta de la tarde.—Llegada á Madrid.

Sábado 1.° de julio

Vigilia general extraordinaria de la Adoración Nocturna en la basílica del Real Sitio de San Lorenzo del Escorial.

Todos los adoradores nocturnos españoles que hayan de asistir á la vigilia, sean ó no congresistas, recibirán instrucciones del Consejo Supremo de la Obra, tanto para el viaje de ida y vuelta como para la estancia en El Escorial.

Los demás congresistas que deseen asistir á dicho acto podrán hacerlo independientemente.

Diez de la noche.—Dará comienzo la vigilia con la salida de la guardia y exposición del Santísimo Sacramento.

Tres de la mañana.—Misa de comunión general.

Terminada ésta, se formará la solemne procesión del Santísimo Sacramento, la cual, después de recorrer las calles de la población, se detendrá en la Lonja del Monasterio, para que desde el altar en la misma instalado se dé la bendición con el Santísimo, y entrará en la basílica, donde se terminará la vigilia con la reserva.

Otros actos

COMUNIONES

Los días 25, 26, 27 y 28, á las siete y media de la mañana, y el día 29, á las siete, se celebrarán misas de comunión general para los congresistas en las iglesias siguientes:

Alemanes.—San Antonio de los Alemanes.

Americanos, españoles y portugueses.—En la catedral é iglesias anunciadas por carteles.

Franceses.—Santa Cruz.

Ingleses.—San Ginés.

Irlandeses.—Iglesia del Círculo de los Luises.

Italianos.—Iglesia pontificia de San Miguel.

COMUNIÓN GENERAL DE NIÑOS

Se tendrá el día 28, á las ocho de la mañana, en el Parque del Retiro, junto á la estatua del general Martínez Campos. Para entrar se necesita la tarjeta de congresista. A las diez el señor cardenal bendecirá á los niños que desfilen frente á la escalinata de San Jerónimo el Real.

VISITAS AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Los días 24, 25, 27 y 28 se celebrarán, á las ocho de la noche: para los congresistas extranjeros, en las iglesias designadas anteriormente, y para los americanos, españoles y portugueses, en la santa iglesia catedral.

CERTAMEN EUCARÍSTICO LITERARIO

Se celebrará en el teatro Real el lunes 26, á las seis y media de la tarde.

JUBILEO CONTINUO

Desde la noche del 25 de junio hasta la mañana del 29 del mismo mes estará de manifiesto el Santísimo Sacramento en la iglesia de Nuestra Señora del Carmen. Durante el día velará la Real Congregación del Alumbrado y Vela de las Cuarenta Horas, y por la noche la Sección Adoradora Nocturna de Madrid. Las puertas del templo estarán abiertas día y noche para que los adoradores extranjeros y españoles y demás personas piadosas que lo deseen puedan asistir á dichos cultos.

Bibliográfica

Ocios de Emperador, por Charles Laurent. — Versión castellana de Justo Rosell.

La gigantesca figura de Napoleón I ha inspirado como pocas admirables abnegaciones y fidelidades á toda prueba. Desde el más eminente general hasta el más humilde granadero, todos los que formaron parte de los ejércitos napoleónicos supieron dar pruebas de inquebrantable adhesión al jefe supremo de aquellas huestes, pues el Emperador tuvo como nadie el don de cautivar inteligencias y corazones entre sus soldados.

Mas no sólo era en las filas del ejército donde se encontraban los que por el César se sacrificaban con abnegación rayana en idolatría. Al lado de los héroes que lucieron uniforme hubo otros, apenas conocidos, que desempeñaron, sin embargo, importantísimo papel al margen de la epopeya, preparando acaso, como se prepara entre bastidores una comedia de magia, lo que como inmortal espectáculo había de representarse en los campos de batalla.

Uno de esos hombres, ingeniosísimo agente secreto de Napoleón, es el héroe de *Ocios de Emperador*.

Debemos agradecer al Sr. Laurent el habernos mostrado en vibrantes y elocuentes páginas, al lado de la figura de Napoleón, la quizás no menos eminente de Carlos Schulmeister, auxiliar competentísimo del *Amo*, y colaborador tanto más digno de encomio, cuanto que en la sombra, y sin más ayuda que la que le procurara su inagotable ingenio, trabajó aislado en bien de la nación que tuvo á su frente el genio inmortal de Bonaparte.

Curiosísima es la novela que nos da á conocer las intrigas que puso en juego la corte moscovita para tratar, con ocultos artificios, de que el Emperador se separase de Josefina, preparando así el terreno para que se casara con una princesa rusa; de palpitante interés las páginas que nos revelan los amores ocultos de Napoleón y los fines que con ellos perseguía, pues aun en sus *ocios de Emperador* le guiaba á Napoleón la llamada razón de Estado; y por todo extremo amenas son las que nos relatan el lazo que le tendieron—y en el que cayó—los hábiles agentes de la corte moscovita, y del que pudo retirarse gracias al supremo ingenio del fidelísimo Schulmeister.

En la segunda parte del libro asistimos á las emocionantes aventuras que constituyeron el comienzo de la segunda campaña que las tropas imperiales sostuvieron contra los austriacos, en las que el lector encontrará, entre el estruendo de memorables batallas, como un reflejo glorioso de la inmortal epopeya.

La versión de esta obra, como hecha por quien tan esmeradamente volvió en castellano *La casa de los dos Barbos*, es una prueba elocuentísima de la competencia de Justo Rosell, y del cuidado y pureza con que la casa Ollendorff procura enriquecer las condiciones de impresión y economía, que son la característica de sus obras.

***

Críticas musicales, por Gustavo E. Campa.

La casa Ollendorff, de París, ha publicado recientemente en un volumen varios interesantes trabajos de crítica musical del director del Conservatorio de Méjico. Son, en su parte más amena y curiosa, notas tomadas al azar, cuando la casualidad le deparaba, en sus viajes á través de Europa, un buen concierto, ó le llevaba á ver algún Museo, alguna vieja casa donde se conservan cuidadosamente los recuerdos de un genio muerto.

En este género son admirables las páginas dedicadas al Museo Listz, en Weimar, y al Museo Beethoven, en Bonn. Interesantes también por todo extremo son las entrevistas con Saint-Saens, Massenet y Puccini, que el autor, con su suelto estilo, nos narra.

Aparte estos capítulos y otros semejantes en que el Sr. Campa se muestra informador ameno y culto, hay otros en el libro muy llenos de sabiduría musical, en que técnicamente se examinan obras y se emiten comentarios y juicios. De ellos nada hemos de decir.

Son capítulos escritos por un músico para los músicos, y á éstos, en todo caso, corresponderá hacer el elogio ó la censura.

Diremos, sí, que en todo el libro hemos podido notar el *prejuicio francés,* tan común en los intelectuales de la América latina; prejuicio tan marcado en este caso, que le lleva á censurar el admirable ajuste de las orquestas alemanas—entre ellas la Filarmónica de Berlín, dirigida por Nikisch—, calificando de fría la ejecución de las obras, no encontrando en ellas ese divino fuego—un poco arbitrario generalmente—que le encanta en las orquestas latinas, y sobre todo en las francesas. ¡Son enormes los elogios dedicados á las orquestas Lamoureux y Colonne, de París, por el Sr. Campa! Y esto, verdaderamente, unido á la negación absoluta de Strauss y al ensalzamiento no menos absoluto de Puccini, es lo que peor encontramos en el libro.

***

El libro de Gallito, por Alejandro Pérez Lugín.

Realmente, no es éste el lugar más á propósito para hablar de un libro de toreo. El terrible *Don Sincero* estaría más en su lugar disertando acerca de esta agradable obrita. Pero no hemos podido resistir la tentación de tributar algún elogio á uno de los periodistas que mejor conocen su oficio en la actualidad. Y como *El libro de Gallito* nos da motivo para ello, nos hemos decidido á hablar de *El libro de Gallito.*

Este D. Alejandro Pérez Lugín, por otro nombre *Don Pío,* y por otro *Farruquiño Penelas,* es un periodista en toda la extensión de la palabra. Sabe *ver* los asuntos, sabe tratarlos, tiene esa rápida intuición que le hace distinguir cuál es la noticia que más interesará al público cuando aún el público no ha comenzado á interesarse por ella; sabe escoger en cada cuestión el aspecto que más ha de regocijar al lector, y tiene, sobre todo, la facultad de herir las opiniones de los otros, provocando discusiones, apasionando á las gentes...

Así, no puede llamarnos la atención que en muy poco tiempo haya llegado á ser uno de los críticos taurinos más leídos y uno de los *repórters* de cosas teatrales cuyas crónicas son más buscadas.

Para ello, además de esas condiciones que hace un momento reconocíamos en él, tiene la de escribir en un estilo suelto, sencillo, al alcance de todos; verdadero estilo de periodista, que no ha de dirigirse únicamente á inteligencias cultivadas.

Esto en cuanto á los méritos literarios del Sr. Pérez Lugín. De su *Libro de Gallito,* ¿qué nos atreveríamos á decir? Nada que no sea eso de que está bien escrito, que es amenísimo, interesante en extremo, que en él han de encontrar los aficionados materia abundante de discusiones y porfías.

***

Ortología castellana de nombres propios, por Miguel de Toro-Gisbert.

Constituyen los nombres propios de la antigüedad, por su ortografía, y sobre todo por su acentuación, uno de los escollos más temibles para los hispanoamericanos.

Abandonada como lo está por todas partes la cultura clásica, ó reducida á su mínima expresión, no se pueden guiar hoy día los escritores en los casos dudosos por el recuerdo de sus lecturas clásicas, y los únicos libros que pudieran servirles de guía, los Diccionarios en uso hoy día, corren casi todos más peligro de engañarlos que de otra cosa.

A remediar este mal se encamina el Diccionario del Sr. Toro-Gisbert, trabajo muy documentado y metódico, que, además de extraordinaria competencia en la materia, demuestra una laboriosidad poco común.

Este libro, editado también por la casa Ollendorff, de París, sólo merece elogios. El Sr. Toro-Gisbert ha prestado á todos un buen servicio publicándolo, y especialmente al castellano, que, por la ignorancia general de las cosas clásicas, es atropellado cruelmente por casi todos los que escribimos. Esta interesante y completísima obra remediará en algo el mal.

***

La cuestión de las Bibliotecas nacionales y la difusión de la cultura, por A. Paz y Melia.

El Sr. Paz y Melia, persona cultísima, verdadera autoridad en la materia de que trata su última publicación, nos entera, con gran conocimiento de causa, de la injusticia que se comete con nuestra Biblioteca Nacional cuando se la ataca por su organización

y se la censura por no dar facilidades para la lectura y el estudio en sus salas.

Leído el libro del Sr. Paz y Melia, no insistirían en sus opiniones, seguramente, los detractores de nuestra Biblioteca. Al lado de la organización de las principales y más famosas Bibliotecas nacionales del Extranjero, es la nuestra un modelo de liberalidad. El Sr. Paz y Melia lo prueba documentalmente de modo que no deja lugar á duda.

En su libro es interesantísimo, y por todo extremo digno de elogio, el capítulo en que se aboga por la creación de bibliotecas infantiles y de gabinetes públicos de lectura *(Free public Libraries),* al estilo de los que actualmente existen en los Estados Unidos y en Inglaterra. Estas, y no las nacionales —que deben considerarse verdaderos Museos bibliográficos, para uso solamente de los estudiosos—, son las que han de proporcionar lectura al público en general. De ellas, sobre todo de las infantiles, ha de salir esa difusión de la cultura por que todos suspiramos.

El libro del Sr. Paz y Melia, escrito en muy agradable y puro estilo, merece ser leído por todos. Es de las obras que dejan huella en nuestro espíritu y orientan nuestras opiniones, un poco ligeras frecuentemente.

***

El *Anuario del Comercio* (Bailly-Baillière).

Con sumo gusto hemos examinado la edición del *Anuario del Comercio* para 1911, año XXXIII de su publicación, editado por la casa Bailly-Baillière, de Madrid, obra que no dudamos recomendar á nuestros lectores, por considerarla de imprescindible necesidad á la industria, comercio, banca, magistratura, etc., por los datos que proporciona para el mejor desarrollo de todas las profesiones.

Basta hojear este libro para reconocer su importancia, pues en él se encuentran cuantos datos, tanto de la parte oficial como de la profesional, existen en España necesarios para la mejor marcha é incremento de los negocios.

Además, el *Anuario del Comercio Bailly-Baillière* pone en contacto las actividades comerciales de España con las de la América latina, exponiendo la forma de gobierno y organización de las Repúblicas americanas, así como las tarifas de Aduanas, puertos comerciales, facilidades que en cada una de sus plazas existen para la importación de nuestros productos, relación de las profesiones, comercios, etc., y cuanto pueda ser de utilidad para la mejor organización del comercio entre la Península y América.

Es el único que da por sus tres órdenes de apellidos, profesiones y calles los habitantes de Madrid, Barcelona, Valencia, Sevilla, Lisboa y Habana, no habiendo comercio, industria ó profesión que no se especifique en el *Anuario,* juntamente con los nombres y apellidos de las personas que lo ejercen. En idéntica forma se detalla todo lo referente á América, cuidadosamente ordenada la relación de comercios, fábricas, talleres, oficinas, etc.

Tal es, á grandes rasgos, la obra que tan grandes beneficios presta á todos y que no debe faltar en ningún comercio ni despacho.

Precio: 25 pesetas los dos tomos encuadernados en tela. De venta en todas las librerías y en la de su editor, Sr. Bailly-Baillière, plaza de Santa Ana, 10, Madrid.

***

La primera República, por Benito Pérez Galdós.

Es este *Episodio* acaso el más interesante de los de la serie final, en publicación. El período turbulento de la República española es materia abonada para novelar. No puede extrañarnos que el maestro Galdós haya sabido sacar de ello el mejor partido.

En *La primera República* predomina la parte histórica sobre la novelesca, y esto no debe parecernos mal tratándose de tan ameno y sugestivo historiador como D. Benito Pérez Galdós.

Tiene el autor de los *Episodios nacionales* como condición sobresaliente de su temperamento la facultad de evocar con caracteres de realidad absoluta un ambiente ó una época. Todavía no hemos olvidado la impresión que dejó en nosotros la lectura de uno de los tomos de la tercera serie de los *Episodios: Mendizábal.* El ambiente romántico, furiosamente romántico, está allí copiado en tal forma, con tan extraordinario encanto, que el lector siente no haber nacido unos años antes para vivir en aquella época, que

se presenta á nosotros con todo el prestigio de lo novelesco.

¿Que en la representación de ese ambiente habrá puesto el escritor un poco de poesía? ¿Que la realidad habrá sido muy distinta? Acaso... Pero no debe olvidarse que, á pesar de Zola, en Arte—y en la propia obra del autor de los *Rougon-Macquart* está la mejor demostración de nuestro aserto—la mentira es casi toda la belleza.

¿Qué sería toda la historia tragicómica de nuestro siglo XIX, sobre todo la historia política, si la viésemos fríamente, ausente de nuestros ojos la poesía, que ennoblece las perspectivas lejanas? Un sainete que, á fuerza de ser bufo, viniese á resultar extremadamente doloroso, con el triste dolor que se oculta siempre en el fondo de todo lo ridículo.

Y por esto es bueno que agradezcamos á D. Benito Pérez Galdós el haber puesto al servicio de tan pequeños hechos como en esta última serie de sus *Episodios* viene narrando algo de su bella fantasía de poeta, de esa robusta y varonil poesía que llena las páginas de *Marianela* ó de *El amigo Manso*.

Y consignemos también nuestra alabanza porque, á pesar de ser un hombre de partido, ha sabido mantener apartada de sí la pasión, y ha escrito con la serenidad, con la fría justicia que sólo está reservada á los cerebros superiores, censuras para sus amigos. De tal modo, que este escritor de maravillosa inspiración fué aquí, á pesar de la poesía, esclavo de la verdad. Que es amarga, que deja en nosotros un poco de desaliento y el deseo, que seguramente no podremos ver realizado, de que algún día sea tal y tan bella, que nos llene el alma de saludable optimismo.

Libros recibidos

POESÍA

Rosario de sonetos líricos.—Miguel de Unamuno.—Madrid, 1911.
Andalucía.—Francisco Villaespesa.—Madrid, 1911.
Remansos del crepúsculo.—Francisco Villaespesa.—París.—Librería Ollendorff.
Alma.—Manuel Machado.—París.—Garnier, Hermanos.
Cantos de la prisión y del destierro.—Rufino Blanco-Fombona.—París.—Librería Ollendorff.
La sombra del ensueño.—Enrique Díez-Canedo.—París.—Garnier, Hermanos.
Del solar sevillano.—J. Muñoz San Román.—París.—Garnier, Hermanos.
La soledad sonora.—Juan R. Jiménez.—Madrid, 1911.
El libro de horas.—Fernán Félix de Amador.—París, 1911.
Nido de áspides.—Antonio Rey Soto.—Madrid, 1911.
Tonadas montañesas.—José D. de Quijano.—Barcelona, 1911.
A flor de alma.—Miguel Rasch Isla.—Barranquilla (Colombia), 1911.
Cantaba el ruiseñor.—Fabio Fiallo.—Berlín, 1910.
Cantos de la carne y del reino exterior.—J. T. Arreaza Calatrava.—Madrid, 1911.
Poesías.—Gertrudis Segovia.—Madrid, 1911.

NOVELAS Y CUENTOS

La juventud de Aurelio Zaldívar.—Alfonso Hernández Catá.—Madrid.—Biblioteca Renacimiento.
Cuentos pasionales.—Alfonso Hernández Catá.—París.—Garnier, Hermanos.
Breves historias.—Isidoro Lapuya.—París.—Garnier, Hermanos.
Amores primaverales.—Alberto Insúa.—París.—Garnier, Hermanos.
Don Casmurro.—Machado de Assis.—París.—Garnier, Hermanos.
Las temporeras.—Claude Farrère.—París.—Librería Ollendorff.
El ensueño roto.—N. Hernández Luquero.—Madrid, 1911.

VARIA

Letras.—Rubén Darío.—París.—Garnier, Hermanos.
España.—Impresiones de un suramericano.—R. Cúneo-Vidal (Juan Pagador).—París.—Garnier, Hermanos.
Cultos profanos.—E. Gómez Carrillo.—París.—Garnier, Hermanos.
Jornadas de arte.—Felipe Pedrell.—París.—Librería Ollendorff.
Rápida ojeada histórica sobre la Música española.—Tomás Bretón.—Madrid, 1911.
Índice de pruebas de los Caballeros de San Juan de Jerusalén.—Alfonso Pardo y Fernando Suárez de Tangil.—Madrid, 1911.
Solo de gaita.—Ramón de Arana.—Coruña, 1911.
Vida y obras de Cristóbal Suárez de Figueroa.—J. P. Wickersham.—Traducción de Narciso Alonso Cortés.—Valladolid, 1911.

NOTA.—Desde el número próximo, primero del tomo duodécimo de ATENEO, sé introducirán importantes mejoras en nuestra publicación, que, aspirando á corresponder al creciente favor de sus lectores, aparecerá reforzada con los valiosos elementos del Centro de Cultura Hispanoamericana, del que será órgano, bajo la acertada dirección de un Consejo de redactores formado por personalidades ilustres.

ÍNDICE DEL TOMO UNDÉCIMO

1911

ÍNDICE DE MATERIAS

Sección doctrinal.

Números.		Páginas.
I y II	«*Bubis*» y «*pamues*».—Gustavo Pittaluga..... 5 y	65
I	*Las nuevas corrientes literarias y su influencia en las letras hispanoamericanas.*—Ricardo Jaimes Freire.....	23
	La dicha de vivir.—Juan Guardiola.....	32
II, IV y V	*La historia religiosa y el evemerismo.* – Edmundo González-Blanco..... 81, 193 y	273
III	*Afirmación de la raza.*—Blanca de los Ríos de Lampérez.....	129
	Congreso penitenciario de Washington de 1910.—Eugenio Silvela.....	144
IV	*Impresiones de un viaje á América.*—Tomás Bretón.....	211
	Reflejo de la vida regional española en América.—Mariano Miguel de Val.....	224
V	*El general San Martín.*—Juan Arzadun.....	293
	Estudiemos.—Anselmo Fuentes.....	311
VI	*El idioma como señuelo.*—Manuel de Saralegui.....	353
	Beneficios que ha reportado á la salud el descubrimiento de América.—Joaquín Olmedilla y Puig.	367
	Poesía de la Fe.—Fr. Luis D. Urbano.....	378

Poesías.

I	*In umbra.*—Narciso Alonso Cortés.....	41
	A la condesa...—Ramón A. Urbano.....	43
	Pueril deseo.—José María Matheu.....	43
II	*Confusión.*—Benigno Iñiguez.....	103
	En pos de lo variable.—José María Matheu.....	105
III	*Ensueño; Un viejecito; Las huellas de los muertos.*—José García-Vela.....	170
	La oración de los recuerdos.—Mariano Ferrer Lalana.....	172
	Ganarás el pan...—Alberto Valero Martín.....	173
IV	*La sala; Quand je la vois...; Peregrinos.*—Julio J. Casal.....	252
	Sinfonía arbórea.—M. Sánchez Pesquera.....	254
	Crepúsculo místico.—Julio Munizaga Ossandón.....	257
	Nuestros poetas: La musa de Eduardo Marquina.—Francisco Villaespesa.....	257
V	*Mi cárcel.*—Benigno Iñiguez.....	333
	Nuestros poetas: La musa de los Quintero.—Francisco Villaespesa.....	335
VI	*Poète de village.*—Julio J. Casal.....	397
	Nuestros poetas: La musa de Martínez Sierra.—Francisco Villaespesa.....	400
	Canción de sencillez.—Nicasio Hernández Luquero.....	401
	Las tres viudas.—Federico González-Rigabert.....	402

Novelas y cuentos.

Números.		Páginas.
I	*Rosita de Noreña.* - Andrés González-Blanco.....	38
II, III, IV, V y VI	*Remanso de dolor.*—José García Mercadal. 97, 160, 237, 319 y	388
III	*El castillo de Gauzón.* - Andrés González-Blanco.....	167
VI	*Alvar y Florina.*—Andrés González-Blanco.....	398

Informaciones.

Extranjera.

I	*El Mensaje inaugural del gobierno del Dr. Sáenz Peña.*.....	44
	Comercio entre España y Méjico.—S. Muguerza.....	50
II	*El idioma español en los Estados Unidos*	118
IV	*El «Pedagogium Español» en Munich.*—Mariano Miguel de Val	259
	Desde París.—«Fabricio».....	260
VI	*Los progresos de Italia en cincuenta años*.....	403
	España y la futura guerra anglogermana.—José Viciano....	414

Política.

II	*El viaje á Melilla.*—Vicente Calvo-Acacio.....	113
III	*El problema obrero y los partidos políticos.*—José Martínez Fraile.....	175

Actualidades.

II	*Joaquín Costa*.....	106
V	*Figueroa Alcorta en Madrid.*—Mariano Miguel de Val.....	337
	La obra de la Infanta D.ª Paz.....	350
VI	*XXII Congreso Eucarístico Internacional en Madrid*.....	416

Académica.

I, II, III, IV, V y VI	*Academia de la Poesía Española*.... 58, 120, 177, 263, 351 y	416
	Academia de la Historia.....	181
	Ateneo de Badajoz.....	181
	Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales.....	351

Bibliográfica.

I	*Amadeo I,* de Benito Pérez Galdós.—Eugenio Silvela.....	54
	A. M. D. G., de Ramón Pérez de Ayala.—Eugenio Silvela....	56
	Crónica artillera de la campaña del Rif.....	60
	Platón y sus ideas pedagógicas, de Rufino Blanco.....	63
	La boca de la Esfinge, de Waldo A. Insúa.....	63
	Historia de España, de D Juan Ortega y Rubio.....	63
	La guarida, de José Francés.....	63
II	*Sombras* (cuentos psíquicos), de Angeles Vicente.—F. González-Rigabert.....	124

Números.		Páginas.
II	*El retablo del ensueño* (poesías), de Ginés de Arlés García.—J. García Mercadal	124
	César, ó nada (novela), de Pío Baroja.—J. García Mercadal	125
	El marqués de Bacalloa.—Escándalos de la Corte de Portugal, de Antonio de Albuquerque	126
	El porvenir de la América latina, de Manuel Ugarte	127
	Misterio, de D.ª Emilia Pardo Bazán	127
III	*Jardín de ensueño.—Canciones remotas*, de Adolfo Aponte.—M. Berdejo Casañal	184
	La guarida (novela), de José Francés.—F. González-Rigabert.	186
	Voluntarios aristócratas (drama contra la guerra), de Adalberto Hernández-Cid.—F. González Rigabert	187
	Alma desnuda (cuentos), de Cecilia Camps.—F. González-Rigabert	188
	Poesías de Baltasar del Alcázar, de Francisco Rodríguez Marín. «Un crítico de la Alcarria»	188
	Archivo de Investigaciones Históricas	190
	La tontería de un gato (novela), de Angelina Alcaide de Zafra. M. M. V	190
	La familia, de Pablo Janet	191
IV	*Las Constituyentes de la República española*, de Miguel Morayta	269
	La muerte del cisne, de Carlos Reyles	269
	Blancaflour, de Tancredo Martel	270
VI	*Ocios de Emperador*, de Charles Laurent	420
	Críticas musicales, de Gustavo E. Campa	420
	El libro de Gallito, de Alejandro Pérez Lugín	421
	Ortología castellana de nombres propios, de Miguel de Toro-Gisbert	421
	La cuestión de las Bibliotecas nacionales, de A. Paz y Melia	421
	La primera República, de Benito Pérez Galdós	422
I, II, III, IV y VI	*Libros recibidos*	64, 128, 191, 272 y 423

ÍNDICE DE AUTORES

I	Alonso Cortés (Narciso).—*In umbra*. (Poesía.)	41
V	Arzadun (Juan).—*El general San Martín*	293
III	Berdejo Casañal (Mariano) —*Canciones remotas*, de Adolfo Aponte. (Bibliografía.)	184
IV	Bretón (Tomás).—*Impresiones de un viaje á América*	211
II	Calvo-Acacio (Vicente).—*El viaje á Melilla*. (Información política.)	113
IV	Casal (Julio J.).—*La sala*. (Poesía.)	252
	Quand je la vois... (Idem.)	253
	Peregrinos. (Idem.)	253

Números.		Páginas.
VI	Casal (Julio J.).—*Poète de village.* (Poesía.)	397
	«Fabricio».—*Desde París.* (Información extranjera.)	260
III	Ferrer Lalana (Mariano). — *La oración de los recuerdos.* (Poesía.)	172
V	Fuentes (Anselmo).—*Estudiemos*	311
II, III, IV, V y VI	García Mercadal (José). —*Remanso de dolor.* (Novela.)... 97, 160, 237, 319 y	388
II	*El retablo del ensueño,* de Ginés de Arlés. (Bibliografía.)..	124
	César, ó nada, de Pío Baroja. (Idem.)	125
III	García-Vela (José).—*Ensueño.* (Poesía.)	170
	Un viejecito. (Idem.)	170
	Las huellas de los muertos. (Idem.)	171
I	González-Blanco (Andrés). — *Rosita de Noreña.* (Leyenda asturiana.)	28
III	*El castillo de Gauzón.* (Idem íd.)	167
VI	*Alvar y Florina.* (Idem íd.)	398
II, IV y V	González-Blanco (Edmundo).—*La historia religiosa y el evemerismo* 81, 193 y	273
II	González-Rigabert (Federico).—*Sombras,* de Angeles Vicente. (Bibliografía.)	124
	La guarida, de José Francés. (Idem.)	180
	Voluntarios aristócratas, de Adalberto Hernández-Cid. (Idem.)	187
	Alma desnuda, de Cecilia Camps. (Idem.)	188
VI	*Las tres viudas.* (Poesía.)	402
I	Guardiola (Juan).—*La dicha de vivir*	32
VI	Hernández Luquero (Nicasio).—*Canción de sencillez.* (Poesía.).	401
II	Iñiguez (Benigno).—*Confusión.* (Idem.)	103
V	*Mi cárcel.* (Idem.)	333
I	Jaimes Freire (Ricardo). — *Las nuevas corrientes literarias y su influencia en las letras hispanoamericanas*	23
III	Martínez Fraile (José).—*El problema obrero y los partidos políticos.* (Información política.)	175
I	Matheu (José María).—*Pueril deseo.* (Poesía.)	43
II	*En pos de lo variable.* (Idem.)	105
I	Muguerza (S.).— *Comercio entre España y Méjico.* (Información extranjera.)	50
IV	Munizaga Ossandón (Julio).—*Crepúsculo místico.* (Poesía.)....	257
VI	Olmedilla y Puig (Joaquín).—*Beneficios que ha reportado á la salud el descubrimiento de América*	367
I y II	Pittaluga (Gustavo).—«*Bubis*» y «*pamues*» 5 y	65
III	Ríos de Lampérez (Blanca de los). - *Afirmación de la raza*....	129
I	Sáenz Peña (Roque).—*Mensaje inaugural de gobierno*	44
IV	Sánchez Pesquera (Miguel).—*Sinfonía arbórea.* (Poesía.).....	254
VI	Saralegui (Manuel de).—*El idioma como señuelo*	353
III	Silvela (Eugenio).—*El Congreso penitenciario de Washington de 1910*	144
I	*Amadeo I,* de Benito Pérez Galdós (Bibliografía.)	54
	A. M. D. G., de Ramón Pérez de Ayala (Idem.)	56
III	«Un crítico de la Alcarria».—*Poesías de Baltasar del Alcázar,* de F. Rodríguez Marín (Idem.)	188

Números.		Páginas.
VI	Urbano (Fr. Luis D.).—*«La Cristiada», de Hojeda. Poésia de la Fe*.....	378
I	Urbano (Ramón A.).—*A la condesa*... (Poesía.).....	43
III	Val (Mariano Miguel de).—*La tontería de un gato*, de Angelina Alcaide de Zafra (Bibliografía.).....	190
IV	*Reflejo de la vida regional española en América*	224
	El «Pedagogium Español» en Munich. (Información extranjera.).....	259
V	*Figueroa Alcorta en Madrid.* (Información.).....	337
III	Valero Martín (Alberto).—*Ganarás el pan*... (Poesía.).....	173
VI	Viciano (José).—*España y la futura guerra anglogermana*...	414
IV	Villaespesa (Francisco). — *Nuestros poetas: La musa de Eduardo Marquina.* (Poesía.).....	257
V	*La musa de los Quintero.* (Idem.).....	335
VI	*La musa de Martínez Sierra.* (Idem.).....	400

ÍNDICE DE GRABADOS

Retratos.

III	Adolfo Aponte, poeta.....	185
IV	Julio J. Casal, poeta uruguayo.....	252
V	José Figueroa Alcorta, ex Presidente de la República Argentina.....	339

Varios.

I	Mujeres «bubis» de Belelipa bañándose.....	6
	Mujeres de Belelipa bañándose.....	7
	Grupo de muchachos «bubis» del interior.....	8
	Mujer «bubi» del interior.....	9
	Mujer «bubi» del interior preparándose para el baño.....	10
	Rebaño de cabras en un pueblo «pamue» del interior del bosque, en el alto Utamboni.....	11
	La «tumba» y el «ikulu» en un «balele» de los «pamues».....	12
	«Pamues» de la tribu «itemvu», del interior del bosque (alto Utamboni), delante de la puerta de una de sus casas.....	13
	Mujeres «bujebas» de las cercanías de Bata, al salir del baño.	14
	Casa de la Guardia colonial en el promontorio de Punta M'Bonda..	16
	Nuestros cargadores al salir de Punta M'Bonda.....	17
	Salida de nuestros cargadores de Punta M'Bonda.....	18
	Mujer «pamue» de las cercanías de Punta M'Bonda..	19

Números.		Páginas.
I	Grupo de mujeres «pamues» en la playa, cerca de Río Campo..	20
	Grupo de mujeres «pamues» en la playa, cerca de Río Campo..	21
	Grupo de mujeres «pamues» del pueblo de N'Koo.....	22
II	Grupo de «pamues samangundes» del pueblo de Nosok.....	65
	Paso del río Utungsen, antes del pueblo de Mayó, en el bosque.	66
	Paso de un río en el bosque.....	67
	Esqueleto de elefante hallado en el bosque.....	68
	El jefe de la tribu de «pamues samangundes» Manguenbekada, con sus mujeres, en el pueblo de Mayó.....	69
	Nuestro campamento en el pueblo de Ntohakok.....	70
	Examen de un enfermo.....	71
	Tipo de «pamue samangunde» con el característico peinado...	72
	Tipos de indígenas de la tribu «sambira» en la «casa de la palabra» del pueblo de Efulen.....	73
	Dibujos de los indígenas (tribu «sambira»), hechos con carbón en una pared (interior) de la «casa de la palabra» del pueblo de Efulen.....	75
	Jefes de los «samangundes» y de los «sambiras», reunidos en Ngoambang para presentarnos sus ofrendas.....	77
	Examen de enfermos indígenas en las cercanías de Punta M'Bonda.....	78